

ALEXANDRA ROMA

SANGRE Y CORAZÓN

Click
EDICIONES

Índice

Dedicatoria

PARTE 1

El inicio de una nueva vida

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10

PARTE 2

El viaje más profundo

Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

PARTE 3

El amor proporcional al dolor

Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

PARTE 4
La muerte

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Epílogo
Notas
Biografía
Créditos
Click

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Para Rubén y Nuria

«El amor es como una bestia salvaje sedienta de sangre que acecha y te arranca el corazón mientras estás dormido, y la felicidad..., la felicidad es un delito que se paga muy caro»,
ANISSA. B. DAMOM, *Éxodo*

PARTE 1

El inicio de una nueva vida

Las señales de lo que nos esperaba allí no tardaron en sucederse. Uno de mis compañeros nos señaló en silencio hacia la cuneta derecha; al mirar, el corazón me dio un vuelco: sangre.

CAPÍTULO 1

No podía ver nada, el manto de la violenta lluvia empujada por el viento golpeaba la ventana impidiéndome distinguir el exterior. Tres horas después de abandonar Berlín, ya empezaba a notar los cambios.

El primero fue la temperatura, está bien, en el mes de noviembre lo habitual es que haga refresque. Sin embargo, lo que no es normal o lo que yo nunca había experimentado era una sensación térmica que me impidiera incluso abrir los ojos sin temor a que se me congelaran volviéndose frágiles cristales capaces de partirse en mil pedazos, como si hasta ese momento el frío fuese un espejismo que acababa de conocer.

Además, el trayecto en el tren no pasaría a la historia por ser entretenido. Nada más subir, padre se había ido con otros generales para que le pusieran al día de Auschwitz. Era lo suyo, ya que él comenzaría a dirigirlo en cuanto llegáramos. Así que de buenas a primeras me di cuenta de que me había quedado sola y me dediqué a buscar un compartimento vacío en el vagón. Tardé, la suerte no estuvo de mi parte y empecé por el más alejado de la cabina cuando el único en el que no había nadie era el que estaba pegado a la cabecera.

Pronto me alegré de mi solitaria elección. El viaje prometía ser largo y quería dormir un poco y, en mi ubicación, ningún ruido me molestaría.

Los compartimentos eran bastante amplios, con paredes revestidas de madera y un pequeño cristal cuadrado en la ventana para vislumbrar el exterior. Aunque en realidad poco se podía apreciar: las imágenes se sucedían a toda potencia y el vidrio estaba empañado hasta tal punto que daba la sensación de que si lo tocabas se partiría como una fina capa de hielo al pisarla.

Había ocho asientos, cuatro a cada lado. Me tumbé con delicadeza y, pudorosa, coloqué la falda de modo que no se viese nada ante una visita inesperada. Tanteé a ciegas la parte de debajo de mi «cama» y me encontré con una maravillosa almohada que hizo mi estancia cómoda y confortable. Como no encontraba la postura ideal para dormir y el insistente traqueteo de las vías se colaba por mis oídos, me incorporé e intenté observar las últimas

vistas de mi Alemania natal. Sin embargo, la cortina traslúcida de agua no me lo permitió. Traté de focalizar a través de las gotas, quería grabar hasta el más mínimo detalle en la retina: los bosques, las laderas, las casas, las personas, su olor, el sonido de las hojas secas crujiendo bajo mis pies, todo.

Poco a poco, una sombra se apoderó del cielo tiñéndolo de negro, y la oscuridad se tragó el pasado del que me despedía. Asumí que nunca más volvería a ver mi país. No había fecha de retorno marcada en el calendario. No sé por qué me daba tanta pena y se me encogía el pecho con anhelo. Padre aseguraba que a la guerra le quedaban dos estaciones y regresaríamos a Berlín siendo más importantes si cabía, nadando en poder y billetes. Por algún motivo que se escapaba a su entendimiento (era muy modesto), Himmler y el Führer le consideraban fundamental para el régimen y le habían prometido un puesto destacado en el Gobierno después de la justa y necesaria batalla. Lo primero que hicieron para demostrar que no se trataba solo de un engaño disfrazado de buenas intenciones, fue ofrecerle dirigir el campo de trabajo en Auschwitz. Después de una larga investigación habían encontrado señales de que un buen número de oficiales eran corruptos. Las referencias honoríficas que habían recibido de mi padre habían servido de credencial para decidir que él sería el encargado de corregir ese error de inmediato. Eso y controlar a los judíos.

A decir verdad, sabía poco de un tema cargante que me producía un enorme dolor de cabeza. Tampoco me interesaba mucho. Las únicas referencias que tenía eran las conversaciones que escuchaba a hurtadillas en el despacho de mi padre, en las que se oían casi siempre palabras como *delincuencia, caos, amenaza para la sangre y la cultura* y poco más. Había visto algún panfleto del Gobierno en el que se hablaba de ello, pero nunca me detuve a leerlo a fondo. Lo habitual era dejarlo encima de la torre apilada de diarios que el servicio tiraba los martes. Era consciente de que, en realidad, no dejaba nada importante atrás; desde que empezó la guerra, mis conocidos habían ido emigrando a otras ciudades y mi única preocupación las semanas previas a la partida había sido decidir qué vestidos metería en el baúl nuevo que me había regalado padre. Solo me quedaban los libros y, gracias a Dios, podían acompañarme.

El resplandor de un rayo que cayó en el bosque al lado de las vías del tren atrajo mi atención. Me aproximé curiosa a la ventana con la ilusión de que algo interesante ocurriera y he de confesar que mi parte más oscura deseó que se incendiaran algunos árboles para ver algo de acción. El agua no

permitió que las llamas cobrasen vida. Sin embargo, como si de un castigo por mis malos pensamientos se tratara, la cabeza me empezó a doler como si alguien la estuviera golpeando a ambos lados con un martillo por la presión del cambio de altura, y con esa sensación me hice un ovillo, apreté los ojos con fuerza para espantar la sensación y dormí.

Soñaba con mi madre, con lo buena que era conmigo. Cómo me gustaba peinar su cabello rizado rubio y mantener la mirada fija en esos ojos marrones que eran tierra, en los que te apetecía echar raíces, transformarte en la yema de un dedo y hundirte en su arena. Era realmente guapa, con su rostro ataviado con un gesto tierno y dulce, y tenía un cuerpo envidiado por las mujeres de la alta sociedad, una delgadez bonita, no se le notaban los huesos ni estaba entrada en carnes, simplemente era ideal. Siempre que soñaba con ella era el mismo día, un domingo que escondía mi rutina favorita. Mi madre me enseñaba algún libro nuevo, ambas leíamos un capítulo tras otro mientras padre preparaba algo para comer. Aunque eran sueños, siempre sentía cómo le daba la mano, la presión de la carne, cómo me miraba, la calidez de sus ojos, y cómo me sonreía con ternura, la vibración de mi pecho. Lo malo de soñar con ella es que sabía cómo acabaría, ella con su vestido blanco, sangre, ¡no!, tenía que despertar.

Me incorporé sudando, el pelo se me había pegado en la frente. Abrí un poco la ventana para que me diera el aire en la cara, el viento entraba gélido y al contacto con mi piel sudada me producía escalofríos. Eso estaba bien, odiaba soñar con mi madre, hacía ya tiempo que me había prohibido a mí misma pensar en ella, pero cuando estaba nerviosa o excitada solía aparecer en mis sueños, esas fantasías que detestaba, siempre con el mismo final.

El aire había despertado cada poro de mi piel, había dejado de llover, así que, por fin, podía ver el exterior. El cielo empezaba a volverse más claro y supuse que estaba amaneciendo por los colores anaranjados que lo poblaban. ¿Cuánto había dormido? ¿Estaría ya en Polonia? Miré el paisaje y me resultó tan familiar como el que me había acompañado durante todo el camino. Algunos fragmentos estaban blancos por la nieve, otros verdes y en algunos vi piedras desprendidas de las montañas.

Sabía poco sobre ese país. La única frase que había escuchado para referirse a Polonia había sido la del carnicero que, refunfuñando en la puerta de casa al traer un encargo, le había dicho a nuestra sirvienta: «Allí hay un buen número de judíos», y después había seguido hablando. Pude prestarle atención más rato y tal vez debí hacerlo, pero otra cosa captó mi atención.

Toda la conversación estuvo hurgándose con el dedo el orificio derecho de su nariz, como si dentro se escondiera un gran tesoro. Ese dedo estaba en la mano en la que durante cinco minutos transportó la carne que yo iba a cenar... así que no atendí, y por esa misma razón aquella noche cené patata asada.

Algunos botones de mi camisa blanca de seda se habían soltado con el movimiento de mi cuerpo durante la pesadilla, así que comencé a abrochármelos, todos menos el último. Está claro que era una dama y no debía ir como las prostitutas, mostrando carne gratuitamente, pero no me pareció malo dejar un poco a la imaginación. Tenía ya diecinueve años y mi único deber consistía en encontrar un marido adecuado y traer al mundo bastantes niños arios. Sabía que no me resultaría difícil; siendo sincera, era bastante guapa, con ojos azules rodeados por las pestañas más largas que jamás había visto en ninguna mujer, pelo de color caoba, largo hasta la cintura y con unas ondas propias de las grandes reinas, y mi cuerpo, delgado, guardaba unos voluptuosos pechos, rígidos y firmes, que llamaban la atención a través de mis ceñidas camisas. Además, mi padre era un general muy importante en el Tercer Reich, cualquier alemán habría pagado por casarse conmigo y tener su apellido y lo que eso significaba en la familia.

Por todos estos motivos, mi elección tenía que ser la más adecuada; padre me había dado de plazo hasta los veintiún años para encontrar un marido de mi agrado y yo no pensaba desaprovechar esa oportunidad. No quería acabar como alguna de mis compañeras, con un hombre de cincuenta años cuya existencia se resumiese en la noble tarea de beber cerveza, comer guisos caseros y acudir con los amigos a casas de alterne.

Aunque me quedaba bastante tiempo, había empezado a agobiarme. La guerra obligaba a los muchachos jóvenes a marchar al frente, lo que eliminaba cualquier posibilidad de conocerlos. A no ser que trabajara en el mundo de la salud. Pero yo odiaba la sangre.

Cuál fue mi sorpresa cuando un día descubrí que había otro camino para encontrar al esposo ideal: nada más y nada menos que mi próximo destino. En los campos de trabajo, la mayoría eran hombres jóvenes, solteros y respetables. Sí, puede que tal vez estuvieran las judías, pero ellos nunca se fijarían en el eslabón inferior de la cadena. También conocía la existencia de algunas oficiales. Sin embargo, según las informaciones que tenía, no suponían ningún tipo de amenaza.

El sonido seco de unas botas contra la madera del suelo me advirtió de que alguien se acercaba. Tuve tiempo de sentarme como una señorita, tal y como me habían enseñado, recta y con las manos encima de las rodillas. Era padre, el gran Raymond Stiel. Pensaba que le encontraría nervioso, pero como casi siempre con él, me equivocaba. Llevaba su uniforme colocado con pulcritud. El atuendo se componía básicamente de unos pantalones verde oscuro y una camisa verde claro, todo ello acompañado con su gorra.

Si no le conociera me habría dado miedo; padre era muy profesional, así que su cara resultaba inescrutable y mantenía una postura totalmente erguida. Una de las cosas que echaba de menos en él era su pelo color miel con algunas canas en las patillas, siempre me había parecido bastante original, pero ahora, apenas veía que el cabello amenazaba con salir, se lo rapaba. Cada vez tenía más y más arrugas, por lo que incluso aparentaba ser mayor de su edad real.

Todo ocurrió tan rápido después del suceso...

Me miró con sus ojos marrones y entonces, poco a poco, los músculos se relajaron hasta que formó una sonrisa que hizo que las arrugas se pronunciaran más.

—¿Qué tal has pasado el viaje? —me besó en la frente (menos mal que me había limpiado el sudor) y se sentó a mi lado.

—Bien, me he dormido durante bastante tiempo, así que no sé cuánto hemos tardado —respondí mientras me alisaba los pliegues de la falda.

Se rio de mí, soy la persona con menos sentido del tiempo del universo. Si a eso le añadimos que puedo dormir hasta dieciséis horas seguidas, no es de extrañar que muchas veces, si no llevo reloj, pueda ir a desayunar en plena noche.

No le había dado tiempo ni siquiera a sentarse cuando el tren se paró de un frenazo que hizo que saliera disparada hacia delante, como si fuera una pelota que mi padre tuvo que parar. Con cuidado, me volvió a depositar en mi sitio y mientras se aseguraba de que estaba bien, añadió con una voz seca y seria:

—Ya hemos llegado. Me han comunicado que vendrán dos oficiales a por nosotros, van a enseñarme las instalaciones de Auschwitz; si no quieres acompañarnos, dímelo ahora y te excusaré.

No me apetecía en absoluto; estaba cansada, tenía el vestido arrugado, el pelo enredado, los dedos entumecidos y los pies doloridos por tanto tiempo sin quitarme los tacones. Por otra parte, me imaginaba que el campo estaría

llo de judíos, que tal vez tendrían enfermedades o, lo que es peor, podían intentar robarme o herirme. Pero por otra parte era consciente de la ilusión que mi padre tenía depositada en aquel trabajo, y siendo yo la única familia que le quedaba, creí conveniente asistir. Así que, como buena dama, puse mi sonrisa más convincente e hice que me temblara un poco la voz de la emoción:

—¡Oh, padre, por supuesto que quiero ir! No sabes la ilusión que me hace ver tu nuevo trabajo; de hecho, he pensado que incluso podría ayudarte en algo... —me mordí la lengua mientras decía la frase y recé porque él no la hubiera escuchado. Menos mal que cuando padre se disponía a contestar un trabajador del tren nos interrumpió, se situó a mi lado derecho y, tartamudeando, dijo algo como que ya nos estaban esperando fuera. Llegó la hora de salir a nuestro nuevo inicio.

Padre descendió primero y enseguida oí dos voces diferentes pronunciando un «Heil Hitler!» con un volumen bastante elevado, supongo que querían caer bien al jefe, normal. Bajé los escalones. La estación estaba en medio de la nada, de hecho, podías observar campos en los alrededores. Toda la infraestructura la componía una caseta gris, bastante mal cuidada, si querían mi opinión. Había otras vías, pero el único tren que estaba era el nuestro, y en comparación con aquella estación tan vieja parecía como si alguien hubiera encerrado a un águila real en una jaula de periquitos. Observaba todo lo que me rodeaba cuando vi a los dos jóvenes junto a mi padre, y me acerqué para saludar.

Aunque fingí no darme cuenta, vi la cara de asombro que se les quedó a los dos al distinguirme. Supongo que, después de tanto tiempo allí, que apareciera una señorita, y además tan bella, les impresionó. Ambos se inclinaron y me hicieron una reverencia dando a entender que me consideraban alguien importante; me gustó, aquello empezaba bien. Padre comenzó a hablar:

—Juliana, este es Louis Sherfam, le conocí en las juventudes hitlerianas, donde fui su mentor, muy prometedor.

Reconocí orgullo cuando pronunció la palabra *prometedor*. Me fijé en él. Mediría al menos un metro ochenta, tenía un cuerpo firme y musculoso, por lo que imaginé que hacía mucho deporte. Su pelo rapado era rubio platino y daba la sensación de estar calvo a pesar de tener pelusa. Los ojos azules eran tan grandes que fue raro que no me quedara mirándolos como una boba.

Puse mi mueca más tímida y mientras, disimuladamente, pellizqué mis mejillas para dar un toque más inocente a mi aspecto.

—Encantada, señor Louis —dije con el tono más seductor que encontré dentro del decoro.

—Un placer conocerla —por su sonrisa deduje que mi plan había surtido efecto—, espero que su estancia aquí le sea de lo más agradable. Por cierto, usted no se preocupe por no conocer a nadie, cuando acabe nuestra jornada laboral iremos a buscarla.

—Gracias, pero por favor, hágame de tú.

Él me sonrió; iba a continuar con el coqueteo cuando padre nos interrumpió. Me había olvidado de su otro compañero. Sería igual de alto, pero a diferencia de Louis lucía muy delgaducho y desgarrado. Llevaba el pelo un poco más largo que mi padre y Louis, y tenía unos vergonzosos ojos verdes. Mientras que Louis despertaba seguridad en sí mismo, el nuevo joven parecía desconcertado, como quien no sabe muy bien por dónde anda. No esperó a que padre me presentara.

—Alger Hotterman, Juliana.

Su voz tembló tanto al pronunciar su nombre que temí que no supiera hablar.

—Encantada, señor Hotterman —dije mientras desviaba la vista para comprobar que el muy desgraciado ni siquiera estaba prestando atención.

Louis se percató, por lo que a la velocidad de la luz se acercó a mí y retomó la conversación:

—Si quieren, podemos ir ya al coche para llevarlos a su casa, y también les haremos una visita guiada —ofreció mientras, con un movimiento de cabeza, nos invitaba a seguirle.

Ambos, mi padre y yo, asentimos a la vez. Comenzamos a andar hacia el coche. No era el vehículo oficial del ejército. No entendía mucho de coches dado que no podía conducir, pero se trataba de un Volkswagen de color negro. Sin previo aviso, empezaron a aparecer autobuses por todos los lados, no entendía qué podía pasar. ¿Cuánta gente iba a llegar para que se necesitaran tantos autobuses? Todos mis compañeros giraban la vista a la derecha, así que los imité. La luz reflejada en la nieve no me dejaba ver y me puse una mano en la frente para hacer el efecto visera. Lo que ahí había me dejó más confusa de lo que estaba: era un tren de mercancías. Seguía sin comprender: ¿para qué tantos autobuses si como mucho vendrían diez trabajadores en los trenes?

Me giré para consultar a mi padre, pero lo que me encontré fue una escena inaudita. Padre miraba iracundo a los dos jóvenes que no paraban de pedir disculpas mientras, atropelladamente, intentaban explicar la situación, pero sus justificaciones se solapaban y no se entendía nada. Lo único que alcancé a escuchar es que el destino final de ese tren estaba anegado por la nieve y por eso había tenido que parar antes. La estación se volvió un caos, más aún cuando unos hombres con perros labradores llegaron corriendo. Habitualmente me gustaban mucho los animales y yo les gustaba a ellos, pero cuando uno de los labradores me miró y gruñó, tuve la certeza de que me encontraba ante animales transformados en asesinos.

Sin que nadie reparara en mis movimientos, me situé detrás de mi padre y me agarré a su camisa como cuando era pequeña y pensaba que estando con él nada malo me podría ocurrir.

—Lo siento, señor Raymond, el tren tenía que llegar en dos horas, hablaré con el encargado —se disculpó de nuevo Louis mientras yo me aferraba más y más fuerte a ese trozo de tela.

—No pasa nada —añadió tras una reflexión, y por el rabillo del ojo noté cómo los oficiales respiraban en paz—, no me importa ver cómo se trabaja en esta estación. La única que me preocupa es mi hija, una dama no debería presenciar el estado en el que llegan estas fieras.

El tono de mi padre no había sido nada amigable, así que me dispuse a hablar para calmar los humos mientras me preguntaba qué clase de bestias vendrían en esos vagones o si las fieras eran los chuchos que, con sus ladridos, parecían estar poniendo banda sonora a nuestro encuentro.

—Padre, no me importa, es una buena forma de ver todo el funcionamiento de tu nuevo trabajo —sonreí y dirigí una mirada de soslayo a Louis y a Alger, demostrando así mi complicidad.

—Está bien, nosotros ayudaremos a trabajar. Tú te quedarás... —empezó a buscar algo con la mirada, no sabía exactamente el qué, entonces debió localizarlo—. ¿Ves esas mesas? —señaló un punto al norte.

Asentí. Eran como unas seis mesas acompañadas de sillas plegables donde se habían sentado oficiales del régimen que aún no conocía.

—Ve allí con Alger y ni se te ocurra mezclarte con la gente que va a salir de este tren, ¿entendido?

—Sí —contesté. Me hubiera gustado acompañarle, seguir aferrada a su tela, pero por su manera de hablar supe que aquello no había sido una pregunta, sino una orden.

—No se preocupe, mi general. Por favor, Juliana, sígame —dijo Alger.

Me costó soltar la camisa de padre sin lanzarme a la del oficial. Tuve que utilizar todas mis fuerzas para serenarme y no demostrar que estaba muy asustada. No me hizo falta andar más de cinco pasos para darme cuenta de que prefería a Louis como acompañante, ya no solo porque fuera más fuerte, sino porque seguramente habría hablado, aunque fuera algo.

Al llegar a las mesas nadie se percató de mi presencia. Alger hizo un intento pobre de presentarme a alguno de los oficiales, pero tras observar que estaban muy atareados con los papeles, simplemente se echó hacia atrás y, sin mediar palabra, comenzó a analizar todo lo que sucedía delante de nosotros. Por supuesto, no me miró ni una sola vez y, en cierta manera, me sentí invisible. Al cabo de un rato un chico joven que parecía que llegaba tarde a una cita importante se acercó y depositó de golpe una silla a mi lado, mientras seguía corriendo y me gritaba, sin mirarme siquiera, que «ese trámite» tardaría alrededor de dos horas, así que era mejor que me sentara para no cansarme. Esta última palabra la deduje yo porque, por supuesto, el corredor se había mezclado en el tumulto de gente y en esos momentos ni siquiera podía verle.

Otro corredor (o tal vez el mismo) se la ofreció después a Alger, pero él dijo que no, después se acercó a mí y permaneció todo el tiempo a mi lado erguido, y mudo. De vez en cuando me miraba de reojo, pero, si yo levantaba la vista para ver si quería algo, me ignoraba con una velocidad que superaba mi capacidad de abrir la boca. Era como un niño, me preguntaba si habría besado a alguna mujer.

Al poco rato las máquinas del tren se pararon y me alarmé. Se oían muchos gritos, miré preocupada, ¿qué estaba pasando? Afiné el oído: «¡Agua! ¡Por favor, hay niños!». Los oficiales se acercaron entonces a los vagones, había tantos que se escapaban de mi vista, llevaban las cerraduras por fuera, así que hasta que ellos no las abrieron nadie pudo salir. Tenía curiosidad por ver cuánta gente había allí dentro; el volumen de gritos era demasiado alto para la capacidad de albergar personas que puede tener un vagón.

Una vez que hubo un oficial delante de cada vagón, abrieron las compuertas sincronizados a la vez. Lo que pasó en ese momento fue algo inimaginable, ya que iban repletos de personas, un espacio negro que no paraba de escupir gente desesperada. Intenté contar pero era imposible, así

que me pregunté cuántos habrían viajado. ¿Cientos? Creo que mi cara lo dijo todo, porque entonces Alger me habló:

—Es un viaje corto, no te preocupes, que les damos agua y... —se detuvo y no dijo nada más, algo en su rostro me desveló que mentía, y además no estaba cómodo ante esa situación.

Como supuse que no me contaría la verdad, opté por mentir yo también:

—Ah, vale, me dejas más tranquila, y exactamente ahora, ¿qué va a suceder?

—Primero se separa a las mujeres de los hombres —debió de notar mi incredulidad, ya que empezó a explicarse—. Juliana, entiende que aquí vienen a trabajar, y el sector de mujeres está repleto; de todas maneras, seguirán teniendo comunicación con las familias. Nosotros no somos los monstruos —no paraba de frotarse las manos sudorosas. Yo no quise seguir preguntando. Temía que me viera como a una de esas apestosas alemanas que se aliaban con los judíos. Y no era de esas, ni siquiera me importaban, solo despertaban en mí asco, odio y rencor desmesurados.

—Si te soy sincera no me importa mucho, es solo que quiero entender cómo van aquí todos los procesos. Deseo conocer mi nuevo hogar —dije de una manera encantadora.

Alger asintió sin mostrar ningún tipo de interés en mis palabras y siguió mirando hacia delante, así que le imité. Había tanta gente igual y tantos vagones idénticos que observé el más próximo. No sabría decir por qué, pero me pareció pura contradicción: pese a que la gente llevaba sus mejores trajes, joyas y maletines de cuero elegantes, la sensación que transmitían era de pobres, tristes y muertos de miedo. Los ropajes de todos estaban sucios, los valientes que se habían puesto alguna prenda blanca la lucían ahora con mohín. El olor que desprendía el tren era como el de las granjas que había limpiado durante mi estancia en la Liga de las Muchachas Alemanas. Comprendí que muchas de las manchas de la ropa que yo había tomado por mohín eran excrementos. Tenían ojeras, denotaban una delgadez excesiva, pero su único grito era: «¡Sed!». Un oficial, al cual no conocía, salió con varias garrafas de agua. Me alegré, no porque ellos bebieran, sino porque cesarían los gritos que me estaban volviendo loca porque eran tan desgarradores, tan desesperados, que traspasaban el espacio y te mordían la piel.

No sé lo que les diría. Surtió efecto. Comenzaron a ponerse en fila. Entonces el oficial derramó el agua por el suelo. El bulto formado por las

personas se agachó y chuparon el agua como perros callejeros en un charco, algunos lloraban avergonzados mientras lo hacían. Eso me hizo sentir incómoda. No sabía cómo se actuaba en esos casos. Mis oídos captaron risas y supe que esa situación debía resultar graciosa, así que comencé a reírme a carcajada limpia, tal vez puede que incluso exagerada, ante todo necesitaba encajar.

Toda la gente nos miraba, cientos de personas, pero solo uno captó mi atención. De repente solo podía observarle a él. Mientras todos observaban con la ira y el temor dándose la mano, él reprochaba. Mientras todos agachaban la cabeza permitiendo que el segundo ganase la batalla, él la levantaba desafiante, mientras todo el mundo odiaba a los generales del Reich, supe que él me odiaba a mí. Sus ojos solo buscaban encontrarse con los míos, era de los pocos que permanecía de pie, así que era difícil no verle. Nunca un hombre me había clavado los ojos así, para él yo apestaba, algo en mí me decía que no me tocaría ni aunque fuera la última mujer en el mundo y eso, aunque viniera de un judío, me disgustó.

Desvié la vista hacia los oficiales, que reían, me miraban, señalaban a los judíos que bebían como perros y seguían con la diversión. Había complicidad entre nosotros. No entendía qué ocurría, pero mis ojos siempre acababan volviendo para encontrarse con los del judío, con el tono verde eléctrico, nunca había visto ese color, antes de él no sabía ni que existía. Estaba perdida, ¿cómo alguien que valía tan poco podía removerme de esa manera? ¿Hacerme sentir así? Por primera vez en mi vida, yo era un monstruo.

No sé cuánto tiempo pasé estática, sin capacidad de reaccionar, puede que minutos. Tampoco sé cuánto había transcurrido cuando me di cuenta de que ya no me reía. Entonces, tonta de mí, llegué a la conclusión de que él ya no me miraría mal, pues ya no me mofaba de su situación. Pero me equivocaba, seguía exactamente en la misma postura.

Como parecía que aquello era una guerra de miradas, decidí adoptar la mía más severa y esperar a que fuera él quien se retirase; al fin y al cabo, yo tenía las papeletas ganadoras en esa situación. Me fijé en su pelo alborotado castaño, sus ojos verdes, su cuerpo delgaducho; de no haber sido judío me podría haber parecido guapo. «¡Pero qué tonterías piensas!».

En ese momento algo ocurrió, movimiento, un niño que no tendría más de trece años corrió hacia las garrafas de agua sin derramar, parecía desesperado. El oficial al mando no se lo pensó dos veces y le golpeó con un

palo en la columna, sonó como si el adolescente se partiera en dos y parte de sus huesos se hubiese adherido a la madera, no se movía. Me incorporé agitada por la impresión y atisbé el espectáculo. Se oyó un grito desgarrador que provenía del interior de la marea humana. Una mujer corría mientras gritaba: «¡Mi hijo no! ¡Por el amor de Dios, es solo un niño!» En menos de un segundo estaba tendida al lado del cuerpo inerte de su hijo. No paraba de llorar, cogía al pequeño en sus brazos y lo mecía apretando contra su pecho como si así pudiera volver, con los dedos aferrándose a los brazos que caían sin vida para no permitirle escapar. Le limpiaba la cara y le besaba. Por un instante temí ponerme a llorar ahí mismo; era un niño y solo quería agua. Paseé la vista por los judíos, sus expresiones eran vacías, como si estuvieran acostumbrados y, cómo no, llegué hasta el que me había incomodado. No quería mirarle, nunca había visto a nadie morir y bastante mal me sentía en esos instantes, con el sonido de la muerte repiqueteando en mis oídos al ritmo de un impacto seco que no admitía remordimientos en aquel que empuñaba el arma con orgullo, como para que un idiota me hiciera sentir peor. Sin embargo, cuando mi vista acarició la suya, algo había cambiado, ahora no me miraba con rabia sino confuso, me hubiera encantado poder leer sus pensamientos.

Un oficial se dirigió a la desconsolada masa que tenía enfrente y comenzó su verdadero calvario. Empezaron a coger a las mujeres y a meterlas de nuevo en el vagón. Al principio los pilló de improviso, pero en el momento en que se oyeron los primeros gritos los hombres las agarraron con la mayor fuerza de que fueron capaces. El indeseable judío tenía a dos en sus manos, una era mayor y supuse que sería su madre, la otra más joven, tal vez su mujer o prometida. Los oficiales intentaban arrebatarlas, pero él no les dejaba. Al final iba a resultar que ese cuerpo delgado tenía fuerza.

Pasaron algunos segundos hasta que apareció otro oficial con un palo y le golpeó en las espinillas con brutalidad. El judío cayó de bruces al suelo y ellos aprovecharon para llevarse a las dos mujeres e introducirlas a presión en el tren. Allí, en el suelo, sin retorcerse por el dolor de la herida, lloró de la rabia y golpeó la tierra hasta que sus nudillos sangraron. Un hombre mayor se acercó a él y le abrazó. Me tranquilicé. No quería ver más situaciones similares, no me gustaba sentir «pena» por los judíos, así que intenté hablar con Alger.

—Madre mía, tenéis muchísimo trabajo.

—Sí —no pudo evitar poner los ojos en blanco ante mi falta de sensibilidad. Ante la fachada para que no se me notase el ligero temblor del labio inferior.

—Vienen como fieras, espero que en los campos os respeten más —añadí nerviosa, deseando que respondiera algo más que monosílabos.

—Lo hacen —respondió sin mirarme siquiera.

Vale, estaba intentando mantener una conversación cordial con él, y empezaba a ver que eso era prácticamente imposible, definitivamente Louis me habría hecho sentir más cómoda. Probé con la última pregunta para hablar un rato:

—¿Qué más queda por hacer? —mostré un interés que no tenía.

—Como te he dicho, ahora separamos a las mujeres de los hombres y las metemos en los vagones. Luego cogemos a los hombres sanos y los montamos en los autobuses para que vayan al campo. Si no estamos seguros de que tengan buena salud les hacemos pasar por estas mesas —dijo señalando las que teníamos al lado.

—Entiendo, ¿y aquí qué se hace? —Al desviar la vista hacia las mesas vi que los hombres sentados tras ellas se preparaban, boli en mano, para empezar su parte del trabajo.

—Básicamente les preguntamos cuál era su profesión, y el médico les hace una revisión rápida. Si están sanos o son útiles para trabajar, van al autobús; si no, vuelven al tren —explicó como si fuera un robot.

—¿Dónde los lleva el tren?

—Está fuera de mis competencias. No me gusta meterme donde no me llaman.

Supe que no obtendría más información por ese camino, así que cambié el curso de mis preguntas.

—¿Qué es lo que haces tú?

—Pues depende, ahora mismo controlo una entrada de Auschwitz, pero con la llegada de tu padre no sé dónde nos mandarán. Si me disculpas —y me señaló a un vagón en el que había problemas, disturbios, personas que no aceptaban el destino impuesto y se removían ante unos oficiales que los reducían sin piedad—, tengo que ir a ayudar, espera aquí. No te muevas.

—Por supuesto —contesté muy deprisa.

No le hice caso. En cuanto se marchó me desplazé poco a poco arrastrando la silla para poder ser testigo en primera persona de cómo era la prueba de selección. No oía muy bien, pero después de unos minutos

comprendí que el oficial que tenía a mi derecha era mucho más severo que el de mi izquierda. Mientras que el de la izquierda mandaba de vuelta al tren solo a los hombres muy ancianos, el de la derecha enviaba a cualquiera que superara los cuarenta años, ya estuviera sano o no, y eso no debía de ser bueno, ya que la gente regresaba entre lágrimas, súplicas de una segunda oportunidad para pasar la prueba y gritos cuando se negaban. Supongo que les daba pena separarse de su familia.

Algunos los engañaban, siempre he sido buena captando la mentira: sudan, tardan mucho en contestar, tartamudean, no miran a su entrevistador al contestar... Lo extraño era que mintieran para volver a los trenes. Detuve la vista en uno de los farsantes, el hombre era mayor pero bien podía haber trabajado unos añitos más, le seguí hasta que se metió en el tren. Una mujer tan anciana como él le agarró y le besó, y entonces lo supe: lo había hecho para ir con ella. Pues menuda estupidez, cada vez entendía menos a estas «personas», les daban una oportunidad de trabajar y mentían a los únicos que se compadecían de ellos. Me indigné. Poco a poco el trabajo me pareció tan mecánico que perdí la curiosidad, los judíos lloraban, se les mandaba a un sitio u otro y vuelta a empezar. Además, ya los veía a todos exactamente iguales, es decir, mismas ropas, mismos gestos, misma cara...

Mi nivel de aburrimiento era tan alto que decidí levantarme y deambular alrededor de las mesas en busca de algo interesante. Sabía que no debía, pero no me alejaría demasiado. Iba por la cuarta mesa y me enganché el pie con una ramita. Me agaché para quitarla (no quería caerme en mi primer día) y de paso aproveché para bostezar. Por eso no me percaté inmediatamente, mientras me incorporaba, de que tenía esos ojos de un verde irreal frente a mí. Dos ancianos sujetaban al judío para que no se viniese abajo mientras su nariz se hinchaba al mismo tiempo que por sus orificios salían ríos de sangre púrpura que contuvo presionando con un pañuelo mugriento. El joven se tuvo que apoyar en la mesa donde le iban a hacer el reconocimiento. Tenía los nudillos de las manos en carne viva de los golpes que había dado al suelo, tanto era así que casi vomito. Me paré detrás de la mesa y me llevé las manos a la espalda, sentía curiosidad por saber dónde le mandarían; ojalá fuera de regreso al tren, para que no tuviera que volver a verle la cara. Escuché:

—¿Profesión? —le preguntó un hombre alemán con una voz mecánica.

—Obrero, pero también puedo ejercer de carpintero o economista —su tono era débil..

«Amigo, ahora no eres tan valiente», pensé. Él no se había dado cuenta de que yo estaba allí, así que me acerqué más para que lo supiera. Esta vez yo mandaba y no iba a dejar pasar la oportunidad de hacerle rebajarse ante mí. Le miré por encima del hombro todo lo que pude, hasta una cucaracha se habría sentido más importante en esos instantes. Pero mi impotencia aumentó por momentos al notar que no me veía, así que carraspeé sonoramente para llamar su atención. Agachó la cabeza, pero yo sabía que sentía mis ojos llenos de odio clavados en su nuca. Fue de lo más gratificante, lo más divertido de ese día, sin ninguna duda. El oficial fue a llamar a otro hombre, apareció vestido de verde y se presentó como el médico. Me extrañó, la mayoría de los sanitarios que había conocido en mi vida solían llevar batas blancas y no ese uniforme horrible verde pistacho.

—Revíselo, si hay que emplear mucho tiempo para curarlo, le mandamos de vuelta al tren —apuntó el oficial, que no quería perder el tiempo. El médico le observó y le palpó con unos guantes, el judío permaneció quieto e impassible, como si no sintiera el dolor y se estuviera jugando el futuro.

—¿Puedes andar y cargar peso? —le preguntó el médico.

—Sí, como ya he dicho, parece mucho pero solo es sangre reseca —contestó con firmeza.

—Mándeles para el autobús, está sano y tiene razón, después de que le duchen serán solo heridas superficiales —dijo el médico al oficial.

—Irás al autobús, judío —anunció este sin apartar la vista de unos papeles.

—Ishmael —le espetó el judío con voz prepotente.

—¿Cómo dice? —el oficial había apartado los documentos a un lado y le miraba fijamente.

—Ishmael, señor, es el nombre que me pusieron mis padres, no «judío» —dijo hinchando el pecho de orgullo. Cuando pronunció su nombre me miró. En ese preciso instante el oficial se levantó, no hacía falta ser muy lista para saber que se disponía a pegarle, y ya había visto demasiada violencia, así que le interrumpí:

—Hola, ¿señor? —como no obtenía respuesta tuve que carraspear sonoramente mientras me acercaba.

—Rudolph —seguía mirando al judío en vez de a mí.

—Soy la señorita Juliana...

Me interrumpió.

—Encantado, encantado —respondió rápido y sin girarse siquiera hacia mí. Su mirada seguía fija en el judío—. Estoy trabajando...

Sabía que la paliza venía ya, así que le interrumpí yo. Ya me había hartado de que me ignoraran.

—Juliana Raymond, quiero decirle que me parece que es usted todo un profesional. ¿Podría enseñarme en qué consiste su trabajo? Es que he llegado hoy.

En el momento en que pronuncié mi apellido se detuvo, no era bueno darle una paliza a alguien delante de la hija del jefe. Primero miró al judío, Ishmael:

—Ve al autobús —ordenó con autoridad. Suavizó el rostro, el tono y el volumen, y se dirigió a mí—: Por supuesto que le enseñaré el trabajo.

A esta conversación le siguió más de media hora apasionante sobre cómo el Tercer Reich era lo mejor que le había pasado, lo muchísimo que le gustaba su trabajo y cómo todos estaban contentísimos de que mi padre llegara para ocupar el mando. Lo más interesante de la conversación fue una anécdota sobre el día que le abrió la puerta a Himmler; lo dicho, era pura emoción. Me alegré cuando mi padre regresó con Louis y tuve que fingir cuando apareció Alger.

—Espero que no te hayas aburrido demasiado, es que hoy hay mucho trabajo —se disculpó padre.

—No, ha estado bien, tienes gente muy competente aquí —esta vez no disimulé que era mentira, pero como casi siempre, mi padre no se percató de la verdad que escondía el tono de mis palabras.

—Juliana, porque no ha visto a su padre en acción, definitivamente es el mejor jefe que podían habernos mandado —contestó inmediatamente Louis apuntándose un tanto.

Esperé a que Alger hiciera algo para ganarse su favor, pero permaneció en otro mundo; quise golpearle para ver si corría sangre por sus venas.

—Muchas gracias. —Entonces me miró, noté que padre tenía en gran estima al muchacho—. Creo que podemos irnos ya a Auschwitz.

Y con un gesto todos le seguimos como si fuera nuestro líder. Nos montamos en el coche y emprendimos camino, dejando el mal sabor de boca y los lamentos atrás.

* * *

Solo había tres pensamientos en mi cabeza y, si hablo sin mentir, no sé a cuál daba más importancia.

Uno de ellos era la sed, maldita sea, el agua. Me odiaba a mí mismo por las veces que había jugado a mojarme con mis amigos, la desperdiciaba. Odiaba al tiempo por no llover; hubiera abierto la boca para que las gotas me saciaran. No sé cuánto tiempo se puede pasar sin beber una pizca, pero no creo que hubiera aguantado mucho más. ¡Ni siquiera me quedaba saliva! ¿Cuándo fue la última vez que bebí? No puedo decir un número de horas o de días, pero sé que fue en el gueto. Después nos montaron en estos trenes y comenzó la pesadilla.

Cuando todo esto empezó, no paraba de repetirme: «Ishmael, no puede ir peor». Trataba de convencerme, puede que incluso me engañara a mí mismo. Ahora, con la perspectiva del tiempo, ya no digo esa sandez, claro que todo puede ir a peor y seguramente si hay alguna posibilidad, lo hará. Tengo miedo cuando trato de imaginar algo más brutal que los trenes. Ahora no paran de venirme a la cabeza algunos de esos momentos. La incertidumbre al entrar y dirigirnos a un lugar del que habíamos oído siempre comentarios negativos: los campos de trabajo.

Solo me quedaba una esperanza: iba con mi familia, mi padre, mi madre y mi hermana, que continúa entre nosotros, pero en el fondo murió hace tiempo. No intenté hablar con nadie que no fuera de mi familia, no por nada, si hubiera hablado de mi vida anterior, antes de toda la locura, habrían conocido a un Ishmael bastante empático, con muchísimos amigos. Pero en esta época un amigo se convierte en una preocupación, una pesada carga: ¿Qué le sucederá? ¿Aguantará un día más? Tiene hambre, ¿le doy la mitad de mi ración?... Bastante preocupación tengo con mi familia como para añadir a alguien más.

Hay momentos en los que sé que, cuando acabe esta guerra, los demonios me perseguirán en mis peores pesadillas. Una cosa está clara: una vez que se cerraron las puertas, comenzó la selección natural. No sabíamos cuánto tiempo íbamos a viajar, si nos darían más comida, ni tan siquiera si viviríamos o nos quedaríamos allí hasta que muriéramos todos. Antes de llegar a este destino fuimos a otro lado, allí bajaron a la gente más enferma de los vagones. ¿Se puede entender que por un instante sintiéramos alivio? Sé que suena a malas personas, pero nadie se puede imaginar lo que se siente encerrado en un sitio, comiendo un bocado de pan por día, pudiendo mojarte un dedo de agua para vivir, haciendo tus necesidades en el vagón, un mísero

cubo para cientos de personas, limpiándote con tu ropa, oliendo a mierda seca y con solo una ventana pequeña (para que no pueda escapar nadie) que permita airear el vagón.

En esos momentos no eres ni una persona, y cuando ves que la gente enferma, personas que no conoces, lo único que piensas son dos cosas: la primera, si no será algo que se contagie, ya no solo por ti, sino por tu familia. La segunda, deseas con toda tu alma que dejen de gritar por las noches, tan solo que haya silencio. Sin embargo, cuando se hace ese silencio que se supone que te hará feliz es cuando piensas que esa persona va a morir, y te da pena. Al final, cuando fallecen, te sientes desgraciado por los pensamientos egoístas que has tenido, pero luego ves que no se llevan los cadáveres y deseas con ansia que los saquen del vagón, lo cual no ocurre mientras el tren está en marcha.

Lo que nos acompañará eternamente son los niños, esas madres desgarradas viendo cómo su bebé dejaba de respirar enganchado al pecho, o aquella otra que veía a su hijo vomitando, que temblaba. Como si fuera una novela, te conviertes en el lector que sin poder hacer nada es testigo de cómo esa criatura tan dulce que tanto tenía por vivir se va, esperemos, a un sitio mejor.

Antes he dicho que mi hermana murió en el gueto. Cuando ves cómo su cuerpo está allí, pero su mente te ha abandonado, no puedes evitar pensar en todo lo que has discutido con ella cuando eras pequeño. Cómo me gustaba hacer enfadar a Gabriela, y recuerdo las ocasiones en que les decía a mis amigos que ni siquiera la quería. Y ahora siento que la quiero tanto que me enfado conmigo mismo por no haber aprovechado cada segundo a su lado. ¡Mierda! No entiendo por qué el ser humano tiene que esperar a estar en una situación tan límite para darse cuenta de lo que tenía al lado... Solo habló una vez en el tren, los niños no paraban de gritar y muy poca gente intentaba ayudar, eran demasiados para ellos. Entonces Gabriela se levantó, cogió todas las provisiones de agua que habíamos robado e introducido en el vagón de manera «ilegal», y dijo en un hilo de voz:

—Toda nuestra agua va a ser para los niños. ¿De qué sirve salir vivos teniendo esto en la conciencia? Dadme un solo argumento. Imaginaros que fuera Jacob...

Con este último nombre, todos entendimos que llevaba razón y que el agua no nos pertenecía, era para ellos.

Jacob..., prefiero no pensar en él, cerrar mi mente con una llave y tirar el candado, porque si lo hago, si verdaderamente le incluyo en las imágenes de mi memoria, todo mi mundo se desmorona y ahora mismo necesito ser fuerte. Perdí la consciencia, puede que incluso viera alucinaciones, soñaba con agua, parece gracioso pero incluso sentía deseo de chupar el sudor, esas gotitas que simulaban el rocío de la mañana en las plantas.

Ahora, cuando ya pienso que no voy a sobrevivir, el tren de la muerte para y oigo cómo los candados ceden y la luz entra. Mi padre y mi madre se abrazan con fuerza, yo levanto a mi hermana, al palo en que se ha convertido. Salimos deprisa, me duelen los ojos. Creo que soy un topo que no se acostumbra a la luz, creo que puede cegarme y bajo la vista. En ese momento, un general del Tercer Reich se acerca con lo que parecen barreños de agua. No he experimentado tanta alegría desde hace mucho tiempo. Padre coge una cantimplora y yo otra, dejamos a madre y a Gabriela sentadas, abatidas, y ambos salimos corriendo. Hay dos colas, así que padre va a la de la derecha y yo a la de la izquierda, corriendo pese a estar cansados, felices aunque nos dirigimos a nuestro final. En un ataque de ingenio, el oficial tira los barreños al suelo con toda el agua. Escucho comentarios a mi alrededor que dicen que ha sido un accidente, pero sé que es mentira. Hay pequeños charcos en los surcos del suelo y la gente se lanza a beber como los perros, ellos no saben que el perro hace el movimiento contrario con la lengua y que apenas podrán coger dos gotas. Pero ahí están, hombres que lo han tenido todo, ricos, con orgullo.

Me cabreo, estoy muy enfadado, no me agacharé, no les daré esa satisfacción, estoy harto; si he de morir, moriré, pero nunca viviré bajo sus reglas, no seré su bufón. Porque eso es lo que somos para ellos. Levanto la vista y los miro, todos están riendo como locos, parece que es lo mejor que han visto en su día. ¡Manda cojones! Entonces me detengo en una chica en particular. Una pseudodama, muy arreglada, tiene el pelo castaño claro con bastantes ondas, unos ojos azules gigantes, un buen cuerpo; simplificando, es preciosa. Pese a su belleza, me repele, no me acercaría a ella ni aunque fuera la última mujer en la tierra. Los demás visten el uniforme de los monstruos y, siendo coherentes, actúan como tales. Pero ella, esa pequeña mininazi, esa idiota que se cree dama, esa es peor que ellos, porque los demás saben lo que son. Ella se cree mejor, se cree por encima del sistema, y lo que no sabe es que es la que da más asco. La miro. Descargo toda mi ira contenida en ella. Creo que lo nota porque empieza a apartar la vista. Me divierto; así que al

final va a resultar que ella, tan orgullosa, tiene miedo de un simple judío que ni siquiera podría darle dos buenas bofetadas sin que le mataran. En medio de mi locura, me resulta graciosa y todo.

Se toca el pelo y mira hacia otro lado, está nerviosa. Se pone seria, me mira buscando mi aprobación, pero no quito mi cara de asco. Supongo que no estará acostumbrada a que un hombre no pueda mirarla sino con deseo. Pequeña princesa con el corazón hecho de abono. De repente, ¡pum!, un sonido seco y gritos desesperados de una mujer. ¿Pero qué coño ha pasado? Surgen los chillidos a mi alrededor, un niño ha muerto por un golpe. Entonces la miro, no sabría definir lo que parece. Ninguno de los alemanes ríe, pero donde todos miran como si fuera un fallo técnico, ella parece ¿triste? Sus ojos azules parecen ¿vidriosos? No me da tiempo a hacer más conjeturas cuando oigo un grito que conozco muy bien, madre, están metiendo a las mujeres de nuevo a los vagones.

«¡No!», grito con toda la potencia de mi voz. Doy dos zancadas y llego donde las habíamos dejado, las agarro con las manos con tanta fuerza que noto que les hago daño, seguro que mañana tendrán unos buenos cardenales. Unos oficiales intentan arrancármelas pero no les dejo. Siempre he sido bastante fuerte y esta vez, pese a estar cansado, he decidido emplear toda mi potencia hasta que se acabe, me da igual no tener después. Voy ganando. No me lo puedo creer. Puedo con ellos. Entonces, ¡pum! De nuevo, un palazo en las espinillas hace que pierda el equilibrio y caiga al suelo. Intento aferrarme a sus faldas, que desgarran. Los alemanes son rápidos, las cogen y las meten en el vagón sin echar la vista atrás. Tengo la cara llena de la arena del suelo, me duele todo el cuerpo, sigo recibiendo palos y puntapiés. Levanto la vista y las miro, pese a tener la cara de mayor temor que jamás he visto, leo sus labios:

—Te quiero, hijo mío, ¡cuida de tu padre!

Con esa última frase y unos ojos que prometen llorar, se cierran las puertas. Así que de este modo llego a mi segundo pensamiento: ¿qué será de mi hermana y mi madre? Pero lo desecho rápidamente; en ocasiones, enterrar pensamientos impide el dolor. En estos momentos, con la escasez de fuerza interior, no me puedo permitir nada más, así que guardo este pensamiento bajo llave, estoy seguro de que lo retomaré más tarde.

Aunque no me doy cuenta, me escuecen los ojos, supongo que me habrá entrado arena. Cojo el bajo de la camisa y me los limpio y entonces es cuando me doy cuenta de que estoy llorando. Mientras permanezco en el

suelo, veo cómo los alemanes cierran la puerta desde fuera. Solo una cosa me anima, les están echando agua con una manguera.

Se oyen gritos de alegría. Padre aparece a mi lado. No hace falta que hablemos, lo sabe y me abraza. Un oficial me llama, no por mi nombre, sino señalándome y haciendo un gesto con la cabeza. A algunos hombres los está mandando a unos autobuses. A mí me dice que tengo que ir a unas mesas que están enfrente. Me encuentro un poco mal, así que mi padre y otro hombre al que no conozco me cogen de los hombros y me llevan hasta allí. Un hombre con cara agria me pregunta por mi profesión, estoy contestando cuando me percató de que detrás está ella. ¡Mierda! Me mira con la cara altiva, dejando claro que si mueve uno solo de sus labios me aplastará como a una cucaracha. Agacho la cabeza, esta princesita endemoniada me puede joder bien y no estoy dispuesto a ello. Ahora la que se divierte es ella. Un hombre, que doy por hecho que es médico, me hace algunas preguntas sobre mi salud, creo que le he convencido porque le dice al otro que me mande a los autobuses.

Y sin saber muy bien por qué, supongo que por todo lo que ha acontecido durante el día, decido ponerme gallito y hablarle al oficial de una manera chulesca recordándole mi nombre. De ahí no voy a salir bien parado, amigo, pero, sin venir a cuento, ella empieza a hablar, muestra el cargo de su padre, que debe de ser muy alto por la cara del otro, y empieza a ¿distraerle? El oficial se olvida de mí y me manda al autobús. No puedo creer mi suerte.

Una mano golpea mi hombro con brusquedad, es padre. Me giro.

—¿Has perdido la cabeza? ¿Cómo se te ocurre ponerte así con un oficial? Menos mal que esa joven ha empezado a hablar con él, si no, a saber qué habría pasado —está preocupado y cansado.

—¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Permitirle que me trate como una mierda? Estoy harto, cansado —grito.

—Acabo de perder a tu madre y a tu hermana, por favor, no hagas ninguna tontería, no te vayas tú también —habla sin fuerza; esa voz que antaño imponía ahora solo contiene restos de dolor.

—Lo siento —contesto finalmente, y aunque me apetece rebelarme y que me peguen un tiro, me descubro intentando tranquilizar a padre—, me controlaré. Es solo que llevo tanto tiempo aguantando cosas que, a veces, no puedo más, como si no reaccionar, no hacer nada, me convirtiese en uno de ellos, un cómplice en lugar de un digno oponente.

—¿Crees que no te entiendo? ¿Crees que no me gustaría insultarlos hasta quedarme sin voz? ¿Pegarles hasta no sentir las manos? ¡Pues claro!

Pero no serviría de nada. Se escapa a mi comprensión, pero ellos tienen el poder. Así que compórtate. No juegues con tu vida, porque no es solo tuya, también es mía, y tú eres mi última fuerza. El órgano que me queda para continuar respirando. Si a ti te pasara algo...

Le interrumpo.

—Vale —no quiero drama.

—¿Qué es lo que vale?

—Seré un buen chico —miento de manera tan convincente que padre respira tranquilo una sola vez.

Luego vuelve a agachar la cabeza y continúa andando mecánicamente. Qué ironía, ser un buen chico se ha convertido en aguantar con buen talante todo lo que los monstruos uniformados nos digan. Un buen y sumiso esclavo. Cuando voy hacia el autobús, observo las mesas de mi alrededor. En ellas hay gente que conozco del tren, mienten en la edad y la profesión, tal y como nos ha aconsejado todo el mundo. Es malo entrar en Auschwitz, pero peor es volver al tren. Mientras subo al bus, escucho cómo los oficiales de las SS nos califican como «personas aptas para trabajar». Me siento y con ello llega mi tercer pensamiento: ¿qué nos deparará nuestro futuro en el campo, en nuestro nuevo «hogar»? Oigo que alguien se ríe como si estuviera loco y busco de dónde proviene esa risa, hasta que veo que todo el mundo me mira a mí. Me tapo la boca y el sonido cesa. He sido yo.

CAPÍTULO 2

El trayecto hasta Auschwitz no duró mucho, o a mí se me hizo rápido conversando con Louis. El camino tenía muchos baches y, como había llovido, la carretera estaba atestada de barro, por lo que más de una vez tuvimos que parar y fue necesario que Alger empujara el coche. Por eso y por el temor a manchar los bajos de mi falda, tardé en apreciar lo espectacular que era mi casa una vez que hubimos llegado: toda ella blanca, con un jardín enorme que la rodeaba, con un porche con unas mesas, sillas y lo que parecía un columpio que todavía se podía usar.

—Hay que hacer algunos arreglos en la casa —indicó Louis mirándome—. Mañana mismo mandaremos a alguien. Calculo que no tardarán más de tres o cuatro días en terminarlo.

Revelado esto, se adelantó y sujetó la puerta como un caballero. La entrada era majestuosa. La puerta del salón estaba entreabierta, así que pude apreciar la decoración de madera, lámparas y detalles en oro y, presidiéndolo todo, una gran foto del Führer. Sin embargo, pronto captó mi atención la puerta de la izquierda. De madera antigua, tenía un gran cerrojo cuya llave cedió Louis a mi padre. Como nadie me invitó a entrar, tuve que mirar disimuladamente desde fuera. Era una estancia simple con una máquina de escribir y decenas de libros. Padre dejó su maletín de mano en la única silla que había, por lo que deduje que él era el dueño de ese despacho. No tardaron en salir y no pude sino extrañarme cuando oí cómo padre echaba el cerrojo de nuevo. Nunca había existido en nuestro hogar una sala en la que yo no pudiera entrar.

Seguimos de frente y encontramos la cocina. Allí había una mujer con unas caderas tan grandes que resultarían ofensivas en una dama. Otro detalle que no me gustó de ella fue su cabello rojo y rizado. Había leído mucho sobre la época de las brujas en Escocia y tenía mis prejuicios hacia ese tono de pelo. Pese a que esbozó una amplia sonrisa, no me agradó en absoluto. Demasiada familiaridad. Demasiada bondad en alguien que, por su naturaleza, no podía serlo.

—Hemos seleccionado a una mujer fuerte como sirvienta para que, además de las labores propias de cocina y limpieza, pueda cargar leños y realizar trabajos que requieran fuerza. No queremos que os preocupéis por nada —explicó Louis sin siquiera mirarla.

—Encantada, señor y señorita Stiel. Me llamo Ada y estoy a su entera disposición —contestó con un susurro de voz nuestra nueva criada.

No sé si fueron impresiones mías, pero me pareció que iba a vomitar o mearse encima por el modo en el que se retorcía. Pensaba preguntarle, por nada del mundo quería una mujer enferma que me pudiese contagiar algo, pero entonces padre hizo un gesto con la cabeza y seguimos avanzando, esta vez escaleras arriba. El segundo piso estaba compuesto por tres habitaciones y un cuarto de baño. Me metí en la mía, me parece de mala educación entrar en las que van a pertenecer a otras personas. La habitación es algo muy privado. Era bastante amplia, con una cama de matrimonio, un escritorio, un armario y unos estantes para los libros. Las cortinas y el edredón estaban a juego con un tono blanco en el que se reflejaban los pocos rayos de sol que podían escapar a la nube negra constante que presidía nuestro cielo. Una mano me tocó el hombro y me puse tensa.

—Ven a contemplar las vistas, Juliana. Yo elegí esta habitación para ti, espero haber acertado —dijo Louis en un intento de coqueteo conmigo.

Me relajé y me dejé guiar. La cara de Louis estaba muy cerca de la mía, me abrumaba. ¿Cómo podía existir un hombre así? Aparté las cortinas y observé las vistas. Daba a la parte trasera, donde estaba la puerta de la cocina. Delante de mí se extendía una explanada verde que me gustó. Era mi color favorito.

—Me encanta —dije con más emoción de la que sentía—, parece que me conoces muy bien, Louis —le miré con una cara traviesa que no le pasó desapercibida.

—Solo hay un pequeño fallo, la obra la harán en la cocina y durante dos o tres semanas sus vistas se estropearán con los obreros. No sabía eso cuando dije que te prepararan este cuarto. Espero que sepas perdonarme... —se excusó continuando con el juego que yo misma había empezado.

—No pasa nada —contesté muy deprisa—, al fin y al cabo, así podré vigilar que los obreros no hagan el vago. —Ambos nos reímos, cerca, muy cerca. En ese momento oí un carraspeo y, cuando me giré, vi que Alger había entrado a la habitación.

—Nos tenemos que ir, ya le he enseñado al señor Raymond el resto de la casa.

En mi opinión, ese chico tenía algún tipo de problema. Francamente, una piedra aparentaba más vitalidad que él. Louis volvió a centrarse en mí, y con el encanto típico de los grandes galanes de novela, me besó en la mano mientras me susurraba:

—Hasta mañana, Juliana, estoy deseando enseñarte las instalaciones.

Alger permanecía en el marco de la puerta y, con un simple gesto de cabeza, siguió a Louis y se marchó. Padre no pasó a decir nada, con los nervios de ver todo, se olvidó. ¿Qué más da? Me quedé traspuesta. Cuando desperté, advertí que mis baúles estaban en la puerta. Supuse que esa criada, Ada, los habría subido. Comencé a colocar mis cosas, lo primero que saqué fueron mis libros, puse el *Mein Kampf* en una de las estanterías, era un libro que siempre me acompañaba a todas partes. En realidad no podría decir el número de veces que me lo había leído. Iba a sacar los demás cuando noté que no estaba sola en mi habitación.

—Señorita, si quiere, coloco yo las cosas, antes las he subido, pero como estaba dormida no he querido despertarla —señaló cabizbaja.

—Sí, coloca los libros y los vestidos. Por cierto, me llamo Juliana, Juliana Stiel. Puedes llamarme Juliana —dije dándome algo de importancia.

—Entendido, señora Juliana —contestó Ada. Aclarado esto, comenzó a trabajar.

Me aburría. Total, no podía hacer nada, así que empecé a hacer algunas preguntas; hasta que conociera a alguien, tendría que hablar con esta mujer.

—Ada —inmediatamente se dio la vuelta—, ¿vienen por aquí mucho los oficiales?

—Depende de cómo lo lleve su padre. Pero normalmente suelen pasar mucho por la casa —mientras hablaba, sacaba con cuidado las prendas y las doblaba.

—¿Y dónde viven? —indagué fingiendo que no me importaba demasiado.

—A más o menos un kilómetro, cerca de los campos, usted puede ir dando un paseo, señorita, quiero decir, Juliana. —Ada era rápida, ya había terminado de colocar el primer baúl.

—¿Quién te dice que yo quiera ir? Descarada... —¿Cómo era tan atrevida?

—Una suposición tonta y fuera de lugar, lo siento —dijo muy nerviosa.

—Pues no lo sientas tanto, no saques conclusiones sobre mí, que no me conoces —la interrumpí—, y que una cosa quede clara: tú y yo no somos amigas.

—Lo siento —se disculpó otra vez. Tomé el temblor de su voz como respeto y eso hizo que me hinchara de orgullo; tiempo después sabría que se trataba de temor.

—Deja ya de decirlo, me aburre. La verdad es que he sido tonta al pensar que podría conversar contigo. Limitate a colocar las cosas y hazlo con cuidado.

Mientras habíamos hablado, ella había colocado casi todos los baúles de ropa y algunos de objetos. En ese momento tenía un vestido blanco en la mano. Estaba inquieta por la conversación y se le cayó al suelo. Entonces supe de qué vestido se trataba. Me levanté hecha una furia y le abofeteé la cara.

—Este vestido vale más que tú, ¿entiendes? —gritaba, la miraba con odio, creo que en esos momentos parecía una bestia.

—Me han temblado las manos y se me ha caído, lo siento, no se ha manchado, señorita...

—¡Te he dicho que no me llames SEÑORITA! —me acerqué amenazante a ella—. Vete y no vuelvas hasta que te llame, ¿entendido? —la volví a golpear en las mejillas por puro gusto.

—Sí, por supuesto, Juliana —contestó a una velocidad que casi fue difícil entenderla.

—Pues lo dicho. ADIÓS —rugí.

Se marchó corriendo, lloraba y se llevaba las manos a las mejillas, rojas de mis bofetadas. Aun así, Ada parecía en cierta medida tranquila, creo que esperaba que mis golpes se prolongaran durante más tiempo. No me sentía mal, no mentía al asegurar que para mí ese vestido valía más que ella, podría haber tirado cualquiera, pero no el blanco; otra vez me sobrevino la imagen de mi madre. Cerré los ojos con fuerza, no quería verla. Entonces algo raro me ocurrió, rememoré la mirada de reproche del joven de los ojos verdes, Ishmael, el judío, y algo se me revolvió. ¿Cómo me habría mirado él en esta situación? Seguramente como un monstruo, y yo no lo era. No podía darle la satisfacción de que llevase razón.

Después fue como si no mandara en mis movimientos, no sabía muy bien por qué actuaba así, solo veía esos ojos, sus ojos. Cuando fui consciente, estaba en la cocina. Ada fregaba lloriqueando y al verme se encogió pegada a

la pared y cerró los ojos con fuerza esperando como un animal maltratado. No entendía qué iba a decir, ¿por qué estaba allí? ¿Cómo había bajado? Empecé a oír mi voz, pero yo ya no mandaba en ella:

—Era el vestido de mi madre. Intenta que no se te caiga de nuevo — hablaba mecánicamente. Pero ¿qué estaba haciendo? ¿Por qué narices le estaba dando explicaciones a ella? Una mísera judía.

Quería cerrar la boca, pero aun así no pude.

—Siento haberte abofeteado porque no lo sabías. A partir de ahora ya lo sabes y no te pediré disculpas si te golpeo por el vestido.

Y así, con la cara de asombro de la sirvienta, salí de la cocina. Abrí la puerta principal y el aire me azotó la cara con brutalidad. Me sentía mal, acababa de rebajarme a mi criada. Eso no era bueno. Los judíos eran muy inteligentes, expertos en localizar los puntos débiles y aprovecharse de ellos, podría haber perdido mi autoridad. Seguía sin entender quién había dirigido mis acciones. Tenía ante mí un nuevo mundo que descubrir, unos bosques que investigar, quería comenzar a andar y perderme como una exploradora..., pero algo no me dejaba, no podía distinguir otra cosa.

* * *

Siete años antes. Una joven Juliana está en la habitación de sus padres. Tiene el oído afinado ante cualquier ruido. Acaba de hacer algo prohibido, sabe que, si su madre entra, la regañará y de manera merecida, al fin y al cabo se lo ha repetido mil veces. Pero a ella le da igual, le encanta ese vestido y se lo pone. El primer día que vio a su madre con él puesto, alucinó. Parecía una princesa. Es blanco, de seda, con unos tirantes finos, ajustado hasta la cadera y luego de vuelo. Le queda bastante grande, pero aun así le parece que es la mejor prenda que ha visto en su vida.

Empieza a tararear una canción mientras da vueltas con el vestido puesto. Si no hubiera tarareado, habría oído la puerta abrirse y cómo su madre subía las escaleras rumbo a su habitación después de un largo día de compras.

—Juliana —dice nada más entrar en la habitación—, ¿no te he dicho mil veces que no te pongas ese vestido?

—Lo sé, mamá, pero es que es tan bonito. Parezco una princesa cuando me lo pongo.

Madre sonríe cariñosamente, esta vez no se enfadará.

—Quítate el vestido y acompáñame al jardín, que te he comprado un regalo.

Así, de esa manera, se acaba la discusión. Juliana guarda el vestido perfectamente en el armario y lo mira sabiendo que algún día será suyo. La expectativa de un regalo hace que baje los escalones de dos en dos, y antes de que su madre se haya sentado, ya está allí abajo.

—Bueno, ¿qué es ese regalo que me has traído?

—¡Impaciente, eso es lo que eres!

Entonces tiende ante su hija una bonita caja color rosa con un lazo blanco. Juliana se muerde las uñas mientras espera que su madre le dé la aprobación para abrirlo. Con un gesto la tiene. Como si fuera una hiena ante un cacho de carne, se lanza y lo abre rompiendo el papel por todos lados. «Menuda señorita estoy educando», piensa su madre, aunque en el fondo sabe que es buena chica y por ahora con eso le basta. Juliana no se lo puede creer, es el vestido, el vestido de su madre de princesa, pero esta vez es para ella.

—Como veo que te gusta tanto, he decidido que mejor tuvieras el tuyo propio.

—¡Gracias! ¡Gracias! —grita la niña mientras se come a su madre a besos—, me casaré con este vestido. Será el que me ponga para todos los eventos importantes... Mientras Juliana no para de nombrarle a su madre la cantidad de actividades para las que servirá ese vestido, Arabelle ríe en silencio. Cómo es posible que sea tan feliz por un vestido. Durante un instante, la envidia y echa de menos sus doce años.

—Pequeña, he escrito un relato más, ¿quieres que te lo lea?

—Claro, mami, espero que esta vez haya un príncipe. No, mejor que un príncipe, espero que haya un pirata. No, mejor un bandido...

Mientras no para de nombrar cuál sería su personaje favorito, su madre ve en ella a una futura escritora. En esta ocasión el libro es de una historia en Berlín, un chico malo que se acabará enamorando de una bella dama de sociedad. Empieza a leerlo y Juliana se acomoda en sus brazos. Cómo le gusta estar así. Mientras oye el relato que su madre le cuenta, se lo imagina, y por un instante cree que es ella la protagonista. Los relatos de su madre son cortos, así que en apenas una hora ha terminado. Juliana, embriagada de amor, pregunta a su madre:

—¿Crees que alguna vez conoceré a alguien que se parezca a un príncipe azul de tus relatos?

Es una soñadora, sí, pero le da inocencia.

—Pues claro, y será mejor. Eso sí, te tendrás que poner el vestido blanco para la boda.

En ese momento empieza una pelea de cosquillas. Un hombre entra después del trabajo y ve a las dos personas que más quiere, su mujer y su hija, tiradas en el suelo riendo. No sabe qué están haciendo, pero corre a su encuentro. Ambas se alían contra él y así, revolcados en el césped del jardín, pasan los últimos tiempos felices.

* * *

Nos empujaron para que bajáramos del autobús, no habíamos tardado mucho tiempo. Enfrente contemplamos lo que parecía todo un complejo de barracones de madera, rodeado por una valla que supuse que estaría electrificada. Para que nos quedara claro que no podíamos escapar, había numerosas torretas de vigilancia. Las personas que se hallaban en su interior mostraban sus relucientes armas desafiantes. Lo que más captó mi atención fue el mar de rayas blancas y negras que poblaba el espacio. No me hizo falta hablar con ellos para presuponer que se trataba de los míos, de las personas que pertenecían a mi mismo equipo en el duro juego de la supervivencia.

Nos hicieron ponernos en cola. Agarré a mi padre de la mano y le situé detrás. Le quería cerca. Íbamos entrando en grupos de treinta personas más o menos. Después de una media hora a la intemperie llegó nuestro turno. Pasamos por una puerta en la que se podía leer «El trabajo os hará libres». Me pareció, cuanto menos, ridícula y esa doble moral de la que hacían gala los alemanes. Anduvimos unos cien metros y llegamos a un despacho. El oficial se paró en la puerta de una sala a la cual nos hizo entrar. Nos sentamos acurrucados en un rincón, atentos a cualquier movimiento, como un animal que se ve acorralado.

Sin embargo, la estancia estaba completamente vacía, únicamente en el medio había una gran fuente, pero, ironías de la vida, un cartel anunciaba que el agua no era potable. Algunos valientes o inconscientes se acercaron a beber, pero enseguida quedó claro que lo que ponía no era una mentira. Mierda, tendríamos que esperar más para saciar la sed. Ya casi había

olvidado que necesitaba agua, pero ver una fuente en nuestro particular desierto helado aumentó nuestro nerviosismo y nuestro deseo de calmar el ardor de la garganta reseca con unas gotas que eran oro en nuestras circunstancias. Cómo no, nuestro acompañante se percató de ese deseo.

—No se puede beber de ninguna fuente del campo. Solo es potable la que os demos nosotros, y tendréis que merecerla. —Y sin más, se marchó.

Oímos un carraspeo y con un simple gesto de cabeza otro alemán nos indicó que le siguiéramos. Así, llegamos a una sala donde se nos solicitó que dejáramos todas nuestras pertenencias y nos desnudáramos íntegramente. Ni siquiera se molestaron en engañarnos y asegurarnos que nos las devolverían. Judíos con el uniforme de rayas las seleccionaban. Poco a poco dejé una única maleta que me acompañaba, mi ropa y todos los complementos que llevaba encima, un reloj de mi padre y una cadena.

* * *

Nueve años antes. Un Ishmael de tan solo diez años pasea nervioso por los jardines en el día de su cumpleaños. Gabriela le ha dicho que esa noche David hablará muy seriamente con él. Piensa de qué travesura se habrá enterado. La primera opción es la de la compañera a la que ha llenado de chocolate lanzado en globos. Imposible, él y su amigo Guillermo se habían asegurado de que no los viera ocultándose tras un muro. Sigue barajando opciones y llega a la que cree que es la buena, la pintada en la pared al lado de la iglesia. Solo un nombre viene a su mente, Gabriela, la traidora.

El día anterior, Guillermo y él habían decidido ser pintores, qué mejor manera de demostrar sus dotes artísticas que con un gran dibujo en las paredes blancas de la casa abandonada de la Villa de la Iglesia. Todo habría ido sin problemas si su hermana de dieciséis años no los hubiera visto en plena faena.

—¿Qué hacéis? —les había preguntado mientras se acercaba acechándolos detrás de unos arbustos.

—Nada —contestaron ellos mientras intentaban tapar su pequeña ilusión del día. Sin embargo, Gabriela, demostrando esa fuerza atroz de la que solo disponen las hermanas mayores, los padres y los profesores, los había apartado a un lado dejando a la vista aquello que ambos querían ocultar.

—Dejadme adivinar, ¿pintores? Esa es la gran profesión que queréis desempeñar esta semana.

—Pintores no, artistas bohemios —decía un Ishmael a la defensiva.

—No me hables así, pequeño Picasso, ya verás qué contento se pone padre esta noche cuando le cuente que su hijo, el gran pintor, ha ensuciado una propiedad que no es la suya.

El niño intenta defenderse, pero se da cuenta de que la bruja de su hermana le tiene cogido en su poder. Intenta pensar en posibles escapatorias, pero sabe que con ella solo una es posible.

—¿Qué quieres que haga para que no se lo digas a papá?

—Déjame que piense —Gabriela se muerde una uña divertida—. Creo que ya lo sé. Este mes me ha tocado entre las tareas limpiar el jardín, es muy simple, dirás que tu sueño del mes es ser jardinero y lo harás tú.

Ishmael se enfada, es el trabajo que más odian los dos y ahora lo tendrá que hacer; o eso o el castigo de su padre, aún peor.

—Vale —acepta su derrota.

Gabriela se marcha a la casa mientras piensa que si su hermano se hubiera metido dentro habría visto miles de pintadas, entre ellas una suya. Ishmael y Guillermo deciden que esa profesión es muy dura y limpian la prueba de su delito. Después se tumban en el suelo, ven una camada de gatitos y a las crías indefensas, escogen su profesión del mes: criadores de animales. Y felices, se van mirando a esas criaturitas mamar de la gata, sin saber que en un mes se encariñarán tanto de ellas que cada uno adoptará una como mascota.

Ishmael vuelve a la realidad una vez llega a su hogar, la noche de su cumpleaños, el día más deseado hasta ese momento. Mientras todos comen la sopa, está nervioso, no entiende por qué padre aún no le ha regañado. Desde la otra punta de la mesa, Gabriela ríe en silencio sabedora de que no ha dicho nada. Su madre, por el contrario, piensa si su hijo no comerá más debido a que la sopa le ha salido muy salada, está preocupada. La cena termina y los nervios aumentan.

—Ishmael, ven aquí —indica padre, que está sentado en un sofá al lado del fuego.

El niño se acerca preparando su mejor defensa y echándole miradas furtivas de odio a su hermana.

—Mamá, Gabriela, venid también —prosigue.

Ishmael se siente confuso, una bronca delante de su madre y hermana ya es algo muy importante, lo de la pintada no le encaja. Entonces la mano del padre se acerca con una cajita pequeña envuelta con papel rojo.

—Antes de darte esto tengo que hablar contigo.

—¿Un regalo? —pregunta el niño, más perplejo.

—Claro —dice David divertido—, ¿qué pensabas que era? ¡Es tu cumpleaños!

Madre se acurruca contra él en el sofá, mientras sonríe, más ansiosa que Ishmael por ver el presente. David no ha querido decirle qué es.

—Es una reliquia familiar, tu abuelo me lo dio a mí, a él se lo dio su abuelo y así durante muchas generaciones —el tono es de misterio—, por eso tienes que prometerme que lo cuidarás mucho y se lo darás a tu hijo cuando cumpla diez años. —El niño asiente, deseoso de que acabe la charla para poder abrirlo, impaciente—. ¡Vamos, ábrelo!

Y ahí está un colgante de plata con el sello de su familia. Su primera posesión de valor.

—¿Qué era el primer abuelo que lo compró? —pregunta fascinado con su belleza.

—Médico.

—Entonces yo seré médico, como él.

Y sin soltar su nuevo tesoro, abraza a su padre, no sin antes propinarle una patada a su hermana por el mal día que le ha hecho pasar.

* * *

Dejé la cadena en una cesta donde había centenares más. Posiblemente no tendría mucho valor económico, pero sí sentimental, algo que los alemanes no podrían apreciar. El valor del legado, las raíces y el pasado. Por primera vez fui consciente de que ya no tenía pertenencias, nada que me recordara que algún día fui una persona feliz con una familia, un niño ilusionado que soñaba con comerse el mundo.

La siguiente estancia era parecida a la anterior, paredes sucias, poca luz y ningún sitio para sentarse. Un hombre pasó con una máquina y nos rapó el pelo uno a uno, sin decir nada. Recordé entonces cómo las chicas decían que mi cabello me daba un aire atractivo y me eché a reír. Pensaba en las mujeres con las que había estado, me las imaginaba si me vieran ahora totalmente

rapado, en los huesos, con las costillas marcadas, luchando por escapar de mi destino, cuál sería su opinión, aunque suponía que tampoco ellas estarían tan bellas como las recordaba.

Desnudos, indefensos y desorientados, nos metieron en una habitación que se cerró desde fuera. Hacía mucho frío, así que todos comenzamos a temblar. En el techo había aspersores de ducha. Sigo sin entender muy bien por qué, pero teníamos miedo. Queríamos salir de ahí. Huir. Los espacios cerrados sin escapatoria te oprimían por los costados como si se cerniesen sobre ti. Sentías en la nuca el aliento del peligro.

Padre me abrazó. Se hizo el silencio. De repente, comenzó a caer agua. Abrimos la boca, bebimos y gritamos de alegría, fue un momento máximo de euforia. La desinfección fue algo un poco más doloroso. Nos embadurnaron de una especie de lejía amarilla que producía un escozor inaguantable en cada fragmento de piel. Exactamente no comprendía el resultado que querían obtener con eso, tal vez solo disfrutar viéndonos retorcernos.

Cuando terminó el baño, nos dieron a cada uno nuestra indumentaria: una camisa básica blanca, unos calzoncillos largos, una chaqueta y pantalones de rayas azules y blancas y unos zuecos. Todos teníamos, además, una gorra con un número que nos identificaba, y cuando hicieran recuento deberíamos llevarla puesta. No nos dijeron qué pasaría si no lo hacíamos, solo que la tratáramos como un tesoro, y no pensaba desobedecerles.

—Esta será toda vuestra vestimenta durante el tiempo que estéis aquí. Con personas normales no haría falta explicarlo, pero tratándose de vosotros... —decía el oficial, que nos miraba como si fuéramos apestosas ratas portadoras de enfermedades mortales—, os aviso que tenéis que mantenerla cuidada y limpia, porque no os daremos otra y no estamos dispuestos a trabajar con guarros. Todos los días haremos revisión de vuestra ropa.

El tacto con mi nueva ropa me llevó a una afirmación: era usada, otros judíos la habían llevado. Por qué se la habían quitado y me la habían dado a mí era una pregunta para la que jamás tendría respuesta. Aunque puestos a barajar posibilidades, la que más fuerza cobraba en mi interior era que la persona a la que pertenecía ya no estaba viva. Mejor no conocer la respuesta. Allí la ignorancia era esperanza, confiar en que los rumores no eran ciertos y nuestros latidos no estaban contados.

Proseguimos con nuestra procesión hasta la siguiente sala. En ella nos daban primero un papel con un número y una serie. Luego, en grupos de tres,

nos pasaban a la siguiente. Mi número era el A-8888. Pronto supe cuál era su utilidad.

—El brazo —me ordenó un oficial agarrándolo con fuerza para descubrirlo. Me dejé hacer—. Voy a tatuarte el número, pero no tires el papel. Deberás colocarlo en el uniforme con una estrella de David que te darán ahora.

La aguja empezó a sonar y la tinta brotó en mi muñeca mostrando lo mismo que tenía el papel. Siempre me habían dado miedo las agujas, hasta el punto de que odiaba las inyecciones del médico. Sin embargo, mi orgullo pudo con el temor. Puede que doliera, pero yo no mostré ningún tipo de reacción que me delatase. No les daría la satisfacción.

Lo hizo mecánicamente y con profesionalidad, no cabía ninguna duda de que estaba acostumbrado. Cuando acabó, me limpió la sangre y contempló contento su obra. Yo me sentía marcado como una vaca. Así es como un hombre se convierte en animal, pasa de ser humano a criatura.

—¿Qué crimen ha cometido este judío? —preguntó un oficial a otro mientras tocaba numerosas estrellas de David de diferentes colores.

—Crímenes contra la pureza de raza —dijo otro instantáneamente.

El primer oficial sopesó las distintas tonalidades de la mesa y al final me asignó una de color amarillo y blanco. La cogí sin saber muy bien lo que debía hacer con ella y el segundo oficial me lo explicó con voz cansina:

—Debes colocártela junto con el número impreso en el pecho. Con la punta de la estrella hacia abajo.

Mientras hacía lo que me había ordenado, escuché cómo la persona que venía detrás de mí había cometido un crimen político y le asignaban otra estrella. Algo no se les podía negar a mis captores, y era la buena gestión y organización que mostraban. Al final llegamos a nuestro dormitorio. «Bloque 29», se podía leer. Había al menos treinta literas, fabricadas en hormigón, y encima de cada una un colchón de paja, un plato de metal, un cucharón, un vaso, una sábana y una almohada. Todo nos debería durar el resto de nuestra vida allí, no nos darían nada nuevo.

Ya había personas instaladas, así que busqué una litera libre para mi padre y para mí. No tardé mucho en encontrarla en uno de los laterales, el frío se incrementaba en esa zona. Como no tenía pertenencias que dejar encima, revolví un poco ambas sábanas para demostrar que la litera estaba ocupada. El alemán se marchó. Todos nos miraban con recelo. Al principio se acercaron en manada para obtener respuestas de lo que estaba ocurriendo en

el exterior. Algunos preguntaban por familiares y amigos y la mayoría querían saber cómo iba la guerra. Cuando se dieron cuenta de que no podíamos satisfacer su curiosidad, cada uno volvió cabizbajo a su colchón. Nadie nos habló durante un rato, llegué a sentir que no podían vernos, hasta que dos chicos que estaban en la litera de al lado nos saludaron:

—Mi nombre es Isajar.

Era moreno, muy moreno para un sitio en el que el sol había desaparecido, y con la cara manchada. Por su rostro rudo, podría pasar por un boxeador. Tenía los ojos marrones y pequeños y el pelo rapado.

—Hola, yo me llamo Ishmael y este es mi padre, David —estrechamos la mano.

—Yo soy Ivri —este otro era más pequeñajo, tenía una nariz respingona y unas orejas de duende, los ojos de una mezcla de verde y marrón y la sonrisa limpia—. ¿Queréis un cigarro? —dijo mientras nos ofrecía uno.

—No fumo —contesté, aunque conforme lo decía, me replanteé mi respuesta—, pero creo que sí, hoy es el día de que eso cambie.

Ambos se rieron y padre también. Entonces llegó otro mayor, sería de la edad de padre. Aunque tenía el mismo uniforme, despertaba autoridad y respeto en la gente de alrededor.

—Cualquier cosa que os digan estos dos es mentira, son unos bromistas; si queréis la verdad sin adornar, no dudéis en venir a mí. Me llamo Eleazar.

Me volví para presentarme, se movía de manera elegante, estoy seguro de que antes de la guerra tenía mucho dinero.

—¿Os han explicado todo el funcionamiento? —preguntó amablemente.

—No —contestamos padre y yo al unísono.

—¿Para qué lo van a hacer? Los muy cabrones... —ironizó Isajar poniendo una mueca de asco.

—¿Cuál es vuestra primera duda? —preguntó Eleazar.

Mis tripas sonaron y contestaron por nosotros.

—La comida, ¿no? —dijo él intentando ser simpático para que nos sintiéramos cómodos.

—Deliciosa —apuntó Ivri mientras se relamía los labios y se reía.

—No le hagáis caso —replicó Isajar, que lanzó a Ivri una mirada que decía «es pronto para bromas, están desubicados»—. La comida se compone básicamente de desayuno, una especie de sucedáneo de café. Al almuerzo, todos los días, una sopa insípida, y para cenar pan.

—¿Alguna esperanza de que el menú varíe? —pregunté esperanzado.

—No, nunca —dijo Ivri, esta vez con una sonrisa amarga.

—Ahora os explicaré un poco las reglas por encima... —comenzó a hablar Eleazar.

—Bueno, a lo interesante —interrumpió Ivri, que parecía incómodo con la conversación tan seria—, supongo que no tendréis muchas necesidades masculinas porque acabáis de llegar y seguro que teníais algo fuera. Aquí a los mejores trabajadores os dejan encontraros con una dama una vez al mes. El mejor momento de la vida en este paraje de ensueño. —Supongo que quería darnos una alegría, pero no lo hizo. Nos daba igual.

—Siempre pensando en lo mismo. ¿Habéis adivinado ya dónde habita su cerebro? —Isajar le dio un codazo a Ivri—. ¿Os han asignado ya trabajo?

—No —contesté mientras me sentaba a su lado. Todo iba demasiado rápido y me sentía un poco abrumado.

—Vendrán dentro de un rato a decíroslo. No van a esperar. Nuestra única utilidad es ser mano de obra gratuita. Estamos todo el día trabajando. —Eleazar carraspeó—. ¿Se lo explicas, Isajar?

—Cada mañana nos despiertan a las cinco con una banda de música tocada por judíos o por unos silbatos. En esos momentos tenemos que hacer la cama al modo militar y prepararnos para el recuento. Muy importante, no perdáis ninguna prenda de vuestra ropa.

—Les encanta la música —añadió Ivri—, es muy emocionante ir a trabajar con sonidos de trompetas de la banda.

—¿Cómo vamos a hacer una cama de paja al estilo militar? Es... Imposible —afirmé ignorando el apunte del más joven.

—Una excusa para castigarnos —apuntó Ivri, por primera vez serio.

—El *Appel** es por la mañana y por la tarde —continuó Eleazar—, a las seis nos vamos para el trabajo y volvemos siempre antes de las ocho, que empieza el toque de queda. Si sales, te meten un tiro —advirtió—. Más o menos esto es todo, ¿lo comprendéis?

—Sí —respondí mientras suspiraba e intentaba que toda la información se grabase en mi cabeza. Demasiadas posibilidades de errar y morir—, creo que lo único que me ha gustado de todo lo que me has dicho es que de vez en cuando comeré sopa.

—Uy, riquísima, una sopa que bien podría ser agua con barro, pero que consigue que no te queden fuerzas para trabajar. En ocasiones me siento como una vaca a la que dan de pastar —dijo Ivri.

Todos estallaron en una carcajada, me caían bien, estaban en el infierno y aun así se divertían, me gustaba que fueran mis compañeros de habitación.

—Por cierto, una última cosa —advirtió Ivri, y todos callamos para prestar atención—, no sé si os habéis fijado en la hermosa valla que rodea nuestro campamento infantil. —Isajar puso los ojos en blanco mientras le escuchaba—. Intentad no acercaros nunca —pronunció esta última palabra con toda la lentitud que pudo—. Alrededor de ese metal hay unas piedras con señales que dicen «prohibido pisar» y un dibujo bastante realista de un arma. El problema reside en que en ocasiones, si te ven cerca, te tiran tu gorro o cualquier cosa a esa zona para que lo recojas. ¿Y eso significa? —nos preguntó, como si fuera un profesor de colegio.

—La muerte —respondió Isajar sin bromas—, o mueres por pisar las piedras o mueres por perder la prenda.

Se hizo el silencio hasta que padre preguntó algo, algo que yo debía haber consultado también, algo en lo que llevaba un rato sin pensar y me hizo sentir mal.

—¿Decís que hay mujeres? En el tren nos han separado de mi esposa y mi hija, ¿hay alguna posibilidad de que estén aquí, en algún otro bloque?

Siempre he sido muy observador y la mirada de complicidad entre Isajar e Ivri no dejaba lugar a dudas, ellos también habían perdido a sus mujeres y no las habían visto. Agacharon la cabeza, no querían decírselo a un hombre desesperado. Iba a intervenir cuando Eleazar se adelantó:

—Claro, puede que sí. Las mujeres son muy necesarias para el régimen, ya se sabe, hacen todo mejor que los hombres, no se desharían de ellas; lo que pasa es que las tendrán en algún lugar mejor. Hay muchos que han visto a su mujer y dicen que son muy felices.

Supe que era mentira, pero a padre le tranquilizó. En ocasiones, aunque sepas que algo no es real necesitas creerlo, y si te lo cuentan te aferras a ello. Padre ya lo había hecho. Yo sentí por dentro la pérdida y recordé a mi madre y a mi hermana, a las que quizás no volvería a ver. Eleazar se levantó y se dirigió a padre:

—Venga conmigo, dejemos aquí a estos jóvenes, le presentaré a más personas —y guiñándonos un ojo, desapareció con él.

Miré a todos los hombres que me rodeaban. Uno de ellos desató mi curiosidad: caminaba con un aire bastante altivo, imponía, ya que tenía más masa corporal que los demás e incluso parecía más aseado.

—¿Quién es? —pregunté mientras le señalaba con un sutil movimiento de cabeza.

—Nuestra niñera, Abraham —contestó Ivri.

—Un capo —interrumpió Isajar. Debió notar que no sabía qué era un capo, por lo que continuó—. Los capos son judíos que ayudan a los alemanes. Nos vigilan. Cualquiera cosa mala que hagas, van corriendo y se lo dicen, como sus perritos falderos. Claro que a cambio reciben, ¿cómo decirlo?, un mejor trato por parte de ellos. ¿No es así, Ivri?

—Sí, son más odiosos que los propios alemanes, traicionando a sus compañeros. En el fondo se piensan que valen algo para ellos por bajarse los calzoncillos, lo que no saben es que son instrumentos y que en el momento que dejen de interesarles irán a la basura, que aquí significa dejar de respirar.

Quise preguntar algo, pero en ese momento entraron cuatro oficiales alemanes. Todos los judíos se pusieron de pie, muy rectos y con la mirada gacha; hice lo propio y los imité. Comenzaron a leer algunos nombres, entre ellos el de Isajar, que se acercó.

—Isajar, obrero, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Tienes un trabajo, es un arreglo en la casa del gran Raymond Stiel, elige a cuatro hombres contigo. Mañana empiezas. Dímelos, que los apunte.

Entonces gritó dirigiéndose al resto:

—Si oís vuestro nombre, un paso adelante, ¿entendido?

—Sí —contestamos al unísono, como la masa que formábamos.

—Ivri —comenzó Isajar—, Eleazar, Ishmael. —Me acerqué, me extrañó oír mi nombre, me acababan de conocer, supuse que nos habíamos caído bien mutuamente, solo faltaba un nombre. Entonces miré a mi padre y le hice a Isajar una señal que esperé que entendiera—. David —continuó mientras señalaba a mi padre; gracias, Isajar.

—Vale, estos serán tus hombres. Mañana a las cinco y media de la mañana después del recuento vendrán a por vosotros. Será el oficial Alger. Espero que os sepáis comportar en esa casa y que seáis eficientes —después nos dirigió una mirada de asco y se marchó.

El tiempo pasó lentamente y al final me sentía como si llevara allí años, en vez de unas pocas horas. Después de cenar se apagaron las luces y se hizo un silencio que a ratos interrumpía algún que otro lamento. Al final todos dormimos. Mis pensamientos se centraron en recuerdos pasados, la vida

podía haber sido tan diferente..., y entre sueños y pesadillas transcurrió mi primera noche.

CAPÍTULO 3

Padre volvió a casa a la hora de cenar. Ada había hecho pollo asado, uno de mis platos preferidos. Nos sentamos, padre presidiendo la mesa, con el cuadro del Führer de fondo.

—¿Qué tal el día? —le pregunté aburrida, puesto que el mío no había sido nada interesante.

—Bastante agotador —calló, así que le hice un gesto para que continuara—. He tenido que conocer a todos los trabajadores, ver cómo llevan aquí el funcionamiento —noté cómo me juzgaba y llegaba a la conclusión de que yo no entendería lo que había hecho—, y eso —dijo mientras bostezaba.

—¿Y bien? ¿Muchas cosas por cambiar? —mostré interés.

—La verdad es que no, la organización no es perfecta, pero es eficiente. Ese chico, Louis, es muy listo y lo ha hecho bien en mi ausencia —dijo mientras cortaba el pollo.

—Ah, Louis, parece que es bastante responsable —un rubor cubría mis mejillas.

—Ya me ha dicho que mañana utilizará su día libre para enseñarte el campo —mientras hablaba, no dejaba de mirar a su plato de comida. ¿Lo habría dicho con alguna intención? ¿Sabría que me he fijado en él?

—Sí, eso tenía entendido. —Entonces introduje una duda en la que había estado pensando—: ¿Vendrá también Alger? —deseaba con todas mis fuerzas estar sola con Louis.

—No, necesitaba que alguien vigilara a los trabajadores que arreglarán la casa y Alger va a ser el encargado. ¿Por qué, querías que os acompañara?

Me miró con curiosidad.

—No, digo sí, vamos, que me da igual —salí del paso—, solo sentía curiosidad por saber con quién iba a ir, y como son los únicos a los que conozco...

Creí que había disimulado bien. Por lo demás, la cena transcurrió con total normalidad. Padre me contó todo lo que había hecho y yo le detallé las

cosas bonitas que había visto a mi alrededor. En un momento estuve a punto de decirle lo de Ada, pero decidí no hacerlo, total, había sido una tontería.

El día era soleado, acorde con mi estado de ánimo. Louis pasaría a por mí sobre las diez. Abrí la ventana, no pasaba mucho aire, por lo que no necesitaba chaqueta en el interior. Me puse una camisa color azul cielo con la falda blanca. Resaltaba mis ojos. Me eché un poco de carmín y sombra en los ojos, lo suficiente para ir mona sin parecer que me había esmerado mucho. La puerta de la habitación de mi padre estaba entornada, la cama hecha y las ventanas abiertas, ya se habría ido a trabajar. Al día siguiente intentaría despertarme más pronto para desayunar con él, aunque con lo marmota que era lo veía bastante difícil. Bajé las escaleras y llegué al comedor. Empecé a gritar a Ada para que me trajese el desayuno; nada, no contestó. La sorpresa me la llevé cuando entré a la cocina. Todo estaba desordenado, hasta había un boquete en el suelo, que desprendía un olor a tubería insoportable. Salí corriendo por la puerta del patio intentando llegar al aire fresco, por nada del mundo quería oler así cuando llegase Louis, quería oler bien para él. Si tenía alguna esperanza de que en el exterior oliese mejor, pronto quedó disipada, el olor aumentaba, todo el césped estaba levantado y se veían las tuberías de la casa. Entonces recordé algo, los obreros tenían que arreglar no sé qué de la casa, supuse que serían las tuberías. A lo lejos observé a unos hombres vestidos con una especie de pantalón y camisa de rayas negras con un gorrito que hacía juego. Me acerqué.

—¿Se puede saber por qué narices huele tan mal? —intenté que mi voz denotase toda la indignación a la que tenía derecho por mi estatus.

—Estamos arreglando las tuberías, señora, es por eso. Siento si no es de su agrado, en pocos días se habrá terminado —contestó uno de los obreros con la cabeza gacha.

—Vale, entiendo. ¿Me puedes decir por qué parte de la casa debo pasar para no coger este olor? Tal vez a vosotros os guste oler como cerdos, pero a mí no.

Uno de los obreros levantó la vista y me miró, y antes de que pudiese pensar que le conocía, habló:

—Señorita, tal vez debería usted ducharse antes de salir, el agua estaba cerrada, así que dudo que hoy lo haya hecho; a lo mejor es debido a eso.

Me miró desafiante, con reconocimiento; era él, parecía algo diferente, pero era él, el judío Ishmael, la persona que más odiaba en todo el mundo.

—Da la casualidad de que hay gente que se da un baño de sales y deja el agua preparada la noche anterior para que esté a temperatura ambiente —¿por qué le daba explicaciones?—. Supongo que tú no lo sabrás. Para ti una ducha será mojarte la axila porque ya no puedes respirar de tu propio hedor —repuse enfadada.

—No hace falta que me lo explique —me miró más divertido que antes, con la amenaza de dibujar una sonrisa lateral en su rostro, eso se había convertido en su juego y le encantaba. Yo, por otra parte, no me iba a dejar ganar—, y si se ha dado un baño de sales seguro que olerá estupendamente aunque esté unos minutos rodeada por nosotros. Nuestro olor, por ahora, no es contagioso —dejó de contenerse y curvó sus labios.

—Ya, pero yo soy una dama y no me gusta tener que soportar ningún mal olor. Es más, trabajas para mí, así que dime ahora mismo por dónde puedo pasar sin tener que soportarte —le miré con desdén.

—Es tan simple como ir por la puerta principal. Según teníamos entendido, esta es la del servicio, por eso hemos cavado aquí —señaló mientras ponía los ojos en blanco.

Me disponía a mandarle lo más lejos que pudiera cuando apareció Alger.

—¿Pasa algo aquí, Juliana?

Instantáneamente esos aires de chulito de Ishmael cesaron. Estaba segura de que pasaba un poco de miedo, pero entonces levantó la cara y me miró de una manera insolente. Llegaba mi revancha:

—Algo muy divertido, ese judío, Ishmael, ha dicho que se llama —de repente una cara de sorpresa. Mierda, se había dado cuenta de que recordaba su nombre, ahora me miraba con más egocentrismo si cabe. Pero se la pensaba devolver—, estaba contándoles a sus compañeros cómo adoraba este olor a heces. Entonces he pensado que, si aparte de este trabajo hay alguno más en el que pudiera disfrutar del aroma, podríais asignárselo para después. No hay nada mejor que un trabajador motivado, y si a este lo que le gusta, aunque parezca raro, son los excrementos... Me parece idóneo hacerle feliz —le miré, había ganado.

—No, no hay ningún trabajo así, no es lo habitual que a los trabajadores los motive eso —dijo Alger mirando extrañado al judío.

Me quedé pensativa, tenía que encontrar algo para que se fastidiara y pronto me di cuenta de que tenía la solución justo delante de mis narices.

—Y esto, ¿quién lo recoge? —señalé toda la porquería que rodeaba mi jardín.

—Pues ellos, pero cuando hayan terminado en dos o tres días —dijo Alger como si fuera obvio.

—No, no me gusta que la casa esté sucia aunque sea por la noche. Creo que dado que este hombre ama tanto su trabajo, podría quedarse un rato más que los demás y limpiarlo cada noche. Así, si traemos invitados, estará más presentable —puse mi mirada más inocente y una voz angelical—. Tenga en cuenta, Alger, que si vienen por el día sabrán que está así porque hay obra, pero por la noche pueden pensar que somos unos sucios.

—A mí me daría igual, pero si es lo que quieres... —comenzó a hablar a los judíos—: Antes de marcharos, limpiad todo esto cada día —no era una petición, sino una orden; la verdad, no me imaginaba a Alger con autoridad, pero la tenía.

Tenía que inventar algo, no quería que se quedasen los demás, tenía que ser él, solo él, los demás no me importaban ni para bien ni para mal, no tenía necesidad de castigarlos como al estúpido.

—Tampoco hay tanto trabajo, mejor que lo haga ese solo. Además, es su pasión, será como un premio día a día.

—Ishmael, cada día, cuando tus compañeros terminen de trabajar, te quedarás y limpiarás todo como te gusta —se dirigió a mí en voz baja—. Este chico es el primero al que le gusta el olor a mierda —volvió a mirar a Ishmael y a hablarle con el tono de mando—. Ahora, agradece a Juliana este favor.

—Gracias, señora, nada me podría hacer más feliz que limpiar su casa cada noche —me miró fijamente, con fastidio, cogió la pala y empezó a cavar empleando más fuerza de la necesaria en cada agujero. Un pitido largo y prolongado sonó al otro lado de la casa. Mi cuerpo empezó a temblar, Louis había llegado. Así que me olí con disimulo y por quinta vez en la mañana intenté alisar mi falda con las manos.

—Discúlpame, Alger, pero creo que tu compañero Louis ha llegado para enseñarme los campos.

—Vale, pásalo bien —dijo de manera simple, como intuía era él.

Aunque quería ir deprisa, tuve que andar erguida y como una dama hasta que giré en el patio. Una vez que comprobé con fugaces miradas que nadie me veía, eché a correr evitando los diferentes charcos de barro. Me dirigí hacia el coche con mi mejor sonrisa. Me esperaba fuera del vehículo apoyado en su carrocería, con el uniforme puesto, guapo, galán, perfecto.

—Espero no haberte hecho esperar —dijo poniendo una voz de niño para nada creíble, pero que a mí me encantó.

—No, estaba hablando con Alger, lleva a los judíos que están arreglando las tuberías.

Noté una mueca de celos, yo le gustaba y no quería que hablara sola con su amigo. Lo que él no sabía es que yo solo deseaba hablar con él, solo podía verle a él. Me sujetó abierta la puerta y monté en el coche, el mismo Volkswagen que nos había recogido el día anterior en el tren. Olía a frambuesa, uno de mis olores favoritos.

—Bueno, ¿qué sabes de Auschwitz? —rompió el hielo.

—La verdad es que casi nada. Ayer padre me habló un poco. Pero esperaba que todo lo que tuviera que saber me lo enseñaras hoy —me hice la tonta, a los hombres no les gustan las mujeres inteligentes, les gustan las dulces, las inocentes, las que despiertan su lado protector, y eso precisamente es lo que pensaba hacer yo.

—Se divide en tres zonas. En una se lleva a cabo toda la labor administrativa, de hecho, ahí es donde estará tu padre, pero creo que no deberíamos pasar a molestarle.

—No, claro que no —le di la razón.

—Lo que sí te enseñaré de ahí es nuestro hogar. Es donde vivimos todos los guardias del campo. Por cierto, antes de que se me olvide, mañana mi grupo de compañeros dará una cena —me extrañó que no dijera amigos— y me encantaría que asistieras. Solo si tú quieres —añadió con voz sensual.

—Sí —había sonado muy desesperada—, no hay muchas cosas que hacer, así que supongo que me divertiré —intenté remendar mi impulso anterior, que pareciera que lo hacía por aburrimiento.

—Sigo explicándote nuestra visita turística. En la segunda zona viven los trabajadores judíos. También la visitaremos, aunque, como te digo, muy por encima. Tampoco hay mucho que ver, solo judíos, y ver judíos no es el mejor plan para pasar un día —sonrió, su sonrisa era tan perfecta... —; la tercera no te la enseñaré.

—¿Por qué? —le interrumpí, no hay nada que más te apetezca hacer como lo que te han prohibido.

—Es por ti, Juliana, ahí están los judíos enfermos y, aunque los tenemos muy bien cuidados, tengo miedo de que te contagien algo.

Lo hacía por mí. Era encantador.

* * *

Eso piensa ella mientras va en su coche. Lo que no sabe es que si hubiera insistido un poco más, si le hubiera dicho que está vacunada de todo, la respuesta habría sido la misma, porque los alemanes guardan un secreto ahí, algo que no quieren que nadie sepa, algo que en un futuro no muy lejano miles de personas llamarán Holocausto, pero ella está ahí, en su coche, y solo puede pensar que tal vez él es el príncipe que esperaba, lo poco que sabe es que se preocupa por su salud y eso para ella lo hace único.

* * *

Louis me dejó en la puerta de mi casa y se despidió con un beso casto en la mejilla. Me sentía eufórica, plena, lo había pasado realmente bien. Primero me llevó a las instalaciones donde vivían. Las habitaciones eran muy pequeñas, con una cama, una mesilla y un armario. Pero él me había dicho que pasaba muy poco tiempo en ella, y ¿cómo iba a pasar mucho tiempo si tenían una sala de juegos, un bar, y vivía con decenas de personas de su edad?

Me presentó a bastante gente, pero siempre marcando el territorio. Les dejaba claro que él se había fijado en mí y que nadie debía intentar nada; los demás tenían una mezcla entre alucinados por su amigo y envidia por no ser ellos los elegidos por la hija del jefe. Las chicas que llevaban un pabellón de mujeres me miraban con recelo, supongo que muchas se habrían percatado de que Louis era un buen partido y ya le habrían echado el ojo.

Me tomé un zumo con ellos y luego seguimos la visita guiada. Durante los trayectos me pudo contar bastantes cosas de su vida. Como que su progenitor también formaba parte de las SS. Su paso por las Juventudes Hitlerianas, donde conoció a mi padre, y así, con todo mi interés puesto en él, siguió poco a poco hasta llegar a su trabajo en Auschwitz. Profesión que, según pude comprobar después, le apasionaba.

Cuando entramos en el campo donde estaban los judíos, noté su poder, no hay nada más atractivo en un hombre que ver cómo manda en otros, cómo le temen, cómo los intimida, cómo es superior. Todos agachaban la cabeza al verle pasar e incluso algunos le hacían una reverencia muda. En una de las ocasiones me noté acalorada y se lo dije. Solo tuvo que pronunciar una palabra en voz alta: *agua*, e inmediatamente cuatro judíos me la trajeron. Había sido la princesa de los cuentos de mamá, incluso algo mejor.

No me importó que no pudiera enseñarme una de las zonas, porque lo había hecho para protegerme, qué bien sonaba, protegerme de los enfermos judíos. Lo que seguía sin entender era por qué los judíos los odiaban tanto. Los alemanes les daban trabajo, comida, a los enfermos los duchaban y desinfectaban, incluso había visto a muchos médicos dirigirse a esa zona; realmente eran unos desagradecidos.

Y así, con este pensamiento, Juliana entraba en su casa a dormir. Mientras, en Auschwitz, un grupo de niños se metían en esas duchas de los enfermos, duchas de las que nunca saldrían, al menos con vida.

* * *

El sonido del aullido de los lobos y los insectos que se habían colado en la habitación y campaban a sus anchas habían sido las dos cosas más agradables de esa noche. De hecho, me habían impedido pensar y era lo que más me apetecía. Como en mi vida, todo se trataba de mala suerte; justo cuando acababa de perder la conciencia durante un rato y mi cuerpo podía descansar, un sonido que destrozaba los tímpanos me indicaba que debía despertarme.

Al ser nuestro primer día, habíamos imitado los movimientos de nuestros compañeros. Lo primero fue hacer la cama a la manera militar. Era imposible debido a que la paja del saco siempre dejaba algún pliegue por encima de donde debería estar. Por supuesto, luego nos habían contado en filas de diez en diez y a los antiguos les habían revisado la ropa. En ese momento sucedió el primer castigo que vislumbré en Auschwitz, y como se dice, me enseñó cómo era la realidad. Ivri mostró sus zapatos al oficial, que parecía cabreado por algo, y él hizo una mueca de disgusto. Intenté advertir qué era lo que le molestaba, pero no lo encontraba. Los zuecos estaban tan limpios que incluso se podría decir que brillaban.

—¿Qué te parece? —preguntó el oficial a su segundo.

—Muy grave, señor —respondió evitando reír al adivinar sus intenciones.

—Trae la vara de madera, por favor —repuso el oficial, y su segundo salió corriendo. Con un gesto de mano, hizo que Ivri se pusiera con el culo en pompa. No comprendía lo que ocurría, así que le pregunté a Isajar:

—¿Qué ha hecho Ivri? —susurré con disimulo para que no nos castigaran.

—Los zapatos —me dijo como si fuera obvio.

—¿Qué les ocurre a sus zapatos? —pregunté mientras los miraba de nuevo.

—Están demasiado limpios —afirmó Isajar.

—¿No se supone que debemos tener así la indumentaria? —creía que esa era una de las normas.

—No, ni muy limpios ni muy sucios —yo seguía sin comprender, así que me lo explicó—: Si los tienes sucios, es indicio de que te has escaqueado de la limpieza. Si los tienes muy limpios, es porque no trabajas mucho.

—Eso es una estupidez —decidí atónito.

—Bienvenido al universo de la contradicción —pronunció con amargura Isajar.

El otro oficial llegó y comenzó a golpear a Ivri en el culo con una brutalidad increíble. Nuestro amigo nos miraba y nos guiñaba los ojos y sonreía, eso me despistaba aún más. Creo que, tras veinte duros golpes, el hombre paró; ya habría gastado suficiente adrenalina.

—Déjame ver —dijo con un tono frío a Ivri. Este se bajó los pantalones y todos pudimos ser testigos de su culo irritado y rojo—. Por hoy es suficiente, espero que aprendas.

Ivri volvió a nuestro lado mientras el oficial seguía con su revisión. Aproveché para hablar con él:

—¿Estás bien? —dije preocupado.

—Claro —contestó con una amplia sonrisa.

—No lo entiendo. ¿Cómo puedes estar tan feliz con la injusticia que te acaba de pasar? —pregunté temiéndome que la gente, con el tiempo, se volviera loca allí dentro.

—Soy una persona alegre —apreció encogiéndose de hombros—, y eso es lo único que nunca me van a quitar —volvió a reír desafiando a las circunstancias y siguió como si nada.

A mí, por supuesto, me dio mucho que pensar. Creo que en su situación no me habría podido frenar y le habría propinado un puñetazo al oficial.

Ahora estaba en la mierda, y nunca mejor dicho. Mis compañeros de trabajo ya habían terminado, pero yo tenía que limpiarlo todo. El juego con la princesa consentida me había salido caro. Pero había merecido la pena bajarle

los humos aunque fuera solo un instante. Aún escuchaba las voces de mi padre:

—¿Cómo le dices eso? ¿Te has quedado ciego? ¿No ves que es la señora de la casa?

—Alguien tiene que bajarle esos humos, ni a un animal se le puede hablar así.

Después vino un hombre a por ella. Mis compañeros palidecieron, no entendía por qué, tampoco parecía más fuerte que los demás oficiales. Aunque, cómo no, Isajar me aclaró quién era:

—Su nombre es Louis, de los alemanes es el peor, cruel y despiadado. Parece que tiene que ver con esta chica, así que nunca le digas nada que pueda tomarse mal. Ha matado a personas por mucho menos. Puede asesinarte a sangre fría porque te quejes de la comida, así que ten mucho cuidado. Su pasatiempo favorito es coleccionar nuestro último aliento.

No mentían, le temían de verdad. Era como si el hecho de pronunciar su nombre les pudiera llevar a la muerte, así que decidí que no valía la pena jugármela. No volvería a hablar mal a la chica. No podía arriesgarme a que me pasara algo y padre quedara solo y desprotegido.

Estaba cargando palas de barro con excrementos cuando unos faros me cegaron. Un coche acababa de llegar, supongo que el de la bruja con aspecto de dama. Seguí limpiando; sinceramente, el olor era asqueroso, pero me daba igual. Con todas las cosas que había imaginado que me depararía el campo, limpiar mierda se podría ver como una bendición. Antes de oír nada, me giré, no sé por qué, pero sabía que vendría. Supongo que era mucha tentación no regocijarse en su victoria.

—Veo que te estás divirtiendo limpiando. Al final, cada uno tiene lo que se merece —habló con esa voz repipi que me exasperaba.

No la miré, no le contesté.

—Venga ya, ¿el gallo de pelea ya se ha asustado?

Ella quería picarme y no la iba a dejar.

—¿No me hablas porque no huelo como tú? Disculpa, es que hay gente que tiene dignidad. Se me olvidaba que eres menos que una persona. — Esperó a que contestara.

«Cuenta hasta diez, Ishmael, no, ella no te sacará de tus casillas. No tiene ese poder».

—Entendido, no me vas a dirigir la palabra nunca más —pausa, estaba esperando a que contestase, pero a cambio recibía más silencio. Como decía

mi madre: «no hay mayor desprecio que la indiferencia»—. Por fin veo que lo has entendido. Yo soy alemana, mi raza es superior a la tuya, igual que los humanos son superiores a los animales. Nunca más me contestarás desafiante, no te atreverás ni a poner en entredicho lo que hable, si te digo que el sol es azul, es azul, ¿entendido?

—Sí, señora —me pellizqué las palmas de las manos para no saltar.

—Bien, muy bien. Pensaba que me costaría más domesticarte. Hasta mañana, mascota.

Y así, sintiéndose superior, entró en la casa. De vez en cuando se giraba y miraba de reojo, como si temiera que me fuera a abalanzar sobre ella como una alimaña. Pobre señora consentida, me temía a mí, un judío indefenso, un tigre en una jaula de metal, y luego disfrutaba con una hiena, una lista y malévolamente que la destrozaría poco a poco y se comería sus vísceras. Nunca creí que se pudiera odiar tanto a una persona, aunque, como dicen, siempre hay una excepción que confirma la regla. Pensar en ella me producía arcadas, no porque me hubiera mandado limpiar la mierda, sino porque con esa cara de ángel paseaba con el demonio; es difícil mirar tanta belleza, tanta sencillez y estar prevenido. Cuando te juntas con un cuervo sabes que te puede sacar los ojos, pero no piensas que un cisne te vaya a hacer daño. Ella era un cisne de una nueva raza, carnívoro, capaz de devorar hasta las entrañas, y algo dentro de mí me decía que era la persona con quien más cuidado debía tener porque «no hace daño quien quiere, sino quien puede».

Cuando regresé al barracón había más silencio que de costumbre. Solo dos días allí dentro y ya conocía la rutina a la perfección, incluso me permitía hablar de ritos diarios. Mientras caminaba con el oficial observé una cola de hombres, la mayoría mayores, que iban a Dios sabe dónde. A algunos de ellos los había visto la noche anterior en las literas de mi «nueva habitación», así sonaba mejor.

—¿Qué ha pasado, padre? ¿Dónde van todos esos? —me apresuré a preguntar a padre al entrar.

—Nadie lo sabe. Eleazar me ha contado que muchas veces entran, se llevan a los mayores o débiles, la noche se los traga y nunca se vuelve a saber de ellos. Algunos dicen que van a una especie de duchas y luego a trabajos más adaptados a su edad.

Me disponía a contestar cuando las luces se apagaron, silencio. Puede que eso fuera verdad, pero, de ser así, ¿por qué la gente no se quería ir?

Definitivamente, era otra de las mentiras que nos contábamos a nosotros mismos para creer que nuestros compañeros estaban en un lugar mejor.

Esa noche nadie pudo dormir. Se oían pequeños lamentos de quienes acababan de perder a un amigo o familiar. Otros, por el contrario, lloraban pensando que tal vez ese podría acabar siendo su final. La incertidumbre, el mayor enemigo. Un pitido casi me destrozó el tímpano. Los alemanes venían a nuestro barracón a hacer una revisión sorpresa, así que teníamos pocos minutos para arreglar la cama y vestirnos.

Eché la pequeña sábana encima y la alisé para dejar todo a la perfección, no quería problemas. Como no tenía pijama y en noviembre no hacía calor por las noches, lo llevaba puesto todo menos el gorro. Guardaba el de mi padre y el mío debajo de una «almohada». Cogí los dos y bajé de mi litera. Me lo coloqué con cuidado y pasé a mi padre el suyo. Después de todo, tenía que ser muy sencillo, saldríamos afuera, formaríamos filas, el oficial nos daría el visto bueno, nos vejaría un poco y se marcharía. Resumiendo, unos cuantos insultos, el oficial ya se siente realizado ese día, y a trabajar. Sería fácil y sencillo.

Percatarse de que algo va mal no es muy difícil, sobre todo cuando ves a un hombre corriendo de un lado a otro gritando que le van a matar. No tenía gorro, lo habría perdido o se lo habrían robado, no lo sé, lo único que recuerdo son sus ojos, que se le iban a salir de las órbitas del temor.

Las personas desesperadas siempre tienen dos opciones: quedarse en un lugar llorando y lamentándose o ir directamente a la acción. Claramente eligió la segunda. En algunos momentos parecía un animal corriendo hacia todos los lados como un loco, luego una máquina mirándonos uno a uno y examinando las posibilidades que tendría frente a una pelea cuerpo a cuerpo por el gorro. En los ancianos se detenía bastante más. Cuando se fijó en mi padre, pude ver un atisbo de esperanza en sus ojos. Mi brazo reaccionó agarrándolo del hombro y mis ojos le lanzaron fuego. Justo cuando empezaba a tener convulsiones por el temor, encontró lo que había estado buscando todo el rato, no su gorro, sino una víctima a la que arrebatárselo. Un joven que no tendría más de catorce años estaba poniendo la almohada y en el otro extremo había dejado su gorra. El muchacho estaba muy delgado, apenas sesenta kilos en uno ochenta de altura. De dos zancadas, el judío temeroso llegó junto a él, le quitó el gorro y se dispersó entre la multitud.

Justo cuando el niño se daba cuenta de que había perdido su preciado tesoro, unos alemanes aparecieron en la puerta, encabezados por ese al que

tanto temían, Louis. Con un grito nos mandó fuera y nos pusimos en fila. No podía ver al niño pero sí oír sus lamentos. Comenzó a andar, se paraba en cada uno de nosotros y nos miraba con esos ojos azules que daban auténtico terror. No sabía que la angustia tenía sonido, pero lo tiene, y fue el detonante que me hizo notar que había llegado a ese joven. No podía girar la cabeza para saber qué estaba sucediendo. Por supuesto, Louis era consciente de ello y, dado que le gustaban los castigos colectivos, le mandó situarse en el punto desde donde todos podíamos observarle.

—¿Dónde está tu gorro? —la frialdad dominaba no solo su rostro, también su voz. Era hielo.

—¡Me lo han robado, señor! ¡Le juro que lo tenía y me lo han robado! —repetía llorando con la voz quebrada.

—¿Quién te lo ha robado? —preguntó.

El niño se encogió de hombros.

—Se lo suplico, no me haga nada. Guardaba el gorro como un tesoro, pero me lo han robado.

Louis no hablaba, simplemente le inspeccionaba detenidamente. Mi corazón latía a toda velocidad, expectante por la decisión final sobre ese niño.

—Claro que no te haré nada. Tú no tienes la culpa de que te lo hayan quitado. Da un paso adelante.

El chico lo hizo, con temor y dubitativo. Se acercó a Louis con la cabeza baja.

—Míralos a ellos —dijo mientras le giraba—, ahora elegirás a uno y tú robarás su gorra, privándole así del privilegio de respirar.

Las convulsiones empezaron a ser más fuertes en el chaval. Pude ver su cara, los ojos pequeños y marrones en un lago rojo provocado por el llanto. Tenía las ojeras muy pronunciadas, lo que, junto con el hueso marcado de la nariz y la mandíbula, le daba un aspecto aterrador. El chico nos miraba uno a uno, luego negaba con la cabeza y volvía a llorar.

—Señala a uno ya —le espetó Louis.

—No, no —decía entrecortadamente—. No puedo, señor.

—Esto sí que es gracioso, te doy una oportunidad de vivir y me la rechazas. No seas desagradecido y elige a uno —sonrió con unos dientes afilados.

El chico volvió a intentarlo, en algunas ocasiones estaba a punto de señalar a alguno de nosotros, pero luego, al ver cómo estos lloraban, retraía su mano.

—¿QUIERES HACERLO DE UNA VEZ? —gritó Louis, se estaba poniendo nervioso.

—NO PUEDO —confesó el niño mientras se derrumbaba y caía de rodillas al suelo.

—Está bien —dijo Louis más calmado mientras le tocaba el hombro—, levanta.

Se levantó, con el uniforme lleno de barro. Miraba hacia nuestra zona con ilusión, debía pensar que ese hombre le había perdonado, pero no era así, su media sonrisa indicaba que ahora empezaba la diversión para él, y me hacía una pequeña idea de lo que eso significaba.

—Ve hacia allí —dijo señalándole la alambrada enfrente de nosotros.

—¿Cómo dice...? —antes de terminar la frase lo comprendió.

Debía caminar hacia la pared de ladrillo rojo donde había una alambrada. No le dejaron ni empezar a andar, ya que dos oficiales le agarraron por los hombros y le llevaron. Intentó escapar, pero pronto se dio cuenta de que no podía y se quedó totalmente quieto.

—Aquí están tus compañeros —empezó Louis—, uno de ellos ha acabado con tu vida. Si alguien se atribuye el robo de tu gorro, morirá por ti —ahora nos miraba a todos—, si no, pagarás por él —clavó la mirada en cada uno de nosotros—. Os doy un minuto para que salga el culpable.

Pero nadie habló, en el fondo todos sabíamos que eso no iba a ocurrir. Nos mirábamos tratando de sacar la valentía para salvar al niño, pero no lo hicimos. El minuto pasó más rápido que un trueno y pronto llegaron las consecuencias.

—¿Nadie sale? —preguntó—. Sabía que erais unos cobardes, pero dejar que muera un niño... Eso está muy pero que muy mal —repuso con ironía—. Ahora, sed conscientes de que todos vamos a matar a este joven poco a poco. Quiero que tengáis los ojos bien abiertos mientras le disparo —amenazó—, porque somos cómplices de esto. Hemos apretado el gatillo juntos.

Lo que ocurrió a continuación fue muy rápido, aunque no por ello menos doloroso. Al principio el chico permanecía en silencio, pero cuando Louis comenzó a cargar el arma se volvió loco. Nos gritó, nos suplicó ayuda, lloraba y gemía mientras por el bajo del pantalón caían unas gotas. Con un solo *boom* todo acabó. Louis no tardó en marcharse dejando el cadáver ahí. Había conseguido su realización maligna del día, no solo por haber matado, sino porque sabía que a los demás nos dejaba con un cargo de conciencia de

por vida. Llevaba razón. Todos habíamos matado a ese niño, que no había querido convertirse en asesino y salvar su vida.

CAPÍTULO 4

Mientras me vestía, tarareaba una canción a pleno pulmón. Me sentía feliz, todo había salido a pedir de boca. Por fin era superior al judío que había osado desafiarme, y además había conocido al hombre de mi vida, Louis, el ser más maravilloso que habitaba la tierra. Me asomé a la ventana y pude contemplar cómo un tímido sol luchaba contra las nubes para hacerse con el poder del cielo, y con mis dotes de adivina aventuré que ese día ganaría.

Habría bajado los escalones de cuatro en cuatro, pero por precaución lo hice solo de dos en dos. El olor a cruasán recién hecho me guio hasta la cocina, donde un verdadero bufet de manjares me esperaba. Me serví un tazón de leche fría que bebí de un trago, por lo que tuve que rellenarlo. Cogí una bandeja de bollos de diferentes tipos y me dirigí al patio portando una mantita. Me senté en un pequeño banco que aún estaba rodeado de césped y di un mordisco pequeño al dulce de leche. Busqué a los judíos, pero no los vi. Al cabo de un rato, la estampa de estar sentada sola mirando la naturaleza comenzó a parecerme insuficiente, así que fui a mi habitación, abrí el baúl y cogí un relato de mi madre para leerlo. Lo que más me gustaba de sus historias era que siempre tenían una moraleja, una ayuda para hacer a la gente mejores personas. Ella, siempre tan buena, creía en la bondad humana, pero yo a estas alturas sabía que no existía.

Como me ocurría siempre que leía un buen libro, no tardé en evadirme de la realidad. En mi cabeza estaba luchando con monstruos, por ello no presté atención a los trabajadores que poco a poco habían llegado.

—Disculpe, señorita —me habló un hombre mayor con una voz dulce —, vamos a tener que abrir el suelo por aquí y desprenderá olor y, como sé que no le gusta...

Me fijé en que miraba sin cesar los dulces con el rabillo del ojo y salivaba. Su delgadez era excesiva, se le notaba cada hueso de su cuerpo.

—Gracias por avisar, me meteré dentro.

Miré todo el jardín, y si no quiero mentirme a mí misma, lo que buscaba era ver a Ishmael, quería comprobar si ya había amansado a la bestia. Tardé menos de cinco segundos en encontrarle, tenía su mirada clavada en el

hombre que estaba delante de mí. En ese instante me percaté de un detalle, miré intensamente al anciano y pude ver una prolongación de Ishmael, un Ishmael maduro, el Ishmael futuro, pero sin saber por qué, a diferencia de su hijo, este hombre me inspiraba cariño. Por segunda vez en menos de dos días hablé y actué sin mandar en mí. Alguien me guiaba, algo dentro de mí se movía y yo no podía detenerlo. Definitivamente, era más fuerte que yo.

—Tome —le tendí la bandeja de cruasanes.

—¿Cómo dice? —él parecía contrariado, como si no supiese si era verdad o tan solo una broma cruel.

—Tome los cruasanes, yo ya no puedo más.

—Pero... si quedan al menos ocho, ¿nadie los querrá?

Le sonreí con amabilidad. ¿Qué me pasaba?

—Tranquilo, esta es mi ración, en el fondo me hace usted un favor, así no pierdo la línea, que aún no estoy casada.

—Gracias —su cara expresaba tanta alegría que me hizo sentir incómoda.

¿Cómo esa tontería podía hacerle tan feliz? Le dejé allí, contrariado, repartiendo los bollos, y salí del patio. Mi cabeza quería girar y ver cuál había sido la reacción de mi enemigo, tal vez incluso pensaría que le había intentado envenenar. Me reí en mi fuero interno. No, no miraría, total, quedaban bastantes días de trabajo para ese juego que tanto me divertía.

Una vez en la habitación volví a mandar en mí misma y me pellizqué el antebrazo, ¿le había hablado de usted? ¿Había tratado a un judío como a un «amigo»? No, no podía ser. Intenté averiguar qué me pasaba, por qué había actuado dos veces de esa manera y solo llegué a una conclusión: debía mantenerme más alejada de ellos, padre ya me lo había avisado: «Son listos, manipuladores, acabarás creyendo en ellos. Su causa envenena. Cuidado».

El crepúsculo formó en el cielo preciosos rayos de tono rojizo que atraían la atención como si se tratase de imanes. No podía evitar pensar que las cosas más bellas provenían de la materia prima de la Tierra sin necesidad de ser artificiales. Louis no lo miraba porque, tal y como decía mi padre, ese tipo de pensamientos eran solo de mujeres. Pronto tuve que dejar el espectáculo de la naturaleza para fijarme en cosas más terrenales, y es que los caminos que llevaban a las instalaciones de los oficiales estaban llenos de barro y piedras. Los tacones de diez centímetros que estilizaban mi figura me harían deslumbrar en la cena de esa noche, pero ahora se clavaban en el suelo y amenazaban mi estabilidad al andar.

Todo había sido idea de Alger. El asocial había decidido acompañar a Louis a buscarme. Louis pensaba venir en el cómodo y calentito coche, pero Alger le había sugerido que tal vez me apetecería caminar, para ver los paisajes y la puesta de sol, y por esta razón ahora parecía que venía de un circo, haciendo equilibrios. Estaba tan concentrada en no caer y en el pavimento que solo me percaté de que habíamos llegado cuando noté que el suelo era firme y pude respirar con alivio. Un ruido de hombres hablando a voces y brindando con copas de vidrio fino resonó. Louis, con su caballerosidad particular, sujetó la puerta mientras yo entraba lentamente y me agitaba el cabello.

Las ilusiones de cena romántica se desvanecieron y dieron paso a la mayor fiesta a la que había asistido en toda mi vida. Louis comenzó a presentarme a tanta gente que decidí que no me iba a molestar en memorizar ni uno solo de sus nombres. Nunca había acudido a un evento que no fuera de la alta sociedad con mis padres y en ellas solo se me permitía estar sentada hasta que se sirviera la primera copa de alcohol o, lo que es lo mismo, solo podía cenar y a veces ni me daba tiempo a terminar. Por eso, tenía mucha curiosidad por ver a un hombre borracho.

Inspeccioné el local en busca de los signos que siempre me habían contado y me di cuenta de que casi todos iban en ese estado de embriaguez, por lo que pedí mi primera copa y le di un sorbo. Sabía amargo, mucho peor que los batidos que había tomado hasta entonces. Aun así, me encantó la sensación de ser mayor. Entonces una chica rubia, con ojos claros y el cuerpo más robusto que había visto en una mujer, me habló:

—Bueno, así que tú debes de ser la famosa Juliana. Mi nombre es Leyna.

Le di la mano y ella la estrechó, la tenía fuerte, me hizo daño, parecía un hombre.

—Encantada —dije tímidamente mientras daba otro sorbito y cogía un poco de queso de una bandeja.

—Me han dicho que llegaste ayer, ¿qué te parece la vida por Auschwitz? —me observaba suspicaz.

—No está mal, aunque por ahora solo conozco a dos personas —sonreí y miré a Alger y Louis—, espero hacer más amigos —di un pequeño bocado al queso y me terminé la primera copa.

—Bueno, ya me han dicho que han metido a unos judíos en tu casa, ellos pueden ser buenos amigos —Leyna habló con la boca llena, comía con

ansiedad, como si se fuera a acabar la comida, pero yo sabía que con la cantidad que había eso era imposible.

Toda la mesa estalló en carcajadas, yo no entendía la broma pero reí. El único que parecía no inmutarse era Alger, me daba la impresión de que aunque estaba allí, era asocial. Aproveché mi desconcierto para coger un cigarrillo de una de las mesas y fumar como el resto de los comensales hacía. Nunca lo había probado, así que traté de aspirar el humo con toda la capacidad de mis pulmones. La sensación fue asquerosa, me puse a toser como si me muriera y la boca me supo a ceniza. Lo apagué con fuerza contra el cenicero y bebí otra copa tratando de eliminar cualquier resto de su sabor.

El primer plato llegó en ese instante y me evitó pasar un momento bochornoso. Eran filetes de cerdo deliciosos.

—¡Eh!, ¿qué os parece si cogemos unos filetes para nuestros amigos judíos? —dijo Louis, y todos rieron, yo quería caer bien, así que me dispuse a hacer mi primera broma.

—Esta mañana les he dado unos bollos a los trabajadores y no veáis cómo se han puesto. —Como nadie reía, procuré completar la broma—. Vaya amargados, tanta felicidad por unos míseros cruasanes.

Esperaba las risas, pero nunca llegaron. Me miraban incrédulos.

—¿Te lo han pedido? ¡No te habrán dicho que solemos darle nuestra comida! —Louis hablaba deprisa, me ponía nerviosa porque no sabía cómo debía actuar. Todos me observaban callados, ya la había liado. Intenté beberme otra copa, pero Louis me agarró el brazo demostrándome que no podría dar un sorbo hasta que contestara.

—No... —titubeé, no sabía qué decir—, es decir, ya no tenía más hambre y para que se tiraran...

Por la manera de actuar de mis compañeros, supuse que había roto algún código interno que no alcanzaba a entender.

—Es su primer día, le habrán dado pena —dijo mientras se dirigía al resto—. Te acostumbrarás, no les des nada, no lo merecen. Nosotros lo hacemos, pero cuando se lo ganan trabajando. Si tú los recompensas sin pedirles nada a cambio, dejarán de rendir, ¿entiendes?

—Sí —contesté enseguida—, lo lamento mucho.

—No pasa nada, sigamos con la fiesta, ¿más vino, preciosa?

Asentí deprisa y mi copa se llenó de un líquido rojo que parecía sangre y que, como el anterior, bebí de un trago.

La fiesta continuó como si nada, pero yo ya no sabía qué estaba bien y qué mal. Intenté pasar desapercibida. Así que escuché todas sus anécdotas de trabajo, reí cuando todos lo hacían e intenté pillar algunas bromas entre ellos, introducirme en su «hermandad». Una que les hizo mucha gracia y no entendí fue: «Cuando los niños se porten mal, ya no hará falta regañarles, solo decir: ¿queréis ir a la ducha?». A pesar de ello reí, solo había otra persona que parecía estar más fuera de lugar que yo: Alger. Eso no era bueno, me sentía identificada con el ser asocial, como una documentalista fuera de su hábitat natural.

Poco a poco comencé a comprender la rutina de lo que tanto divertía a la gente joven. Conforme bebían, el volumen del ruido aumentaba. Peleaban y hacían las paces de manera aleatoria. Las chicas cada vez llevaban menos ropa y ellos parecían más desesperados. Cuando la música comenzó, las chicas vieron la excusa para bailar desinhibidamente, como no haría nunca una dama. Louis se movía como pez en el agua. Era tan guapo, tan majestuoso, a todos les encantaba, era el mejor, era mi destino. Me senté en un sofá mientras observaba a todos reír borrachos por cualquier tontería, que de haber estado sobrios les habría resultado indiferente.

—Hola —Alger se había acercado y estaba frente a mí.

—Hola, ¿qué tal lo estás pasando?

—Bien —contesté con media sonrisa. Le miré y le hice la pregunta que me estaba comiendo por dentro toda la noche—. ¿Tan malo es lo que he hecho? Es decir, no sabía que iba contra vuestras normas... —sollocé mientras me mareaba un poco.

—Eh, tranquilízate. No has hecho nada malo, no hay normas con respecto a eso. Son ellos los equivocados, no tú —mientras hablaba se rascaba con nerviosismo la parte trasera de la cabeza. Intentaba decirme algo más, pero le interrumpí:

—Gracias —no sabía por qué, pero me apetecía seguir hablando con él. Que me explicara todas las cosas sin juzgarme.

Me disponía a simpatizar más con Alger cuando en el fondo de la sala vi a Louis con una rosa roja. Para mí. Me sonrojé, me indicó con el dedo que acudiera, pero entonces no podía marcharme, no, no quería dejar sola a la única persona que estaba siendo amable, Alger. Él leyó mi mente.

—Tranquila, ya me marchó. —Comenzó a andar y se detuvo con brusquedad para hablarme sin mirarme, con lo que parecía un sonido ronco

que provenía de dentro al que no podía contener—. Solo una última cosa, no cambies, eres mejor que los que hay aquí.

Con paso firme abandonó la sala sin que ninguno de los presentes se percatara o se preocupase de ello. Los judíos no eran los únicos invisibles allí. Solo yo le seguí con la mirada hasta verlo desaparecer por el umbral. Louis se estaba impacientando, así que acudí a su encuentro. Había deseo en su mirada. Sin avergonzarse, repasó con lascivia cada centímetro de mi piel. Alrededor, todas las chicas me observaban furiosas. Leyna ya no se divertía, me odiaba, estaba segura.

—Esto es un pequeño regalo para ti —me tendió una rosa y un pequeño paquete—, espero que te guste.

Me mordí el labio, nunca en mi vida un chico me había dado un presente. Nunca me habían cortejado, era como una princesa en un castillo de hielo, nadie se había acercado a mí y, siendo la primera vez, me sentía nerviosa, excitada. Cuando abrí la pequeña caja observé un colgante, era precioso. Con una medallita en medio, me encantó.

—Muchísimas gracias —le miré a los ojos, cerca de su cara, dos centímetros y nos habríamos besado.

Puso sus manos con fuerza alrededor de mi cadera y bailamos durante mucho tiempo, y bebimos, bebimos mucho, hasta que yo no podía parar de reír, de hablar, estaba contenta; enseñé el regalo a todas las que me preguntaron y, aunque sabía que no debía, presumí de él.

Volvimos en el coche riendo, él incluso cantaba, en ocasiones el volante se le iba y derrapábamos, daba igual, era tan divertido. Cuando llegamos, me acompañó hasta la puerta.

—Juliana, eres perfecta —balbuceó por la bebida. Parecía que hablara otro idioma, pero el alcohol me permitió entenderlo y hablarlo yo también—. Esta noche solo hemos hablado de mí, mañana me contarás cosas de tu vida, de tus amigas, ¿vale?

—Sí —le contestaba sin pensar, en mi interior solo quería complacerle.

—Me recuerdas a un cisne —me besó la mano—, mañana nos vemos.

Intenté hacer un símil con un animal antes de que se marchase, pero el único que inundaba mis pensamientos era una serpiente y eso no es muy romántico que digamos.

Iba borracha y no tenía sueño. Entonces supe qué era lo que quería: iría a ver al judío, a reírme un poco para acabar la noche bien mientras limpiaba

la mierda. Al llegar al patio no había nadie, me metí en la cocina y allí estaba Ada.

—¿Dónde está el trabajador? Se suponía que tenía que limpiar la casa todas las noches —mientras hablaba, casi perdí el equilibrio.

—Lo siento, Juliana, pero hoy los han cambiado y han traído a otros nuevos —colocó mi brazo encima de su hombro y me ayudó a subir a la habitación.

Una vez dentro me puso el pijama mientras yo agitaba las piernas como una niña. No sabía qué me pasaba, pero no coordinaba nada. Me tumbó en la cama y me arropó. Justo cuando se dirigía a la puerta, intenté hablar antes de que el sueño inundara mis sentidos:

—¿Cuándo vuelven? —dije en el idioma de los borrachos.

—Nunca, señora, ha sido un cambio definitivo. Esos jóvenes eran fuertes y los necesitan para otro tipo de trabajo —su gesto cambió. ¿Intentaba que le confiara un secreto?—. ¿Es por algo especial? Usted puede hablar para que regresen...

—No —contesté inmediatamente—, era curiosidad.

* * *

Y así, sin más, se durmió. A diferencia del día anterior, su sueño no fue tranquilo, estaba emocionada por su primera cita con el oficial Louis, o eso pensaba ella. Si hubiera mirado más en su interior, se habría dado cuenta de que esa parte, la que actuaba sola, la que le había dado los cruasanes a David, lloraba desconsolada y no compartía para nada la opinión de Louis como hombre de su vida; esa parte había empezado a grabar en el alma a fuego otro nombre.

* * *

Salivó como un animal antes de comerse el bollo. Algo tan habitual en su anterior dieta se acababa de convertir en el mejor manjar en meses, aunque a él le parecieran años. El siglo completo que no había vivido. Después, un monstruo vestido de oficial le había cambiado de destino. Una fábrica, ese sería su nuevo trabajo. El edificio ya estaba construido, pero faltaban las

máquinas. Su tarea de ese día había consistido en llevarlas, pesaban mucho, pero le gustó; aunque le dolían los músculos, le hizo sentirse fuerte. Además, sus compañeros le habían animado:

—Es una buena noticia, muy buena, que nos hayan mandado a la fábrica —dijo Isajar.

—Ya ves, por fin algo que celebrar —le contestó Ivri con ese entusiasmo que empezaba a ser habitual.

—¿Por qué deberíamos estar contentos por hacer trabajos forzosos en una fábrica? —preguntó David.

—Bueno, mientras ellos te vean útil puedes seguir despertándote cada mañana, y debemos estarlo cuando nos cambian de destino —dijo Isajar emocionado.

—Cuéntale lo práctico —le interrumpió Ivri con una sonrisa de oreja a oreja—, las personas que cargan la maquinaria hasta la fábrica acaba trabajando en ella.

—Lo que se traduce en ración doble de esa asquerosa sopa a la que estoy cogiendo cariño —terminó la frase Isajar.

—Parece que hemos empezado con buen pie —dije.

—Aunque a lo mejor alguno echará de menos algo de la gran casa — Eleazar me miraba y creí ver que me guiñaba un ojo con una complicidad que no quise comprender.

—¿Por quién va ese comentario tan misterioso, Eleazar? —indagó Ivri —. La sirvienta era guapa. ¡Eh, no me miréis así! ¡Puede que esté en el infierno, pero los ojos todavía no se han derretido con sus llamas!

—Cállate —repuso Isajar.

Todos reímos, yo sabía que no se refería a él, sino a mí. Durante la tarde procuré meditar qué le había inducido a pensar eso; supongo que mis «bromitas» con la hija del gran jefe de los despiadados. Se notaba que no me conocía porque nunca, en mi vida, me fijaría en ella, antes muerto que con una mujer así. Una cosa es vivir en el inframundo y otra muy diferente enamorarte del diablo. Mientras pensaba esto, me divertía y no sé describir por qué me sentí más eufórico que de costumbre. Era medianoche cuando empezamos a oír ruidos y voces que provenían del patio. Esta vez no eran lamentos, sino risas y gritos desfasados de diversión. Las luces se encendieron y la claridad nos desveló que había entrado un oficial.

—¡Todos en pie! —se tambaleaba mientras hablaba.

Obedecimos y, tras levantarnos, nos pusimos la gorra al instante. Ayudé a padre, estaba despistado con la resaca de un sueño del que todavía no se había despedido, efecto secundario del cansancio. Me coloqué delante de él como de costumbre, si venían a llevarse a los viejos a esas excursiones de las que nunca volvían, le ayudaría, daba igual si mi vida se iba en el intento.

—¡Todos a la calle inmediatamente! —chilló.

La imagen que nos esperaba fuera no era para nada halagüeña, allí había siete soldados borrachos, con una botella que intuí era whisky en la mano. No sé por qué, uno de ellos destacaba, era muy alto, muy rapado, con unos ojos azules como el hielo que daban miedo. Pronto le reconocí, era Louis.

—¿Y ahora qué hacemos? —le preguntó uno al gigante.

—Desnudaos y corred. Tú —dijo mientras señalaba al capo—, coge piedras y tráemelas.

—Enseguida, señor —contestó su ferviente siervo apresurándose a atender sus órdenes.

Nos despojamos de nuestra ropa hasta que nuestra piel era la única capa que nos protegía frente al inclemente tiempo como los animales. Tan solo nos dejaron conservar los calzoncillos. Corrimos, el aire helado calaba en nuestros huesos, pero no permití que me vieran flaquear, aunque por dentro sentía cómo las agujas se clavaban entre los músculos y en las articulaciones. Estaba agotado y aun así iba con la cabeza bien alta, como si aquello fuese un placer para mí. «Fuerza y honor, te mantendrá a salvo por lo menos mentalmente», recordé las palabras de mi amigo Javier antes de marcharse del gueto.

Cuando el capo llegó con unas amenazantes piedras de todos los tamaños, empezó la diversión para los alemanes; nos las lanzaban como si fuéramos una atracción de feria. Algunos caían por el impacto, otros gruñían de dolor y se empapaban de sangre. No me alcanzó ninguna y, gracias a Dios, a mi padre tampoco. Una piedra dio de pleno en la cabeza de un muchacho y se le escapó un *joder* entre susurros. Esa mísera palabra les otorgó el derecho a iniciar un juego más subidito de tono, le empezaron a golpear, le escupían, le insultaban a él y a sus muertos. Se mofaban de cómo mataron a su madre, de cómo se la follaron una vez muerta; el chico no hablaba, solo lloraba desconsoladamente.

Cuando fui consciente, ya estaba parado y con los puños en tensión. «*No lo hagas*», oí a mi padre, pero no hice caso, ya no era un ser racional, sino el

animal en el que me habían transformado, sin control. No soportaría otra muerte como la del joven de la gorra. ¡NO!

—Dejadle en paz —grité.

Todos los alemanes se dieron la vuelta, ahora ya no reían, miraban cabreados, deseosos de sangre. Como si de una manada de leonas se tratara, pronto estuvieron todos a mi alrededor con una mano cerca del revólver. Esperaban un rugido de su león jefe para actuar y devorar mis vísceras. Antes de que se pronunciase, me empezaron a pegar entre todos, solo veía manos y piernas; me defendí. Tiré a dos al suelo, los golpeé con codazos en el estómago, consciente de que les hacía daño. Entonces, sentí un palazo en la cabeza y caí de bruces al suelo. Los escupitajos me resbalaban en la cara. Sangraba por la nariz. Pero no les suplicaba, los miraba con odio. El grupo se abrió y dio paso a la bestia inmundada, al gigante Louis que apestaba a alcohol.

—Dejadle vivo, es más divertido torturarlo poco a poco. El día que cambie su mirada de asco por la de miedo, le mataremos, y estad seguros de que lo hará. Una jugada maestra. Me encargaré de que vivir sea la tortura y morir la bendición.

Me recordaba a una ¿serpiente? Con un sonido más propio de animal, siseando, dijo:

—¡Volved todos al barracón! Mañana, a trabajar dos horas antes en su honor.

Me levanté con dificultad y tuve que agarrarme al primer compañero que se acercó para no caer al suelo. Había un charco de sangre en la zona donde había caído. Palpé mi frente y descubrí una pequeña brecha que tendría que cicatrizar por sí sola y esperé que no se infectase. El oficial me miraba divertido, me había convertido en su entretenimiento para horas muertas.

—Gracias —dijo el joven al que defendí—, me llamo Nathan, y te has ganado el derecho de que esté a tu disposición para lo que necesites.

Ni siquiera me paré a conocerle. Quería tumbarme en mi cama y descansar de inmediato. Padre me miró con el gesto de «casi te pierdo, gilipollas», pero también con un deje de orgullo en sus ojos. Y así, mientras mis muslos intentaban recobrar la fuerza para el trabajo del día siguiente, una alarma se creó en mi inconsciente. ¿Qué sería de la niña mimada si acababa con aquel ser despreciable? Aunque ese no era mi problema. ¿O sí?

CAPÍTULO 5

La cabeza me iba a estallar. Era como si pequeños gusanos se movieran por el espacio destinado a mi cerebro y lo mordiesen, produciéndome pinchazos de manera incesante. No volvería a probar el alcohol en mucho tiempo, al menos no en esas cantidades. La boca me sabía mal, pastosa, y mi aliento daba demasiado asco, así que fui al cuarto de baño a lavarme los dientes. Mientras bajaba las escaleras, recordaba mi maravillosa noche con Louis y cómo Alger había pasado de ser asocial a la única persona que me comprendió.

Estaba rememorando cada momento de la última noche cuando reparé en un detalle. Louis quería saber cosas sobre mí, historias de mi vida, y yo no tenía nada que contar. En la escuela nunca había sido muy popular, una chica un tanto gafe; si había una pelota y había que golpear a alguien, esa era yo, si alguien se caía, también; por ello las demás niñas preferían jugar entre ellas antes que conmigo. Luego crecí y seguí sin integrarme, era bonita, tenía dinero, clase, pero no nos compenetrábamos. Sus conversaciones me parecían vacías y a ellas las mías demasiado profundas. Cuando les hablaba del último libro que había leído, me respondían hablando de dinero, chicos, ropa, temas que no me interesaban.

Poco a poco fui cerrándome en mí misma y en mi madre. Me evadía de la realidad en sus historias, esas que me hacían sentir la protagonista, con millones de amigos, una realidad perfecta y feliz. Madre siempre decía: «*Eres demasiado especial, pequeña, pero el destino te tiene preparado algo, lo sé*». «¿Cómo?», respondía yo. «*La gente buena siempre tiene su propio final de cuento de hadas*». Durante toda mi infancia confié en esas palabras de madre, pero cuando ocurrió la desgracia me di cuenta de que era falso, la gente buena no tiene su historia alegre. A partir de ese momento quise tener amigas y cambié, me volví fría y banal y mis intereses cambiaron para adaptarse a los de la mayoría. Aunque ya era imposible, la gente se marchaba, había desconfianzas y casi todo el mundo permanecía con su familia, por lo que continué sola. Ahora, por primera vez en la vida, tenía la oportunidad de contar con gente a mi alrededor que me quisiera y, entre ellos, Louis era el

que más me importaba. Pero en cuanto le contara que la mujer de sus sueños era solo una marginada, dejaría de fijarse en mí, siempre habría alguien más interesante. Entonces tuve una idea, una locura, que tal vez serviría.

—Ada, ¿dónde estás? —pregunté mientras deambulaba por la casa en su búsqueda.

—Aquí —contestó una voz en la planta de arriba. Estaba aireando mi habitación mientras se mecía de un lado para otro—. ¿Qué desea, Juliana?

No sabía ni siquiera por dónde empezar.

—Bueno, he pensado que, ya que estamos las dos solas todas las mañanas, podríamos conocernos.

—Sí, como guste —aceptó con cautela, desconfiada.

—Es decir —me expliqué—, no ser amigas ni nada de eso, simplemente saber de nuestra vida.

—Cuénteme lo que quiera, la escucho —repuso con amabilidad—, pero si no le importa, mientras hablamos yo voy recogiendo la casa.

—No, no me importa. Soy experta en conversar en movimiento —tenía que ir directa al grano—. Ada, antes de venir aquí, ¿qué hacías con tus amigas para divertirte? ¿Tienes anécdotas?

Se giró hacia mí. ¡Mierda! Seguro que me había pillado, sabría que tenía intenciones ocultas, mi interés. ¿Por qué si no me iba a interesar su sencilla vida?

—¿De verdad quiere saberlo? —parecía que tenía una buena dosis de confusión.

—Sí —le dije con una amplia sonrisa, había mordido el anzuelo—, ya que casi vivimos juntas, quiero saber cuáles son tus aficiones, dejar de sentir que permito a una desconocida entrar en mi habitación.

—De joven tenía muchas amigas —empezó después de meditar con cautela, buscando una señal mía de disconformidad con sus palabras para detenerse—. Vivía en un pueblecito de apenas doscientos habitantes, por lo que todo el mundo se conocía muy bien. Yo era la menor de cinco hermanos, todos varones, así que vivía sobreprotegida. En una ocasión, uno de ellos... Oh, lo siento, estoy siendo muy pesada.

—No —dije con desesperación—, sigue, cuando me aburra te lo haré saber.

Ella asintió y continuó. En ese momento supe que se había evadido de la realidad; aunque continuaba ayudando con mi habitación, lo hacía mecánicamente, con la cabeza puesta en otro lugar.

—Pues bien, a uno de ellos le gustaba una amiga mía, entonces un día vino a nuestro claro del bosque..., es que mis amigas y yo siempre nos reuníamos en un claro, al lado de un río, a contarnos nuestras cosas. Llegó y se escondió y escuchó todo para luego poder cortejar a mi amiga; lo que él no sabía es que ese día hicimos el juego al revés, teníamos que decir lo que más odiábamos haciendo como si nos encantara. Total, que ella odiaba a los hombres cursis, que recitan poemas y que matan a las rosas para regalarlas. —Recordé la rosa de mi tocador, regalo de Louis, y pensé que aquella chica era idiota—. Al día siguiente estábamos en mi casa mi amiga y yo y entró en la cocina con una rosa para cada una y hablando de una manera lírica; mi amiga dijo que era odioso. Así que consiguió el efecto contrario —estalló en carcajadas, se balanceaba entre sus grandes caderas, me pareció un momento raro y especial—. Quién le iba a decir que años después acabarían casándose, con lo mal que había hablado de él. «Idiota reprimido y asesino de plantas», le llamó... —de repente su voz se apagó y sus ojos se volvieron vidriosos, tal vez la historia no tuvo un final memorable—. Y usted, ¿qué me cuenta?

Me apetecía contarle algo, no me gustaba su cara. No es que ella me importara, pero si quería sacar más información también tendría que aportar algo, pero ¿qué? Bueno, había una cosa que tal vez pudiera decirle falseando un poco la verdad.

—Yo tenía una amiga que escribía, escribía los mejores relatos que jamás oirás. Un día por semana quedábamos en mi patio, ella me los leía y yo imaginaba que era la protagonista de sus historias —me reí de mí misma—; luego merendábamos juntas y jugábamos toda la tarde.

—Se nota que quería mucho a esa amiga —sonrió, los vidrios habían desaparecido de sus ojos.

—No lo sabes bien —esta vez era yo la nostálgica.

—Nosotras hacíamos algo parecido —escuché atenta—. Es una tontería, pero yo quería ser actriz de teatro, viajar por el mundo interpretando las mejores obras con la única compañía de una maleta medio vacía que llenaría en las diferentes ciudades que visitaría. Ellas, para ayudarme, escribían una historia cada semana y la interpretábamos en nuestro claro. Por supuesto, yo siempre hacía el papel principal y ellas los secundarios, lo pasábamos bien.

No sé en qué momento empecé a hacerlo, pero de pronto me di cuenta de que la estaba ayudando a recoger de manera inconsciente. Otra vez hacía cosas sin ser consciente de ello, y en esta ocasión no me importó, quería ayudar a Ada, me sentía a gusto con ella. Tal vez era diferente, pues no me

parecía malvada. La conversación fue entretenida hasta tal punto que el tiempo se me pasó volando. Me estaba contando una anécdota en el río, se tropezó y cayó de culo. La falda se le quedó subida, pero ella no se dio cuenta, así que al salir todos los chicos del pueblo le vieron las bragas. Me dolía la tripa de reír cuando apareció Alger:

—¿Qué ocurre aquí? —nos dijo—. Pensaba que alguien estaba gritando, no que fueran risas —miró mis manos mojadas tras haber fregado, muy serio—. Juliana, ven conmigo —añadió serio.

Ada comenzó a temblar instintivamente, asustada. Como si algo malo le pudiera ocurrir por haberse dejado ayudar en las labores del hogar. Le hice un gesto para que no se preocupara, pero creo que no surtió efecto. Alger me guio hasta el patio y sujetó la puerta para que pudiera salir. Fuera, el día estaba nublado y el cielo bañado de diferentes tonos grises. A lo lejos se oían truenos y se veían los fugaces destellos de los relámpagos. Tirité de temor. Mi madre siempre me decía de pequeña que los árboles atraían a esos pequeños rayos de electricidad y mi casa estaba rodeada. No me di cuenta de que temblaba hasta que el oficial colocó su chaqueta sobre mis hombros.

—¿Te importa que demos un paseo? —me preguntó inexpresivo.

—Vale —titubeé mientras miraba de reojo el espectáculo de la naturaleza.

Anduve delante de él para elegir el camino que íbamos a seguir. Al frente, se abría uno de tierra y piedra rodeado por laderas verdes. Alger sugirió ir hacia el otro lado, ya que los árboles nos resguardarían en lugar de mojarnos, a lo que me negué.

—¿Qué significa lo que he visto? —me sorprendió que, después de diez minutos, comenzara la conversación con esa pregunta corta y directa, como él.

—Estaba hablando con Ada —contesté secamente, él no era quién para meterse en lo que yo hacía.

—Tus manos estaban mojadas, ¿por qué? —las señaló antes de que me diera tiempo a llevarlas a mi espalda—. ¿La estabas ayudando en sus tareas? —Exigió una respuesta.

—Espera un momento —le interrumpí antes de que terminara—, ella no me ha pedido nada, lo he hecho porque me apetecía. Quiero ser útil, es aburrido estar todo el día sin hacer nada aquí en esta casa gigante vacía.

—Pero TÚ no tienes que hacer nada, esa es su tarea.

—YO hago lo que quiero y, si me apetece limpiar, limpio, sea la tarea de quien sea. Ella no me da órdenes. Tú tampoco.

—Tranquila —su tono de voz bajó, más calmado—, a mí me da igual, pero ya comprobaste que no todo el mundo piensa como yo. A la gente no le parece bien que colabores con una persona de su clase, Juliana, que la trates como una igual, que la ayudes.

—Me acuerdo —recordé el momento incómodo de la cena, las miradas de todos los jueces de la sala clavadas en mí—, pero a ti no te parece mal. No entiendo por qué me regañas. Creía que me entendías.

—No te regaño —replicó enfadado—, no podría —dijo en un susurro—, es solo que no sabes qué pasaría si en vez de verte yo hubieran sido Louis o tu padre.

—No me dirían nada, ellos no se inmiscuyen en mi vida.

—Sabes que eso no es así...

—¿Y qué harían, según tú? —cada vez subía más el tono. Él me paró, me cogió las manos, pero al minuto las soltó asustado por el contacto físico.

—Ellos no lo verían bien. No te ven como yo.

—¿Cómo me ves tú? ¿Como una estúpida? ¿Como alguien que está aquí para complicar tu plácida estancia? —Me puse a llorar como una niña pequeña; más tarde me avergonzaría mucho de ese momento.

—Nunca digas eso, ¡NUNCA! —gritó—. ¿Quieres saber qué pienso cuando veo cómo actúas?

Asentí.

—Pienso que ojalá todo el mundo fuera como tú, que esta mierda de guerra no existiera, que mi padre no me hubiera obligado a estar en las SS y pudiera seguir en mi pueblo. Y, tal vez, solo tal vez, que una chica la mitad de preciosa, encantadora y buena se fijara en mí y no en tipos como Louis y poder formar una familia.

Me dejó sin palabras, yo le gustaba, no solo le gustaba, era el único que me veía como era y me aceptaba. No sabía qué cambio se había efectuado en su circuito cerebral en tan poco tiempo; el primer día me ignoraba y ahora me piroleaba. Pero yo no le podía hablar. En esos momentos tenía que ofrecerle algún gesto de cariño, pero, dado que el abrazo me pareció demasiado personal, me limité a darle dos golpecitos en la espalda con una distancia prudencial separándonos.

—Gracias, pero no hables así, encontrarás a la mejor de las mujeres —le consolé mediante la verdad.

—Es duro tener que luchar por algo en lo que no creo. Ver cómo llegan personas como tú, puras, y acaban convirtiéndose en bestias, la peor versión de sí mismas. Para ellos no es un trabajo asqueroso, es una diversión. El problema del mal es que se te adhiere y luego no se va, aunque frotes, una vez que hay contacto forma parte de ti. No quiero que juntándote con Louis termines infectada con su esencia, solo es eso —escupió las últimas palabras.

—Nunca lo haré. Louis solo tiene una fachada para afrontar la situación, en realidad, es bueno. Pero si alguna vez veo que me empiezo a cambiar como a una «bestia», como dices, no le dejaré, no me moldeará a su antojo.

—Gracias, solo necesitaba desahogarme con alguien. Decir mi verdadera opinión sin que me juzguen. Gracias. —No volvió a dirigirme la palabra en todo el camino, pero en esa ocasión no me molestó. Por primera vez comprendí que ser diferente no era siempre malo y tuve la certeza de que había encontrado a un amigo.

Esa misma tarde Louis apareció en la casa. Conversamos en el salón. El plan salió a la perfección y conté las historias de Ada como propias, él decía que le encantaban, que eran maravillosas, pero a veces me daba la sensación de que no las escuchaba. Luego la conversación empezó a girar en torno a él y su trabajo y entonces fue cuando tuve que poner todo mi poder de concentración en no dormirme.

—El otro día, después de dejarte, fuimos al campo, a hacer trabajar a esos holgazanes.

—¿A esas horas? No sé cómo pudisteis después de beber tanto.

—Soy un hombre —sonrió satisfecho, y me acarició la mejilla—. Hubo uno que nos desafió, pero, tranquila, recibió su merecido; he indagado sobre él. Ishmael, le tendré vigilado...

La conversación siguió, él no paró de hablar, pero mi mente estaba muy lejos. Había escuchado su nombre y sabía que había miles de judíos allí, que muchos se llamarían igual, pero él era uno de los pocos idiotas capaz de desafiar a un oficial. ¿A qué se refería con darle su merecido? ¿Acaso pegarle? ¿Algo peor? Mientras sus ojos verdes se clavaban en mi memoria no pude pensar ni ver a nadie más, pese a tener enfrente al que veía como mi futuro marido. ¿Quién quería hielo cuando tenía las manos sumergidas en un mullido césped?

* * *

El sonido infernal de la banda me despertó, como todos los días. Mi cuerpo rechazó inmediatamente esa música como si sus notas me pudieran hacer daño físicamente. Seguía con el cuerpo dolorido. Me miré el torso, estaba fuerte, firme en su delgadez, con algunas manchas que pronto se convertirían en moratones. Me alegró, esas cicatrices significarían que aún tenía orgullo, seguía siendo un hombre y nadie más me trataría como algo inferior. Me vestí y me puse mi gorra con el número, miré a mi alrededor y todos mis compañeros estaban haciendo lo mismo. Llevaba pocos días y ya había asimilado la rutina del resto de mi existencia.

El oficial que pasó esta vez era diferente al de la noche anterior; muy alto y delgaducho, pero me causó más respeto que los otros gigantes.

—Es Alger, el de la casa, no es de los peores. Si damos con él, tendremos suerte —dijo Ivri emocionado.

Pensé qué cosas nos hacían felices, «era un monstruo no del todo malo», tal vez no nos pegase, vejase o nos tratase como si valiéramos menos que cerdos. Es irónico con qué poco se conforma el ser humano en una situación extrema. Estaba casi seguro de que, de habérselo ofrecido, la mayoría del barracón hubiera accedido a ser tratado como animal de compañía si eso significaba comida y eliminaba los malos tratos al ochenta por ciento; yo no, pero tampoco los culpaba por ello, el miedo es el peor enemigo del hombre.

—Soy el oficial del Tercer Reich Alger Hotterman —se presentó mientras nos miraba uno a uno—. Algunos de vosotros ya habéis trabajado conmigo. Os respetaré, siempre y cuando sigáis mis normas. —Se detuvo a esperar nuestras reacciones de asentimiento—. Hay una fábrica nueva de la que me voy a hacer cargo. Será de armamento para el ejército alemán. Vosotros construiréis las armas, si alguno no se ve capacitado, que me lo diga ahora. —Esperó respuesta, no la obtuvo—. Bien, hoy es domingo, día de duchas y de limpieza de todo el campo, pero mañana empieza el trabajo. Tendréis una semana en la que os explicaremos cuál es exactamente la ocupación de cada uno de vosotros, con el tiempo se incorporarán más.

Sin decir nada más se marchó. Perfecto, ahora construiremos las armas para que la guerra la ganen los alemanes. Lo peor: no tenemos alternativa. Pero había algo que no me habían explicado mis compañeros.

—¿Qué pasa los domingos? —pregunté a padre.

—Nos duchamos, es como nuestro día de la semana libre, para nosotros mismos, aunque tampoco hay mucho que hacer —me explicó Isajar, que parecía mi guía de Auschwitz.

—¿Cómo que no? —apareció la cara de Ivri—. Yo hoy tengo mi recompensa.

—¿Recompensa? —pregunté.

—Mujeres, la sangre necesaria para vivir —mientras hablaba, se puso a hacer gestos con las manos que simulaban unas buenas tetas.

—Pero ¿de qué hablas? —no entendía a qué se refería y lo único que se me venía a la cabeza no podía ser cierto.

—Te lo dijimos el primer día, si haces un buen trabajo, tienes tu recompensa femenina —le ayudó Isajar.

—Sí, y eso se traduce en una sesión de sexo apasionado con mujeres bonitas —terminó su frase Ivri.

—Para ti todas son bonitas —le contestó Isajar mientras le daba un codazo.

—¿Quiénes son esas mujeres? ¿Vuestras novias? ¿Si trabajas las puedes ver? —preguntó padre.

Todos se miraron confusos, notaban que habían abierto otra puerta en su esperanza, puerta que tendrían que cerrar.

—Son polacas —repuso Eleazar—, voluntarias. A cambio de esto, no las mandan a un campo. Prefieren vivir así. Además, las dejan estar con sus hijos.

No estaba nada de acuerdo, las convertían en objetos sexuales para motivar el trabajo. Nada de lo que había oído me parecía tan ruin. «*Estás en el infierno*», recordé. «*Eso no debería convertirnos en demonios*», apunté.

—No nos juzgues —se ofendió Isajar—, nadie te ha robado los instintos y, Dios se apiade de mí, el sexo es muy importante.

—No tanto como para anular mis principios. Nunca querré ese beneficio.

—Pues tú te lo pierdes —Ivri rompió un poco la tensión—, yo por mi parte siempre tomo a mi Manuela, es guapísima y creo que cuando acabe la guerra tendré algo serio con ella.

—¿Te da igual que haya sido prostituta? —preguntó padre.

—Sí, al fin y al cabo, todo lo que aquí haya ocurrido lo borraré de mi mente, y le prepararé una cita tan épica que ella tampoco se acordará —se golpeó el pecho con orgullo.

—No es que no me parezca interesante vuestra conversación —Eleazar puso los ojos en blanco—, solo me preocupa un poco lo que nos acaba de decir el oficial.

—Explícate —solicitó padre.

—Van a abrir una fábrica y eso no es bueno.

—¿Por qué? —preguntó Ivri sin su alegría habitual.

—Hijo mío, se escuchan muchas historias.

—Y muchas son barbaridades imposibles —completó Isajar.

—Pero otras no —señaló Eleazar.

—¿Y cuál es esta? —preguntó Ivri rompiendo la tensión de los dos líderes.

—Hay quien dice que trabajar en las fábricas está bien. Suelen cuidar más a estos trabajadores, ya que su labor es muy útil. Por otro lado, también dicen que ese armamento para el ejército es de prueba y debe ser utilizado para comprobar su capacidad.

—¿Cómo? —preguntó padre, y cuando me quise dar cuenta medio barracón intentaba escuchar.

—Por ejemplo, un conocido mío me explicó que en un campo cercano a Berlín les hacían usar las botas por un camino.

—¿Cuál era la meta? —preguntó un chico del barracón desde el otro lado de la habitación.

—Ver cuánto duraban las suelas para el enfrentamiento con los rusos. Les ponían una mochila con piedras y les hacían caminar por un suelo peliagudo una y otra vez.

—No lo veo peor que otros trabajos —dijo este mismo joven, y casi todos asintieron.

—La diferencia reside en que muchas veces las suelas tardaban demasiado tiempo en romperse y los judíos caían muertos mientras caminaban y...

—Y aquí hacemos armas —completé, sabiendo lo que quería decir. Si necesitaban comprobar la efectividad de nuestro material, solo había una solución posible.

—Ya... También cuentan que nos hacen cavar nuestras propias fosas y luego nos ponen en fila india para pegarnos un tiro, y nunca he visto a nadie ni he oído a ninguna persona a la que le haya sucedido —intervino de manera sarcástica el capo.

—Si están muertos, no pueden hablar, estúpido —repuso Ivri.

—Entonces, ¿quién lo ha contado y cómo ha llegado esa historia hasta aquí? Si están muertos, nadie puede tampoco haber escuchado esa historia de la boca de un testigo. Todo es una gran mentira.

Al cabo de una hora llegó el oficial.

—A las duchas ya.

Salimos en una fila perfecta. Había bastantes más personas en los barracones de alrededor, por lo que supuse que todos nos dirigíamos al mismo sitio. Cuando llegamos, a los nuevos nos dieron una pastilla de jabón y apuntaron nuestro número en una hoja. Esa pastilla tenía que durarnos todo un mes, aunque con una ducha semanal me pareció bastante. El agua caliente en mis músculos doloridos me hizo mucho bien, notaba cómo corría entre mis abdominales y se metía en los huecos que mi cuerpo huesudo había formado, sentía un placer supremo.

—¡Qué calladito te lo tenías! —me dijo Ivri—. Esos músculos no son fruto del azar... Tenías que ser el terror de las chicas... —me miro cómplice—. Cuando salgamos me enseñarás las tácticas con las que más suspiraban.

Me sorprendió el comentario, pues yo me veía como un esqueleto humano. No había tenido tiempo para pararme a pensar en mujeres. Es verdad que alguna me había gustado, pero en tiempos de guerra centrarme en cuidar a mi familia era más que suficiente. No sabría decir el momento exacto y, aun así, me atrevía a asegurar que había extirpado cualquier rastro de deseo de mi yo pasional.

—Lo intentaré —respondí divertido—, pero no me culpes si no da los resultados que esperas. Mi punto fuerte era el pelo caoba y ahora ya no lo tengo.

—Tranquilo, te llevaré conmigo a todos los lados, así tú atraerás a la manada, te dejo elegir y luego llega mi parte. Se podría decir que comeré tus restos. Nunca he sido muy exquisito.

Ambos reímos. Ivri siempre hablaba como si fuéramos a salir algún día para corrernos una juerga juntos. Le encantaba planear todo lo que íbamos a hacer. En los pocos días que llevaba allí ya había imaginado al menos quince negocios que nos harían millonarios, veinte viviendas que serían las idóneas para nosotros con vistas al mar y cómo estaríamos con montones de mujeres antes de conocer a la indicada. Hablar con él era fácil. Además, te hacía sentir bien. Luego estaba Isajar, que era la parte racional de esa extraña pareja. Tenían dos extremos: o acababan la frase del otro o se peleaban en los lados más opuestos.

Cuando terminó la ducha, el dolor había disminuido. Nos vestimos con las mismas ropas y fuimos al barracón. En la parte de atrás disponíamos de un patio cercado y el oficial dijo que podríamos estar allí, pero con el frío que

hacía todos decidimos quedarnos dentro. Después se llevaron a los que tenían recompensa por su trabajo. Ivri e Isajar partieron hacia su cita sexual. Estaba en mi cama cuando alguien me habló:

—Ya vi lo que hiciste anoche —era el capo—, soy Abraham —me tendió la mano, no la estreché—, supongo que ya te habrán hablado de mí.

—Sí, y para que no te frustres con un intento fallido, ya te adelanto que no creo que nos llevemos bien.

—¿Sabes? En realidad no soy malo, un superviviente, sí, uno muy listo —me miró suspicaz—. Tú también podrías serlo. Piensa en dónde estás, los héroes mueren cada día desde una ofensiva pasiva con la que no cambian nada. Si hay una posibilidad de sobrevivir, tiene el nombre de cómplice y requiere que finjas estar de su lado, que les ayudes. No es tan inmoral, tan solo somos los más fuertes de la cadena alimentaria en la que nos vemos obligados a participar. Cuando sobrevivas a esto, entonces podrás ser un héroe, ayudar, pero primero tienes que sobrevivir.

—No me vale sobrevivir a cualquier precio —contesté de manera seca.

—Los demás están destinados a perder, tú no, lo noto, únete a mí. Hablaré con ellos, tendrás más comida, abrigo y una vida mejor —se acercó a mí y bajó la voz—, dejarás de ser un animal, vivirás como las personas. No les harás daño —señaló a todos los compañeros de habitación—, ellos ya están muertos. ¿No te gustaría probar de nuevo a qué sabe sentirse un ser humano?

Me giré, sonreí con la satisfacción de quien sabe lo que va a pasar y le propiné un puñetazo en la cara con todas mis fuerzas, de la nariz le empezó a brotar sangre a borbotones.

—Como ya te he dicho, no estoy interesado —me subí a mi litera y le di la espalda.

Noté cómo se alejaba y oía sus susurros: *«te arrepentirás»*, *«te has convertido en otro cadáver»*. Maldito cobarde, ni siquiera se había atrevido a levantar una mano contra mí. Me daba asco. Odiaba más a ese tipo de personas que a los propios alemanes. Los alemanes son malos y ya se sabe qué se puede esperar de ellos, pero que un judío, uno de los nuestros, permitiera esto y además les ayudara, se merecía el peor de los castigos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó padre.

—Nada, diferentes opiniones. Este sitio está sacando mi lado salvaje —y reí, como lo hacía siempre, divertido de ver cómo mi padre ponía esa cara de puritano.

—No debes llamar la atención aquí, Ishmael.

—Lo sé, tranquilo. —Desvié la atención—. ¿Qué crees que se podrá hacer aquí en nuestro tiempo libre?

—Conozco a uno que tiene una baraja de cartas, me ha dicho que podemos jugar un póker si te apetece.

—¡Claro! Nunca rechazo la posibilidad de demostrar quiénes son los campeones.

No teníamos nada, así que en cierta manera no había nada que perder. Aun así, el espíritu competitivo que había en mí salió y jugué lo mejor que sabía. Gané casi todas las manos y todos me miraban admirados. «*Tendrías que haber sido jugador profesional*», me decía el hombre bajito y con la barriga hinchada de enfrente.

—Yo seré su representante —me giré, era Nathan, el niño al que ayudé, desde ese día yo me había convertido en algo parecido a su ídolo y él en una extensión de mi sombra—, así que voy apuntando todo lo que le debéis para cuando salgáis. Bueno, claro, si aceptas —titubeó.

—Depende de la comisión que te quieras llevar —contesté.

—¿Un diez por ciento?

—Tenemos un trato, chaval —le dije mientras le dejaba un hueco a mi lado—, al final me sales caro.

A mitad de la tarde unos hombres de otros barracones se acercaron para traernos nuevas noticias. Hablaban asustados y mirando hacia todos los lados, paranoicos. Los escuchamos atentamente.

—Unos hombres de nuestro barracón han intentado hacer una rebelión. —Nos sorprendió y quisimos saber qué había ocurrido—. El capo se enteró y se lo ha dicho a los oficiales. Creo que esta tarde toca castigo ejemplar.

—¿A qué se refieren con castigo ejemplar? —pregunté a Eleazar.

—Cuando alguien hace algo de este tipo, suelen castigarle delante de todos nosotros. Pronto nos llamarán para que nos marchemos y observemos. Es una especie de aviso —cambió la voz e imitó a los alemanes—: «*Si intentáis algo, esta será vuestra recompensa. No podéis huir de nosotros. Nuestros ojos son infinitos y están en todas partes, en el aire, por eso siempre nos enteramos de todo*».

Al rato llegaron los alemanes y nos indicaron lo que ya sabíamos. Nos marchamos en fila hasta una plaza descampada. En una especie de gradas improvisadas se sentaban los oficiales y los vigilantes. Me recordaron a las personas que iban a ver a los gladiadores. El espectáculo debía comenzar.

—El castigo no será la muerte, puesto que solo ha sido una idea. Si hubieran intentado escapar, los habrían fusilado —afirmó Eleazar, que se encontraba a mi lado.

Los conspiradores eran cuatro hombres de mediana edad. Se encontraban en el centro perfecto de la plaza. A los alemanes les encantaba hacerlo todo de manera meticulosa y teatral. Los verdugos que aplicaban el castigo hicieron bajar a doce judíos más.

—Creo que ya sé qué castigo va a tocarles —dijo Eleazar—, el del potro.

Me disponía a preguntarle de qué se trataba cuando lo vi con mis propios ojos. Dos judíos inmovilizaban a los castigados agarrándolos de brazos y piernas y un tercero los golpeaba con un barrote en el pecho y el abdomen. Las víctimas debían contar esos golpes al unísono y en voz alta. Los alemanes aplaudían y reían en cada golpe. A nosotros nos parecía macabro. Al final, cuando los alemanes se aburrieron, los golpes cesaron. Debían entretener a la plebe. La reacción de mis compañeros me asombró. Nadie comentó lo sucedido ni habló con los heridos. Todo el mundo ignoró el suceso y siguió como si nada.

—Oye, Isajar, luego mírame un bultito —le pidió Eleazar cuando regresó, rompiendo el silencio tenso en nuestro grupo de amigos—. Es que era médico —nos explicó.

—Y mira dónde he acabado —esta vez no lo dijo con su habitual alegría, sino con tristeza.

—Mi hijo quería ser médico —explicó mi padre—, se le daban bien todas las cosas, las matemáticas, la física, la historia..., todo. Pero mi Ishmael siempre decía de niño: «*Papa, seré un gran médico, el primero que lo sepa curar todo*».

—Uy, tuviste que ser un niño muy mono —se burló Isajar.

—Seguro que entonces decidiste empezar a hacer ejercicio y dejar de ser repipi —bromeó Ivri.

—Como os he dicho, siempre he sido un chico con suerte. A las chicas las traía locas desde los seis años, amigos —dije mientras adoptaba una pose de chulo, y cuando me quise dar cuenta yo también había olvidado lo que acababa de suceder. No había prisa.

CAPÍTULO 6

Mientras metía el queso, el pan y el jamón en la pequeña cesta de mimbre, decidí que lo que pensaba hacer no era ningún atrevimiento. Cierto que una dama debe esperar a que el hombre se lo proponga para hacerle una visita, pero en épocas de guerra no se podían aplicar las mismas premisas. Además, se trataba simplemente de visitar a Louis en su lugar de trabajo y él me lo había ofrecido en muchas ocasiones. Probablemente debería haberle avisado, pero entonces no hubiera tenido tanta gracia como mi sorpresa.

A la hora de elegir el vestuario lo tuve fácil, quería parecer una persona seria, así que me puse una falda beis que me cubría hasta los pies, una camisa blanca y un abrigo del mismo color que la falda. El pelo me lo recogí en una cola de caballo, pero dejé suelto un mechón rizado con la esperanza de que él me lo colocara detrás de la oreja. No tenía licencia, así que le pedí a Alger que me llevara. Siempre había querido aprender a conducir, me encantaban los coches, la libertad que suponían. Pero, como de costumbre, nunca había dicho nada al respecto ni nadie me había preguntado. Siempre que padre se refería a ese tema en comidas o cenas con amigos, decía que él tenía los medios económicos suficientes para que un chófer me llevara adonde quisiera; lo que nunca supo es que yo no quería depender de nadie.

En la puerta había un guardia que abrió inmediatamente. Leí un cartel: «*El trabajo os hará libres*» y pensé que tal vez yo podría trabajar. Entonces recordé las enseñanzas en la Liga de las Muchachas Alemanas. Mi deber era traer a este mundo una familia amplia de niños arios y cuidar del hogar y de mi marido, no trabajar. Aunque, ¿no suena mal *deber* y muy bien *libertad*?

Alger tuvo que preguntar a otro chico dónde se encontraba Louis, ya que no estaba en su puesto habitual. El tipo que nos dio las indicaciones era como un gigante, fuerte, con ojos azules y pelo albino, la nariz parecía rota y aplastada, sus pómulos amplios, con bastantes granos. Al fijarme detenidamente, me percaté de que no tendría más de quince años, parecía un hombre con ese uniforme, pero bajo él había tan solo un niño.

—Han llegado más judíos, está haciendo una selección al lado del pabellón número 36 —habló el adolescente alemán.

—Más o menos está a diez minutos de aquí, ¿no? —preguntó Alger.

—Sí.

—Entonces, ¿hay algún problema en que ella vaya sin mí hasta allí? Es Juliana Stiel.

—No, ningún inconveniente —el chico se cuadró poniéndose lo más firme que podía.

—¿Te importa ir tú sola? —me preguntó sin mirarme siquiera. Le dolía que me interesase por Louis y no por él—. Es en esa dirección —señaló el norte, o eso creí—, si no le ves, le puedes preguntar a cualquier persona. Louis es muy popular —su tono no dejó dudas de que no apreciaba en absoluto a Louis. Asentí y empecé a caminar en busca de Louis.

Los barracones eran todos bastante similares, por lo que resultaba fácil perderse. Pequeñas casas de madera, con un patio alrededor cercado por vallas, a las cuales decidí que no me acercaría. Había montones de trabajadores, todos con el mismo uniforme y gorro de rayas. Algunos se ocupaban en lo que parecían tierras y otros, la gran mayoría, formaban amplias colas para acudir a trabajar fuera. Todos ellos se encontraban bajo el influjo de una melodía que se me antojó de guerra. Decidí que, si tenía que trabajar, nunca sería allí. Por supuesto que los judíos debían hacerlo en esas condiciones a modo de castigo, pero ¿yo?, yo no había hecho nada malo. Viendo el aspecto de los hombres (no creo que la ducha estuviera muy de moda por aquellos parajes), me percaté de que los ancianos parecían mayores allí y los jóvenes de quince años aparentaban treinta.

El sonido de la risa de Louis me indicó que se encontraba entre el grupo de por lo menos diez oficiales que tenía frente a mí y se me antojaban iguales. Iba a levantar la mano para saludarlos discretamente y así captar su atención cuando un niño pequeño se chocó contra mí. Bajé la vista, tendría alrededor de ocho años, una carita graciosa y unos ojos marrones muy grandes, labios gruesos y dientes que parecían los de un conejo. Estaba manchado de arena por todas partes y me entraron ganas de darle un buen baño, pero ¿qué hacían las madres o los padres con sus hijos allí? Me miraba asustado, le sonreí y le acaricié la mejilla para que se diera cuenta de que no le haría daño. Del temor pasó a la incertidumbre y luego a la súplica:

—Por favor, señora, ayúdeme, el hombre malo nos va a hacer daño —dijo mientras señalaba a Louis.

—Ese hombre no es malo, es como yo, no te hará daño, te va a llevar a un sitio para que te limpien estas manitas —apunté mientras cogía una de

ellas y veía cómo esa misma marca se quedaba en mi falda como una huella de barro.

—No, por favor, por favor, rápido, ayúdeme a esconderme, si monto en ese camión, no volveré.

No sé qué me encaminó a ayudarlo, tal vez su inocencia, tal vez el hecho de verle tan indefenso o, si miro mi parte egoísta, puede que buscara un lugar en el que limpiar el estropicio que era ahora la falda. El caso es que agarré su manita y, como si fuera una niña, corrí a jugar al escondite con él. Lo que no sabía en esos momentos es que aquel era el escondite más peligroso e importante en la vida de aquel niño.

—Por favor, corra mucho, si me pillan, me montarán en el camión, por favor, por favor... —repetía sin cesar.

Lo peor de todo es que le empecé a hacer caso. Corría escondiéndome de cualquiera que llevara un uniforme, de cualquier compañero de mi padre, Alger y Louis. Sabía que eso estaba mal, si el régimen decía que los niños se debían montar en los camiones, yo no era quién para opinar lo contrario, pero por una absurda razón sentí que debía cuidar al niño que parecía aterrorizado. De repente me hizo girar a la derecha. Allí había una caseta bastante pequeña, con lo que pude intuir que eran agujeros en el suelo, y un olor cada vez más nauseabundo.

—¿Dónde me llevas? —pregunté mientras me tapaba la nariz con una mano para evitar vomitar.

—Esto es un escondite, los miércoles es cuando los niños van en esos camiones. Si logro ocultarme y que no me vean, estaré una semana más.

—Entiendo, pero ¿dónde te vas a meter exactamente? —dudé.

—Son las letrinas, aquí casi nunca miran. Nos quedamos entre agujero y agujero y si vienen, como miran un segundo, siempre puedes bucear.

Me quedé helada, las letrinas era el lugar donde las personas cagaban y meaban. Entonces, si este niño buceaba allí significaba que iba a estar entre la mierda. Me paré en seco; eso no era saludable.

—¿Cómo te vas a esconder ahí? —enarqué la ceja e intenté poner una pose autoritaria.

—Es el único sitio bueno que conozco. Vamos, señora, tenemos prisa, las mujeres judías también se van en ese camión —me imploró.

—Ya, pero yo soy alemana —ante mi afirmación, intentó soltarse de mi mano.

—Entonces va a entregarme. ¡Suélteme, perra! —dijo como si escupiera esas palabras.

Demasiada amargura para alguien tan joven.

—Eh, cuidadito con tu lenguaje. —Me ofendí—. No voy a entregarte a nadie, simplemente no creo que este sea el mejor sitio para un niño, ¿conoces otro? —Negó con la cabeza—. Está bien, voy a buscar ayuda de un amigo.

—No, no confío en nadie —me espetó.

—¿Y en mí? —supe que me estaba estudiando y que había pasado su examen.

—Sí, no me miras como ellos —era la segunda vez en poco tiempo que me decían que no era como mis amigos, y no sabía si sentirme halagada u ofendida.

—Vale, pues tienes la palabra de Juliana Stiel, que va a traer ayuda, no montarás en el camión si eso te da miedo.

Al fijarme más detenidamente observé su desnutrición y en un momento maternal saqué un poco de la comida que había llevado para Louis y se la tendí. Los ojos se le abrieron mucho y me la quitó de las manos. Empezó a tragar, deprisa, me dio la sensación de que se ahogaría.

—Te esperaré aquí —me dio su manita con cara seria, simulando ser un hombre—. Soy Alberto —y volvió a comer como un animal.

Llegar al pabellón 36 no era tan fácil cuando habías corrido y girado sin fijarte por dónde ibas y menos aún cuando todas las casetas parecían la misma. Me costó bastante situarme. Por el camino me encontré con varios oficiales a los cuales tuve que decir mi nombre y a quién buscaba, Louis. Ese pequeñín tenía miedo y lo entendía, pero Louis era muy dulce, hablaría con él para que le dejase tranquilo. Era muy típico de un niño temer a alguien mayor y tan alto como Louis. Lo que Alberto no sabía es que Louis le ayudaría, era bueno.

Seguí las indicaciones de un chico que parecía un gorila y por fin le encontré. Estaba al lado de cinco camiones, todos ellos llenos de niños. Pasé por su lado. Me impresionó observar que había incluso bebés sostenidos por los que, interpreté, serían sus hermanos «mayores». Algunos niños sonreían pensando que iban a un lugar mejor, pero otros me miraban con tristeza, con terror, me acordé de la carita de Alberto, ¿por qué temían tanto ir a un nuevo pabellón donde estarían mejor? Intenté hacerles el menor caso posible. De reojo, observé que algunos tenían sangre en sus rostros y moretones. Me dije a mí misma que eran judíos, la raza que yo odiaba, pero pronto comprendí

que siempre me sería imposible odiar a alguien tan inocente, fuera de la raza que fuera.

Un grito me distrajo de mis pensamientos. A lo lejos, una figura llevaba a un grupo de cinco rezagados. De vez en cuando los golpeaba y caían al suelo. El monstruo que desde que había llegado me obligaba a hacer cosas se adueñó de mis piernas y corrió hacia ellos. Mis piernas se movían solas y de mi garganta noté que iban a salir palabras:

—Pero ¿qué haces, idiota desal...? —mi frase se quedó ahí, la persona que los golpeaba era Louis.

—¿Juliana? ¿Qué haces tú aquí? —parecía sorprendido.

Me agaché para ayudar a uno de los niños que no se habían levantado. Tenía la cara roja con la marca de la palma de su mano en la mejilla, era muy delgadito, con ojos pequeños color caramelo, se le notaba cada hueso del cuerpo y lagrimones y mocos surcaban su cara. Como por instinto, cogí mi camisa y le limpié, el niño me abrazó, creo que aquello no agradó a mi futuro marido.

—Venía a darte una sorpresa —miré su cara de serpiente—, pero ya veo que estás ocupado.

—Juliana —me agarró la mano, pero me zafé—, no creas lo que ves, luego te lo explicaré, esta noche voy a tu casa.

—No, estoy muy cansada —en realidad estaba enfadada.

—Juliana —me miró fríamente, lo que me iba a decir era una orden—, esta noche iré y hablaremos. No malinterpretes las cosas. Todo está justificado.

No le contesté y me marché entre lo que no sabía si eran afirmaciones u órdenes. Ahora sí que lo tenía difícil, por un lado necesitaba ayuda, se lo había prometido a Alberto, pero ¿cómo dejar al niño que me acababa de abrazar? Intenté pensar quién podría ayudarme, por un lado tenía a mi padre, pero para él las normas eran lo primero. Con las mujeres y hombres que conocí en la cena no tenía aún la confianza suficiente como para pedirles un favor. Entonces supe que solo quedaba Alger.

Corrí al puesto de guardia, allí seguía el adolescente granudo, que al verme se cuadró.

—¿Puedes decirme dónde encontrar al oficial Alger? —cogí aire. Había ido demasiado deprisa y estaba cansada.

—Pabellón 38.

—Gracias —salí corriendo mientras se disponía a explicarme mejor cómo llegar hasta allí.

Había una gran cola de judíos frente al pabellón, pero yo solo buscaba a un alemán, Alger. Estaba en medio de todos en lo que parecía ser una explicación.

—Alger —grité mientras me aproximaba intentando andar como la señorita que se me olvidaba que era. Él se giró y supe que estaba molesto por la interrupción. Sin embargo, debió de notar mi desesperación, porque mudó su expresión instantáneamente.

—¿Te ha pasado algo? —dijo mientras venía a grandes zancadas hacia mí.

—No —me señalé mi camisa manchada—, es una larga historia... —Le resté importancia con un movimiento de mano—. He venido porque te necesito...

—Estoy explicando a estos trabajadores lo que tendrán que hacer en la fábrica —noté que no les había llamado judíos, como hacían los demás—, luego me cuentas tu problema.

—¡No! —esta vez le interrumpí yo—, te necesito ahora —bajé el tono suplicante.

—Está bien —aceptó tras meditar mientras enarcaba las cejas curioso. Antes de seguirme se dirigió a los judíos—: Voy a ausentarme media hora — se giró de nuevo y me preguntó en voz baja—: ¿Es tiempo suficiente?

Asentí y le expliqué que el problema estaba cerca del pabellón en el que se encontraba Louis, por lo que comenzó a andar en esa dirección. Yo le seguía, pero no era capaz de caminar a su paso veloz. Los judíos se apartaban cuando estaba a su lado, dejándome el camino libre. Todos me parecían iguales, los mismos rostros y cuerpos. No sé cómo, aunque supongo que influyó el hecho de que sea patosa y además estuviera nerviosa, pero mi pie se torció y noté cómo caía. Me precipitaba al vacío de bruces, así que me llevé las manos a la cara intentando proteger mis dientes. Antes de que alcanzara el suelo, dos brazos fuertes me agarraron y me levantaron como si fuera una pluma. Sabía que había sido un judío, pero ante todo era educada. Giré sobre mis talones para agradecerse, siempre dejando claro mi supremacía. Mi visión fue asquerosa, allí había más de cincuenta judíos y tuvo que ser él, Ishmael.

—Gracias —dije con la cabeza lo más erguida que podía, mientras el corazón me empezaba a latir más fuerte por los nervios. Bombeaba con tanta

potencia que temí que él se diese cuenta.

—De nada —hizo amago de hacerme una reverencia; entonces, al doblarse sobre sí mismo, observé una mueca de dolor.

Cómo no, él había sido el judío que se enfrentó a Louis. Se veía a la legua que era bobo. Sin darme cuenta, me detuve y me quedé mirándole como mucho seis segundos, como si estuviera en una burbuja, sin darme cuenta de que el tiempo giraba a mi alrededor y que la gente observaba extrañada. Yo solo veía su cara contraída en un gesto de dolor, sus ojos verdes, sus magulladuras, sus brazos y piernas moradas, su labio partido con una cicatriz abierta por la que manaba una gota de sangre. Otra vez no, el monstruo tiraba de mí hacia él, deseaba ayudarlo, quería tocarle, curarle, intentaba refrenar mis manos que poco a poco se movían en su dirección. Intentaba que los rasgos de mi cara no se suavizaran, pero la tristeza empezó a dominar cada músculo en ella, quería abandonar esa burbuja, ese mundo de los dos, pero no podía, algo mandaba en mí.

Traté de recordar lo mucho que le odiaba, cómo yo, Juliana Stiel, una de las mujeres alemanas más importantes, solo podía desear que muriera. Sabía que me daba asco, pero mi monstruo interior no me hacía caso. Ya nada podía pararme, mi mano estaba a menos de un centímetro de su cara, ansiosa por tocarle, me abandonaba...

—Juliana, ¿vamos? —Una voz familiar me sacó de mi estado de hipnotismo.

Entonces volví a tomar el control de mi cuerpo. Menudo panorama había a mi alrededor, todos los asquerosos judíos mirando, Alger llamándome e Ishmael con cara de ¿comprenderlo todo? ¿Él también tenía un monstruo? ¿También estaba poseído? Bajé mi mano inmediatamente y corrí hacia Alger. No había olvidado mi propósito y no tenía nada que ver con judíos apestosos trabajadores, sino con los niños.

—¿Qué es exactamente lo que voy a hacer? —preguntó Alger durante el camino.

—Te lo explico cuando lleguemos —le respondí, mientras mi cabeza seguía yendo por otros derroteros. Aún estaba nerviosa.

En el momento en que llegamos al lugar donde me había chocado con el niño, le expliqué que tendríamos que empezar a jugar una especie de escondite.

—¿Escondite? —dijo escéptico.

—Sí, es para que recuerde dónde está el sitio al que te quiero llevar —enarcó las cejas—; confía en mí —añadí y, encogiéndose de hombros, me siguió hasta que por fin divisé las letrinas.

—¿Aquí es donde me traes? —parecía contrariado—, ¿quieres que vigile mientras vas al baño o algo así?

—No, vamos a entrar juntos —pasamos al otro lado, pero no había ni rastro de ningún niño.

—¿Alberto? ¿Estás aquí? Soy Juliana y este es mi amigo, es bueno, puedes salir —dije, me asomaba a las letrinas en su búsqueda.

—Pero ¿esto de qué va? —me preguntó Alger bastante contrariado.

Le mandé callar. Repetí el grito durante al menos quince minutos, pero allí ya no había nadie. Entonces un pensamiento empezó a inundar mi mente: ¿y si le habían cogido? En ese caso le habría fallado, yo le había prometido que le ayudaría.

—¡Vámonos! —grité.

—No, no me muevo de aquí a no ser que me expliques de qué va esta locura —se cruzó de brazos y se apoyó en la pared.

—Tenemos prisa, si no, Louis se llevará a los niños.

—Espera, espera, ¿Louis? ¿Niños? ¿De qué va esto, Juliana? —parecía enfadado por primera vez.

—Vale, te lo explicaré, pero es una larga historia.

Le relaté mi encuentro con Alberto, mi promesa, cómo había acudido a Louis, lo que había presenciado, todo.

—Juliana, ¿cómo se te ha ocurrido meterte en esto? Deja que cada uno haga su trabajo —repuso seriamente mientras se marchaba.

—Seguro que puedes hacer algo —supliqué, fingiendo que no me había dado cuenta de su indignación.

—Claro que podría, pero no lo haré, no es mi problema. Cada uno tiene aquí su trabajo y yo respeto el de todos —afirmó.

No podía entenderlo, necesitaba convencerle porque, si no lo lograba con él, no lo lograría con nadie.

—De acuerdo —dije mientras se marchaba y yo me quedaba allí.

—¿Quieres hacer el favor de venir conmigo? Después de esto, me he dado cuenta de que no es seguro que vayas por el campo sola —me habló como si fuera un imán para los problemas.

—No —contesté.

—No ¿qué? —dijo cansado.

—Intentaré ayudarlo de otra manera —me giré y le di la espalda.

—Si otros escuchan esto, pueden tacharte de traidora y eso no es bueno, eso es la perdición, ¿entiendes? —ahora ya estaba cerca de mí, hablando con la tranquilidad y cariño que se me hacían tan habituales—. Deja que cada uno haga su función, mantente en tu papel y vivirás mejor.

—Tú me dijiste que era especial, que no cambiara, que fuera diferente a ellos. Ahora —le agarré las manos en nuestro primer contacto físico íntimo— te lo pido yo.

Se apartó de mí, estaba reflexionando, de vez en cuando me miraba y negaba con la cabeza. Yo esperaba tranquila, sin hablar, dándole su tiempo, sabía que haría lo correcto.

—Está bien, te ayudaré.

—Gracias —le sonreí con ganas y él simplemente puso los ojos en blanco—, ahora tenemos que correr porque supongo que los habrán pillado... —Una tos me interrumpió. Me di la vuelta y vi lo que parecía un niño de barro, entorné los ojos intentando reconocer a la personita.

—Soy Alberto, tenía miedo y me escondí. Pero ahora confío en ti.

Miré a Alger.

—Vamos, ven conmigo —lo decía en tono serio, pero no daba miedo como Louis.

—Hay un problema —dijo el pequeño, que cada vez desprendía un olor más nauseabundo.

Yo había comenzado a andar, me disponía a preguntar cuál era cuando lo vi con mis propios ojos: cuatro niños de barro estaban detrás de Alberto.

—Estaban aquí escondidos y tampoco se quieren ir —eran todos tan pequeños...

—Muy bien —volvió a hablar Alger tras meditar unos segundos—, venid conmigo ahora.

No sabía exactamente adónde nos dirigíamos, la situación era confusa. Alger, yo y cinco niños cubiertos de mierda. Me miré la ropa y recordé la cara del pequeño asustado.

—¿Puedes ayudar a más? —pregunté.

—¿No te parece suficiente riesgo lo que llevamos con nosotros? —contestó en voz baja mientras ellos le seguían en fila india.

—Sí —cedí finalmente apenada.

Los niños empezaron a temblar cuando vieron a Louis, me miraban decepcionados, yo no entendía nada. ¿Cómo nos hacía esto Alger? Pero ya no

había vuelta atrás, nos había traicionado, me había fallado. La persona en la que había confiado era al final como los demás, un fraude.

—*Heil* Hitler! —se saludaron ambos.

—Veo que has pillado a unos desertores, gracias, camarada —dijo mientras alargaba un brazo para indicarles que subieran. No entendía nada, los había llevado hasta la trampa final. Susurré un: «*lo siento*», pero los niños no oían nada. «Es solo una ducha —me obligaba a pensar—, van a estar mejor, son niños, le tienen miedo a todo». Intentaba quitarle hierro al asunto, pero mis uñas se clavaban en la palma de mi mano para retener la ira.

—No os montéis —ordenó Alger a los niños con aparente tranquilidad, no sabía qué hacía exactamente, pero confié en él—. Louis, venía a decirte que necesitaré niños para la nueva fábrica que estoy montando. He pedido un barracón para ellos, tienen las manos pequeñas y son únicos para ciertos trabajos.

—Si beneficia al régimen, no hay dudas —accedió a regañadientes—. ¿Cuántos? —como si fueran mercancía.

—Me llevaré uno de los camiones y a estos de aquí —señaló a nuestro grupo, que estaba rodeado de moscas.

—Bueno, pues elige el que más te guste —y se apartó a un lado.

Alger buscó mi mirada, quería que le dijera cuál era el camión donde había subido el niño que me había manchado el vestido. Le distinguí entre muchos a mi derecha y se lo señalé.

—Este mismo de la derecha —apuntó restándole importancia.

—Vale, pues los demás ya se pueden marchar a las duchas.

Noté la tensión en la cara de Alger. Louis reía. Me di la vuelta porque comprendí que no todos los niños se habían salvado y no me veía con fuerzas para observar su decepción. Una voz dentro de mí me seguía gritando: «son judíos», pero cada vez le hacía menos caso. Me marché con Alger, y cuando estuve segura de que no nos escucharían, me atreví a preguntar:

—¿Has mentido a Louis?

—Claro que no, necesitaba niños, aunque pensaba cogerlos la semana que viene —dijo crispado por mi comentario.

—Ah... —me sentí tranquila por no haberlo metido en un lío.

—Solo prométeme una cosa. No volverás aquí los miércoles, no todos los niños pueden trabajar en la fábrica —me miró esperando respuesta.

—Sí —entonces se me ocurrió una idea—. Los judíos con los que estabas en el barracón, ¿también van a trabajar contigo en la fábrica? —

intenté mostrar que no me importaba.

—Sí —afirmó menos irritado.

Y por primera vez desde que había visto a Ishmael respiré tranquila. Si trabajaban con Alger, no correrían peligro, porque definitivamente era bueno. No les haría daño, el monstruo no tendría que preocuparse porque los ojos verdes se encontrarían a salvo.

El camión de los niños de la fábrica pasó por mi lado y tuve que apartarme para no ser atropellada. Entonces, uno de los últimos niños empezó a decirme adiós con su inocente manita. Un pensamiento recorrió mi cabeza, tendría que hablar con Louis, tenía que haber una explicación, porque ese hombre, el que yo quería que fuera mi marido, debía de tener algún motivo para actuar de aquella manera.

* * *

Había sido un día interesante. Los dolores eran cada vez menos acentuados y notaba cómo mi cuerpo podía moverse y asimilar la carga de trabajo con una mayor facilidad. Por la mañana uno de los oficiales, Alger, aquel con el que ya había trabajado en la casa, había venido a detallar las tareas de cada uno de nosotros. A los más jóvenes nos tocaba transportar toda la maquinaria; bien, me gustaba emplear la fuerza en el trabajo, eso haría que me evadiera de mi pasado, mi madre, mi hermana y toda esta maldita guerra. Solo había una cosa en la que pensaba bastante, algo de lo acontecido en la mañana. La princesita hija de Satanás (me encantaba ponerle mil motes, a cada cual más desagradable) había venido buscando a nuestro oficial y a punto estuvo de caerse, pero, idiota de mí, yo impedí que se golpease.

Hasta ahí tampoco era algo del otro mundo, me gustaba seguir sintiéndome un ser humano y, como persona educada que era, evitar que alguien se hiciese daño no era algo extraño. Lo raro y difícil venía después. Como siempre, me había querido mofar de ella, esta vez haciéndole una reverencia, sí, me gustaba picarla, pero después... Ella me había mirado, no sabría explicar lo que sentí; primero pensé que se iba a reír de las huellas moradas y la hinchazón que me deformaba la cara por los golpes, ya que, siendo sincero conmigo mismo, ella me odiaba. Sin embargo, lo que allí aconteció fue algo diferente, esos ojos azules se me clavaron, observaron cada parte de mi cuerpo, no con asco, no con odio o deseo, sino con pena. Por

un momento pensé que se lanzaría a ayudarme, que necesitaba hacerlo, que yo no era un perro para ella sino una persona, una a la que quería proteger.

¿Y qué hice yo? Pues quité la capa de prejuicios y la vi por primera vez no como la hija de Satanás, no como alguien a quien odio, sino como mujer. Me impactó ese cuerpo, esas formas que harían la delicia de cualquier hombre, su pelo rubio recogido en una cola de caballo que dejaba un mechón que me apetecía atrapar con las manos. Los ojos que no se parecían a los de una serpiente, un monstruo, sino que tenían el azul cristalino de un lago, uno de esos lagos en los que me sumergiría sin pensarlo dos veces si desaparecía su capa de hielo. Durante esos segundos dejé de ser Ishmael, el judío, para convertirme en el hombre que todavía anhelaba tocar y ser tocado, abrazar, desear y amar. El brazo de ella se empezó a mover hacia mi rostro y nada deseaba más que que me rozase, el calor de una yema presionando la piel para dejar su huella, me quemaba el aire cuando su mano se acercaba a mí, pero no era dolor, era un picor especial y, en ese momento, a un grito de Alger, volví al mundo real. Ese universo en el que ella y yo estábamos destinados a odiarnos.

Era algo que comprendía, las reglas, el odio y el dolor, y las injusticias que lo cimentaban, pero no podía evitar recordar mi sensación cuando la tuve enfrente, fue demasiado placentera. Después de la intromisión de Alger en nuestro momento, ella se marchó corriendo, dejándome allí con algo nuevo en lo que pensar. El día continuó con lo que se había convertido en lo habitual de mi existencia, trabajar y más trabajar.

A mitad de la tarde, el cielo descargó con potencia sobre nosotros, que seguíamos transportando cajas sin quejarnos, muertos de frío y empapados. Cada uno teníamos que llevar una cantidad fija de ellas. Las de los jóvenes pesaban bastante más que las de los ancianos. ¿Habían sido considerados o simplemente querían rendimiento? Durante la jornada laboral no acostumbábamos a hablar, en cierta manera porque sabíamos que, si nos veían hacerlo, lo interpretarían como algo negativo y era posible que nos llevásemos una buena paliza. Los improvisados y originales castigos estaban a la orden del día. Una cosa era ser valiente y otra buscarse un lío porque sí.

Terminé mi trabajo antes que los demás, porque cuando estoy nervioso quiero pensar y me sumerjo en mi burbuja, me evado de la realidad y rindo bastante mejor. El oficial me apuntó en una lista, pues era el que mejor había hecho mis tareas ese día. Me dijo que si quería podía descansar. Me senté en una roca cercana al almacén de donde sacábamos las cajas. La panorámica

que se ofrecía ante mí no era para nada alentadora, los ancianos llevaban las cajas como si estuvieran expulsando su último aliento. Entre ellos estaba mi padre, así que me levanté y corrí a ayudarlo.

—¿Qué haces? ¿Esto es legal? —me preguntó.

—Por supuesto. A ellos les da igual mientras se termine el trabajo —le tranquilicé.

—Gracias —aceptó, cansado, mientras se limpiaba el sudor.

No sabía a ciencia cierta si lo que le había dicho era verdad, pero me daba igual, intentaría ayudarlo en lo que pudiera hasta consumir lo que a esas alturas quedaba de mis escasas fuerzas. Padre siempre había sido una persona muy trabajadora, pero la edad hacía mella en él, así que tardaba en llevar una caja lo que yo cuatro. Antes de que se terminara el tiempo disponible para el traslado de todas, habíamos acabado. Un alemán con cara de pocos amigos fue apuntando el número de las personas que no habían conseguido desarrollar la función para la que estaban allí. La mayoría eran ancianos y habían transportado más de las que podría cualquier joven alemán, pero aun así no las suficientes.

Llegamos al barracón con los dedos entumecidos y muertos de frío. Esa noche teníamos para cenar unas succulentas judías que devoramos sin piedad. Un menú diferente, por lo menos. Al término de la cena, todos nos encaminamos a dormir, estábamos agotados, el día había sido muy duro y todo apuntaba a que el siguiente sería peor. Estaba ya casi en la inconsciencia del sueño cuando se abrió la puerta. Era uno de los alemanes que habían apuntado los nombres de los trabajadores, el rostro uniformado de las pesadillas que nos azotaban y despertaban.

—Todos en pie —chilló.

Nos levantamos y nos pusimos erguidos. Me coloqué estratégicamente cerca de mi padre y me pellizqué para despejarme, para estar al cien por cien, para reaccionar y oponer una digna resistencia si trataban de hacerle algo.

—Si leo vuestro nombre, dad un paso al frente —carraspeó.

La lista se me hizo interminable, eran ancianos, los mayores del barracón que no habían podido llevar todas sus cajas. Daban un paso al frente con una silenciosa desesperación dibujada en la retina, esperando que el resto nos alzásemos en su ayuda y les salvásemos de lo que fuera que les deparara aparecer en esa lista, pero nadie hizo nada. Cuando todo terminó, me sentí aliviado; ni padre ni ningún amigo aparecían en ella. Entonces vi a diez u once hombres de pie, esperando un futuro incierto; mi alegría era egoísta,

sufrió por el futuro de ellos mientras se marchaban. Sentirme tan cobarde me escocía por dentro.

—Van a las duchas —le anunció un oficial a otro.

No me tranquilizó saber su destino, ni a mí ni a mis compañeros. El último anciano miró atrás antes de cerrar la puerta y sonrió, como si se despidiera del mundo y ese fuese el gesto que quería regalarle. Esa noche ninguno pudimos dormir. Estábamos de luto. Teníamos la mente ocupada en lo que podría ocurrirles. No había cruzado ni una sola palabra con la mayoría de esos hombres, pero sentí su pérdida como si de un amigo se tratase. En la soledad y el miedo más atroz cualquier compañía cuenta, incluso la de respiraciones que ejercen de una mullida banda sonora. Está a tu lado. Comparte tu suerte. Es suficiente.

—¿Qué tal estás, Ishmael? —Ivri rompió el silencio.

—No estoy seguro, ¿qué les ocurrirá? —pregunté.

—Ninguno de nosotros lo sabemos, muchas noches acuden aquí y se llevan a algunos. Nos dicen que van a otro pabellón con las mujeres y los niños. Se suelen llevar a las personas menos eficientes... —prosiguió Isajar, dejando una duda en el aire.

—Si se supone que se los llevan a un lugar mejor, ¿por qué tengo la sensación de estar de luto? —pregunté.

—Es irracional y, aun así, todos nos sentimos igual. El duelo. Supongo que influye la desconfianza en los alemanes y el miedo a lo desconocido. Yo lo único que sé es que trabajo todo lo que puedo para no tener que ir nunca a ese lugar que ellos denominan mejor, porque nos detestan lo suficiente para ofrecernos el cielo y lanzarnos al infierno —sentenció Isajar.

—También trabajas por las mujeres... —Ivri y su monotema, aunque en esta ocasión se notaba que quería quitarle tensión al asunto.

—Siempre pensando en lo mismo, a veces creo que tus únicas neuronas están en el pene. —Nos echamos a reír—. ¡Hay cosas más importantes! —repuso Isajar.

—Pues yo no he estado nunca con ninguna mujer —sin notarlo, Nathan se había acercado a nosotros.

—¿Nunca? —dijo Ivri abriendo mucho los ojos sorprendido—. No sabes lo que te pierdes. Es el sentido de vivir. Ser animal, libre y con los instintos que hacen que valga la pena seguir aquí. Trabaja duro esta semana y lo verás en la recompensa. Pero no con la Manuela, ¡eh!

—No sé si está bien que pierda mi virginidad con una prostituta, esas mujeres no se merecen respeto, o eso me decía mi padre —pronunció inocentemente Nathan.

—No hables así de ellas —era la primera vez que Ivri se ponía tenso—, tú no sabes lo que tienen que hacer para sobrevivir. Se sacrifican por sus hijos, ¿entiendes? Son mucho más valientes de lo que seremos nosotros y quieren a sus hijos hasta el punto de darlo todo por ellos, así lo digo aquí, para todos. ¡No os atreváis a juzgarlas!

—Madre mía, el gallito de pelea, cómo se pone por su Manuela, eso sí que es amor y lo demás tonterías.

Todos estallamos en carcajadas con el comentario de Isajar, aunque, en el fondo, sabíamos que decía la verdad, estaba enamorado de ella, y nos sorprendía que en mitad de toda la locura hubiera lugar para el nacimiento de un sentimiento puro. Y así prosiguió la noche, con conversaciones insustanciales sobre la vida en general, siempre hablando de temas alegres, temas que nos hacían sentir como en una cantina con los amigos. Temas que usábamos conscientemente para no recaer en otros.

—A mí me gustaba una joven de mi pueblo. Era muy buena ella. Siempre que pasaba a mi lado me sonreía, pero nunca llegué a dirigirle la palabra —contó Nathan.

—¿No le hablabas? Eso, amigo, hay que solucionarlo. Cuando acabe la guerra la buscaremos y te enseñaré un poco de seducción o, si no, el amigo —Ivri me señalaba—, que con ese cuerpo que se gasta habrá roto más corazones de los que pueda contar.

—¿Qué dices, galán de novela? —me preguntó Eleazar.

—Cuando acabe la guerra nos iremos todos a una isla paradisíaca de vacaciones.

—¡Soñemos con ello! Luchemos por sobrevivir e irnos de vacaciones paradisíacas —Ivri fingió tener una copa con la que brindaba.

La puerta se volvió a abrir. Mierda. ¿Dónde estaba padre? Le busqué por toda la estancia y lo encontré lejos de mí, con Eleazar. Si ahora venían a llevarse a más gente, no podría detenerlos. La noche no era algo bueno en mi nueva vida, te atrapaba con su alargada y absorbente sombra.

—Os traigo un nuevo compañero. Trabajaré con vosotros en la fábrica y no tiene espacio en el otro barracón, así que se queda aquí, ya que hoy ha habido limpieza —anunció el alemán sin mirarnos.

Detrás de él se encontraba nuestro nuevo compañero. Un ser diminuto, un niño. Destacaban sus grandes ojos marrones y sus dientes de roedor. No tendría más de ocho años, pero su mirada parecía la de un chaval de por lo menos quince. Crecer rápido era una obligación allí, madurar. Le dejó en medio del barracón y se marchó.

Inmediatamente todos se abalanzaron sobre él y le aturullaron a base de los interrogantes que les pesaban en el alma. Sabían que los miércoles era el día en el que se llevaban a los niños al «barracón feliz», aquel al que nadie quería ir. Muchos de mis compañeros tenían hijos, así que le preguntaban cómo había llegado, si había más niños como él y finalmente le daban las descripciones de sus hijos para ver qué suerte habían corrido.

—Dejémosle tranquilo, que nos lo explique todo —le ayudó Eleazar.

El niño se sentó en medio de la estancia y comenzó a hablar, complacido de ser el centro de atención.

—Como hoy era día de partida de los niños, me iba a esconder. Entonces me choqué con una mujer y me escondí en las letrinas —comenzó orgulloso por su hazaña.

—¿Qué mujer? ¿Se le puede pedir ayuda para más cosas? —interrumpió un judío desesperado.

—No sé. Ella fue a buscar a un amigo, primero pensaba que me iba a entregar, pero luego me ayudaron a mí, a cuatro compañeros que estaban en las letrinas y a un camión entero de niños que ahora vamos a trabajar en la fábrica.

—¿Cómo era esa mujer? —preguntó Abraham, el capo.

No era muy difícil suponer para qué quería la información, todos pensamos lo mismo, así que me levanté para apartar al pequeño del ser despreciable.

—Venga, ven conmigo, tengo una cama al lado de mi litera, mañana lo contarás todo.

El niño se fue a regañadientes, le estaba gustando ser alguien tan importante para los mayores. En la litera encontramos a Nathan.

—He decidido cambiarme aquí para estar cerca de vosotros, no os importa, ¿verdad? Que el chico duerma en la de abajo.

El niño se tumbó en la cama y se hizo un ovillo para evitar el frío. El resto de los compañeros lo imitaron.

—Creo que ella era un ángel —siguió hablando, ahora para un grupo reducido de personas.

—¿Sí? —preguntó Nathan interesado.

—Sí, me ayudó todo el rato. Fue a buscar a un amigo y me han contado que salvó a otro niño —el pequeño no paraba de hablar.

—Cuenta, cuenta —mi intento de dormir se veía frustrado por el interés de Nathan.

—Fue con el hombre malo, Louis, y como estaba pegando a un niño, corrió a ayudarlo, le recogió del suelo y le limpió la cara con su blusa. Dicen que el oficial alucinaba —se rio.

—Me gustaría conocer a esa mujer, a ver si me ayuda a mí también —se sumó Ivri, que no había podido evitar acercarse a cotillear.

—Pues me dijo su nombre, pero ahora mismo no me acuerdo. Aunque era muy guapa, rubia con ojos azules, y era suave, además olía genial.

—No como tú... —se mofó Ivri.

Mi mente se había quedado en blanco, no podía ser ella.

—¿Es tu amiga? —preguntó Nathan—. No sabía que ninguna judía tuviera ese poder.

—Qué va, era alemana. —Todos estaban con la boca abierta—. Normalmente me caen mal, pero ella era de otra manera.

Bajé de mi litera y me puse a escuchar junto al resto con renovado interés.

—¿Por qué te ayudó? —pregunté—. A lo mejor tenía algún interés para hacerlo.

—No, simplemente se lo pedí y ella me hizo caso. Mamá me decía que la gente muy buena son ángeles, así que supongo que ella es el único ángel alemán.

—O tú tienes mucha suerte, pequeño —repuse mientras le cogía en volandas y le daba una vuelta para jugar con él.

—Para, que me mareo —se rio—. Me caes bien —sentenció.

—Y tú a mí, pero es hora de dormir, enano. ¿Cómo te llamas?

—Alberto, ¿y tú?

—Ishmael, y ahora, a descansar —lo abracé y le hice cosquillas mientras le metía en la cama. Un sabor agrisado me quemó la garganta al repetir las costumbres que tenía con mi sobrino y comprobar que la risa que se clavaba en mi pecho no era la suya.

—Venga ya, Ishmael, deja que el chaval nos cuente más cosas de ese ángel —repuso Ivri—, a lo mejor es mi futuro y no le dejas que me hable de ella.

—¿Y qué será de la Manuela? Anda, todos a dormir, que mañana tenemos que trabajar mucho porque si no...

Mis palabras se quedaron en el aire, todos sabíamos lo que nos pasaría si no terminábamos el trabajo. Otra vez regresamos a la realidad y nos metimos en la cama en silencio.

—Ishmael —susurró Alberto—, he estado pensando en una cosa. Creo que tú le gustarías a mi ángel, si la veo se lo diré.

—Vale, renacuajo, y a dormir ya, que si no me enfado.

—Ishmael —volvió a llamarme.

—¿Qué? —repuse más cabreado, puede que el hecho de tener a un pequeño entre nosotros nos hubiera dado vida, pero en mi mente aún permanecía el recuerdo de los compañeros que se acababan de ir, sabía que debería trabajar el doble para que ese no fuera el destino de mi padre y no me quedaba más remedio que recargar pilas.

—Juliana.

—¿Cómo dices?

¿De qué hablaba aquel niño? ¿Había dicho Juliana o yo estaba obsesionado?

—El ángel se llama Juliana y cuando la conozcas te gustará.

Me levanté de la cama y me acerqué a él.

—Prométeme que no le dirás a nadie más el nombre de tu ángel, y menos a ese hombre —le señalé a Abraham—; él le haría daño. ¿Tengo tu palabra, campeón?

—Sí, no quiero que le pase nada malo —se asustó.

—Es nuestro secreto —volví a mi litera.

—Cada vez tengo más claro que te gustará —dijo con una risilla infantil, y con un bostezo se durmió.

El aire frío azotó mi mejilla, la que ella había estado a punto de tocar, y como un bebé caí rendido, dormido, con un deseo que se hacía cada vez más grande.

CAPÍTULO 7

¿Por qué cuando te explican algo parece tan sencillo y cuando lo pones en práctica no lo es? Y no solo eso, ¿por qué cuando se lo ves hacer a alguien es fácil y cuando tú te pones manos a la obra el resultado es una chapuza? Había observado mil veces a mi madre plantar las rosas una vez que estaban crecidas. El procedimiento era tan simple que me parecía absurdo acudir cuando me ofrecía que le acompañase para enseñarme. Hacer un agujero lo bastante profundo, meter la planta con mucho cuidado y luego taparlo y presionar sobre la tierra para que el rosal no perdiera el equilibrio. Como era invierno, no tendría que regarlo, y en primavera, rosas rojas como la sangre darían un poco de color al lúgubre jardín. Esa había sido mi idea cuando me decidí a comenzar la tarea. Supuse que me llevaría al menos una hora, durante la cual estaría entretenida. Pues bien, llevaba más de dos y no había conseguido plantar ni siquiera diez rosales en condiciones. Cuando no tardaba mucho en hacer el agujero, rellenaba con poca tierra el hueco y el rosal se estampaba contra el suelo una vez que yo lo había soltado, orgullosa de mí misma. Estaba frustrada cuando me di cuenta de que, por primera vez en la vida, contaba con alguien a quien pedir ayuda y consejo. Preguntaría a Alger si sabía algo y así tendría una excusa para pasar una tarde con mi primer amigo.

No pude evitar recordar cuando era pequeña y recurría a mi madre siempre que tenía un problema; y cuando eso no fue posible, me quedé sola. Sola en la tierra. Los problemas aumentan de grado al no tener a nadie que te ayude, te dé ánimos y te diga que se pueden solucionar, alguien a quien pedir un favor y saber que lo recibirás sin que te exija nada a cambio. Algunas personas conocidas me podían echar una mano, pero sabía que después me pasarían factura. En cierta ocasión pensé que tenía una amiga de verdad. Toda la magia se rompió cuando...

* * *

Años atrás, la joven Juliana está con su madre preparando un regalo para una amiga. Ella siempre ha sido muy casera, es su primera amiga y quiere hacer algo especial. Llevan toda la mañana sin parar de cocinar un gran pastel de chocolate, han sacado los mejores juegos del armario y han comprado dos peluches oso iguales, uno para ella y otro para su amiga. Su madre está contenta, siempre ha visto que Juliana era algo diferente a las pequeñas de su edad y le entristece pensar que pueda quedarse sola y marginada.

Su hija es feliz, no para de reír y de contar historietas que ha vivido junto a su amiga. Ya le ha preguntado más de quince veces qué opina del peluche, si cree que a ella le gustará, está nerviosa, quiere agradar. Se ha gastado todos sus ahorros en ese juguete y piensa si ha tomado la decisión correcta. La niña se está retrasando y Juliana pregunta a su madre:

—¿Puedo ir a buscarla?

La pequeña vive en la casa de al lado, así que la madre, con un gesto afirmativo, da permiso a Juliana. Antes de partir, agarra el peluche, lo tiene decidido, se lo dará nada más llegar para ver su reacción. Tiene mucha ilusión en el primer regalo que hace a una persona fuera del ámbito familiar.

El patio de su amiga está rodeado por unos pequeños pinos. Juliana oye voces en el interior, así que aprovecha un hueco para observar qué ocurre. Si sus padres están regañando a su amiga, no quiere aparecer y avergonzarla. Pero lo que allí ve es algo diferente. Está con cuatro niñas más del colegio. Juega con esas muñecas que, según contó a Juliana, su madre no le deja tocar. Las niñas ríen alegres y se entretienen. Una figura sale de la puerta del hogar.

—Silga, ¿no habías quedado para jugar con Juliana?

Silga pone mala cara, no, ir con esa niña es lo que menos desea.

—No quiero ir con ella —dice mientras cruza los brazos en el pecho.

—¿Por qué? —pregunta su madre.

—Porque me cae mal, es muy tonta, nadie quiere estar con ella, es un bicho raro —responde a la carrera—. ¿A que sí? —pregunta a las demás niñas. Todas ellas contestan al unísono, cada una con una barbaridad superior a la que ha dicho la anterior.

—Cariño —le explica la madre pacientemente—, sabes que tienes que ir. Papá trabaja para su padre y es muy importante. Es solo una hora, por favor. Diré que estás castigada y por eso te vas antes.

La niña lo piensa y, tras unos segundos, decide que podrá sacar algún regalo si acude a casa de Juliana.

—Vale, iré —se vuelve hacia sus amigas—, porque mi madre me obliga, si no nunca le hablaría.

Las niñas ríen sin saber que al otro lado de esos árboles a alguien se le acaba de romper el corazón en cachitos pequeños que se esparcen a sus pies. Comienzan a salir y en el camino encuentran un precioso oso en el suelo. Todas se pelean por él y al final deciden que quien gane una carrera se lo llevará. Mientras luchan por su premio, Juliana llega a casa. Su madre la nota triste.

—¿Qué te ocurre? —pregunta preocupada.

—Me encuentro mal, creo que es el estómago. Si viene Silga, dile que estoy enferma y hoy no puedo quedar.

Y así, con los pedazos de su corazón roto desperdigados, sube, se encierra y llora deseando tener un amigo de verdad. En ese momento lo piensa, en cuanto termine el colegio hará cualquier cosa para encajar. Luego solo llora mientras ve por la ventana cómo Silga regresa a su casa, feliz, con el oso que ella le quería regalar. Ha ganado la carrera.

* * *

Ahora me planteaba un reto aún más grande que el hecho de tener un amigo: conservarlo. Había oído muchas veces la frase: «Un amigo es un tesoro que hay que cuidar», y yo tenía el mío. La mayoría de la gente no valora a los amigos porque dan por hecho que están ahí. Hacen algo por ellos y en el momento lo agradecen, pero con el tiempo, si ocurre algo negativo, se enfadan y olvidan todo lo que su amigo hizo por él. Las personas piensan que un amigo tiene que escucharte porque es su obligación, lo que no saben es que te escucha porque quiere, porque te quiere y se interesa por ti. Muchas veces, cuando caminaba por la calle, oía a un grupo de amigas discutir y decir: «Me dejaste sola ese día y estaba mal». Lo que nunca escuchaba era: «Me dejaste sola ese día, pero has estado millones conmigo, así que no pasa nada». Definitivamente, la gente no valora lo que tiene, no valora la amistad. Y yo, que nunca había gozado del privilegio de tener un amigo, me propuse la difícil tarea de conservar al que acababa de conocer. Sabía lo que quería

hacer: escucharle y ayudarle, y no porque fuera mi obligación, sino porque era mi mayor deseo desde antes de conocerle.

Alcé la vista y allí estaba Ada tan atareada como siempre. Recordé nuestra conversación y pensé en hablar con ella. De esta manera podría ser mi maestra en lo que a amistad se refería. Se encontraba en el salón limpiando el polvo a las pequeñas figuras de oro que predominaban en él.

—Hola.

—Hola, señorita Juliana. ¿Qué le ha pasado? —No entendía a qué se refería hasta que noté que era la camisa—, la limpio ahora mismo.

—No hace falta, de verdad.

—Insisto.

Puse los ojos en blanco y me dirigí a mi cuarto a quitarme la blusa y dársela para que la lavara. La habitación estaba impecable, por lo que supuse que se había empleado a fondo en ella. Los estantes blancos deslumbraban de limpios. Mientras miraba la mancha como un doctor que observa un bulto que va a extirpar, habló:

—¿Qué quiere contarme, señora Juliana? —siempre me hablaba con mucho respeto.

—A decir verdad, quería que me hablaras tú. Me quedé intrigada con la historia de tu hermano y tu amiga. No tenemos confianza, así que entendería que te negases.

—No es por eso —su sonrisa era cansada—, simplemente no tiene final feliz. A lo mejor le disgusta.

—La escucharé, y si oigo algo que me disgusta, te lo diré para que pares. Te lo prometo —añadí al ver que tenía reservas.

—Bueno —dijo mientras se ponía la mano en la espalda, intuí que le dolía, así que me hice a un lado en la cama para que se sentara junto a mí—. No, no hace falta, señora. —Di dos palmadas al colchón mientras juntaba las manos, suplicantes—. Bueno, si usted quiere —se sentó, apenas rozando la cama, en un lateral—. Ese, el más pequeño de mis hermanos, Ishmael...

—¿Ishmael? —dije en voz alta.

—Sí, Ishmael. Era el más joven de mis hermanos varones y también con el que mejor me llevaba. Las semanas después de ese encuentro en el cual nos escuchó, se volvió de lo más cursi. Siempre leyendo y recitando poesía. Parecía un hombre del siglo XVI, cambió incluso sus hábitos de comer, lo hacía de una manera muy fina, no jugaba con sus amigos, todo para impresionarla. ¿Y qué conseguía? Que ella cada vez le viese como un ser más

insoponible; de «idiota reprimido» pasó a llamarle «ser que daba asco». Yo no entendía nada de lo que ocurría. Mi hermano, con el que mejor me llevaba, se estaba convirtiendo en un idiota y seguía sin saber por qué.

»Un día subí a su cuarto y le llamé. Nuestra casa era pequeña, humilde, por lo que todos los varones compartían habitación. —La miré con pena—. ¡No! No me mire así, Juliana, ellos eran de lo más felices juntos, siempre estaban tramando alguna —miró al infinito, estaba recordando tiempos mejores—. A los únicos que les sacaba de quicio ese acercamiento era a mis padres, ya que siempre se unían frente a lo que en broma llamaban «enemigo común». Eran una gran piña que nadie podía romper. El único impedimento es que, si deseabas hablar con solo uno de ellos, tenías que salir a la calle para asegurarte de que los otros no pegaban la oreja. Así que mi hermano salió y me lo llevé al claro cerca del río donde solía hablar con mis amigas.

»—¿Qué te ocurre, Ishmael?

»—Nada, simplemente me quiero cultivar un poco más.

»—¿Cultivar más? —me desternillé de risa—. Ishmael, a ti nunca te ha interesado leer.

»—Ya, pero tengo una edad, y si quiero encontrar una esposa, tengo que ser más serio.

»—Pero qué tontería más grande estás diciendo, por el amor de Dios. Eres un chico bueno, trabajador, agradable y guapo, ¿qué más quieres?

»De verdad era muy guapo, con ojos marrones y grandes, boca gruesa, un pelo alborotado color caoba, alto y fornido y con un hoyuelo que hacía las delicias de las mujeres de mi pueblo.

»—No todas.

»—Ajá, empiezas a confesar. Dime por quién te estás portando así, granuja.

»—No me apetece —parecía un niño pequeño.

»—Vamos, desembucha —insistí mientras le pellizcaba la tripa.

»—Eh, que me haces daño. De Ser... —lo dijo en voz tan baja que no lo oí.

»—Vamos, dilo en alto, que no te oigo.

»—¡Vale, de tu amiga Serena! Sí, sorpréndete, pero me lleva gustando desde hace años.

»Anonadada, así me quedé.

»—Me gusta todo de ella. La llevo observando años contigo, esperando que crezca para poder cortejarla.

»—Pero ¿qué te gusta exactamente de ella si apenas la conoces?

»—*¿Que no la conozco? ¿Y cómo sé que cuando se pone nerviosa se pellizca la palma de la mano? ¿Que cuando es feliz se balancea hacia delante? ¿Que cuando se arregla siempre mira hacia abajo por miedo a sentirse observada? ¿Que le encantan los días lluviosos porque sonrío con la boca abierta y, cuando hace sol, como máximo, curva sus labios? Te podría decir mil cosas más de ella...*

»Muchas veces convives con una persona y te crees que conoces todo de ella, y hace falta un segundo como ese para darte cuenta de que apenas te habías percatado de sus sentimientos. Él, mi hermano favorito, conocía mejor a mi amiga que yo.

»—Y si la que te gusta es Serena, ¿por qué actúas así?

»—Os escuché un día en este claro y ella dijo que le encantaban los chicos cursis, así que en eso me estoy transformando —confesó avergonzado.

»Me disponía a contarle la verdad de lo que ocurrió ese día cuando algo se movió entre los matorrales vecinos. Pensé que se trataba de un animal, pero, no, eran mis amigas, y por sus caras supuse que lo habían escuchado todo. Ishmael me miró rojo de la ira, pensando que yo había ideado aquello, le aclaré que no era así. Ambos, mi hermano y yo, permanecemos quietos esperando la reacción de Serena y, como todo en ella era impredecible, salió corriendo con la mano en alto. Cerré los ojos pensando que le iba a dar un guantazo, pero no. Al llegar a su lado le agarró de la nuca y le besó.

»—Nunca nadie había hablado así de mí. No finjas ser otro, me basta contigo.

—Es precioso —me limité a decir—, parece uno de los relatos de mi amiga. ¿Cómo continúa?

—A partir de ese día fueron uña y carne. Me encantaba estar con ellos. Entonces empezó la guerra y...

—Ya no quieres contar más, ¿verdad? No pasa nada —intenté seguir, pero me cortó.

—Sí, sí quiero contarlo, es solo que me duele.

»Incluso en el gueto eran felices. Siempre sacaban lo bueno de todas las situaciones, que en su caso era estar el uno con el otro. Podíamos tener hambre, vivir como animales de corral, disponer de un metro cuadrado para cada uno, sentirnos desesperados, que ellos dos se miraban y sonreían. Un día les pregunté:

»—*¿Por qué parecéis tan alegres? Necesito saberlo para aguantar esto.*

»—Mientras a ella no me la quiten, seré feliz, es lo único que necesito.

»Me daban envidia, pero de la sana, los amaba por amarse, los admiraba, les quería.

»Entonces empezaron a llegar noticias de los campos de concentración. Contaron que pronto nos llevarían allí y que solían separar a los hombres de las mujeres. Eso los volvió locos. No, por nada del mundo querían separarse, así que comenzaron a urdir un plan para esconderse en el gueto y permanecer juntos.

»Mi familia y yo sabíamos que era una locura, pero a su vez éramos conscientes de que sería una locura aún mayor separarlos, así que les ayudamos.

Se interrumpió, yo tenía el corazón encogido. Es raro, pero deseaba que esos dos amantes escaparan, que dieran esquinazo a los alemanes. A los míos. Iba con el bando contrario. La razón me decía que debían capturarlos, que era el trabajo de padre, Alger y Louis. En ocasiones es más fácil juzgar a alguien cuando solo es un número que si ya le has puesto cara y personalidad.

—Llegó el día que la gente de mi edificio se iba hacia los campos — continuó—. Me despedí de mi hermano y Serena con el abrazo más fuerte que fui capaz de dar, sabiendo que tal vez jamás volvería a verle.

»—Por favor, cuidaos —dije entre dientes a lágrima viva—. Pequeña, ya sabes que te estaré vigilando. Te quiero, hermanita —le dije a Serena, a la que hablaba como si fuéramos familia.

»—Y yo, eres mi mejor amiga y eso no va a cambiar. ¡Te iré a buscar con una obra para interpretar! —ella también lloraba—, te lo prometo.

»—Os quiero —grité.

»Oímos los coches de los alemanes en la puerta. Ellos se escondieron en una trampilla debajo de una alfombra en la sala de estar. Me aferré a su brazo el máximo tiempo posible, pero finalmente me tuve que marchar. Bajamos las escaleras corriendo, mi padre, mi madre y mis otros cuatro hermanos. Teníamos las manos cargadas con las pocas posesiones que nos quedaban. Allí estaba todo el mundo, todos teníamos algo común: las pertenencias y el miedo. Nos preguntaron si faltaba alguien y contestamos que no. Cuando se suponía que todo iba a ir bien, aparecieron unos enormes chuchos negros y más alemanes con escopetas, subieron por las escaleras de nuestro bloque...

Ada lloraba desconsoladamente, yo la abrazaba lo más fuerte que podía, la boca me sabía a sal de las lágrimas que recorrían mi cara mientras imaginaba la suerte que habían corrido los amantes.

—Solo oímos los tiros, Juliana. ¡Boom! ¡Boom! Todas las familias que teníamos a alguien allí gritábamos.

—Tranquila, Ada, tranquila.

—Lo peor de todo es que bajaron con los cadáveres, arrastrándolos sin cuidado alguno por el suelo. Los vi, a mi Ishmael y a mi Serena, con un tiro sangrante en la cabeza. Era raro, pero ambos sonreían. Solo me queda un consuelo: los alemanes no les pudieron quitar su único sueño, nunca los pudieron separar, ¿entiendes?

—Sí —dije con congoja.

—Vencieron a la guerra, Juliana, son los ganadores —concluyó derrotada.

Y meciéndola en mis brazos, dejé que se descargara de ese dolor que llevaba tan adentro desde hacía meses. Le acariciaba su melena rizada rojiza. No le hablé, pero estuve ahí con ella, sintiendo pena por su dolor.

* * *

Mucho frío, esa fue la sensación que me inundó durante toda la noche. Habría pagado millones por una manta con la que taparme, una ducha caliente o una hoguera. Pero ninguno de mis deseos se hizo realidad, simplemente tuve que acostumbrarme a la sensación. Recuerdo un amigo de padre que decía que el frío y el calor son pura psicología. «*Si no quieres tener frío, piensa que no hace frío*», me repetía a mí mismo sin parar, deseando que ese pseudoexperto llevara razón. Era una mentira. Tal vez con unas temperaturas menores el truco sirviera, pero con el nevazo que nos rodeaba estaba seguro de que no. Nada podría calmar mi malestar. El hielo me estaba comiendo.

Lo que me preocupaba era el trabajo al aire libre. El sudor, unido a las bajas temperaturas, podría hacerme enfermar, y de algo estaba seguro: no invertirían dinero sanándonos, simplemente nos dejarían morir.

Abraham tenía un abrigo de piel, un «regalo» por sus servicios de traidor. Durante estos días tan duros se podía apreciar cómo varios de mis compañeros se acercaban a él y se ofrecían como ayudantes de los alemanes, lástima que ellos no quisieran a más, no les gustaba dar privilegios a los judíos, así que tenían a los justos y necesarios.

Con respecto a las noticias de la guerra, continuábamos igual, enclaustrados en nuestro mundo. Nos llegaban dos tipos de rumores muy contradictorios: por un lado, estaban los que decían haber oído en la radio de su señor que Alemania ganaría en pocos meses; y por el otro quienes aseguraban que los rusos estaban entrando en Alemania y pronto vendrían a por nosotros.

Fuera como fuese, algo tenía claro: independientemente de cómo estuvieran las cosas en el exterior de nuestra jaula, yo no notaba la diferencia, seguía sin poder volar y poco a poco me olvidaba de cómo se utilizaban las alas. La maquinaria ya estaba dispuesta en la fábrica de armas. Desconocía mi función exacta, pues no empezábamos hasta que un técnico alemán supervisara que el montaje que habíamos realizado era el correcto, y antes tendría lugar una inauguración con las principales autoridades del campo. Era gracioso pensar qué harían para un evento así, ¿un cóctel con los mejores manjares, bebida, música?, ¿y quiénes lo iban a disfrutar? Personas que no habían hecho absolutamente nada.

El oficial Alger había dicho que seleccionaría a algunos de nosotros para llevar las bandejas con la comida, servir la bebida, etc. Si se nos ocurría tocar aunque fuera un pincho de comida, las consecuencias serían nefastas. Eso está pero que muy bien, es como si a un alcoholico le tienes toda la noche rodeado de champán pero le prohíbes beber, o a un cocainómano le das cocaína y le adviertes que no podrá ni acercarse. Pues bien, nuestra droga ahora mismo era cualquier cosa que antes no habíamos valorado: la comida, la ropa, el calor, la bebida, la familia, los amigos...

Si somos sinceros, somos adictos a muchísimas cosas que siempre hemos tenido y, una vez perdidas, añoramos ansiosamente. Recuerdo cuando en el colegio estudiamos la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano francesa. Hablábamos del derecho de propiedad y el profesor nos explicó lo importante que era, cómo el ser humano ansiaba poseer ciertas cosas, poder decir «es mío». En esos momentos preferí jugar con mis amigos y no atender, ahora sé a lo que se refería.

Puede parecer egoísmo, pero aquí no tenemos nada, nada nuestro, ni tan siquiera un reloj. Algo de lo que poder decir: «Me pertenece». Aunque, ¿qué puedo esperar si ni tan siquiera mi derecho más sagrado, el de la vida, es mío?

El capo, Abraham, entró con su abrigo de piel marrón. Esa misma mañana, él y otros capos se habían hecho fotografías con sus nuevas prendas

para la propaganda del Gobierno alemán; así, la plebe que se quería engañar a sí misma pensaría que estábamos bien cuidados. Todos le mirábamos con mezcla de odio y envidia. A los que le suplicaban, les dejaba ponérselo un rato y entrar en calor. Pero como siempre, mi orgullo me podía y no pensaba pedirlo ni aunque estuviera al borde de morir congelado. Solo había dos supuestos en los que sí lo haría: por mi padre y por el niño, y eso no era necesario.

Alberto marchaba todas las mañanas junto a otros pequeños de su misma edad para aprender a hacer su trabajo en la fábrica, ese que solo podían llevar a cabo ellos. Está claro que en el lugar donde les enseñaban no había una gran lumbre, pero según él contaba, no pasaban frío, con lo cual, por ahora, no tenía que preocuparme por él. Y con respecto a padre, ya habíamos hablado de ello.

—Si quieres, le pido el abrigo. Después de lo que hice, le encantará que me humille y te aseguro que me lo dejará.

—No, sé que lo haces por mi bien, pero no quiero que te extirpes la dignidad por un momento de calor.

—Es un precio que estoy dispuesto a pagar, puedes enfermarte.

—Déjame tener mi orgullo, Ishmael. Como me decías de pequeño: «Vale más morir de pie que vivir siempre arrodillado». Si he de enfermarme y morir, moriré, pero cuando les hables de mí a tus hijos, les contarás cómo tu padre no se volvió un perrito faldero de los alemanes y tuvo siempre honor y orgullo, lo único que podemos tener aquí.

—Ya, pero puede que no viva, y el orgullo y el honor no sirven de nada en una fosa común.

—Estoy seguro de que vivirás y, sí, sí que sirve, me hace seguir sintiendo que soy una persona libre, no un esclavo, que aún puedo tomar decisiones sobre ciertas cosas.

Abraham interrumpió mis pensamientos.

—Me han dicho que me acompañen fuera los hombres de esta lista. Los demás irán con un oficial a ayudar en unas tierras.

Mi nombre aparecía en la lista. El grupo estaba formado por cinco o seis, ninguno de mis amigos de allí dentro. Un oficial nos esperaba fuera. No creo que se pueda expresar con palabras hasta qué punto notábamos cómo nos íbamos congelando poco a poco. La prenda de vestir era tan fina que me sentía como si fuera desnudo. Sin piel. Permanecimos parados un buen rato en fila india y durante ese tiempo aprecié cómo me dolía simplemente tener

los ojos abiertos. Se me secaban con cada ráfaga de aire y temí que se fueran a partir como si fueran de cristal. Además, sin movimiento, el frío aumentaba un ochenta por ciento.

Los oficiales hablaban mientras reían y bebían de un recipiente del que salía vaho. Imagino que un caldo calentito, para tener una buena temperatura corporal. Con nuestros zapatos y sus suelas de plástico, que traspasaba cualquier forma sobre la que pisáramos, comenzamos a movernos a través de un camino de tierra con piedras cuyos picos se nos clavaban en los pies. El cielo estaba tan negro que parecía de noche pese a que debía de ser temprano. Por ello, no vimos el camión blanco hasta que prácticamente lo tocamos. Allí, nos repartieron unas palas y nos dijeron que teníamos que hacer ese camino transitable.

Apartar nieve, ese era mi trabajo del día, y no era lo peor que podía pasarme. La nieve que quitábamos la echábamos a las cunetas. Trabajo fácil y sencillo para lo que estábamos acostumbrados. Yo no paraba de mover los dedos de los pies y de la mano por temor a que se me congelaran. Suponía que si algo malo les ocurría ya no les serviría, me convertiría en un juguete roto, uno de esos que puedes desechar. Como no tenía reloj, no sabía cuánto tiempo llevaba trabajando, tal vez una hora, tal vez cuatro. Solo sé que el cansancio aún no había hecho mella en mí cuando a lo lejos distinguí a otros hombres con trajes de rayas como nosotros, aunque ellos no se encargaban de apartar nieve, sino de lo que parecían sacos. Supuse que de comida.

El oficial de los otros judíos se acercó al nuestro y comenzaron a hablar. Mientras me agachaba a por otra pala de nieve, los observé de reojo, ambos discutían, parecían acalorados y señalaban al otro batallón, el de los sacos. Seguí trabajando y decidí no cotillear más; al fin y al cabo, nada de lo que tramaran me interesaba.

—Escuchadme, vais a ayudar a ese grupo y después seguiréis limpiando. Esta noche no dormiréis hasta que la carretera esté transitable.

Ya me había acostumbrado a ser obediente, así que con un sonoro: «*sí, señor*», todos le seguimos. No tardamos en vislumbrar las señales de lo que nos esperaba allí. Uno de mis compañeros señaló en silencio hacia la cuneta derecha. Al mirar, el corazón me dio un vuelco. Sangre. La cantidad era cada vez mayor. Una arcada recorrió mi cuerpo cuando me di cuenta de que había sesos, cerebros expandidos por las cunetas y la nieve de la carretera. Los compañeros se tapaban la boca con las manos, supuse que también para evitar las arcadas. Todos manteníamos los ojos bien abiertos y los sentidos alerta y

teníamos miedo, mucho miedo. El sabor del ácido del terror poseyéndonos atravesó mi garganta y me di cuenta de que me mordía el labio con ansiedad.

Al fin pudimos distinguir claramente la labor de nuestros compañeros. La carretera estaba llena de cadáveres. Un paseo de muerte que se perdía en la lejanía. También había tres camionetas con las puertas abiertas para introducirlos en ellas, por lo menos contenían ya una treintena. Los cuerpos sin vida se disponían en una ordenada fila horizontal, todos tenían un tiro en la cabeza, como cuando fusilan a un grupo. Nos señalaron los cadáveres, sin hablar, aunque tampoco era muy difícil averiguar qué querían que hiciéramos. Luego, uno de los oficiales empezó a andar por encima de ellos con orgullo, como si ese acto demostrara el poder que tenía.

Dicen que la primera vez que ves la muerte es la que más impresiona, que luego se convierte en algo habitual; es mentira. Intenté averiguar si los fallecidos seguían algún patrón, pero no, había niños, mujeres, ancianos, gitanos, todos con el mismo final. Algunos cadáveres no llevaban nuestras vestimentas, por lo que supuse que nunca habían llegado al campo, murieron durante el traslado, seguramente de sed. Tenía que ser fuerte, pero no podía, me imaginaba a mi familia y amigos así, y por un instante me derrumbé. Todo esto ya era demasiado. Entonces Abraham se acercó a mí, tenía los ojos llorosos y llevaba a un hombre al hombro, manchado de sangre.

—Trabaja, Ishmael —me dijo en un susurro—, sé que sufres, pero hazlo o acabarás así.

Pensaba que no podría. Pero saqué fuerzas de mi interior y me dispuse a transportar mi primer cadáver. Era una mujer de apenas treinta años, tenía el pelo rapado y los huesos se le marcaban en el cuerpo. Supuse lo que habría sufrido, su vida hasta ese momento, pensé en qué habría sentido cuando vio lo que se le venía encima el segundo antes de que apretaran el gatillo. La cogí, pero no como un saco, sino con mis dos brazos, como si la llevara a dormir. La sangre de su cuerpo resbaló por mi mano manchada de sesos. No me dio asco, sino pena por saber que ella no descansaría en paz. Recé por ella mientras la depositaba con todo el respeto del que fui capaz.

Me dirigí a por el segundo ante la atenta mirada de los supervisores. Encontré a dos ancianos, una mujer y un hombre. Sus manos estaban unidas, sus anillos eran iguales, eran marido y mujer. Habían llegado juntos hasta allí, seguramente después de una larga y feliz vida en común, y del mismo modo habían querido estar en la muerte. Imaginé qué habrían deseado mis padres si el destino les hubiera permitido permanecer uno al lado del otro, y

pronto lo tuve claro. Entonces, cargué mis músculos de adrenalina y los cogí a los dos, el peso muerto me destrozaba los brazos, pero no iba a permitir que los separaran, ni en el final. Puede que no sirviera de nada, pero así me sentía más tranquilo.

En el camino hacia el camión recé por sus almas, mientras todo yo era bañado en sangre. Los alemanes me señalaban, supongo que pensarían que quería ser un trabajador eficiente. Pobres ilusos, su mente no daba más de sí. ¿Cómo podrían siquiera pensar que ese judío estaba rindiéndoles tributo a los fallecidos sin separarlos, intentando hacer algo bueno por ellos después de muertos? No, si no se tiene amor en el corazón es muy difícil entenderlo.

Y así fue mi día, cargué decenas de historias que habían acabado, imágenes que me acompañarían cada día y cada noche, cientos de personas que, sin saberlo, ya formaban parte de mí.

Al terminar de subir los cadáveres, los alemanes hicieron la primera excepción del día y nos permitieron darnos una ducha. La sangre caía a nuestro alrededor mezclada con el agua. Si al principio de ese día me hubieran preguntado qué era lo que más deseaba, seguramente mi respuesta habría sido una ducha. En aquel momento ya no. El agua no estaba caliente, un privilegio demasiado grande para nosotros, pero sí templada, de manera que mi cuerpo entró en calor. Al terminar, nos mantuvieron desnudos en una sala. No hablamos ni una vez durante la espera. Una parte de mí pensaba que nos matarían por lo que habíamos visto. Así, cuando vimos que el pomo de la puerta giraba, esperamos el veredicto de nuestros jueces, en este caso un hombre de rasgos afilados y Louis.

—Os daremos un uniforme nuevo. Como sabéis, el otro ha quedado inservible. Pero no he venido aquí a hablaros de moda, sino a advertiros. De vuestra función de hoy no tenéis que hablar con nadie, ni siquiera con las personas que están aquí. ¿Entendido?

—Sí —dijimos al unísono.

—Las consecuencias de hablar sobre este tema no os afectarán solo a vosotros, sino a todo vuestro barracón. Y no es muy difícil averiguar que serán acabar como los asquerosos que habéis recogido. Es más, creo que me alegraría que lo contarais, así podría meteros un tiro entre ceja y ceja a algunos de vosotros —dijo mirándome fijamente—. Ahora, volved al barracón y, ya sabéis, os quiero ver alegres, chicos —concluyó mofándose de nuestra situación—. Pensad que solo habéis recogido ratas muertas de nuestro camino —escupió en el suelo y se marchó.

Caminamos hacia el barracón tranquilos. No nos mirábamos, no nos hablábamos, no pensábamos, simplemente actuábamos como se suponía que debíamos hacer. Como seres a los que poco a poco desposeían de su alma. En ese momento fui consciente de que estaba traumatizado y de que, si seguía muchos días así, los alemanes podrían hacer conmigo lo que quisieran. Al llegar vi a mis amigos en un rincón charlando, supongo que de lo acontecido en el día. Alberto y Nathan me hicieron un gesto para que me uniese, pero no pude, no quería mostrarme feliz ni inventar una anécdota o escuchar conversaciones insustanciales. Solo quería dormir y dejar de ver mis manos manchadas de sangre, sangre de los míos. Me tumbé en la cama sin probar bocado.

—¿Qué tal el día? —Eleazar vino a mi lado.

—Como todos, Ele, pero estoy muy cansado y...

—¿Tu primer trabajo del que no puedes hablar? —interrumpió enarcando las cejas.

—No —¿sabía él algo? Imposible, nadie habría abierto el pico sabiendo las consecuencias.

—Entiendo —puso los ojos en blanco.

—Solo quiero descansar, ¿tan difícil te parece que sea cierto? —contesté exasperado.

—No, simplemente quería aprovechar para comentarte una cosa, llevas aquí mucho tiempo y ya confío en ti.

—Gracias.

—No me des las gracias tan rápido —rio—, porque te voy a encomendar un trabajo. Pero no te asustes, que no es difícil —repuso amablemente al ver mi cara—. Es uno que pido a todos los que conozco y espero que alguno pueda llegar a hacerlo.

—Lo intentaré si está en mi mano —repuse mientras me reincorporaba.

—Tú no sabes mucho de mi vida y creo que hoy no es el día para contártela.

—Puedes confiarme lo que te apetezca.

—No, tranquilo, sé o supongo cuál ha sido tu cometido hoy. Es solo que ha llegado el invierno y desaparece mucha gente, y yo, Ishmael, soy solo un anciano que puede evaporarse de la faz de la tierra mañana.

—No digas eso, aquí no se va a ir nadie más.

—No mientas, Ishmael, sabes que puede pasar y no me importa, pero hay una cosa que tengo que solucionar.

—Te escucho.

—¿Sabías que tengo una hija? —Negué con la cabeza—. Pues la tengo. Adriana Hintre, una muchacha de dieciséis años. Cuando me di cuenta de cómo acabaría la guerra, decidí hacer algo por su futuro, lo único que podía hacer.

»Yo era un hombre con mucho dinero, Ishmael, pero, como sabes, ya antes de esta guerra empezamos a quedarnos sin absolutamente nada. Un día, mientras mi hija trabajaba en el campo, pensé qué sería de ella si sobrevivía a lo que se nos venía encima. Entonces cogí casi todo mi oro y lo llevé a un lugar para esconderlo.

»Siempre supe que lo que nos esperaba no sería nada bueno, pero nunca pensé que me separarían de mi pequeña. Así que nunca le conté dónde debía acudir en el caso de que finalizase la guerra y yo no estuviera vivo. Por eso te lo voy a revelar a ti.

»Cuando acabe la guerra, si yo he muerto, que es lo más seguro, búscala y ayúdala para que vea que su padre intentó proteger su futuro. Tienes que acudir a Kraut, un pueblo cerca de Polonia, y preguntar cuál es su árbol más viejo. Las gentes de allí se enorgullecen mucho en mostrarlo, ya que es de los más antiguos del planeta. Una vez que estés en el árbol, verás un camino, anda por él alrededor de cien metros, encontrarás un recordatorio a un fallecido. Es mentira, nadie murió allí, cava debajo y hallarás el tesoro y datos de mi hija para que la localices.

»Por favor —Eleazar me miró fijamente—, os lo estoy diciendo a todos, cuando la encontréis, decidle que su padre no pasó un segundo de su vida sin pensar en ella. Que sea feliz y olvide todo, que alguien la estará cuidando desde allí arriba —señaló el techo—. Dile que será un inicio de unos días mejores y que su padre siempre la ha querido. ¿Entendido? ¿Me prometes que lo harás?

—Sí. —Él sonrió—. Pero prefiero pensar que la buscaré contigo.

Se lo prometí de verdad, aunque no estaba tan seguro de que fuera a vivir el final de esa guerra. Era el momento idóneo para preguntarle por su hija, que me contara su historia, sabía que le haría bien, pero egoístamente no podía, necesitaba que mi conciencia descansara del día fatal que había tenido. Eleazar se giró cuando llevaba andados unos metros.

—Sé que es triste, pero saca energía, Ishmael. Siempre queda el consuelo de pensar que ahora están en un lugar mejor. Si no, aunque tu fuerza física sea potente, la mente acabará destruyéndote.

Con esa frase me dejó allí, solo con una certeza: esa noche Eleazar dormiría feliz, optimista porque algún día el mensaje llegaría a su hija y ella viviría una existencia mejor que la de ahora, una vida plena y feliz, con el recuerdo de su padre.

CAPÍTULO 8

Después de su confesión, Ada lloró, pero le vino bien, había mantenido sus recuerdos y su personalidad encerrados en ella misma durante mucho tiempo y, contándoselo a otra persona, aunque fuera una extraña, por lo menos había podido descargarlos, limpiarse de unas lágrimas que la estaban ahogando. Cuando compartes un problema o un secreto todo es más fácil, ya que no combates tú sola, sino con ayuda, y yo era eso, el soporte de Ada.

Pero una idea seguía rondando en mi cabeza y era la actuación de Louis con los niños que había visto, no me había gustado. Como suponía que esa noche vendría a intentar charlar conmigo, me acosté pronto, demasiado pronto, ya que no me encontraba preparada para hablar con él.

—Ada, si viene alguien a buscarme, dile que estoy dormida, que tengo jaqueca.

—¿De veras se encuentra mal, Juliana? Si necesita cualquier cosa, dígamelo.

No quería mentirle, no después de que ella se hubiese abierto a mí, tal vez era una judía, tal vez yo odiaba a los judíos, pero tal vez era mi única confidente.

—Es por Louis. —Noté cómo se estremecía—. Hoy he visto algo en él que no me ha gustado y prefiero hablarlo mañana más tranquila y calmada. —Permanecía en silencio—. Es decir, ¿crees que una persona puede ser amable y buena con alguien y despiadada con otros? ¿Puede existir en alguien tal ambigüedad?

—No sé. Solo pienso que, si una persona es buena y amable, no puede ser despiadada. Creo que en ese caso la persona tiene mucha maldad, solo que en ocasiones la retiene por algún interés. La bondad no puede ser selectiva, señorita Juliana.

Dicho esto, abandonó la habitación y me dejó reflexionando sobre sus palabras. No me había gustado el trato de Louis a los niños, pero ante todo debía escuchar su explicación, estaba claro que por un momento tan breve no había perdido mi interés en él como hombre.

Me acordé de Alger, era bueno, amable y un amigo, pero no me hacía sentir el mismo deseo que Louis. Aunque, si trataban así a los niños, ¿cómo harían con los adultos? La incertidumbre llenaba cada espacio en mi cabeza. Entonces oí la puerta que se abría y una voz. No era Louis, sino mi padre. Si alguien tenía que resolver mis dudas sobre lo acontecido sin lugar a dudas era él. Bajé las escaleras y llegué al comedor. Allí estaba, solo, con un plato de sopa y un asado de pollo en la mesa. Parecía un hombre mayor, las arrugas le surcaban el rostro y crecían alrededor de sus ojos dificultándole la visión.

—Me habían dicho que no bajarías a cenar.

—Al final lo he pensado mejor. —Me senté en la mesa.

—¡Ada, traiga un cubierto más! —gritó.

Ada corrió con un cubierto tambaleándose con sus anchas caderas. El pelo rojizo le caía por la frente sudada, la conversación conmigo la había obligado a correr para preparar la cena. Me disponía a darle las gracias cuando caí en la cuenta de que con padre cerca esa no era una posibilidad.

—Me han contado que hoy has estado en Auschwitz —anunció mientras le daba un bocado al asado.

—Sí, fui a darle una sorpresa a Louis —me expliqué.

—También me han dicho que presenciaste una escena con los niños.

—Sí, y quería hablar de eso —dije suavemente mientras jugaba con la comida, ya que no tenía apetito.

—¿Sobre qué exactamente?

—¿Es normal que se les trate mal? Es decir, entiendo que tienen que ser educados, es más, creo que han de serlo, pero son niños, padre, a los niños no se les...

—¿Qué crees que es lo correcto, Juliana? Juzgas sin saber nada, algo habitual en las mujeres. Piensa por un momento que aquí estamos ayudando a cientos de niños; si se escapan y no ven un poco de autoridad, todos se sublevarán y ¿sabes qué ocurrirá?

—No —me avergoncé.

—Pues que tendremos que invertir el doble de personal en los campos de trabajo, y ¿qué conlleva eso? Venga, di, Juliana.

—Pues... —era fácil, padre siempre lo repetía cuando discutía con madre— menos personal en la guerra.

—En efecto, ¿y tú no querrás que nos ganen la guerra? ¿No querrás que impongan el régimen de terror? ¿No querrás que te hagan lo que sabes que les gusta hacerles a las mujeres alemanas? —me espetó con dureza.

—No, pero ¿por qué los niños temen ir a esas duchas, padre? Los vi y era miedo real.

—Así que han utilizado el viejo truco del miedo y lo peor es que tú los has creído. Pensé que había criado a una mujer más inteligente. Los niños tienen miedo a muchas cosas, tú cuando eras pequeña estabas convencida de que había un monstruo en el armario, ¿y te creíamos? No, porque los adultos entienden que los niños tienen miedo a fantasías inventadas, pero nosotros sabemos cuál es la realidad y qué no hay que temer.

—¿Y los mayores? He visto a algunos heridos, ¿es normal que se les trate con fuerza para trabajar?

—¿Has preguntado a algún oficial qué había hecho ese judío? —su mirada era furia—. Creía que después de lo que has vivido comprenderías lo traicioneros que son, comprenderías que a veces hay que emplear la fuerza por la seguridad de todos —me miraba fijamente a los ojos, ambos sabíamos de lo que hablábamos. Me avergoncé de mí misma.

—Sí, es solo que cuesta asimilarlo.

¿A quién había visto con un golpe? A Ishmael, ese joven impertinente, seguro que tuvieron algún motivo para hacerle entrar en razón.

—Supongo que ya sabes lo que tienes que hacer —pero no, no lo sabía, notó mi incertidumbre porque añadió—. Por supuesto, pedir disculpas a Louis por tu comportamiento. Él haciendo el bien para Alemania y tú actuando como una chiquilla tonta. El joven tiene intenciones contigo, solo espero que no te lo hayas cargado.

Era estúpida a más no poder. Tenía que entrometerme en todo. Los judíos habían invadido mi mente, ¿por qué la había liado por un mocoso que ni siquiera me importaba? Tendría que haber escuchado a Louis. Nunca más entraría en el campo por sorpresa, nunca más vería a ese hombre porque estaba claro que no me hacía bien verle. No, no quería ver al niño, ni al judío idiota ni a nadie.

Justo en ese instante Ada apartó los platos. Ada se había abierto a mí, me gustaba hablar con ella y teníamos que convivir. Una opción era pedir que la cambiaran con cualquier excusa, no hablaría a la nueva sirvienta y asunto resuelto. Pero entonces no sabría qué le pasaría a Ada, ¿y si era algo malo? No quería que le ocurriese nada como a los amantes de su historia. Vale, seguiría hablando con Ada, ya que ella era diferente. Su amistad se transformó en el pequeño lujo secreto al que no estaba dispuesta a renunciar.

Esa noche tuve un sueño. A veces, cuando sueñas que quieres a una persona, te levantas con un sentimiento nuevo y profundo, como si de verdad ese momento inconsciente te hubiera cambiado un poco. No lo recuerdo todo pero sí algunas partes. En primer lugar la felicidad, el roce de su mano, su mirada, cómo nos besábamos y nos decíamos que nos queríamos, todo era perfecto, puro, alegre... Entonces la imagen se nubló, del cielo caían gotas de lluvia y rayos y yo no podía encontrar esa mano, esos besos, esa imagen. Escuché un grito de desesperación: «¿Por qué has renunciado a mí, Juliana? ¿Por qué? Habríamos sido tan felices juntos», y acabaron el grito, el llanto.

No entendía nada, solo que le tenía que encontrar, no podía perderle, de mi boca brotaba un «lo siento, no quise renunciar, ven conmigo, no puedo vivir sin ti». Un gemido surgía entonces de su garganta. Yo salía corriendo lo más deprisa que podía, pero él ya no estaba. Había niebla y no le podía ver, me chocaba con algo y caía de bruces contra el suelo y ahí estaba él, muerto por un disparo en el pecho. Le abrazaba, le acunaba contra mí, gritaba, lloraba, me moría porque mi amor, mi Ishmael, yacía muerto y sin él ya no era nada...

—¡NOOOOOO!

Me desperté gritando, tenía la cara pegajosa de tanto llorar. Le buscaba por la habitación, buscaba ese pelo cobrizo y revuelto, sus ojos verdes, la sonrisa burlona, las manos que me habían ayudado, las buscaba muertas. Y me di cuenta de que todo había ocurrido solo en mi cabeza. Ishmael seguía vivo y coleando en el barracón de Alger. Me asomé a la ventana y la abrí, miles de copos de nieve caían del cielo, era de noche y pensé que a muchos metros de allí él dormía. ¿Habría pensado en mí? ¿Habría notado él también ese monstruo que nos quería acercar? No lograba entender qué me pasaba. No creía en amores épicos como el de Romeo y Julieta, un amor que se fragua sin llegar apenas a hablar, un amor a primera vista, no, eso no existía. Sin embargo, mientras miraba por esa ventana solo quería que alguien a unos metros de distancia pensara en mí. Era evidente que me había embrujado.

Mi destino era estar al lado de Louis, eso lo tenía claro porque me gustaba y haría lo posible por ser su mujer. Sin embargo, después del sueño sentí a Ishmael como mío. Saqué la cabeza por la ventana, necesitaba que se pasaran los efectos nocivos, pero siguieron ahí. Solo lo había soñado, en realidad no podía importarme alguien a quien ni siquiera conocía. Entonces me vino a la memoria el *flash* de Ishmael muerto. Bien, no quería que muriera, lo cual no significaba nada, solamente estaba nerviosa por la

conversación con padre y recordé la imagen del judío que más odiaba, solo eso. Me lo repetí una y otra vez hasta que me aseguré de que todo se debía a que me sentía mal con Louis. Cerré la ventana y volví a la cama, me arrojé con el edredón por encima de la nariz.

* * *

Antes de dormir, todos experimentamos un último momento de consciencia del cual no nos acordaremos al día siguiente. Y ese día, en ese último instante entre la Juliana despierta y la dormida, alguien muy lejos de allí se despertaba con su imagen grabada en la mente, tal vez con deseos similares a los de ella.

* * *

Los ruidos del comedor me despertaron a la mañana siguiente. No sabía cuánta gente había, pero sí que estaban haciendo bastante jaleo. Me arreglé rápidamente con un vestido color caqui, ceñido hasta la cintura y con una falda que llegaba al suelo. Era de manga larga y cuello alto, acorde al frío que allí hacía. Me coloqué una diadema en el pelo y bajé a ver qué ocurría en mi casa. La puerta del comedor estaba cerrada, excepto por una rendija, así que me acerqué para ver qué había al otro lado.

—¿Nunca te han dicho que cotillear es de mala educación? —susurró alguien en mi oído.

Di un bote y casi me caigo, pero cuando me giré mi temor se disipó: era Alger y de su rostro brotaba una amplia sonrisa transparente, limpia, de esas en las que es fácil confiar.

—Me has asustado —me quejé aún con la respiración agitada.

—No deberías escuchar detrás de las puertas.

Intenté contestar, pero ahí me había pillado, así que ambos reímos. Alger estaba muy guapo ese día, no iba de uniforme, sino con unos pantalones de vestir marrones oscuros y una camisa blanca. Le sentaba bien, matizaba cada músculo de su cuerpo y, francamente, resultaba bastante atractivo.

—Ya que me has pillado con las manos en la masa, ¿me puedes decir qué ocurre, por favor?

—Da la casualidad de que están aquí por mí.

—¿Y eso?

—Hemos terminado la fábrica, esta noche la inauguramos y mañana comienza el trabajo. Por eso han venido muchos peces gordos, por la fiesta. ¿Qué te parece?

—Supongo que estaré invitada.

—Por supuesto, tus peticiones son órdenes —bromeó con sus labios curvados con un toque de travesura, no entendía su actitud, había cambiado tanto en tan poco tiempo.

—Por cierto, quería darte las gracias por lo del otro día, eres un amigo.

—¡No hace falta que me las des! —repuso acentuando el gesto, estaba muy alegre por la inauguración de su próxima fábrica—, siempre y cuando no digas nada —matizó—. ¿Alguna petición más?

—Ahora que lo dices, me podrías dar un puesto en ella —solicité sin pensar lo que estaba diciendo.

—¿Quieres trabajar? —me preguntó serio.

—La verdad es que ha sido lo primero que se me ha pasado por la cabeza, pero sí, me vendría bien trabajar. Tengo mucho tiempo libre y aquí no hay mucho que hacer.

—Anda que quejarte de tener demasiado tiempo libre... Bien, ¿y qué sabes hacer?

—¿Cómo que qué sé hacer? He estudiado toda mi vida, así que nivel teórico tengo, en Las Muchachas me enseñaron todo el trabajo manual, supongo que para alguna cosa valdría —repuse orgullosa.

—Está bien, si sale algo, te lo diré. Ahora voy a atender a los invitados y esta noche espero verte, ¿vale?

—Dalo por hecho.

La puerta se abrió y con ella entró una corriente de aire. Louis apareció, también sin su uniforme, llevaba un traje negro y blanco. Sus ojos azules se encontraron conmigo al instante.

—Hola, Juliana —besó mi mano—, camarada Alger —hizo un movimiento de cabeza.

—Louis —saludó Alger—. Me voy para dentro. He invitado a Juliana esta noche a la inauguración. ¿Vendrás?

—Por supuesto, iré con ella —dijo mirando fijamente a Alger.

—Pues hasta esta noche, Juliana.

—Allí estaré —contesté a Alger.

Los primeros momentos fueron un poco incómodos. Me encontraba con el hombre que más deseaba del universo y mi temor me impedía hablar. No sabía cómo comenzar la conversación después del encontronazo en el campo, cuando fui con mi bocadillo a darle una sorpresa.

—Juliana, hay algo que tengo que explicarte —me tomó de la mano—, siento lo que viste el otro día, pero es que esos chicos se habían intentado escapar. Si no les llegamos a castigar, habría sido un caos. Muchas veces hay que usar la mano dura con estos judíos, aunque yo no quiera. Pero tú, que eres tan sensible —puso la palma de su mano en mi mejilla y me ruboricé—, no tendrías que haber sido testigo.

Se quedó esperando mi respuesta. Sus ojos se encontraban con los míos y me mareaban. Me había dicho lo mismo que padre, y padre era bueno y casi siempre llevaba razón. Yo había sido la necia y ahí tenía al hombre de mi vida pidiendo disculpas por hacer su deber solo porque yo me había enojado. Sin lugar a dudas, no podía perder a Louis.

—La que lo tiene que sentir soy yo, lamento las formas. Padre me lo explicó todo ayer y quería pedirte disculpas.

—Olvidemos lo ocurrido.

—Vale —dije mientras su mano tocaba mi brazo.

—Para empezar, hazme el honor de venir esta noche conmigo a la fiesta de la fábrica y mañana te invitaré a comer en la ciudad. Tengo dos días libres y los quiero pasar contigo —me miró intensamente.

—Está bien, iré contigo.

Se acercó a mí, pensé que iba a besarme, deseaba que lo hiciera, cerré los ojos esperando ese contacto, pero el contacto se produjo con mi mejilla. Él se dirigió a la sala donde estaba Alger y yo me quedé fuera con un deseo irremediable.

* * *

¿Qué habrían hecho con los cadáveres?, pensaba. Era algo que no llegaría a saber hasta que terminara la guerra, y ni siquiera entonces si esta no finalizaba de forma favorable para los míos. Eso sí, estaba seguro de algo: no los habían tirado sin antes desposeerlos de los objetos de valor que llevaran,

como a nosotros, hasta dejarlos sin nada más que su cuerpo. Tampoco olvidaba lo descortés que había sido con Eleazar al no preguntarle por su hija. Puede que en otra circunstancia el hecho de no interesarme por algún aspecto de la vida de un amigo no fuera importante, pero en ese momento sí. los recuerdos eran lo único que teníamos y compartirlos lo más importante.

Tal vez a causa de los nervios me desperté antes que mis compañeros. Todos dormían apaciblemente en sus camas. Me fijé en Alberto, que tenía un hilillo de baba colgando de la boca y se lo limpié con el dedo. Me asomé por una rendija que daba al exterior en una de las maderas: otro día frío y nevado, perfecto.

Mientras esperaba a que mis compañeros se despertaran, recordaba lo que me había gustado la nieve. Siempre la había adorado. Me encantaba tirar bolas con los amigos, ver los campos impregnados de ella, hacer muñecos y destrozar los que había hecho mi hermana. Mi hermana, Dios, cómo la echaba de menos. En mi ciudad apenas nevaba, así que la nieve era un acontecimiento, enseguida tenías en casa a un amigo que había acudido a buscarte sin otra excusa más que el tono blanco que impregnaba el paisaje. La nieve, que siempre había sido algo positivo para mí, ahora me aterraba, solo deseaba que se fuera y que con ella lo hicieran las enfermedades. Muchas veces da miedo pensar, pero cuando empiezas, horas y horas se te van en ello.

Yo acostumbraba a vivir sin meditar, a disfrutar del momento por si no había otro, a recoger la mayor cantidad de recuerdos felices; ahora, una vez llegado el fin, tenía que hacerlo, reflexionar y recordar y, francamente, no estaba tan mal. Cuando no tienes nada que hacer, tú mismo te conviertes en tu mejor amigo y, llegados a ese punto, pensar en la felicidad pasada se había convertido en una diversión. Pero, como he dicho, el tiempo vuela con los recuerdos positivos y se para en los negativos, y pensando en momentos mejores empecé a darme cuenta de que mis compañeros se despertaban.

Cuando vi que Eleazar se levantaba, acudí a él.

—Menudos ronquidos —bromeé para romper la tensión.

—Hijo mío, cuando te haces mayor... —sonrió.

—Eleazar, he venido porque ayer me intrigaste, nunca me habías contado que tenías una hija.

—No, hay muchas cosas que aún no sabes de nosotros. Ten en cuenta que pasamos mucho tiempo juntos, no podemos desvelarlo todo el primer día

o luego nos aburriremos. Aquí las historias tienen mucho valor y hay que administrarlas en dosis pequeñas para que duren.

Llevaba razón. Todos relatábamos nuestra vida con cuentagotas, conscientes de que había que hacerlo poco a poco, nos quedaba mucho tiempo allí y en el campo no viviríamos nada que nos apeteciera contar.

—Solo quería que supieras que si quieres hablar de ella puedes contar conmigo, anoche puede que no estuviera receptivo por algunos problemas —recordé el camión y un sabor amargo cubrió mi boca—, pero hoy me encantaría.

—Gracias, tal vez esta noche hablemos de ella.

Isajar e Ivri llegaron en ese momento seguidos de Alberto y Nathan.

—Ya sé cuál es nuestro trabajo de hoy —dijo Ivri intentando hacerse el interesante.

—Simplemente seremos los camareros para una fiesta en honor a la fábrica, eso sí, sin probar bocado —completó Isajar.

—¿Te gusta interrumpirme o algo así? Intento darles emoción a las noticias —frunció el ceño Ivri.

Isajar simplemente no contestó, se encogió de hombros. Qué pareja tan extraña.

—Yo no sé si aguantaré sin comer nada. Pagaría dinero por un bocado de carne. Estoy pensando en comerme aunque sea los restos de los alemanes, rebuscar en la basura... —dijo Nathan.

—Chaval, esos le dan antes las sobras a los perros que a nosotros, lo único positivo es que estaremos calentitos —contestó Ivri.

—Es la primera vez que dices algo inteligente, enhorabuena —repuso Isajar mientras le daba un capón.

—¿Habrá gente importante? —preguntó la vocecilla inocente de Alberto.

—Supongo. Esos no desperdician la oportunidad de comida gratis... —yo no solía hablar, pero con el niño no podía evitarlo, me recordaba tanto a alguien perdido...

—¿Estará la señora buena? No recuerdo su nombre... —me guiñó un ojo, era su forma de decirme que seguía guardando el secreto.

—No lo sé, puede. Da igual —contesté.

—A mí me encantaría conocerla, imagínate, podría ayudarnos —habló Nathan.

El pequeñín de nuestro barracón salió corriendo hacia su litera. Ellos siguieron hablando de la misteriosa dama. Lo que desconocían es que yo sabía quién era y que de angelical no tenía nada, era la mismísima hija del jefe, aquella a la que observé reír cuando nos trataron como perros. La que me había obligado a recoger la mierda, una mujer para la cual no valíamos más que un insecto. Desde el otro lado de la habitación Alberto me llamaba con su mano.

—Perdón, chicos, pero creo que el visionario de ángeles quiere que vaya con él.

Todos se echaron a reír y me vieron marchar. El cuarto no era muy grande, así que de cuatro zancadas me puse al lado de Alberto. Él estaba girado hacia un rincón con las manos abiertas. Cuando se dio cuenta de mi presencia, las cerró.

—¿Qué querías? —pregunté.

—Es un secreto, como el otro que tenemos tú y yo, ¿vale?

—Por supuesto —y levanté la mano en señal de juramento, quería oír qué clase de confidencia podría contarme un niño de apenas ocho años.

—Quiero que le des un regalo a Juliana.

Me quedé boquiabierto.

—¿Por qué no lo haces tú? —repuse amablemente, no quería tener nada más que ver con ella.

—Porque yo no voy, ayer nos dijeron que hoy nos dan el día libre y mañana empezamos o algo así. Bueno, te voy a dar el regalo, pero no te lo quedas, ¿vale?

—Sí —me reí divertido, ¿qué clase de regalo podría recibir alguien en Auschwitz que cuidara con tanto aplomo?

—Toma. —Abrí mi mano y lo depositó en ella—. Es un trébol de cuatro hojas, dicen que da suerte. Un amigo me contó que todo el mundo quería uno, pero como lo encontré yo, decidí que sería para mi amiga, así que ¿se lo darás tú?

—Vale.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

—En verdad lo he hecho para hacerte un favor —repuso de manera chulesca—. Como te dije aquel día, te gustará, así tendrás una excusa para conocerla.

Después de esa conversación llegó una descripción detallada de Juliana, en la cual sus ojos pasaron de ser azules a verse de tres colores, se inventó cuarenta datos de lunares identificativos y dijo que tal vez la viera volando; en ocasiones se me olvidaba que era un niño. Después de la cuadragésima promesa, intuí que confió en mí, puesto que se fue a jugar con Ivri y Nathan.

Me quedé mirando el trébol en la palma de la mano. ¿Se lo daría o rompería la promesa absurda con un niño? Y si se lo daba, ¿cómo actuaría en esta ocasión la bipolar Juliana? O lo trataba como un diamante o lo tiraba al suelo y, viniendo de mí, la segunda opción era la más correcta, al menos era lo que yo haría con algo suyo. Además, ¿qué importaba todo si tal vez ni viniera? Entonces un recuerdo, ella mirándome, queriéndome tocar, ¿y si se volvía loca y hacía eso en un sitio lleno de alemanes? Me matarían pensando que la había drogado o engañado. Otro momento llegó a mi mente, recordé que junto con su mano venía un calor, un calor que abrasaba mi rostro sin rozarlo.

—¿En qué piensas, hijo? —padre acudió a mi lado.

—En la fiesta de esta noche, trabajo, padre.

—No me lo creo —dijo enarcando las cejas—, pero si no me lo quieres contar...

—¿Por qué te iba a mentir?

—Porque por una fiesta de alemanes no parecerías así de...

—¿Así de qué? —le interrumpí.

—Feliz, simplemente pareces extrañamente ilusionado.

Antes de ir a la fiesta nos permitieron ducharnos. Era la segunda vez que me duchaba esa semana y aún me quedaba la ducha del domingo, todo un lujo para mí. Como siempre, no todo podía ser positivo y el agua caía cual témpano de hielo. Pero al menos me sentiría limpio. A la salida de las duchas nos dejaron un uniforme para la gala. Consistía en un pantalón blanco de vestir y una camisa de rayas, ante todo que no se nos olvidara que éramos presos. Luego se nos indicó cómo debíamos trabajar. Unos se encargarían de poner los canapés y las bebidas, que venían del mejor *catering* de Polonia, en las bandejas. Otros de servir la comida caliente y la bebida durante la cena. Otros pasarían la bandeja con los canapés antes de la cena, y por último, estaba yo, que tenía la labor de sacar bebida en unas bandejas antes y después. El sitio elegido era el salón de fiestas dentro del campo, que se componía de dos partes, una para el aperitivo y otra para la cena, y un patio lleno de nieve. Nos recordaron las numerosas reglas, entre ellas no comer, no

beber, no hablar ni tocar a los invitados, no tocar la comida con las manos... Básicamente, comportarse como si tuviéramos una enfermedad contagiosa y nadie nos pudiera ni mirar por temor a contagiarse.

La cena era a las siete, así que a las seis empezaron a llegar los invitados. Yo, como siempre, los esperaba en el primer salón para ofrecerles una copa de vino nada más entrar. La mayoría tardaba en aparcar en el hielo; por supuesto, todos traían sus chóferes privados. El salón era bastante amplio, supuse que podría albergar a unas doscientas personas. Todo él estaba decorado con mesas blancas y lámparas doradas, ninguna silla, y en las paredes, retratos del Führer con al menos seis banderas del régimen. Vamos, el sitio más feliz para mí, un salón lleno de nazis que me odiaban y podían matar una vez borrachos en cualquier instante.

Cuando quedaban diez minutos abrieron las puertas del gran salón, y pudimos descansar hasta que salieran de la cena. Me habría sentado, pero no había sillas, así que empecé a recoger un poco, no sabía lo que tardarían los alemanes en terminar de cenar y todo tenía que estar limpio para cuando salieran. Mis compañeros fueron a por la escoba, el recogedor y bolsas de basura, y yo me quedé por si alguien más llegaba. La puerta se abrió, como siempre, alguien tenía que ser impuntual. Entraron una mujer y un hombre, pero él corrió al coche, supuse que había olvidado algo. Me acerqué al proyecto de dama.

—Disculpe, ¿quiere que le coja el abrigo y se lo guarde?

—Sí, gracias.

Ya había distinguido esa voz petulante que me encantaba, era Juliana. Se quitó el abrigo con una delicadeza propia de las reinas, aún de espaldas a mí, y me lo dio mirando hacia afuera, esperando a su acompañante. Iba sencillamente preciosa, puede que nos incordiará, pero era el ser más bonito de la naturaleza. Llevaba un vestido gris de cola, de tirantes y con la espalda abierta hasta la cintura, que dejaba entrever todas sus curvas. Ella seguía sin percatarse de que era yo y me sentí mal. Me gustaba que me odiara, que me quisiera tocar, pero no su indiferencia. Podría mentirme a mí mismo, pero le pregunté para verla, para ver su cara.

—¿Quiere algo de beber?

—Vino blanco estaría bien.

Conseguí mi objetivo cuando se giró para coger su copa. Al verme, noté cómo sus facciones se ponían tensas. Tenía un recogido precioso en el pelo, con un mechón rebelde en la cara, los ojos destacaban bajo una sombra

oscura más que de costumbre y sus labios, con el carmín rojo, me resultaron más apetecibles que nunca. La cuarta norma era no hablar con los invitados y la incumplí:

—Está muy elegante, Juliana —dije al tiempo que me aproximé a ella.

Podría haberse movido, estoy seguro, en cambio permaneció quieta, mirándome fijamente, sin hablar, mordiéndose el labio y masajeándose las manos con nerviosismo. Sentía su olor, no podría identificarlo, solo supe que me encantaba, su pecho se movía cada vez más deprisa debido a una respiración irregular. Entonces me di cuenta de que no mentiría a un niño, y cogí el trébol de mi camisa. Ella seguía allí, sin moverse, y entreví una sonrisa por algo que había apreciado en mí. Poco a poco acerqué mi mano a la suya para depositar el regalo de Alberto. Lo hacía a ciegas, sin apartar mis ojos de los suyos. Quedaba poco para rozar su mano y romper así la segunda norma. Me armé de valor, en esos momentos daban igual las consecuencias, la cogí, ella se asustó pero no apartó la mano de mí. Abrí con delicadeza sus dedos e introduje el trébol de cuatro hojas. Juliana desvió la mirada, apartó su mano de la mía y miró el trébol que ahora era suyo.

—¿Un trébol?

—Es un regalo de Alberto, cree que le dará buena suerte.

—Tal vez lo necesitas más tú —me miró inquisitivamente.

—Lástima que él la prefiera a usted. Además, ¿no le han enseñado que los regalos no se devuelven, ángel?

Contrariada, iba a responderme, pero apareció su acompañante, la persona que menos me hubiera gustado ver, Louis. La agarró de la mano, la besó en los labios y ambos se dirigieron al gran comedor. A mí él ni me miró. En el momento que apareció, para ella dejé de existir. Solo un detalle mientras veía que se marchaba me demostró que no lo había soñado, que de verdad nos habíamos tocado: su puño derecho apretado sujetaba algo, el regalo de Alberto. Un sentimiento nuevo surgió en mí. Era como si me golpearan con puñales en el estómago. Entonces fui consciente de algo, dejé de mentirme, me había ilusionado con aquella mujer. Puede que fuera petulante, orgullosa, irónica, alemana, pero había algo en cómo nos mirábamos que hacía que mi ser vibrara de una manera que me volvía loco, deseaba enfadarla, reírme, besarla, deseaba demasiado de ella. Pero para ella yo no era nadie, un simple judío, alguien a quien odiar, ya lo había visto, ella quería a un hombre como Louis, y yo era todo lo opuesto. Nunca la tendría, porque yo valía menos que ella.

Cuando finalizó la cena, los invitados salieron a seguir bebiendo más borrachos que antes si cabía. Todo ese tiempo había estado pensando en Juliana y la conclusión había sido la más sencilla: la cadena de acontecimientos que hacían que nos encontráramos terminaría y yo podría vivir sin verla, así el deseo que tenía en mí no crecería y viviría en paz. Un invitado borracho empezó a abofetear a todos mis compañeros según los encontraba en su camino. Dos tortas para ver si Yahvé venía a ayudarnos, repetía sin parar. Le faltaba poco para llegar a mí.

—Disculpa...

Mierda, ahora no, Juliana iba a ver cómo me abofeteaban y me trataría como el resto de monstruos allí delante.

—¿Me oyes? —preguntó.

—Sí, dígame —ofrecí con la cabeza baja, abatido por los dos días que llevaba.

—Quiero que me acompañes al jardín, tenemos unos presentes para los invitados y necesito ayuda —anunció con orgullo, como era ella.

¿De todos los judíos que había allí tenía que ser yo? ¿Tenía que pedirme que la acompañara para torturarme más? Anduve detrás de ella hasta que salimos. Ninguno hablaba, de vez en cuando la miraba de reojo, pero ella no me miraba a mí. Entonces, como siempre, actuó de una manera que no comprendí, se dio la vuelta y empezó a hablar tan deprisa que apenas podía entenderla:

—Mira, ya sé que un regalo no se devuelve. ¿Siempre tienes que ser tan listillo hablando? No, no me contestes. Simplemente quería ser agradable contigo. El otro día tenías la cara llena de moratones, por eso te dije que si lo querías, por si era un símbolo de buena suerte para los judíos.

—Espera un momento...

—¿Sí? —dijo agitada, el aire le dejaba caer más mechones sobre la cara y se veía preciosa.

—Acabo de entender una cosa.

—¿Cuál? —preguntó entornando los ojos.

—Que te preocupas por mí.

—Yo no he dicho eso —titubeó—, simplemente pensaba que necesitabas suerte por lo estúpido que eres enfrentándote siempre a todo el mundo. No haces honor a la enorme cabeza que tienes sobre los hombros.

Ahora era divertido, me encantaba vacilar con ella.

—Si te importo tanto, procuraré no meterme en líos por ti —le guiñé un ojo, supe que eso la volvería loca de rabia y también que no me haría daño. Confiaba en ella.

—¿Cómo te atreves? Te saco de la fiesta porque hay un hombre borracho golpeando a todos los judíos y así me lo pagas. Desagradecido — me echó en cara.

—¿Acabas de oírte? —ahora sí que estaba riendo a carcajadas—: «Te saco de la fiesta porque hay un hombre golpeando...», queda demostrada mi afirmación de que te preocupas por mí, y más de lo que creía. Claramente preocupante. Tú tampoco haces honor a la delicada cabeza que tienes sobre los hombros.

—Mira, eres insoportable y muchos tacos más que el decoro no me permite llamarte —ella hablaba con seguridad, pero no la tenía; la había pillado—. Simplemente te he llamado porque necesitaba ayuda y he aprovechado el momento oportuno. Dale las gracias a Alberto.

—Se las daré de tu parte —la miré a los ojos y su rostro estaba rojo, como si fuera a estallar de furia de un momento a otro.

—Ahora no hace falta que nos hablemos lo que queda de camino.

Ambos continuamos en silencio hasta nuestro destino, un rincón del patio nevado. No me había dado cuenta del frío que tenía hasta que la vi tiritar a ella, que no llevaba su abrigo. Se me ocurrió algo.

—Juliana...

—¿Creía que te había dicho que no me hablaras! —contestó borde, potente, cien por cien ella.

—Es solo que te veo tiritar y que, vamos, si quieres, como favor te abrazo, solo porque cojas calor —le sonreí y puse cara de ángel.

—Ni muerta —dijo con la sonrisa más ancha que pudo—. Ya hemos llegado.

La caja estaba frente a mí. Al verla, comencé a reír, me doblé sobre mí mismo. Era del tamaño de una caja de zapatos y contenía ¡cigarros!

—¿Qué te hace tanta gracia? —me preguntó.

—Esta caja la podías haber llevado tú sola. Definitivamente, eres mi heroína.

Haciendo gala de un esfuerzo terrible, habló como si no se muriera por atizarme.

—Tengo a las bestias para que me lo lleven. Un consejo: no le hables así a nadie más porque te matarían sin pensárselo dos veces. Yo no lo hago

porque me das pena, no merece la pena gastar una bala en ti —ironizó.

Intentó dar una zancada grande para huir de mí, tan nerviosa que no se dio cuenta de que uno de sus tacones se había quedado clavado en el hielo, así que se escurrió y chocó de espaldas contra mi pecho. Otra vez el contacto hizo que me quemara toda la piel. Podía haberse incorporado antes, pero se quedó recostada en mí. Nuestros cuerpos se acoplaban a la perfección, y estoy seguro de que ambos sentimos ese calor que poco tenía que ver con la temperatura. Entonces le susurré en el oído:

—No podrías matarme, no quieres, necesitas que esté bien y eso te confunde y duele. Eres diferente a ellos, sientes algo por un judío y sabes que, de entre todas las locuras que podrías cometer, esta sería la peor y, aun así, el sentimiento crece sin poder detenerlo.

Se zafó de mí corriendo y, con una última frase, puso fin a nuestra conversación, al menos a la de ese día:

—No me conoces, me das igual, como todos los de tu clase.

CAPÍTULO 9

Aunque era de madrugada, sabía que Ada estaría despierta esperándome puesto que tenía órdenes de ello. Había intentado no emborracharme como la vez anterior, no lo había conseguido. Yo no sabía que el efecto del alcohol no era inmediato, así que cuando me quise dar cuenta no sabía hablar y me iba chocando con las paredes.

—¡Ada! —grité borracha al entrar a casa.

Como una corredora de fondo, en menos de dos segundos se plantó a mi lado. Me subió a la habitación y me puso el pijama. Le hice una seña para que se sentara en la cama.

—Ada, hoy ha sido el mejor día de mi vida. He besado al hombre de mis sueños, Louis.

—Me alegro, señorita —su sonrisa parecía sincera, al menos—. ¿Cómo ha sido?

—Cuando he bajado después de arreglarme para la fiesta, me ha invitado a tomar un café. Allí hemos estado hablando de su vida y de la mía. Tuvo un padre muy malo —dije mientras ponía morritos de niña pequeña y controlaba el vómito.

—¿Y eso?

—Quería que Louis fuera el mejor en las Juventudes Hitlerianas y, cuando no lo conseguía, le encerraba en una habitación; una vez estuvo incluso cinco días sin comer ni beber.

—Lleva razón, un hombre malvado.

—Menos mal que Louis es tan bueno. —Ada puso los ojos en blanco, fingí no darme cuenta—. Ha presentado una solicitud para ir dos meses a ayudar al Führer en persona y dice que, si se la dan, será alguien bastante importante en el régimen.

—Lo que nos faltaba —susurró Ada tan bajo que casi no la escucho.

—¿Qué? —pregunté mientras la cabeza me daba vueltas.

—Que ojalá consiga lo que se propone —gritó como si yo estuviera sorda.

—Eso mismo digo yo —sonreí—. Bueno, pues en medio de las confesiones me ha confesado que ya sabe que es muy pronto pero que yo le gusto muchísimo. Lleva mucho tiempo buscando a la mujer con la que perpetuar su estirpe y me ha elegido a mí, ¿te imaginas los niños tan guapos que tendríamos juntos, Ada? Entonces me ha dicho que podríamos empezar una relación y, por supuesto, he aceptado. No te niego que al principio tuviera un poco de miedo, era mi primer beso con un hombre, pero luego todo ha ido a la perfección.

—Y ¿qué ha sentido? —preguntó Ada mirándome fijamente.

—Qué voy a sentir, nervios y, luego, pues ganas de aprender a besar, estamos hablando del primer beso con un hombre. No paraba de pensar que lo hacía mal.

—¿Estaba pensando mientras le besaba?

—Por supuesto, con un hombre como él hay que pensar y aprender para ser perfecta en todo. Luego me ha entregado unos pendientes a juego con el colgante que me regaló y nos hemos ido a la inauguración de la fábrica —le enseñé los pendientes—. Es tan romántico, de verdad. Luego, en la fiesta, todo genial, hemos bailado, bebido, hablado, besado (creo que la última vez lo he hecho mejor, como siempre, él perfecto). También he estado un rato con Alger y, ¿adivinas?

—No —se rio de mi estado de embriaguez.

—Tal vez me consiga trabajo en la fábrica ayudándole en cosas de contabilidad. ¡Así tendré algo que hacer!

—Me alegro. Entonces, ¿día perfecto?

—Bueno —un hecho oscuro acudió a mi memoria—, solo un incidente malo, sin importancia.

—¿Qué le te ha pasado? —preguntó preocupada.

—Nada, un estúpido.

—¿Amigo de Louis?

—Qué va, judío —contesté secamente, no quería hablar de él.

—¿Y qué ha hecho con un judío?

—¿Te acuerdas del chico con ojos verdes que trabajó aquí en la casa? ¿Aquel al que hice limpiar la mierda? —Asintió—. Pues el mismo.

—Era un joven muy guapo —me miró pícaro.

—No me fijé en él.

—Tenía un pelo negro azabache precioso y era bastante musculoso, demasiado, creo yo —afirmó Ada.

—Creo que te equivocas, su pelo era castaño con pequeños reflejos de otro color. Tenía el cuerpo delgado, pero con forma, no excesivamente musculoso. ¿No te acuerdas? —Ada negó riendo—. A ver que te diga más datos, la sonrisa, una sonrisa traviesa —seguía negando—, las cejas espesas y bonitas, ¿aún no? —negó—. Esas manos rudas y brazos que cuando te agarran lo hacen con firmeza... —cuando me di cuenta, ya no estaba hablando para ella, sino para mí, narrando mis pensamientos sobre él.

—Ya sé de quién habla —sonreía y me miraba cómplice—, ¿y qué ha pasado con él?

—La historia viene del otro día. —Me hizo un gesto de que continuara y lo hice sin ganas—. El otro día casi me caigo buscando a Alger, entonces él me sujetó.

—Qué amable.

—Y bueno, pues a mí me dio pena y digamos..., bueno, ese no es el caso, lo que pasa es que hoy había un hombre pegando a todos los camareros y él era uno de ellos. Así que como tenía que llevarme a alguien, le llamé a él solo para dejar que sus heridas cicatrizaran.

—Eso, Juliana, está muy bien —dijo mientras me miraba con más cariño que nunca.

—Él, al ver la caja tan pequeña, ha pensado que lo he llevado porque me importa mucho y se ha mofado de mí. «Mi heroína», me ha llamado con ironía.

—¿Lo ha hecho?

—¿El qué? —pregunté, todo me daba tantas vueltas.

—Llevárselo porque le importa.

—Por supuesto que no, y luego casi me vuelvo a caer, pero él estaba detrás. Y el atrevido, como he tardado unos segundos en incorporarme porque tenía que recuperar la estabilidad, me ha hablado ¡al oído!

—¿Y qué le ha dicho? —preguntó intrigada, esta historia le gustaba más.

—Que no quiero matarle, que necesito que esté bien y eso me confunde y me duele; increíble, ¿verdad?

—¿Y qué le ha contestado? —estaba impaciente.

—Ahí ya he quedado bien, con todo mi orgullo le he dicho que no me conoce y que no me importa nada, como todos los de su clase —sonreí orgullosa. Entonces vi la decepción en los ojos de Ada—. ¡Oh, Ada! No te lo

creas, es mentira. Tú sí que me importas, es solo que tenía que quedar por encima de él, es un juego, ¿comprendes?

—Entonces, ¿él le importa?

He ahí la pregunta más difícil cuya respuesta ni siquiera yo sabía, formulada por una judía a la que hacía unos días hubiera azotado por el mero hecho de sentarse en mi cama. No quería mentir a Ada, por ello puse las dos neuronas que me quedaban tras la ingesta de alcohol en funcionamiento, intentando descifrar lo que sentía. Está claro que no me daba igual, pero tampoco me importaba como Louis, era algo diferente.

Nada más entrar en el banquete le vi, pero fingí no hacerlo, quería saber si se acercaría a hablarme, y sorprendentemente, lo había hecho. Al oír su voz la primera vez no me giré. Por dos motivos: quería que me llamara otra vez y tenía miedo de la reacción del monstruo dentro de mí la primera vez que le viera estando a solas. Pero al darme la vuelta, el monstruo no había hecho nada porque ya no existe como un ente separado de mí, ya somos uno. Me gustó el contacto con su mano y, por un instante, pensé que me rozaba porque sí, que no me iba a dar un regalo, que simplemente me daba la mano y me daba igual. Luego, cuando vi cómo golpeaban a los camareros y cómo esa hostia se acercaba a Ishmael, la ira me había envuelto, sabía que si le pegaban podría reaccionar de manera irracional y hacer algo, así que en un arrebato de inteligencia suprema decidí llevarlo a por unos cigarros para salvarle.

Claro que él no podía mantener el aura de encanto y tenía que ponerse chulo, encima que le hacía un favor, era definitivamente estúpido, y eso, eso me preocupaba sobremanera, en este sitio la condena por ser chulo era la muerte y no quería que su corazón dejase de latir. No le conocía, pero sentía que quería que estuviera a salvo, sonaba raro, lo sabía, pero lo sentía así. Cuando caí apoyada en él, perdí el sentido, si no hubiera roto ese momento con una de sus frases, estoy segura de que habrían tenido que salir a separarnos. Ya tenía la respuesta a la pregunta de Ada, puede que no me entendiera a mí misma, pero si lo que me preguntaba era que si me importaba él, para bien o para mal, la respuesta era sí. En una situación normal, nunca lo hubiera confesado, pero el alcohol había cambiado hasta mi personalidad.

—Sí, Ada, me importa —confesé avergonzada.

—¿Por qué se avergüenza, Juliana?

—No lo sé, supongo que porque debería darme igual alguien para quien soy un chiste andando.

—No creo que sea eso para él —me dio la mano.

—Es lo mismo —me repuse—, al fin y al cabo, yo al que quiero es a Louis —vi el trébol en la mesita—. Ada, ¿alguna vez ha sentido algo sin saber por qué?

—Muchas veces, la mayoría de los sentimientos que importan son imprevisibles, por eso son mágicos, tú no mandas, no decides cuándo vendrán.

—¿Es normal que me duela que alguien que apenas conozco se ría de mí?

—Sí, es un síntoma —me arropó.

—¿De qué?

—De un sentimiento imprevisible, no sé cuál, pero uno de ellos.

La bebida empezaba a hacer que se me cerraran los ojos, así que poco a poco Ada se acercó a la puerta para marcharse. Apenas podía abrir los ojos, pero había una pregunta que le tenía que hacer:

—¿Por qué sabes que no soy un chiste para él, Ada? —pregunté en un hipo.

—Porque después del odio que tienen los judíos a los alemanes y de todo el daño que presumo que le habrán hecho, él la miraba como un hombre mira a una mujer, con interés.

* * *

Solo la oscuridad se extendía a mi alrededor. Llevábamos cerca de media hora en la fábrica y aún no podía ver absolutamente nada. Nos tenían dentro con un frío enloquecedor, en fila india, esperando a ver nuestros puestos, pero en ese momento lo único que apreciaba de esa nueva etapa que se extendía ante mí en Auschwitz era la oscuridad más absoluta, una oscuridad que bien podría simbolizar el tiempo ya pasado allí. En cierta manera debía conocer esa nueva instalación, ya que había transportado un amplio porcentaje de la maquinaria. Me imaginaba la fábrica de armamento como algo monstruoso. De algún modo me convertía en cómplice de su masacre, ya que la consecuencia de esa estancia era una mejor posición de mis enemigos ante la guerra y menos posibilidades para nosotros.

Te sientes un traidor cuando piensas que gracias a tu futuro trabajo miles de personas que luchan por tu causa morirán. Ayudar es la única manera de mantener la vida en el campo y, hasta que no te ves en una situación límite,

no sabes hasta qué punto serías capaz de colaborar con tu asesino a cambio de unos minutos de vida, aunque esos minutos no signifiquen una vida plena, sino en una jaula, en un zoo; no obstante, vida.

Envidiaba a las personas que habían fallecido en esas cunetas, pensaba que ellos estarían en algún lugar mejor sin tener que aguantar las atrocidades que nos esperaban a nosotros, que «éramos afortunados». ¿Que por qué era un afortunado? Es muy simple, después de llevar a cabo mi primer trabajo «secreto», suponía que mucha gente de este campo hacía ese y otros peores, así que, dentro de lo malo, ser el traidor de los tuyos en una fábrica era una de las mejores bazas que tenía allí dentro.

Solo una cosa no abandonaba mi mente: mi madre y mi hermana. ¿Engrosarían la lista de personas fallecidas en una cuneta? ¿Harían trabajos forzosos todo el día? ¿Recibirían palizas? ¿Comerían? ¿Estarían enfermas? Demasiadas interrogantes y pocas respuestas; era algo ya habitual. Lo peor de tener tantas preguntas es no poder formularlas, guardártelas dentro y no enterrarlas, sentir cómo crecen día a día, cómo con cada experiencia negativa vivida aumentan las preocupaciones y nunca se atisba un minuto de esperanza. Siempre supe que no volvería a saber de ellas. Tuve esa certeza al cien por cien, pero, en el fondo, mi yo emocional esperaba que fuera como en la cárcel, donde teníamos un día de correo en el que era posible saber de nuestros familiares, un día en el que llegara una carta de defunción o avisaran de que los aliados las habían salvado. Pero no. La incertidumbre, ese es el peor enemigo del hombre. Prefería saber que estaban muertas a vivir con mi máximo temor, el no saber nada, para bien o para mal, y si a eso le añadía que tal vez no lo supiera nunca, el dolor aumentaba hasta proporciones insufribles.

Pero no todo podía ser negativo. El ser humano, hasta en las condiciones más adversas, saca algo positivo para poder vivir. En mi caso tenía a mi padre, eso me reconfortaba, saber que él estaba allí, saber que yo le protegería con mi vida y que por lo menos, si algo le pasaba, yo sería consciente. Luego quieres ser duro, cerrar tu corazón, no porque no lo tengas, sino para no preocuparte por nadie. Entonces llega gente como Ivri e Isajar y, sin que te des cuenta, se han convertido en tus amigos; Nathan y Alberto en tus sobrinos pequeños; y Eleazar en ese tío mayor con el que en ocasiones se charla. Compruebas que sigues receptivo a comunicarte con la raza humana. En el fondo sabes que es negativo, que sufrirás si algo les pasa, que ahora ya no estás tú contra los malos, ahora ellos tienen algo con lo que chantajearte.

Y es en esos momentos cuando te planteas cerrarte en ti mismo. Pero no puedes, el ser humano necesita comunicarse tanto como el aire para respirar. Luego piensas que eres joven, te acuerdas de las cosas que veías hacer a la gente a tu edad, recuerdas por qué querías crecer. Querías trabajar, querías viajar, querías ir por la calle sin el cuidado de tu madre, querías salir con tus amigos, tener una chica... Una chica, y ahí estás, rodeado de hombres, pero el deseo hacia el sexo femenino no se ha ido, no puede desvanecerse porque es algo innato. Entiendes que no tendrás nada de lo que tanto has ansiado y te duele, pero no lo puedes mostrar porque, si lo haces, te conviertes en alguien débil. Una cosa he aprendido aquí: no estar serio, no llorar, hablar normal e incluso reír no significa que no estés mal, es mentira, todos estamos hechos polvo por dentro, pero intentamos disfrutar del cero coma uno por ciento de vida de la que disponemos.

Los alemanes creen que ellos son los únicos que nos odian y, como en muchas otras cosas, se equivocan de cabo a rabo. Los odio con toda mi alma, creo que si ahora mismo me dieran un arma les metería un tiro a todos; en un mundo de bestias hasta el más santo se convierte, es la selección natural, el instinto de supervivencia arraigado en el hombre. Cuando reflexiono acerca de momentos como los de la noche pasada, pienso que la locura está haciendo mella en mi persona. En una fiesta con mis mayores enemigos puse la mejor cara de la que fui capaz e incluso intenté agradecerles. Una parte de mí deseaba ver algún gesto de compasión, una imagen de una persona que me dijera: «Lo siento, no comparto su opinión, pero no puedo hacer nada». Soy consciente de que eso no cambiaría ni un ápice mi situación, pero al menos dormiría pensando en una insurrección dentro de los propios alemanes, soñaría con cómo se levantaban contra su ejército y nos salvaban, cómo no todos nos odiaban.

Cuando el alemán gordo empezó a golpear a mis compañeros, sentí una impotencia gigante, esperaba mi turno, pero, mira tú por dónde, alguien había salido en mi ayuda. Puede que ella me hubiera dicho que no le importaba nada, pero era mentira. Me gustaría poder introducirme en esa cabeza caprichosa y saber lo que piensa; de aquí, es la persona que más me intriga. El primer día creí que era peor que todos ellos, viéndola reír al lado de los monstruos uniformados, pero, como en muchas ocasiones, me equivocaba.

Sigo sin saber exactamente por qué, pero me protege y, ahora que lo pienso, ya lo hizo ese día, cuando irrumpió en la conversación con el médico alemán que prometía acabar con consecuencias negativas para mí. Creo que

ella tampoco se entiende y eso es algo que me hace gracia, resulta cómica diciéndome que no le importo nada después de haber usado la excusa más tonta para ayudarme. Aunque ahora tengo dos problemas con respecto a ella, porque tampoco me entiendo a mí mismo, y eso sí resulta frustrante.

Podría tirarme horas despotricando sobre Juliana, insultándola, inventando cien argumentos en su contra, tachándola de alemana igual que ella a mí de judío, pero solo sería mentirme a mí mismo y, con todas las mentiras que hay ya en el ambiente, una nueva no procede. No lo entiendo, porque no la conozco, porque mi razón de ser, mi naturaleza, debería odiarla, pero no lo hago; es más, me gusta verla.

Me gustaría pensar que el hecho de ser alemana no es razón para odiarla, pero lo es, por lo menos en mi caso. Sería idóneo ir de bondadoso y decir que no detestaba a todos los alemanes, solo a los malos, pero llegados a este punto los despreciaba a todos menos a ella. Puede que sea la manera en que mi inconsciente agradecía la ayuda encubierta prestada, no lo sabía.

Pero en ese caso, ¿por qué quería verla? ¿Por qué ansiaba tocarla? ¿Por qué deseaba que no estuviese con nadie? Podría ser porque es de las pocas mujeres que veía, sería lógico, era un hombre, tenía deseos, ella era lo único que había y la quería para mí. Sin embargo, era algo más profundo; aunque no hubiera amado, había estado con algunas mujeres en mi vida, no todo había sido sufrimiento y las había deseado cuando las hacía mías, sabía lo que se sentía y no se parecía ni por asomo. El sentimiento que ella desataba en mí yo salvaje era algo superior, incontrolable, no sabía si mejor o peor, sí diferente. Un sentimiento que me gustaba y aumentaba cada vez que la veía. Por ello allí dentro, donde los sentimientos solo tomaban dos direcciones, el temor o la pasividad, se había convertido en mi pasatiempo favorito.

No me hacía ilusiones, ella nunca se fijaría en un hombre como yo, tal vez sí en un mundo diferente..., pero era posible que en ese universo paralelo yo nunca hubiera gastado más de cinco segundos en ella. No quería pensar en realidades alternativas, me gustase o no, esa era la mía.

Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, al llegar a mi conclusión final las luces se encendieron y me deslumbraron durante al menos diez segundos. Cuando llevas más de media hora en la oscuridad, la vista se acostumbra y el reflejo de las luces de neón sin previo aviso te ciega. Por fin tenía enfrente nuestra obra, esa nueva fábrica se extendía ante nosotros. Me quedé perplejo, nunca creí que un lugar en el que se fabricaban instrumentos para matar pudiera resultar tan bello. Tenía forma de rectángulo con grandes

cristaleras a ambos lados y paredes blancas, era puro y limpio. La primera sensación que me transmitió podría describirse con dos palabras: *paz* y *tranquilidad*.

Las personas que habían ideado la estructura lo habían hecho francamente bien. El rectángulo estaba dividido en tres partes, separadas entre sí por unas puertas de madera que ahora mismo estaban abiertas. Yo me encontraba en un bloque lateral lleno de mesas largas de cadena de trabajo. Cada mesa tenía una maquinaria diferente para introducir una pieza en la cadena de montaje de las armas. No lo sabía exactamente, pero intuía que los otros dos bloques serían, si no iguales, parecidos. En el bloque más alejado distinguí a varios niños, así que intuí que en él se debían insertar las piezas más pequeñas e importantes, esas que solo pueden introducir unas manos diminutas. ¿Qué sería de ellos cuando el tiempo avanzara y crecieran? Otra pregunta más sin respuesta.

Desde el otro extremo, Alger vino hacia nosotros junto con tres oficiales más. No sabía exactamente su edad, pero parecía más joven que los otros, que tenían las espaldas anchas y unas caras que me recordaban la de un rottweiler. Sin embargo, Alger era bastante delgado y alto, en su rostro aún asomaban indicios de juventud, se trataba claramente de un adolescente con poder.

Al llegar hasta nosotros se pusieron los cuatro en una fila horizontal. El primero en hablar fue el oficial de la izquierda, uno de los rottweiler, sin ningún rasgo que lo diferenciara de los otros dos.

—*Heil* Hitler! —Se cuadró.

Recitamos sus mismas palabras y nos pusimos todo lo rectos de que fuimos capaces.

—Somos los oficiales Camilo, Klaus —señaló a su compañero, que en un gesto de amistad nos enseñó los dientes como un perro rabioso— y Yurio —apuntó al otro, que estaba al lado de Alger—. Cada uno seremos los jefes de uno de los sectores de la fábrica de armamento número 88 de Auschwitz. Hoy os enseñaremos en qué consiste vuestro deber y el número de producción necesario para cada día, ¿entendido? —alzó la voz.

—Sí —gritamos al unísono.

El oficial Alger se adelantó un paso al resto de sus compañeros:

—En primer lugar, soy la persona que manda en la fábrica, así que, si no cumplís los propósitos, os impondré el peor de los castigos. Ellos serán los jefes de un bloque, les tenéis que hacer caso en todo, cada uno elegiré a sus

trabajadores. Antes de que ellos hagan la selección, yo escogeré a uno de vosotros para un trabajo —paseó mirándonos uno a uno—. La condición es tener conocimientos de economía. La persona se encargará de los presupuestos, así como de la asignación del armamento a los diferentes batallones. ¿Alguien se considera capacitado?

Guardó silencio mirándonos uno a uno, fijamente, pero nadie dijo nada. Tengo la teoría de que la gente callaba por temor a hacerlo mal; los conocimientos que se requerían no eran excesivos y además parecía un trabajo menos cansado, aunque con más responsabilidades. Tal vez si no hacías la producción un día no te mataran, pero, si te liabas con el papeleo y eso influía negativamente en una batalla, morirías y no de la mejor de las maneras. Yo tenía los conocimientos adecuados.

—Y a mí que me decían que los judíos eran listos con los números —ironizó uno de los perros.

Además, si nadie salía, tal vez descubrieran que algunos compañeros habían mentido en la selección inicial. Muchos de ellos habían dicho ser economistas, si ahora nadie se ofrecía voluntario y lo revisaban, sería el fin.

—Yo, señor —ofrecí en voz alta.

Se acercó a mí junto con uno de los perros, que no pudo resistir la tentación de venir a humillarme:

—¿Eres retrasado, judío? —preguntó con el tono más agrio que pudo.

—No —contesté.

—Entonces la próxima vez que se te pregunte, contesta más rápido —dijo adelantándose, sentía su aliento rancio en mi cara. Me escupió y me dio un puntapié en la espinilla—. Y vosotros, ahora haremos la lista de quién está en cada bloque —añadió mirando a mis compañeros—. ¡Espero que no todos los judíos seáis tan lentos!

Mientras su compañero seguía despotricando, Alger me agarró del brazo y comenzó a andar dejando allí al compañero.

—Sígueme.

Salimos por la puerta lateral más cercana al exterior. A unos cien metros de distancia, distinguí una caseta rodeada de naturaleza y nieve.

—Este es el despacho donde estarás —señaló a pocos metros de distancia.

—Entiendo —contesté.

—Cada día, al finalizar la labor, un compañero te traerá un registro con la producción del día, ¿comprendes?

—Sí, señor —contesté.

—Hoy estarás con un judío que lleva la contabilidad de otra de las fábricas de Auschwitz y te explicará todo lo que necesitas saber. Un aviso — se puso serio—: puede que me veas joven, pero no toleraré ningún error, supongo que no hace falta que te repita las consecuencias —me miró fijamente.

—No, señor, las he memorizado. —Me contuve para no añadir que eran siempre las mismas.

—Una última cosa antes de que te enseñe tu lugar de trabajo.

—Dígame, señor.

—Eres uno de los hombres más fuertes del barracón, así que cuando termines la labor de contabilidad tendrás que transportar cajas con armas hasta el almacén. —Hice un gesto afirmativo con la cabeza—. Pasemos a ver las instalaciones.

Por dentro el despacho era ¿acogedor? Sí, es el adjetivo que mejor lo define. Tenía dos mesas de madera de marrón claro, una enfrente de la otra, con una máquina de escribir en ambas. Había dos sillas, una bastante elegante, de madera fina, y la otra hecha de esparto. Clavadas en la pared blanca había baldas de madera a modo de estantería, tres en cada una, si mi vistazo fugaz no me fallaba. Solo había un detalle que no me cuadraba: en un lateral descubrí un sofá de tres plazas blanco como la nieve, y un ventanal para poder observar el exterior. Demasiado elegante para mí, por lo que la única conclusión a la que llegué fue que Alger estaría también allí. Él notó mi mirada confusa y siguió la dirección de mis ojos. Al ver en qué estaba fija mi atención, puso los suyos en blanco.

—Como puedes apreciar, tendrás a un compañero de despacho. —Le señalé dubitativo—. No, no soy yo, y no me señales.

Seguimos en silencio. Alger estaba sentado en el sofá y yo permanecía de pie a la espera de que se me diera una orden. Le notaba cansado por el protocolo, así que volvió a hablar:

—Cómo es la gente de impuntual. ¡Eh! Se suponía que el judío debía estar aquí hace media hora —me miró, no contesté, esperó un rato y decidió cambiar de tema—. Sobreentendiendo que sabes que tu mesa es la de la silla de esparto —esperó mi respuesta.

—Sí, señor.

—Así como sobreentendiendo que no harás nada que pueda ofender a la señorita que te acompañará en el puesto —me miró fijamente, amenazante.

—¿Una señora del régimen, señor? —pregunté tímidamente.

—Sí, algo así. Ella llevará la contabilidad contigo y te supervisará. No es exactamente una militar, pero a la mínima que se encuentre molesta, te irás a hacer otros trabajos más forzados. ¿Ves este sofá? —dijo mientras lo señalaba—, es para ella. ¿Ves esta ventana? Es para que ella vea las vistas y descanse, ella, no tú. Si en algún momento necesita ayuda, se la ofrecerás, y si en algún instante se ve agobiada, harás su trabajo. Digamos que te conviene que ella esté a gusto y contenta en el puesto.

La puerta se abrió y junto con una ráfaga de aire que transportaba pequeños copos entró un anciano con el uniforme de rayas puesto, mi profesor por ese día. Estaba dispuesto a aprender todo con respecto a la contabilidad, quería ser bueno en el primer trabajo mínimamente intelectual desde que había llegado y, ¿por qué no decirlo?, porque ya sabía quién sería mi acompañante en esta nueva etapa; ¿acaso era tan difícil? Solo podía ser ella, Juliana. El mezquino destino se había empeñado en unirnos y sabía que este caso no sería una excepción. Parecía que una fuerza sobrehumana quería juntarnos, pues ya eran demasiadas casualidades. Si todo el firmamento se estaba poniendo de acuerdo en ese juego cruel, era hora de caer en la tentación y dejarse llevar por lo que estaba escrito, saliera bien o mal.

CAPÍTULO 10

Tenía un dolor de cabeza insoportable. La incómoda resaca me visitaba de nuevo. Intentaba recordar cuánto bebí y se me hacía imposible. En la cena creo que fueron cuatro vinos, ¿o cinco? No sé, luego, en el cóctel de después, empecé probando el whisky, estaba asqueroso, creo que también tomé una bebida cubana, ron añejo o algo así, más aceptable, y champán, muchos brindis y mucho champán hasta que al fin perdí la consciencia de mi persona. Hablé con todo el mundo, reí muchísimo, escuché millones de historias de las cuales no recordaba ni una, me encantaba esa sensación.

Lo que no me explicaron mis amigos de una noche de borrachera fue que al día siguiente me sabría la boca como si hubiera chupado la suela de mi zapato, el estómago lo tenía revuelto y solo rogaba para que la habitación dejara de dar vueltas a mi alrededor. Tenía *flashes* de la noche pasada, pero no eran claros, muchos fragmentos de mi memoria aparecían borrosos o eliminados completamente. Por supuesto, me acordaba de lo más importante y era que tenía novio, Louis. Sin lugar a dudas, fui la gran protagonista de la fiesta, recordaba la cara de las guardias alemanas que me miraban con tanta envidia e ira que parecía que iban a estallar. Ya había cumplido mi meta, había conquistado al joven más guapo y con más poder de allí, un hombre que sería mi futuro marido para siempre.

Cuando mis recuerdos se detenían en Louis me sentía feliz, era tan guapo, tenía ese cuerpo musculoso y esa proyección en su carrera que se me hacía difícil concebir algo superior. Hurgando en mis recuerdos, encontré uno que hizo que me levantara de la cama corriendo, ese mismo día había quedado con él para comer porque me tenía que contar algo. Me lo dijo casi al final de la fiesta, mientras me acompañaba al coche para traerme a casa. Algo que había ocurrido esa noche le había hecho muy feliz y, como pareja suya que era, quería que fuera la primera en enterarme. A partir de ahora sería la primera para él en todo.

Me apetecía gritar y saltar de alegría por todo lo bueno que me estaba ocurriendo, pero, dado que era una señorita, me contuve. Una idea perfecta surgió en mi cabeza, una manera de desahogar mi absoluta dicha sin quedar

como una loca saltarina: escribiría todos mis pensamientos y, cuando lleváramos más tiempo juntos, le daría lo escrito y él disfrutaría con la felicidad que me hacía sentir.

Miré mi muñeca para saber la hora, pero allí no estaba mi reloj. No recordaba habérmelo quitado, así que supuse se me habría perdido en la fiesta; daba igual, le pediría otro a mi padre. Bajé las escaleras sin hacer ruido, pues padre seguía dormido. Como siempre, Ada estaba recogiendo la casa sigilosa como un fantasma para no despertarnos.

—¿Quiere algo de desayuno? —preguntó.

—No, solo un gran vaso de agua helada.

—Eso no será difícil con este tiempo —me tendió un vaso y vacié su contenido de un trago—. ¿Ya ha olvidado el incidente de anoche?

—Sí —contesté aún tragando, no sabía a lo que se refería, pero me daba igual, porque no quería hablar. Mi único deseo era que llegara la hora de ver de nuevo a Louis—. ¿Qué hora es?

—Son las doce de la mañana —miró el reloj de la cocina.

—¿Las doce de la mañana?! —grité, había quedado con Louis en menos de una hora.

—Sí, ¿pasa algo?

—Corre, tienes que ayudarme a vestirme, tengo una cita con Louis y no puedo llegar tarde.

Subimos a la habitación a trompicones. Abrí el armario de par en par y empecé a sacar posibles atuendos para ese día tan importante. Me los fui probando uno a uno mientras Ada daba su opinión. Al final nos decantamos por un vestido azul marino de tirantes, con un breve escote y falda hasta el suelo.

—Le sienta genial, Juliana, ¿pero no pasará frío?

—Puede, pero me da igual. Para presumir, hay que sufrir.

Deprisa pasó al pelo. En esta ocasión me lo dejé suelto, ondulado, con una pequeña pinza azul recogéndome un mechón rebelde. Nos estábamos riendo cuando la puerta de mi habitación se abrió.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó padre en un tono enfadado.

La sonrisa se nos congeló en la cara al instante. Él nos miraba a las dos como si la situación que estaba presenciando no pudiera ser real, sino una pesadilla.

—Ada —dijo con la voz más fría que había oído en mi vida—, estás aquí para trabajar. Esto no es un campamento y mi hija no es tu amiga.

—Lo siento, padre, ha sido mi idea —le interrumpí.

—Cállate. Ada, aquí eres una sirvienta, no estás para mantener conversaciones ni reír con nadie y menos con mi hija, ¿entiendes? —amenazó mientras levantaba una mano hacia su rostro.

—Lo siento, señor —lloriqueó Ada.

—Que no se vuelva a repetir —bajó la mano—. Por lo pronto, hoy además de ocuparte de tus labores de la casa, trasladarás toda la leña al cobertizo aunque te lleve toda la noche. Ahora márchate.

Ada salió escopetada, asustada y aliviada de que nada más grave hubiese sucedido. Mi padre se quedó ahí, enfrente de mí, mirándome como si yo también fuera un insecto, con una severidad y frialdad que nunca había visto en él.

—En cuanto a ti, te prohíbo que intimes con ninguna de estas personas. No son buenas, nos odian y engañan. ¿Sabes por qué ha ido a ti? Porque sabe que eres débil, ve que te puede manipular y quiere engañarte, pero bajo esa cara de corderito se esconde una bestia cuyo único cometido es hacernos la vida imposible.

—Lo siento, padre —me disculpé con resignación.

—Que no se repita, Juliana. Después de la charla de ayer sobre los judíos creía que habías comprendido un poco. Venía a darte una noticia, ahora me estoy planteando si la mereces.

—Siento haberle defraudado. No se volverá a repetir.

—Juliana, no te pongas así —cogió mi mentón y me levantó la vista hacia sus ojos—. Este campo es como si fuera la guerra y tú no eres militar, por ello tienes que seguir mis órdenes, que son siempre buenas para ti.

—Si lo sé, padre, usted es el que más me quiere y nunca diría nada que pudiera hacerme daño.

—Está bien —sonrió—, pero que no se repita. —Empezó a ojear mi atuendo—. ¿Vas a alguna parte? —preguntó.

—Sí, he quedado con Louis —respondí feliz del cambio de conversación.

—Me alegro, veo que seguiste mi consejo en algo y creo que por eso te voy a dar la noticia.

—¿Cuál? —¿qué noticia querría darme? Me intrigaba muchísimo.

—Alger ha venido a hablar conmigo de ti.

¿Alger? ¿Qué pintaba Alger en estos momentos? Pensaba que la noticia sería cualquier tontería de la guerra, que habíamos ganado alguna batalla, que

el campo de trabajo iba mejor, pero nunca algo que me concerniera a mí y menos con Alger.

—¿De qué hablas?

—Tranquila, no es nada malo. Simplemente me comentó que te aburrías aquí en casa. Supongo que no es un buen sitio para una chica de tu edad siempre sola, tal vez por eso has empezado a hablar con personas poco adecuadas —miró a un lado y chasqueó la lengua—. Por ello hemos decidido que te incorpores a la nueva fábrica que él llevará. ¿Qué te parece?

Todo mi cuerpo empezó a temblar de la emoción. Salté de la cama y le di un abrazo sin responderle; trabajar, eso es lo que más deseaba en el mundo. Dejar de estar encerrada en una casa y hacer algo productivo por el régimen.

—Me encanta, padre, ¿cómo será mi trabajo? —le solté de mis brazos.

—Le dije que tenías nociones de contabilidad, así que trabajarás en ello.

—¿Contabilidad? —pregunté confundida.

Sí, había dado algún curso de contabilidad en la escuela, pero de eso hacía muchos años; es más, apenas sí me acordaba de algo. No era el trabajo que mejor desempeñaría ni mucho menos. Debió de notar mi cara de preocupación porque añadió:

—Tranquila, tendrás a un ayudante para las cosas que no recuerdes hacer.

¿Un ayudante? Eso era peor aún, eso significaba que no me consideraban lo bastante buena como para hacer un trabajo yo sola. Me cabreeé con los dos por haber pensado que yo no era capaz, aunque tal vez llevaran razón. Lo que tenía que hacer era no mostrar mi disgusto y hacerlo tan bien que al final tuvieran que quitar al ayudante de mi lado por innecesario. Así que oculté mi enfado y puse mi mejor sonrisa.

—Gracias por todo. Cuando vuelva de estar con Louis, iré a agradecerse personalmente a Alger.

—Es verdad, había olvidado lo de Louis.

—¿El qué? —si era una noticia de Louis, sí me interesaba.

—Hija —me miró asustado. ¿Qué pasaba aquí?—. Louis quería contártelo él mismo, pero no ha podido. —Hizo una pausa—. Le han concedido el puesto al lado del Führer que tanto ansiaba.

—¿De verdad? —pregunté entusiasmada—, eso es fantástico, tiene que estar que no cabrá en sí de gozo. ¿Piensas que debería comprarle un regalo?

—Hija...

—¿Qué crees que le gustaría? Madre mía, y he quedado en menos de diez minutos con él...

—¡Juliana! —gritó para sacarme de mis ensoñaciones—, él no vendrá.

—¿Por qué? —pregunté mientras me sentaba y mi corazón latía a mil por hora.

—Se ha tenido que marchar esta mañana temprano. Anoche nos dijeron que se iría de madrugada, pero las cosas se han apresurado y al final ha tenido que ser esta mañana. —Noté cómo mis ojos se llenaban de lágrimas—. No, no llores. Me dio esto para ti.

En sus manos había un sobre blanco. Lo cogí con sumo cuidado. En él se podía leer con una letra pulcra y bella: *«Para mi Juliana»*.

—Me dijo que te lo diera —pausa, no hablé—, piensa que como máximo serán siete meses y volverá siendo alguien de confianza para Hitler. Es lo mejor que le puede pasar a un oficial, no seas egoísta con él.

—Lo siento, solo es que le echaré mucho de menos. Si al menos me hubiera despedido...

—Piensa que estarás inmersa en tu trabajo estos meses, en cuanto te quieras dar cuenta estará aquí contigo.

—Llevas razón —asentí mientras las lágrimas caían por mis mejillas.

Abrí la carta deseando leer las palabras que había dejado para mí, me parecían un tesoro.

«Querida Juliana: Me acaban de informar de que me tengo que marchar a Berlín a mi nuevo puesto. No puedo extenderme mucho, pues he de prepararlo todo y aún no he empezado, por eso solo te haré una petición y te daré una garantía. Te pido que no me olvides, que me esperes y que cuando vuelva sigamos juntos y podamos emprender una vida más seria como pareja. Te garantizo que yo no te olvidaré porque tú tienes todas las características que he buscado siempre en una mujer. En poco tiempo estaré de vuelta con una vida mejor que ofrecerte. Tuyo, Louis».

Leí la carta unas quince veces seguidas.

PARTE 2

El viaje más profundo

Ellos ya no podían hacerme daño. Sí, eran capaces de molerme a palos, pero la sangre solo es mi cuerpo material prescindible. Ella, por el contrario, podría destrozarme, tenía en sus manos mi espíritu.

«Donde reina el amor, sobran las leyes», PLATÓN

CAPÍTULO 11

Estaban siendo los dos días más intensos desde mi llegada. Por una parte, Louis se había marchado, lo cual me hacía estremecer de dolor, y por otra, disfrutaba con la ilusión de enfrentarme a un reto nuevo. El día anterior lo había dedicado única y exclusivamente a autodeprimirme. Era lo que se suponía que una mujer que amaba a su hombre tenía que hacer. Pensaba que todo el mundo debía ver que yo no estaba bien. Justo en el momento en el que empezaba a conocerle, tuvo que irse y eso me apenaba. Sabía que no era un adiós, sino un hasta pronto, pero aun así, en tiempos de guerra, cualquier separación cuesta.

Luego me di cuenta de que mi padre me había dado otra noticia, al día siguiente empezaba mi nuevo trabajo, y eso hizo que el ánimo se me levantara un poco. No es lo mismo estar con esta tristeza sola, encerrada en casa, conviviendo con ella, que tener la mente ocupada. Cogí una caja y comencé a guardar en ella todas las cosas que quería que me acompañaran. Tampoco necesitaba mucho, pues se suponía que allí tenía de todo. Simplemente unos detalles para personalizar mi despacho. En primer lugar, una foto familiar: madre, padre y yo en los tiempos en los que éramos una familia. Luego llegué a la conclusión de que tal vez pasara algún tiempo sin tener nada que hacer en la oficina. Tenía un compañero, pero se trataba un trabajador de Auschwitz, por lo que la opción de entablar conversación con él estaba descartada; bastantes problemas tenía por mi relación con Ada, no quería ninguno más.

Tras meditar durante un rato, cogí los relatos de mi madre y los metí en la caja, serían la mejor compañía para el tiempo libre. El primer día de trabajo es importante. Además, quería demostrar que la confianza que Alger había depositado en mí no era en vano. Me vestí con un traje de chaqueta pantalón marrón oscuro, ceñido a mi cintura. En cuanto al cabello, lo recogí en un moño con el mechón rebelde que siempre se me escapaba. Tenía el estómago cerrado por todas mis emociones. Aun así, bajé a desayunar, no quería desmayarme.

En el salón no había nadie. La mesa estaba puesta con unas tostadas, dulces de leche y una jarra con café. Me serví una taza y comí dos dulces de leche de un tirón.

—Señora, ¿por qué no me ha avisado? El café era el que le ha sobrado a su padre y estaría frío —preguntó Ada repentinamente, cogiendo la jarra para llevarla a calentar.

—No, ya he desayunado —contesté con la boca llena—, tranquila.

—Vale —me miró fijamente escrutando mi rostro—. ¿Está bien?

Otra vez quería intimar conmigo. La conversación con mi padre el día anterior me había servido para darme cuenta de que nuestra relación no se veía con buenos ojos.

—Sí —respondí seca y sin mirarla.

—Tiene los ojos hinchados de llorar, ¿no será por mi culpa? Supongo que su padre le regañó... —dijo mientras su voz se apagaba.

Era el único día en el que no quería pensar en nadie que no fuera yo. Sin embargo, ahí estaba Ada, triste, cabizbaja, y eso hizo que no me sintiera en paz conmigo misma. Cuando me enteré de lo de Louis, decidí aparcar el tema de Ada. Sabía que debía reflexionar sobre lo que me había dicho padre, pero no quise hacerlo, bastante mal estaba ya. Desde mi llegada a Auschwitz siempre había sido consciente de que no me convenía intimar con los judíos, no hacía falta ni decirlo. Poco a poco, vinieron a mi memoria momentos como el de los guantazos por tirar mi vestido al suelo. ¿En qué instante había cambiado eso? Así era como debía actuar. Tampoco había pasado mucho tiempo desde entonces y no era normal un cambio tan brusco. Supongo que soy una persona que se deja manipular, pero ¿hasta tal punto?

Tenía dos opciones. La primera era hacer caso a padre, decirle a Ada que no quería saber nada de ella y volver a actuar como al principio, pero eso no me gustaba. La otra era lo más difícil que haría en mi vida, pues nunca había llevado la contraria o había desafiado a padre. Siempre supe que algún día le desobedecería, pero no que sería por una enemiga, una de las alimañas que me robó la vida.

Pensaba que el día que dejara de ser la niña de mi padre, el día que peleara, sería por un chico, un trabajo, una elección incorrecta..., no por una judía. Quería decirle que me dejara, pero las tripas se me revolvieron y no pude. Fue en ese momento cuando el egoísmo en forma de palabras salió de mi boca, marcando así un nuevo hito en mi vida.

—Ada, da igual lo que me dijera mi padre —traidora, eso es lo que era, una sucia y ruin traidora—, estoy así porque Louis se ha marchado.

—¿Cómo es eso? —dijo acercándose a mí, ya más tranquila—. ¿Y usted está bien?

—Digamos —le sonreí amistosamente— que, justo cuando yo era más feliz, se ha ido y me duele.

Al hablar sobre el tema me puse triste. Entonces, en un arranque natural, se acercó a mí y me abrazó campechanamente, apretando con fuerza y acariciando mi cabeza con ternura. Tampoco es que yo le hubiera dado confianza para este tipo de contacto, una cosa es que siguiera hablando con ella y otra muy diferente hacernos amigas. Sin embargo, se estaba tan a gusto entre sus brazos, era tan puro su tacto, que traicioné a mi padre bien y me fundí con ella. Dos toques en la puerta nos sacaron de nuestro momento.

—Juliana, tengo que abrir.

—Ve, no pasa nada —le resté importancia.

—Una cosa antes de que me marche —me sonrió con calidez—: no sé por qué, pero la aprecio, me gustaría ayudarla, así que para lo que quiera confíe en mí.

—Lo sé —repuse con sinceridad.

Ada se alejó deprisa para abrir la puerta. La persona que entró no la saludó, pero eso era lo normal, no lo que hacía yo. Al rato llegó Alger.

—He venido a acompañarte en tu primer día de trabajo.

—Gracias —le saludé con energías renovadas—, ¡estoy muy nerviosa!

—Lo harás bien. Además, si necesitas algo, me tienes por ahí cerca.

—¿No importa si te llamo cada diez minutos? Suelo tardar mucho en aprender a hacer las cosas... —bromeé.

—No —respondió serio—, luego me quedo un par de horas más y listo.

—¡Pero qué poco sentido del humor tienes! ¿Qué piensas, que soy tonta?

—No, por supuesto que no... —añadió de manera inmediata, hasta que le interrumpí.

—Tranquilo, no me he enfadado, es solo que tengo que hacer que saques un poco del sentido del humor que llevas dentro.

—Entendido —sonrió con su timidez característica—, y ahora, ¿tienes algo que quieras llevar?

—Sí —le señalé la caja.

—Vamos, que yo la llevo y te acompaño.

Todo fue muy rápido, me puse un abrigo para evitar el frío de la nieve, Alger cogió la caja y emprendimos el camino.

—¿Qué es lo que llevas aquí? Cómo pesa —dijo mientras partíamos.

—Las cosas que necesitaré en mi nuevo trabajo.

—Pero si allí tienes todos los instrumentos necesarios —miró incrédulo.

—Decoración, Alger, quiero sentirme como en casa. ¿Tú no?

—Si tú lo dices...

Tras andar alrededor de media hora, vislumbré la fábrica, sencillamente era preciosa, blanca con grandes cristaleras que dejaban ver lo que había en su interior.

—¿Allí es donde trabajaré? —pregunté curiosa.

—¿Allí? —señaló la fábrica y yo asentí—. No, tienes un despacho fuera.

—¿Fuera?

—Sí, a unos diez minutos de aquí —me miró y vio mi cara de pena—. También te gustará. Me he encargado de ello.

El camino que separaba la fábrica de mi supuesto despacho tenía mucho hielo, por lo que tardamos bastante en llegar. Yo, que era muy patosa, andaba despacio y mirando muy bien dónde situaba cada pie. Se podría decir que iba tan concentrada que casi me choqué con la casita baja en la que estaría a partir de entonces. Alger, que había ido unos pasos por detrás de mí vigilando que no me cayera de bruces, se adelantó y abrió la puerta para que yo entrara. En lo primero que me fijé fue en el ambiente, que no estaba cargado de muebles. Era simple, con solo dos mesas, ambas con una máquina de escribir, y un sofá blanco. En una de ellas había una montaña de papeles gigante y me asusté hasta que me di cuenta de que se trataba de la de mi compañero, que en esos momentos no estaba en su sitio.

Alger dejó con cuidado mi caja en la otra mesa y yo saqué el cuadro y lo puse en unos estantes de madera que había detrás. Un rayo de luz se reflejó en el cristal del marco y me percaté de que al fondo había una cristalera inmensa que me permitía observar la belleza de la naturaleza nevada resguardada del frío.

—¿Qué te parece? —preguntó nervioso, esperando mi reacción.

—¡Me encanta! Pero ¿y la persona que estará conmigo?

—Ha tenido que ir a transportar mercancía. Es joven y fuerte, así que no puede estar solamente aquí...

—Ah...

—¿Quieres que empecemos a «decorar» tu despacho? —propuso riendo.

—¡No puede ser!

—¿El qué?

—¡Has hecho una pseudobroma! Al final va a resultar que tienes sentido del humor y todo —le di un empujoncito y él rio con una carcajada limpia tan pura que me hizo desear volver a pillarle desprevenido para robársela de nuevo—. Manos a la obra, caballero.

Como solo llevaba tres o cuatro cosas, la decoración de mi espacio fue prácticamente instantánea. Pronto me puse a practicar con la máquina de escribir y con tranquilidad aprecié que seguía teniendo velocidad y soltura escribiendo. La puerta se abrió con una ráfaga de aire que hizo volar por los aires el último relato de mi madre, mi favorito. Así que me agaché a recogerlo mientras mentalmente apuntaba que el próximo día debía llevar una sujeción para los folios.

—Juliana —dijo Alger—, este hombre estará contigo.

Me incorporé para mirarle, no para saludarle, sabía que no era un igual, un compañero, sino un acompañante. Mi incredulidad fue máxima. Ahí, frente a mí, estaba Ishmael, el judío que parecía predestinado a hacerme la vida imposible. Apenas me miraba, parecía que había algo mucho más importante en sus zapatos. De todas las personas que había en la fábrica tenía que ser él, el único con el que no quería tener nada que ver, el único que me iba a incomodar.

—Él te enseñará en qué consiste tu trabajo hoy; si tienes cualquier duda me avisas, estaré en mi despacho —como Alger no hablaba más de lo necesario, debió de suponer que ya no necesitaba saber nada más, ya que se marchó sin tan siquiera preguntarme si me podía dejar sola con ese ser.

Cuando se oyó el portazo tras él, Ishmael levantó la vista inmediatamente. Me miró con descaro y con una sonrisa traviesa un tanto arrolladora. Sus ojos verdes tenían tal intensidad que me abrumaban. No sabía cómo actuar, no me podía mover, era nuestro momento congelado. Me sentía tonta, como si hubiera tenido que saber que era él el que estaría conmigo; al fin y al cabo, en un campo con miles de judíos, siempre era él. Ambos habíamos tenido muchos acercamientos, pero era la segunda vez que estábamos solos y no sabía cómo reaccionar. Deseaba que él diera el primer paso, que me hablara o se moviera, ya que mi interior cosquilleaba de una manera que no entendía, que nunca había sentido. Existía vida dentro de mí y él la ponía en marcha.

Entonces se acercó a mí resuelto, y con un respingo di dos pasos hacia atrás.

—No se alarme —dijo levantando las manos—, no voy a hacerle daño —y se rio divertido por mi reacción mientras, en vez de venir hacia mí, se sentaba en su mesa.

—No podrías aunque quisieras —contesté tragando saliva.

—Bien, eso es verdad —añadió con su sonrisa burlona—. Ahora, si quiere, traiga su silla hasta aquí o se la traigo yo para que le explique.

—Ya puedo yo solita.

Cogí una silla de madera fina y la llevé hasta su mesa. La agarré con tanta fuerza que me hice daño, pero no lo demostré. Me senté enfrente de él. Ishmael me miró y empezó a negar con la cabeza.

—No, no, no...

—No ¿qué? —pregunté.

—Está muy lejos y no verá los papeles, siéntese aquí —propuso haciendo un hueco a su lado.

De manera brusca y procurando que cayera con ruido, la deposité a su lado. Las patas eran un poco más altas que las de la silla de él, y solo por la estética parecía bastante más buena, así que de nuevo me sentí superior y eso me calmó. Crucé los brazos sobre mi pecho y esperé pacientemente a que comenzase. Él me miró ladeando la cara, se mordió el labio y rio.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunté contrariada.

—Nada, es que nunca pensé que fuera yo quien le tuviera que enseñar.

Cogió unos papeles en blanco y se dispuso a explicarme.

—Un momento —le interrumpí—, antes de que empecemos, quiero dejar las cosas claras.

—Vale —dijo mientras seguía mirando los papeles y los ordenaba dando pequeños golpes en la mesa.

—Yo soy Juliana Stiel y tú, Ishmael, simplemente.

—Comprendo —seguía sin levantar la vista y había comenzado a escribir cifras.

—Puede que me tengas que enseñar, pero nunca pienses que sabes más que yo o me trates como si fuera tonta.

—Me parece perfecto. Nada de batallas de listos. Tú ganas —su tono sonó falso.

Eso me puso furiosa, sabía que eran unas bestias maleducadas, pero tanto como para no mirar a una señorita mientras le hablaba, eso ya era

demasiado. Levanté mi mano y la llevé a su mentón para levantarle la cabeza. Conseguí lo que me proponía, sus ojos ya estaban con los míos.

—Créeme, me gustas tan poco como yo a ti —continué—, pero quiero hacer esto bien, así que paremos ya los juegos que nos hemos traído y seamos compañeros. ¿Entendido? —apunté acercando mi cara a la suya, intimidante.

—No podrías haberte explicado mejor —concedió serio, fijo en mí—. Ahora, si me permites —me apartó la mano—, tengo mucho trabajo que hacer, así que podríamos empezar la lección. Solo una cosa —dijo.

—¿Sí? —pregunté en un tono petulante incluso para mí misma.

—No pienso que yo sepa más que tú, y puede que seas muchas cosas, pero estoy seguro de que tonta no es una de ellas.

Busqué algún tono que indicara que se estaba burlando de mí, pero parecía sincero. Estaba preparada para cualquier mala contestación suya, pero no para una especie de tregua en nuestra discusión continua.

—Gracias —pronuncié con reservas, temiendo que soltara un comentario que estropeará lo anterior.

—¿Empezamos? —propuso mientras se frotaba las manos.

Fue poco a poco, punto por punto, detallando todo, dónde tenía que escribir cada cosa, en qué me tenía que basar para la asignación del armamento, el sistema de envío, todo. Al principio me encontraba mal, rígida, estaba tan cerca de él que podía sentir su aliento cuando me explicaba las cosas, pero con el paso de las horas me sentí cada vez más cómoda. Había situado la silla un poco apartada de él para no tener contacto físico, y me era un poco difícil observar bien los documentos, así que al cabo de un rato me acerqué más a su lado. Creo que fue el único instante en el que levantó la mirada de los papeles para dirigírmela a mí. Fue un vistazo fugaz, me miró, se dio cuenta de que había movido la silla para verlos mejor y continuó como si no le importara, aunque al inicio de la siguiente frase la voz le tembló un poco.

Cada vez que terminaba un punto se interesaba por mis dudas. Me costaba preguntar, por si quedaba como una idiota, pero él me dio confianza. Al ver que no decía nada, me animó:

—Juliana, no existen preguntas tontas, solo gente estúpida que no se atreve a hacerlas por temor a generar alguna opinión en la otra persona.

—No me da miedo preguntarte nada —afirmé.

—Pues entonces tenemos esta fase superada. Si no te da miedo preguntar y por supuesto no te importa la opinión que alguien como yo pueda

tener de ti, estamos en el nivel de confianza absoluto —su sonrisa se ensanchó.

Pasados cinco minutos de su comentario, hice la primera pregunta, una tontería, escondí mi cara entre las manos esperando ver su reacción de risa o humillación. Sin embargo, me contestó como si fuese la más difícil que le habían hecho en la vida, sabía que mentía, que era capaz de contestarla inmediatamente, pero aun así comenzó: «*Buff, me has querido pillar, no sé si te la sabré explicar...*». Se hizo el tonto para que al final, poco a poco y con ayuda de mi comprensión, la acabara respondiendo yo sola. Desde ese momento todo me pareció más rápido y fácil. No era un trabajo muy complicado y en poco más de una hora ya lo comprendía perfectamente y me veía capaz de empezar a hacerlo yo sola.

—Creo que ya no tengo nada más que enseñarte. De hecho, si no fuera por esta montaña interminable de papeles, temería que me quitases el puesto —bromeó mientras se incorporaba recto y se crujía los dedos de las manos.

Quería hablarle, si no hubiera sido un judío, miento, si no hubiera sido ese judío, lo habría hecho, pero delante de él no podía mostrar mis flaquezas.

—¿Ya me puedo ir a mi mesa?

—Claro —aceptó con un tono de decepción que no pudo ocultar.

Nos levantamos a la vez. Su rostro me miraba con una sonrisa cálida. Un rayo de sol entre todas las nubes le iluminaba por detrás mostrando más claros los cabellos que le habían crecido un poco. No sabía cómo se actuaba en esos momentos, levanté mi mano para estrechársela y respondió con el mismo gesto mientras nos acercábamos más y más. Contacto. Piel. Electricidad. Con mucha fuerza de voluntad, me separé y me dirigí a mi escritorio, sabiendo que él me observaba quieto, de pie.

—Tranquila —oí que decía detrás de mí—, sé que lo harás bien.

—Gracias —lo dije tan bajo que no me escuchó. Me froté las manos mientras un cosquilleo recorría los lugares que él había rozado. Cogí los formularios y me puse a trabajar. No tenía que hacer mucho ese día. Cada escuadrón en el frente de lucha mandaba las armas que le eran necesarias. Yo debía ver cuáles podrían tener prioridad por la cercanía con el enemigo y asignar el número de cajas de cien armas a cada cual. Además, había que tener en cuenta el lugar donde se encontraban y mandar los materiales más idóneos para cada escenario. Unas hojas de estadísticas nos indicaban, por ejemplo, si un modelo de botas aguantaba mejor la lluvia o el hielo. Después, simplemente le pasaba los documentos a Ishmael y él hacia el resto.

Me avergoncé cuando vi que mi montón de papeles era la octava parte del de Ishmael. Alger no había querido agobiarme el primer día y, supongo, pensó que mi capacidad era mucho menor. Dos horas antes de terminar mi turno ya había acabado. Si hubiera estado con algún conocido, habría entablado una conversación o le habría ayudado, pero él era judío y yo no podía mostrarme débil. Mi primera ocupación para el tiempo libre fue repasar una y otra vez los formularios, pero eso solo me llevó un cuarto de hora. Después volví a colocar todas las cosas, ordené los relatos de madre de mayor a menor tamaño, e incluso dentro del mismo tamaño, por orden alfabético; fueron treinta minutos más.

Me quedaba una hora y cuarto maravillosa sin absolutamente nada que hacer. Me levanté para observar cada uno de los rincones del despacho y me detuve en la ventana. Los pájaros volaban alrededor de las ramas de los árboles con tanta potencia que sin querer movían las hojas más pequeñas y provocaban que los copos se desprendieran. El sol se estaba convirtiendo en un aliado inesperado de las aves y con sus rayos iluminaba el horizonte mientras derretía los nidos.

—Precioso, ¿eh?

Ishmael no había apartado la vista de los papeles y seguía trabajando mientras me hablaba. Estaba tan embargada por la belleza del exterior que por un instante no me puse la coraza que siempre me acompañaba.

—Es abrumador —contesté dulcemente.

—Lo sé —dijo mientras cogía un nuevo formulario y escribía a toda velocidad en su máquina—, antes me encantaba la nieve.

De no ser por el absoluto aburrimiento, no le habría seguido la conversación.

—Y ahora, ¿por qué no?

—Mira —señaló su ropa y dejó dos segundos de teclear—, con esto traspasa un frío que hace que la odies.

—¿No os dan nada más? —siempre había pensado que en invierno les proporcionarían un abrigo, además del uniforme. Incluso creía haberlo visto en algún folleto del régimen.

—No, ¿acaso no lo sabías? —preguntó interesado.

—No.

—¿Nunca te has planteado saber cómo es la vida aquí? ¿No sientes curiosidad?

—Sé suficiente con lo que me enseña mi padre.

—¿Y no te gustaría saber las cosas por ti misma? —dijo levantándose.

—¿A qué te refieres? —no esperé respuesta—. No, no me hace falta en absoluto.

—Si de verdad lo supieras, no pensarías así —pronunció con calma.

—¿De qué estás hablando? —me indigné—. Mi padre es el jefe de todo esto y opino exactamente igual que él. Siempre contesta a mis preguntas y lo que desconozco es porque no me interesa saberlo. No te ofendas, pero lo que te pase o te deje de pasar me da igual.

Le di la espalda. ¿Cómo podía ser tan atrevido?, ¿en qué momento había decidido que podía hablarme como quisiera? Me di la vuelta esperando ver su mirada clavada en mí, pero no, se había puesto otra vez manos a la obra con el montón de trabajo que le quedaba.

—Acabo de decidir una cosa —pronuncié mientras me acercaba.

—Estoy ansioso por saberla.

—He intentado ser respetuosa contigo, pero aun así has respondido hablando mal sobre todo lo que simboliza mi vida —hice una pausa—, así que no quiero que me hables más si no te hablo yo a ti, ¿entendido?

—Sí —contestó con cara de enfado.

—No entiendo qué os creéis vosotros, de verdad. Mi padre y todos ayudándoos en vez de mataros y vosotros los criticáis. ¡Vergüenza! Eso es lo que tendría que darte.

—¿Vergüenza yo? —elevó el tono—. Estoy harto de ti y de los tuyos. ¿Sabes qué? Me han separado de mi madre y de mi hermana, no sé qué les ha podido pasar, si están vivas o muertas. El otro día, sin ir más lejos, tuve que transportar hasta camiones cientos de cadáveres que los TUYOS habían matado de un tiro.

—¡Para! No es cierto...—le interrumpí— ¡Deja de mentir!

—¿Te crees que es mentira? —rio como un loco—, lo que es mentira es todo lo que sabes, toda tu maldita vida es una mentira, abre los ojos, mira al mundo exterior y tal vez ese día yo quiera hablar contigo.

—¡Te has pasado de la raya! —dije señalándole con el dedo—, ahora mismo voy a contárselo a mi padre.

—Mira, bien, así verás cómo me mata y sabrás quién ha dicho siempre la verdad.

Salí escopetada del despacho cerrando la puerta con la máxima fuerza de la que era capaz. Oí cómo la madera crujía y algo se rompía, pero no me detuve. El judío se había atrevido a hablar mal de mi padre y su régimen; es

más, me había querido engañar haciéndome ver que yo era la confundida. Puede que hubiera pensado que me importaba, que le hubiera querido proteger en alguna ocasión, pero, definitivamente, necesitaba un escarmiento y quién mejor que padre para dárselo. No, esto no podía quedar así o se me subiría a la chepa. Era tan mentiroso que decía que le podían matar por un comentario, como mucho le darían una buena paliza y bien merecida.

Anduve por el campo rumbo a la fábrica, allí buscaría a Alger, le diría que me llevara donde estuviera padre y hablaría con él. Qué pena que Louis se hubiera marchado, seguro que él le habría dejado las cosas claras.

Enseguida la fábrica apareció ante mis ojos y anduve más rápido, quería hacerlo todo deprisa y no echarme atrás. Frente a ella había un grupo de niños, uno al que reconocí empezó a saludarme con la mano, era Alberto, al que yo había salvado, me acerqué a él. Con las prisas, había salido sin abrigo ni bolso y el frío empezaba a calarme los huesos. Con la rabia que sentía dentro no podía volver, así que mientras me acercaba a Alberto, elegí a un niño, al azar.

—Ve ahora mismo a la caseta que está en esa dirección —la señalé con el dedo— y trae mi abrigo y mi bolso.

—Señora, es que no me dejan moverme del sitio. Un oficial lo ha ordenado.

Me cabreé aún más, hasta un niño me llevaba la contraria. La ira que tenía guardada salió hacia él.

—Me da igual lo que te hayan dicho, ¿entiendes? Ve ahora mismo —elevé el tono.

—Lo sé, pero me lo han prohibido... —comenzó a hacer pucheros, pero mi yo irracional y cabreado gritó por mí:

—He dicho que vayas. ¡Ahora mismo!

El niño lloriqueó y salió corriendo en la dirección que mi dedo le había marcado. Yo seguí mi rumbo junto a Alberto, acalorada por todo lo que pasaba por mi cabeza. Ya estaba llegando a su lado cuando vi que, con cara de pánico, señalaba detrás de mí. Justo mientras giraba fui consciente de lo que iba a ocurrir. Un hombre al cual no conocía apuntaba con una escopeta al niño que corría, al que yo había mandado. Intenté correr, comencé a gritar, pero no fue suficiente y, de un disparo en la nuca, el niño cayó al suelo, muerto. Justo cuando la bala salía de la escopeta, logré rozar al oficial.

—¡Nooooooo! Le he mandado yo... —fueron mis últimas y tardías palabras.

Lo que sucedió después no puedo explicarlo con claridad. Un charco de sangre rodeaba a la criatura extendiéndose, todos los niños lloraban asustados. El oficial me pedía disculpas y me explicaba que había sido una confusión y yo, con temblores, andaba hacia el niño sin hacer caso a nada de mi alrededor. No tardé mucho en llegar a su lado y ver cómo aquella cara inocente había sido destrozada por un agujero del que salía sangre a borbotones. Sus ojos, aún abiertos, me miraban acusadores. En unos segundos el oficial llegó a mi lado.

—Siento que haya tenido que presenciar esto, Juliana. —Yo no le conocía—. Pensé que estaba huyendo.

No hablé, no le miré, no lloré, simplemente me puse a andar por el camino de vuelta a casa, dejando allí a ese hombre contrariado y al niño muerto. No me atreví a mirar a los demás pequeños, no quería ver cómo ejercían de jueces y me condenaban. La mitad del trayecto fue como si caminara sin vida.

Solo tres imágenes venían a mi recuerdo: yo gritando al niño, la mirada asustada de Alberto y el cadáver. Mis piernas empezaban a flaquear, notaba que me podía caer, pero me daba igual, nada me importaba. Supongo que me mareé porque de repente estaba en el suelo, de rodillas, me las había magullado con una piedra y entonces, sin venir a cuento, comencé a llorar desconsoladamente. No sentía ni el frío ni el calor, simplemente una culpabilidad tan grande, un sentimiento tan despreciable hacia mi propia persona, que no pude por menos que odiarme y desearme la muerte. Era una asesina, por mi culpa un niño había muerto, por mi culpa se había privado a alguien de las alegrías y tristezas de la vida joven, demasiado joven.

Poco a poco el frío comenzó a adormecerme, pero no quería que nadie me ayudara, ni yo misma, solo quería quedarme allí y sufrir, sentir dolor por lo que había hecho. La locura se adueñó de mí y comencé a golpear la nieve con las manos sin darme cuenta de que bajo ese manto blando había piedras afiladas. La sangre brotaba de mis nudillos y yo quería más, más dolor para borrar el sentimiento de culpa que me mataba poco a poco. No sé en qué estado me hallaba cuando un cuerpo con voz amiga me levantó y me arropó con un abrigo. Yo simplemente cerré los ojos y dejé que me llevaran, sabiendo que nunca en mi vida olvidaría aquel día. La penitencia por mi acto nunca sería suficiente.

CAPÍTULO 12

Iba a morir, lo sabía, lo que aún no entendía era por qué le había hablado así a Juliana. Tal vez pensé que gritándole, diciendo la verdad, ella se pondría de mi parte, pobre iluso. En un primer momento tuve la ilusión de que a medio camino se arrepentiría, daría la vuelta y no me delataría, pero después de tanto tiempo ya no confiaba en que lo hiciera.

Permanecí las horas que me quedaban esperando el momento en que un oficial entrara y me dijera que le acompañara a un sitio donde me asesinaría. Mientras tanto, terminé con todo el papeleo del día. Como no pasó nada, me dirigí a llevar las cajas al almacén y allí, pese a que pasaron muchos oficiales que parecían disgustados, ninguno me dijo nada. Una parte de mí quería confiar en que tal vez ella se había tragado su orgullo y había meditado hasta darme la razón. No, eso no era posible, la ira con la que había hablado antes de marcharse dejaba claro que me odiaba y que me lo quería hacer pagar. Creía que su intención no era que yo muriera, en el fondo estaba seguro de que pensaba que su padre y su régimen eran buenos y que me darían una lección como castigo, pero yo sabía que no era así. Lo único a lo que podía aspirar era a que tardaran en venir a por mí y me dejaran, aunque fuera un minuto, despedirme de padre, ese hombre de mirada triste que ahora se quedaría completamente solo.

El tiempo siguió pasando y llegó el momento de regresar al barracón. ¡Cómo no se me había ocurrido antes! Obviamente vendrían a por mí en mitad de la noche para llevarme a ese sitio al que nadie quería ir, por lo menos ese destino me permitiría cumplir mi último deseo, despedirme de padre. Todos querían hablar en el barracón, pero yo fui directo a él.

—¿Puedes venir? Necesito hablar contigo a solas.

—Sí —dijo intentando escrutar mi cara.

El barracón era muy pequeño, así que me lo llevé a una esquina para intentar tener la mayor intimidad posible. Despedirme de él me iba a resultar francamente difícil, no sabía ni cómo plantearle la situación. ¿Cómo le dices a tu padre que vas a morir por cometer una estupidez? Es complicado.

—¿Qué ocurre, Ishmael? —se adelantó.

—Hoy, en el trabajo, he hecho algo que creo que va a traerme consecuencias nefastas —confesé bajando la mirada.

—No entiendo, ¿a qué te refieres?

—¿Recuerdas que te comenté que tendría una compañera? —Asintió—. Es la hija del jefe del campo. Esta tarde, mientras estaba con ella, me he exaltado y le he dicho la verdad sobre el régimen —hice una pausa esperando su reacción—; ella ha salido como una furia a contarle todo a su padre y supongo que por ello tendré un castigo, creo que esta noche vendrán a por mí. De esta no me libro. Es... Es... Es imposible.

Me dio un guantazo en la cara, todos nos miraron sin saber qué era lo que estaba pasando, después me abrazó y, mientras sollozaba, me habló:

—Te advertí que tuvieras cuidado, que no jugaras con ellos, que te comportaras, no por ti, sino por mí. ¿Por qué has tenido que jugártela? Sabes que eres lo único que tengo. Muchas veces parezco un iluso hablando de tu hermana y tu madre como si siguieran vivas. ¿Crees que de verdad no sé que la realidad es muy diferente? Pero la esperanza me ayuda, el estar contigo me ayuda, si te pierdo, no sé si aguantaré.

—Lo siento, padre, sé que he hecho una tontería. Pero me quedan pocas horas, a mitad de madrugada vendrán a por mí y lo sabes. —Comenzó a llorar—. Solo quiero estar contigo mis últimos momentos de vida. Durante estos años he pensado mucho en la muerte, cada día era una lucha contra ella y, ahora que sé que ha llegado, deseo quedarme junto a la única persona que ha estado conmigo toda la vida. Sé que en este sitio cualquier palabra, cualquier gesto, será recordado. Sé que analizarás cada una de mis palabras, cada momento vivido junto a mí, eso es lo que haría yo. Siento la necesidad de decirte que te quiero, que te esperaré allá donde vaya, que has sido el mejor padre que he podido tener y que no cambiaría nada de lo malo que he vivido porque os he tenido a vosotros. Por favor, nunca dudes de que en mi vida he sido feliz, porque lo he sido, y mucho.

—Hijo mío —sollozó mientras se limpiaba las lágrimas con la manga de la camisa—, en toda mi vida solo he querido que tú, tu hermana y tu madre fuerais felices. Cuando tu madre se quedó embarazada hablábamos de la buena educación que os daríamos, de lo felices que seríamos cuando nos dierais nietos, cómo tendríais una vida de ensueño con nuestras posibilidades. Siento lo que os ha tocado vivir.

—¡No! ¡No digas eso! —le interrumpí—, no tienes la culpa de nada, has hecho lo mejor por nosotros y eso es lo que cuenta. Si este mundo es justo,

nos dará otra posibilidad de ser felices allí donde vamos una vez que morimos. —Nos volvimos a abrazar—. Solo te pido dos cosas: la primera es que luches, intenta sobrevivir a esta guerra y vive una larga vida por mí, yo existiré a través de ti; y la segunda es que, ya que me quedan pocas horas de vida, me permitas vivirlas con alegría, no quiero lágrimas, solo estar con mi padre como antes y sentirme como una persona normal.

—Está bien —asintió mientras trataba de calmarse—, te quiero, hijo mío.

Muchas veces había pensado en la muerte, más de las que debería una persona de mi edad. Hacía conjeturas acerca de cómo me sentiría cuando supiera que su llegada era inminente. Creía que tendría muchísimo miedo, que lloraría, que no podría ni hablar. En ese momento supe que no se siente nada, estaba feliz de haber podido despedirme de padre, de saber que lucharía y que me quería, era lo único que importaba. Nos pasamos las horas los dos solos en un rincón, riendo, hablando, siendo un padre y un hijo normales. Cuando la luz se apagó, supimos que todo acababa. Tuve un último deseo, regresé a mis cinco años de edad, cuando sabes que algo te puede ocurrir y duermes con tus padres y todos tus miedos se disipan; me acurrugué junto a él en la cama enana y lo abracé. No podíamos hablar, estaba prohibido, nos mirábamos para nunca olvidar la cara del otro. Ninguno queríamos cerrar los ojos y dormir, sabíamos que el despertar significaría nuestra definitiva separación.

Las horas en silencio pasaron. Alguna vez oía un ruido de botas que provenía del exterior y pensaba que se acercaba mi hora, pero nunca ocurrió. Hubo algunas personas de Auschwitz que se marcharon esa noche, pero en la lista no estaba mi nombre. Desperté con los primeros rayos de luz y la orquesta tocando, miré a mi alrededor y vi a mis compañeros que hacían lo propio. No entendía nada, ¿qué clase de juego cruel iban a desarrollar los alemanes en mi persona?

—Padre —le di un golpecito y se despertó—, es de día.

Me miró asombrado.

—Entonces, ¡estás a salvo! ¡No van a tomar represalias! —me abrazó.

—No estoy tan seguro —dije ocultando una mueca de alegría que empezaba a adueñarse de mí—, tal vez me quieren castigar delante de ella.

Su rostro se ensombreció.

—Hay que tener fe.

—Es difícil.

—Ishmael, ¿no sabías que estabas tan mimado! —nos interrumpió Ivri, que pasaba cerca en esos momentos—; lo de dormir con papá es para cuando uno es más pequeño —añadió entre risas.

—¡Déjale! Siempre andas metiéndote donde no te llaman —repuso Isajar.

—¡Venga, Isajar! No me digas que tú a los diecinueve años dormías con papá —dijo bromeando con él—; ya decía yo que eras raro...

Isajar le propinó una colleja y todos reímos.

—El hecho de que me pegues no quita que Ishmael sea raro...

El ambiente dejó de ser tenso y todos nos reímos con aquella pareja y su pelea verbal; los echaría de menos. Si los hubiera conocido en otro lugar, en otro tiempo, estoy seguro de que habríamos sido grandes amigos y lo habríamos pasado francamente bien.

El tiempo pasó más deprisa que de costumbre y, sin darme cuenta, me encontré caminando hacia el trabajo, en fila india como siempre, esperando a ver qué sorpresa me aguardaba allí dentro. Antes de abandonar la cola, volví a besar a padre, él me dijo que rezaría por mí, que tuviera fe, que Yahvé no dejaría que muriera. Apretaba el pomo con todas mis fuerzas. No quería morir. Temía que nada más entrar alguna persona me diera un tiro o me recibiera con una paliza. No podía respirar, así que me agaché mientras trataba de calmarme. Apoyé mis manos en el suelo y noté cómo el hielo se derretía para dar paso al barro. Levanté la cabeza e intenté engañar a la mente y pensar solo en las montañas que nos rodeaban. Pasas toda una vida rodeado de naturaleza, nunca reparas en su belleza y el día que sabes que dejarás de verla para siempre te arrepientes de no haber dedicado más horas a su mera contemplación. Quería agarrarme a cualquier segundo de vida extra que me pudiera dar el hecho de no traspasar esa puerta, pero me hacía daño. Tenía que ser valiente. Levanté la cabeza y me encaminé a mi futuro, como yo quería, con dignidad.

Todo estaba muy oscuro allí dentro, lúgubre como la muerte tiene que ser. Entre toda esa oscuridad, noté la presencia de un ser, todo él vestido de negro, me acerqué poco a poco. Parecía vestida para mi funeral, con una falda hasta el suelo y una camisa de manga larga. Llevaba el pelo recogido en un moño que le daba aspecto de mujer mayor. Miraba por la pequeña rendija de luz que había dejado en la cortina. No entendía nada. Parecía no saber que yo había entrado o al menos no había movido ni un músculo.

—Ishmael —dijo, pero no era su voz, no esa voz petulante que tanto había escuchado, parecía la de alguien enfermo, una mujer moribunda a la que solo queda susurrar—; siéntate, por favor.

No se movió, seguía mirando la ventana en la oscuridad.

—Cuéntamelo todo —solicitó aún con menos voz.

—¿Qué quiere que le cuente, Juliana? —quería que se girara, ver qué le ocurría.

—Ayer —tuvo que parar porque se quedó sin voz— me dijiste —otra pausa para recargar fuerzas— que no sé nada, que os hemos hecho mucho daño, a los judíos —se agarró al sofá porque no tenía fuerzas, ¿qué le habría ocurrido?—. Pues bien, quiero que me lo cuentes todo. Quiero que me relates vuestro punto de vista, lo que tú has vivido. No voy a contar nada a nadie, no voy ni a hablar mientras tú lo hagas, solo quiero que hables, por favor —suplicó.

—Espera, ¿exactamente qué estás dispuesta a escuchar?

—Todo lo que tú estés dispuesto a compartir...

—Disculpa, pero no entiendo nada. Ayer te fuiste acusándome de mentiroso, me deseaste lo peor, y ahora esto —tanteé la situación.

—Lo sé —agachó la cabeza, aún mirando por la ventana—, no me preguntes por qué, solo habla, te escucharé. No te preocupes por el trabajo, le he dicho a Alger que hay cosas que no entiendo y que necesito que te quedes todo el día a explicármelas. No te diré nada...

—Si es lo que quieres, lo haré. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí.

—¿Qué te ha pasado? —estaba preocupado por la que hacía segundos creía mi asesina.

—Lo que a mí me pase no importa. Comienza, por favor, y...

—¿Sí? —pregunté.

—No me trates como si fuera de porcelana, por favor, necesito saber la realidad aunque sea cruel.

Empecé a elaborar mentalmente la manera de contar mi historia; de todo lo que pensaba que me podía ocurrir ese día, desahogarme era lo único que no había esperado. Ella seguía allí, recta, mirando por una ventana que solo traía oscuridad; pese a su postura rígida, señorial, sabía que estaba desecha, el motivo me era desconocido. Tomé aire y empecé a hablar desordenadamente con lo primero que me venía a la cabeza.

Tenía muchas cosas que contar y muchos recuerdos amargos que revivir.

—Yo vivía en un pueblo cerca de Cracovia, aquí, en Polonia, con mi familia. Mi madre, Karmy, una mujer amable, pura bondad y fuerza; mi padre, David, un hombre recto, un modelo a seguir en esta vida aunque no sea el mío; por último, mi hermana, Gabriela, seis años mayor y con la que no paraba de discutir —la imagen de ambas subiendo a los trenes afloró en mi cabeza, tomé fuerzas y continúe—. Muchos alemanes piensan que los judíos les quitamos el dinero, que influimos en la pobreza del país tras la Primera Guerra Mundial, no sé hasta qué punto eso puede ser cierto, te hablo de mi experiencia, y la nuestra era una familia humilde.

»Recuerdo poco de mi infancia, si la tuviera que definir de alguna manera diría que fue la mejor etapa de mi vida. Cuando eres un niño te sientes feliz, y en mi caso fue en la niñez cuando empezaron los cambios. Te hablo de cuando tenía doce años, hace siete ya. El primer cambio no se produjo en mi persona, sino en mi hermana. Con diecisiete años se había casado con un alemán de cuyo nombre no me quiero acordar. Ese año salió en Alemania una ley, decían que para la protección de la sangre y el honor alemanes. En ella, entre otras cosas, se prohibía la unión con judíos, incluso la relación sexual.

»El marido de mi hermana, un hombre que hasta ese momento consideraba un hermano mayor, empezó a cambiar. Yo apenas me enteraba de las cosas, con mi hermana nunca mantenía conversaciones que no fueran pequeños juegos para picarnos, pequeñas bromas. Me pasaba los momentos de aburrimiento ideando algo para fastidiarla. Un día fui a su habitación, se me había ocurrido una broma muy graciosa que olvidé en el momento en que entré. La encontré tumbada en su cama llorando como una desgraciada; mi primer impulso fue dejarla ahí, pero mi instinto de hermano me llevó a entrar.

»—*¿Qué ocurre, Gabriela?* —pregunté.

»—Estoy embarazada —confesó mientras lloraba y me abrazaba.

»No me aparté, pese a que no entendía sus lloros. Ella estaba casada, ¿qué problema había?

»—*Él me ha abandonado, Ishmael*, por esa maldita ley. Ahora ¿qué haré yo? ¿Qué haremos?

»Fue la primera vez que mantuve una conversación de adultos con mi hermana, intenté ayudarla, aunque no lo logré. Le di muchas alternativas, ninguna servía; sin embargo, logré que sonriera y me gustó, y desde ese momento nuestra relación se fortaleció.

»—Gracias, pequeño —dijo mientras me acariciaba la cabeza con ternura—, deja que sea yo quien se lo cuente a papá y mamá.

»—Por supuesto —le di un besito en la barriga y me marché.

»Pasaron los nueve meses y nació mi sobrino Jacob —me costaba hablar de él—, un niño guapísimo al cual adorábamos todos. Del padre no te puedo hablar mucho más ya que nunca volvimos a saber de él. Mi hermana siguió mucho tiempo enamorada, intentando dar argumentos a favor de él, defenderle, diciendo que no tenía otra opción, etc. Creo que ella le perdonó, yo nunca.

»La siguiente vez que noté que el nazismo se acercaba fue cuando se nos prohibió asistir a la escuela. Yo no era un estudiante modelo ni mucho menos, siempre que empezábamos el colegio me quejaba como todos los niños, pero el día que nos quitaron ese derecho quise con todas mis fuerzas asistir. Lloré con mi padre, le preguntaba por qué yo no podía ir y mi mejor amigo, Guillermo, *sí*; él intentaba explicarme pero no encontraba la razón. Por lo menos seguía teniendo mi grupo de amigos y, al fin y al cabo, estudiaba en casa con mi padre, así que por las tardes salía con ellos y disfrutaba. Pronto llegaron las complicaciones con mis amigos, no porque ellos no quisieran serlo, sino porque las circunstancias nos separaron.

»La separación ocurrió porque, en primer lugar, nos prohibieron usar el transporte público. Muchas veces quedábamos a una hora en algún lugar y yo llegaba cuando se marchaban, pues debía acudir a pie mientras ellos iban en autobús. Nunca se quejaron, pero tampoco me acompañaron andando. Poco a poco empecé a dejar de ir con ellos cuando se dirigían a algún lugar apartado, siempre me inventaba una excusa.

»Y la ruptura final llegó cuando se nos prohibió la entrada en lugares públicos. Al principio mis amigos se quedaban en la calle conmigo. Luego empezaron a querer hacer cosas, ir al cine, a la biblioteca, a un bar, y si yo iba nunca lo podían hacer; el único amigo que me quedó fue Guillermo, siempre fiel a mí. Egoístamente quería estar con él, y él nunca me echaba nada en cara, estaba conmigo porque le apetecía. Pese a no tener nada, era feliz, Guillermo y yo disfrutábamos de la calle y conversábamos, para mí eso era suficiente. Un día me dijo que habían trasladado a su padre y que se tenía que marchar. Fue la pérdida más dura que he vivido, los demás niños ya no me hablaban y tuve que hacerme amigo de los niños judíos. Dirás: ¿qué hay de malo? Nada, simplemente que tú tienes tus amigos, no te pueden imponer unos porque compartís religión y, pese a que me fui con ellos, nunca sentí la

amistad a su lado. Estuve dos años más con mis «amigos» de religión, lo pasé bien, cuando te acostumbras a no tener ciertas cosas, ya no las echas de menos.

»Siempre supe que quería ser médico y estudiaba mucho en casa pensando que algún día podría hacer la carrera. Una mañana de otoño me enteré de que los médicos y los abogados ya no podían ejercer su profesión y así, por culpa de una decisión tonta, otra de mis ilusiones se fue a la basura. Tenía quince años cuando una ley me obligó a ponerme un brazalete con la estrella de David. Una manera de distinguirnos claramente, de marcar a los judíos y, de esa forma, nos apartaron aún más de la sociedad.

»En cuanto a los bienes materiales..., comenzaron por las sinagogas, en las que confiscaron los objetos de valor, lo cual me importó más bien poco comparado con lo que me estaba ocurriendo a mí. Sin embargo, esa norma tardó poco tiempo en afectarnos, pues pronto nos desposeyeron de los bienes que les dio la gana. Tiene gracia ahora, viéndolo todo con perspectiva, que lo que más me afectara de aquello fuera no poder regalarle nada a una chica que me gustaba.

»Todo lo que te he contado hasta ahora influyó en mi vida muchísimo, pero cuando viví el cambio más brutal, el que me marcó de por vida, fue el día que fuimos al gueto de Cracovia. Antes de llegar habíamos oído que a los niños se les trataba muy mal allí, mi hermana intentó por todos los medios que su Jacob, que tenía cinco años, no tuviera que ir. Al ser hijo de alemán, había alguna posibilidad. Como sabrás, existía entonces una ley, la ley de los abuelos, por la que si tenían tres abuelos alemanes se libraban de ir, pero *él tenía* dos alemanes y dos judíos, era un Mischlinge de segundo grado. Lo hubiéramos conseguido de haber pagado, pero no teníamos posesiones, éramos humildes, así que acabaron ordenando que el niño también viniera a Cracovia.

»Cracovia —me detuve, no era tan fácil hablar de un lugar así—, con más o menos treinta calles, trescientos edificios y pisos ocupados por al menos cuatro familias. A nosotros nos tocó vivir con tres familias con al menos cuatro miembros cada una, así que imagínate el modo de vida. Nos costó adaptarnos, no había intimidad y teníamos un par de metros en el suelo para dormir. Intentas ser positivo aunque no te guste, aunque sea difícil, y poco a poco incluso oyes frases como «yo pensaba que sería peor». Al final acababas pensando que, de todo lo malo que te han contado y lo que has imaginado, eso no fue lo peor.

»Al principio el gueto no estaba cercado, aunque yo sabía que no tardarían en ponernos una jaula como a los animales. Primero fueron rejas de alambre y luego unos muros de tres metros de alto. La vida cotidiana estaba administrada por un consejo de judíos (elegidos por los alemanes) que intentaban poner algo de seguridad en el caos absoluto que se vivía allí. Caos por las múltiples enfermedades, por el hambre (solo nos daban doscientas cincuenta calorías por día, cuando lo normal son mil quinientas). Si a todo esto le añades el hacinamiento, el resultado solo puede ser negativo.

»Pese a ello, intentábamos vivir con dignidad, incluso crearon cuatro escuelas para enseñar a los niños, entre ellos, Jacob. El problema vino cuando la muerte nos invadió. La gente enferma moría cada día, tardaban semanas en llevárselos, y las enfermedades se propagaban. Hubo ocasiones en que la gente se mató a palos por la comida, y los alemanes asesinaban a placer, cuando y como ellos querían. No quiero decir que los judíos nos quedáramos parados, también teníamos nuestras formas de resistir, mucho coraje para vencer al pánico y la desesperación que allí te absorbían.

»Te podría contar mil historias del gueto que te marcarían, que harían desmoronarse tu mundo, pero solo te diré la que viví *más de cerca, la que me rompió el corazón* —sentía que no podía hablar, recordar ese momento me dolía tanto...

»Como siempre, las grandes historias vienen en frasco pequeño, en este caso, el de mi sobrino Jacob. Adoraba a ese niño, era la alegría de nuestra casa, todo lo que hacía era por él. En cierta manera puedo decir que actuaba como su padre, nuestra conexión era algo especial, indescriptible.

»Todo ocurrió una tarde como otra cualquiera. Yo estaba en mi casa, comiendo mi porción de pan, cuando mi hermana entró en un estado de locura, se puso amarilla y gritaba y lo golpeaba todo. Me asusté, intenté saber qué ocurría y salí corriendo al exterior para averiguar cuál era la causa de su locura. Bajé los escalones de tres en tres. Al salir, vi una multitud horrorizada en la plaza rodeando algo, corrí tanto que tardé menos de un segundo en llegar. Por todos los lados veía a personas con los mismos síntomas que mi hermana, me empecé a poner nervioso y, como en un *flash*, algo vino a mi cabeza, lo supe antes de verlo. Era una escena del día anterior con mi sobrino, en la que el niño, con mucha hambre, comía mi ración de pan.

»—Ishmael, muchos amigos míos van a la ciudad y cogen comida, hay un hueco en una verja por el que creo que yo también podría caber, así no pasaríamos hambre —me decía con su carita llena de migas.

»—No —contesté tajante—, lo que esos niños no te cuentan es que si te ven los guardias te hacen cosas malas, así que tú no vayas.

»—No te enfades, no iré, aunque estoy seguro de que a mí no me verían y comeríamos mucho.

»Y mientras los ojos se me llenaban de lágrimas y apartaba a empujones a la multitud congregada, vi a mi sobrino, como si fuera un animal, junto a otros seis niños, con un tiro, muerto. Como todos, corrí hacia él, intenté reanimarle, lloré su pérdida y recordé todos los momentos vividos juntos y todos los que ya no viviríamos. De la pena cambié a la ira y me encaminé a matar a los alemanes, me daba igual que por el camino me asesinaran ellos a mí; le partiría el cuello a uno y me lo llevaría conmigo. Pero no me dejaron, me retuvieron, pegué a la gente que me sujetaba, quería herirlos, que me dejaran matar a un asesino. Nunca maté a nadie.

»Durante tres días, Juliana, tuve que ver el cadáver de Jacob. Cómo se descomponía sin que pudiéramos hacer nada. De ese ser que era parte de mí. El niño que se llevó con él mi corazón —intenté hacer esfuerzos para no llorar—. Mi hermana murió en vida y mis padres, tres cuartos de lo mismo. Yo tuve que asumir el control, me tragué mi pena y tiré adelante por una familia que ya no lo era. Pero ¿te puedo decir la verdad? —dije a gritos—. ¿PUEDO? Llevo muerto desde el día que me lo quitaron. ¿Por qué, Juliana? ¿Por qué le mataron? Era un niño inocente, si me lo hubieran pedido, habría dado mi vida por él sin dudar, me habría hecho cargo de su culpa.

No pude seguir hablando, un dolor en el corazón me advirtió de que algo no iba bien. Poco a poco Juliana se giró, tenía la respiración tan agitada como yo y los ojos rojos de llorar en silencio.

—Lo siento —se disculpó mientras caía al suelo de rodillas. Me levanté corriendo y la senté en el sofá. No paraba de decir que lo sentía como en un delirio—. Ishmael, yo nunca quise que nada de eso pasara —añadió mientras me miraba fijamente y lloraba—, ojalá pudiera cambiar tu pasado, ojalá me pudiera cambiar yo por él. Perdóname.

—Tú no tienes la culpa —la consolé mientras me ponía en cuclillas cerca de ella, la tomé de la barbilla—, no te culpo por ello, tú eres diferente a los demás —sus ojos resplandecieron con un brillo cegador—. Si todos fueran como tú, mi sobrino seguiría vivo y estaría hablando contigo ahora mismo —sin motivo aparente, deseaba animarla.

—Gracias —sonrió.

—¿Lo ves? Me das la razón. Has llorado por mi sobrino, Juliana, eres diferente a ellos, no debes sentirte culpable por lo que hagan.

—¿Y qué puedo hacer?

—Tú puedes cambiar el mundo, o por lo menos intentarlo. Aunque por ahora me conformo con que cambies el pensamiento —una puerta a la esperanza comenzaba a abrirse.

—Yo también querría contarte algo, mi secreto más profundo, el que nunca he pronunciado en voz alta, el que quiero que escuches de mis labios por primera vez tú. Volví a sentarme en mi silla, parecía más calmada.

—Te escucho —dije serio—, mis oídos son tuyos. Puedes confiar en mí.

Se limpió la cara, miró hacia abajo y con un susurro comenzó su historia. Me sentí agradecido de saber que confiaba en mí.

—Ishmael, esta historia es la más dura de mi vida, tal vez no se pueda comparar ni por asomo con la tuya, pero tal vez, después de escucharla, me comprendas un poco y mi culpa sea menor.

»Mi vida nunca ha sido difícil si hablamos del lado económico, nunca me ha faltado de nada, en todo caso me ha sobrado. Sin embargo, en mis relaciones personales he sido muy desgraciada. No culpo al resto del mundo, cuando nadie quería ser mi amigo, la conclusión más sencilla y cierta es que yo hacía algo mal. Siempre intenté ser simpática, agradar a la gente, pero nunca era suficiente. Al principio me esforzaba mucho, más de lo necesario. Cuando día tras día ves que no consigues ningún fruto, te planteas que tu esfuerzo es en vano. Sinceramente, no sé qué día tiré la toalla, supongo que cuando me enteré de que mi única amiga solo estaba conmigo porque la obligaban. Podría echarle la culpa a ese momento, pero solo fue la gota que colmó el vaso.

»Desde ese día solo pensaba en dos ideas contrapuestas: amargarme y compadecerme de mí misma o empezar a aprovechar lo que tenía, en mi caso, mi madre. Ella era más que una madre para mí, fue mi compañera y mi amiga. Disfrutaba jugando con ella, contando con su presencia. Con el paso del tiempo se convirtió también en mi refugio. Ella quería que yo conociera a niñas de mi edad, pero no me presionaba.

»Puede ser difícil de creer, pero no echaba de menos a otros niños, era feliz con ella. Junto con mi padre, los tres formábamos la familia ideal, la esperanza de que no necesitaba a nadie más.

»En cuanto al tema judío, no tenía ninguna opinión formada. Madre, por el contrario, *sí, ella* consideraba una locura todo lo que estaba ocurriendo, y

en ocasiones discutía con mi padre. Ahora mi padre es un general del Tercer Reich y estoy segura de que cree ciegamente en todo lo que Hitler dice, pero en aquel entonces no. Mantenían discusiones, pequeños debates que no llegaban más allá. Un acto, concreto y monstruoso, cambió la historia de mi familia.

»Todos los domingos los pasábamos juntos padre, madre y yo. Ese domingo del que te voy a hablar, padre no estaba. Acabábamos de volver de un duro día de compras por la ciudad. Madre me había regalado hacía poco tiempo un vestido blanco igual que uno que ella tenía y a mí me encantaba, y ambas salimos al patio con él, felices de lucir iguales. Como era habitual, ella me mostró uno de los relatos que escribía.

Juliana se levantó y fue a la estantería a coger unos manuscritos, seleccionó uno y me lo mostró.

—Era el nuevo relato de esa semana. Me senté en el césped, preparada para escucharlo, sus historias me hacían viajar por el tiempo y el espacio; un día yo era una princesa, otro día un miembro de una tribu indígena y otro, simplemente, una chica que vivía una bonita historia de amor.

»Había empezado a anochecer, pero como solo faltaban dos páginas del libro, nos quedamos a oscuras para finalizar y encendimos una vela. Ninguna de las dos oímos absolutamente nada, y cuando nos dimos cuenta había dos hombres rodeándonos. Yo no los conocía, pero madre sí; pese a ello no lograba identificar qué me quería decir con su cara. Todo sucedió muy deprisa, puede que algún detalle se escapara a mi visión. Uno de los dos hombres agarró a mi madre por la cintura mientras le decía al otro: «Es muy bonita, creo que me voy a dar otro premio». Madre pataleaba e intentaba zafarse de él. Yo me levanté e intenté ayudarla, pero, de una patada en el estómago, el hombre me apartó y me lanzó lejos. Entonces madre gritó: «¡Corre, vete, escóndete!». *Le hice caso*, porque en el fondo temía todo lo que estaba ocurriendo. Subí a la planta de arriba y, como la mayoría de los niños harían, me escondí debajo de la cama.

»El otro hombre no tardó ni dos minutos en encontrarme. Me agarró, me golpeó, yo opuse toda mi resistencia en vano. Me devolvió al jardín. La primera imagen que vi la tengo grabada a fuego en la memoria. Madre estaba tirada en el suelo, sus bragas a cinco metros de su cuerpo. El hombre, desnudo encima de ella, la penetraba. Al verme, ella se volvió loca e intentó apartarle, yo solo gritaba. Logró darle un buen golpe en su miembro y él gritó de dolor. Pero cuando se recuperó empezó a golpearle la cabeza contra el

suelo, una vez, dos, tres, hasta que de su frente empezó a brotar sangre. Madre no dejaba de mirarme y yo la miraba a ella, no entendía nada.

»El hombre dijo una frase antes de volver al acto sexual: “Te vas a comportar, ¿entendido? Si no, le haremos lo mismo a ella”, y me señaló. “Es muy joven, bonita y virgen —decía—, así que elige: ¿tú o ella?”. En ese momento yo ya solo temblaba en los brazos del otro pensando lo que sufriría cuando me penetrasen a mí. “Por favor, hacédmelo a mí las veces que queráis, a ella no, dejaré de oponer resistencia”, la oía decir. “Está bien, estate muy quietecita y calladita”.

»Madre cerró los ojos y se dejó hacer de todo. Yo no sabía si sufría, pues no gritaba, pero entonces noté que por la zona de la vagina empezaba a brotar sangre que manchaba su vestido blanco. Me sentía impotente presenciando la violación de mi madre. El otro hombre no me dejaba que apartara la vista, sujetaba mi cabeza en su dirección y, si yo cerraba los ojos, él me los abría a la fuerza.

»Entonces la locura se apoderó de mí, quería salvarla pese a que ello significara mi muerte, incluso habría cambiado mi cuerpo por el de ella. En un despiste, golpeé con todas mis fuerzas la entrepierna de mi captor y salí corriendo para ayudarla. No sabía cómo lo haría, pero tenía que intentarlo.

»Antes de que diera siquiera dos pasos, una piedra lanzada por detrás me golpeó la cabeza. Caí al suelo. Mis últimas sensaciones fueron mareo, la vista se me nubló y sentí que un líquido caliente resbalaba por mi cabeza. La última imagen que recuerdo fue la de mi madre, Arabelle, gritando y llorando mirando en mi dirección.

»Créeme que luché contra mi desmayo. Pensaba que, mientras estuviera consciente, lo peor no ocurriría; sin embargo, las fuerzas se desvanecieron y me dormí.

»Me desperté al día siguiente con los primeros rayos de sol. Cuando entreabrí los ojos por primera vez no sabía exactamente dónde estaba, no recordaba qué había pasado. Solo me hizo falta girar la cabeza para saberlo. Fue el espectáculo más atroz que he observado. Arabelle estaba tumbada, un charco de sangre surgía por debajo de sus caderas. Me acerqué un poco más y pude observar un corte en su cuello. La intenté coger, pero su cuerpo estaba helado y rígido. Le empecé a golpear la cara, a suplicarle que me hablara, pero eso nunca sucedió. Pronto fui consciente que mi madre había muerto y di un grito que alertó a todo el vecindario.

»Lo demás sucedió muy rápido. Acudieron todos los vecinos. La policía no tardó en llegar. Toda la gente intenta consolarte. Los policías te hacen todo tipo de preguntas. Mi cuerpo seguía allí, pero mi mente se encontraba a años luz, haciéndose a la idea de que había perdido lo que más quería.

Paró a tomar aire.

—Cuando padre llegó, creí que le iba a dar algo, estuvo días sin salir de la habitación. No le vi en una semana, y cuando por fin bajó parecía un ermitaño, sin afeitarse, con los ojos rojos de llorar. En ese momento concentró todos sus esfuerzos en encontrar a los asesinos de mi madre y hacerles pagar. No fue muy difícil, los dos ladrones intentaron lo mismo en otra casa del vecindario y los detuvieron. Fui a una rueda de reconocimiento y los identifiqué. Dos hombres de treinta y seis y veintinueve años y, como supongo que ya habrás concluido, judíos. Fue en ese momento cuando comenzó nuestra guerra contra vosotros.

Calló, yo creía que la historia había terminado. Había sido dura, pese a ello no lloró en ningún instante, y ahora solo miraba hacia abajo.

—Lo siento —fue lo único que pude decir.

—Gracias —contestó abatida.

—Nunca habría apoyado ese comportamiento en nadie.

—Lo sé —dijo esbozando una media sonrisa—; gracias por escucharme, sé que, después de todo lo que te habrán contado, esto no es nada.

Si he de ser sincero, había escuchado historias mucho más crueles que la suya, pero no consideré que por ello la de Juliana fuera menos importante. Hirió su corazón y le arrebató lo que más quería, y yo solo deseé quitarle esa mancha, hacerla feliz.

—No, cada historia es diferente, Juliana —repuse calmado, con cariño—; lo que ellos hicieron es una monstruosidad, me gustaría haberte evitado ese dolor —añadí con sinceridad—, y gracias por confiar en mí.

—De nada —me miró profundamente—, seguro que estarás pensando: ¿tienes esta lucha por una muerte? Entonces, si utilizamos el ojo por ojo, lo único que me merezco es acabar con un tiro o algo peor, como miles de judíos...

—¡No! —la interrumpí—, no pienso eso de ti. No creo que lo de tu madre justifique la lucha, pero hasta hoy tú no sabías exactamente en qué consistía. Lo único que pienso ahora mismo es que me hubiera gustado estar aquel día contigo y haberos salvado a tu madre y a ti de la carga que llevas.

Se acercó y, sin previo aviso, me abrazó, me gustó la calidez que sentí al encontrarme pegado a su cuerpo. Me asustó la reacción de mi cuerpo, el latido que me atravesó y el modo en el que bombeaba mi corazón como si, de alguna manera inexplicable, también la quisiera rozar.

—Ishmael —me miró a la cara, la suya a dos centímetros de mi boca—, di que me perdonas. ¡Perdóname por todo el mal que he hecho a los judíos!

—Te perdono, Juliana —dije lento y claro.

Los músculos de su cara cambiaron, como si estuviera en paz, y yo no entendía por qué. Seguíamos abrazados, ahora ya sin hablar. La miraba embobado, acabábamos de abrir nuestra alma, el uno al otro, y a los dos nos había venido bien. No nos separábamos y eso era porque ambos estábamos a gusto. ¡Que me corten la mano derecha si no deseamos besarnos en aquel momento más que nada en el mundo! Nuestra cara de tensión solo podía significar que teníamos el mismo pensamiento. Me habría lanzado sin dudarlo, pero sabía que, si alguna vez eso ocurría, tendría que ser ella quien diera el paso. Pensé que lo haría, pero acabó por despegarse lentamente, como quien lucha con dos ideas en su cabeza.

—Creo que me tengo que ir, se ha hecho tarde.

Miré hacia la ventana, la oscuridad era absoluta y aún tenía que trasladar el armamento.

—Llevas razón.

—Bueno —añadió dubitativa, incómoda—, mañana nos vemos, ¿no?

—Sí —fue lo único que salió de mi garganta.

Mientras la observaba recoger las cosas, sentía que debía decirle algo más, quería hacerlo. Necesitaba que supiera que significaba algo para mí sin ser demasiado obvio. Pronto encontré las palabras:

—Juliana...

—¿Sí?

—Ayer dijiste una cosa sobre mí y no llevabas razón. —Me miró sin entender a qué me refería—. Dijiste que no me gustabas —pausa—, pues es mentira, eres un rompecabezas, la chica más extraña que he conocido, y alemana —bromeé—, pero aun así me gusta escucharte, y cuando quieres saber cosas de mí, aquí, en el peor sitio del mundo, logras que sienta lo más parecido a ser feliz por algo tan insignificante como hablar. Eres especial para mí, poderosa, me activas aquí —finalicé llevándome la mano a la altura del corazón.

—Ishmael... —empezó a decir.

—¿Sí? —contesté con intensidad.

Movía la boca pero no le salía ningún sonido, había algo que quería decir, pero reambulaba.

—Gracias por todo.

Y así, sin más, se marchó.

La vida es pura ironía. Fui pensando que moriría, que algún castigo cruel me esperaba en este lugar. Sin embargo, encontré uno de los días que más alivio me habían proporcionado en los últimos años. Tal vez mi castigo fuera empezar a sentir cosas por esa chica tan imposible de alcanzar para mí como las estrellas que empezaban a brillar salpicando el cielo de luz. El día que había comenzado siendo mi final terminaba trayéndome esperanza. Si alguien era capaz de cambiar de opinión, de querer comprendernos, tal vez el mundo entero también podría hacerlo.

CAPÍTULO 13

La culpa por el niño seguía presente, aunque a mi manera había conseguido un perdón. Por primera vez desde que el odio me dominó, había visto la realidad. Ahora ya no creía que todo lo que estábamos haciendo era lo correcto, Ishmael me había ayudado a comprender.

Mientras marchaba hacia mi «hogar», pensaba en su historia. Yo me había quejado por tantas tonterías mientras había gente sufriendo de verdad, como él. Recordé cómo se emocionó al contar la historia de su sobrino y se me enterneció el corazón. Ese niño, Jacob, había muerto por una lucha estúpida, hacía mucho tiempo que no rezaba, pero recé por él y deseé conocerle alguna vez en ese cielo que nos promete la religión, donde seguro estaría con mi madre.

En cuanto a mi historia, por fin me había decidido a hablar con alguien sobre mi madre y me sentía más tranquila. Tal vez Ishmael no había sido la persona más indicada, pero en el momento en que se había abierto a mí con su relato tuve la necesidad de contarle un poco de mí y, por qué no decirlo, sentí con él una confianza que no había experimentado ni siquiera con ella.

Sobre lo que pasó después, preferí no pensar, no voy a mentir. Durante esos instantes junto a su cara me pareció un ángel, un ángel cálido al que me apetecía rozar los labios para deshacerme en su boca. Puede que lo que sentía estuviese mal, le había hecho una promesa a Louis, pero si Ishmael se hubiera lanzado, le habría besado con toda mi pasión.

Cada vez que pensaba en ese momento algo raro sucedía en mi cuerpo, unas cosquillas en el estómago no me dejaban respirar, la cabeza me daba vueltas, como si estuviera mareada, y me encantaba. Me ponía nerviosa al recordar su rostro, pero a la vez no quería dejar de hacerlo. Deseaba volver a estar a su lado, no para trabajar, sino simplemente para que su voz cruzase la estancia y se me colase dentro mientras hablaba.

Cuando llegué a casa fui directa a la habitación. Tenía que volver a leer la carta de Louis, recordarlo. La leí cuatro veces, pero esas palabras vacías y superficiales ya no hacían mella en mí. Me tumbé en la cama vestida, intentando entenderme, algo imposible. Quise hacer algo para olvidarle, pero

a mi mente solo venían imágenes de Ishmael. Cerré los ojos para no verle, pero eso fue peor. Nos veía besándonos, a escondidas, como unos bandidos, y mi cuerpo reaccionaba, se ponía nervioso, sudaba. En el sueño él me tocaba y necesitaba tocar yo también con mis manos las partes que él rozaba, para sentirle; era un placer extraño, enfermizo. Definitivamente, la cama no era la mejor solución, así que cogí los regalos materiales de Louis e intenté recordar los momentos en que me los dio. Tal vez teniendo algo tangible de él entre mis manos olvidara a ese Ishmael que me regalaba emociones desconocidas y adictivas.

Me coloqué el colgante y empecé a jugar con él. Volví a mi primer día, en que estaba tan nerviosa y él me entregó ese presente junto a una rosa. Me hizo feliz, pero ahora no era capaz de recordar los sentimientos de ese día, lo que sentía no era ni una milésima parte de lo que experimentaba en mis sueños con Ishmael. La última opción que se me ocurrió fue llamar a Ada, tal vez hablando con alguien dejaría de pensar, de sentir, de marearme por algo desconocido.

—¿Le ocurre algo, Juliana? Parece sofocada —fue su primera frase.

¡Y tan sofocada que estaba! Cuando todo tu cuerpo desea ser tocado, que dejen huellas en él, el sofoco es lo menos importante.

—Tengo algo de calor... —dije quitándole importancia—. ¿Qué tal el día?

—Como siempre..., aquí no hay mucha variedad. ¿Y el suyo?

—Bueno, bastante bueno. Ayer no pude contarle, pero el compañero que me ha tocado es Ishmael —me miró impresionada—, y nos va bien.

—¿Ese Ishmael que era insoportable? —preguntó.

—Sí —titubeé—, pero tampoco es tan insoportable, le juzgué mal.

—Rectificar es de sabios —observó con una media sonrisa.

—Se podría decir que sí.

—Y entonces, ¿qué opinión le merece ahora? —preguntó más interesada de lo que debía.

—Supongo —medité— que es una persona a la que merece la pena conocer —noté cómo me sonrojaba—. Hemos hablado de su vida y ha sido bastante dura —paré al recordar que la de Ada, si no había sido igual, se asemejaba mucho—. Ada, ¿el gueto donde tu hermano... fue en Cracovia?

—Sí, creo que todos los polacos hemos estado allí.

—¿Había más gente, aparte de judíos? —pregunté con curiosidad.

—Claro, también estaban los que llamaban «desviados para la sociedad».

—¿Cómo?

—Personas que sienten cosas por gente del mismo sexo, esos son los desviados —me aclaró.

—¿Homosexuales? La verdad es que no entiendo su pensamiento, va en contra de la religión y de la naturaleza —dije rotunda.

—Eso mismo pensaba yo.

—¿Ahora ya no lo piensa? —pregunté.

—Cuando convives en situaciones extremas con personas, llegas a comprenderlas. ¿Qué más da a quién amen si aman? ¿Qué nos influye a nosotros que dos hombres juntos sean felices?

—Pero eso no es natural..., están enfermos y deben ser curados.

—¿Quién está más enfermo, aquel que ama o aquel que mata? —me preguntó.

—El que mata, por supuesto.

—En ese caso, hay muchas personas más enfermas que los homosexuales. Tal vez los que los encerraron eran los primeros locos —dijo seria.

—Ada, ¿era amor lo que sentían esos hombres, no lujuria ni vicio? —estaba dispuesta a abrir mi mente.

—He visto más amor en algunas parejas de homosexuales que en muchos matrimonios «normales» —contestó.

—Me gustaría conocer a algún homosexual —confesé, y al minuto me arrepentí de mi comentario; eran seres humanos y yo hablara como si se tratara de una especie en extinción.

—¡Con estas me sale ahora! —exclamó Ada, que había notado mi vergüenza.

—Sí —contesté ofendida conmigo misma—, me gustaría poder hablar y comprender. Siempre he visto la homosexualidad como algo que estaba mal, pero después del día de hoy he aprendido que antes de juzgar debería, cuando menos, escuchar su versión.

—Eso es de sabios.

—¡No te repitas y no me hagas la pelota! —reí.

—Lo digo de veras, los homosexuales no son como los pintan. Además, tienen muy buen gusto, estoy segura de que cuando pasen los años serán personas muy importantes en la sociedad, una sociedad sin prejuicios.

—Ada, sueñas demasiado.

—Soñar es algo que nunca nadie me podrá arrebatarme. —Se quedó con la mirada perdida.

Homosexuales, había oído hablar de ellos; por supuesto, nunca había visto ni conocido a ninguno, que yo supiera. No concebía cómo a una mujer podía gustarle otra, yo no era capaz de desear a nadie de mi mismo sexo. Por otro lado, como decía Ada, a mí no me hacían daño, ¿qué más me daba a quién amaran? Está claro que me resultaría muy raro ver a dos hombres de la mano, pero tal como avanzaban el mundo y la mentalidad de la gente, creía que podría aceptarlo.

—¿Y qué otra gente había en el gueto?

—Espere que piense —se tocó el mentón con el dedo índice—. ¡Ah, lo olvidaba! Algunas personas con discapacidad.

—¿Personas con discapacidad? —me indigné.

—Sí, me parece que los consideran inferiores y por ello también estaban allí. Ahora que lo pienso, recuerdo un día que en un anuncio un hombre salía diciendo de ellos lo siguiente —puso los dedos simulando unas comillas y cambió el tono de voz, fingiendo ser un orador—: «*El pueblo alemán no es consciente de toda esta miseria. No es consciente de la atmósfera deprimente en estos edificios en los que hay que alimentar artificialmente y cuidar a millares de deficientes inferiores a cualquier animal. ¿Podemos permitir que las generaciones futuras carguen con esta herencia?*». Las palabras se acompañaban con imágenes de centros de reclusión de personas con deficiencia —debió de notar mi cara roja de ira porque me preguntó—: ¿Le ocurre algo?

—Ada, hoy me estoy abriendo a todo el mundo, así que te voy a contar una historia.

»Rubén. El protagonista de esta historia se llama así. Una de las pocas personas que me aceptaron de pequeña tal como era.

»La mejor amiga de mi madre tenía un hijo un año mayor que yo que nació con un problema de hiperactividad. Los niños son los seres más crueles que existen en el mundo, así que nunca le aceptaron por su enfermedad. Yo pasaba todas las tardes con él. ¿Sabes lo que es la bondad absoluta? No, no lo puedes saber hasta que no conoces a una persona como él. Desconocía la maldad. Yo me solía cabrear cada tarde, porque esos niños que tanto se metían con él, que tanto le maltrataban, solo tenían que decirle una palabra de cariño para recuperar su amistad.

»Yo quería que él fuera más fuerte, que se enfadara, que les plantara cara, pero nunca lo hacía. Un día me di cuenta de que aquello no era un defecto, sino la mayor virtud que alguien puede tener. Cuando oía cómo le insultaban, era consciente de que los retrasados eran ellos, lo eran por tener a la persona con mayor belleza interior del mundo y desperdiciar su amistad.

»Y no todo es bueno, es verdad que cuando le daban sus ataques te entraban ganas de golpearle hasta que se callara, pero ¿no todo el mundo tiene defectos? ¿No hay defectos mucho peores? La gente miente, engaña, hace daño, y lo hace con la cabeza funcionando al cien por cien, sabiendo que está actuando mal. Él no podía controlar sus ataques y pese a eso luego pedía perdón. Tenía más conocimiento del que yo tendré nunca.

»Un día, hablando con las niñas del colegio, me preguntaron si no le cambiaría, si no me gustaría que fuese una persona normal. Estuve dos semanas planteándomelo, no era una respuesta sencilla. Cuando iba con él al parque, reflexionaba mientras le miraba. Él lo hacía todo para complacerme a mí, la única persona de su edad que le hablaba y a la que quería con locura. Escuchaba lo que yo le decía con la máxima atención y siempre se mostraba agradecido de que estuviera con él.

»Ese día lo tuve claro y lloré mientras le miraba. Llegué a clase y contesté con la cabeza bien alta que no, que no cambiaría a mi Rubén hiperactivo por ninguna persona de la tierra, ya que sus valores hacían que, por sí mismo, mi amigo fuera un tesoro.

»Nuestra amistad prosiguió hasta que se tuvo que marchar debido a un traslado de su padre, y yo sentí la ausencia de ese niño grande que con su bondad y cariño no solo hizo que le amara, sino que consiguió una gran parcela en mi corazón.

»Por eso no puedo entender ni creer que los hayan llevado a guetos por su condición mental o física —dije aún cabreada.

—Yo tampoco comparto esa opinión, pero es cierto, Juliana.

—¿Crees que mi Rubén estará allí? —la preocupación llegó a mí.

—No, estoy segura de que sus padres le habrán sacado.

Hacía muchos años que no me acordaba de Rubén, pero eso no había hecho que olvidara ni un ápice del cariño que le tenía. Es verdad que consideraba a Alger mi primer amigo de la edad madura, pero, ahora que lo recordaba, Rubén fue, es y será mi primer amigo de la tierra. Se me revolviéron las tripas y me empecé a encontrar mal. Su padre era general del

Reich, así que eso era imposible, y solo de pensar en esa posibilidad se me habían quitado las ganas de hablar.

—Ada, creo que ya tengo sueño, otro día seguimos con la conversación, si no te importa.

—Tranquila, Juliana, le deseo un buen día de trabajo mañana, y su Rubén estará bien, algún día me lo presentará.

—Por supuesto —sonreí.

El sonido de un pájaro me despertó cuando amanecía. La noche no había sido del todo mala, al principio estuve nerviosa, pensando en toda la gente que sufría en los guetos, luego mi sueño cambió de rumbo hacia el calor que Ishmael despertaba en mí, y dormí junto a él, al menos en mi mente. Tenía muchas ganas de llegar al trabajo, por lo que me duché y vestí casi corriendo.

Cuando salí a la calle, observé que el tiempo había mejorado, como mi estado anímico. El sol asomaba produciendo un efecto rosado en las nubes, un efecto tan bello que hizo que me detuviera para observarlo más lentamente. La culpabilidad por el fallecimiento de un niño seguía azotando mis pensamientos, sabía que nunca le podría devolver la vida, la única opción que tenía por el momento era ayudar a las personas que estaban en sus mismas circunstancias.

Decidí dar un paseo hasta la fábrica, ese día tenía ganas de ver la belleza del universo. Fue como si al contar la historia de mi madre me hubiera liberado de un pesar que llevaba soportando durante años. El trauma de observar cómo la violaban nunca se iría de mi cabeza, hacía años que estaba segura de ello, pero parece que cuando compartes tu dolor lo sobrellevas mejor. Puede que no hubiera elegido al confidente adecuado para contarle mi mayor sufrimiento, tal vez debí esperar a Louis, pero ya estaba hecho y no me arrepentía.

Durante mi caminata observé cómo la nieve se derretía y empezaba a intuirse la vegetación que saldría durante la primavera. Me encantaba la primavera, adoraba ver las flores, tenía una favorita, la margarita, no sabía si saldrían en ese lugar, pero deseaba ver esa flor que tanta paz me producía. Anduve durante al menos dos horas, respirando el aire puro y moviendo mis músculos agarrotados. Al ver la caseta blanca donde trabajaba, el cosquilleo volvió a mi estómago y una risa tonta empezó a surgir de mi boca. Salía luz de dentro, por lo que Ishmael debía de haber llegado antes.

Fue un acto reflejo, pero empecé a colocarme mi cabello suelto, lo toqué con mis dedos a modo de peine, me alisé con la palma de las manos la falda

color negro que llevaba y me pellizqué las mejillas para obtener algo de color. Me sentía estúpida, no quería empezar a reírme en el momento en que abriera la puerta, me obligué a mí misma a serenarme y, girando el pomo, crucé el umbral. Ishmael estaba de pie con su mismo uniforme de rayas. Se encontraba en mi escritorio con algo entre las manos. Al estar de espaldas no pude averiguar qué papel le tenía tan entretenido. No se había dado cuenta de que yo había entrado, estaba totalmente inmerso en su lectura.

Nunca me permitía a mí misma hacer bromas, sabía que era de niñas, no de señoritas, pero me apetecía darle un pequeño susto. Me acerqué como un lince a su presa, suave, sin apenas hacer ruido. En verdad Ishmael era una presa muy fácil; o eso, o era sordo. Me coloqué detrás de él. Como era más alto, seguía tapando los papeles, pero en ese momento no me interesaba lo que estaba leyendo. Ya me encontraba a menos de un palmo de su espalda y él seguía sin percatarse. Me fijé en su espalda, pese a estar delgado por la ausencia de comida, era ancha, bonita. Me embobé mientras le miraba, tenía un cuerpo que me encantaba, en otro lugar, en otro tiempo... ¡Para! y dale un pequeño susto. Entonces alargué mi mano y le golpeé el hombro, su duro y terso hombro. Dio un pequeño respingo, ya que pensaba que estaba solo.

—No te asustes, que soy yo —le dije mordiéndome el labio para no reír. Los papeles se le habían caído al suelo, así que me dispuse a ayudarle.

—¿Te gusta ser tan silenciosa como un fantasma? —respondió aún con la respiración agitada.

—Pero si he hecho mucho ruido —aseguré mintiendo—; tú, que estarás sordo.

—Sí, eso será —ironizó mientras una sonrisa traviesa le aparecía en la boca.

Estaba cogiendo folios al azar cuando distinguí algo que me era familiar. Me levanté y leí solo un párrafo de la hoja, no había duda de que conocía eso, eran los escritos de mi madre. Me quedé blanca, en *shock*, nadie tenía derecho a leer esos relatos, eran míos, el único vínculo que me quedaba con ella y no quería compartirlo con nadie. Puede que le hubiera narrado mi experiencia, mi trauma, pero eso no significaba que pudiera coger mis cosas. Ishmael seguía recogiendo folios sin percatarse de mi enfado.

—Te has cansado rápido de ayudarme a recoger, ¿eh? —dijo intentando hacer una broma.

No contesté. Miró en mi dirección mientras seguía recogiendo los papeles. No le cupo la menor duda de que algo me pasaba. Se puso de pie.

—¿Te ha molestado algo, Juliana? —me preguntó con temor.

—Esto —señalé mientras movía violentamente los papeles en su cara— es de mi madre. ¡No tenías derecho a leerlo!

—Lo siento, no sabía que era tan importante para ti. Después de que me hablaras ayer de tu madre supe que los papeles eran de ella y tenía mucha curiosidad por leer sus relatos. Saber qué te hacía tan feliz... —se explicó.

—Me da igual, me tenías que haber preguntado.

—Llevas razón —apreció serio—, supongo que temía que no me dejaras. A mí me encantaba leer y, como comprenderás, ahora ya no puedo. Ver aquí unos relatos de los que tengo tan buena referencia —me guiñó un ojo— ha sido una tentación incontrolable. No se repetirá —puso cara de niño bueno.

Por un lado quería prohibirle que los leyera, y por otro, junto a mí y a mi padre, era la primera persona que lo había hecho y me interesaba su opinión; además, no había dañado nada.

—¿Me perdonas? —interrumpió mis pensamientos.

—Puede —acepté intentando hacerme la ofendida y ponerme seria—. Bueno, ¿y qué te han parecido?

—¿Quieres saber mi opinión? —parecía contrariado—. Juliana, eres totalmente bipolar. Hace un minuto no me considerabas digno de leerlos y ahora quieres mi crítica. Eres la mujer más rara del universo. —Esperó una respuesta mía, pero no la encontré—. Podría decir que me han gustado, aunque creo que están escritos para personas más jóvenes que yo. Se nota una madurez en cada nueva obra, supongo que los escribía según tu edad. —Asentí, yo también sabía eso. Conforme crecía, madre escribía relatos más maduros que yo pudiera entender—. ¿Llevo razón?

—Sí, los escribía para mí, así que yo debía entenderlos. Supongo que se estanca en un público de doce años, era la edad que yo tenía cuando murió.

—Lo suponía —sonrió amablemente—. ¿Y tú nunca has pensado continuar con el legado que ella te dejó?

—¡No digas tonterías! Yo no podría escribir, ni siquiera sé.

—¿Lo has intentado? —preguntó.

—Soy consciente de mis limitaciones, ¿para qué intentarlo si sé que voy a fracasar? —Me hubiera encantado escribir, pero no era capaz.

—¡Lo llevas en los genes, Juliana! —Me tocó el pelo, pero apartó rápido la mano.

—Ja, ja, ja, además, ¿quién lo leería? No creo que a mucha gente le interesen en plena guerra los relatos de una adolescente.

—Yo —aseguró serio— los leería todos.

—¿De verdad? —traté de ocultar mi emoción.

—Por supuesto, sería tu primer crítico.

—No sé —decidí apartar mi mirada de sus ojos verdes o no resistiría más, era tan perfecto...

—Piensa que lo haces por mí, me entretendrás.

—Ya, pero seguro que tú dices que te gusta solo para no hacerme daño —insistí con voz de niña pequeña.

—No —me acarició la mejilla fugazmente para que le mirara—, te juro que nunca te mentaré, Juliana —habló de una manera tan profunda que no pude no creerle.

—Está bien... —carraspeé porque me faltaban las palabras y notaba el pecho subir y bajar con violencia—. Escribiré, aunque no porque yo quiera —mentí, aparté mi mejilla de su mano, ya que me empezaba a arder—, sino por ti, ¡para que no me des la lata!

—Gracias.

Mirarle fijamente me volvía loca, sus ojos verdes, sus labios gruesos, su sonrisa traviesa, ese pelo caoba que empezaba a crecer... Tenía que comenzar a ocupar mi cabeza en algo o no podría controlarme.

—Creo que debemos trabajar —interrumpí el momento.

Se apartó y, con la sonrisa en sus labios, volvió al puesto de trabajo. Las miradas furtivas entre nosotros no cesaron durante el resto de la jornada.

CAPÍTULO 14

Mi cuerpo y mi cabeza iban por caminos diferentes. Cada vez estaba más cansado y la cantidad de alimentos que recibía no era ni por asomo suficiente para recargar energías. Cada día nos daban una o dos raciones de sopa o de una especie de puré insípido y asqueroso. La ración era tan pequeña que la devoraba de dos cucharadas, el sabor era tan repugnante que me llegué a plantear si no triturarían cartón con agua y nos lo pondrían en el plato. Ningún médico habría dado el visto bueno a esa dieta.

Por otro lado estaba mi estado anímico, que cada día iba mejor. Solo había una razón para estos sentimientos y tenía nombre propio: Juliana. Podía parecer iluso, idiota, soñador, pero no creía que fuera el único que sintiera cosas. Ella empezaba a verme con otros ojos. Ya no hablo de los ojos del racismo, que, obviamente, ya la habían abandonado, sino de los de la complicidad y tal vez del amor. Apenas la conocía, por lo que no se podía decir que estuviéramos enamorados ni mucho menos; encariñado e ilusionado, esas serían las palabras para definir lo que estaba naciendo entre nosotros.

Seguía estando en el lugar con más muerte, horror y destrucción que había conocido, pero, aun así, no podía decir que fuera desgraciado. Desde que Juliana trabajaba conmigo y me trataba como a un ser humano, el campo había adquirido otra atmósfera. Deseaba trabajar, no por ayudar a los alemanes, sino por compartir su tiempo. Las cosas mejoraron aún más cuando nuestros primeros acercamientos físicos comenzaron. El día anterior, tal vez debido al momento de confidencias, me había abrazado y hoy yo le había tocado el pelo y la cara y ella no se había apartado con cara de repulsa; eso, por ahora, era más que suficiente.

No me engañaba, sabía que nunca podríamos tener nada. Ella estaba destinada a acabar con algún bicho del régimen con mucho poder y que le pudiera dar la vida que se merecía. Yo, por mi parte, solo le podía ofrecer una aventura clandestina con un paria, una persona encarcelada de por vida por su padre. Sin embargo, soñaba, soñaba mucho con la esperanza de que alguna vez sintiese algo por mí. Era imposible, pero me hacía bien confiar en el

futuro incierto, ese futuro que había hecho que ella y yo no hubiéramos dejado de encontrarnos desde que llegué allí, ese destino que parecía querer vernos juntos.

Ella era especial. No lo decía porque fuese la única mujer que veía en meses. Aun en una plaza con miles de personas, mis ojos acabarían reparando en ella como ocurrió cuando llegué. Tampoco era por su belleza, innegable, sino porque me gustaba su ternura y su inteligencia, porque su personalidad era aplastante, porque estaba seguro de que personas como ella cambiaban el mundo sin darse cuenta. Sentía que era la mitad que me complementaba. Me daba miedo saber que era la pieza con unos bordes que encajaban con los míos, ya que solo una persona en el universo podía hacerme sentir así y ella nunca sería mía, como yo quería.

¿Qué opciones tenía? La única que me daba un atisbo de esperanza era que, poco a poco, cuando me conociese, yo también la complementase a ella. Era un mendigo muerto de hambre con aspiraciones de rey. Un pobre diablo que confiaba en que día a día enamoraría a la hija de su mayor enemigo. Todo un tema de novela, no lo dudaba. Lo único positivo de esa situación era que la ilusión me estaba dando las fuerzas que no recibía de los alimentos. Por ello, por mi supervivencia, mantendría el optimismo hasta que no me quedase más remedio que aceptar la realidad.

Cada vez me sentía más débil, hasta límites que nunca habría imaginado. Levantarme y ponerme en pie era una odisea; andar, el mayor de los retos. Veía a mis compañeros, tan delgados que se les marcaba todo el esqueleto y con una ausencia de vitalidad preocupante. Siempre fingía estar bien, intentaba que padre no viera que poco a poco hasta yo estaba perdiendo mi vida sin saber cuánto aguantaría. El dolor físico había demostrado hacerse poderoso y superior a todas las cosas. Me moría por alimentarme, me moría por poder andar sin que doliera, me moría por sentirme bien. Día a día me enfrentaba a la preocupación por las enfermedades. Sabía que no tardaría en coger alguna y eso supondría mi final. Intentaba mantener la mente ocupada, incluso procuraba pensar que estaba mejor de lo que sentía.

Me veía reflejado en los cuerpos y rostros de mis compañeros. Muchas veces prefería sentir pena por ellos viéndolos tan delgados, tan blancos, tan enfermos..., con más muerte que vida recorriendo sus arterias. En ocasiones, una mirada furtiva de alguno de ellos con aire de preocupación me demostraba que yo me encontraba en la misma circunstancia y que tal vez también daba lástima y pena. Poco a poco me volvía más insensible y eso era

alarmante. Mis pensamientos se volvían egoístas. Cuando un compañero empezaba a enfermar, mi demonio interior rezaba para que se lo llevaran y no me contagiase. Como pensar en mi madre y mi hermana me producía dolor, prefería encerrarlas y condenarlas al olvido.

Poco a poco perdía mi alma. Sin embargo, cuando realmente pensaba que estaba podrido por dentro era cuando podía ser feliz entre tanta tragedia. Cuando detalles tan insignificantes como la ilusión por una mujer hacían que me olvidara de los sufrimientos de los míos y disfrutara como si estuviera libre en esta guerra. Tenía cargo de conciencia, como si en estas circunstancias de mi vida tan solo debiera sentir tristeza por los fallecidos, por los enfermos y desaparecidos. Sucio, así es como me sentía cuando llegaba a la cama y sonreía pensando que la iba a ver al día siguiente y me olvidaba de mis muertos. Era en esos instantes, consciente de la tragedia que se vivía a mi alrededor, cuando ardía en deseos de abofetearme a mí mismo por tener ilusión en medio del desastre.

Esa mañana, palpándome los huesos y notando cómo se me escapaba la vida, decidí que no sentiría nada. Cumpliría con mi obligación y pensaría en los míos, sin ilusionarme con tonterías, y empezaría a trabajar. No hablar con ella, no mirarla, porque no tenía derecho a ello. Sin embargo, a veces uno toma una decisión con el propósito de mantenerse firme e inamovible, seguro de sí mismo y, en un segundo... todo cambia. ¿Cuál fue el motivo? Llegar y encontrármela esperando, inquieta. Se acercó a mí corriendo como una posesa y empezó a agitar unos folios en mi cara.

—He comenzado a escribir —anunció nerviosa.

Intenté no hablar, no mostrar ilusión, pero la vi tan pequeñita, con tanta necesidad de aprobación, que no pude evitar contestar con amabilidad:

—¿Y si te digo que ya estoy deseando leerlo?

Tras una escena así te quieres marchar ya a tu sitio, a seguir en esa depresión normal por todo lo vivido, pero ella está excitada y no para de hablar, contenta por esa iniciativa en la que tú has influido. Miras hacia tu montón de trabajo, para que ella vea que no tienes tiempo de charlar, echándola indirectamente, pero reclama tu atención y al final se la prestas con la mente en otro lado, debatiéndose entre el luto y la felicidad de pequeños momentos como este. Ella lo nota, ve tus medias sonrisas, tu cara cansada, tus manos temblorosas, se detiene para hablarte, para preguntar, preocupada por ti:

—¿Te ha pasado algo este fin de semana? —consulta preocupada, escrutándote con una mirada clara y transparente en la que es fácil perderse.

Entonces empieza tu dilema, te has levantado triste, deprimido, sin ganas de nada, quieres expresarle en palabras esos sentimientos que te comen por dentro. Sin embargo, cuando la ves esperando por ti, deseando ayudarte, sacas fuerzas de donde creías que no había y le contestas con tu mejor sonrisa fingida:

—No, es simplemente que estoy cansado. No comemos nada y poco a poco tengo menos fuerzas.

Has resumido todo tu pesar, has quitado hierro a las penas de tu existencia. Entonces ella se levanta y saca algo muy pequeñito de su bolso, apenas logras distinguir qué es. Se acerca y, satisfecha de sí misma, te lo tiende, es comida, un pequeño bollo que se ha traído para media mañana. Te debates en tu foro interno sobre si debes cogerlo o no. El estómago te lo pide a gritos, pero no quieres aceptar limosna. Entonces observas su cara y te das cuenta de que no te mira como a un pobre que le da lástima, sino como a un amigo, y se lo quitas de las manos, de un bocado te lo has comido y saciado un poco el dolor de tu cuerpo. Intentas no mirarla, decirle de una vez por todas que no quieres saber nada de ella, que sois de dos mundos que bajo ningún concepto pueden estar unidos, que aunque no seáis conscientes, ambos odiáis lo que significa el otro. Es la última oportunidad para hacerlo, para vivir en paz contigo y con tus muertos, y al final... ves sus ojos azules que se entristecerán si haces lo que debes hacer y, olvidándolo todo, entregándote a la locura y al egoísmo, decides que el resto te da igual, ya es muy tarde para separarte de su lado. No sabes cuánto durará, ni siquiera sabes si esas ilusiones que albergas en el rincón más escondido de tu corazón llegarán alguna vez a significar algo para ella, solo quieres tener la esperanza, ser feliz y, tal vez, vivir sorteando el tiempo que puedas la muerte.

Una vez que todo está decidido, que he elegido ser dichoso con la hija de mis enemigos, que me concedo el derecho a intentar ser feliz aunque solo sea un minuto con ella, cojo sus papeles y comienzo a leer, contento de ver la expectación en todo su ser a la espera de mi veredicto.

En general no es malo, se nota que la escritora es novel, pero es un libro que, con sus imperfecciones, engancha, transmite la inocencia de la primera vez. Llevo mucho tiempo sin leer, sin meterme en historias inventadas y vivirlas, y este manuscrito hace que renazcan sentimientos que pensaba no

volverían. Apenas en media hora lo he terminado, tendré que recuperar el trabajo más tarde, pero en estos momentos no importa.

—Y bien, ¿qué te parece? —pregunta ya sin poder contener su nerviosismo.

—En principio me gusta —contesto sinceramente—, solo tengo dos pequeñas objeciones —sonrío para quitarle hierro al asunto—: creo que la protagonista se valora demasiado poco, es decir, cree que tiene que hacer todo para agradar y no se da cuenta de que son los demás los que deberían agradarle a ella. Me recuerda a alguien... —una pausa—. El otro fallo fundamental lo veo en la historia de amor principal.

—¿No te gusta que sea entre dos príncipes? Tal vez debería elegir gente más común, para que las personas se identifiquen...

—No, no lo digo por eso. Ella cree que ama al príncipe, pero en realidad solo le ha visto en un par de ocasiones y él ni siquiera se ha molestado en conocerla. La mira, pero no la ve.

—Tiene cosas más importantes que hacer. Además, su vida es mucho más interesante que la de ella.

—¡Ahí está el mayor fallo! Ella es muy interesante, solo que nadie llega a conocerla —contesto mientras le devuelvo los papeles.

—Entiendo —dice mientras guarda su principio de obra—, ¿algo más?

—¡Sí! —exclamo sonriente—, me cae excesivamente bien el criado de la princesa.

—¡Pero si no para de hacerle la vida imposible! Es un incordio para ella, de verdad, no sé qué puedes ver de positivo en el criado... Creo que, en el fondo, ellos dos se odian.

—Pues yo creo que se interesa mucho más por ella que su príncipe. Puede que la haga rabiar, pero es porque ella es muy orgullosa y en ocasiones no lleva razón. Él intenta que ella saque su propia personalidad, la que está debajo del orgullo. Si tuviera que resumir mi opinión sobre él sería que es el único que la quiere de verdad, el único que la quiere libre.

—¿Y eso por qué? —interrumpe a la defensiva—. El príncipe la debe de querer, puesto que le ha ofrecido matrimonio.

—Otra vez estás equivocada —Juliana me mira desafiante—, el criado es el único que la comprende, la acepta, y le gusta su verdadero yo, por lo que deduzco que es el único que la quiere de verdad. Si deseas que la protagonista acabe con el príncipe, primero tienes que hacer que ambos se conozcan de verdad y se gusten, solo de esa manera será amor.

—¿Me estás insinuando que cambie el argumento principal? El amor es el gancho para el público femenino.

—Te estoy sugiriendo que amplíes tu punto de vista. La historia es tuya y la princesa acabará con el hombre que tecleen tus dedos. Tienes ese poder, Juliana.

Dejamos la conversación y me puse a revisar los últimos datos de las pruebas de armamento. Mientras lo hacía, mis tripas no paraban de rugir, habían probado un succulento manjar en forma de bollo y ahora querían más. Los sonidos eran tan altos que supe que ella los estaba escuchando, intentaba hacer fuerza para que no fueran tan pronunciados y voraces, pero el esfuerzo era en vano. Cada vez se necesitaba más material para la guerra, por lo que el trabajo se multiplicaba. Podría significar que los alemanes tenían más aliados y territorio o, en el mejor de los casos, que nuestros salvadores empezaban a ganar y los alemanes querían más armamento para frenar su victoria.

Mientras seleccionaba los batallones a los que mandaríamos el armamento, me planteaba qué ocurriría si me hiciera el héroe, si me equivocara y, aunque la consecuencia de eso fuera mi muerte, con ello ayudara a que los aliados, nuestros amigos, pudieran ganar aunque fuera una batalla. A pesar de que Juliana hacía bien su trabajo, no me sería difícil engañarla, incluso provocar un error que le apuntara a ella como culpable. En ese caso tal vez las consecuencias no serían nefastas para mí y cabría la posibilidad de ayudar de forma encubierta. Pero eso significaría mermar la poca confianza en sí misma que empezaba a tener Juliana y, por ahora, no deseaba hacer algo así.

Como siempre, yo tenía el triple de trabajo que ella, por lo que enseguida había terminado su parte. No era muy complicado saber cuándo acababa. De repente notabas que alguien te miraba fijamente intentando entablar conversación. Si de ese modo no conseguía llamar la atención, empezaba a hacer ruidos y a moverse por todos los lados, llegaba incluso a resultar molesta. Al final, y como excepción, ese día decidió no hacer el paripé y hablar directamente:

—Ishmael —me llamó.

—¿Quieres algo, Juliana? —pregunté con un poco de impaciencia.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Dime —acepté cansado, apartando la vista de los papeles.

—¿Cómo es la vida allí dentro? Me has contado cómo es en el gueto, pero nunca aquí.

—¿Por dónde quieres que empiece? —inquirí sin esperar respuesta—, no es muy agradable. Vivimos en un barracón donde apenas puedes dormir, por ahora tenemos una cama para cada uno, pero ya se han acabado las plazas y la gente sigue llegando, por lo que pronto comenzaremos a dormir hacinados. La comida es asquerosa a la par que escasa. En cuanto a la higiene, mejor no hablar, te asustarías.

—¿No hay nada bueno? —me preguntó con un hilo de esperanza en su voz—, es decir, por ejemplo, ayer en vuestro día libre, ¿qué hiciste?

—La libertad es un concepto un tanto extraño para los alemanes. Si bien es cierto que después de trabajar durante una semana como esclavos nos dejan un día para asearnos y «descansar». Aunque ayer mi día fue algo diferente —me había tocado el «premio » de la prostituta, pero no había querido ni podido estar con una mujer a la que sabía que forzaban las circunstancias.

—¡Ah, sí! ¿Qué hiciste? —su curiosidad aumentó.

—No creo que sea adecuado contárselo a una señorita como tú —ironicé.

—He demostrado que soy bastante capaz de entender cualquier cosa —dijo con su tono de «me voy a enfadar si me sigues menospreciando» que tanto me gustaba, verla valorarse y crecer como mujer.

—Está bien. Tú me lo has pedido, estuve con una prostituta —confesé esperando su cara de asombro.

—¿Con una prostituta? —pronunció con desprecio en sus palabras—, vamos, suponía que estabas desesperado, pero no tanto como para caer tan bajo, para acostarte con una fresca... —esperó a que contestase, pero no lo hice—. No soporto a esas mujeres, son el escalón más bajo de la sociedad, simplemente unas ramera asquerosas. Aunque tú ni lo notarías, porque solo pensarías en el sexo...

—Ella no era una ramera. Si te soy sincero, es una de las mejores mujeres que he conocido.

—Bueno, teniendo en cuenta el tipo de mujeres con las que te codeas, no me extraña...

—Te conozco a ti...

—¡No te atrevas a compararme con ella! —gritó roja de ira—. ¿Qué pasa, que te gusta? Seguro que te has enamorado de ella —Juliana estaba celosa y no se daba cuenta de hasta qué punto lo estaba demostrando.

—No, no me gusta. De hecho, no me acosté con ella —me fijé en cómo su ceño, ahora fruncido, se relajaba. Creo que hasta suspiró de alivio.

—¿Y por qué debería creerte?

—Porque no hay ningún motivo para mentirte —contesté tranquilamente.

Sopesó mi afirmación y supongo que acabó creyéndome, ya que preguntó más tranquila y curiosa:

—¿Por qué fuiste entonces?

—Los alemanes me obligaron —ironicé—, es el premio que nos dan por trabajar. Por si te interesa, yo tampoco estoy de acuerdo con su manera de recompensar en ocasiones. Entonces, de acuerdo con mis convicciones, fui, pero una sesión de sexo impuesto no fue el plan de la tarde.

—¿Qué hiciste entonces? —quiso saber, como si no concibiera que pudiera hacerse otra cosa con una prostituta.

—Hablé.

—¿Hablaste con una prostituta? —me miraba incrédula.

—Aunque te cueste creerlo, ellas también saben. Tiene boca... —añadí con sarcasmo.

—Una conversación muy profunda, supongo —ironizó.

—Pues sí. Manuela tiene una historia muy interesante, a la vez que triste —me hizo un gesto para que continuara.

Le conté toda la historia de Manuela, cómo empezó a prostituirse en el campo para ayudar a su hijo. Le conté cómo otras mujeres hacían lo mismo. Incluso le hablé del cariño que le profesaba mi amigo Ivri. Pocas veces he visto a una persona cambiar tanto de gesto durante una conversación. Juliana había comenzado con ira, después con celos, con escepticismo, para llegar a la comprensión y a la pena por la vida de esa mujer.

—Pobrecilla, no me querría ver en su situación. La entiendo, yo también lo haría por mi hijo —fue su conclusión.

—¿Te das cuenta de por qué no tienes que juzgar a las personas por la fachada? Primero has de intentar saber su historia, conocerla, los cimientos, y después tal vez opinar con respeto.

—La vida es muy irónica... —decía con la cabeza en otra parte.

—¿Por qué piensas que es irónica, *Platón*?

—Por lo diferente que es la existencia de las personas. Esa mujer, sacrificándose por su hijo, viviendo en un estado de miseria por su bien, y yo

por otro lado, con mi máxima preocupación: ser una patosa bailando —y tras reflexionar unos segundos, añadió—: no hay derecho.

De manera inconsciente se empezó a rascar el puente de la nariz. Era un gesto que no me hubiera llamado la atención si no la conociera. En las últimas semanas había aprendido que cuando Juliana se llevaba la mano ahí era porque estaba mal. Aunque no me compadecía de ella, entendía que en muy poco tiempo había tenido que asumir la destrucción total que llevaban a cabo los suyos. Ver que todo por lo que había luchado, en lo que había creído, era tan solo una gran mentira. Si a eso le unimos su empatía, que cada vez era más grande, el resultado podía ser catastrófico.

Lo más normal es que en una situación de ese tipo yo no me preocupara y me limitara a coger otro folio en blanco. De hecho, puede que hasta tuviera todo el derecho del mundo a querer que las personas sintieran un poco de lo que era mi día a día. Se podría decir que era lo justo, pero no deseaba que sufriera.

—¡Tengo la solución! —anuncié sacándola de sus pensamientos.

—¿A qué? —preguntó con esa voz débil que me dolía.

—Por supuesto, a tu gran problema con el ritmo.

—Claro... —rió—, no creo que sea momento para bailes, Ishmael.

—Siempre es un buen momento para bailar. Se me daba bastante bien en mi otra vida... —Juliana tardó un rato en evaluar si me estaba riendo de ella o lo decía en serio—. ¡Levántate! —dije mientras me ponía de pie.

—Mejor no; además, no hay música —afirmó.

—¿Cuál es tu canción favorita?

—Me gustaba Edward Elgar: *Salut d'amour*, ¿la conoces?

—Sí —dije recordando la melodía—, me encantaba una versión de piano y violín. ¡Bailaremos esa! —le ofrecí mi mano para que se levantara.

—Sigue existiendo el problema de la música, Ishmael.

—¡Cuando hay imaginación, la melodía existe sin que nadie la toque!

—Además —parecía avergonzada con lo que me iba a decir—, yo mantengo una relación con Louis, no creo que sea muy adecuado bailar con otro hombre —agachó su cabeza.

—Tranquila, podemos aliarnos con la distancia. Estaré a un metro de ti —ofrecí sonriente, aunque por dentro notaba como si en mi corazón hubieran clavado un alfiler que lo atravesaba.

Como veía que no se levantaba, comencé a tararear la canción y bailarla yo solo. Le volví a ofrecer la mano y ella, insegura, la aceptó y con un

pequeño salto se incorporó.

Como caballero y hombre de palabra que era, no me acercaría a menos de un metro a no ser que ella quisiera. Empezamos a contornearnos a derecha e izquierda. Yo cantando bajito y Juliana con la cabeza agachada. Fueron pequeños signos que acontecieron para dar paso al gran final. El primero fue notar cómo su mano pasaba de estar muerta en la mía a apretarme fuerte, aun a un metro de distancia. Después, como si ella leyera mi mente, su cabeza se levantó para dejarme ver los luceros en los que me perdía, vidriosos e intensos. El siguiente paso fue una atracción magnética que logró que poco a poco nuestros cuerpos se juntaran, con pequeños pasos inquietos, inseguros, torpes, hasta que finalmente Juliana apoyó su cabeza en mi hombro.

Lo siguiente fue por iniciativa suya, parecía haberse quedado en una especie de estado inconsciente y yo sentía cómo poco a poco algo crecía en mi interior, algo tan grande que me asustaba. Entonces, en lo que fue un segundo pero a mí me pareció una eternidad, agarró mi mano libre, la acarició mientras unos colores rojos aparecían en su mejilla y lentamente la colocó en su cadera, que se estremeció mientras yo la apretaba con suavidad. Era una escena tan perfecta que temía estar delirando mientras moría. Ella, sonriente, con su mechón rebelde en la cara, los ojos y los labios que pedían a gritos un beso. Yo, perdiendo el equilibrio por tanta dicha, notando mi piel con su piel. Nunca sabré cuándo dejé de cantar, pero oíamos la melodía en nuestros oídos como si sonara amplificada en un tocadiscos. Tampoco sé por qué ambos nos olvidamos de todo para ser solo Ishmael y Juliana, por qué fuimos uno. El último paso importante se fue sucediendo poco a poco. Nuestras caras se acercaban, olíamos nuestro aliento, sentíamos la piel de gallina, oíamos nuestra respiración agitada, sentíamos nuestra boca salivar, pedirnos a gritos un acto prohibido y, por último, veíamos nuestras caras de deseo, miedo y tal vez algo que no nos atrevíamos ni a poner en palabras. El sueño cada vez estaba más cerca para mí, el cambio hacia lo desconocido para ella.

Su mano temblaba tanto que la apreté con fuerza, le susurré que estaba ahí, junto a ella. Sus labios se entreabrieron y sus ojos se cerraron mientras ya no podía correr el aire entre nosotros... Solo tenía que moverme un centímetro y la besaría como nunca antes había besado a una mujer, ella sería agua para ese incendio que tenía dentro. Ella y solo ella era lo que más deseaba en el universo. Entonces un ruido, *bum*, algo se ha caído. La separación fue demasiado rápida y me dejó ardiendo. Solo había sido una

caja movida por un poco de aire de la calle, pero esa caja había terminado nuestro baile. Nos observamos conscientes de que algo había estado a punto de ocurrir, pero, como dos cobardes, volvimos a nuestro trabajo sin mirarnos, aceptando otra vez nuestro rol en la sociedad mientras nos estremecíamos de dolor por no poder cambiar el mundo.

CAPÍTULO 15

Cuando eres adolescente y haces algo de lo que te avergüenzas, tu madurez marca los dos caminos que puedes tomar. Si aún eres inmadura, seguramente intentes enterrar la cabeza bajo la almohada como si así desapareciera, igual que cuando eres pequeño y te escondes y cierras los ojos pensando que nadie te puede ver. La otra opción es admitir lo que has hecho y afrontar la situación. En mi caso, si me pongo realmente nerviosa, si sé que mi conducta no ha sido la adecuada, intento no pensar, mantenerme muy ocupada o, si todo eso falla, dormir. Es una actitud muy poco recomendable y bastante cobarde, pero no soy perfecta ni mucho menos.

Aunque seguía el *modus operandi* de toda mi vida, en este momento había algo que fallaba, lograba reprimir el recuerdo, sí, pero no evitaba las cosquillas de niña pequeña mientras se colaba una milésima imagen de lo que había acontecido. El problema fundamental no se presentaba cuando estaba consciente, sino mientras dormía. El sueño siempre había sido mi aliado, me ayudaba a olvidar las cosas que quería. Hasta que ocurrió el asesinato de mi madre y todo en mi vida se puso patas arriba.

En esa época lo entendí, solía levantarme en mitad de la noche gritando con la frente llena de sudor. Revivía ese momento una y otra vez. Al principio eran como *flashes* al pasado, veía a mi madre, a los dos hombres, sentía el dolor de ella y el mío y gritaba pidiendo auxilio. En esos momentos era fundamental la presencia de mi padre, siempre acudía a mi cama y me ayudaba con palabras de cariño. Los días fueron pasando y mis gritos no se apagaban, padre seguía viniendo cada vez con la mirada más vacía, con menos palabras de consuelo y una cara demacrada.

Un día dejó de correr a mi lado, su alegato fue que no podía soportar oír lo que yo contaba. Una vecina que acudía a cuidarme por las tardes y, ya de paso, a intentar cazar a mi padre, me dijo a modo de confidencia que no solo gritaba, sino que hablaba entre sueños y contaba cosas bastante fuertes. Yo no quería hacerlo, pero no lo controlaba. Después de un mes con pesadillas inagotables, padre decidió que me tenía que tratar un médico.

El médico, tras un examen bastante superficial, me recetó unas pastillas que tenía que tomar después de cada comida. Las pastillas estaban bastante bien, siempre me dejaban en un estado que me permitía dormir del tirón como un tronco. Oía comentarios a mi alrededor: «la niña parece drogada», «mírala, ya ni habla», «está siempre con la mirada perdida». La gente se lo reprochaba a mi padre, pero yo no, se lo agradecía, me permitía estar flotando en una nube, sin enterarme de nada. Además, eso se llevó consigo las pesadillas.

Pasó un tiempo del que nada puedo contar puesto que permanecí en un mundo de arco iris sin ver nada a mi alrededor que no fuera fruto de la fantasía que me provocaban las sustancias que consumía. Una mañana, después de vivir en mi mundo imaginario y alegre, me levanté directa a introducirme una de esas maravillosas pastillas color nieve, pero no estaban. Me desquicié, fui corriendo a decirle a padre que se habían acabado, pero él contestó con un rotundo: «*No las volverás a tomar, Juliana*».

El primer instante fue calmado, por supuesto que podría aguantar sin las pastillas, era solo cuestión de tiempo que ellas y yo nos separáramos y, ahora que ya no tenía pesadillas, podría vivir con su ausencia. Aguanté bastante bien hasta la hora de comer, estaba en el jardín tranquilamente leyendo (o mejor dicho, pasando páginas), cuando se me cayó una goma al suelo. No pasaba nada, me agaché a cogerla y, como si fuera un detective, mi vista se amplificó sobre un trozo de césped, algo me atraía y llamaba mi atención, algo rojo, una minúscula gota de sangre que habría pasado desapercibida a cualquier ojo humano. Una imagen azotó mi mente. No hace falta decir que el pecho me empezó a oprimir sin dejarme respirar. Traté de volver a la casa sujetándome en el primer objeto sólido que encontré a mi paso. Mi autocontrol luchaba con creces contra las imágenes que se sucedían en mi mente, esas que tantísimo daño habían llegado a causarme. La vista se me nublaba, los oídos me pitaban, mi boca estaba seca, veía doble, tenía náuseas, y en ese paraíso escuchaba gritos de mi madre cada vez más altos.

Me puse la mano en los oídos para presionarlos y tratar de que el ruido cesara, pero no dio resultado, cuanto más fuerza hacía más aumentaban los decibelios del sonido. Entonces mi lógica me dijo que quitara las manos, que los gritos sonarían más bajos, como antes de taparlos. Mis manos se movieron de mis orejas, que estaban rojas y me dolían como unas condenadas, pero los gritos no cesaron. Lo peor de los gritos era que ya no sabía si eran realmente los de mi madre o yo atribuía su voz a las palabras

desagradables que sonaban en mi cabeza. No distinguía la realidad de la ficción, no sabía tan siquiera si estaba despierta.

Quería una solución, miento, necesitaba una solución, y como una alucinación, observé mis pastillas, rodeadas de una estela divina, ellas eran la mejor opción. El primer lugar al que fui fue la habitación de mi padre. Aunque él había dicho que no volvería a tomarlas, sabía que guardaría alguna de repuesto por si acaso, por si volvía a gritar cosas que él no quería oír, sería como un seguro para su propia tranquilidad.

Rebusqué por todas partes, al principio con calma, dejando las cosas en orden para no ser descubierta. No tardé en cambiar mi manera de efectuar aquella misión y empecé a tirarlo todo por el suelo, desesperada, ansiosa, en ocasiones airada. La adrenalina fluía por mi cuerpo como algo incontrolable, algo destructivo que acabaría con todo hasta llegar a su objetivo. No sabía si lo que hacía estaba bien o mal, solo que lo necesitaba.

Tras registrar toda la casa y dejarla como si mil demonios la hubieran recorrido, me puse a temblar, a pegarme golpes contra los muebles, a hacerme daño para que ese sonido se largase de una puta vez. Entonces, mientras destrozaba la mesa de cristal del salón elevándola por los aires, las vi, estaban ahí, en el suelo, entre todos los cachitos de cristal. Empecé a salivar como si fuera un perro, no tenía fuerzas para ponerme en pie, así que gateé hasta el lugar donde estaban las pastillas de reserva. Es muy triste, pero la baba me colgaba hasta el suelo. Cogí una y me la metí en la boca, esperé, a padre le dije que una hora, la verdad es que fue un minuto, y al ver que no hacían efecto, me metí otra, y otra, y otra, y así muchas más...

Cuando me di cuenta, estaba tumbada, sangrando, con el mundo desvaneciéndose ante mí. Había alguna posibilidad de que muriera, pero era tan feliz, los gritos habían desaparecido y en su lugar veía estrellas rodeándome... Unos golpes en la cara hicieron que despertara de ese estado que amaba, seguía en mi mundo, veía todo a cámara lenta, padre lloraba arrodillado junto a mí, también gritaba, solo distinguía palabras sueltas como *médico*, *mi niña* y *no te vayas, aguanta*. Luego me vi elevada a las alturas y cogida por él, sus lágrimas me rozaban la mejilla, el viento me agitaba los cabellos. La gente me miraba, preocupada, algunos incluso negaban con la cabeza, yo veía mi final... Lo peor de todo ello era cómo me sentía, tan bien, tan a gusto, me quería ir con mi madre y olvidar todo lo acontecido. Solo una cosa me preocupaba, y era mi padre, nunca en toda mi vida le había visto así. Con unas fuerzas que no tenía, le acaricié el rostro, le sonreí y logré

vocalizar: «*si me voy, estaré mejor, no te preocupes, te esperaré con mamá*». No lo hice a mala leche, mi intención era que se sintiera mejor, pero provoqué el efecto contrario; su cara empeoró y empezó a temblar, él, mi héroe que nunca tenía miedo.

En la entrada del hospital dormí muy a gusto. Desperté unos días después entubada por todos los lados, con bastantes kilos menos. Padre estaba a mi lado vigilándome. Primero se puso muy contento y luego me regañó durante lo que me parecieron siglos.

Después de aquel episodio que se empeñaron en llamar «intento de suicidio», pese a que intenté explicarles que yo solo quería sentirme mejor, llegaron años de psicólogo. Un hombre bastante amigable me escuchaba y yo hablaba con él durante horas. Para todo el mundo pasé de ser la chica asocial sin amigos a la rarita, la que se quiso quitar de en medio; en lugar de ayudar, huían de mí como si la depresión se contagiase. En cuanto a las pastillas, fui consciente de todo el dolor que podían causar a la gente de mi alrededor, así que nunca más probé ni siquiera una. No solo yo lo pasé mal, padre parecía en un estado catatónico. Me recuperé con las sesiones en el psicólogo; él, en cambio, encontró su «salvación» convirtiendo todo su dolor en un odio profundo hacia quienes culpaba de todo, los asesinos de mi madre, los judíos.

En ocasiones aún revivía ese día con exactitud en mis pesadillas, otras veces mi subconsciente me jugaba malas pasadas y los sueños eran incluso más *gore* de lo que en realidad había sucedido. No quería bajo ningún concepto que padre lo pasara mal por este tema, así que con mucha autodeterminación y trabajo acabé por dominar mis pesadillas la mayoría de los días. Tenía tantas deudas con él por el sufrimiento que le había causado que intenté hacerlo todo por y para él. Me entregué a su causa.

Lo primero para remendar mi error fue asistir a Las Muchachas y, pese a que mi interés no era muy grande, lo hice todo lo mejor posible. Poco a poco me fui reeducando, me convertí en la señorita que cualquier persona hubiera deseado. Nunca logré tener amigos de verdad; algún admirador, alguna persona con la que charlar, pero poco más. Sin embargo, conseguí que la sociedad cambiara su modo de verme, con mucho esfuerzo llegué a ser una hija ideal.

El último paso para hacer del todo feliz a mi padre fue unirme en su lucha interna, en la matanza del enemigo, aliarme en el odio contra los judíos. Era muy simple, con cada expresión negativa hacia ellos, él era feliz; si me

veía leyendo el *Mein Kampf* o halagando la labor de Hitler, su rostro cambiaba y mi penitencia por todo ese tiempo vivido quedaba saldada.

Ahora, analizando mi vida desde que había llegado a Auschwitz, me daba cuenta de que estaba echando por tierra todas mis convicciones: era amiga de mi criada, había desafiado a mi futuro marido y ayudado a unos niños, y sentía algo por uno de mis enemigos. Seguramente, debido al daño que había causado en mi corta vida, tendría que haber seguido con mi penitencia, y probablemente lo habría hecho de no ser por Ishmael. Confieso que la mayoría de las cosas que me había contado eran para mí desconocidas e increíbles; sin embargo, en ningún momento me planteé que mintiera.

Conforme asimilaba todas las palabras de su historia, mi opinión con respecto al conflicto fue cambiando a pasos agigantados. Aprecié que los monstruos también estaban en mi bando, que muchos de los míos hacían cosas similares e injustificables. Mis enemigos de pronto no tenían raza, eran todas las personas capaces de cometer ese tipo de actos. Había otras historias que sí había escuchado. Supongo que siempre creí que se trataba de meros rumores y eso me permitió no tener que dudar de nada. No era la única que las oía. Pero conforme nos decían que los presos tenían mucho frío, nos llegaban imágenes de ellos con abrigos. Podríamos haber desconfiado de la veracidad de las fotografías, pero no hacerlo era más fácil.

Ahora no creía nada que no viera y comprobara con mis ojos, y me encontraba en un estado de tensión continuo; tal vez por ello se habían descontrolado mis sueños. Por primera vez desde el episodio más violento de mi vida, no podía dominarlos. Aunque no era como antes, cuando me traían tristeza y desesperación; estos nuevos venían cargados de ilusión, esperanza y un sentimiento tan bonito que me cortaba la respiración y bombeaba la sangre.

Al principio, cuando me levanté el primer día y recordé que mi cabeza no había estado vacía y hueca durante la noche, temí caer de nuevo en esa rutina autodestructiva que me llevaría de vuelta a mis pastillas. Pronto fui consciente de la gran diferencia entre las pesadillas de entonces y los sueños de ahora, de cómo estos sacaban mi lado más sexual. No, mis fantasías no me harían caer en la miseria, en todo caso me levantarían del pozo más profundo. Los dos extremos se fusionaban y, a la vez que despertaban sentimientos que no sabía que existían, traicionaba a padre y me enfrentaba a las circunstancias. Si yo hiciera con Ishmael lo que deseaba por las noches, mi padre cogería un arma y se volaría los sesos, de eso estaba segura.

Por otro lado estaban las circunstancias, no teníamos futuro. Él, un prisionero que nunca saldría; yo, una dama que le había prometido amor a otro hombre. Qué fácil hubiera sido todo de haber vivido en otro país, otra época, otro mundo, una estrella... No podía estar con él. Literalmente, la ley no lo permitía. Pero... yo tenía un arma secreta y eran mis pensamientos, nadie se podía meter en ellos ni juzgarnos, podíamos ser lo felices que yo quisiera sin tener que dar explicaciones. No iba a poder estar con él por lo que podría suceder cuando volviera Louis, seguiría la lógica y me casaría con mi oficial, pero por una noche pensaba fantasear y pasarla con Ishmael. Puede que fuese pecado, no lo sabía, ya me confesaría antes de morir.

Dirigir los sueños fue tan fácil que casi me daba la risa. Estábamos bailando, con la melodía de Elgar tocada por una orquesta, en un salón, los dos vestidos perfectos... Reviví todos los instantes que habían acontecido el día anterior en ese escenario inventado. El cambio llegó cuando nos miramos, la caja no se había caído, nada ni nadie nos podía interrumpir. Su mano se movía hacia mi cara y yo le correspondía con la sonrisa que brotaba en mi rostro cuando él me tocaba, mi cuerpo se estremecía libremente, sin tapujos, me apretaba más contra él para que ni una partícula pudiera pasar entre nosotros. Quería que nuestro primer beso imaginario fuera precioso, lento y eterno, por ello decidí que primero mis ojos azules y los suyos verdes se encontrarían durante un fragmento de tiempo indeterminado, deseaba ver su sonrisa juguetona antes de besarle, así que él la puso y, poco a poco, lentamente, nos besamos, con pasión, con amor, sin ver a nadie, sin pensar en nada, sintiendo cómo por fin nuestros labios se juntaban y nada ni nadie podía separarnos...

¿En qué instante me dormí? No lo sé. ¿En qué instante mi inconsciente empezó a mandar en mi fantasía? Tampoco, pero fue la noche más mágica de mi vida, superaba incluso aquellas otras de cuando era niña y mi cumpleaños se aproximaba. Me levanté con ganas de recordar lo soñado, quería rememorar esos momentos solo míos. Noté que algo debía haberme pasado mientras me encontraba en el universo onírico, estaba bastante húmeda, tal vez con tanta pasión en el sueño había derramado algunas gotas de orina. Aun pensando en lo patético que podía ser algo así en alguien tan joven, hubiera pagado por volver a pasar una noche así...

Bajé a desayunar sin ponerme una bata ni nada, con una euforia desconocida para mí, la vida era tan bella... Quería comerme el mundo y eso empezaría por un más que maravilloso desayuno.

—¡Padre! —le llamé entusiasmada, me sentía pletórica.

Él estaba sentado en la cabecera de la mesa, debajo del cuadro de Hitler. Desde hacía meses le veía cada vez más viejo, pero ese día me pareció incluso atractivo y con menos arrugas. Me acerqué dando saltitos a darle un beso.

—¿Quieres hacer el favor de venir a la mesa presentable? —me espetó él.

No entendía nada, tampoco había hecho nada malo...

—Ejem, ejem —sonó un carraspeo.

Me giré ciento ochenta grados y ahí estaba el pobre Alger, rojo como un tomate, mirando fijamente al mantel como signo de respeto hacia mí. En cualquier otra situación me habría muerto de vergüenza, tal vez habría estado bastante tiempo sin ver a mi amigo, pero esa mañana todo era diferente.

—Lo siento —dije, y con una carcajada cada vez más sonora, subí a la habitación. Entré casi corriendo, me puse una bata y volví a bajar deseosa de contagiar a las personas de mi alrededor la euforia que sin ningún motivo había venido a mi ser.

—Menos mal que ya vienes presentable —repuso mi padre aún con el ceño fruncido.

—¡No te enfades, padre! No sabía que había visita y seguro que a Alger no le molesta, ¿verdad? —le pregunté.

—No —contestó rápidamente, aún con los efectos del rubor en sus mejillas—, entiendo que debí avisarte ayer.

—¡Oh! Tranquilo. ¿Y por qué nos honras con tu visita? —cogí un bollo y lo comí a grandes bocados, como cuando era una niña. La situación era graciosa, por un lado la cara de circunstancias de padre y por otro el asombro *versus* risa contenida que mostraba Alger.

—Bueno, es que...

—Le he llamado yo —interrumpió padre con un tono monótono—. Dentro de tres semanas más o menos vendrá a visitarnos Frank Sigman —esperó a que mostráramos nuestra reacción. Yo seguí con la misma cara y Alger hizo una mueca que significaba «sé quién es», pero sin mostrar ninguna admiración especial, por lo que mi padre puso los ojos en blanco—. Es uno de los generales más admirados del Tercer Reich y uno de los combatientes más aplaudidos de la Gran Guerra o Primera Guerra Mundial, como la están llamando ahora.

Esperó otra vez, pero ninguno de los dos decíamos nada. Al final Alger habló:

—Frank Sigman, uno de los generales más admirados, tomo nota —y ya, nada más.

—Mi padre parecía que iba a estallar en cólera.

—Como veo que ninguno de los dos tiene la suficiente capacidad para apreciar a la personalidad que vamos a recibir, paso a decirles qué tenéis que hacer —como siempre, no pedía, ordenaba—. Alger...

—¿Sí? —dijo él poniéndose más recto.

—Tú le enseñarás las instalaciones y, más detenidamente, la fábrica. Está muy interesado, ya que dice que marcha muy bien. Como entenderás, todo tiene que ser perfecto, no quiero ni un cabo suelto o te haré responsable.

No me gustó el tono que empleó con él, pero Alger seguía con el mismo gesto.

—De acuerdo, señor.

—En cuanto a ti, Juliana —dijo en un tono más amable—, ese día irás a trabajar, me gustaría que viese que colaboras con el régimen. Por la noche organizarás una cena de recepción en el salón de fiesta, junto con los empleados. Ten en cuenta que es una persona muy importante para nosotros y su opinión influye mucho en Himmler.

—Estaré encantada, pero yo no conozco nada de aquí, no tengo coche...

—Para eso también está Alger —dijo señalándole—, él te ayudará si no tiene inconveniente.

—No —contestó rápidamente, una media sonrisa asomó a sus labios. En el momento en el que se dio cuenta de que me había percatado, apartó la mirada y, rojo como un tomate de nuevo, se puso a jugar con el bajo del mantel.

—Pero, padre, ¿no me puede acompañar ninguna mujer? Es decir, a nosotras se nos da mejor organizar este tipo de eventos... —noté a Alger herido—, aunque, por supuesto, me encantaría hacerlo con Alger.

—Las mujeres de aquí no son como las de la gran ciudad, hija, muy buenas en su trabajo pero creo que poco femeninas en otros aspectos.

—No me refería a las mujeres guardias, sino..., por ejemplo, a Ada, ella sabe cocinar bastante bien y viendo cómo lleva la casa, creo que podría ayudarme.

—¡Ada nunca va a salir de aquí! —gritó—. Ella es nuestra criada. Empieza a percartarte de su labor y a asumir que no es tu amiguita. Por

supuesto, tendrás los judíos que quieras para atender, pero no pondrán un pie fuera de las instalaciones.

* * *

Como teníamos que preparar el evento juntos, me acostumbré a esperar a Alger en la casita para marcharme con él a casa en coche y poder hablar del asunto en los pocos ratos libres de los que disponíamos. La primavera había llegado a Polonia y con ella un poco de calor y más luz durante el día, así que, como mi amigo oficial estaba llegando con bastante retraso, algo inusual en él, salí a la calle para esperarle y de paso respirar un poco del aire del bosque.

Hacía una hora, o tal vez dos, que había caído una tormenta de verano, con sus rayos y todo. Me encantaba el olor a césped y árbol mojado, por lo que me acerqué al roble más próximo. Mi paciencia no es escasa, es más bien nula. Por eso, cuando tardo más de una hora en acudir a una cita, no comprendo cómo me pueden esperar. Yo llevaba allí posiblemente menos de treinta minutos y ya me había cansado. Anduve por un sendero embarrado hasta que llegué a la fábrica, que estaba mucho más limpia e imponente que el primer día. En la fachada observé cómo un oficial alemán guiaba de vuelta a su casa a una cola de presos con su uniforme de rayas. Me tuve que acercar un poco para distinguir si se trataba de Alger, aunque por la silueta enana y regordeta me pareció bastante improbable.

Había cientos de personas en la puerta y, por supuesto, afiné la vista para ver si entre ellos se encontraba el dueño de mis fantasías, Ishmael. Paseé la vista de izquierda a derecha, pero no estaba. Sí vi al anciano de rasgos tan parecidos a los de Ishmael, su padre, y no pude reprimir dirigirle una sonrisa que el hombre claramente no supo cómo interpretar. Los judíos estaban llenos de mohín y bastante sudados, por lo que supuse que el olor en la fábrica no debía de ser nada agradable. No resultaba difícil intuir cómo serían sus cuerpos bajo las vestimentas, con toda seguridad esqueletos andantes. Tenían ojeras, las caras parecían calaveras de tanto como se marcaban los huesos en sus pómulos. Recordé las palabras de Ishmael acerca del hambre brutal que tenía.

El oficial alemán se percató de mi presencia y se giró, tenía cara de perro cabreado y no inspiraba ninguna confianza.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó intentando ser amable, aunque obviamente no estaba en su naturaleza serlo.

—Busco a Alger —dije sin poder apartar la mirada de los judíos.

—Está abajo, en la zona de carga —debió de notar que no sabía a lo que se refería, ya que añadió—: pasa por esta puerta, ve a la izquierda y encontrarás otra puerta —se detuvo para ver si me estaba enterando y asentí —, baja las escaleras y ahí le encontrarás.

—Gracias —repuse en un tono más bien seco y, sin despedirme, pasé.

La fábrica se dividía por dentro en lo que parecían tres compartimentos. Me encontraba en el de en medio, por lo que antes de bajar quise echar una pequeña ojeada curiosa al de la derecha. Todos los compartimentos eran prácticamente iguales, con maquinaria (que cambiaba de uno a otro) y un olor a mugre podrida que me obligó a llevarme la mano a la nariz e intentar respirar por la boca. Tras comprobar que no había nada en aquel lugar que mereciera una especial atención, me encaminé a la sala de cargas. No voy a negar que por el camino toqué alguna de las máquinas, como una chiquilla traviesa.

Cuando empecé a bajar las escaleras, agucé el oído tratando de escuchar alguna voz de los hombres que trabajaban allí, entre ellos Alger, pero no oía nada. En la zona de carga las cristaleras eran de vidrio tintado, por lo que apenas llegaba la luz. Intenté localizar algún interruptor y encender las bombillas, pero no lo logré a pesar de que tanteé varias veces la pared cerca de la puerta, donde solían estar estos. Dentro de la estancia el aire era más denso y olía peor. Sabía que allí transportaban cajas que pesaban muchísimo, por lo que sudarían bastante.

Además, no sabía hasta qué punto se les permitiría ducharse cada día. Si me hubieran tapado los ojos y preguntado dónde estaba, seguramente habría dicho que en una letrina. Lo más normal hubiera sido gritar el nombre de Alger para que él supiera que yo andaba por allí, pero el silencio sepulcral de la estancia me invadía y me invitaba a caminar haciendo el menor ruido posible.

Miles de cajas estaban amontonadas en distintas columnas que llegaban hasta el techo. Me pregunté cómo subirían las de arriba del todo. Parecía una biblioteca con tan solo cajas de color marrón con un texto escrito en el lateral: revólver, metralletas, munición... Me perdí en la zona de los revólveres leyendo las diferentes clases que fabricábamos. Estaba tan interesada en esa biblioteca asesina que olvidé el propósito por el que había bajado.

El silencio desapareció primero con un ¡pum! que se correspondía con el cierre de la puerta. Alguien había salido, mientras no fuera Alger, todo iría perfecto. En ese momento también debí gritar para que supiera que estaba por allí cotilleando, pero tampoco lo hice, seguí andando como una tonta pensando que en cualquier momento le encontraría y asunto acabado. Además, aquello tampoco parecía tan enorme.

Otra puerta se cerró y los pocos rayos de sol que entraban se esfumaron. Se encendió la luz de emergencia, pero apenas iluminaba. Por lo menos era un referente al que dirigirme, ya que me encontraba sola en la penumbra. Me encaminaba hacia mi faro tanteando con las manos en las paredes y arrastrando los pies en busca de obstáculos. «No te preocupes —me decía—, el oficial con cara de perro te ha visto y mandará a Alger a buscarte». Me apoyé contra un montón de cajas sin demasiada fuerza, para no tirarlas, esperando a que bajarán a por mí. Los primeros minutos pensé que sería cuestión de tiempo, luego ya comencé a alarmarme. Puede que el alemán se hubiera marchado a llevar a los judíos que estaban en la puerta y no le hubiese dicho nada a Alger... Tampoco era para estresarse, seguiría el mismo camino que cuando había bajado, llegaría a la puerta y alguien me oiría.

Sí, era un plan perfecto, el fallo estaba en que me había metido por tantos sitios en esa especie de laberinto con pasillos idénticos que me era imposible acordarme de dónde estaba la entrada, y menos a oscuras. Llegué al faro con la esperanza de que me ayudara a vislumbrar la salida. Oteé a izquierda y derecha, delante y atrás, y lo único que vi fue un tono marrón desde diferentes ángulos. Agarrándome a las cajas más cercanas, comencé a moverme sin rumbo haciendo diferentes rutas, suponiendo que alguna vez hallaría la correcta. Cuando no había cajas sólidas donde sujetarme, andaba a tientas, estirando los brazos para no chocar con nada. Era algo mecánico, avanzaba hasta la siguiente columna de cajas, luego me guiaba tocando el cartón que las formaba hasta llegar otra vez al abismo. Cada vez sentía más miedo, ¿es que nadie se iba a acordar de mí? Aunque costara admitirlo, era una posibilidad, y bastante lógica. La solución era recostarme en el suelo y dormir apoyada en una caja hasta la mañana siguiente, por muy patético que resultase.

Me disponía a agacharme cuando mis piernas perdieron el equilibrio, me torcí el tobillo y caí al suelo. Mierda, ahora dormiría con el pie dolorido toda la noche. «Tampoco es el fin del mundo», me dije en voz alta. Nadie parecía andar por allí y yo estaba muy cabreada, así que grité improperios hasta que

me relajé. Entre el eco de mi voz distinguí un pequeño ruido. Esperé para comprobar si eran pasos. Intenté incorporarme cuando el zumbido, que parecía el de algo que era arrastrado, se repetía. Me concentré para localizar por lo menos la dirección del sonido. Me extrañó, pero parecía provenir del techo. Alcé la vista y me encontré con un puñado de cajas que se balanceaban y caían. Intenté apartarme de su camino, pero la fuerza de la gravedad hizo que ellas fueran más rápidas. En apenas un instante las tenía todas encima de las piernas. Supuse que las había movido con mi primera caída.

El dolor era insoportable, temí haber quedado parálitica, no podía moverlas con tanto peso encima. Empecé a frotarme la sien mientras trataba de encontrar una solución que no fuera desesperada cuando, como guinda final a mi odisea, oí cómo caía la última de las cajas. Durante su trayectoria se abrió y las armas que contenía cayeron y chocaron contra mi frente antes de llegar al suelo. No me dolía la cabeza, de hecho, si no hubiera sido por la sensación de calorcito que me recorría la cara, no me habría percatado de que estaba sangrando. Subí la mano lentamente y palpé la sangre resbalando por mi rostro. No tardé en descubrir de dónde provenía, una brecha encima de la ceja derecha, donde nacía el pelo. Fue como si al sentir la herida comenzara el dolor, un dolor atroz, la sangre manaba como si de un río se tratara. Mis piernas seguían paralizadas, tenía la cabeza abierta y estaba a oscuras...

—¡Socorrooooooooooooooooooooo! —grité a pleno pulmón, presa del pánico. Así hasta diez veces, pero en ninguna ocasión hubo respuesta.

Los nervios se adueñaron de mi cabeza, no podía pensar, solo gritar y tratar de zafarme de las cajas, lo cual era imposible. Si permanecía allí toda la noche y sangrando a ese ritmo, al día siguiente sería un bonito y joven cadáver que saludaría a los trabajadores a su llegada.

Aunque sabía que era en vano, volví a retorcerme intentando escapar. Conté hasta tres y utilicé todas mis fuerzas; fue inútil. Se supone que en situaciones extremas la adrenalina hace que tengamos más fuerza... No es verdad. El pánico tiene acepciones: o te obliga a reaccionar o no te deja moverte, y yo, cuando fui consciente de la situación en la que me encontraba, me paralicé. Iba a morir desangrada en una fábrica de armas. Por supuesto, acudieron a mí pensamientos de aquella otra vez en que casi morí, en mi «intento de suicidio». En esa ocasión habría sido feliz muriendo, no quería seguir en la tierra, deseaba irme lejos de mi vida con mi madre, pero ahora no, ahora quería seguir adelante, quería vivir.

Parecía la ley de Murphy; cuando de veras era lo que necesitaba, me encontraron, y ahora que daría todo por ver una mano amiga, nadie acudiría a por mí. Algunos síntomas de ese día fatídico reaparecieron en mí: mareo, sensibilidad, sentir que flotas y una sensación placentera que te invita a dormir como si fuera lo mejor que pudieras hacer. Cómo se pondría padre cuando me perdiera, para él sería un palo que le mataría y, siendo en una fábrica de judíos, echaría más leña al fuego de su odio total hacia esta etnia.

Recordé a Alger y a Ada y esa amistad que se había forjado en tan poco tiempo. ¿Quién protegería a Ada? ¿Quién entendería a Alger? Se quedarían solos... Dicen que antes de morir ves las mejores imágenes de tu vida, aquello que te quieres llevar al otro lado. Por un lado fui positiva, estaría con mi madre y vigilaría a mis seres queridos desde el cielo. Si iba a morir, tampoco me iba a poner melodramática y pasar mal los últimos momentos. Además, gracias a la sangre y las cajas, no sentía absolutamente nada, una muerte sin dolor, todo un sueño.

Esperaba ansiosa esos momentos de felicidad previos a la muerte con mis imágenes alegres, unos segundos de animación antes de desaparecer, pero no llegaban. Una idea cruzó mi mente, me había hecho tan feliz la otra vez que la probé... Soñaría, soñaría con la vida que deseaba y que nunca llegaría a tener. Seguramente ya no me podría confesar con ningún cura, así que debía soñar con Louis, con mi boda, con cómo tenía niños y moría, anciana, en mi propio hogar. Sí, así no iría al otro lado por pensamientos impuros. Tomé fuerzas y empecé a obligar a mi mente a formar esas imágenes, Louis y yo besándonos, haciendo el amor, teniendo hijos... Pero no era placentero..., no me gustaba..., tal vez un pecado en una moribunda era perdonado tras la muerte... Podría alegar que la inconsciencia me dominaba... Necesitaba esa sensación antes de morir. Debatí conmigo misma y llegué a una conclusión instantánea: si sentir aquello me vetaba el cielo, serías bienvenido, infierno. Volví a ese beso en el baile y me estremecí, inventé momentos felices en un prado, en el mar, en una cafetería, en un restaurante, en una colina..., todos eran maravillosos si Ishmael estaba a mi lado, solo para mí. Y... paso al siguiente pecado, pensamientos impuros por los que me habrían quemado en la Inquisición. Él me acariciaba, como dos adolescentes hacíamos el amor, locos el uno por el otro.

Las fuerzas me abandonaban, ya casi ni podía pensar. Tenía que construir mi vida mental en poco tiempo, así que los vídeos de mi cabeza iban a toda velocidad... Ishmael y yo éramos dos ancianos adorables y

seguíamos juntos haciendo honor a la maravillosa vida que habíamos vivido... Me marchó... Me encontraba viajando por otro mundo, como cuando tomé las pastillas. Ya no sentía nada, ahora solo me quedaba la incertidumbre de qué vendría después. Pero aún tenía fuerzas, quería ver la oscuridad por última vez. «Venga, Juliana, abre los ojos, por favor, inténtalo», me decía. Con un impulso, despegué los párpados un poco. No entendía nada, una luz me cegaba, ¿había sobrevivido una noche? ¿Había sido una pesadilla? Tenía que focalizar para lograr ver qué estaba ocurriendo. El sentido que primero empezó a hacerme caso fue el oído.

—¡Corre, quita cajas, joder! Juliana, por favor, no me dejes, no me dejes, estoy aquí, contigo, por favor, mírame.

No distinguía la voz, no podía asociar ninguna cara, la persona que me ayudaba estaba desesperada, no paraba de gritar mi nombre y decirme que estaba conmigo. Yo le escuchaba, pero no podía abrir los ojos del todo.

—¡Vamos, Juliana! ¡No te vayas! Te necesito —dijo en un susurro.

Otro sentido reaccionó: el tacto. La persona que me hablaba me tocaba la mano y la cara con un cariño que hizo que mis dedos se movieran.

—¡Me ha tocado! ¡Me ha tocado! ¡Vamos, más de prisa! —decía entre el llanto y la ilusión.

—¡Ya hemos quitado todas las cajas! ¡Tranquilízate, que te va a dar algo! —gritó otro.

Como si fuera un *deja vú*, volví a verme levantada por unas manos firmes que me cogieron en volandas. Me trataba como una muñeca de porcelana y yo solo quería que esa persona, mi salvador, me llevara al fin del mundo.

—¿Te ayudamos? —preguntó el segundo.

—No, lo haré yo solo —dijo el hombre que me llevaba, mi salvador.

Recuperaba la vista por momentos, pero aún no podía ver el rostro de aquel joven, algo dentro de mi cuerpo me hacía sentir que estaba a salvo, en mi hogar, donde siempre había tenido que estar. Él comenzó a hablarme:

—¡No me puedes dejar! ¿Entendido? No —comenzó a hablar de forma entrecortada—, Juliana, no lo hagas por ti, hazlo por mí. Sin ti ya no tengo fuerzas para seguir... —su voz se perdió.

El segundo hombre habló y pronunció su nombre, pero yo ya sabía quién me llevaba en volandas. Debería haberlo sabido desde que mi cuerpo reaccionó así, saliendo de la inconsciencia. Ishmael estaba allí salvándome, mi héroe. A lo mejor era una de las falsas ilusiones que me había creado, pero

podía sentir sus brazos aferrados a mi piel. Y en esos instantes sentía tanto que habría podido desafiar a mi padre, a mis amigos, a Louis e incluso al mismísimo Dios. Subimos unas escaleras, noté el trote, aunque él intentó evitarlo para que no tuviera dolor. Al llegar, sonó otra voz, Alger:

—¿Qué ha pasado? —gritó.

—Bajamos las últimas cajas y me la encontré ahí tirada, tenía un montón de cajas encima y el suelo estaba lleno de sangre.

—¡Dios mío! ¡Dámela!

Alger sonaba muy preocupado, tanto como Ishmael, que no debió de hacer caso a su orden porque Alger continuó gritando.

—¿¿Quieres dármele de una puta vez?!

Noté cómo me cambiaban de manos, esta vez mi cuerpo no tenía la misma química que con Ishmael. Sabía que Alger saldría corriendo, así que intenté hablar, necesitaba hablar por si no salía...

—Para... —susurré.

—¿Te duele algo? —preguntó Alger.

—Quiero... hablar...

—¡Ya tendrás tiempo de hacerlo, Juliana! —se iba a mover, por lo que grité:

—NO..., déjame... hablar... con... —me mareaba, pero tenía que seguir— Ishmael —logré pronunciar.

—¿Qué? —preguntó Alger atónito.

—Dime, Juliana, estoy aquí —escuché su voz, moví mi mano para tocarle y él me dio la suya.

—Gracias... —abrí los ojos y miré directamente a los suyos, brillantes como el que va a llorar—, el... ay...

—Nos vamos —dijo ya más seco Alger.

—¡No! —volví a gritar aferrada a su mano.

—Baile... ojalá... no... —tragué saliva— se hubiera caído la caja...

—¿De qué habla? —preguntó Alger a Ishmael.

—Delira —respondió él conteniendo una sonrisa—, deberías llevártela. Solo quería darme las gracias por sacarla de debajo de las cajas.

Conforme nuestras manos se separaron, volví a dormir...

CAPÍTULO 16

—Pero ¿qué coño te ha pasado? —preguntó Ivri nada más entrar en el barracón, mientras se frotaba las manos una y otra vez.

—¡Déjame en paz! —contesté aún nervioso por los acontecimientos del día. Mi ropa estaba manchada de sangre de Juliana, también había en mis manos restos de esta seca y no paraba de pensar en qué habría sido de ella una vez que se fue con el oficial Alger.

—¿Quieres hacerme caso, joder? —dijo dándome un golpe que me devolvió a la realidad.

—¿Qué quieres que te diga? Salvé a una persona que estaba herida, nada más... ¿Acaso debería haberla dejado morir? —le desafié.

—Me da absolutamente igual lo que le ocurra a esa alemana —contestó Ivri como si fuera lo más lógico del mundo—, pero no es eso lo que te pregunto.

—¿Qué ocurre aquí? —padre había llegado, seguido de Eleazar.

—Tu hijo, que ahora se cree el puto héroe... —informó Ivri aún enfadado.

—¿Qué...? —preguntó padre confuso.

—Hoy, cuando fuimos a llevar las últimas cajas —comenzó Isajar tranquilo—, nos encontramos a una mujer alemana, la hija del director de aquí, tirada en el suelo. Le habían caído un montón de cajas sobre las piernas y sangraba mucho por la cabeza. Ishmael y nosotros la hemos ayudado.

—¡Isajar, no mientas! Si hubiera sido así, yo me callaría la boca —le interrumpió Ivri—. Entiendo que la ayudemos y lo hago porque sé que las consecuencias si ella muriera serían nefastas. Comprendo que trabajas con ella y te da «pena». Pero, vamos, Ishmael, actuabas como si fueras su... su... pareja. Primero te has desquiciado cuando la hemos visto y le decías unas cosas que no entiendo... Luego no nos dejaste ni que te ayudáramos a llevarla, aunque tú para ella significas lo mismo que nosotros..., pero el colofón ha sido cuando hemos visto al oficial. ¿Por qué narices no se la entregabas? ¿Crees que tienes algún derecho sobre ella? ¿Acaso piensas por un instante que es tu amiga o, Dios te libre, algo más?

—¡Déjame en paz! —solo podía pensar en cómo estaría Juliana en ese momento e Ivri me estaba tocando las narices...

—Pero contesta, vamos, ten huevos. ¿Piensas que tienes algún derecho sobre ella? Para ella solo eres un puto judío al que exterminar, ni más ni menos.

—No la conoces en absoluto, así que no hables como si supieras algo de ella.

—¿Y tú sí, Ishmael? —me desafió Ivri.

—Tal vez. Mientras vosotros estáis en la fábrica, yo paso mis horas a su lado y no es para nada como tú piensas.

—Lo único que sé es que es parte de ellos, es hija de la persona que manda en este lugar y, si se muere, me da igual. Ellos han matado a muchos de los nuestros, a mi familia, por ejemplo. Por otro lado, me importan una mierda los juegos que te traigas con ella, siempre que no nos pongas en peligro.

—¿Por qué os iba a poner en peligro? —me irrité.

—Hoy has desobedecido una orden de Alger; si llega a ser otro oficial, tal vez mañana estarías muerto y quién sabe si nosotros contigo. Además, ¿qué ha significado ese final, los dos de la mano hablando confidencias como si fuerais Romeo y Julieta? No sé qué te traes entre manos, pero recuerda cómo acabó esa historia...

—Ella me pidió la mano, ¿qué debería haber hecho según tu opinión? Estaba moribunda y me llamaba...

—Algo tan sencillo como dejarla con Alger. Estás jugando con fuego y tarde o temprano te quemarás. Si quieres morir desafiando a los alemanes por una estúpida ilusión con una de ellos, bien, pero hazlo cuando estés solo. Las llamas abrasan y reducen todo a cenizas —concluyó.

—¡Que te den por culo! Métete en tus asuntos —perdí la paciencia.

—Luego no digas que no te avisé... —dijo la conversación por concluida y, mientras negaba con la cabeza, se marchó a la cama.

—¿Alguien más quiere opinar? —desafié al resto.

—Ishmael —intervino Isajar; ¿otro más me iba a reprender?—, yo tampoco he comprendido la situación, pero no soy quién para juzgarte.

—Gracias —dije ya cansado.

—Una última cosa —cómo no, tenía que haber algo más, a ver por dónde salía este—. Como sabes, soy médico. —Asentí—. Ella parecía atontada porque había perdido mucha sangre.

—Lo sé.

—Pero no la suficiente como para que puedas temer por su vida, creo que con unos puntos y una transfusión se pondrá bien.

—¿Y las piernas?

—Mientras la intentabas despertar he palpado sus piernas, un tobillo torcido o roto como mucho, lo demás solo eran magulladuras que no darán ningún problema. No encuentro ningún motivo para que no esté en perfecto estado de salud de aquí a veinte días, más o menos —notaba cómo todos mis nervios se iban calmando a medida que Isajar me hablaba como doctor.

—¿Algo más? —pregunté cansado, deseando marcharme a la cama.

—Puede que no recuerde lo que te ha dicho, pero era totalmente consciente de lo que hablaba. En esos instantes le tenía que costar muchísimo articular palabra, por lo que supongo que quería que supieras a toda costa lo del baile o algo así. No quiero saber qué significa ese lenguaje «oculto» que ha utilizado, pero sí que tú seas consciente de que sus esfuerzos para que lo oyeras han tenido que ser brutales.

Un poco más tarde, estaba tumbado en la cama meditando mientras trataba de encontrar la postura correcta para poder dormir. Sin darme cuenta, padre apareció a mi lado.

—¿Ya estás más tranquilo? —preguntó.

—Sí.

—¿Puedes explicarme qué ha pasado? —me interrogó pausadamente—. Sabes que a mí me lo puedes contar todo.

—Estoy cansado —contesté.

—Lo sé, pero merezco saber qué está ocurriendo con mi hijo, me preocupo por ti, más cuando Ivri no para de repetir que vas a terminar con un tiro entre las cejas, ¿entiendes?

—Sí.

Me debatí conmigo mismo sobre qué debía hacer y acabé contándole a mi padre los momentos que consideraba más relevantes. Las veces que ella me había ayudado, como el día de la fiesta, el día que me pidió que le explicara todo y ella me contó una confidencia que nadie más sabía y que yo no podía relatar. Por último, le narré el baile y nuestra aproximación al beso.

—¿Qué crees que pasará si la besas?

—Intento no pensar en ello.

—¿Dejas que te dé mi opinión? —me preguntó tranquilo.

—Por supuesto, padre.

—Los dos sois jóvenes y, por lo que veo, habéis conectado. No me cabe la menor duda de que la chica en cuestión es bastante diferente a su progenitor, tal vez ella tenga interés en ti, o confundas el hecho de que te trate como una persona, no como un animal, con un interés que solo existe por tu parte, Ishmael.

—¿Y por qué esos momentos de tensión? ¿Por qué cuando está herida me llama? ¿Por qué sus últimas palabras se refieren al baile y a que no se tenía que haber caído la caja?

—Es coherente que pienses que con sus actos ella demuestra cierto interés —hizo una pausa—. Ahora pasemos a tu persona. Llevas mucho tiempo aquí sin ver a ninguna mujer, las que has visto están muy descuidadas físicamente. Por otro lado, tampoco te habías fijado antes en las chicas, tenías cosas más importantes en las que pensar y lo comprendo. Entonces llegas y una belleza como ella se interesa por ti, un simple preso de su padre, y tú eres un hombre muy joven con hormonas que tarde o temprano tendrán que salir. No es muy raro pensar que tal vez te has fijado en ella porque es lo único que hay aquí, ¿no?

—No te puedo responder porque seguramente ni yo lo sepa —concedí.

—Y en este punto, vamos a suponer que el interés que sientes es real y os besáis, ¿qué consecuencias crees que tendría si su padre se enterara?

—Me mataría, y a ella no lo sé.

—Pero seguramente nada bueno, ¿no?

—No —respondí con sinceridad.

—Con lo cual nadie del bando de los alemanes debería saberlo. Y los judíos tampoco, porque entre nosotros hay capos y darías pie a una información jugosa de tremendo valor... Solo tú y ella. ¿Y después? ¿Qué podrías ofrecerle? Una relación en la cual os veríais a ratos en el trabajo, a escondidas y... ¿algo más?

—Supongo que no.

—Y de verdad, ¿crees que merece la pena arriesgarse tanto por algo tan desastroso? —Hizo una pausa y yo me quedé callado—. Muchas veces me enfado conmigo mismo por no haber podido daros a tu hermana y a ti una adolescencia normal, una vida larga y feliz, pero eso no está en mi mano. Si el mundo funcionara como es debido, tú podrías disfrutar de muchas historias de amor y de pasión, incluso serías el malo en alguna de ellas... Pero a estas alturas tienes que saber que nunca serás normal, no vivirás de la manera habitual y no puedes pretender tener historias como la gente común, porque

para nosotros esas relaciones ya no existen. Hagas lo que hagas estaré contigo, hijo, pero tendrás que pensar con la cabeza fría y hacer caso a lo que te aconsejo. Ahora mismo creo que lo único importante es sobrevivir y la cabeza te ayudará a ello; una vez que lo consigamos podremos empezar a pensar con otras partes: las hormonas, el corazón...

—Sé que llevas razón en todo lo que me dices. Me obligo a mí mismo a actuar con rectitud, pero a veces no me puedo controlar...

—Por supuesto, y no te culpo. Solemos olvidar que sois chavales jóvenes y que tenéis ante vosotros los años más bonitos de vuestra existencia, pero os los han robado... Hagas lo que hagas y te equivoques las veces que te equivoques, siempre estaré orgulloso de ti, Ishmael.

—Intentaré merecerlo —acepté mientras le abrazaba tiernamente.

—Ishmael...

—¿Sí?

—Voy a decirte algo, pero esta vez no hablará el David anciano que tienes delante, sino el joven, ese que fue como tú. En ocasiones merece más la pena vivir un instante magnífico, aunque ello signifique la muerte, que toda una vida vacía. Si quieres soñar e ignorar las consecuencias, yo no te lo impediré ni te recriminaré tu forma de actuar, mereces ser feliz aunque sea en el peor lugar de la tierra.

* * *

Habían pasado ya tres semanas y si algo tenía claro es que Juliana estaba vivita y coleando, sin consecuencias fatales. Lo que no sabía era exactamente cuándo regresaría, ya que, como era normal, Alger no me había informado de nada. Ya me había adelantado que tendría que hacerlo todo hasta que estuviera en condiciones de volver, pero no hubo ni un dato más. La reacción de Alger que tanto temía nunca llegó. Tal vez su mirada era entonces más dura y su tono de voz más frío, pero en la práctica seguía exactamente igual que cuando encontré a Juliana desangrándose en el almacén bajo las cajas. No había ocurrido nada especial ni para bien ni para mal. Todo seguía según la rutina.

Lo único que nos había cambiado un poco el estado de ánimo era el tiempo, la primavera había empezado y cada vez hacía más calor. Al principio nos alegramos, el invierno había sido muy duro, hubo muchas

muertes debidas al frío. Lo malo del calor muy intenso era que a veces nos debilitaba cuando el trabajo era forzoso, pero por el momento lo sobrellevaba. Lo peor, claramente, seguía siendo la comida, que me volvía loco. Un día me descubrí a mí mismo arrancando un matorral y comiendo para ver si saciaba el apetito; por supuesto, no ocurrió. Había terminado de colocar las cajas y hacía mi turno revisando que todo estaba en orden. Desde que sucedió lo de Juliana, cada noche después de colocar todas las cajas tenía que recorrer la estancia para ver si había algún rezagado. Después apagaba las luces y Alger cerraba la puerta con llave; si quedaba alguien dentro, la culpa recaería en mí, así como el castigo.

Había terminado antes que de costumbre, así que cuando llegué al barracón aún había un poco de luz solar. Uno de los cambios de la primavera en el barracón es que podíamos salir fuera, cercados por unos maderos, a caminar aunque fuese un rato. Solo hasta las ocho, cuando empezaba el toque de queda y, como se nos dijo literalmente, *«si estáis en la calle después del toque de queda, os dispararemos sin contemplaciones»*. Por supuesto, me creía cada una de esas palabras. Muchas veces, cuando iba andando y veía a mis colegas en el barracón, me reía al observarlos dando vueltas como las vacas dentro de su corral. Era una ironía comprobar a qué había quedado reducida mi existencia...

Como casi siempre, encontré a Ivri, Isajar y Nathan en el extremo lateral derecho. Daba la sensación de que estaban tramando algo, hablando casi en susurros y mirando hacia todos los lados, como vigilando... En cuanto Ivri me vio, me hizo un gesto con la mano para que me acercara. Pasaron dos o tres días hasta que las cosas volvieron a su cauce con él. Nunca entenderé del todo por qué se puso así conmigo, sobre todo después de ver que lo que habíamos hecho no tenía consecuencias, pero el miedo es muy traicionero. No habíamos vuelto a hablar más del tema, aunque a veces me preguntaba si seguía estando solo en el trabajo.

—Buenas tardes, chicos —saludé nada más llegar.

—Shhhhhh, mira lo que tiene el niño —Ivri señalaba a Nathan. Me acerqué para ver qué escondía.

—Con cuidado, y disimula —avisó entre dientes Isajar.

—Vale, tendré cuidado —susurré.

Ivri e Isajar tapaban a Nathan y, cuando vieron que nadie me miraba, me dejaron pasar a través de ellos para que viera lo que ocultaba con tanto

empeño. La curiosidad me estaba matando. De entre las manos de Nathan surgieron dos porciones de bizcocho.

—¿De dónde has sacado esto? —pregunté mientras la boca se me hacía agua.

—Un oficial me lo ha dado —contestó Nathan—. Me ha dicho que no tenía hambre y que lo cogiera si quería. Lo ha tirado al suelo para que lo cogiera, pero da igual, ¡es bizcocho!

—Por supuesto que da igual —dijo Ivri sonriendo de oreja a oreja—, me lo comería aunque tuviera hormigas. Me muero tanto de hambre que a veces, cuando estamos en las duchas, os veo como comida, pequeños filetes.

—Eres muy desagradable, tío —Isajar negó con la cabeza.

—Vamos a llamar a tu padre, a Eleazar y al niño para compartir, si te parece bien —me consultó Nathan.

—Sí, pero corre, que me muero de hambre —no podía apartar la vista de esa masa beis y marrón blanda.

Antes de poder siquiera dar un paso para llamarlos, dos oficiales estaban detrás de nosotros. Se habían acercado sigilosamente a nuestro lado. Claro que ninguno de nosotros se había dado cuenta porque observábamos nuestro tesoro con deseo, sin apartar la vista. No dudo de que parecíamos sospechosos de tramar algo, los cuatro ahí, rodeando algo y cuchicheando, y por supuesto, querían ver de qué se trataba.

—¿Qué tenéis ahí? —preguntó uno de ellos, alto, rubio y con cara de pocos amigos.

—Nada —me apresuré a contestar a sabiendas de que lo averiguarían.

—¡Déjame ver! —exigió inmediatamente apartándome de un empujón con la mano.

Cuando descubrieron las dos porciones de bizcocho nos las quitaron.

—¿De dónde habéis sacado esto? —preguntó.

—Un oficial lo tiró al suelo y dijo que lo podía coger, que no quería más, lo juro —se apresuré a responder Nathan cabizbajo.

—No mientas, lo habéis robado. Nadie del régimen os daría nada de comer, para ello tenéis vuestra ración. ¿Quién lo ha robado?

—Le juro que ha sido como le he dicho, señor —insistió Nathan.

Los dos oficiales clavaron su mirada asesina en él y, antes de que nos diera tiempo a reaccionar, sacaron el arma y le propinaron un golpe en la cabeza con la culata.

—Dice la verdad —repetí yo mientras Nathan se revolcaba del dolor por el suelo.

Esta vez no me pilló desprevenido, sabía que venía una consecuencia. Una patada con todas sus fuerzas en mi entrepierna hizo que perdiera el equilibrio, caí al suelo y, mientras veía las estrellas, me retorció por el dolor agazapado, sintiendo que podía perder la conciencia.

—¿Quién lo ha robado? —repitió el rubio, y ninguno contestamos—. Veo que no vais a decir la verdad... ¡TODOS EN PIE, YA!

No quería ni podía, pero tenía que hacer caso a esos hombres. Tambaleándome, logré incorporarme, todavía con las manos en mi entrepierna. Ivri e Isajar estaban blancos como la pared y Nathan sangraba un poco por la cabeza, nada grave.

—Veamos, tenéis dos opciones. La primera es que nos digáis quién ha sido y tenga su castigo como ladrón; la segunda es que todos compartáis la sanción con vuestro «amigo» —anunció con voz de serpiente.

Por un instante se me pasó por la cabeza mentir, decir que había sido yo para que no todos tuviéramos que sufrir un castigo. Sin embargo, me preguntarían que de dónde lo había robado, cómo lo había hecho, etc., y no tendría respuestas.

—Bien, ninguno confiesa, pues todos tendréis el castigo —sentenció con un deje de felicidad en la voz.

Lo primero fue ponernos en fila. Uno de ellos pasó y nos fue dando puntapiés en las costillas, haciendo que uno por uno nos desplomáramos en el suelo. En segunda instancia nos atizó una patada en la cara que hizo que nuestras narices comenzaran a sangrar. El primero pasó entonces por nuestra espalda y descargó una patada en ella, nosotros estábamos tumbados en el suelo retorciéndonos de dolor, e incluso alguno lloraba.

—¿Nos lo diréis ya? ¿Quién ha sido? —gritó el oficial rubio, y otra vez no hubo respuesta.

Me atreví a mirarlos y ese fue mi final.

—Creo que sé quién ha sido —le dijo el segundo al primero—. Este —y me señaló—, mírale con qué cara desafiante se atreve a mirarnos.

—Yo también lo pienso, pero los demás no nos lo han dicho, por lo que deberían tener el mismo castigo que él... ¿Qué opinas?

—Puesto que son del batallón de Alger, no los podemos matar sin su permiso... Hoy estoy muy nervioso y necesitaría darle un poco al boxeo...

Creo que él —me volvió a señalar— puede ser mi saco hoy... Ese será bastante castigo por ser la primera vez.

—Estoy de acuerdo, pero yo también querría darle un poco al boxeo, así que también puede ser mi saco —entonces se dirigió al resto de mis compañeros—. ¡Los demás, marchaos! Que sepáis que la próxima vez el castigo será mucho más duro, así que procurad no robar.

Uno por uno, se fueron levantando, me miraban a modo de disculpa y yo asentí dándoles a entender que no pasaba nada. Ellos no tenían la culpa, no podían confesar un crimen que no habían cometido por mucho que los alemanes se empeñaran en que lo hicieran. Procuré pensar que no dolería a sabiendas de que me mentía a mí mismo. Primero fue el compañero del rubio el que me atizó, pese al dolor de los golpes sabía que lo peor vendría después, con el gigante, y así fue. Tras más de veinte puñetazos y unas cuantas patadas (pese a que tenía entendido que en el boxeo no se daban), le llegó el turno al rubio. Su compañero me mantenía de pie agarrándome por detrás, ya que no tenía equilibrio. Primero escupió al suelo, se preparó y empezó su tanda de puñetazos, cada uno más doloroso que el anterior. Cuando se cansó, el otro me soltó y caí al suelo sin sentir apenas una parte de mi cuerpo. Tuve que escupir sangre de la boca, ya que en uno de sus rechazos me había arrancado una muela. Ahí estuve tirado, a la intemperie, retorciéndome del dolor, hasta que se marcharon, y padre, Ivri, Nathan e Isajar salieron en mi ayuda y comenzaron a darme cuidados; básicamente, dado que no teníamos de nada, me tumbaron en un colchón y usaron sus raciones de agua para curar mis heridas. Después dormí y por primera vez tuve miedo a lo que me ocurriría al día siguiente. ¿Cómo iba a poder con las cajas de armamento si no estaba seguro ni de poder andar hasta allí?

CAPÍTULO 17

Por fin podía volver a andar. Había estado tres semanas en la cama, sin moverme, recibiendo los cuidados de Ada; sin ella ese tiempo hubiera sido insufrible. Recordaba poco de mi accidente, sabía que había bajado a buscar a Alger y que, desgraciadamente, unas cajas habían caído sobre mí con tan mala suerte que un arma golpeó mi cabeza y me hizo perder mucha sangre. Recordaba los momentos de miedo que había pasado y cómo, poco a poco, había ido perdiendo la cabeza. En cuanto a mi rescate, sabía más bien poco, pero sabía que Ishmael me había sacado de allí y que Alger fue quien me llevó al médico, y apenas nada más. Salvo que desperté en el hospital que tenían los oficiales con un dolor de cabeza tremendo.

Lo primero que intenté fue mover las piernas, después de que las cajas cayeron no sentía nada de cintura para abajo y eso me asustó. Pero reaccionaron cuando las obligué a cambiar de posición, aunque sentí un dolor agudo en la derecha que pronto supe que se debía a una fisura ósea. Lo siguiente fue tocarme la cabeza: un hilo la surcaba por encima de la ceja derecha. Posteriormente supe que tenía una brecha a la que habían tenido que poner ocho puntos. No había nadie a mi lado, y hasta que no llegó una enfermera no supe exactamente qué me habían hecho. Ella, una mujer de unos cincuenta años de edad, bajita, gordita, rubia y de ojos marrones con la cejas pintadas, me contó que había recibido una transfusión de sangre y me habían vendado el pie derecho. También me explicó que el joven oficial Alger me acompañó toda la noche, hasta que tuvo que marcharse a trabajar.

Cuando le pregunté por mi padre, me dijo que me había hecho una visita; al notar mi incredulidad, añadió que debía entender que él dirigía algo muy grande y no podía quedarse tanto tiempo en el hospital, pero que pedía informes de mí cada hora.

Estuve un día más allí y por fin me pude marchar a casa a seguir el único tratamiento que me habían mandado: reposo absoluto en cama. En un principio me gustó estar todo el día recibiendo múltiples visitas y siendo la niña mimada de todos. Francamente, tras dos días así supe que estaba confundida y que ese tratamiento traía consigo un aburrimiento supremo.

Gracias a Dios, Ada me acompañaba. Me ayudaba a asearme, estaba todo el rato pendiente de mí y me daba conversación.

Además de Ada, otra persona fue mi punto de apoyo en esos momentos: Alger. Si bien es cierto que al principio le notaba muy raro y no era capaz de recordar qué le había hecho, con el paso de los días volvió a actuar como siempre y venía a verme después del trabajo; era, sin lugar a dudas, el mejor momento de mi día. Durante nuestras largas conversaciones, alguna vez tuve la tentación de preguntarle por Ishmael, pero sabía que no era pertinente. En cuanto a mi padre, primero me regañó, supongo que porque se asustó y rememoró ciertas etapas de mi vida que prefería tener enterradas. Luego le vi todos los días apenas diez minutos, ya que debido al accidente no pude encargarme de la fiesta del gran Frank Sigman, y él estaba muy ocupado.

Al principio me dijeron que tendría que estar dos meses en reposo, y eso me enfureció; tras hablar bastante con el médico, llegó a la conclusión de que en tres semanas podría andar, pero no hacer grandes esfuerzos. Ese día me habían quitado la venda y estaba bastante alegre. Era capaz de caminar y lo valoraba sobremanera, qué poco lo apreciamos a veces. Además, tras muchas discusiones, había convencido a padre de que puedo acudir a trabajar. Primero se negó en rotundo, no entendía por qué tenía tantas ganas de volver a mi puesto el mismo día que me quitaban la escayola, pero al final lo logré. ¿Cuál fue mi argumento? Muy simple, Frank Sigman, le dije la buena opinión que le causaría saber que su hija, el mismo día que salía de un accidente, volvía a su puesto en la fábrica, como una fiel seguidora del régimen deseosa de ayudar pese a que las condiciones no le fueran favorables.

Aunque el médico me había dicho lo contrario, necesitaba andar todo el rato, por ello subí y bajé las escaleras más de lo necesario, fingiendo incluso que había olvidado cosas para tener que moverme. Mi idea era acudir a pie al trabajo esa mañana, pero no tuve ni la opción de proponerlo, ya que el propio Alger me obligó a ir con él en el coche. La primavera había llegado a Polonia y con ello el calorcito y las primeras flores, que daban un aspecto muy bello a los alrededores de mi casa. Ese día me puse mi primer vestido de entretiempo, de color azul cielo, con tirantes y un pequeño escote. Había deseado tanto volver que me sentía como el primer día, como una niña pequeña. Además, podría darle las gracias personalmente a Ishmael, me había preparado incluso un pequeño discurso para agradecerle lo que había hecho por mí.

Al entrar, Ishmael aún no había llegado, así que comencé a poner en orden mi escritorio. En mi mesa encontré unas margaritas en un jarrón y una pequeña nota: «*Feliz* día de trabajo. No me vuelvas a dar un susto así. Alger». Desprendían un olor dulce, casi tanto como Alger; cada día le apreciaba más y era un pilar en mi vida.

Miré el reloj, habían pasado diez minutos de la hora de llegada de Ishmael y eso era bastante raro. Me preocupé, aunque deseché ese pensamiento muy rápido, no le podía haber pasado nada malo. Con cada ruido que sonaba fuera me ponía en tensión pensando que ya llegaba, pero después de una hora seguía sin aparecer, sin dar señales de vida. Como no podía con la incertidumbre, abrí la puerta preparada para ir a la fábrica a ver si sus compañeros habían llegado o no, y me lo encontré cara a cara. Esperaba verle contento por estar de nuevo conmigo, pero la alegría no cabía en su rostro. Me aparté de la puerta de una manera natural para dejarle pasar, ya que temía que se desplomara en cualquier momento. Cerré la puerta corriendo y me dirigí a él:

—¿Qué te ha pasado, Ishmael? —dije totalmente preocupada.

Había tenido tanto tiempo para fantasear con él esos días que tal vez incluso me lo había reinventado, pero la persona que tenía delante de mí no era para nada como la recordaba. Sus ojos verdes gigantes ahora eran una mezcla de rojo con tonos verdosos, encerrados dentro de una gran montaña morada. Su cara tan bonita y redonda parecía hinchada por todos los lados, tenía cortes en ambas mejillas. Y en cuanto a su boca, a la que solía acompañar una sonrisa juguetona, mostraba unos labios hinchados y con grietas. De su cuerpo mejor no hablar, había perdido tanto peso que me daba miedo hasta tocarle por si rompía alguno de sus frágiles huesos.

—Ayer me pegaron —contestó como si estuviera drogado—. Me alegro de que estés bien.

Intentó estirar la mano para dármele, pero me aparté instintivamente. Tenía las uñas destrozadas y con sangre, incluso alguna estaba en carne viva.

—Entiendo que te dé miedo —asintió con pena mientras tosía y las heridas de la boca se abrían de nuevo—, no tengo el mejor aspecto para una joven dama —intentó reír, pero no podía.

Yo seguía ahí de pie, mirándole sin hablar. Poco a poco y dando tumbos intentó llegar a su silla de esparto, donde tras unas muecas de dolor se sentó e intentó empezar a escribir. Le dio a una tecla con el dedo en carne viva y

profirió un pequeño gemido; fue entonces cuando reaccioné y a punto de llorar, hablé:

—¿Quién te ha hecho esto, Ishmael? —dije mientras me acercaba despacio a él.

Obviamente no me daba miedo, ni asco, ni sentí nada de lo que él había intuido de mi rechazo. No me había apartado por eso, sino porque me resistía a creer que lo que veía fuese verdad, porque dentro de mí quería matar a la persona que había osado poner una de sus asquerosas manos en él. No podía darme miedo, porque incluso deforme, como lo encontraba ahora, me parecía el ser más bello de la tierra. No me podía acercar a él porque tenía ganas de matar a alguien, de salir corriendo y pegarle de hostias a esa persona hasta que Ishmael a su lado pareciera no estar herido.

—Un oficial alemán creyó que habíamos robado comida.

—¿Y era cierto? —pregunté tanteando el terreno.

—No.

No le pedí explicaciones, sabía que decía la verdad. Ishmael no tendría por qué mentirme.

—Si tenías hambre me lo tendrías que haber dicho, te habría ayudado. A partir de ahora cada día te traeré algo, pero nunca más pongas tu vida en peligro, ¿me has entendido?

—No quieres que te dé miedo mirarme a la cara, ¿eh? —intentó bromear.

Me acerqué hasta donde estaba sentado y, con el mayor de los cuidados del mundo, como si tocara un muñeco de porcelana, le tomé las dos mejillas y giré su cara para situarla frente a la mía.

—Nunca me dará miedo mirarte, Ishmael.

—Gracias —sonrió mientras una mueca de dolor volvía a su rostro.

—Levanta —dije.

—¿Qué quieres? Me cuesta muchísimo moverme, si no te importa, dímelo mientras estoy sentado.

—Te vas a poner de pie, vas a ir a ese sofá blanco y vas a dormir después de comer mi almuerzo. —Intentó hablar, pero no le dejé—. Vas a dejar que yo haga toda tu parte del trabajo, tu único cometido de hoy es dormir, comer y descansar.

—Pero, Juliana...

—Es una orden, no una petición. Si alguien viene, será mi orden y tendrá que hablar conmigo y, francamente, me importará una puta mierda lo

que me digan —empecé a materializar en palabras la ira que sentía hacia algunos de los míos.

Ishmael debió de notar que convencerme sería imposible, porque intentó ponerse en pie lentamente. Yo le llevé hasta el sofá cogiéndole por la cintura de avispa que ahora mismo tenía. Saqué mi empanada y se la fui dando poco a poco, como si fuera un pajarillo, sentada a su lado. Cuando terminó, le ayudé a tumbarse y le coloqué un cojín debajo de la cabeza. En menos de diez segundos estaba totalmente dormido, respirando fuerte, como un niño pequeño.

Lo primero que hice cuando noté que ya no podía verme fue intentar tranquilizar mi furia asesina. Una cosa tenía clara: si hubiera visto a alguien haciéndole eso a Ishmael, hubiera matado por él. Aquel sentimiento era tan real como que tenía las palmas de las manos rojas de pellizcarme intentando refrenar mi impulso de salir, quitarle un arma a uno de ellos y liarme a disparar a todos como si fueran monstruos a los que quitar de en medio. ¿Cómo podía haber sido yo una de ellos y haber creído en sus mismas ideas? Me entraban ganas de vomitar solo de pensarlo. Intentaba trabajar, pero no podía calmarme, así que decidí hacer solo la parte de Ishmael, para evitarle conflictos, y dejar la mía a un lado; ya tendría tiempo de hacer las cosas más tarde o de inventar una excusa.

Trabajar preocupada era bastante complicado, escribía un parte y miraba a Ishmael. Cada ruido que él hacía, por pequeño que fuera, se llevaba consigo toda mi atención, no podía ni concebir que algo malo le pudiera pasar. Pese al calor que hacía, Ishmael tenía sudores fríos y algún que otro tiritón, no sabía absolutamente nada de medicina, pero debía de tener fiebre.

Me levanté de mi mesa y saqué las dos botellas de dos litros de agua que siempre llevaba conmigo allí. Necesitaba un trapo y no encontraba nada, rebusqué por los cajones de mi escritorio y el suyo, pero no hallé lo que buscaba, así que sin pensarlo dos veces me subí la falda, cogí mi combinación de seda y la rompí de un tirón. Me senté a su lado en el suelo y comencé a empapar la seda y a ponérsela con el mayor de los cuidados en el rostro hinchado con la intención de calmar la fiebre. Recordé que mi madre solía colocarme paños de agua fría en la nuca cuando era pequeña. Con delicadeza, levanté su cabeza sin despertarle e hice lo mismo con él. Ishmael se movía tiritando mientras recibía mis cuidados.

Le descubrí el torso y mi ira aumentó: lo tenía todo cubierto de los moratones más rojos que había visto en mi vida, lo volví a tapar para no verlo

y poder calmarme un poco, aunque no lo logré. Estuve así tres horas de mi reloj, sin parar y sin cansarme. Conseguí bajar un poco su temperatura, lo supe cuando le toqué la frente con mis manos arrugadas de tanta agua.

Observé ese rostro que hacía solo unos días deslumbraba belleza y ahora parecía una broma macabra. Me detuve en cada milímetro de su piel memorizando hasta el lunar más pequeño. Podía estar toda mi vida así, mirándole, tocándole, y se me pasaría en un minuto. Miles de pensamientos y sentimientos navegaban a la deriva, todos con respecto a Ishmael. Durante su ausencia había pensado en él a cada instante, había querido aclarar mis sentimientos y creí que lo había hecho, y mirarlo ahora me confirmaba que todo en mi vida era mentira; teniéndole frente a mí, indefenso, supe que me había engañado. Meforcé a creer que nuestra relación era un juego en el que las hormonas jugaban un papel fundamental, y no, ya no podía negarme que Ishmael era el único que me había hecho sentir lo que era el amor. Supe que protegería a ese chico con mi vida, si fuera necesario, y que ya nada tendría sentido sin él.

Cuando viajaba en el tren con destino a Polonia, sentía que allí encontraría mi lugar en el mundo, un sentimiento místico que, ahora lo sabía, era real. Durante años había buscado el desvío que me llevara a mi camino en la tierra y por fin lo había encontrado. Alguien me había devuelto la capacidad de amar. Quería rozarle a toda costa y ya no me lo podía prohibir porque eso significaba quitarme vida. Con el dedo índice recorrí primero su frente, acariciándole, deteniéndome en cada golpe, continué por su nariz y después por sus labios, donde me detuve deseando tocarlos con otra parte de mi cuerpo. Sentía pasión hacia ese hombre que se me antojaba el más bello del universo, acerqué mi mejilla a la suya y le acaricié, como hacen los animales, daba igual, era contacto. Absorbía su olor, respiraba como si lo que tuviera ante mí fuera un ramo de rosas recién cortadas, frescas.

Sin despertarle, retiré el brazo con el que le hacía cosquillas en la cabeza y me puse de rodillas, junto a su corazón, para escuchar cada uno de sus latidos de vida, esa vida de la que yo tanto dependía. Antes de hacerlo ya sabía qué ocurriría a continuación. Lo fundamental fue soltar a lo que yo creía que era un monstruo que estaba dentro de mí, el que me había impulsado desde que lo conocí; ahora sabía que se trataba de mi corazón. Una vez que lo liberé, todo sucedió como si fuera lo que necesitaba, mi medicina, el instante que había esperado desde que nací.

Mis labios actuaron solos y comenzaron a besarle la frente, con delicadeza, saboreando el instante, las mejillas, la nariz, las orejas, sus manos, su cuello... Ishmael se despertó cuando llegaba a la barbilla, asustado, sin comprender nada.

—¿Qué...?

—Shhhhhh —puse mi dedo en su boca.

Él se incorporó sin quitar la vista de mí mientras trataba de discernir si lo que veía era realidad o fruto de su imaginación. Un delirio. Parecía asustado... Me senté a su lado y cogí su rostro con mis manos, sosteniéndole cerca de mi cara.

—Dejemos de engañarnos, Ishmael.

Se disponía a contestar algo pero no le dejé. Era un instante tan mágico que no quería que se estropeará, iba a ocurrir, porque era nuestro destino. Me daba igual que entrara alguien por la puerta, que se cayera una caja o que hubiera un tornado, le iba a besar y con ese beso iba a fundir mi futuro al suyo. Me empecé a acercar, con lentitud, disfrutando de cada momento previo a nuestro primer beso, ese que recordaría toda la vida. Todo mi cuerpo temblaba, desde la punta de los dedos de mis pies hasta mi cabeza. Él levantó una mano para decir algo, la cogí al vuelo como si fuera una mosca, fundí mis dedos en los suyos y la acerqué a mi corazón, que latía apresuradamente. Ishmael hizo lo propio y llevó la mía al suyo, que estaba igual.

Entonces, lentamente, rozando nuestros corazones, nuestras cabezas se movieron solas y nuestros labios se encontraron y nos besamos, con dulzura, con pasión, con amor, haciendo que en nuestro interior estallara una bomba explosiva. Una vez, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... Cuando nos separamos, ambos estábamos llorando sin saber qué hacer.

—¿Qué ha significado, Juliana?

—¿Tú qué crees? —dije mientras rozaba mi cara con la palma de su mano.

—Yo..., es decir..., no me esperaba...

—En nuestro baile no se tenía que haber caído la caja, Ishmael. Teníamos esta tarea pendiente, tarde o temprano iba a pasar.

—Sí..., es decir, no lo sabía con seguridad..., pero... ¿qué significa?

—No es muy difícil... —volví a tomar su rostro y le besé como si llevara años haciéndolo.

—Pero ¿qué pasa después de esto? —preguntó sin apartarse más de un centímetro de mi cara e intentando con temor agarrarme de la cintura.

—Lo que tú quieras —y cogí su mano y la guie para que agarrara mi cintura y me apretara más contra a él.

—¿Cómo que lo que yo quiera? No sé qué es esto para ti, si es un juego o qué...

—¿Crees que esto es un juego para mí? —me separé ofendida y me levanté—. No voy por ahí besando al primero que pillo, ¿sabes?

—Pero ¿qué futuro le ves? —inquirió triste.

—No había pensado en nada, solo en lo que siento por ti, y por lo que veo, tú no sientes lo mismo...

Me encaminé a recoger mis cosas con una mezcla de confusión, él no era capaz de decirme nada pese a que yo había dado este paso tan grande en mi vida, entregar mi corazón a alguien, pero no a alguien cualquiera, sino a un judío. Estaba tan nerviosa que algunas cosas se me caían, pero me quería ir corriendo de allí después del rechazo.

—Juliana..., espera... —me llamó, pero no le hice caso.

Ya tenía casi todo metido en mi bolsa y solo me faltaba el paño de seda que estaba en el sofá. Lo cogí con brusquedad e Ishmael me agarró del brazo.

—Por favor..., escucha —suplicó, pero me zafé y me dirigí a la puerta.

Estaba a punto de girar el pomo cuando escuché sus gemidos de dolor y comprendí que se estaba levantando.

—Por favor, espera, márchate luego si quieres, déjame decirte una cosa.

—Ok —asentí secamente, sin dignarme a mirarle siquiera por mi humillación—. No hace falta que des explicaciones, entiendo que para ti era un juego, que soy la única mujer que ves en este sitio y te has sentido atraído, nada más.

—Eso es mentira —protestó mientras se acercaba a mí a pequeños pasos.

—Me he debido de hacer ilusiones porque soy como una niña, demasiadas historias de «viva el amor» de mi madre y bobadas de esas —dije ya más calmada—. Tranquilo, no se lo contaré a nadie, simplemente olvidemos lo que ha ocurrido, mañana actuaré como si nada y punto.

—Juliana —estaba detrás de mí y el vello de mi nuca se erizó, me hablaba bajito, al oído—, el problema es... —notaba tanta tensión que pensé que me echaría a llorar por su rechazo— que no te puedo dar nada y tú lo puedes tener todo..., que compartir un mañana conmigo significará ponerte en peligro.

—Me da igual —dije haciendo pucheros.

—Pero... quiero que estés segura de que..., de que realmente sientes algo por mí y no es una aventura pasajera por el morbo a lo peligroso y desconocido...

—¿Te crees que es eso? —pregunté sin mirarle, muy deprisa—. ¿Piensas que sueño contigo todas las noches porque eres un juego? ¿Piensas que cuando el otro día pensaba que iba a morir, la última imagen que me quería llevar era la tuya? ¿Piensas que puedo ignorar todas mis creencias por una tontería? Estás muy equivocado. Hoy, cuando te he visto mal, quería matar por ti. Haría lo que fuera por mantenerte a salvo. Sé que no es un juego porque solo cuando te veo, cuando estoy a tu lado, me siento viva. No me importa que seas un prisionero y que no me puedas ofrecer nada en un futuro, me da igual que cuando acabe la guerra tenga que huir contigo a otro país y vivir en la pobreza. Lo dejaría todo por ti, y una persona no apuesta todo lo que tiene si no es por el sentimiento más real y grande que haya sentido, el que simplifica todo lo demás, el que se afinca en el pecho y toma el control, el que demuestra que, a veces, merece la pena arriesgarse porque la vida es más grande cuando te arrancas el corazón y dejas que habite en dos personas.

—Eso es lo que necesitaba oír —dijo rozando su labio en mi oreja.

—¿Para qué? —tuve que hablar nerviosa—, si ahora tú me vas a decir que no sientes lo mismo.

—No, Juliana, lo quería oír para decirte... lo que llevo queriendo expresar desde que te tuve en mis brazos...

—¿El qué? —le pregunté dejándome llevar por sus brazos, que rodearon mi cintura y me giraron hasta que estuve frente a él.

—Te quiero, Juliana Stiel, te quiero aquí y ahora. Aunque hubiera mil mujeres más en este lugar, aunque fuera yo quien te tuviera prisionera, te querría. ¿Sabes por qué? Porque has conseguido que esté seguro de que esa expresión se inventó para nosotros, para que yo la desgastase en mi boca de tanto decírtela, de tanto demostrártela. *Te quiero* existe para que yo lo dibuje a tu lado hasta que consiga que lo puedas ver.

Traté de detener las lágrimas que habían invadido mis ojos y le abracé con todas mis fuerzas, sin medir si le hacía daño o no. Él tuvo la confianza suficiente para cogerme y besarme, para tocarme y acariciarme. Acabamos en el sofá con una pasión que nunca se había desatado en mí. Notaba mis labios rojos y saboreaba la sangre que manaba de sus heridas abiertas. Luego nos miramos durante minutos sin hablar, disfrutando de la belleza de estar con la persona que amas y saber que eres correspondido.

—Te quiero, Ishmael. Me gustaría susurrártelo bajito y a la vez gritarlo a cada instante.

—¡No! Ten cuidado, a ver si me van a matar porque te pillan —quiso bromear.

—Me antepondría al tiro y moriría contigo, dejando que la bala nos atravesase a los dos —aseguré mientras jugaba con los botones de su camisa.

—¡Eso nunca! Tú estás destinada a vivir una larga vida cambiando la existencia de los que están a tu alrededor —sonrió—. Y pensar que los primeros días te recordaba como la princesa del diablo...

—Y yo a ti como eras, un sucio y mugriento ser al que había que aplastar.

—No me puedo creer que esto sea cierto, es solo eso, me lo tendrás que recordar cada día para que no piense que tuve una alucinación.

—¿Cómo quieres que te lo recuerde? —le dije besando su boca.

—Podrías hacer así —y se tocó el corazón con el dedo índice cuatro veces—, es como los antiguos amantes, un lenguaje secreto para ti y para mí, nuestro idioma.

—Lo haré todos los días que te vea.

—Y yo.

Con la emoción de los acontecimientos vividos aquel día, me olvidé de la cena de gala que se celebraría esa misma noche. El traje lo tenía preparado desde hacía una semana, era rojo, ceñido al cuerpo y con un gran escote. El corsé apenas me dejaba respirar, pero me realzaba los pechos. En cuanto al pelo, me hice un recogido a la española dejando, como siempre, un par de mechones sueltos.

Cuando llegué a casa ya esperaba allí Frank Sigman, el cual se me antojó demasiado anciano para tener sesenta años. La edad no trataba bien a los miembros del régimen. El tiempo no los quería. Llevaba el pelo rapado al cero y tenía una barba blanca bastante larga, lo que le hacía parecer peculiar, mediría cerca de un metro medio y estaba bastante gordo. No era en absoluto la imagen que esperaba de una persona tan importante. Por supuesto, padre me lo presentó alardeando de todos sus méritos en la Primera Guerra Mundial. En cuanto a mí, se dedicó a recordarle una y otra vez que estaba ansiosa por trabajar, que era muy sensata y, por supuesto, le habló de que mantenía un romance con Louis. En ese momento me sentí un poco mal, puesto que le había dado unas esperanzas que debería romper cuando regresara, yo era para Ishmael.

Frank debía conocer a Louis, ya que pronto empezó a elogiar al joven, y a nuestra pareja, que daría unos niños que claramente serían superiores al resto. En cuanto pude, me aparté de la conversación para acercarme a Alger, al que nadie hacía caso.

—Alger, ¿puedo ir contigo a la fiesta?

—¿No querrá tu padre que acudas con ellos?

—Supongo, pero prefiero tu compañía —contesté.

—Por mí no hay problema.

Tras explicar a padre que no quería que el pobre Alger se marchara solo, me acabó dando permiso para acompañarle.

El viaje se me hizo muy ameno; yo, que estaba tan feliz que parecía que me iba a explotar el pecho, no paré de hablar, y él, en su estado silencioso habitual, me escuchaba y reía. Nada más llegar al *hall*, pude comprobar que aquel era el mayor evento que los que estaban allí habían vivido en mucho tiempo. Los chicos llevaban sus uniformes más planchados que de costumbre y ellas se habían hecho bonitos recogidos e iban pintadas como las puertas. Toda la estancia se había adornado con la bandera roja de los nazis y su cruz gamada. En las paredes había múltiples retratos de Hitler y de sus más allegados; obviamente, en uno de ellos se le veía abrazándose con Frank Sigman tras entregarle una medalla al mérito en combate. Los camareros recogían nuestros abrigo y nos ofrecían bebidas y comida conforme atravesábamos la puerta. En ningún instante me separé de Alger, que parecía bastante cómodo a mi lado.

—¿Qué te parece? ¡Menuda fiesta! —advertí aún con la alegría que dominaba mi día.

—Se han esforzado mucho, me gusta.

—Seguro que tú y yo lo habríamos hecho muchísimo mejor... —reí.

—¿Cómo? —me tanteó y vio que era broma y, pese a que le costaba hacer siquiera un intento de gracia, dijo—: No lo dudo... —ese era su «humor».

—¿Puedo preguntarte algo? —llevaba todo el día dándole vueltas—. Cuando un judío os dice algo, ¿comprobáis si es verdad?

—No entiendo la pregunta.

—Es decir, imagina que un judío tiene comida y piensan que la ha robado.

—Sí.

—Pero en realidad a ese judío le han dado la comida. ¿Compruebas que es verdad o asignas un castigo?

—Lo compruebas —contestó tras meditar—. ¿A qué viene eso?

—¿Qué pasaría si yo te dijera que algunos oficiales no lo hacen? ¿Cuáles serían las consecuencias?

—Lo lógico sería que recibiesen una reprimenda. Ahora bien, no es bueno tener enemigos aquí, supongo que al final cada uno se metería en su trabajo y no diría nada.

—Pero tú ¿qué harías?

—Juliana, yo nunca pegaría a nadie sin un motivo que lo justificase, pero tampoco me meto con los demás...

—¿Y qué opinión te merecerían? —insistí.

—Llega un momento aquí en el que prefiero no juzgar, extirparme el cerebro y pasar desapercibido. Trabajo y hago las cosas bien; lo que hagan los demás no me incumbe.

—Eso se llama cobardía...

—O mejor, ser listo —contestó.

—¿Crees que merece la pena vivir sin ideales?

—No te he dicho que no los tenga. Hay cosas que piensas, pero no puedes llevar a cabo porque simplemente es imposible, no merece la pena malgastar la vida por algo inútil.

—He conocido a muchos nazis con mi padre, pero tú no eres como ellos, muchas veces pienso que tu cabeza es muy difícil de descifrar.

—Mucha gente de aquí vive por y para la causa. Para mí es solo una manera de ganarme la vida, como me enseñó mi padre.

—¿Él quería que fueras oficial?

—Más que nada en el mundo. A mí me daba igual lo que hacer con mi vida, así que me metí en las Juventudes Hitlerianas. Lo hice lo mejor que pude, pero no fue suficiente. Nunca podré llegar tan alto como Louis porque no tengo esa ilusión, sus ganas, su convicción de que esta causa es el eje central de su existencia. Por ello para padre nunca será suficiente.

—Lo siento —dije.

—No, no quiero darte pena, que para mi padre nunca seré el hijo ideal es solo una verdad objetiva, nada más.

En esos momentos llegó Frank Sigman y la conversación cambió de rumbo. Empezó a hablarnos de su lucha en la guerra, luego pasó a despotricar contra el Tratado de Versalles. La pérdida de las colonias ocupó media hora

de conversación y después continuó con la pérdida de armamento. El rumbo de su charla nos trasladó a la época de desempleo y miseria que tuvo que vivir tras haber sido un héroe y a cómo Hitler había logrado que todo mejorara muchísimo. Mi atención solo la captó realmente en dos fragmentos de conversación: uno me dio una idea para el futuro y otro me traería la peor consecuencia de mi vida.

Para comenzar por lo bueno, hablaré del que trajo algo positivo a mi vida. Me había ido a por una copa de champán y al regresar los encontré poniendo verde a alguien, aunque yo no sabía quién era. Sinceramente, el único que hablaba era Frank, ya que Alger parecía ausente, por lo que pregunté al primero:

—¿De quién habláis?

—De la escoria de este país —suponía que eran los judíos, pero no—, los periodistas. Ahora hay un nuevo grupo que se dedica a difundir las peores mentiras sobre el régimen para que la población se vuelva contra nosotros, ¿te imaginas?

Solo pude asentir, ya que el hombre se dedicó a darme todo tipo de datos absurdos de periodistas que, según él, lo inventaban todo. La idea había surcado mi cabeza ya antes, desde el momento en que me empecé a enamorar de Ishmael. ¿Cómo podía ayudarlo? Sabía que con las armas no podría hacer nada, que convencer a padre era más imposible aún, pero ¿y la información? Cuando llegué al campo no sabía nada y creía ciegamente en el régimen, conforme me fui enterando, mi punto de vista cambió, y estaba segura de que mucha más gente podría cambiar de opinión también; y quién sabe si acabarían pidiendo a Hitler que tuviera más vigilados a los oficiales para que no se excedieran en sus funciones; eso si Hitler no sabía las barbaridades que se cometían. Una información documentada en las manos adecuadas podía ser un arma mucho más potente de lo que tal vez imaginaban.

La segunda conversación, esa que ojalá no hubiera oído, trataba ni más ni menos que de los judíos. Frank daba por hecho que ellos habían arruinado a Alemania y los culpaba de esos años amargos; hasta ahí no tuve nada que aportar, ya que no sabía si era cierto o no. Después, con más copas, el tono de las conversaciones subió y, por supuesto, también sus opiniones... Fue mientras se refería a usar más violencia contra los judíos para que trabajaran más cuando la imagen de Ishmael me vino a la cabeza y hablé:

—¡Cállate! —le espeté con naturalidad.

Se hizo un pequeño silencio entre los grupos que se encontraban a mi alrededor y tuve que añadir lo primero que se me ocurrió para justificar mi grito e intentar que padre no se enfadara esa noche. Nunca, y lo podría jurar por mi madre, pensé en las consecuencias de mi comentario.

—No me hables de ello, que me enfurezco. En la fábrica hay algunos ancianos que no trabajan casi nada.

Y comiéndome mis principios, añadí:

—Estos judíos son unos vagos.

Nada de lo que siguió después fue anormal, ningún detalle me llevó a pensar en lo que acontecería horas después... Aun así, fue mi culpa, ya que a esas alturas debía saber que cualquier comentario podía cambiar el transcurso de los días más felices...

CAPÍTULO 18

Horas más tarde, Juliana llega a su casa. No ha querido quedarse más tiempo en la fiesta, le apetece dejar de fingir y recordar sus momentos con Ishmael. Si pudiéramos medir con un aparato la felicidad de esta chica, se rompería al momento. No para de rememorar cada instante y de pensar en alternativas de futuro, a cada cual más imposible e improbable. Antes de dormir su primera noche de enamorada correspondida, se asoma a la ventana, ve las estrellas y da gracias a Dios por tanta dicha. Imagina que su madre es uno de esos titilantes astros y, en voz bajita, para que ningún oído indiscreto la escuche, le cuenta que finalmente tiene su historia de amor de novela. Con esa dicha, que le durará tan solo una noche, se acuesta y, por supuesto, tiene los sueños más dulces.

En el salón, los nazis están cada vez más borrachos, la fiesta se les ha ido un poco de las manos y alguna mesa ha sucumbido a esos bailes de camaradas. Frank está disfrutando como hace tiempo, dará muy buenos informes de este lugar. Entonces recuerda algo que ha hablado con la joven preciosa esa misma tarde; qué suerte sería tener una hija así, tan guapa y comprometida con el régimen, pero la pobre estaba preocupada, o eso le había dicho esa tarde. Intenta recordar la conversación, pero la borrachera no le deja; finalmente concluye que se trataba de algo de la fábrica de Alger y unos trabajadores poco entregados. Pobrecilla, él tiene que ayudarla...

Se dirige dando tumbos con su gran barriga y solo necesita hablar con dos personas para profundizar en su plan. Es verdad que le han dicho que se lo debería consultar a Alger, pero ese muchacho que a todas luces no llegará a nada se ha marchado a dormir... Además, él es una persona muy importante y nadie podrá poner en entredicho sus órdenes. Acude a otros dos de los jóvenes comprometidos y les propone el plan, que aceptan encantados. Mientras, monta en el coche, se siente un mozo rodeado de camaradas demasiado jóvenes para llevar a cabo una cacería... Seguro que la muchacha se sentirá muy orgullosa al día siguiente.

Ishmael está tan eufórico que no duda en contárselo a su padre, el cual acaba alegrándose mucho por su felicidad. Piensa en decírselo también a sus

amigos, pero cree que aún es demasiado pronto. Esa noche duerme con Alberto y su padre, sin ningún dolor, parece que el amor es capaz hasta de terminar con el dolor físico. Cierra los ojos y piensa en el día siguiente tan perfecto que le espera.

2:00 de la madrugada. Frank está impresionado por la forma en que conducen esos jóvenes pese a haber bebido e ir apenas conscientes. Ya han llegado al barracón que causa tantas molestias a la señorita Juliana. Planean cómo lo van a hacer mientras se ríen a carcajadas, orgullosos de su maravilloso plan. Uno de ellos les dice que es mejor entrar en silencio, que así verán sus caras cuando se despierten. Lo primero es ir bien cargaditos de armas, por si esa noche les da por hacerse los valientes.

Se introducen sigilosamente y con un silbato despiertan a todos los judíos, que parecen alarmados. Les hacen correr despavoridos como si estuvieran en un gallinero, les dan cinco minutos para que se vistan debidamente y salgan del barracón.

Los judíos salen con la confusión pintada en el rostro, eso le gusta a Frank: «el poder». Empieza a describir su plan ante la mirada incrédula de los asquerosos judíos. Entre ellos ve a un niño, y va a matarlo directamente. Un alemán le interrumpe antes de que lo haga (mientras el pesado del crío no para de gritar) y le dice que Alger los necesita para no sé qué rollo de las armas, así que después de unos azotes lo manda a dormir. Se queda con los demás, que aún no han empezado a obedecer su orden, con lo simple que es, solo tienen que correr con una motivación extra, los diez primeros que se desplomen porque no puedan seguir el ritmo morirán. Una solución más que justa al problema de la pobre Juliana: los diez más débiles serán sustituidos por otros y así esa chica no lo pasará mal. Lo de que mueran añade una diversión superior al juego, es un castigo por ser débiles y no aportar nada al régimen que tanto está luchando por Alemania.

Como siguen sin comenzar a correr, da tres tiros al aire para que se den cuenta de que la cosa va totalmente en serio y ellos reaccionan. Por su parte, los alemanes se sientan a la espera de que empiecen a caer. Frank solo tiene dos pensamientos: que se desplomen rápido para poder irse a dormir y que hagan trampas entre ellos para reírse; estaría bien, por ejemplo, que uno empujara a otro para salvar su vida, o que se pusieran la zancadilla, quiere ver hasta qué punto pueden sacar el instinto por sobrevivir.

Ishmael no se puede creer lo que está viviendo. Tiene que correr y esperar que diez de sus compañeros caigan para vivir; es el juego más atroz

que ha experimentado desde que llegó a ese sitio y sabe que va en serio. Un viejo con cara de loco no para de reír cada vez que uno de ellos parece que va a fracasar. Las piernas le duelen muchísimo y sabe que sus compañeros le miran temiendo que sea el primero en caer. Él cree que puede aguantar un poco, pero también tiene la certeza de que, por lógica, será una de las diez personas que pierdan la vida esa noche. No puede venirse abajo, no ahora que la alegría ha llegado a su vida, Juliana ha dicho que ya no puede vivir sin él y luchará hasta el final para que ella no tenga que vivir un trauma así.

2:25. Juliana se levanta sobresaltada, estaba teniendo el mejor de sus sueños cuando algo la ha puesto en alerta. Se toma un vaso de agua e intenta dormir pero no puede, es como si supiera que algo acaba de ocurrir, algo que cambiará el rumbo que su vida había tomado esa misma tarde. Se asoma a la ventana para que el aire la tranquilice, pero es imposible. Ve por todos lados señales de que algo malo está a punto de suceder, la luna que hace un rato era bella, brillante, está ahora cubierta por una nube negra que impide la visión del exterior, el aire sopla tan fuerte que parece que va a tirar la casa abajo. Juliana está llorando, pero aún no sabe por qué y menos aún sabe que ella, a efectos prácticos, tendrá toda la culpa de los desgraciados acontecimientos. Su corazón late apresuradamente y, justo cuando su respiración empieza a mejorar, el aullido de un lobo, alto, grave, le anuncia que todo ha ocurrido. Sin apenas darse cuenta se ha llevado el dedo índice al corazón y se ha golpeado cuatro veces.

2:23. Dos minutos antes. Frank está eufórico gritando que el noveno acaba de caer, un hombre de unos cincuenta años. Él mismo ha disparado desde una distancia de al menos diez metros y ha hecho blanco en su diana, entre ceja y ceja, todo un experto, sin lugar a dudas. El mejor de todos los muertos ha sido un gilipollas que ha intentado ayudar a uno de sus compañeros, Nathan, le ha parecido oír que se llama (no le importa), y se ha llevado un tiro por tramposo, ayudar no estaba en las reglas. Ha sido gracioso, porque el Nathan en cuestión lleva llorando todo el rato desde que su compañero ha muerto. Frank observa al ganado que tiene ante sí para ver quién será el último, está deseando acabar. Por un lado piensa que puede ser Nathan, ya que parece a punto de desmayarse. Sin embargo, hay otro joven que ocupa su visión. Se alegraría de que fuera él quien cayera, tiene la cara y los ojos morados a causa de alguna paliza totalmente merecida, mano dura es lo mejor que se puede emplear con esos parásitos. Le asombra que haya aguantado tanto, de hecho, siempre pensó que sería el primero en caer. Se

pone alerta esperando su caída, apuntándole con el cañón de su arma; si lo hace, quiere ser el primero en disparar, que nadie le arrebate aquella última muerte.

2:24. Ishmael lleva mucho tiempo corriendo y tiene la sensación de que sus músculos no podrán resistir mucho más. El espectáculo que está presenciando no se le borrará de la memoria en la vida. Por un lado han caído nueve compañeros que, aunque no sean de su grupo de amigos, vivían con él. El momento de Nathan le ha dejado helado, parecía que el joven iba a caer de un momento a otro. Abraham, el capo, había intentado ayudarlo disimuladamente, pero el viejo lo ha visto y le ha disparado entre ceja y ceja, matándole y dejando a Nathan cubierto con restos de su cerebro. Ishmael intenta sacar fuerzas y, aunque sabe que está mal, una parte de él desea sobremanera oír un tiro y poner fin a ese momento. Mira de reojo a su padre, la persona que más le preocupa, y este le hace un gesto que le tranquiliza, puede aguantar mucho más. Lo que no sabe el viejo David es que su hijo no. Ishmael ve que las fuerzas le empiezan a fallar y que, aunque no quiera, caerá desmayado de un instante a otro.

2:25. Ishmael mira a su padre, quiere despedirse aunque sea con un gesto de cabeza, ya no resiste y, mientras siente cómo se abandona al vacío que significa su muerte, se toca el corazón con el dedo índice cuatro veces, ni una más, ni una menos. Y entonces, solo un *boom...*

2:26. El último judío ha caído y Frank ya se puede marchar a casa. Menos mal. Ahora tiene un pequeño problema, y es cómo se llevará los cadáveres, no quiere dejarle más trabajo a Alger, que duerme ajeno a todo lo ocurrido. Pero como si llegaran del cielo, aparecen los camiones que se llevan a la gente a la cámara de gas y acceden a trasladarlos a la misma fosa, eso está bien. Se ríe a carcajadas recordando el último muerto, el más gracioso, sin lugar a dudas. Por supuesto, lo mejor fue que él le dio el tiro que acabó con su vida. Hay una pequeña trifulca con uno de los judíos, que se empuja en vengar al muerto. Piensa en torturarlo un ratito para irse más contento a la cama, pero se le ensuciaría el uniforme de gala y no le apetece que una sangre sucia y asquerosa como esa le toque. La otra opción es meterle un tiro entre ceja y ceja y demostrar de nuevo lo bien que se le da; no hay cosa que más le enorgullezca que la cara con la que le miran ahora los alemanes, como si estuvieran ante el mejor tirador que han visto en su vida. Qué buenos son aquellos chicos dando su vida por el país y malgastando su tiempo en el exterminio que con tanta razón pretende Hitler para los judíos. Se dispone a

disparar cuando el judío dice una frase que le hace cambiar de idea: será más divertido dejarle vivir una vida de sufrimiento. Frank pronuncia unas palabras antes de marcharse:

—Espero que la señorita Juliana no vuelva a tener quejas de vosotros, mirad lo que me habéis obligado a hacer.

Cuando entra en su habitación, en la casa de Juliana, se plantea despertarla para contarle que su problema está solucionado. Al final llega a la conclusión de que será una buena noticia para la mañana siguiente. Antes de dormir rememora al último muerto, le ha gustado de veras, tal vez pueda pedirle a algún amigo que le asigne al campo. Pero retrocedamos unos minutos en el tiempo para saber quién es ese muerto y cómo ha sido la escena que tanto le ha divertido.

2:25. El cañón de Frank apunta sin cesar a Ishmael, deseoso de matarle. Ishmael se despide de su padre, se toca el corazón, se siente caer. Entonces oye un tiro y mientras da con la boca en el suelo intenta averiguar dónde le ha alcanzado. Pero nada le duele fuera de lo común. No le da tiempo a alegrarse, porque al girarse es consciente de lo que ha pasado. Su padre, David, al ver que su hijo caía, se ha tirado al suelo para llevarse la última bala. Ishmael se arrastra hasta él con la absurda esperanza de que sea el único de los diez al que el tiro le haya alcanzado un brazo o una pierna. Pero cuando observa la corona de sangre alrededor de la cabeza de su padre lo sabe, ha dado en el blanco. Pese a la ira, no logra levantarse; por una vez el dolor es superior a él. Llora desconsolado en el regazo de su padre mientras sus compañeros lo miran, algunos aliviados al saber que ya no van a morir. El viejo asesino de su padre se marcha un rato, a Ishmael ya todo le da igual. Vuelve a intentar ponerse de pie para hacer justicia, pero sigue sin ser capaz. Besa el rostro de David y por un instante es consciente de que ya no tiene familia. El viejo regresa y quiere llevarse el cuerpo de su padre; ahora sí, se levanta:

—Maldito cabrón, mira lo que le has hecho a mi padre, él se tiró, yo caí, me tenías que haber matado a mí.

El viejo ve correcto lo que dice Ishmael y le encañona, no ha fallado hasta ahora, así que le matará. Ishmael se enfrenta a la muerte de cara, mirando el cañón que le va a arrebatar la vida y a llevarle junto a su padre. En el último momento, ese hombre cruel baja el arma y con una sonrisa despreciable le deja vivir mientras Ishmael intenta ir a pegarle, pero pierde el equilibrio y vuelve a caer. Se gira y observa impotente cómo los otros oficiales se llevan el cadáver de David sin ningún miramiento, arrastrando su

cabeza por el suelo. Ishmael está destrozado por dentro, ya nada tiene sentido, solo espera ver a su Juliana y que le consuele, al menos la tiene a ella. Sin embargo, una sola frase hace que se desmorone completamente:

—Espero que la señora Juliana no vuelva a tener quejas de vosotros; mirad lo que me habéis obligado a hacer.

Con ese último veneno, el viejo se marcha e Ishmael, aún asimilando lo que acaba de oír, solo tiene un pensamiento en su cabeza mientras se desploma en el suelo: «Mi Juliana ha tenido la culpa de todo». Entonces, un lobo aúlla.

* * *

En ocasiones tenemos un presentimiento y, sin saber exactamente por qué, confiamos ciegamente. Juliana está viviendo una de esas extrañas circunstancias. El día anterior había abandonado la capa superficial que la había cubierto tantos años y se había entregado al amor, abierto por fin a la vida y, pese a que debería sentirse alegre en su nueva etapa, las ojeras y los sudores desvelan que algo en su interior le dice que no todo va bien.

Solo tiene un pensamiento en la cabeza: ver a Ishmael, abrazarle, besarle de nuevo y que él, con esa voz que le transmite tantas emociones, la calme y le diga que todo ha sido una pesadilla. Él es ahora su dueño; si lo pierde, perderá a la única persona a la que ha amado en toda su vida, la única que ha logrado que se conozca a sí misma y le ha devuelto el amor propio. Se viste preciosa, aunque no es capaz de sonreírle al espejo cuando se cubre los labios con carmín. Baja las escaleras corriendo, quiere marcharse, quiere que ese dolor en el pecho, esa sensación de que algo malo va a pasar, termine.

Unos gritos le dan la alerta. Salen del despacho de su padre. La puerta está entornada, Juliana se acerca sigilosamente y pega la oreja para escuchar la discusión que tiene lugar dentro:

—Solo digo que para llevar a cabo una acción así se me debería consultar, al fin y al cabo, yo soy la persona encargada —oye decir a Alger con un tono más alterado de lo normal.

—Lo hice por el buen funcionamiento, de todas maneras entiendo que lo correcto habría sido avisarle —se excusa Frank.

—Esos trabajadores eran bastante buenos, ahora tardaré un tiempo en encontrar a los sustitutos y el rendimiento de la fábrica no será tan excelente

como hasta ahora —insiste Alger.

—Por eso no te preocupes, que hablaré con Himmler y le explicaré lo ocurrido, pero ¡vamos, muchacho, no te pongas así por una panda de judíos!

A Juliana no le da tiempo a escuchar la respuesta de Alger a Frank, porque ve que su amigo se dirige a la puerta. Corriendo, se sitúa en la entrada del salón fingiendo no haber oído nada.

—Buenos días, Alger, ¿cómo es que estás por aquí tan temprano? —le pregunta disimuladamente.

—Cosas de trabajo. ¿Quieres que te acerque hoy? —pregunta con un tono de voz seco.

—Sí —se apresura a contestar Juliana, consciente de que le intentará sacar toda la información en el coche.

Sin despedirse de nadie, sube al vehículo con Alger, que conduce sin decir una sola palabra. Puede que no deje entrever fácilmente sus sentimientos, pero esta mañana hasta la persona más despistada se daría cuenta de que está muy molesto. Juliana se siente cada vez más nerviosa, ¿qué ha podido ocurrir para que Alger se enfade con un superior hasta el punto de encararse? Tras diez minutos que se le hacen eternos, se decide a hablar, necesita saber que todo está bien.

—Alger, te he escuchado discutir —no le da tiempo a continuar cuando él la interrumpe:

—¿No te ha enseñado tu padre que está mal escuchar detrás de las puertas? —contesta bruscamente.

—Sí, disculpa, pero...

—¿Y tampoco te ha enseñado que no deberías ir por ahí diciendo que las cosas van mal con los trabajadores de la fábrica?

—¿Perdona? —trata de recordar lo que dijo—. Fue solo un comentario sin pensar, lo primero que me vino a la cabeza, pero si te han regañado por ello, tranquilo, diré que era mentira, que las cosas van muy bien, lo siento de veras.

—Pero es que tu comentario ha tenido consecuencias, como todo en este maldito sitio —dice con un tono que Juliana nunca habría imaginado, un tono de absoluto desprecio.

—Si te van a hacer algo, hablaré con mi padre —le asegura nerviosa, temiendo que su frase tenga alguna repercusión para su amigo Alger.

—¿A mí? Tranquila, las consecuencias las han sufrido los judíos.

El corazón de Juliana late violentamente, necesita saber qué ha pasado, pero no lo quiere oír. Fue una tontería, algo dicho sin pensar, sin ninguna mala intención; lo último que quería era que afectara a sus judíos.

—¿Qué les van a hacer? —pregunta con un ligero temblor de labios.

—Mejor dicho, qué les han hecho ya.

—¿Ya? Pero si es la primera hora de la mañana. ¿Qué ha ocurrido?

—¿De verdad lo quieres saber? —grita Alger—, ¿de verdad?

—¡Sí! —chilla Juliana.

—Anoche, Frank y otros fueron al barracón y mataron a diez judíos, a los diez más débiles, con el pretexto de tu comentario.

El temblor de los labios se traslada al cuerpo de Juliana, han matado a diez personas por su culpa, ahora solo le queda saber lo peor de todo: si Ishmael está entre ellos no se lo perdonará nunca. Tiene que hacer una pregunta que marcará un hito en su vida; lo intenta en repetidas ocasiones, pero la voz no sale de su garganta, sin saber por qué, se ha quedado sin saliva, sin saber por qué, sus manos sudorosas tiemblan.

—Ishmael —logra vocalizar—, ¿le ha pasado algo?

—¿A quién? —pregunta Alger.

—¡A Ishmael! —grita Juliana con desesperación—, el joven que está trabajando conmigo.

Alger la mira de reojo, no entiende su preocupación, vacila unos instantes y finalmente le contesta; lo que para él han sido tres segundos, para Juliana ha sido una eternidad.

—No —respira aliviada, la culpabilidad no se ha ido, pero por lo menos su Ishmael está bien, le explicará todo, le dirá que fue una tontería, que la culpa no es de ella, sino de ese puto hombre que está loco—, pero han matado a su padre.

Juliana deja de respirar, su mundo da vueltas, sus ojos quieren derramar lágrimas, pero no se lo permite. Ella y solo ella ha destrozado la vida de la persona a la que ama, no se merece nada. Piensa en su madre asesinada y el odio que desató hacia sus asesinos y se da asco, pues ahora es indirectamente la asesina del padre de Ishmael y de otros nueve mártires. El coche llega a la puerta de su lugar de trabajo, allí estará él, ese Ishmael que ayer la amaba y hoy la odia. Tiene miedo del reencuentro con unos ojos verdes que, presume, la detestarán, pero ha de enfrentarse sola y aceptará cualquier penitencia que Ishmael le quiera poner. Desea que le pegue, la insulte..., todo lo que quiera hacerle lo recibirá gustosamente. Antes de verle, ya sabe que le ha perdido,

ha vivido un día de felicidad suprema y ahora vuelve al infierno, ese lugar en el que está predestinada a vivir.

Por su parte, Ishmael tiene los ojos rojos, mezcla de ira y de dolor. Acaba de escuchar el sonido que lleva esperando desde que su padre murió, un motor, un sonido que significa que enseguida verá a la culpable de su desgracia, a la persona que más ha amado y más odia ahora mismo. Su noche ha dado para mucho, primero lloró desconsoladamente la muerte del único familiar que le quedaba vivo, y luego planificó cómo vengaría ese asesinato.

Está desesperado, ya no le queda nada, ni ganas de vivir, y no hay nada más peligroso que un hombre que no teme a la muerte. Primero pensó en matarla, ella es frágil y el odio tiene mucha fuerza, lo carga la ira, no sería muy difícil romperle el cuello o estrangularla. Sin embargo, y pese a que es la persona que más detesta en la faz de la tierra, sabe que por algún motivo no podrá hacerlo.

Golpea con los nudillos en la pared por no desearle la muerte, aun siendo la asesina de su padre. Luego un pensamiento domina todo su ser, no le quitará la vida, pero la hará sufrir, la violará y le pegará, le hará todo el mal que ella ha hecho y después algún alemán le matará a él y podrá descansar en paz con su gente. Piensa en lo estúpido que ha sido al sentir amor por esa joven, un diablo disfrazado en el cuerpo de un ángel. Su condena. Se siente como un estúpido traidor, el resto de los alemanes no podrían haber destruido su alma de esa manera. Ellos son el enemigo y no significan nada absolutamente para él. Sin embargo, Juliana, ella era dueña de su alma y su corazón y, al traicionarle de esa manera, se ha llevado consigo toda la humanidad que le quedaba, le ha convertido en un monstruo cuyo objetivo es acabar con ella para siempre.

La puerta se abre y entra Juliana, con la cara descompuesta, con el corazón pendiendo de un hilo, buscando con la mirada a su enamorado, intentando ver si hay alguna posibilidad de que le explique lo ocurrido. No necesita más que ver su rostro para comprender que nada de eso va a ocurrir. Ishmael está plantado frente a ella como un animal salvaje, tiene los dientes apretados al igual que sus puños, por un instante ella siente miedo. Intenta ver hasta qué punto llega su odio y, sin mediar palabra, tan solo mirándole, levanta el dedo índice y se acaricia el corazón. Antes de que llegue el tercer toque, nota un golpe en la cara y cae desplomada al suelo. Todo está perdido. Ishmael la levanta y la tira contra la mesa, está deseando oírla gritar, llorar, que le suplique clemencia, quiere que le insulte, quiere desahogar toda su ira

con ella. Ella está en la mesa, tendida, mirándole y llorando, sin decir una sola palabra.

—¿Quieres defenderte, asquerosa? —pregunta mientras le propina otro manotazo en la cara.

Juliana no contesta, es más, Ishmael no lo sabe, pero ella desea morir.

—¿Así que ahora no dices nada? Pues te lo diré yo, me das asco, te voy a hacer sufrir tanto como tú a mí, ojalá estuvieras muerta.

Ella solo reacciona llorando desconsoladamente y, sin dejar de mirarle, intenta coger su mano.

—No te atrevas a tocarme —le advierte Ishmael a un centímetro de su cara.

—Haz lo que quieras conmigo —le ofrece Juliana mientras agacha la cabeza.

Ishmael no entiende nada, esperaba una mínima defensa. Una parte de su ser empieza a sentir compasión hacia ella, pero lo entierra y, con brusquedad, se deleita en la segunda parte del plan: la violará, así el padre de Juliana vivirá siempre sabiendo que un judío se folló a su hija y no tendrá la conciencia tranquila ni un solo día.

Sin delicadeza ni cuidado, le sube la falda y le arranca las medias. Mira a ver si por fin reacciona, pero sigue allí, quieta, desprotegida, llorando sin parar. Él necesita algún tipo de reacción por parte de ella, así que le agarra los muslos con fuerza para hacerle daño. Entonces ocurre la primera reacción en forma de una débil frase:

—Te quiero, Ishmael.

Eso cabrea más al monstruo interior de Ishmael, que empieza a desgarrarle las entrañas. Le coge la cabeza y la aprieta contra la suya.

—Pues yo te odio, no quiero volver a verte en mi vida.

Juliana, sin saber por qué, agarra su cabeza con sus delicadas manos y le besa, un beso amargo de despedida. Ishmael no quiere responderle, pero no puede evitar el primer contacto con sus labios, intenta quitarse, pero las imágenes de lo que hasta ese momento ha acontecido entre ambos no paran de sucederse en su cabeza. Con amargura y dolor, con odio y amor, la besa con más pasión de la adecuada; las lágrimas de los dos se mezclan en sus caras. El beso no es romántico, como los del día anterior, es salvaje, como el de dos animales. Por un lado, Ishmael se debate entre el odio, la ira y el amor; por otro, Juliana parece que se va a comer a Ishmael, quiere quedárselo para siempre, sabe que nunca más le tendrá y se zafa con todas sus fuerzas de ese

beso que hace que los labios de ambos empiecen a sangrar. Finalmente el monstruo de Ishmael le da las fuerzas necesarias para apartarse de Juliana. El beso solo ha logrado destruir una parte, esa que quería hacer daño a Juliana e incluso violarla. Pero la otra, la que más le importaba a Juliana queda viva, es la que hace que Ishmael no quiera volver a verla en su vida. De espaldas a ella, comienza a hablar:

—Siento haberte golpeado y haber intentado vejarte, la ira me ha dominado, pero no es excusa. —Hace una pausa—. Por tu culpa, mi padre ha muerto.

—Déjame que te explique —suplica ella.

—No, por favor, solo quiero que me escuches y no lo hagas difícil. Me da igual lo que hicieras, si fue aposta o sin querer, el resultado para mi padre es el mismo, ha muerto y nadie me lo devolverá nunca —Ishmael tiene que parar porque se ahoga en su llanto—. Ya no quiero hacerte daño, tal vez nunca lo he querido, pero, como comprenderás, no voy a tener nada contigo y no deseo verte nunca más.

—¡Pégame! ¡Viólame! ¡Mátame! Pero, por favor, no me obligues a vivir sin ti, ya no lo soportaría —grita Juliana desconsolada mientras se arrodilla—. Por favor, te amo, eres la persona que más he querido en mi vida, me da igual todo, pídemelo lo que quieras y lo haré, todo menos dejar de verte.

—Nunca más voy a estar contigo y, si tienes un poco de dignidad y de humanidad, abandona este trabajo y no me sometas a la tortura de ver tu cara todos los días. Por cierto, haz el favor de levantarte, no me das ninguna pena.

—No pretendo darte pena, solo quiero que me dejes explicarme, por favor.

—No hay nada más que hablar. He tomado una decisión.

—Nunca te habría hecho daño aposta. ¿Quieres que le diga a mi padre que amo a un judío? Lo haré. ¿Quieres que escupa contra este régimen? Lo haré. ¿Quieres que robe un arma y mate al que hizo daño a tu padre? Lo haré. Pero, por favor, confía en mí, deja que te explique.

—Si de verdad me amas todo lo que dices, haz lo que te pido.

—No puedes querer eso en serio.

—Juliana —Ishmael la mira directamente a los ojos—, yo no te amo, nunca lo he hecho ni lo haré, es más, me das asco.

—¿Y qué hay de ayer?

—¿Ayer? —ríe con sarcasmo—, solo quería conquistarte para hacer daño a tu padre, ¿entiendes?

—No te creo —solloza Juliana.

—Pues créeme, y ahora, ¿harás lo que te pido?

—Está bien —se resigna finalmente—, me iré de aquí y no volverás a verme a menos que tú quieras.

Juliana, abatida, se dirige a la salida andando despacio, esperando que Ishmael se retracte, pero no lo hace. Desesperada, mientras tiene el pomo de la puerta entre sus manos temblorosas, añade sin mirarle:

—Si algún día, aunque pase un año, cambias de opinión, yo te estaré esperando, simplemente tienes que decirle a Alger que quieres que vuelva a trabajar, que soy necesaria, y vendré sin dudarlo, porque aunque no lo creas eres la única persona a la que voy a amar en toda mi vida.

Espera una respuesta de Ishmael que no llega.

—Siento mucho lo de tu padre, de veras, nunca pensé que mi comentario podría hacerte daño, si lo hubiera sabido, no lo habría hecho porque prefiero morir antes de que tú sufras. Solo te pido una cosa —traga saliva—, no hagas ninguna tontería, condéname de ese modo, sabiendo que sigues aquí y no puedo verte, estando bien y negándote a compartir tu existencia conmigo.

—De acuerdo, pero márchate ya, no soporto respirar tu mismo aire.

Tras estas palabras, su separación es inminente. Esa noche son dos personas en dos mundos distintos. Ishmael llora la muerte de su padre, recuerda todos los momentos vividos junto a él y se siente como un animal, ya no es una persona, los alemanes han ganado y él se ha convertido en lo que nunca pensó que sería, alguien sin sentimientos que solo piensa en morir y dejar su vida terrenal. Aunque quiere fingir que Juliana ya no le importa, aunque quiere odiarla, aunque se quiere obligar a pensar que si ella muriera a él no le importaría, en algún resquicio de ese corazón al cual ya no hace caso sigue ella, y ese corazón llora por el padre y el amor perdido.

Juliana está a muchos metros de él, viviendo como una princesa pero sintiéndose una desgraciada, si no le tiene a él ya todo le da igual. Esa noche es una de tantas que pasará sin comer nada, viendo pasar los días sin vivir. En un último intento por recordar la felicidad pasada, rememora sus momentos junto a él y roza la alegría por un instante, pero ya ha madurado, ya sabe que todo ha sido una fantasía que ella se ha encargado de romper. Un recuerdo amargo acude a su cabeza, el de una pérdida pasada, y por un instante quiere esos fármacos para no recordar la de ahora. Es consciente de que necesita olvidar, desea estar inconsciente. Entonces va al despacho de su padre, coge

una botella y se pone a beber sin control, sin cuidarse, sin querer vivir. Al final, Ada la encuentra y la lleva a la cama, la deja allí inerte y llorando, hablando en un idioma que solo los borrachos conocen.

Hay una diferencia y una semejanza entre ambos. La diferencia es el deseo de olvidarla de Ishmael y las ganas de recuperar el amor de Juliana. La semejanza es que, aunque él se lo niegue y ella no, ambos están enamorados, y no es solo que se amen, es que hay una fuerza superior que se empeña en unirlos, como si el destino quisiese que ambos estén juntos, y contra el destino es muy difícil luchar. Y así termina esta parte de su historia, una noche, luna llena, ambos llorando y sintiéndose desgraciados, y el dedo índice que se mueve instintivamente hacia el corazón y los latidos que parece que van de cuatro en cuatro.

PARTE 3

El amor proporcional al dolor

Finalmente, hasta el cielo cedió ante ella mostrando unos preciosos rayos que la iluminaban asemejándola a una diosa. De repente me di cuenta de que estaba llorando, como siempre había imaginado que haría el día que estuviera en el altar.

«Quiéreme cuando menos lo merezca, porque será cuando más lo necesite», DR. JECKYLL

«En asuntos de amor, los locos son los que tienen más experiencia. De amor no preguntes nunca a los cuerdos; los cuerdos aman cuerdamente, que es como no haber amado nunca», JACINTO BENAVENTE

CAPÍTULO 19

Habían pasado tres meses desde el fatídico día. El día en el que perdí a la persona que había vuelto a colocar en mi pecho el corazón que me arrancaron cuando asesinaron a mi madre. Supongo que durante las primeras semanas conservé la esperanza de que él me llamara, me dejara explicarme y volviera a estar junto a mí, como siempre debió ser. Esa falsa ilusión me daba las fuerzas para continuar día tras día. Pasado un mes, la esperanza desapareció y quedé sumida en la más absoluta oscuridad. Padre pensaba que eso tenía que ver con Louis y no paraba de decirme lo poco que quedaba para que regresara. Yo sonreía sin fuerzas y asentía para que se tranquilizara. Al final, la desesperanza dominó todo mi ser y comencé a actuar como un cadáver andante, no comía, bebía lo suficiente para mantenerme en pie y, por supuesto, no me preocupaba para nada de mi aspecto exterior, era como una vagabunda que vivía en una mansión.

Francamente y aunque suene triste, no me habría importado morir, no le tenía miedo ni siquiera a proporcionarme yo misma mi final. Sin embargo, algo había cambiado en mi interior desde que llegué al campo, la Juliana de antes se habría atiborrado a pastillas o, con un simple corte en las muñecas, habría alcanzado la paz junto a su madre. La nueva Juliana había aprendido una cosa, y era a pensar en los demás, y entre ellos estaba mi padre: él sería un desgraciado si me perdía a mí también y por ello tenía que sobrevivir. También había reparado en Ada y Alger. Cómo protegería a Ada si no estaba en esta casa junto a ella. En este tiempo había aprendido a dejar de preocuparme por mí misma y hacerlo por Ada; ella, con todos los problemas que tenía, con todas las cosas malas que le habían pasado en la vida, siempre estaba pendiente de mí. No me preguntaba, pues sabía que no quería hablar del tema, pero se mantenía a mi lado. Cuando un día lloraba mientras fingía estar dormida, notaba unas manos ásperas cubriéndome con una manta y peinándome el cabello con ternura y, cuando abría los ojos, la veía y me sonreía, y eso era suficiente.

Por otro lado, tenía a mi gran amigo Alger, él no comprendía mi manera de actuar, pero pese a eso intentaba alegrarme, intentaba que diera paseos con

él e incluso me llevaba a comer (sospecho que lo hacía por mi delgadez, que estaba llegando a extremos preocupantes). Sabía que sentía algo por mí, no era necesario que lo dijera. Por mi parte, yo intentaba mostrarme animada con él porque, si me veía feliz, en cierta manera él también lo era. Cuando estaba a su lado hablaba y sonreía con mucho esfuerzo, incluso aunque me encontraba vacía, trataba de que pareciera que simplemente echaba de menos mi ciudad y unos amigos inventados que no existían en Alemania.

El tema más difícil era el de Ishmael. Comprendía perfectamente que no quisiera verme ni tratar conmigo. Entendía que para él yo era un monstruo maligno y que sus sentimientos hacia mí fueran de repulsa, pero eso no hacía que le dejara de amar con todo mi ser. Cuando comprendí que su perdón no era viable, me volví loca y empecé a actuar de manera obsesiva. En primer lugar intenté que me perdonara sin necesidad de verme, y para ello utilicé la única arma que poseía: mi escritura. Rompí la novela de príncipes que había empezado a escribir y comencé una nueva, diferente, trágica, triste, pero la más bella que podía imaginar, nuestra historia. La titulé *Tormenta y pasión*, supongo que le puse ese nombre por el romanticismo, por las historias imposibles que se escribieron en la época, ya que la mía sí tenía un ingrediente principal: nunca sucedería. No quise mentir en nada, así que desde el primer día escribí cómo me sentía, el desprecio que profesaba a los suyos, el odio que me despertó él... Poco a poco, a modo de diario, le abrí mi corazón para que comprendiera que al final de esa historia yo solo le pertenecía a él y como, aunque las consecuencias hubieran sido nefastas, nunca quise hacerle daño.

Muchas veces es mejor poner las cosas en el papel que decirlas a la cara, es más fácil, ya que dispones de tiempo para reflexionar y dar la forma adecuada a lo que quieres expresar. Eso hice yo, medité, escribí, volví a meditar, y en ciento ochenta folios me abrí más de lo que había hecho en toda mi vida. Hubo instantes en que lo pasé francamente mal, no quería que pensara que mi intención era darle pena y, a la vez, deseaba ser franca. Por ello, cuando llegué a momentos como el día del almacén y mi sueño de morir viéndole, se me hizo difícil, pero conseguí plasmarlo tal como sucedió. Es lo que tiene la verdad, solo hay una. El capítulo dedicado a mi madre y a mi adicción a las pastillas lo escribí con temor a que pensara que estaba loca, que quería darle a entender que me podía suicidar por él, me daba miedo que cuando leyera mi intimidad se diera cuenta de que él valía mucho más que yo y se arrepintiera de haber sentido siquiera algo por mí, pero tenía que hacerlo,

tenía que entregarle mi alma a alguien y ese era el chico de los ojos verdes más increíbles sobre la faz de la tierra.

Como la novela me obsesionaba, estuve día y noche escribiéndola hasta que la terminé. Ese día me levanté muy temprano, a las cuatro de la madrugada. Era de noche cuando emprendí mi camino hacia la caseta donde trabajaba él, la que me había dado el mejor momento de mi vida, mi primer beso de amor. Como ya era primavera de nuevo y el tiempo en esa estación no era muy estable, llovió durante el camino. Yo, por supuesto, no había pensado en esa posibilidad y me calé conforme me acercaba a mi destino, a mi ínfima posibilidad de que me perdonara. Tenía frío por fuera y por dentro mientras me dirigía allí, pero daba igual, enfermar no era algo que me importara.

Ya estaba amaneciendo cuando llegué, llena de suciedad, con el pelo empapado y el cuerpo con ligeras convulsiones. Abrí la puerta con la llave que conservaba de mi anterior etapa. Cuando entré, todo estaba igual, no había cambio alguno, ni siquiera había movido la silla, que seguía como yo la dejé. Supuse que la utilizaría, era más cómoda, pero enseguida entendí que no había tocado nada. Estuve a punto de desanimarme, pero mi convicción de luchar por Ishmael era mucho más fuerte que cualquier temor. Con cuidado, deposité el manuscrito sobre su mesa, en el centro. Aún quedaba una hora para que él llegara, así que aproveché para sentarme en su silla y respirar profundamente en esa sala que tenía su olor impregnado. Sabía que, aunque fuera para deshacerse de ella, tendría que tocar la novela, por lo que besé la portada en un intento desesperado de que algo mío llegara a él, de un modo patético. El tiempo pasó rápido entre los recuerdos que tenía allí dentro, aquellos que me quemaban por dentro pero me decían que él había existido alguna vez y me daban fuerzas para continuar, ya que, por supuesto, este solo iba a ser un primer intento.

Cuando calculé que Ishmael podía llegar de un momento a otro, respiré su aroma por última vez y salí de la estancia. Supongo que lo más normal habría sido regresar a casa, pero no lo hice. Quería verle, necesitaba hacerlo, por lo que me escondí en un conjunto de árboles que había detrás de la caseta. A través de esos pinos y abetos veía el sendero por el cual pasaría él. Lo que hacía era enfermizo, de acosadora, estar ahí, escondida detrás de unos árboles sin otra intención que observar su rostro en la lejanía, con las manos sudándose, con el corazón queriendo escapar del pecho y lágrimas que no

paraban de salir de mis ojos, con un dolor desgarrador que me corroía las entrañas.

Mi deseo no tardó en cumplirse, solo tuve que esperar diez minutos para que Ishmael pasara por mi sendero. Cuando supe que le tenía delante, me empecé a marear, pero luché con desesperación contra mi desmayo inminente solo para recordarme que el color de su mirada existía y no me lo había inventado. Tampoco fue fácil; intentaba observar su cara pero estaba muy lejos, así que, sujetándome en el tronco de un árbol, comencé a inclinarme hacia delante para verle mejor y, cómo no, hice ruido y estuve a punto de caer. Sus ojos verdes no tardaron en escrutar el lugar donde yo me encontraba. Por una vez fui más rápida que él y me tiré literalmente al suelo, entre las plantas, para que no me viera. Obviamente me llené de barro, de hierbas y de algunas sustancias que no sabía qué eran, mis rodillas no tardaron en empezar a sangrar e intuía que se me había roto el vestido, pero todo eso me dio exactamente igual, ya que le pude ver.

Mirarle fue como un subidón de adrenalina, como un impulso a mi corazón y a mis tripas. No estaba como yo le recordaba; por supuesto, más delgado, pero eso ya lo suponía, era algo con lo que contaba. Lo que me llamó la atención, sin embargo, fue la expresividad de su rostro, que era nula, tenía los ojos vacíos, carentes de esa alegría y vitalidad que me habían enamorado. Parecían de color rojo y unas ojeras violetas le llegaban casi a la nariz. De no haberle conocido antes, me habría dado miedo la visión, parecía un monstruo, una persona destrozada y carente de sentimientos. Miró fugazmente hacia mi zona, hubo un momento en el que creí que me había visto, pero no era posible y, con su misma cara inexpresiva, sin sentimientos, volvió a dirigir su vista al frente mecánicamente y entró en la caseta. Creo que lo que me partió el corazón, lo que me trituró las entrañas, fue la sensación de tenerle tan cerca y a la vez tan lejos. Ver que si daba unas cuantas zancadas podría incluso tocarle y saber que eso no haría que me aproximara más a él.

Podría haberme ido, ya que era consciente de que no iba a entrar, no me sentía con fuerzas de ver su desprecio hacia mí. Sin embargo, me quedé todas las horas tirada en los matorrales helados, esperando ver si su expresión cambiaba al salir, esperando que aceptara mis disculpas... No comí y apenas me moví, en cierta manera era como una planta más de aquel bosque. Ya era de noche cuando él salió, estaba ansiosa por comprobar qué cambio había

efectuado mi libro en él..., y el cambio fue nulo; si cabe, parecía aún más ausente de lo que estaba cuando entró.

En cuanto se alejó lo suficiente para no verme, bajé deprisa, me costaba mucho esfuerzo ya que estaba llena de lodo, pero aun así corrí dejándome los pulmones en ello. La novela estaba exactamente en el mismo lugar donde la había dejado, no había sido tocada, solo unas líneas escritas en la portada a lápiz daban fe de que la había visto. «*No quiero saber nada de ti. No me vuelvas a escribir*», con esas míseras palabras se despedía de mí definitivamente. Lloré desconsoladamente en mi escrito, quise romper la novela, pero no pude, la cogí con cariño y me la llevé para leerla todos los días, para releer los momentos buenos y saber que existieron, para mortificarme en mi tristeza, como penitencia por ser una mala persona, como castigo por no cuidar de lo único que me importaba. Para ver que alguna vez ese ser que ahora vivía como un muerto viviente me había amado y había sido una persona con vida, ilusiones, que me cuidaba y se interesaba por mí.

Después de ese día deseché todos los intentos de acercamiento que había planeado, era imposible, nada me haría volver con él. Sin embargo, sabía dónde se encontraba Ishmael, en un campo de concentración donde su vida pendía de un hilo, así que dejé de pensar en mis ilusiones y me concentré en vigilarle desde la sombra, en velar por su bien sin que él se diera cuenta de que yo estaba allí. Cuando amas a alguien, te importa más que tu persona, e Ishmael me importaba más que cualquier cosa. Mi plan cambió: de intentar recuperarle pasé a procurar mantenerle con vida, ayudarle, espiarle cada día, comprobar si estaba bien.

Todas las mañanas durante este mes he acudido al mismo lugar del bosque, le he espiado, he observado si tenía algún rasguño, si alguien del régimen le trataba mal y, por supuesto, he ansiado que esa cara le cambiara, que fuera feliz sin mí..., pero en ninguna ocasión su rostro ha dejado de ser lúgubre. Tenía claro que como cualquier persona fuera a hacerle daño bajaría corriendo y le protegería anteponiéndome al peligro. Nunca se dio el caso, pero cada día he pensado que podía ser el último de mi vida, sin temor, solo con la felicidad de saber que no le pasaría nada mientras yo siguiera viviendo. Sigo escribiendo mi *Tormenta y pasión*, poniendo en ella cada uno de mis sentimientos, mi alma en algo material. Espero que algún día Ishmael la lea, y que, aunque necesite veinte años, me perdone, y yo, allá donde esté, pueda vivir en paz.

El mes de agosto ha llegado y sigo como una loca obsesiva enamorada de quien me odia. Proteger su vida es actualmente mi única meta en la vida y me parece más importante que la que podría tener si pensara en mí misma.

* * *

El día no prometía nada diferente. Como siempre, me levanté a las cuatro de la mañana. Me vestí sin mirar siquiera la ropa que me ponía, cogí un poco de pan y me dirigí hacia mi lugar, entre los arbustos, a esperar y comprobar que, un día más, Ishmael seguía sano y salvo.

No suelo creer en lo sobrenatural, pero durante mi camino sentí que aquella vez no iba a ser como las cien anteriores. Pasé por la pequeña caseta y reposé en el lugar donde Ishmael estaría en unas horas. En el despacho me puse el atuendo de «espía». Llegar cada día con la ropa llena de barro podía llamar la atención y, además, no quería que la pobre Ada tuviera más trabajo por mi culpa. Por ello, después de la primera semana decidí que uno de los vestidos, de manga corta y hasta las rodillas, iba a ser mi vestimenta de observadora.

Cada mañana me ponía lo primero que encontraba y luego me cambiaba en el despacho. Una vez en el bosque, por puro aburrimiento, comí un poco de pan. Mientras lo hacía, me di cuenta de que empezaba a tener un problemilla con la alimentación. Hacía ya tiempo que notaba que mi ropa se caía por ambos lados, mis costillas querían salir a través de la poca piel que me quedaba..., pero lo que me asustó fue comprobar que, después de tres bocados de pan, mi estómago no aceptaba más comida. Pretendía comer un poco más del mendrugo, pues últimamente la vista se me nublaba en muchas ocasiones, me desmayaba con facilidad y luego tenía que ocultar las heridas para no preocupar a nadie. Un poco enfadada conmigo misma y bastante con mi estómago, introduje el alimento a la fuerza, tragando con energía, obligando a mi cuerpo a aceptarlo. Si hubiera sabido las consecuencias tal vez no hubiera actuado así, o quizás sí... El dolor de tripa era insufrible, me sentía mareada y antes de que me pudiera dar cuenta comencé a vomitar como una posesa.

Se suponía que en mi matorral nadie podía molestarme, en cierto modo era mi hogar, pues pasaba más tiempo allí que en ninguna otra parte, pero el ruido que provoqué al vomitar puso en alerta a unos alemanes que guiaban a

los judíos a las fábricas. Estaba limpiándome la boca con el vestido cuando, antes de que pudiera levantar la vista, sentí un golpe en la boca, alguien me había atizado con rabia con un fusil. No pude reaccionar, simplemente noté cómo la sangre brotaba de mis labios. Intenté mirar a las personas que me estaban causando tanto dolor, hablar, desvelarles mi identidad, pero antes de poder explicarme recibí otro potente impacto, esta vez en la mejilla derecha. Chillé de dolor.

—¿Qué creías, que podías escapar? —dijo uno de mis captores con la voz más desagradable que había escuchado en mi vida. Más que el sonido de la voz de un hombre, parecía el gruñido de un animal salvaje y peligroso.

Quise volver a gritar. Sabía que si decía quién era me temerían, pero el dolor en mi boca me lo impedía.

—¿Dónde deberías estar? ¿De dónde te has escapado? —preguntó la bestia, ahora con un tono amenazador.

—No... me... he... —intentaba formular una frase coherente, pero no podía— escapado.

—Encima, mentirosa. ¿Sabes lo que les hago a las mentirosas? —gruñó mientras me levantaba la cabeza bruscamente para que le mirara—, las mato lenta y dolorosamente —me miró fijamente y añadió—: eres guapa, si no fueras una puta judía, créeme, te follaría con gusto.

—No... —pronuncié, ya con un último aliento, mientras la herida de mi boca se abría mucho más y comenzaba a sangrar, esta vez en cantidades que me asustaron— soy judía... Soy Juliana Stiel.

Me soltó de repente y mi cabeza aterrizó en el suelo. No podía ver a mi captor monstruoso, solo le oía murmurar: «*No puede ser, seguro que miente*». El hombre parecía nervioso y asustado.

—Es imposible, vas como los judíos, estás llena de fango... Lo único distinto es que no llevas el pelo rapado..., pero podrías haber llegado hoy... —murmuraba mientras me levantaba, esta vez con más cuidado.

No debería haberle permitido que lo hiciera, tendría que haberme zafado, pero no podía.

—Si me has mentido —amenazó—, te juro que haré que desees morir.

Me estaba transportando y, aunque no sabía a ciencia cierta hacia dónde, imaginé que me llevaría con Alger, y esperé que fuéramos a la casa donde trabajaba Ishmael. Como si alguien hubiera oído mis deseos, vi que el hombre se dirigía al lugar por el que más ansiaba pasar. No llamó a la puerta, entró directamente.

—Alger, tenemos un problema.

Alger estaba en el escritorio de Ishmael, tal vez explicándole algo. Se dio la vuelta.

—Es esta chica —informó el alemán mientras me señalaba.

El pelo me tapaba los ojos, por lo que no pude ver la expresión de Alger.

—Yo no me encargo de las mujeres —contestó tranquilamente—; si se ha escapado, no es a mí a quien tienes que acudir.

Me retiré un poco el pelo de los ojos y por fin vi que Alger estaba hablando con mi captor, pero apenas reparaba en mi persona, no sabía si por odio o por pena.

—Pero... —comenzó el monstruo.

—Ya te he dicho que no me encargo.

—¡Asegura que es Juliana Stiel! —le interrumpió mi captor.

Entonces las imágenes se sucedieron muy rápidamente. Antes de que me pudiera dar cuenta, Alger estaba a mi lado y me miraba muy pálido. Con brusquedad, me separó del alemán para cargarme en sus brazos y situarme con cariño en el sofá blanco que tantos recuerdos me traía.

—¿Estás bien? —me preguntó con afecto.

—Sí —respondí intentando tranquilizarle con una sonrisa.

Una vez que estuvo seguro de que me encontraba bien, se dirigió al hombre que me había golpeado. Ahora que le podía ver me daba aún más miedo, medía más de dos metros y pesaría más de cien kilos. Parecía un gran armario, peligroso y rubio. Sin embargo, cuando observó la mirada de Alger, le temió como si estuviera ante un gran oso pardo.

—¿Por qué le has hecho esto a Juliana?!

—Lo siento..., no sabía que era ella... Pensaba que era una judía que había escapado... La oí vomitar, la vi tan sucia, en los matorrales de aquí arriba, entre el fango, pensé que era una huida... Todo estaba tan claro...

—¿No se te ocurrió preguntar antes de emplear la fuerza? —le reprendió Alger con ira en la voz—. No, se me olvidaba que tú no piensas, solo actúas por instinto.

Me sentía intrigada por la respuesta que daría en esta ocasión el monstruo que me había tratado así, pero de repente fui consciente de que estaba en la misma habitación que Ishmael. No había roto mi promesa, estaba allí porque me habían llevado, yo había respetado su decisión. Sabía que no debía, que lo más seguro era que eso me hiciera sufrir, que él ya no me amaba, que ni tan siquiera se preocupaba por mí, pero era lo más cerca que le

tenía en meses y tenía que mirarle aunque ello significara un dolor agudo en el pecho.

No quería ponerle en peligro y, si las cosas seguían siendo como en los últimos meses, él me observaría con desprecio y tal vez eso le pusiera en una situación incómoda. Por ello, primero quise asegurarme de que nadie se daría cuenta de nuestras miradas cómplices. Reparé en Alger, que estaba de espaldas pidiendo explicaciones al alemán. No, Alger no sería ningún problema, estaba demasiado enfadado como para percatarse de algo más que las disculpas de aquel. Por otro lado, el alemán estaba blanco del miedo, sopesaba las consecuencias que tendría su actuación cuando se lo contara a mi padre y apenas se atrevía a mirarme de reojo, no paraba de intentar excusarse temiendo que las explicaciones más convincentes tuviera que dárselas a otra persona. Definitivamente, no habría problemas.

Entorné mis ojos para mirar a Ishmael, pero lo que encontré no fue para nada lo que deseaba. Estaba ahí, en su mesa, sentado, pero o no se había percatado de lo que me había ocurrido o simplemente le daba igual, solo estaba trabajando, indiferente, sin importarle mi dolor, comprensible, pero angustioso para mí. Toda la desesperación, la angustia, todo salió disparado y comencé a llorar como una histérica, parecía que se me iba a partir el pecho en dos. No tenía que sufrir y menos delante de él, no tenía derecho, pero una inmensa tristeza brotaba de mí sin que pudiera hacer nada para detenerla. Cuando me quise dar cuenta, Alger estaba a mi lado acariciándome, intentando tranquilizarme, con cuidado de no hacerme daño; lo que él no sabía era que no era daño físico lo que yo sentía.

—¿Qué te ocurre, Juliana? ¿Qué te duele? —gritaba desesperado.

Yo quería decirle que no me pasaba nada, que no se preocupara por mí, pero no podía. Tenía convulsiones, un ataque de ansiedad en el peor de los momentos.

—¡Trae agua! —ordenó Alger a Ishmael.

Él acató la orden y en un momento estaba a mi lado con una palangana llena. Eso me afectó más negativamente: saberle junto a mí y sentir que le daba igual. La indiferencia es el peor enemigo de los sentimientos.

Con cuidado, Alger levantó mi rostro para limpiar mis heridas en busca de aquella profunda que tanto dolor me estaba causando. Cerré los ojos con fuerza para no ver a Ishmael, no soportaría que me ignorase, pero eso preocupó más a Alger.

—Por favor, Juliana, no me asustes. ¡Abre los ojos! —pedía de manera insistente.

La Juliana que llegó al campo no habría despegado los párpados para no sufrir, pero esta nueva, la que pensaba en los demás, lo hizo para no preocupar a su gran amigo. La cara de desesperación de Alger me asustó y por él luché con más fuerza si cabía contra el dolor que me corroía por dentro, contra la histeria que me poseía. Aunque intenté no mirarle, ignorarle, no pude, y mis ojos se encontraron con Ishmael, con el verde que dominaba mi vida. Es difícil explicar lo que vi en ese momento, no estaban como los últimos meses, vacíos, por fin tenían vida, una mezcla de ira y angustia, pero vida al fin y al cabo. Cuando nuestras miradas se cruzaron, no pudo mantener ese gesto de indiferencia y atisbé en el fondo más profundo de su ser un dolor inmenso por mí. No sabía si era odio o amor, pero sí que aún sentía algo. Bajé la mirada y observé sus puños apretados con fuerza. En esos momentos me vino una arcada y de mi boca brotó sangre. Alger se preocupó aún más y ordenó al alemán que fuera a por un coche.

—Juliana, tengo que marcharme un momento a avisar de que me voy contigo al hospital. No te voy a dejar sola, será un momento —hablaba tan rápido que apenas le entendía—. Quédate con ella y vigila que no la pase nada —ordenó, cambiando el tono de su voz, supuse que a Ishmael.

—Tranquilo —le dije—, creo que estoy mejor —intenté que sonara convincente.

—En cinco minutos estoy aquí.

Con una carrera, se marchó de la estancia dejándome sola con Ishmael. Un silencio cubrió la sala, inundándola con su quietud. Su mano me sacó de mis pensamientos y temores, Ishmael me sujetaba el rostro mientras me limpiaba con un trapo, mecánicamente, sin mirarme. Aun así, me sentía tan agradecida que no pude evitar levantar hacia él mis ojos surcados de lágrimas.

—Gracias —sollocé.

No hubo respuesta alguna por su parte, pero noté que al oír mi voz su mano dejaba de ser tan firme para pasar a temblar. Su rostro inescrutable mostraba humanidad. No tardó en terminar de limpiarme y depositar mi cabeza con el mismo cuidado con que la había cogido. Por un instante, la Juliana egoísta mandó en mi ser y siguió mirándole. Él continuaba intentando disimular los sentimientos y pensamientos que le inundaban y oprimían el

pecho, pero noté una mueca, un atisbo de dolor mientras observaba la muñeca rota en que me había convertido.

Unos gritos procedentes del exterior me avisaron de que Alger llegaba corriendo. Supe que tal vez no volvería a estar en la misma habitación que Ishmael en mi vida, mi etapa de espía después del incidente debía terminar. Tal vez ese fue el motivo, o simplemente necesitaba decirlo, quería que lo supiera.

—Ishmael —no contestó pero me miró; suficiente—, aún te quiero.

En esta ocasión, todas sus barreras, todo el rostro que él quería escenificar, se destruyeron y aún en silencio me miró con más dolor del que había observado nunca en ninguna persona. El padecimiento se enredaba en el verde hasta absorberlo. Y supe que me amaba, si cabía, más que yo. Nunca estaríamos juntos, pero lo nuestro era real y no solo era yo la muñeca de trapo destruida, él sufría más, aunque no concebía cómo podía ser posible.

Con toda la desesperación del amor frustrado e imposible que desprendía la situación, con nosotros dos mirándonos y muriendo por dentro, con la certeza de que habitábamos en el abismo profundo del otro, tanto que nunca podríamos vivir en paz, llegó Alger. No habló a Ishmael, ni siquiera le miró, corrió hacia mí y me elevó como si fuera una pluma para llevarme hasta el coche. Yo iba en sus brazos mirando al destrozo humano que dejaba atrás. Entonces, y juro que no fue aposta, mi dedo índice llegó al corazón y se golpeó cuatro veces mientras fijaba en él mis ojos. Eso fue demasiado para Ishmael, su compostura se quebró, los suyos se vaciaron de ira para ponerse vidriosos. Su mano empezó a elevarse hacia su corazón y se golpeó una vez, pero no pudo seguir, fue como si se rompiera en dos, como si tuviera pensamientos enfrentados que le mataban por dentro. Antes de que la puerta se cerrara detrás de nosotros, pude ver cómo caía en el suelo, rendido, roto, desarmado, destrozado... Por primera vez en estos meses, fui consciente de que una persona sufría más que yo. Alguien que amaba locamente a la culpable de la muerte de su padre, que se odiaba a sí mismo por no poder olvidar a quien más daño le había causado en la vida.

El camino hacia el hospital fue tranquilo, el ataque de histeria se me había pasado y el dolor físico era bastante soportable. Tan solo me tuvieron que curar las heridas de la boca, que en aquellos momentos estaba bastante hinchada. Me dieron pastillas para el dolor y me dijeron que si sentía pinchazos en el pómulo volviese. Alger estuvo todo el rato a mi lado, de mi mano, preocupado por mí, como mi mejor amigo que era. No tuve que

quedarme a hacer noche en el pequeño hospital, así que, en cuanto acabaron, me fui con Alger de vuelta a casa. Él me ayudó a entrar con delicadeza, sin percatarse de que mi cuerpo no había sufrido ningún daño.

El Volkswagen rugió y emprendimos el regreso en una noche en la que las estrellas brillaban por su ausencia. Alger seguía siendo el mismo que conocí al llegar al campo: no era muy hablador, de hecho, pese a considerarle un buen amigo, desconocía muchas cosas acerca de él. Su personalidad era bastante diferente comparada con la de la gente normal, no llenaba los silencios incómodos, no contaba cosas de su vida si no confiaba en ti y nunca tenía conversaciones banales, solo hablaba si de verdad algo le interesaba, no para cotillear, como hacían otras personas, sino cuando realmente consideraba que podía ayudar. Desde que entré con él en el vehículo supe que tarde o temprano me diría algo, lo notaba en su cara incómoda y en sus miradas de refilón, en las que parecía que iba a hablar pero acababa negando con la cabeza. Supongo que al final tomó la decisión que le faltaba y lo hizo:

—Juliana, ¿crees que puedes hablar o te duele mucho la boca?

—Sí, estoy bien —respondí con una voz que a duras penas reconocía como mía. Es cierto que la hinchazón era una molestia, pero eso no debía impedirme hablar con mi salvador.

—He estado meditando todo el rato..., no es que quiera juzgarte y para nada voy a excusar la actuación de Hess, pero —ahí venía una pregunta y, por el tono cauto de su voz, sabía que no me gustaría— ¿qué hacías en el bosque a esas horas de la mañana?

—Salí a pasear —dije con naturalidad, pero poco convincente.

—No quiero desconfiar de tus palabras, pero las personas no salen a dar una vuelta con ropa de repuesto —afirmó mientras me mostraba mi pequeño bolso con la ropa.

—Es por la primavera, con este tiempo nunca se sabe si va a llover, si te vas a ensuciar, es algo práctico.

—¿Y cómo explicas lo de revolcarte por el fango? —añadió mientras me miraba de reojo.

Intenté inventar rápidamente una excusa convincente, pero mi cabeza no daba más de sí.

—Alger —susurré—, no puedo explicarte lo que he hecho. Me gustaría —confesé con sinceridad—, pero no puedo. No te hagas ideas equivocadas, no he hecho nada malo, es solo que no sé si serías capaz de comprender todo lo que me ha pasado en los últimos meses.

—No te forzaré a que me cuentes nada, aunque tienes que saber que si algún día deseas hacerlo estaré aquí, sin juzgar, quieto, todo oídos, incondicional. Es lo que tiene la confianza. Es libre. Se da, pero no se exige. —Sabía que era sincero, deseaba saber qué me pasaba porque quería ayudarme, pero me daría el tiempo que yo necesitara, sin insistir. Así funcionaba Alger y eso me encantaba—. Pero sí te voy a pedir una cosa, deja de hacerlo. —Abrí la boca para intentar decir algo, pero no salió ningún sonido, no había nada que argumentar—. Tú no conoces la zona, apenas yo lo hago, pero estos bosques están rodeados de pantanos muy traicioneros, es un buen método para que nadie escape, pero también pueden acabar con la vida de una chica de ciudad que ahora ha decidido hacer excursiones por el bosque sola..., ¿entiendes?

—Sí —contesté avergonzada.

Alger miró al frente y supe que había dado la conversación por finalizada. En numerosas ocasiones tuve la tentación de pedir que detuviese el coche y contárselo todo. Liberar mi secreto y sincerarme con un amigo. Sin embargo, mi parte racional me indujo a no hacerlo, no sabía hasta qué punto podía confiar en él si mis confesiones trastocaban todas sus creencias. No obstante, debía hablarlo con alguien, alguien en quien confiara y que no me juzgara por no creer en lo mismo que los míos, alguien del otro bando: Ada.

En cuanto a Ishmael, las cosas se complicaban, no podía espiarlo, vistas las consecuencias que ello podía acarrear. Tampoco verlo, y ya no porque me lo hubiera pedido, sino porque sabía que verme le hacía daño, me había dado cuenta ese mismo día y no quería que sufriera. Siempre que le vigilé tuve la certeza de que apartaría cualquier cosa que le doliera, por insignificante que fuera. En este caso la causa del mal era yo y tenía que eliminarme de su camino. Desde la lejanía observé una luz, la luz del porche de mi casa. No quedarían más de diez minutos para que llegáramos y pudiera dormir, que era lo que más deseaba en esos momentos.

—¿Tiene algo que ver lo que hacías en el bosque con tu estado estos meses? —preguntó, sin venir a cuento y con precaución, mientras golpeaba el volante con la punta de los dedos en un ritmo constante.

—¿A qué te refieres? —dije sobresaltada y sorprendida.

—Ya sabes, estos meses has estado un poco... sin vida. Presente en cuerpo, pero siempre en otro lado, ausente...

—No creo que eso sea del todo cierto —mentí.

—No pretendo juzgarte... Pero pasaste de ser una persona alegre, positiva, feliz, a... no sé cómo decirlo, estar siempre seria, vencida por una tristeza infinita. De verdad que era muy frustrante —dijo, como si hubiera deseado hablar del tema desde hacía mucho tiempo.

—¿Frustrante para quién?

—Para mí —respondió avergonzado—. Sé que soy algo diferente al resto de mis compañeros..., con ellos nunca me he sentido a gusto, no comparto sus diversiones ni intereses. Al principio de venir aquí me descubría a mí mismo intentando «encajar», pero pronto me di cuenta de que eso no era posible. No encajamos —hizo una pausa—. Entonces, tras mucho reflexionar, me tomé esto como lo que es: un lugar de transición donde no haré amigos, donde solo he de cumplir con mi deber —añadió con una mueca de amargura—. Entonces llegaste tú, con tu inocencia, ajena a todo, no te importaba el régimen, es más, diría que desconocías casi todo lo que conlleva esta guerra... En aquella primera cena descubrí que no pensabas como todos y me gustó. Puede que no hablara mucho contigo, pero me sentía bien a tu lado, viendo tu alegría, oyéndote hablar aunque yo apenas lo hiciera —me miró y mostró una risa tan dulce que me inspiró ternura—, y pensé que esto tampoco estaba tan mal... Pero estos últimos meses... estabas tan diferente, no comprendía por qué, intentaba ayudarte paseando contigo, me forzaba a hablar y tú me contestabas, pero no eras la misma. —Me quedé paralizada, no era consciente de hasta qué punto yo le importaba, y menos de sus intentos por ayudarme—. Sin embargo, hoy ha cambiado algo.

—¿El qué? —pregunté curiosa.

—No sé, cuando he vuelto para llevarte a la enfermería he vuelto a ver esa chispa de vida en tus ojos —se detuvo y me miró, esperando que yo dijera algo, que le desvelara qué había cambiado en mí, pero yo no podía decir nada.

—Alger —pensé mucho mis palabras—, lo he pasado mal, no me preguntes por qué, por favor, solo puedo decirte que creo que ya estoy mejor y que intentaré volver a ser la de antes.

Claro que estaba mejor. Sabía que Ishmael me quería, que lo nuestro era cierto aunque no posible, y confiaba en que en algún momento me perdonaría y estaría con él, aunque fuera en otro mundo, en ese que solo conocemos una vez que hemos muerto.

—Estupendo —asintió con alegría y, sin saber por qué, logró que ese sentimiento se colase en mí—, pero, por favor, si vuelves a estar triste, no

hace falta que pongas en peligro tu vida para solucionarlo. Bueno —añadió, ahora bromeando—, y si lo que te gusta son las emociones fuertes, para tu felicidad puedo fingir que te voy a matar con mi arma o algo así... —rio.

—Así que ahora crees que soy masoquista —dije yo entre risas.

—No sé, me desconciertas bastante. Lo común no funciona contigo —mientras decía estas palabras apagó el motor, habíamos llegado.

—¡Ya hemos llegado! Me has distraído y no me había dado ni cuenta, aunque la luz me esté cegando —pronuncié refiriéndome a la del porche; después de conducir por la noche cerrada, ahora se me hacía difícil ver—. ¿Vas a entrar?

—Creo que no, tu padre querrá hablar contigo.

—¿Ya lo sabe?

—Imagino que Hess habrá venido en cuanto te llevé al hospital a pedirle mil veces disculpas para seguir conservando mañana las pelotas...

—¿Estará enfadado?

—¿Por qué? —preguntó.

—Por mis escapadas al bosque... No sé qué le voy a decir —expliqué nerviosa, tenía que inventar una excusa ya.

—Di que saliste a pasear y te caíste por accidente —propuso, tan serio que me creí la mentira.

—¿Y qué pasa con la ropa de repuesto? —pregunté, imitando el interrogatorio que Alger me había hecho minutos antes.

—Si tú no lo cuentas, yo tampoco. Siempre y cuando no se repita —me advirtió.

—Por supuesto —contesté con rapidez.

—Prométemelo —me miró fijamente y me sentí como si pudiera leer a través de mí.

—Te doy mi palabra —afirmé con total sinceridad mientras bajaba del coche—. Muchas gracias, Alger —titubeé—. Siempre.

—¿Siempre qué?

—Puedes contar conmigo.

Entré en casa sin hacer mucho ruido a sabiendas de que había alguien esperándome. Las luces del despacho estaban encendidas, por lo que supuse que padre estaba allí. Me dirigí a la puerta y golpeé suavemente dos veces la madera; nadie contestó. Así que repetí el gesto, esta vez con un poco más de ímpetu. El resultado fue exactamente el mismo, por lo que entré sin permiso. Padre estaba tumbado en su silla roncando. Parecía un niño pequeño que se

había quedado dormido esperando a que llegaran sus padres, solo que la situación era a la inversa. Me acerqué con sigilo y le di una palmadita en el hombro, con cuidado, puesto que conocía su mal despertar. Reaccionó asustándose y abriendo poco a poco los ojos, y cuando me vio, dio un respingo y se puso inmediatamente rígido y firme.

—Menos mal que has llegado, llevo aquí esperándote una hora —se incorporó mientras con una mano cogía mi rostro para observar los desperfectos.

—Demasiadas pruebas en el hospital. Hemos tardado mucho —fue lo único que se me ocurrió responder.

—Siento lo que ha pasado. Hess ha venido a disculparse y le he impuesto un castigo para que nunca olvide su fatal error. ¿Qué hacías a esas horas ahí, cariño?

—Pues... —dudé y llegué a la conclusión de que la coartada de Alger era la mejor— esta mañana decidí salir a pasear y me caí en el fango, luego vomité y lo demás ya te lo imaginas. Lo siento.

—No tienes que sentirlo, pero has de saber que esto no es ningún juego, aquí dentro hay gente peligrosa que quiere escapar. No puedes campar a tus anchas por el campo, ya que la próxima vez las consecuencias podrían ser peores.

—Lo sé —aprecié con dulzura—, no se volverá a repetir.

—Eso espero —advirtió padre mientras seguía examinando mi rostro con sus ojos. Al final debió de llegar a la conclusión de que lo acontecido no era demasiado grave, por lo que añadió—: Ve a descansar. Las heridas no tienen mala pinta, pero lleva hielo para la mejilla, mañana la tendrás muy hinchada.

Me besó con dulzura en la mejilla intacta y se marchó a su habitación. Yo hice caso a su consejo y cogí un puñado de hielo que cubrí con un pañuelo. Cuando llegué al cuarto, observé en el espejo los rastros de la brutalidad en mi rostro. Parecía tener un huevo en el lado derecho de mi cara y su color era una mezcla entre morado, amarillo y negro. Me tumbé en la cama apoyando el lado sano en la almohada. Coloqué encima de la herida los hielos y dormí, con el agua derretida cayendo sobre mi rostro, como si fuera sudor helado.

CAPÍTULO 20

No sabía exactamente dónde estaba ni qué iba a hacer ahí. Hacía al menos tres días que me habían dejado solo en ese cuarto de madera estrecho, sin lavabos, sin ventanas, sin cama. Mi única relación con el exterior era a través del plato de sopa asquerosa que me pasaban cada día junto con mi único vaso de agua. Sí me acuerdo de cómo llegué, aunque ni siquiera conozco el motivo.

Un día como otro cualquiera, como son todos aquí, un oficial del régimen nos explicó que debíamos recordar el significado del lugar donde estábamos, que andábamos muy despreocupados. Supongo que quiso decir que ya no nos veían llorar, gritar o estar tristes, que de vez en cuando algunos sonreíamos y habíamos creado lazos con el resto de los compañeros. En mi caso concretamente, supongo que el hecho de estar al lado de Ivri, Nathan o Ishmael e intentar pasar el peor momento de mi vida con algo de esperanza ha sido la causa de mi actual ubicación. Como digo, no fue un día diferente, no cometí ningún acto violento ni dejé de hacer mis tareas, simplemente estaba en el barracón y me llamaron. Me atrevería incluso a asegurar que últimamente pasaba menos tiempo con mis compañeros.

Desde que murió el padre de Ishmael, todo cambió para mal. A todos nos afectó, pero él nunca ha vuelto a ser el mismo. Tiene una amargura que en ocasiones se desborda y nos alcanza a los demás. Intentamos acercarnos a él, mostrarle nuestro apoyo, pero no lo acepta, puede que de palabra diga que sí, pero, si me remito a los hechos, sé con sinceridad que nunca quiso nuestra ayuda. Últimamente vaga por el barracón como un alma oscura en pena, sin embargo en otros momentos da miedo mirarle de la ira que desprenden sus ojos. Así que podríamos decir que, además de David, otro amigo se ha ido a alguna parte, aún no sabemos adónde.

Entiendo que esto afectara a Ishmael, puesto que su padre murió por él y es un trauma que no se lo deseo ni al peor de los enemigos, pero no comprendo por qué nos distanció a los demás... En mi caso lo tengo claro, siempre he sido una persona muy seria y con unos principios muy firmes, se podría decir que nunca fui niño, sino un adulto excesivamente maduro. Hasta

mi madre me decía en ocasiones: *«Isajar, intenta disfrutar de la juventud, no seas siempre tan adulto, ya te llegará la hora»*, pero, como casi todos los jóvenes, me creí más listo, no hice caso a mi madre y me estancé en una edad que no me correspondía. Por eso, si analizaba la situación desde un punto de vista meramente objetivo, debía separarme de mis compañeros, y con urgencia.

Si miro la situación fríamente, ellos no son ni mi familia ni mis «amigos», probablemente si esta vida no fuera tan nefasta para los judíos ni los hubiera conocido. Crear vínculos afectivos solo me proporcionaría dolor. Y eso es lo que todos tememos, el dolor. Cuando David murió, sufrimos y no estábamos dispuestos a recuperar ese sentimiento que habíamos enterrado en algún lugar de nuestro ser. Yo me di cuenta de que necesitaba alejarme cuando me planteé caer al suelo si así salvaba la vida de mi gran compañero Ivri, eso no era aceptable desde el punto de vista lógico, solo desde el emocional, y tenía que cerrar ese grifo. Lo malo es que incluso una persona con las ideas muy claras sucumbe a sus sentimientos y, cuando llevaba tres días alejándome de los que ya consideraba míos, regresé con la cabeza agachada, siendo consciente de que el vínculo afectivo, emocional, era mucho más fuerte de lo que nunca hubiera querido ni imaginado.

Ya han pasado algunos meses (aquí no calculamos el tiempo) y más o menos todos hemos vuelto a unirnos, ya no somos tan «felices», pues sufrimos por nuestro amigo descarriado. Uno de los motivos por los que regresé fue por que las imágenes de mi familia volvieron a aparecer en mi mente día y noche..., insoportable, doloroso..., mis hermanos, mi hermana, mi madre, mi padre... Y no me quiero engañar a mí mismo, no me gusta hacerme el tonto, viendo las condiciones de vida que tenemos, la mayoría, o todos, habrán fallecido... Entonces me sentí solo en el mundo, sin nadie por quien vivir, y me di cuenta de que había encontrado una «segunda familia» allí dentro y que, aunque quererlos provocaba dolor, las cosas positivas ganaban.

Por supuesto, yo no era el único que me alejaba por este motivo y poco a poco, aunque con más seriedad, todos regresamos para intentar vivir lo mejor posible dentro de nuestras posibilidades, aunque ya nunca igual que antes. Por eso no supe interpretar eso de que andaba despreocupado y ya había olvidado lo que significaba estar allí. Aunque no compartía esa opinión, la lógica me llevó a obedecerlos y seguirlos, pese a que mi máximo deseo era charlar con ellos y que me explicaran algo por primera vez.

Pronto me vi solo, en un barracón de madera. Tuve miedo de que no me pasaran alimentos y me dejaran morir de hambre, pero después del primer día supe que esa no iba a ser mi forma de llegar al final. Tal vez a mucha gente le daría asco el hecho de que no hubiera retrete. Francamente, a mí me daba igual, lo único que hice para sentirme más humano fue orinar y cagar en una esquina, como un perro, para que no se llenara todo de mierda.

Tras tres días de auténtica soledad, pensé que ese era el castigo, ¿qué hay peor que meter a una persona totalmente sola, después de haber vivido todas las miserias del universo, para que piense, recuerde...? Eso es realmente cruel, pero nunca juzgues demasiado a la ligera al contrario, nunca digas no hay nada peor, porque si las personas con las que compites son verdaderas alimañas, seguramente tendrán capacidad para hacerte algo tan malo que ni siquiera puedes imaginarte...

DÍA 4

Como todas las mañanas, a primera hora me trajeron una sopa fría y asquerosa con un vaso de agua. Bebí un trago pequeño para reservar algo para el resto del día y una cucharada de esa sopa que me daba arcadas. Unos gritos que venían del exterior me indicaron que ese día iba a ser diferente, solo que aún no sabía por qué. Entraron siete mujeres, por sus ropajes y maletas supe que acababan de llegar al campo, además no llevaban el cabello rapado. Probablemente se habían escondido y las habían pillado. Era una mala señal que las metieran conmigo, ya que eso solo podía significar que me encontraba en un lío más grande del que me imaginaba; los castigos para quienes se ocultaban del régimen debían de ser brutales.

Las mujeres estaban pegadas a la puerta por la que me introducían el alimento. A través de las rendijas, pude ver con la poca luz que entraba que todas tenían lágrimas, normal, no hay otra manera de reaccionar cuando entras al infierno. Como persona educada que era aun en esos casos, me levanté a intentar saludar:

—Hola —fue lo único que me dio tiempo a decir antes de que se lanzaran contra mí.

—¿Dónde está mi hijo? —decía una con la voz grave.

—¿Qué han hecho con mi marido? —gritaba otra.

—Yo venía con dos niñas pequeñas, solo tienen un año y medio... —sollozaba una tercera.

Me quedé en blanco. Aquellas mujeres lo acababan de perder todo y yo era la persona que les daría la noticia del mayor trauma de su vida. Intenté hacer acopio de mi época de médico, cuando algunas veces tenía que comunicar un mal diagnóstico. No tardé en darme cuenta de que había olvidado esa faceta de mi vida y opté por la más fácil: mentir, hacerme el loco, fingir que no sabía nada.

—Lo siento —me disculpé con serenidad—, no sé nada, llevo aquí poco tiempo y no tengo ni idea de dónde están.

—Pero yo tengo un bebé —me dijo una mujer joven; con la poca luz no podía ver su rostro, pero intuí que no tendría más de veinte años—, si no le doy el pecho morirá —me espetó.

—Lo siento —repetí—, pero de verdad que no sé dónde están.

—¿Y qué hago? ¿Qué se puede hacer aquí?

Una cuestión difícil, ¿cómo le dices a una madre que acaba de perder a su bebé, el vínculo más estrecho de la humanidad, que no puede hacer nada, que se resigne? Eran palabras demasiado duras incluso para mí. Tampoco podía mentir, no me parecía ético, así que escogí la opción más fácil y cobarde: el silencio. Como se suele decir, a veces un silencio dice más que mil palabras, y esta ocasión no fue diferente. Las madres interpretaron el silencio de la manera más adecuada y en manada, como leonas, se dirigieron a la puerta. Golpeaban con todas sus fuerzas, de eso no hay duda. Pensé que incluso tirarían la puerta abajo.

—¡Quiero ver a mi hijo!

—¡Por el amor de Dios, es solo un bebé!

—¡Llebadme a mí y dejadle libre a él!

—¡No podéis ser tan monstruos como para matar a niños!

—¡Haré lo que sea! ¿Entendéis? ¡Lo que sea, pero traed a mis pequeñas aquí!

Había muchos gritos más, pero estos eran los que más se repetían. Al final opté por ser optimista, dejé de pensar con la razón y lo hice con la esperanza. Les dije lo que querían oír pero sin mentir, creyendo que mis palabras podían ser verdaderas:

—Tranquilizaos, muchas veces nos separan, pero seguro que más tarde o mañana traen a vuestros hijos —mi serenidad me sorprendió incluso a mí.

—¿Y qué hay de mi bebé? —dijo la joven con un deje de esperanza en su voz.

—A él seguro que lo traerán antes, o si viene mañana, le alimentarán esta noche.

Estoy seguro de que todas me miraban con desconfianza (con tan poca luz no pude saberlo), pero al final dejaron de golpear la puerta y comenzaron a sentarse, creyendo en mi palabra. Durante un tiempo me dediqué a limpiarles los nudillos ensangrentados lo mejor que podía. Luego, poco a poco, entablé conversación con ellas hasta que dormimos bajo un sonoro llanto de fondo.

DÍA 5

Los alemanes no tardaron en entrar una vez que escucharon el silencio. Parecía como si lo que quisieran fuera oír los gritos desesperados de unas mujeres angustiadas. Me llevé una alegría cuando les dijeron que las llevaban a un lugar, tal vez mi «mentira» había resultado ser verdad y a estas horas estaban con sus hijos, en la madrugada, cuidándolos lo mejor que les permitiera este espacio. Cuatro horas más tarde supe que esa esperanza había muerto. La puerta se abrió y, al observar sus caras, lo intuí todo. Los alemanes las tenían que golpear para que entraran, algunas iban llorando, otras simplemente mareadas, otras parecían muertas en vida. Con un último empujón metieron a la última y ahí se desató una locura insufrible, de esas que no puedes ni imaginar, ni mucho menos explicar.

Comenzaron a gritar palabras que no se entendían, balbuceaban, lloraban, gemían, se caían rendidas al suelo, yo no entendía nada hasta que la primera profirió un grito:

—¡Los han matado! ¡Los han matado y nos han enseñado sus cadáveres!
¿Qué decir o hacer ante esa situación? Te sientes impotente, desearías con toda tu alma calmar su pena, pero simplemente no puedes.

Intenté consolarlas, algunas se abrazaban a mí, otras se desmayaban en mis manos, otras me apartaban como si yo también fuera un monstruo. Hasta aquí era por lo menos soportable, estaba acostumbrado a ver el dolor ajeno y a vivir el propio, pero lo siguiente no lo pude soportar.

—¡Nos has engañado!

—¡Ha sido tu culpa, dijiste que nos calláramos!

—¡Nos mentiste para que dejáramos de luchar!

La situación dio un giro de ciento ochenta grados, todo el odio y el desprecio, todo el rencor y la ira los arrojaron contra mí. Era normal,

necesitaban culpar a alguien, alguien a quien le importara lo que pensarán, y yo era el único al que podían herir con sus comentarios. En el hospital había vivido situaciones similares muchas veces: cuando das una mala noticia a alguna persona, en ocasiones la paga contigo, es habitual, humano, natural y en cierta medida soportable. No entiendo por qué, pero esta vez se me hizo más duro que nunca. Intenté defenderme de una acusación infundada, de una culpa que no era mía.

—¡Lo siento! —grité con toda la sinceridad que podía—. No sabía que iban a hacer eso, no podía ni imaginármelo.

—¿Sabes lo que es ver a tu hijo muerto? ¿Tirado en medio del suelo? ¿Maltrecho? ¿Lo sabes?

—No —contesté, no lo sabía, pero no eran mis manos las que les habían privado de respirar—. Os entiendo —intenté decir para mejorar la situación.

—He visto a mi hija muerta, nunca lo voy a olvidar, ni siquiera sé lo que harán con el cadáver, ¿lo sabes? —me espetó una de ellas con una rabia que no comprendía.

—No, estoy como vosotras.

—A ti no te acaban de quitar lo que más quieres en el mundo. No acabas de presenciar la muerte de tu familia, no acabas de ver su cuerpo inerte.

Siguieron así un rato más, yo intenté ayudarlas, intenté comprenderlas. Al final decidieron que yo no tenía la culpa, se calmaron, y casi las prefería enfurecidas. A partir de ese momento todo lo que pudiera describir sería poco en comparación con el ambiente de amargura, luto y tristeza que allí se vivió.

DÍA 6

Por la mañana temprano se las llevaron y yo me sumí de nuevo en una absoluta soledad, intentando luchar por mantener la cordura. La tranquilidad duró poco, o eso me pareció. Antes de que pudiera descansar, la puerta se abrió de nuevo. Ocho mujeres entraron, solo con ver las siluetas y el estado anímico en el que venían supe que no eran las mismas. En esta ocasión procuré no acercarme, no hacerme notar para no vivir lo mismo que la vez anterior. Pero la paz no existe aquí, y una mujer no tardó en aproximarse y preguntarme con amabilidad:

—Disculpa, acabo de llegar y se han llevado a mi marido y a mis cinco hijos, ¿sabes cuándo me reuniré con ellos?

Debería haber mostrado empatía, haber intentado tranquilizarlas, pero me limité a decir que no con la cabeza, por puro egoísmo, por no herir más mis sentimientos.

—A mí también me han separado de mi familia —se sumó otra, tranquila, las de este grupo estaban menos histéricas.

—Supongo que nos separarán para revisiones médicas y luego nos juntarán —aseguró una.

Yo, que conocía el final, ardí por dentro. Como este grupo no daba tantos problemas, tardaron menos en llevárselas que a las anteriores. Las mujeres salían con la esperanza pintada en el rostro y eso me preocupó. Mantenían una calma infundada y, cuando descubrieran la realidad, el destrozo sería mucho mayor. Por un instante quise confiar en que corrieran una suerte diferente, por un instante, ya que enseguida ahuyenté ese buen pensamiento de mi cabeza, aquí solo se podía pensar mal.

DÍA 7

Como preveía, lo de este grupo fue peor aún. Llegaron como animales rabiosos, pero no descargaron la rabia en mí. Se apoyaron entre ellas y lloraron desconsoladas. Yo me quedé en un segundo plano. No pude hacer nada más.

DÍA 8

Por la mañana se llevaron a las mujeres destrozadas que tenía por compañeras. Deseé ir con ellas, que me mataran, que hicieran algo, lo que fuera antes que vivir la misma situación otra vez, no podría aguantarlo más.

Antes de que me dieran mi ración de comida, entró un grupo nuevo, este menos numeroso, tan solo lo componían tres mujeres jóvenes. El *modus operandi* fue similar al de todos los días, solo que en esta ocasión, como eran menos, tuve tiempo de conocerlas.

—¡Por favor, traed a los niños! —gritó la primera golpeando la puerta, algo que ya me era familiar.

Como no sabía cuánto tiempo más iba a estar allí ni cuál era la mejor manera de tratarlas, decidí erróneamente contar la verdad a medias, comprobar si de esta manera el dolor les sería más soportable. Elegí bien las palabras, o eso creí:

—No los van a traer —hablé lentamente, pero antes de que pudiera terminar me interrumpieron:

—¿Cómo?

—¿Por qué?

—¿Dónde están?

—No lo sé —dije cansinamente, aunque no quería que sonara así—, llevo aquí mucho tiempo y no traen a los niños ni a los maridos.

—¿Y qué hacen con ellos? —se adelantó una.

A esta pregunta no sabía cómo contestar. Yo solo me había metido en una situación que se me escapaba de las manos.

—De verdad que lamento no poder decirnos más.

Pensé que, al contarles la verdad a medias, su reacción sería distinta, pero al parecer el instinto humano es el mismo para la mayoría de las personas y pronto supe que comenzarían los gritos, los llantos y la desesperación.

Esta vez no me sorprendió que las llamaran y no fantaseé con qué pasaría, sabía perfectamente lo que ocurriría a partir de ese momento y procuré protegerme emocionalmente, sin resultado, por supuesto. El escudo era débil. Como entraron destrozadas, lo que me dolió fue que ya no me impresionó, era lo que siempre pasaba, el pan de cada día. Creí que soportaría mejor los reproches, pensé que me había habituado a ello, pero estaba muy cansado, destrozado por dentro, y reaccioné de la única manera que nunca habría creído posible.

—¡Seguro que sabías lo que iba a pasar! —comenzó a decirme una.

—¡Pues sí! —grité.

Mi reacción la asustó.

—¿Y por qué no nos avisaste? Podríamos haber luchado por nuestros hijos.

—¿Eres tan ingenua de pensar que habría servido de algo? —añadí con sarcasmo—. Los habrían matado de todos modos —no me reconocía a mí mismo.

—No lo habríamos permitido —afirmó una de ellas con seguridad. Se quería engañar a sí misma, pensar que aún podía cambiar las cosas. Yo sabía que eso no era posible, pero aun así debí permitirle que me odiara, que pensara que podía haber salvado a su criatura. Lo normal habría sido dejar que descargaran la culpa en mí para que con el tiempo no se odiaran a sí mismas por una culpa que no era suya ni mía.

—No habría servido para nada porque no mandamos. No podemos cambiar una puta mierda —el silencio se impuso—. ¿No lo comprendéis? Aunque lo hubierais sabido, el resultado sería el mismo, nadie sobrevive si ellos no quieren. El poder es su aliado y lo único que nos queda es esperar a que nos aplasten.

—¿Acaso no tienes sentimientos? —dijo ella con rencor—, ¿acaso no entiendes nuestro dolor?

—¿Que si no lo entiendo? —rompí a reír como un loco—. Perdí a mi hermano pequeño y tuve que ver su cadáver. Toda mi familia está perdida y creo que podemos imaginar la suerte que ha corrido. Llevo aquí el suficiente tiempo como para haber visto más muertes de las que debería ser testigo un ser humano en cien vidas. No te atrevas a decirme que no entiendo las cosas.

Lo mejor hubiera sido que me contestara, que me insultara, que nos gritáramos y descargáramos todo lo que teníamos dentro, pero se limitó a callarse y llorar hecha un ovillo. El resto siguió mi ejemplo, todo ese día estuve con ellas destrozado, pudriéndome por dentro, sabiendo que lo extremo de la situación había podido conmigo. Al día siguiente, cuando pensaba que iba a ser como todos los anteriores, los oficiales me llevaron a mí. No me despedí de ellas, pero noté sus miradas de hostilidad clavadas en mi nuca... Mientras salía por la puerta, volví a mirar la estancia del infierno y no pude evitar ver la sangre reseca y trozos de uñas en el cerco, símbolo del sufrimiento de aquellas mujeres que habían conocido la peor de las torturas allí.

Caminaba sin saber dónde me llevaban, esperaba que me llegara el final, no quería seguir viviendo después de lo que había presenciado en esa semana fatal. Como los deseos aquí no se cumplen, me devolvieron a mi barracón, previo aviso de que sellase mis labios con hormigón duro. Cuando entré comprobé que todos mis amigos estaban bien, durante mi ausencia no les había ocurrido nada. Supongo que eso me alegró, pero ni siquiera lo noté con el dolor que manaba de mi pecho y engullía lo demás. No sé qué cara llevaría, pero nada más entrar, Ivri, Nathan y Eleazar se lanzaron a mi encuentro y me cubrieron de abrazos familiares; les respondí con lloros amargos, a sabiendas de que no les podría contar nada, esta tortura viviría siempre en mí. Hasta Ishmael, que no reaccionaba a nada, se acercó y me abrazó con cariño, como hacía tiempo que no le veía.

Esa noche dormí temblando, entre pesadillas, levantándome con sudores fríos, creyendo que aún estaba allí, pero cuando abría los ojos había cuatro

amigos que me sujetaban para evitar mi hundimiento en las fauces del profundo y oscuro océano. En un ataque de cordura supe cuál había sido el castigo, me habían arrebatado lo poco de humanidad que tenía, habían destrozado todo mi ser de una forma que jamás olvidaría.

Dos días después pude hacerme a la idea del motivo de mi castigo, un motivo absurdo y que no llegué a comprender. Una de las cosas que más temen nuestros dueños es que nos rebelemos contra ellos, que hagamos una insurrección y podamos incluso atacarlos. Si nos fijáramos en los números, nosotros les superamos por mucho, tal vez incluso podríamos ganar si asumimos alguna pérdida, víctimas por un bien mayor. Sin embargo, a nadie se le ocurre comenzar una rebelión. Nadie lo hace porque el primer fallo garrafal es la dificultad para poner de acuerdo a un grupo tan amplio. Pero cíclicamente, cada cierto periodo de tiempo, alguien en algún barracón cercano o lejano piensa que puede llevar esa idea a cabo. Entonces logra captar a unos pocos adeptos, a los que convence, e intentan (siempre en vano) escapar.

Por lo visto, el día que me llevaron a otro lado había sucedido eso. Antes de informar a la gente de los barracones, cogieron a los que ellos pensaban que eran más influyentes y les aplicaron un castigo para desmoralizarlos. Yo fui elegido como el «líder» en nuestro barracón. Después, mientras nos encontrábamos en nuestra pesadilla particular, se llevaron a cabo las labores de castigo. A los líderes de ese alzamiento, del levantamiento, los obligaron a cavar unas fosas, luego les hicieron ponerse delante de su obra y los fusilaron. Fue práctico, ya que sus cadáveres caían directamente allí. Según me contaron, algunos oficiales se quejaban diciendo que matar de esa forma era «muy costoso y poco efectivo». Las balas cuestan dinero y nuestros latidos valen menos. A las personas que se habían unido al golpe les aplicaron tres castigos oficiales diferentes. Como siempre, fue un espectáculo al que acudieron los oficiales de las SS, los vigilantes y los presos de los barracones. A unos les hicieron el potro, a otros los ataron durante horas a una estaca con las manos a la espalda, y a los últimos los tuvieron durante días en celdas de castigo. Según Ivri, mientras se llevaban a cabo los castigos, otro grupo se rebeló.

—Intentaron correr para ayudar a sus compañeros —contaba excitado.

—¿Y qué les ocurrió? —pregunté.

—Patíbulo —dijo Ivri apenado.

—¿Fue sencillo o de los difíciles? —pregunté, pues ya sabía qué era el patíbulo.

—De los difíciles, la soga no les partió el cuello cuando movieron la caja y tardaron mucho, muchísimo en fallecer —me explicó con gesto solemne.

—Por lo menos lo intentaron —fue lo único que se me ocurrió decir.

En ocasiones te planteas si merece más la pena vivir a su manera o intentar huir y acabar con una soga alrededor del cuello.

CAPÍTULO 21

Me palpé la cara varias veces frente al espejo para comprobar qué zonas dolían más al tacto. Claramente, la mandíbula inferior se había llevado la peor parte. El color era algo desagradable y exageraba la dolencia. La mejilla estaba hinchada, daba la sensación de que tenía un hueso de melocotón dentro. Lo más extraño era que observarme el rostro destrozado no me producía ningún tipo de sentimiento. Cuando llegué allí me preocupaba hasta por una mínima espinilla y ahora me daba igual estar deforme.

Obviamente, me estaba habituando al dolor físico y a tener mi cuerpo dañado. Pero no me iba a quejar. No podía, después de todo lo que había observado allí. Me desnudé para verme mejor y eso sí que fue un *shock*, parecía una niña desnutrida del tercer mundo. Las costillas querían escaparse y tener vida propia. Hacía juego con la mayoría de las personas que vivían a mi alrededor.

Me metí en el baño con agua caliente y me tumbé dispuesta a relajarme después de los meses de estrés. No sé por qué, pero no podía parar de tocarme las heridas, aunque al hacerlo me dolían un poco, tal vez era masoquista. Después de la ducha, que se me hizo eterna, decidí que debía por lo menos idear un plan para ese día. Lo primero que hice fue comprobar el tiempo que hacía mirando por la ventana. Llovía. Eso limitaba bastante mis posibles planes. Tenía claro que las escapadas dementes para velar por mi amado se habían acabado, por lo que lo único que me quedaba era estar en casa o salir con alguien. Dado que solo tenía un amigo y estaba trabajando, la opción viable fue quedarme en casa todo un largo día.

Paseé por mi habitación en busca de algún entretenimiento. Había muchas historias de madre para leer, pero no me apetecía. Todas solían tener un trasfondo romántico, el amor siempre triunfaba y claramente, en mi estado anímico, aquello no era lo más adecuado. En una estantería observé uno de los pocos libros de escritores ingleses que padre me dejó conservar, *Romeo y Julieta*, pero era justo la temática que ahora mismo no soportaba. Además, no iba a estar al cien por cien con los protagonistas, mi cabeza vagaría por otros derroteros si leía.

Algo sonó en el piso de abajo y me percaté de que no estaba sola. Ada se había quedado conmigo. Puede que no fuera psicóloga, pero sí alguien en quien confiar, por lo que no dudé en bajar y hablar con ella. También podía ayudarla con las cosas de casa y, cuando acabáramos, si dejaba de llover, pasear un rato. Me encantaba caminar después de la lluvia y respirar el olor a hierba mojada. Bajé hacia la cocina, no sin antes ponerme una rebeca que me quitara los escalofríos que tenía de vez en cuando. Abrí la puerta con delicadeza y el vapor que había dentro invadió todos mis poros. Apenas se veía nada con esa especie de neblina blanca con olor delicioso.

—¿Ada? —gemí más que hablé.

—¿Sí? —oí dentro de la cocina. Intenté enfocar dentro de esa marea de humo o vaho que me impedía ver, pero no lo lograba.

—¿Dónde estás? No te veo, ¿qué ha pasado? —grité.

—Estoy al lado del horno, había un papel dentro y se ha quemado al encenderlo para que calentara.

Ahora que ya sabía en qué dirección tenía que mirar, no tardé en vislumbrar unas grandes caderas inclinadas hacia el horno.

—¿Necesitas algo? —me preguntó un poco apurada mientras trabajaba.

—Quería ayudarte...

—¡Espérame fuera! —pidió con voz cansada.

—¿No necesitas una mano?

—No —hizo una pausa y me pareció ver que se limpiaba sudor de la frente—. Perdona, pero creo que si vienes vas a estorbar más que ayudar. Lo haré más rápido yo sola; en cuanto acabe salgo y hablo contigo.

Salí inmediatamente de la cocina y respiré «aire limpio». Ada llevaba razón, yo siempre había sido una señorita y tal vez por ayudarla le daría doble trabajo, así que me dirigí al comedor. El desayuno estaba encima de la mesa, como todas las mañanas, pero no probé bocado por miedo a hacerme daño en la boca. Me senté en la cabecera de la mesa y dejé caer la cabeza entre las dos manos, abatida. Un poco de aire entró por una ventana que por descuido alguien se había dejado abierta y algo me acarició la cabeza. Me levanté y la cerré para que dejara de entrar agua. Un pequeño charco se escondía debajo de ella. Me agaché y lo limpié con el bajo de mi vestido blanco, que se tornó de color marrón.

Un color rojo nubló mi vista cuando retorné a mi sitio. La tela que había acariciado mi codo no era ni más ni menos que la bandera con la esvástica. Padre la había situado debajo del cuadro del Führer. Normalmente, cuando

observaba la bandera, mi patriotismo salía y se me erizaba el cabello, pero esta vez sentí una gran arcada. Mi yo irracional culpó a la bandera de todos los males de mi vida. La ira salió en cantidades irrefrenables hacia Hitler y hacia ella. Al odiarla creí que parte de mi sentimiento de culpa se mitigaba. Como si ese gesto sirviera de algo, como si pudiera solucionar los problemas que yo sola había provocado, la arranqué de cuajo llevándome conmigo el cuadro, que golpeó en el suelo y se partió en mil cristales. Actué deprisa, para que nadie me pudiera parar. Con toda la rabia, la partí en dos, como si eso cambiase algo, un gesto de rebeldía que demostrara que yo no le pertenecía, que estaba contra ella, que era su enemiga. Le escupí. La pisé. La destrocé. Cogí un cristal en forma de pico y la apuñalé una, dos y tres veces.

Un carraspeo me sacó de mi cólera. Levanté la cabeza y me encontré con los ojos de Ada estudiándome. No me quiero ni imaginar la impresión que se llevó. Juliana con la cara morada, de rodillas, como una posesa, clavando un cristal en la bandera. Con dulzura me tendió la mano. Yo me dejé llevar por sus ojos cálidos y me levanté. Sin mediar palabra, me ayudó a sentarme en otra silla lejos de los cristales y se marchó.

En unos segundos ya estaba allí de nuevo con una escoba en la mano. Instintivamente me levanté.

—Deja que lo recoja yo —ofrecí con el pulso aún agitado.

—Estás muy nerviosa, tranquila, lo hago yo —respondió con dulzura mientras me sonreía. Era imposible negar algo a un ser tan puro, pero esta vez me impuse.

—Yo lo destrozo, yo lo limpio —me impuse con más seriedad de la que pretendía.

—Está bien —asintió pausadamente, volviendo a estudiar mi rostro.

Cogí la escoba y comencé a limpiar con poco garbo. Ada se sentó en la silla en la que antes estaba yo y, con la palma de la mano, se volvió a limpiar el sudor que le caía por la frente. Así permanecimos en silencio hasta que hube recogido todo el estropicio.

—Lo siento —dije una vez calmada.

—¿Sentirlo por qué? —preguntó, como si no supiese qué motivo podía tener yo para pedirle perdón.

—Por haberlo estropeado todo —agaché la cabeza.

—En primer lugar, es tu casa, y en segundo, lo has recogido todo. Lo que sí me preocupa es por qué lo has hecho —hizo un gesto para que me sentase.

—No lo sé, Ada. He descargado mis frustraciones en un trapo, mi gran acto de rebeldía —ironicé, me sentía estúpida.

—Una bandera no es un trapo, cariño. Una bandera es una declaración de intenciones, significa muchas cosas —me miraba enarcando las cejas—. Esa, en concreto, desata muchos sentimientos en mí y supongo que también en ti. Lo que me extraña es que, en vez de amarla, la destroces...

—¿Es justo culparla a ella de todo?

—¿Qué es todo?

—Las cosas que ocurren aquí.

—Las banderas pueden simbolizar cosas, pero quienes tienen la culpa, si alguien debe tenerla, somos las personas.

—Lo sé, pero creo que he deseado que la bandera tuviera la culpa de las cosas que he hecho desde que he llegado aquí y la he tratado como yo me merezco que me traten —hablé muy deprisa, en un arranque de sinceridad.

—¿Y qué se supone que has hecho tú? —me agarraba las manos con fuerza y ternura. El tacto con ella me quemaba.

—Ada —le hablé con precaución—, si te cuento una cosa muy importante, ¿me guardarás el secreto?

—¿A quién se lo iba a decir aquí? —repuso irónica.

—A mi padre. —Se quedó perpleja—. Sé lo que ocurre si un judío da información valiosa a un alemán, privilegios, mejor trato...

—Te prometo que no diré nada —me dio su palabra seria, de una manera en la que era imposible no confiar.

—Te quiero pedir otra cosa —esto era lo que más miedo me daba de todo—. Cuando termine, no me odies, por favor.

—No podría hacerlo —dijo volviendo a su mirada de ternura mientras me acariciaba la espalda para infundirme ánimo.

—Nunca digas nunca... —Puse mis ideas en orden, había tantas cosas que contar—. Para empezar, te utilicé.

—¿A mí? —preguntó extrañada.

—Sí, el primer día que me acerqué a ti a preguntarte cosas sobre tu vida —me detuve para ver si se acordaba y ella asintió—. Me mostré interesada, como si quisiera ser tu amiga..., y todo era mentira. Te utilicé. Louis me había pedido que le contara historias sobre mi vida, sobre mis amigas, y... no tenía ninguna. Nunca he sido —me estaba poniendo nerviosa— muy popular y te saqué información para apropiarme de ella y parecer menos aburrida, menos lo que soy.

—Entiendo —puso una cara que no descifré, esperé para que continuara, pero permaneció en silencio.

—Lo siento.

—Solo quiero saber una cosa: ¿para qué te interesaba la historia de Ishmael y Serena? ¿Cómo encajaste eso en tus mentiras?

—¡No! —dije con efusividad—, ahí ya no te utilizaba. Tal vez fue ese momento el que me hizo cambiar, el que hizo que mi siguiente historia tenga sentido. Te prometo que cuando me contaste aquello me dolió, fue cuando me di cuenta de que no te podía utilizar porque me importabas —esta vez yo agarré sus manos ardientes con fuerza.

—Te creo —esbozó una media sonrisa—, y te perdono si eso te exime de las culpas. Si el motivo de tu dolor es este, ya no tienes por qué sentirlo.

—Hay otro motivo más grande y más vergonzoso —paré en seco, estaba a punto de confesar mi gran secreto.

—Te escucho —mostró comprensión, como si fuera mi madre o mi hermana mayor.

—Se trata de un judío, Ishmael —me miró sorprendida—, no tu hermano, sino el joven que arregló el patio cuando llegamos —estudió mi rostro y yo no me sentí con fuerzas para seguir hablando mirándole a los ojos, oculté mi cabeza entre las manos y continué—. Después de que se marchara hubo más momentos...

Sin organización y con nerviosismo le conté mi historia. Desde aquella fiesta, cuando le saqué a propósito de la sala para que no le golpearan, hasta el día en que me cayeron las cajas encima y solo quería ver su rostro antes de morir. Seguí con el relato de su vida, que tanto me marcó. Le conté cómo, poco a poco, mis sentimientos cambiaron hasta encontrarme perdidamente enamorada de él. Ella seguía la explicación de mi historia atenta a cada gesto y cada palabra que salía de mi boca. El siguiente tramo lo tuve que escupir de mis entrañas, ya que cada palabra me arañaba en las tripas más que la anterior. Cómo le amaba, cómo provoqué el beso, cómo le confesé mis sentimientos, cómo me sentí la mujer más afortunada del mundo por ese amor compartido. Y tuve que parar, ya que, sin darme cuenta, mis ojos habían enrojecido y unas pequeñas lágrimas rodaban por mi mejilla.

—¿Eso es lo que te avergüenza? ¿Amar a Ishmael por ser un judío? —afirmó, sin dar crédito a mis palabras.

—¡No, por supuesto que no! Amarle es lo más maravilloso que me ha pasado.

—¿Entonces? —preguntó mientras su expresión acusadora cambiaba.

Con temor, le expliqué lo ocurrido en la fiesta de después de nuestro primer encuentro y las nefastas consecuencias que tuvo.

—Por mi culpa, su padre murió..., eso es lo que me quema por dentro —esperé a que hablara, unas palabras de aliento, pero no se produjeron—. Supongo que no me dices nada porque ahora piensas que soy un monstruo —terminé abatida, mis peores presentimientos se habían cumplido.

—¿De verdad has estado este tiempo como si no merecieras vivir por esto?

—¿Y qué más podía hacer? ¡Ojalá pudiera remendar mi error, pero no puedo! No hay manera de regresar al pasado... Solo me queda proporcionarme un castigo acorde con el daño que he provocado —la voz me temblaba.

—No me lo puedo creer... —hablaba como si lo que yo había dicho fuera lo más raro del mundo—. Si no me he perdido, todo tu sufrimiento es porque te crees culpable de la muerte del padre de Ishmael. Incluso te crees un monstruo por ello...

—No me creo, lo soy. ¿Cómo no voy a ser un monstruo si he dañado aquello que más amaba?

—Juliana —dijo con suavidad—, ¿tanto quieres a ese joven?

—Más de lo que te pueda decir con palabras... Puede que parezca mentira después de lo que ocurrió, pero te juro que lo que siento da sentido a la palabra *amor*. Si hasta me estoy volviendo loca...

—¿Loca, por qué?

—¿Sabes a qué me he dedicado desde entonces? —Negó con la cabeza—. Cada día he ido a observarle como una maniaca, necesitaba saber que estaba bien, le espiaba y me tiraba las horas escondida solo para verle pasar sano...

—No me lo puedo creer... Ahora entiendo por qué tu vestido siempre estaba manchado cuando volvías pero no me dejabas lavarlo, ahora sé dónde pasabas las horas muertas... —murmuró más para sí misma que para mí.

—¿Entiendes ahora cuánto mal he hecho?

—No, entiendo otra cosa: que aún hay esperanza.

—¿Cómo? —esa era la respuesta que menos esperaba.

—Juliana, no tienes la culpa de su muerte...

—¡Sí que la tengo! —la interrumpí.

—No, no prives a la persona que apretó el gatillo de tal honor — prosiguió con tranquilidad.

—¡Pero le mataron por un comentario mío! —dije indignada.

—En tiempos normales y con personas cuerdas, un comentario tan insignificante no hubiera significado ponerle cara a la muerte. Tú nunca quisiste hacerle daño, no tienes la culpa de que el mal habite en algunas personas... Ellas se han dejado poseer. Tú le has plantado cara y le has ganado. El odio no te tiene, Juliana. Eres libre —hablaba mientras movía nerviosamente las manos.

—Da igual que mi comentario fuera una tontería, lo que importa es el resultado.

—E Ishmael —prosiguió como si yo no hubiera hablado— te perdonará. Tal vez tarde, pero un día se dará cuenta de que tú no tuviste nada que ver y que es egoísta descargar su impotencia por la injusta situación en ti. Él actúa así porque eres la única persona a la que le importan sus sentimientos y necesita hacer daño para soltar la ira que lo corroe por dentro. Pero, tarde o temprano, esa ira morirá y solo quedará el amor que siente por ti.

—Gracias —tal vez dijo todo aquello para animarme, pero en todo caso me dejé engañar. Podía aceptar una mentira si eso daba alas a mi ilusión de regresar con él.

—Gracias a ti por contármelo —dijo de una manera mística—. Me has devuelto la esperanza.

—No entiendo por qué.

—Porque una alemana ama tanto a un judío que lo antepone a su propia vida, ¿sabes lo que eso significa?

—No —me parecía lo más normal que alguien amara a Ishmael tanto como yo.

—Significa que no todos los alemanes nos odian, que algunos incluso pueden llegar a querernos... Aunque yo no lo llegue a ver, cabe la posibilidad de que el pueblo alemán se oponga al trato que recibimos y nos libere. Tú me has dado la muestra de que no todos los alemanes son iguales.

Ada se levantó y me dio un abrazo, era como si mi historia le hubiera abierto la puerta a una ilusión que tenía encerrada. Seguimos hablando del tema durante horas, mientras yo la ayudaba a hacer las tareas de casa. Al final intentamos arreglar el cuadro y la bandera, pero no hubo manera, aunque le prometí que inventaría algo para que padre no la culpara a ella.

Después de aquella charla me sentí tan bien... Una parte dentro de mí que me comía poco a poco se había marchado. Ahora solo quería ayudar a Ada de la misma manera que ella me había ayudado.

—Ada, puedes contarle la historia a mi padre.

—¿Cómo? —dijo extrañada.

—Sí —respondí con firmeza—, cuéntale que he estado con un judío, que le amo; si se lo cuentas, recibirás el mejor de los tratos.

—¿Y qué consecuencias puede tener para ti?

—No lo sé —era verdad; no lo sabía, pero no me importaba—. Solo te pido una cosa: no menciones a Ishmael, me da igual lo que me pase a mí, pero no quiero que nada malo le ocurra a él.

—Es muy loable por tu parte, pero no lo voy a hacer.

—¿Por qué? —pregunté extrañada, no se me ocurría otra manera de poder ayudarla. Sabía a ciencia cierta que mi padre daría cualquier cosa por esa información. También sabía que eso acabaría con mi vida. No me mataría, pero me trataría como a algo detestable.

—Pues porque... soy tu amiga —balbuceó avergonzada, como si pensara que tal vez yo no sentía lo mismo, algo inconcebible—, ¿o no?

—Por supuesto, mi mejor amiga —sostuve sin ninguna duda.

* * *

Fue un momento mágico que aún hoy no puedo explicar. La tenía enfrente, como muchas otras veces, pero por fin podía decir en voz alta que era mi amiga. Hacía ya tiempo que lo sentía así, pero aquella era la confirmación. Mi cabeza empezó a pensar a gran velocidad. Si ella no aceptaba la idea de traicionarme para tener una vida mejor dentro de ese lugar, tenía que encontrar otro modo de ayudarla. No paraba de recordar su frase, «hay esperanza», se retorcía dentro de mí como queriendo darme una pista. Yo no sabía bien cuál era, pero comencé a trabajar con esa idea, la de la esperanza. ¿A qué había venido? Ah, sí, a que una alemana sintiese amor por un judío. Aunque sabía que los tiros iban por ahí, no lograba descifrar qué quería mi mente que averiguara. Medité y medité sin encontrar el final al laberinto de mis pensamientos. En mi conversación con Ada hallaría la solución al enigma, la manera de ayudarla. Tal vez, si la repasaba desde el principio...

La rememoré una y otra vez, supongo que con algunos cambios. Nunca puedes recordar una conversación exactamente, tu cabeza introduce matices, algunos ciertos y otros no. Seguí pensando, ya en mi habitación, mientras ponía un poco de orden en mis cosas. Sin querer, tiré la novela que había escrito, *Tormenta y pasión*. Me agaché con cuidado a recoger los folios y, sin yo pretenderlo, la bombilla dentro de mi cabeza se encendió. Bajé los escalones a toda prisa, sin mirarlos siquiera. Busqué a Ada desesperadamente y la encontré. Entre jadeos, comencé a hablar:

—¡Lo tengo! ¡He encontrado la solución! —dije orgullosa de mí misma.

—¿Qué solución? —se sorprendió Ada.

—Cómo te puedo ayudar, y no solo a ti, sino a todos los judíos.

—¿De qué hablas?

—¿Te acuerdas de por qué cambié yo? —le pregunté como si fuera obvio.

—Porque te enamoraste... —contestó sin determinación, como si se tratara de un examen.

—¡No! Porque empecé a conocer la verdad...

—¿Y eso de qué va a servir para la salvación judía? —repuso con cautela.

—Tú misma lo has dicho, hay esperanza. Tal vez, si los alemanes supieran la verdad, cambiaría la manera en la que ven al régimen. La información es poder, Ada —asentí, sintiéndome orgullosa de mi deducción.

—¿Y qué propones? No lo entiendo.

—La mayoría de la población civil, por no decir toda, desconoce lo que aquí sucede. Piensan que os mantienen separados de nosotros porque estáis trabajando, no tienen ni idea de las atrocidades que se cometen. Si se enteran de la realidad, cambiarán de opinión. ¿Por qué creen todos ciegamente en el régimen? —pregunté ansiosa por contestar yo misma.

—No lo sé, supongo que porque nos odian.

—¿Y a raíz de qué viene ese odio?

—Contesta tú, que lo estás deseando —dijo mientras tosía.

—Por la propaganda, por los discursos, por los medios. Se os ha echado la culpa de la decadencia de Alemania tras la Primera Guerra Mundial. Y lo han conseguido mediante campañas informativas. El régimen controla todos los medios y en ellos se os describe como la enfermedad del mundo. Ellos son los salvadores que nos van a ayudar de una manera honesta, pero... ¿qué

ocurriría si se supiera la verdad? ¿Qué pasaría si los millones de alemanes descubrieran lo que está haciendo su Gobierno?

—Probablemente nada —expresó Ada abatida, tenía cara de no haber pegado ojo en días.

—Pero también existe la probabilidad de que sí, de que se rebelen, de que no permitan lo que está ocurriendo, de que se opongan al régimen...

—No creo que todos...

—No todos —la interrumpí—, pero sí algunos, personas que como yo abrirían los ojos y descubrirían la realidad que está oculta.

—Puede... —concedió pensativa.

—No, eso es seguro. El país se dividiría y eso os daría más oportunidades.

—Pongamos que eso ocurre, que la gente se entera y algunos no lo toleran; aún hay un fallo en tu plan. Como has dicho, el régimen controla los medios. ¿Crees que no controlarían tu testimonio? ¿Que no podrían hacerte quedar como una mentirosa?

—¿A mí? Por supuesto que sí, mi declaración sería anulada en cuanto saliera.

—¿Entonces...?

—Piensa, Ada —me parecía tan obvio que me enfadaba que no llegara a la conclusión—, piensa en quién soy yo y, lo más importante, dónde estoy.

—Lo lamento, pero no te sigo —dijo frustrada.

—Mi padre es el jefe del campo y, como hija suya que soy, tengo a mi alcance información privilegiada.

—Dirán que tu padre es un enemigo, un traidor, y que mientes.

—No, si tengo documentos que ratifiquen todo lo que afirmo. —Ada se quedó con la boca abierta—. Mi padre tiene múltiples documentos en su despacho, solo tengo que sacarlos a la luz.

—¿Y cómo los conseguirías?

—Abriendo su despacho y buscándolos, dispongo de muchas horas muertas cada día; una vez que tuviera la suficiente información oficial, solo tendría que decirle a padre que quiero regresar a Berlín una temporada. Nadie desconfiaría de mí. Una vez allí, buscaría a las personas adecuadas. Aunque es una minoría, hay gente que se opone, las encontraría y lo difundiríamos — terminé de narrar mi plan con un orgullo impropio en mí.

—No es mala idea, pero ¿no te preocupan las consecuencias para tu padre? —dijo dubitativa.

—Como te he dicho antes, nos merecemos la culpa que se nos eche encima —soné segura, aunque por dentro sentí un pinchazo de culpabilidad por poner a mi padre en un aprieto cuyas consecuencias serían nefastas.

—¡Madre mía! —rompió a reír Ada—, no me digas estas cosas que me las creo.

—Confía en mí, nunca dejaré que te pase nada malo —pronuncié esas palabras con la seguridad de que podría cumplir lo que decía. No podía imaginar lo duro que sería llevar a cabo esa promesa de confianza.

* * *

En los días que siguieron continuamos trazando el plan. Ahora que Ada lo conocía, me ayudaba a perfeccionar algunos detalles a los que no había dado importancia. Éramos dos amigas idealistas que se veían con la fuerza y el poder suficientes como para cambiar el mundo.

Lo más difícil era encontrar la forma de abrir la caja fuerte. Se nos ocurrió pedirle a mi padre una de las joyas de madre que guardaba dentro. Yo miraría la combinación mientras la abría. Él no me haría girarme, ya que confiaba en mí. Una vez que la memorizara, solo tendría que regresar a su despacho cuando él se ausentara y abrirla.

No podría robar los documentos hasta el mismo día de mi marcha. Él no debía notar su ausencia antes. Una vez que estuviera en el tren rumbo a Berlín, se daría cuenta de que el grosor de papeles había disminuido, pero tardaría varios días en descubrir lo que había pasado, y para entonces yo ya no estaría a su alcance. Habría desaparecido para siempre de su control.

—Imagina las caras de los guardias cuando se enteren —fantaseó Ada.

Entonces, por segunda vez desde nuestra conversación, sentí el pinchazo de la amistad, aunque esta vez la imagen en mi mente era claramente Alger.

—Te dejaré una carta para alguien —dije rompiendo nuestras conjeturas.

—¿Ishmael? —preguntó con una sonrisa picarona.

—No, Alger.

—¿El oficial? —se extrañó.

—Sí. Él también es mi amigo y sé que es buena persona. No quiero que nada malo le ocurra si hay represión contra los oficiales. Me siento en el deber de informarle de todo para que pueda tener una salida —de repente

sentí nostalgia y tristeza al imaginar estar fuera del alcance de Alger, dejarle solo en ese mundo que yo sabía que él odiaba.

—¿Qué te ocurre? ¿Has cambiado de idea?

—No —respondí con rapidez y rotundidad—, pero tantearé a Alger. Creo que es de los míos y también debo protegerle.

—¿Le quieres mucho?

—Ni yo soy capaz de saber cuánto —dije con sinceridad.

—¿E Ishmael? —preguntó con la intención de que mi pensamiento se desviara de Alger a él. Por el tono de su voz, deduje que pensaba que tal vez también amara a Alger, y lo hacía, pero de la misma manera que a ella, con el amor de la amistad.

—Le echaré de menos cada día. Moriré pensando en si está bien o está mal. Pero juro que, si sigo viva, volveré a buscarle para vivir el resto de mi vida a su lado. Si no, prefiero que opine mal de mí y pueda rehacer su vida. Si le dejo una carta contándole todo lo que siento y nuestro amor es tan real como opino, y después muero, nunca será feliz. Eso no me dejaría descansar en paz.

—Volverás con él —aseguró con un brillo en los ojos—. Además, estamos hablando de cosas del futuro y aún no hemos empezado ni la primera parte del plan —comenzó a reír para quitar hierro al asunto, aunque una tos seca que manó de su pecho provocó que parase.

Esa noche me dormí maquinando diferentes planes... y el sueño me llevó hasta la fantasía.

Volvía a Auschwitz sonriente, con miles de alemanes que gritaban la liberación de los judíos. No sabía qué había pasado, ni tan siquiera si la guerra había acabado, pero miles de personas nos uníamos a ellos. Me rodeaba gente que no conocía y una persona, Alger, me agarraba la mano para infundirme valor. Pronto tirábamos la verja abajo y entrábamos corriendo a ayudar a los judíos malheridos y darles alimentos. Los oficiales huían a nuestro paso, dejándonos ser salvadores. Veía el resultado de la verdad y me sentía orgullosa, pero al mismo tiempo estaba ansiosa y no sabía por qué. Antes de que me diera tiempo a ver de quién se trataba, dos brazos me estrechaban con ternura y una parte de mi ansiedad se marchaba. Allí estaba Ada sonriente.

—Lo hemos conseguido —repetía sin cesar.

Sin embargo, yo no paraba de buscar a alguien por todos los lados y no le veía. Corría a su barracón pero allí no estaba. Iba a la fábrica y tampoco.

Las horas pasaban y ese rostro tan hermoso no se encontraba entre los supervivientes. Agotada y con temor, me marchaba corriendo a mi hueco en el bosque, aquel donde durante tanto tiempo le había espiado...; tampoco estaba allí y, como una niña pequeña, me agazapaba y lloraba porque no había salvado lo más importante de mi revolución. Oía gritos de alegría y júbilo, pero yo no podía sentir lo mismo. Si él moría, para mí nada tendría sentido. Algún animal se movía detrás de mí, tal vez peligroso, tal vez no, ni me giraba para protegerme. Algo me rozaba la espalda.

—Sabía que vendrías aquí —la voz hizo que mi corazón volviera a bombear.

—Ishmael —le decía en un susurro mientras me levantaba deprisa. Deseaba abrazarle, besarle, llevaba tantos años imaginando ese momento que la explosión de sentimientos podía romperme en mil pedazos. Tenía que esperar su reacción, su perdón.

—Llevo años esperando verte para hacer esto —esa era su única frase, corta, concisa, sin ninguna pista acerca de sus sentimientos. Me quedaba parada, tímida, deseosa de que él reaccionara primero, de saber si había aprobado el examen del amor. Con la sonrisa más perturbadora y los ojos más intensos, me besaba hasta hacerme perder el sentido y una frase no paraba de salir de nuestros labios: «te quiero».

Me desperté sudando, con el dedo índice en el corazón, deseando que ese sueño se cumpliera y aferrándome a él para emprender mi nueva aventura, mi lucha.

CAPÍTULO 22

Era irónico, pero no casual, el nombre que había elegido para mi misión: «Mi Lucha», como el famoso libro del ahora canciller Hitler. Tener una meta, algo que hacer en mi vida, la había dotado de sentido. Además, una parte de mí albergaba la esperanza de recuperar a Ishmael si me hacía una activista, si peleaba por lo que le pasaba como si la vida me fuera en ello. Me encontraba en el porche esperando a Ada cuando no pude por menos que reírme de mí misma. Siguiendo los clichés, me había vestido totalmente de negro, como los espías de las novelas policíacas. Me asaba de calor por querer ser una espía perfecta, el tiempo no me había acompañado y ese día los rayos de sol parecían atravesarme para achicharrarme. Intenté intuir la hora por la posición del sol.

Salí tan deprisa para aprovechar el calor que me había olvidado del reloj. Lo que me extrañaba era que Ada aún no hubiera llegado. Siempre era tan puntual... Parece que cuanto más prisa tienes en una cosa, más tarda en llegar. Al cabo de un rato subí a la habitación a mirar la hora. El día ya estaba demasiado avanzado para que Ada no hubiera venido. Mis temores se cumplieron cuando observé que las manecillas marcaban las diez de la mañana. Ella debía estar allí desde las siete, ocho como máximo. Como hacemos todos, intenté especular sobre lo que había podido pasar. Pero desconocía la manera en que Ada acudía a mi casa. Si era en coche, podía haber sufrido un accidente; si venía andando, tal vez se hubiera perdido por los pantanos...; meras posibilidades sin ningún fundamento.

Al cabo de una hora oí cómo se cerraba la puerta principal. Menos mal que había llegado, empezaba a preocuparme, en este sitio cualquier cosa podía ocurrir. Bajé los escalones de dos en dos con la adrenalina subiéndome; por fin comenzaría la aventura.

—¡Ada! —grité mientras descendía por las escaleras.

No hubo respuesta, así que volví a gritar. Una. Dos. Tres veces. Seguía sin contestar nadie. Abrí deprisa las puertas del salón. Vacío. La puerta de la cocina. Vacía. ¿Tal vez estaba en el despacho de padre? Era algo raro, pero podía haberme buscado allí pensando que había empezado sin ella. Con

cuidado, abrí la puerta del despacho. Me inundó un olor a puro. Tampoco había nadie. Sabía que ella no había subido a las habitaciones porque se oía el crujir de los escalones y yo, pese a tener la oreja atenta, no había escuchado nada. Tenía que estar en el patio, aunque no entendía por qué. No había colada. El césped estaba recortado. Las plantas, regadas.

Salí por la puerta lateral de la cocina. La luz del sol era más intensa, por lo que tardé en acostumbrarme. A lo lejos, cerca de donde había estado sentada por la mañana, descubrí una silueta. Tenía que ser Ada. Estaba agachada, pero me pareció una figura más fina que la de ella. Imaginaciones de una chiquilla que se estaba volviendo paranoica.

—¡Ada! ¿Por qué no contestas cuando te llamo? —increpé mientras me acercaba.

Seguía sin contestarme y eso me enfureció y me dio miedo. Cabía la posibilidad de que alguien nos hubiera descubierto y le estuviera prohibido hablar conmigo. No tardé en perder el temor cuando la figura se elevó mostrándome su rostro. No era una mujer, sino un hombre muy mayor. Aunque llevaba el pelo rasurado, se veía pelusa blanca en su cogote, el rostro estaba surcado de arrugas y tenía una gran chepa.

—¿Quién eres? —pregunté, más desagradable de lo que pretendía.

—Mi nombre es Tom, soy su nuevo sirviente —respondió manteniendo la mirada fija en algún punto del suelo, con voz temblorosa; claramente, le había asustado.

—Yo soy Juliana —me presenté modulando el tono de voz, mostrándome amistosa. Él siguió sin mirarme—. ¿Has venido para algún arreglo en particular? —recordé a Ishmael y los otros judíos con las tuberías.

—No, me han designado como nuevo criado en la casa. Haré todas las funciones de mi predecesor. Si necesita cualquier cosa, pídamela.

—¿Y Ada? —pregunté atónita.

—¿Quién? —el temor impregnaba su voz.

—La antigua... sirvienta —no me gustaba definirla así, pero estaba segura de que era la mejor manera de que me entendiera.

—No lo sé. No conozco a ninguna Ada. Hoy he llegado aquí y me han dicho que este es mi trabajo, es lo único que le puedo decir —se movía nerviosamente mientras me hablaba, sin parar de retorcer las manos.

—Tiene que haber alguna equivocación, ella es quien nos sirve —hubiera seguido preguntándole, pero me di cuenta de que solo le pondría más nervioso y él no sabía nada, así que añadí—: Voy a informarme.

Fui a buscar a la persona que me daría respuestas, de la que dependía totalmente en ese campo: Alger. No tardé en llegar a la fábrica, era como mi paseo de cada día. Allí me topé con un soldado.

—¿Dónde está Alger? —pregunté.

—Es su día libre, estará en casa.

Recordaba la casa del par de ocasiones en las que había acudido con Louis, y si mi sentido de la orientación no me fallaba, estaba muy lejos y no tenía tiempo que perder.

—¿Alguien de vosotros tiene que ir allí?

—Creo que Hess se marcha ya —respondió mientras me miraba con curiosidad.

Hess era el hombre que me había golpeado. Estaba tan desesperada que no dudé en preguntar dónde estaba. El soldado me indicó con un gesto que lo hallaría en la puerta principal y, sin contestarle, me dirigí en su busca. Estaba frente a una fila de judíos que le atendían con temor. Sin mirar a ninguno, me planté frente a él.

—Hola —le saludé con un tono que no dejaba lugar a dudas sobre mis sentimientos hacia él.

—Señorita Juliana, ¡qué gusto volvernos a encontrar! —agachó la cabeza rabioso porque los judíos presenciaban ese acto.

—Me han dicho que vas a ir a la casa y necesito que me lleves —escupí cada una de las palabras.

—¿Quiere venir conmigo? —preguntó incrédulo.

—Sí —dije mirándole con cara de pocos amigos.

—Espere un momento en el coche —señaló con el dedo índice un vehículo negro situado enfrente—, y en unos minutos estaré con usted —hablaba también con un tono de odio.

Sin decirle nada más y con una última mirada asesina, fui al coche y le esperé apoyada en la puerta. En diez minutos estaba a mi lado y, tras dirigirme una mirada de asombro, vino a abrirme. Ahora quería ser un caballero.

—No hace falta —esboqué una sonrisa forzada—, ya puedo sola.

No intentó volver a ofrecerme su ayuda y, tras sentarse en el asiento del piloto, emprendimos la marcha. No tardé en darme cuenta de que pasaríamos cerca de donde Ishmael estaba trabajando a esas horas y, pese a que quería evitarlo, miré con la esperanza de verle. El camino estaba surcado de piedras

y, justo cuando me giré, un bache hizo que me golpeará con el techo. Hess pegó un frenazo.

—¿Está bien? —preguntó asustado. Provocar dos veces heridas a la hija del jefe no era algo bueno.

—Sí —respondí segura, a decir verdad, no me había hecho daño.

—Yo no diría eso, el labio está sangrando. Espere a que baje y coja del maletero un pañuelo con alcohol.

Sabía que no me tenía pena ni mucho menos, lo hacía solo de cara a mi padre. Aun así, accedí, puesto que no quería que Alger se volviera a asustar al verme y me llevara al hospital. Necesitaba encontrar a Ada y pronto, antes de que una nueva desgracia se cerniera sobre mí. El maletero era pequeño, solo tenía armas y un botiquín. Ideal para un soldado. Supongo que su intención era preparar el pañuelo, pero me adelanté y cogí el botiquín para hacerlo yo. Cuando me lo apliqué en la herida, me escoció. Después de limpiarme la sangre, me eché un poco más de alcohol.

—Creo que ya está todo —dije secamente.

—Sí —fue su única respuesta.

Al darme la vuelta para retornar a mi asiento, el vello se me erizó. El aire empezó a azotar como si no quisiera que volviera al coche. Estaba tan delgada que creí que me podría llevar volando, luché contra él y llegué a la puerta del copiloto. Entonces unos ruidos de animales en el bosque llamaron mi atención, pero no había tiempo para curiosar. Abrí el pomo y una hoja de árbol chocó contra mi cara. Todo era bastante siniestro, como si la naturaleza me quisiera avisar de algo. Me la quité con la mano y la estampé contra suelo de mala leche; fuera lo que fuera lo que pasaba, no me interesaba.

Me monté en el coche y emprendimos la marcha.

—¿Qué cojones habrá pasado con los animales? Hasta el judío estaba mirando... —dijo Hess en lo que sería su último intento de confraternizar conmigo.

—¿De qué hablas...? —me quedé en silencio. Abrí la ventanilla y me retorcí en el asiento para comprobar si mi intuición era correcta, si esa chispa que se había encendido en mí tenía algún fundamento o simplemente me estaba volviendo loca.

Allí estaba él, pegado a la ventana de la casa con los puños clavados en el cristal. Me miraba fijamente y había estado haciéndolo cuando salí del coche. Parecía incrédulo y asustado de verme con Hess, ya que había presenciado lo que me había hecho. Siguió con los ojos clavados en el

vehículo mientras nos alejábamos, en guardia, como a punto de salir corriendo si yo estaba en peligro. Esa visión era hermosa. Una parte de mí deseaba que Hess me golpeará y él viniera en mi ayuda para poder verle de cerca y tocarle desesperadamente. Casi tenía medio cuerpo fuera, la intensidad de su mirada hizo que quisiera saltar por la ventanilla y correr a besarle.

Pero llegaron las curvas y desapareció de mi vista. Hess me miraba de reojo, como si estuviera loca. No podría decir que sin motivos, pues el primer día me había visto llena de barro y ahora, a punto de saltar por una ventanilla. Su opinión no me importaba nada. Prefería que me odiara, ya que eso en cierta manera me convertía en mejor persona.

Si algo tuviera que definir mi travesía con Hess destacaría el silencio. Mucha gente trata de llenar los silencios incómodos con conversaciones vacías y estúpidas. Yo era de esas. No me gustaba estar sentada con alguien sin charlar durante tanto tiempo seguido, pero con Hess fue diferente. Yo le odiaba. Él me odiaba. No teníamos nada en común. Detestaba simplemente que estuviera a mi lado, pero no lo podía evitar, ya que era mi vehículo hacia algo más importante: Ada.

—Ya hemos llegado —fue su primera frase en el viaje—, te llevaré donde está Alger.

—Vale —lo más indicado hubiera sido decir gracias, pero no sentía que tuviera que agradecerle nada.

Me dejó en una puerta de roble que daba a un gran salón con futbolines y billares.

—Me han dicho que estaría aquí.

—Adiós —fue mi respuesta.

Aunque fingí no darme cuenta, pude ver la cara con la que se marchaba Hess, todo un poema. Si las miradas matasen, en ese momento ya habría muerto. Me reí en mi fuero interno.

Ya en las puertas empecé a oír el alboroto de los alemanes dentro. Risas. Gritos. Bromas. Cuando entré en la estancia, me detuve a observar a todos esos soldados. Verlos sin uniforme me llamó la atención. Estaban disfrutando de su tiempo libre, bebían, fumaban, se abrazaban con los colegas. Una estampa de lo más normal. Eran todos tan jóvenes... Me pregunté con tristeza si ellos tenían la culpa de cómo eran o simplemente la vida les había puesto ahí. Muchachos de dieciséis años en su tiempo libre de trabajo, asesinos en la jornada laboral. Hasta qué punto habían influido en ellos las enseñanzas

recibidas era algo que no quería pensar. Algunos eran como Hess, despertaban asco solo con observarlos, pero otros desprendían ternura. Eran niños. Me apetecía darles un par de guantazos y regañarles, pero no podía odiarlos a todos, al igual que nunca podría odiar a Alger.

Divisar a mi amigo no fue difícil, sobre todo porque ya le conocía un poco. Estaba entre un grupo de oficiales, pero ya desde la distancia parecía separado, ausente. Todos reían de alguna mala jugada al billar y él estaba ahí, quieto, de vez en cuando hacía alguna mueca, pero se notaba que no disfrutaba de verdad. Le toqué el brazo y se giró bruscamente; al verme, su expresión facial cambió para mostrar alegría. Estaba contento de que le visitara. Esa expresión cambiaría minutos después, cuando se enteró del motivo de mi presencia.

—Juliana, ¿qué haces aquí? —habló tan serio como siempre, pero ahora que le conocía noté el matiz de ilusión en su voz.

—He venido a verte —dije con un entusiasmo fingido, no podía evitar querer que se sintiera bien.

—¿Quieres jugar al billar? —me ofreció, como si le gustara ese juego. Sus compañeros le miraron escépticos.

—La verdad —pronuncié en voz baja para evitar oídos indiscretos— es que preferiría dar un paseo contigo, hace muy buen día.

—Vale —contestó al instante, nervioso, lo cual no pasó desapercibido para sus compañeros.

—Así que tú eres la famosa Juliana. La mujer de Louis —advirtió uno de los alemanes matizando este último nombre.

—Supongo —titubeé; no me gustaba que me llamaran la mujer de Louis, puesto que ya no le pertenecía a él, de hecho nunca había sido suya.

—Sabes que él volverá dentro de poco, ¿no? —preguntó con descaro.

—Eso imagino —acepté sin ningún interés, y me giré hacia Alger—. ¿Nos vamos?

—Sí —respondió algo incómodo.

Nos marchamos dejando al alemán con la palabra en la boca. No pude evitar ver los cuchicheos y las miradas reprobatorias a mi espalda. Por lo menos tendrían algo que comentar esa tarde. Miré de reojo para ver si a Alger le afectaba la reacción de sus camaradas. Le importaba igual que a mí. Nada. Levanté la cabeza bien alta y salí de la sala con el moreno pisándome los talones. Una vez en la calle, cogimos el primer camino. No sabía adónde llevaba. Cuando hubimos andado cinco minutos, paré en seco.

—Alger... —no sabía cómo planteárselo.

—Hace mucho calor —dijo mientras se quitaba la chaqueta y se quedaba con una camisa negra que marcaba todos sus músculos. La verdad es que había cogido forma.

—No quiero que pienses que te utilizo —comencé.

—¿Por dar un paseo? Tranquila, ven a buscarme cuando quieras —expresó una alegría inusual en él.

—Quiero que entiendas que me encanta estar contigo —noté cómo se ponía más serio mientras unos colores rojizos afloraban en sus mejillas—, pero esta visita tiene un motivo.

—¿Cuál? —preguntó con prevención.

—Necesito que me ayudes en algo...

—No sé por qué, pero siempre que necesitas algo me puedes meter en un lío.

—Hay una persona que ha desaparecido y necesito, quiero saber dónde está.

—¿De quién se trata? —preguntó.

—Ada —noté que no sabía a quién me refería—, la sirvienta —otra vez la había tenido que llamar así— que estaba en mi casa. Hoy no ha venido.

—No sé nada —aseguró, pero su rostro se crispó.

—Sí que lo sabes... Si no quieres, no me lo digas, lo averiguaré por mi cuenta —anuncié mientras me rendía.

—Te vuelvo a repetir que no sé nada —tenía cara de enfadado—, ¿pero por qué necesitas saberlo? ¿Es que quieres meterte en más líos?

—Meterme en líos es mi problema —añadí con amabilidad—, solo te pido ayuda. La encontraré contigo o sin ti, solo que me costará más...

—Ya me extrañaba a mí que vinieras a verme para algo normal —dijo con sequedad.

—Es que este sitio no es normal —intenté sonar calmada, no quería que sufriera—. En otras circunstancias me encantaría hacer cosas normales contigo —no contestó—. Entiendo que no quieres o no puedes ayudarme. Lo siento por meterte en mis problemas, lo solucionaré sola —me hice la valiente, como si él no fuera absolutamente necesario, como si no dependiera de su ayuda.

Me hizo un gesto con la cabeza para que me callase. Comenzó a moverse nervioso, dando vueltas, luchando contra algo dentro de él.

Permanecí a la espera de su decisión para acatarla fuera cual fuese. Finalmente dio un puntapié a una piedra y habló:

—¿Por qué te importa tanto esa mujer? —preguntó, y yo intuí cuál sería su decisión.

—Es mi amiga, mi única amiga aquí dentro. La quiero y no quiero que nada malo la ocurra —fui sincera.

—¿De verdad estás dispuesta a arriesgar tu vida y la mía por una judía? —me miraba fijamente para leer dentro de mí.

—Sabes que sí, tú mismo lo dices: soy diferente. No odio a los judíos, no la odio a ella. Y no hables como si sintieras tanto asco como Louis porque sabes que no es así... No los tratas como lo hacen ellos.

—Verla no te hará bien —eludió mi última afirmación.

—No quiero tener una venda en los ojos, aunque eso haga que esté más feliz. ¿Me vas a ayudar?

—Ya sabes que sí —dijo con dolor, y añadió—: no te puedo negar nada.

—Gracias —y sin saber por qué, me acerqué y le besé en la mejilla. Reaccionó dando un respingo—. ¿Dónde está?

—En el hospital —afirmó.

Hospital era la palabra que más se repetía en mi cabeza mientras iba en el coche con Alger. Nunca había sopesado esa posibilidad. Ada no había estado enferma ningún día. No le dolía nada. No se quejaba. No podía saberlo. Además, no tenía constancia de que ellos llevaran a los judíos al hospital. Tal vez al final tenían su pequeño corazoncito. Cómo sería ese lugar era una incógnita para mí.

Nada más llegar fui consciente de que no se trataba de un hospital tan sofisticado como en el que yo estuve. Era un edificio pequeño con paredes blancas de pintura desgastada. En la puerta había dos alemanes con uniforme que al vernos se miraron contrariados. Alger solo tuvo que decirles unas palabras para que nos dejaran entrar. No los oí, algo dentro de mi estómago solo me permitía pensar en que iba a ver a Ada, a ayudarla todo lo que me fuera posible y más. Antes de entrar, Alger se acercó y me habló:

—Lo que vas a presenciar ahí dentro es muy desagradable. Piénsatelo.

—Asumo el riesgo —repuse inmediatamente.

—Lo sé, pero de verdad que te va a marcar de por vida. Si quieres, entro yo y la saco unos minutos.

—No, necesito comprobar de primera mano cómo está atendida —dije ante la mirada de rendición de Alger.

Si de algo no podré acusar nunca a Alger es de mentiroso. Las imágenes que se sucedieron nada más entrar me marcarían para el resto de mi existencia. Tras la puerta de roble había una sábana a modo de cortina. Con delicadeza, Alger la apartó para que yo pasara. Aunque no quise, me llevé la mano a la boca y emití un grito ahogado. En un espacio de doscientos metros cuadrados había por lo menos cien literas. En la primera vi a tres ancianos en cada colchón, hacinados, agonizando y gritando, llamando a sus familiares muertos. Alger me tapó los oídos con las manos y me guio mientras yo mantenía la vista al frente. No opuse resistencia. A veces, si no ves el dolor, si lo ignoras, no te invade. Ahora sí temía por el estado de Ada. ¿Cómo podría sentirse en un lugar así? Intenté recordar los ojos verdes de mi Ishmael para quitarme la angustia. Sin embargo, se incrementó cuando pensé que algún día podría acabar en ese lugar. Un sitio en el que no parecían que te quisiesen curar, sino que era más bien una sala de espera rumbo a la muerte sin malgastar balas.

Alger me quitó la mano de los oídos y salí de esa mente mía que tan malas jugadas me estaba haciendo pasar. Los gritos, sollozos, gemidos regresaron a mí tan rápido que me asusté. Mi amigo me movió rápidamente mientras un hombre vomitaba a mis pies y caía al suelo tiritando. El vómito tenía sangre. Mi humanidad hizo que me acercara corriendo.

—¡Agua! —me gritó el hombre.

—Alger, dame agua —solicité asustada mientras me agachaba.

—No hay agua y no te agaches —me pidió mientras me levantaba en volandas, pero me zafé.

—Cógela del baño —ordené mientras sujetaba la cara de ese hombre, que me miraba con los ojos impregnados en lágrimas.

—Aquí tampoco hay baños, Juliana.

—¿Qué mierda de hospital es este donde no hay aseos? —grité tan fuerte como pude.

—Señorita —me dijo el anciano, que convulsionaba—, ¿me puede hacer un favor? Dígale a mi hija que la quiero... y que siento no haberme despedido de ella.

—Claro —me dio tiempo a responder mientras él, con un último movimiento, como un latigazo, moría. Le cerré los ojos con cuidado, Alger ya me levantaba.

—¿Qué van a hacer con su cuerpo?

—Tranquila, de eso se encargan los de la puerta.

—Tenemos que buscar a su hija..., pero no me ha dicho su nombre — sin darme cuenta, había vuelto a andar—. Tengo que volver y preguntar si alguien conoce a su hija... —decía nerviosa como una loca.

—Luego, tranquila —Alger me calmaba mientras me apretaba contra sí —, primero tenemos que encontrar a Ada, ¿no? —me recordó con ternura.

—Sí, Ada, es verdad, hay que buscarla y sacarla de aquí. Ella no puede estar tan mal, ayer la vi...

Antes de que Alger me señalara dónde estaba Ada, yo ya había salido corriendo. Acababa de verla en una cama al final de esa estancia de muerte. En un abrir y cerrar de ojos me planté a su lado, con todo mi cuerpo impregnado de los vómitos que me habían salpicado al correr. Se encontraba en la litera de abajo, compartiendo cama con dos mujeres de su misma edad. Dormía. Me arrodillé al pie de su cama y le acaricié el pelo con ternura. Lágrimas y mocos corrían por mi cara sin dejarme respirar. El colchón era de paja, con una sábana encima. Pronto sentí el olor que provenía de ella; al no haber baño, la gente defecaba y vomitaba allí. Notaba la sal llegando a mi boca y casi no podía abrir los ojos. Busqué sin suerte una toalla para limpiarla, pero, como todo en esa estancia, no había. No es que el material fuera escaso, es que era inexistente.

Ada tenía el rostro empapado de sudor. Me rompí el bajo de la falda y comencé a secárselo. También eliminé restos de vómito, no sabía si suyo o de las personas de arriba. Mirar alrededor era un caos, se respiraba muerte y enfermedad. Me quedé ahí mientras dormía, viendo cómo de vez en cuando un escalofrío la surcaba por dentro. Manchas rojizas habitaban toda su piel. En las piernas, esas manchas habían adquirido un tono morado que me estremeció. No podía quedarme quieta, no debía.

—Trae agua, por favor —pedí mientras me limpiaba los mocos, que casi llegaban a mi boca.

—Aquí no hay agua.

—He visto una garrafa en tu coche —le recriminé.

—Ven conmigo y la traeré.

—No —gruñí como un animal al que intentas separar de su cría.

Alger vio que no tenía opción y salió sin mirar a ningún lado que no fuera enfrente. En cambio, yo no paraba de buscar por todas partes algún tipo de medicina o algo que pudiera ayudar. No lo vi. Ninguna enfermera. Nada. Solo camas antihigiénicas y gente muriendo de dolor. «Ada no puede morir —me dije—, no ahora, no en este momento. La necesito. Quiero que sea

feliz. Es mi amiga». Por primera vez mientras la miraba, entendí una frase de mi madre.

Cuando era pequeña, mamá solía repetir que desearía pasar las enfermedades en mi lugar para que yo no sufriera. Yo, en mi fuero de niña, pensaba que aquello era una absurda mentira, que lo decía porque sabía que no era posible. En aquel momento deseé cambiarme por Ada. Yo podía sufrir, pero ella no. Me hubiera gustado pasar por todo si así garantizaba que podría ver a Ada feliz en su pueblo, con sus amigas, con Serena y con Ishmael... La justicia no existe en un mundo en el que una persona como yo lo tiene todo y alguien tan puro y noble como ella puede morir en un sitio como aquel. Recé a mi Dios y al suyo, le supliqué que me pasara su penitencia. Cerré los ojos con fuerza esperando ver un milagro que no se producía. Al final le insulté, le increpé, le dije que no creía en alguien que permitía que la gente buena sufriera. Estaba tan inmersa en mis propios pensamientos y odios que no me percaté de que sus pequeños ojos bondadosos se abrían.

—¿Juliana? —preguntó con esa dulzura que yo amaba.

—Estoy aquí —anuncié mientras le agarraba la mano e intentaba no llorar para tranquilizarla.

—¡Estás conmigo! —sonrió mientras tosía.

—Siempre —tuve que contener el llanto—, para esto están las amigas. Ya te pasaré factura cuando yo esté mala —intenté bromear.

—Sabes que eso no ocurrirá..., llevo muchos días enferma...

—¿Y por qué no lo dijiste? —la increpé, aunque no quería.

—¿Para qué? No habría servido de nada... Aquí no nos curan...

—Yo te habría ayudado —dije ya sin contener las lágrimas.

—Y lo has hecho, no te engañes —me limpió las lágrimas con pequeños espasmos de dolor—. Me diste una amiga cuando me habían quitado el derecho a tenerla. Me diste esperanza. Me diste vida. Fue como si hubiera una pequeña luz en noches sin luna. Confiaste en mí.

—Te necesito.

—Y siempre estaré contigo. Acuérdate de mí y no cambies, da esperanza a otras personas —decía gimiendo de dolor.

—¿Qué te ocurre? ¿Cómo puedo ayudarte? —pregunté nerviosa, no podía permitir que ella muriera en mis manos, tenía que evitarlo.

—Ahora que lo dices —jadeó—, sí me vendría bien algo. Lo pensé hace mucho tiempo y me daba vergüenza pedírtelo, pero... me encantaría hacer un tributo a mi hermano Ishmael y a Serena.

—¿Cómo te puedo ayudar en eso?

—No hay cosa que permanezca más a través del tiempo que lo escrito. Podrías escribir su historia para que su amor sea eterno. Para que cuando esto pase sean héroes, para que la gente se emocione con ellos —suplicó.

—Lo haré, te lo juro.

—No hace falta que jures, confío en ti —las convulsiones volvieron a empezar y vomitó—. Lo siento. Y una última cosa...

—Dime.

—Apenas puedo hablar, me duele un poco —restaba importancia a su dolor—. Podrías quedarte a mi lado, fingir que todo va bien. Contarme historias de un futuro que no voy a vivir en el que tú y yo —las lágrimas brotaban de sus bondadosos ojos—, en el que tú y yo... —el llanto le impedía continuar— vivimos aventuras, nos vamos de vacaciones..., somos dos amigas normales en un mundo feliz. Quiero ver a través de tus historias. No quiero morir viendo este sitio, sino otros, quiero que me ayudes a imaginar para que cuando llegue el momento me vaya con una sonrisa.

—¿Dónde quieres que nos vayamos? —dije ocultando el mayor dolor desde la muerte de madre.

—Siempre me hizo ilusión viajar a España. Aprender a bailar sevillanas, leer a Cervantes, comer paella...

—Pues claro que lo haremos, iremos a España de viaje. Tú bailarás las sevillanas mejor que yo —tuve que tragar saliva—, nos emborracharemos con vino y comeremos paella hasta que nuestro estómago no pueda más.

—¿Qué tiempo hace allí? —preguntó cerrando los ojos.

—Mucho calor, nos asamos de calor.

—¿Y cómo son los hombres? ¿Alguno se fijará en mí? —su cuerpo se estremecía, pero en su rostro brillaba una sonrisa.

—¿Alguno? Estoy celosa. De hecho, no te lo quería contar, pero encontrarás incluso marido...

—Siempre he querido tener hijos... —dijo con tristeza.

—Pues no quieras tantos, que vas a tener cuatro.

—Tú estás con Ishmael, por supuesto —pronunció mientras me agarraba la cara con ambas manos y yo asentía.

Empezó a incorporarse con muecas de dolor y me besó en la mejilla sonriendo, y después durmió. Le toqué el pulso corriendo y noté que su corazón seguía bombeando. Me giré y vi que Alger estaba a mi lado con la

garrafa de agua. Puede que ella no quisiera ayuda, pero yo se la iba a brindar. Me puse frente a Alger.

—Vamos a buscar a un médico ahora.

—¿Tú te escuchas? Nadie del régimen vendrá.

—Pues habrá que encontrarlo en otro lado —contesté mientras la miraba con cariño.

—¿Dónde? —preguntó.

—¡Judíos! —grité—, alguno será médico, buscaremos en tus archivos y lo traeremos aquí. Que me diga las medicinas que necesita y las conseguiré.

—Es una locura...

—... que vamos a hacer —completé su frase.

—Vale —cedió—, pero no te hagas ilusiones por si no sale bien. —Asentí—. Entonces marchémonos.

—Antes tengo que hacer una cosa.

Agarré la garrafa de agua y fui cama por cama dando agua a los enfermos que estaban conscientes. Ellos me lo agradecían como si les estuviera entregando oro. Cada vez que me paraba en una persona, pensaba en la vida que habían vivido, en los seres humanos que se iban a perder ahí sin que nadie los conociera. En el futuro que nunca tendrían. No había suficiente agua ni siquiera para la mitad de ellos, así que me marché de allí con dos cometidos: traer a un médico para Ada (aunque era mi deseo, sabía que era imposible salvar a todos) y agua para los demás.

CAPÍTULO 23

Las manecillas del reloj giraban a toda prisa. Me aferré a él y lo golpeé como si eso pudiera engañar al tiempo y hacer que se detuviera. Nos encontrábamos en el despacho de Alger, en busca de aquel nombre que haría que la situación de Ada cambiara. Alger miraba los documentos a toda prisa, pero tratándolos con delicadeza, y eso me ponía histérica. «No tenemos tiempo», me repetía, y esos papeles no significan una mierda para mí. Yo intentaba dejarle tranquilo para no interferir en su investigación, pero en ocasiones perdía la paciencia y le gritaba que se diera prisa sin ninguna justificación. Un soplo de cansancio por su parte me dio a entender que le estaba poniendo nervioso. Aunque procuraba no hablar, no podía evitar emitir ciertos ruidos de desaprobación cuando pasaba un folio más sin ningún resultado. Cuando no le miraba, me limitaba a dar vueltas por el despacho nerviosamente, fingiendo que alguna cosa de las que había por allí captaba mi atención, pero en mi mente solo estaba la necesidad de premura para salvar a Ada.

Salvarla no era una opción, era mi deber, mi deseo. Tardé mucho en encontrar a esa amiga y ahora no podía perderla. Finalmente la tensión cedió en mí y con un tono del que no me siento orgullosa increpé al pobre Alger, que solo trataba de ayudarme jugándose su puesto y no sé si también el pellejo.

—¿Es que aquí no hay ni un puto médico? —nunca había dicho un taco y ahora no paraba.

—No son necesarios, Juliana —dijo con tranquilidad, aunque su suspiro no denotó lo mismo.

—¿No necesitáis médicos? Yo creía que era una profesión muy valorada en el régimen —argumenté aún con la tensión en la voz.

—No sirven de mucho aquí... —respondió con pesadumbre.

—¡Ah!, ya entiendo. ¿Para qué queréis médicos judíos que curen a los suyos si os limitáis a dejarlos morir en esas condiciones? Y por supuesto, no tengo ni que pensar que un alemán se atreviera a ayudarles... —escupí.

—Yo lo estoy haciendo —me increpó.

—¡Tú no los ayudas a ellos, me ayudas a mí!

Al instante me arrepentí de esa verdad que había salido de mi boca. Si bien no consideraba incierta mi afirmación, yo no era quién para juzgarle. Tenía la certeza de que Alger terminaría viendo el mundo de la misma manera que yo.

—Lo siento, estoy nerviosa.

—Ya está —dijo levantando un papel.

—¿Qué? —pregunté mientras le cogía la hoja para ver su contenido.

—He encontrado a un médico.

Alger entró en la fábrica mientras yo le esperaba en el coche ansiosa. Había sido una suerte increíble que el judío perteneciera a su grupo de trabajo, eso lo hacía todo más fácil. A mí se me hizo eterno, pero, si tengo que ser sincera, no tardó más de diez minutos en salir con él y, dado que le tenía que buscar en un sitio tan grande, no fue demasiado tiempo. El hombre le acompañaba detrás, con la mirada hacia el suelo. Sentí lástima, ya que seguramente ese hombre tendría miedo por saber hacia dónde iba. Era un poco más bajo que Alger y de rasgos toscos, como si hubiera sido un boxeador. Intuir su edad era algo complicado, físicamente aparentaba cincuenta años, así que tendría treinta. Era una regla real en este sitio que la gente envejecía a un ritmo fuera de lo normal. Como todos los demás, llevaba su uniforme de rayas con un gorrito y estaba tan delgado que podía pasar por un esqueleto.

Alger penetró en el coche con decisión, no sin antes indicar al judío que entrase. Su cara de miedo aumentó, puesto que seguramente en toda su estancia allí no había visto que a nadie se le concediera el honor de tocar algún objeto alemán de importancia. Me giré y le sonreí para infundirle valor. Lo que menos necesitaba era que se desmayase del miedo. Noté que tenía sus ojos clavados en la parte baja de mi vestido. El motivo no era otro que mi vestido roto lleno de vómito, eso le desorientó aún más, así que decidí hablar:

—Supongo que mi amigo no te ha dicho para qué te necesitamos —oí carraspear a Alger cuando le hablé de tú al judío, pero eso no me detuvo—. Me llamo Juliana —alargué la mano para saludar, pero él continuó con las manos pegadas a sus muslos—. ¿Y tú? —dije mientras la quitaba.

—Isajar, señora —contestó sin mirarme.

—Isajar —esta vez suplicaba—, necesito tu ayuda. Una muy buena amiga mía está enferma y tienes que ayudarla —me miró, pero bajó rápidamente la cabeza—. Te proporcionaré todo lo que necesites, pero no

puedes permitir que le pase nada —como continuaba sin hablar, seguí yo—; el tiempo es crucial.

—Sería bueno si me dijera sus síntomas —dijo en voz muy bajita, era raro ver a un hombre que imponía tanto teniendo miedo de mí.

—A decir verdad, no había notado nada hasta hoy. Tiene bastante fiebre y sudores con espasmos... ¿Eso te ayuda? —intenté mostrarme cercana, infundir confianza.

—Pueden ser muchas cosas, ¿ha notado algo más? Algo raro...

—Tenía manchas en el cuerpo, como moratones, aunque dudo que lo sean... —no podían ser moratones porque nadie la había golpeado, pero tampoco iba a asegurarlo.

—Creo que puedo tener una idea, aunque llevo mucho tiempo sin ejercer —dijo con temor, por si lo que hacía salía mal.

—No te preocupes, eres nuestra única opción —fui consciente de la cantidad de verdad que contenía esa frase corta. Si Isajar no lo conseguía, nadie lo haría.

Al llegar pasé como una bala entre los dos guardias que custodiaban la puerta, que se quedaron mirando mientras arrastraba a Isajar.

—La mujer es joven, tendrá unos veinte o treinta años. Está al fondo, sígueme —anuncié, como si Isajar no lo fuera a hacer.

Me paré en seco cuando la localicé, estaba despierta, con el rostro empapado de sudor. Iba a decirle a Isajar quién era la enferma cuando me percaté de que ya corría en su dirección. No entendía cómo, por mis simples descripciones, había entendido de quién se trataba. Ada miraba al médico sin quitarle el ojo de encima e intentó levantarse para acudir a su lado. Él llegó sin darle tiempo siquiera a incorporarse del todo y la abrazó. Corrí junto a ellos y me convertí en observadora de un momento íntimo.

—Gracias, Juliana. ¿Cómo lo has sabido? —preguntó sin separar su rostro del de Isajar.

—¿Saber el qué? Es el médico, Ada, él te ayudará —dije emocionada al ver que ya se conocían.

—También es mi hermano —susurró.

Me quedé petrificada observándolos. Ningún rasgo común. Nada que pudiera indicar que se conocían. Tenía que ser obra de un poder divino. Nadie la trataría mejor que su propio hermano. Las oportunidades para Ada crecieron a un ritmo descomunal. Me quedé en un segundo plano mientras lloraban y se abrazaban. Era hermoso y triste verlos. Pese a que nunca había

tenido hermanos, supe de la importancia de ese momento para ambos. A saber desde cuándo no se veían. Seguramente ambos pensaron que el otro estaría muerto y por fin se reencontraban.

Ada me hizo un gesto para que me acercara.

—Juliana, es mi hermano mayor, Isajar —me presentó con el entusiasmo en cada una de las palabras. Asentí demostrando que ya nos conocíamos—. Ella es mi amiga Juliana —le dijo a Isajar, que por primera vez me miró sin temor.

No quería romper sus presentaciones, pero el tiempo apremiaba y aquella no era una reunión de amigos. Era el momento de ayudar a alguien que estaba con un pie en la tumba.

—Isajar —le hice un gesto para que se alejase conmigo. Ada, mientras tanto, contaba su historia a sus dos compañeras inconscientes—, dime lo que necesita para ponerse bien y lo conseguiré. Lo que sea —advertí—, pero tenemos que salvarla. —Asintió—. Mientras tanto, voy a repartir un poco de agua.

Alger había dejado las dos garrafas a la entrada del «hospital», tal y como habíamos acordado. Él permanecía fuera, ya que no se sentía cómodo en aquel lugar. Necesitaba ponerse una venda en los ojos para seguir creyendo que todos en el régimen eran como él, que se limitaban a tener trabajadores y que no eran asesinos y torturadores. Fui camilla por camilla repartiendo agua a los pocos enfermos que permanecían conscientes, menos del veinte por ciento. Sus ojos y gritos se me clavaban en el alma. Me hubiera gustado poder hacer algo más, pero no tenía ni idea de enfermería, así que como mucho me limité a ayudarles a vomitar y limpiarlos. El peor momento llegó cuando me acerqué a algunas personas con heridas infectadas. El olor era insoportable, tenían moscas alrededor de la sangre y a algunos incluso se les veía el hueso. No pude por menos que compadecerme de ellos. No hay peor sensación que sentir pena y no hacer nada, me sentía impotente..., pero no me podía quejar. Cuando regresé, Isajar seguía mirando todas y cada una de las manchas de su hermana con detenimiento mientras ella le miraba como si fuera la mejor imagen que tuviera en años. Finalmente, abatido, se dirigió hacia mí. Me sonaba su cara y pronto supe por qué.

—Yo te conozco, estabas en mi casa con las tuberías cuando llegué.

—Sí —afirmó con tranquilidad.

—Entonces ya sabías que tu hermana trabajaba para mí.

—Sí, pero nunca imaginé que fuera ella a quien quisieras salvar con tanta desesperación —dijo con tono serio devolviéndome a la realidad—. Cuando me marché de allí me despedí de ella pensando que nunca volveríamos a vernos —sentenció. Tras una pausa, añadió—: No sé qué tiene mi hermana.

—¿Qué? —pregunté nerviosa.

—Necesitaría material, pruebas, y no creo que dure más allá de esta noche; como mucho, llegará a mañana.

—¡No puede ser, algo se podrá hacer! Por favor...

—¿Crees que no haría cualquier cosa para salvarla? No se puede. Morirá sola esta noche, aquí —sentenció con acidez.

—No —repuse inmediatamente—, me quedaré con ella, no estará sola.

—Gracias —no podía mirar a nadie que no fuera su hermana— por no abandonarla en este momento.

Me estaba haciendo a la idea de que no había solución, nada que hacer, cuando llegó Alger e indicó que nos teníamos que marchar.

—Deja que se despida de ella, es su hermana —aclaré, y vislumbré en su rostro una pizca de compasión por el boxeador que tenía delante.

—Que sea rápido —cedió Alger, pero no parecía una orden, incluso daba la sensación de sentirse mal por sus palabras.

Aunque no lo hablé con Isajar, ambos modificamos nuestro rostro y mostramos una alegría que no sentíamos. Ante todo, ella no tenía que vernos sufrir. Le daríamos una despedida digna. Tenía que conservar la esperanza hasta el final. Llegamos a su lado e Isajar no tardó en tocarle el rostro. Supe que era un momento privado en el que no debía estar. Desde lejos vi cómo él la abrazaba como si la fuera a partir en dos. Hablaron, aunque no pude ni quise escuchar acerca de qué. ¿Qué se le puede decir a la persona que más quieres a modo de despedida? ¿Qué sentimientos debía albergar ese joven que había recuperado y perdido a su hermana en un día? Preguntas tristes con respuestas peores. En una ocasión, Ada le habló al oído y ambos me miraron. Me giré, querrían tener algo de intimidad y yo no se la iba a robar. Bastantes cosas les habíamos quitado ya. Era su momento, su último momento tal vez.

—Nos tenemos que ir ya —anunció Alger mientras agarraba a Isajar con cierto cuidado—. Vamos, Juliana —aquí llegaba mi momento.

—No —dije firme—, me quedaré con ella.

—¡No digas tonterías! No puedes hacer eso. Vamos —ordenó.

—No me iré, la quiero acompañar en su... —no pude pronunciar la palabra *muerte*, era doloroso.

—¿Y qué maravillosa historia le cuento a tu padre? —me increpó.

—La verdad o nada. No se dará cuenta de mi ausencia... —era cierto, desde que estábamos en Auschwitz, me marchaba antes de que él despertara y nunca lo había notado.

—No.

—¿Tú no lo harías por mí? —pregunté.

—Es diferente.

—No, no, para mí no lo es —asegué.

—¿Y qué hago con los guardias de la puerta?

—No sé, diles la verdad —le desafié.

—Como si eso fuera tan fácil —añadió con amargura.

—Di que te encargas tú esta noche del turno. Luego no hace falta que vengas. Nadie se va a escapar de aquí —señalé los camastros de paja con moribundos.

Se fue a regañadientes. Era egoísta utilizar sus sentimientos como yo lo hacía, pero ya se lo agradecería más adelante. Por supuesto, usó su rango y dijo que se encargaría personalmente de custodiar esa noche el hospital. Los alemanes se fueron encantados de disfrutar de una noche libre.

Pese a que le pedí que no volviera, Alger vino y se quedó dormido en la puerta, apoyado en la incómoda pared. Fue el primer momento en que deseé amarle tanto como a Ishmael y devolverle así todos los favores que me había hecho y me haría.

La noche oscura se cernió sobre nosotros y, con ella, el calvario. Algo que siempre me ha llamado la atención es que parece que el efecto de las enfermedades aumenta por la noche, como si esta tuviera algo de maligno. Parece cruel y lo es, pero entre todos los gritos y las agonías yo solo me preocupaba por Ada. Puede que eso me convierta en un ser despreciable, pues lo más normal sería preocuparse por todos, pero yo no lo hacía. Me valía más su vida que la de cien personas de allí. No voy a decir que fuera indiferente, se me revolvían las entrañas observando aquello que nunca había imaginado. Había gritos y sufrimiento en cualquier dirección que mirase. Era una tortura merecida por mi condición de alemana. Que mi padre pudiera permitir eso era algo que no comprendía. Reflexioné y llegué a la conclusión de que yo merecía pagar por todo ese sufrimiento causado por él. Cuando idealizamos la figura paterna, no creemos que nada pueda modificar ese

sentimiento. Pero esa noche todo cambió. Con cada muerte, el amor hacia mi padre se iba marchando hasta que al final no quedó nada.

Ada dormía entre pesadillas que la hacían retorcerse en el sitio. Yo la calmaba poniendo mis manos sobre las suyas, esperando que el momento fatídico llegase. Solo quería que no hubiese dolor. Que no sufriera. Tras observarla durante horas, deseé que le llegara la paz, aunque eso significase apartarla de mi lado para siempre. Dicen que es posible notar el momento en que alguien va a morir. Yo nunca lo había creído. La única vez que me enfrenté con la muerte fue en el asesinato de mi madre y, gracias a Dios, no estuve consciente mientras agonizaba. Pero ahora sí estaba allí, y supe exactamente cuándo Ada me iba a abandonar. Abrió los ojos sin mirar a ninguna parte. Hablaba, pero yo no entendía nada. Las convulsiones eran cada vez más pronunciadas. Parecía que tuviera un demonio dentro que quisiera expulsar. Yo solo me aferré con más fuerza a ella para infundirle valor ante la nueva vida que le esperaba. Por un instante recobró un poco el sentido y habló:

—Mamá, ¿estás aquí? —preguntó ausente.

Entre lloros, contesté y la engañé:

—Sí, hija, estoy a tu lado —me llevé una mano a la boca para encerrar al berrinche que prometía salir. Entonces sonrió y dejó de convulsionar. Y se durmió para siempre.

A la mañana siguiente, Alger me acompañó a casa antes de irse a trabajar con la preocupación y las ojeras marcadas en el rostro. Debí darle las gracias, pero no pude. Lo único que me apetecía era llegar a mi habitación y llorar. Pensaba que al despertar todo se habría ido, el dolor, la pena..., pero los judíos me acompañaban a cada paso, no podía comer, beber, ni apenas respirar. No paraba de entrar y salir de la cocina esperando verla ahí, aunque sabía que no era posible. Intentaba rescatar su olor, algo que me recordara a ella, pero no había nada...

En el crepúsculo de la tarde, cuando me disponía a abandonarme de nuevo en mi habitación a llorar en silencio por mi amiga desaparecida, Alger apareció en casa.

—Tienes que acompañarme a un sitio —me dijo.

—Vale —asentí. Aunque no quería, sin saber por qué, lo había hecho.

Al montar en su coche observé que en la parte de atrás había una bolsa, pero no me interesaba su contenido. Me apoyé contra el cristal y, mirando sin ver nada, emprendimos la marcha. Oía la voz de Alger retumbar en mis

oídos, pero no presté la menor atención a sus palabras, no podía. Llegamos al final de un barranco con una fosa en medio, o eso me parecía. Hasta que el coche no paró en seco no me percaté de que Alger no me quitaba la mirada de encima con una preocupación que me hizo estremecer. Bajé del coche y respiré el aire puro con mucha intensidad, como si necesitara llenar los pulmones de todo aquel que no había cogido durante el día.

—¿Qué hacemos aquí? —le pregunté sin ningún tono de voz.

—En la fosa de ahí delante está el cuerpo de Ada. Sé que no me harás caso, pero te pido que no mires. Solo quería que tuvieras una última despedida con ella. Frente a su «tumba».

Sabía a lo que se refería. En nuestra religión era muy importante rezar por el alma de la persona que nos había abandonado y me había llevado para eso. Su intención no era mala, quería que yo me sintiera mejor, como si pudiera ayudar a que descansara en paz. Me arrodillé mientras él permanecía de pie. Sabía lo duro que tenía que ser todo lo que estaba haciendo por mí sin esperar nada a cambio. En ese momento recé y el rezo se fue convirtiendo en una confesión. Cuando me quise dar cuenta, estaba gritando y llorando con rabia, echando todo aquello que llevaba encima. Gritando a la nada. Descargando toda la tensión que había escondido en unas lágrimas. Unas manos me agarraron por la espalda y me elevaron hasta estrecharme contra su pecho. Pero no pude aferrarme a él. Me quedé con los brazos cruzados mientras las gotitas con sabor a sal salían de mis ojos nublándome la vista.

Pasado un tiempo, decidimos volver a casa. Antes de marcharme tuve el deseo de salir corriendo y observar a Ada por última vez. Incumplir la petición de Alger. Pero algo me dijo que era mejor recordarla como la había visto, con su sonrisa bondadosa. Me dirigí al cielo y, mientras el viento removía mi pelo, me despedí de ella. No la quería borrar de mi mente, no me despedía para apartarla y volver a mi vida como si nada hubiese ocurrido, aquello era un hasta pronto. Una parte de Ada seguía en mí y seguiría siempre que no la olvidara, y no pensaba hacerlo.

Llegamos a casa en otro trayecto sin ninguna palabra. En la noche lucía una hermosa luna de color rojo, como teñida de sangre. Aunque no me apetecía, tenía la necesidad de expresar a Alger mi agradecimiento. Ahora lo era todo. Él era la persona a la que necesitaba cuidar por encima de todas las cosas. No podía permitirme el lujo de que mi actuación le apartara de mí. No quería que se alejara. Le necesitaba como el aire para respirar.

—Alger... —empecé mi discurso, pero me interrumpió:

—Lo sé. No digas nada. Tú habrías hecho lo mismo. —Asentí—. Solo te pido que no hagas más tonterías, al menos si no estoy a tu lado —conocer la parte tierna de Alger cada vez me gustaba más—, y ahora, un comentario que no viene mucho a cuento.

—Dime —me sentía agradecida.

—Sé que lo estás pasando muy mal, pero la vida sigue adelante y... hoy me ha dicho el judío que trabajaba contigo...

—¿Ishmael? —pregunté sorprendida, pero el dolor no dejó paso a la emoción.

—Sí, creo que se llama así. Cuando trabajabas con él hiciste algunas gestiones que tienen que ver con un papeleo de ahora. Yo ya le he explicado que es su problema, pero me ha dicho que ayudaría mucho que fueras mañana para que todo sea más rápido.

—¿Eso ha dicho?

Ishmael quería que fuera, por fin estaba preparado para enfrentarse a mí. En mi peor momento, había llegado el día de mi juicio con él.

—Sí, pero si no quieres no pasa nada. He pensado que tal vez eso te despejaría la mente. Trabajar y no estar en casa encerrada. Pero es tu decisión.

—Iré —le prometí.

—Esperaba que dijeras eso.

Una vez en mi habitación, me miré al espejo, seguía llevando las ropas del día anterior manchadas con la agonía de mi amiga fallecida. Ahora se sumaba un nuevo sentimiento, el miedo. Desde hacía mucho tiempo esperaba con ansia que Ishmael diera ese paso, pero ya no sabía si era lo mejor. Mis sentimientos no habían cambiado en absoluto, ese no era el problema. La cuestión era si me iba a dar su perdón o necesitaba descargar su ira en mí, decir que me odiaba, gritarme todas las cosas que no había chillado en su momento. Tras meditarlo un rato, supe que era lo mejor: enfrentarse a los problemas. No más engaños. Verle era lo que necesitaba, mi anhelo; si sus ojos verdes me amaban todo se calmaría. Si por el contrario me repudiaban, simplemente daría gracias por volver a oír su voz dirigiéndose a mí. Ishmael me podía salvar o condenar, ahora estaba en sus manos.

CAPÍTULO 24

Estoy comiendo del suelo como un animal. De una manera que nunca pensé que mi orgullo me permitiría. Mis manos y mi cara están manchadas de grasa, pero da igual, no paro de engullir, he de llenarme por si no vuelvo a tener una oportunidad similar a esta. Ayer hubo una cena de mis captores y hoy, como premio, nos han permitido tomar las sobras de la basura. Todos hemos acudido como perros mansos. Algunos incluso miraban a nuestros represores con cariño y agradecimiento. Diría que parecemos bestias, pero creo que es más correcto decir que lo somos. Nos hemos lanzado como una jauría de lobos contra una presa deliciosa e indefensa. Cuando entre toda esta basura observamos un cacho de la ansiada carne, somos capaces de golpearnos por ella. En ocasiones me ha parecido que algún compañero y puede que incluso yo mismo nos gruñíamos por este motivo. Nadie conoce su personalidad hasta que se encuentra en la situación más extrema. Uno piensa siempre que es especial, diferente, luego hay matices que dependen de la forma de ser de cada uno. En mi caso me consideraba una persona valiente, que nunca cedería con el tirano. En mi adolescencia me enfrentaba a las injusticias, pensaba que mis amigos eran masa y yo alguien que destacaba. Ahora, en esta madurez precipitada por las circunstancias, he observado a mis compañeros beber del suelo un agua derramada y he tenido la seguridad de que yo no acabaría así. Prefiero morir de pie a vivir arrodillado.

Fuerza. Honor. Todo eso había desaparecido dando paso a un hambre mordaz por la cual sería capaz de matar. Me planteé que estaba enfermo cuando un día, mientras un recién llegado se vestía, miré sus carnes (aún no había empezado la dieta *made in Auschwitz*) y tuve la tentación de lanzarme en picado y morder. No me quiero defender. De todos modos, a nadie le importa mi opinión. Cuando tus tripas se adueñan de ti, cuando sientes que o das un bocado o todo se desvanece, cuando te levantas y te acuestas pensando en un trozo de pan, anulas tu personalidad y te conviertes en un ser primario con tus necesidades básicas.

La ración de comida cada vez es menor. Si antes nos daban dos platos de sopa al día, ahora es uno, y eso si llegas con el tiempo suficiente a la cola.

Además, el ser humano es egoísta cuando llega a sus instintos básicos. ¿Quién dice que es mentira el dicho «mal de muchos, consuelo de tontos»? He llegado a ver cómo una persona que se quedaba sin ración empujaba a los que sí la tenían para que se les derramara, como si eso fuera a mejorar su situación o su hambre. Las peleas se suceden sin parar. Es como si al ver que no podemos luchar contra los tiranos necesitáramos establecer una jerarquía de importancia entre nosotros. Podría definir cómo es la mía. En primer lugar, están los capos, que son los informadores del tirano con los que hay que tener mucho cuidado. Luego están los que informan a los capos pensando que estos lo tendrán en cuenta. Por otro lado, los que conspiran contra ellos, ideando planes que nunca se llevarán a cabo. El resto somos masa, más o menos apaciguada. Solo en las ocasiones en que alguien de la masa abandona su sitio en la sociedad y se enfrenta a los otros es cuando surgen los problemas.

Hubo un tiempo en que muchos de nosotros nos pusimos de acuerdo para planear una insurrección contra los alemanes. En nuestro barracón, el líder era Isajar, que con su templanza y realismo nos transmitió la seguridad para morir luchando. Poco a poco, los líderes de cada barracón hablaron y se pusieron de acuerdo. Entonces muchos de los nuestros desaparecieron y creímos que habían muerto. Cada uno volvió a lo suyo sin girar la vista atrás. Nadie fue valiente, o lo suficientemente tonto, como para hacerse cargo de esa «revolución».

Al cabo de un tiempo, Isajar y los demás regresaron. Jamás contaron una sola palabra de lo que les había pasado, pero nunca volvieron a ser los mismos. Tenían pesadillas por las noches y temblaban cuando algún confiado compañero se atrevía a preguntar. Ivri fue el que peor llevó todo esto. Su mejor amigo, su confidente, se había marchado a algún lugar al que no le podía acompañar. Sus intentos por sacarle de ese mundo de pensamientos fueron muchos y sin descanso. Ivri necesitaba transmitir el buen rollo que ahora solo habitaba en él. Yo le envidiaba. Aquí ninguna historia es mejor ni peor que otra. Todos tenemos nuestra tragedia. Todos nos lamentamos, ya sea de cara a la galería o en nuestro fuero interno. Ivri es el único que conozco que intenta ver siempre algo positivo, no decaer, tener fuerza para aguantar cualquier cosa. Aunque él no lo sepa y yo no se lo vaya a decir, verle alegre en esta situación me anima a pensar que tal vez algún día esta sensación de amargura desaparecerá y podré volver a disfrutar de las pequeñas cosas, como un amanecer.

Desde que mi padre me abandonó por salvarme, me he convertido en el perfecto trabajador de este lugar. No doy problemas, apenas sí hablo con mis compañeros y no me quejo de nada. Es como si hubiera pasado de los deseos de asesinar a toda la gente a asumir mi realidad y aceptarla. Yo era un peón que tenía que trabajar, sin más aspiraciones, deseos o sentimientos. Los sentimientos me causaban dolor; fuera. Intentar imaginar una realidad diferente para mí era imposible; fuera. Tener la esperanza de que esto terminaría era algo inviable; fuera. Era la perfecta mascota de un régimen. Me veía a mí mismo en la era de Roma, siendo el perfecto esclavo de mi señor. Nada por lo que luchar ni que me diera fuerzas para seguir adelante. Era como si en el proceso de perder absolutamente todo también yo hubiera desaparecido.

Terminé de comer rebañando el último hueso, del que me llevé pequeños fragmentos. Si lo chupaba un poco más, podría incluso comérmelo entero. La barriga se me había hinchado y sentía agonía al caminar de vuelta al barracón. Mis compañeros estaban junto a mi cama hablando sin entusiasmo. En el centro Isajar, que ese día había vivido otra situación de extrema agonía. Me acerqué y escuché su relato. Antes de que comenzara, ya sabía que iba a ser algo dramático. Sin embargo, me afectó más de lo que esperaba. Había ido a ayudar a alguien y descubrió que se trataba de su hermana moribunda, por la que no había podido hacer nada. Me identifiqué en cierta medida con él. Sabía de la impotencia de ver morir a uno de los tuyos sin nada que hacer al respecto.

Aunque me había distanciado mucho de ellos, tuve lástima por mi amigo. Era un ser tan recto y serio que verle sufrir llamaba la atención. Ahora parecía un niño indefenso. Supe que estaba en mi mundo y que tal vez yo era el único que le podía ayudar. No soy de los que demuestran sus sentimientos. Ivri no dudó en abrazarle con un «lo siento, amigo» y los demás hicieron lo propio. Un mínimo gesto, una palabra de aliento en esos momentos significaba demasiado para él. Esperé a que todos se marcharan. Quería mostrarle mi apoyo cuando estuviera solo. No agobiarle. La situación era similar a la del día que perdí a mi padre, solo que Isajar aceptaba el afecto. Yo me distancié y no quise que nadie me hablase. Él se acercó a ellos, anhelando su compañía.

—Ishmael, por fin vienes —dijo sin amargura en su voz.

—Sí —admití un poco avergonzado—, creo entender por lo que estás pasando. Suena a tópico, pero si necesitas ayuda, puedes contar conmigo.

—¿Contigo? Pero si llevas días que parece que no existimos para ti — me increpó.

—Cada uno pasa su dolor como puede, no como quiere —expliqué.

—Entiendo...

—Mira, siento estar así, pero no puedo estar de otra manera. Todo esto me ha superado.

—Nosotros procuraremos que no te supere, que lo superes tú —indicó Isajar con amistad.

—¿Y qué pasa si no lo quiero superar? No tengo nada para querer hacerlo —respondí con dura sinceridad.

—Todos hemos pasado por lo mismo que tú. La diferencia es que, aunque no sea fácil, queremos sobrevivir. Para contar nuestra historia. Para no permitir que esto se repita en el futuro. Me apoyaré en ti para que veas que con apoyo se supera. La ayuda mutua es la única salvación —hizo una pausa para meditar y añadió—, y tú tienes más que nosotros por lo que luchar —había bajado el tono y me miraba suspicaz.

—No sé a qué te refieres.

—Te lo diré porque le hice una promesa a mi hermana.

—¿Tu hermana? Yo no la conocía.

—Te equivocas, como en muchas cosas. Sí la conocías, era la sirvienta —le costó hablar de ella en pasado— que estaba en casa de Juliana. —Como siempre, cuando escuchaba ese nombre, tuve que apretar los puños para no dejar paso a los pensamientos—. ¿Ves como la recuerdas? —Asentí—. Y supongo que, por tu reacción, también recuerdas a la joven de la casa.

—Vagamente —mentí deseando que cambiara de conversación.

—Ella fue la que acudió desesperada a mí para que ayudara a su amiga. Así es cómo ella definía su relación con mi hermana.

—No creo que haya por qué hablar de esa alemana —dije con rabia.

—Pues yo creo que sí. Adivina cuál fue mi sorpresa cuando mi hermana pequeña, en su lecho de muerte, me dijo que quería pedirme algo. «Cualquier cosa», le respondí yo sin entender a qué se refería. Entonces mi dulce y moribunda Ada mencionó tu nombre. ¿Tú lo entiendes? —preguntó.

—No —confirmé.

—Yo tampoco. Me contó una breve historia llena de drama en la cual mi compañero de barracón mantenía una relación con la alemana... ¿Empiezas a entender? —preguntó enarcando las cejas.

—Puede —aprecié con orgullo. ¿Cómo podía saber eso Ada?

—Yo seguía sin pillar qué tenía eso de importante en sus circunstancias. Sin embargo, ella parecía desesperada por ayudar a su amiga. Me dijo que la alemana no había tenido la culpa de la muerte de tu padre..., me narró la historia con un hilo de voz y finalmente llegó su petición.

—Creo que no quiero saberla —repuse viendo por dónde iban los tiros. Asombrado.

—Imagino. Pero, como lo prometí, lo voy a hacer. Ada me pidió que te convenciera de que hables con ella. Luego desvarió y, con los ojos rojos, dijo algo sobre la esperanza... Me da igual lo que tú quieras, me da igual vuestro drama, me sorprende, pero no me importa, solo quiero cumplir el deseo de mi hermana —hablaba con pena.

—Entiendo que me lo hayas contado —dije fríamente—, pero es mi decisión y yo no quiero hablar.

—Créeme cuando te digo que esperaba esa respuesta. Al principio me dio asco imaginar que habías podido estar con esa mujer..., luego la miré y cambié de opinión. No sé cómo sería antes, pero estaba ahí como una prisionera más, delgada, con ojeras, demacrada, dando agua a todos los enfermos y limpiando sus vómitos con el vestido, parecía una pordiosera y despertó ternura en mí.

—Las apariencias engañan —interrumpí.

—Y el orgullo es ácido sobre los ojos, ciega —me replicó—. Yo ya he hecho lo que me pidieron. Ahora quiero añadir dos cosas de mi opinión —carraspeó—. La primera es que durante el tiempo que vuestro «romance» existía, te convertiste en una mejor persona. La segunda es que sé que amaba a mi hermana, se quedó hasta el último minuto con ella. No la conozco, pero esto la habrá destrozado como la primera muerte que vivimos nosotros. La primera siempre es la peor. Puede que no te importe, pero, si sigue la evolución que he visto, no creo que dure mucho tiempo. Vaga sin fuerzas, sin nada por lo que vivir. No sé a quién me recuerda... —dijo poniendo los ojos en blanco—. Haz lo que quieras —puntualizó—, pero, como tu amigo que soy, te aconsejo que no cedas ante el odio visceral. No culpes de tu mal a quien puede salvar tu corazón.

Esa noche hubo una guerra en mi mente. Los soldados que no querían dejar que su tema tuviera un juicio justo perecieron en el intento. Dos abogados, el fiscal y el defensor, trabajaron toda la noche por su causa. Había muchos argumentos a favor y en contra. El fiscal no paraba de repetir una y otra vez lo que pasó con mi padre. Me ponía delante la imagen de su cadáver

en intervalos interminables. El defensor, por su parte, me la mostraba a ella, su cambio, su arrepentimiento, pruebas para refutar la acusación de culpabilidad por la muerte de mi padre. El juicio se prolongó hasta el amanecer. Ambos abogados estaban bastante empatados en lo que a la decisión se refería, así que tuvieron que hacer un discurso a modo de alegato final. Ninguno fue por la parte empírica o lógica, los dos apostaron por la sentimental. Uno intentó que eligiera entre el amor a mi padre o ella. Me dio a entender que si la perdonaba traicionaría a mi progenitor. El otro dijo que eso era mentira, que nadie pondría en entredicho lo que significaba mi padre para mí. Simplemente, y son palabras textuales, «haz lo que tu corazón te dicte». Terminado el último alegato, el juez emitió su resolución y con ella me decidí por uno de los dos caminos.

Esa mañana recurrí a la propuesta que me había hecho Juliana para contactar con ella. Fuera como fuera, para bien o para mal, la acusada debía conocer el veredicto. El sol empezaba a salir por entre las montañas con una belleza impresionante cuando llegó el momento. Sabía que iba a entrar. La llevaba escuchando un buen rato en la puerta. Había hecho tres intentos de coger el pomo y dado varios suspiros de temor. Yo la esperaba de pie en medio de la estancia. Deseoso de comunicarme con ella.

Me puse nervioso. Tenía una convicción que no sabía si podría mantener una vez que la tuviera delante. Verla me impresionó sobremanera. Donde antes hubo una señorita preciosa con un halo de luz, ahora veía a una joven demacrada a punto de caer en cualquier momento. Su cara, siempre impoluta y maquillada, estaba surcada de viejos moratones que desaparecían y ojeras que le daban un aspecto lúgubre. Toda la energía que había transmitido su mirada se había esfumado dejando tan solo soledad. Su cuerpo, antes con bonitas formas que hacían las delicias de cualquier hombre, eran solo huesos. Me di cuenta de que me estaba demorando demasiado en mi inspección cuando vi que empezaba a temblar. La muñeca iba a caer al suelo. Montañas más grandes lo habían hecho. Tomé fuerzas y, reafirmándome más que nunca en la decisión tomada, avancé para hacerla real.

* * *

Allí estaba él. El tiempo había pasado pero me seguía pareciendo tan perfecto como el primer día. Sentí sus ojos escrutadores recorrer mi rostro y

vi cómo hacía muecas sin darse cuenta. Obviamente, yo ya no era lo que él quería. Fea, desaliñada, sin nada que ofrecer. Además, su expresión era inescrutable. Esperaba que dijera que no me quería y eso hizo que se me encogiera el estómago. Era mi instante, con un final diferente al que había soñado. Tenso, ambos de pie, sin hablar, diciéndolo todo con miradas tristes. El final de un momento que fue mágico.

Llevaba tantos días sin comer que la mínima impresión hacía que me mareara y tenerle delante era demasiado. Necesitaba avanzar hacia ese sofá de nuestro primer beso y apoyarme, descansar. La reacción de él no se hizo esperar más. Caminó hacia mí con paso decidido y firme. Instintivamente me tapé la cara, por si me golpeaba, me había acostumbrado a que la gente no me tratara bien. En ese segundo tuve más temor que cuando los atracadores entraron en mi casa tiempo atrás. Me miraba fijamente, sumergiéndose en mi interior. Un torbellino de emociones recorría mi cuerpo desde la cabeza a los pies. Finalmente tomó el último impulso. Sus manos me sujetaron por la espalda con suavidad, cariño. Yo me dejé llevar. Haría exactamente lo que quisiera Ishmael. Me apretó contra su torso y pude dejar de imaginar su olor para volver a inspirarlo.

Me estrujó fuerte contra sus costillas mientras me clavaba los dedos en la espalda. Como un acto reflejo, mis brazos se movieron agarrándole tan fuerte como podía, más aún. Nos sumimos en un abrazo silencioso que nos transmitió toda la pena y pesar que teníamos. Quince minutos, veinte, veinticinco, sin hablar, solo tocándonos, sin dejar que ni una mota de polvo pasara entre nosotros. Nuestros cuerpos se acoplaron a la perfección, como si nuestro creador nos hubiera hecho en uno y luego nos hubiera separado. Sus manos ascendieron lentamente serpenteando por mi espalda. Temblorosas pero con fuerza, haciéndome entrar en calor. Llegaron a mi cabeza y empezaron a moverse lateralmente para alcanzar mi rostro y acariciarlo. Mis manos las imitaron siguiendo su mismo recorrido.

Dos rostros que se miran con la sujeción de las manos ajenas. Dos rostros que lloran y sonríen tímidamente. Dos dedos juguetones que se acercan a la fuente de la que mana el agua y la limpian. Dos labios que se entreabren sin decir nada. Dos fuerzas que obligan a que esos rostros se acerquen con temor. Dos personas que se besan con más amor del que podían imaginar. Una ilusión común que nace. Un sentimiento que ni el tiempo ni la guerra podrá detener o exterminar. El beso es dulce y fiero. Me aferré a su cabeza para que no pudiera escapar de mis garras, por si eso era una

equivocación. Nos separamos y lentamente me llevó al sofá aún sin mediar palabra.

Quiero ser suya. El deseo crece de una manera que no entiendo. Pequeños pinchazos en mi entrepierna. Quiero que el puzle se complete. Ser uno en todos los aspectos. Pero hay mucho que hablar antes de que llegue ese momento. No quiero romper ese instante, pero es necesario que lo haga. Hay un perdón que debe brotar de mis labios, el perdón que nos ha alejado durante tanto tiempo.

—Ishmael —comienzo, y noto cómo mi voz suena con vida de nuevo, cómo mi corazón ha vuelto a latir—, lo siento mucho —y rompo a llorar por su padre, por Ada, por un agradecimiento inmenso hacia su persona.

—No pasa nada, estás perdonada —dice mientras se acerca más a mí. No puede soportar la distancia de unos centímetros.

—Yo nunca quise que eso pasara, te lo prometo. No quería que lo sufieras por mi culpa —afirmo mientras, como un perrillo, él mueve la mejilla en la palma de mi mano.

—Estoy bien. Ahora quiero saber cómo estás tú. Me he enterado de lo de Ada —dice sentándome en su regazo.

—¡Oh, no! No quiero añadir mis problemas a toda la carga que soportas sobre tu espalda —no concibo ni por un instante contarle mis penas después de lo que él ha pasado.

—Quiero saberlo. Quiero ayudarte. Para qué están sino las... ¿parejas? —pregunta, para conocer mi definición de lo nuestro.

—Por supuesto —contesto, aunque creo que *pareja* no es la mejor definición. Almas gemelas, eso es lo que es para mí.

Le cuento toda la historia e Ishmael me escucha pacientemente. En los momentos más trágicos rompo a llorar y él me abraza fuertemente, y siento calma, dentro de mí todo se apacigua. Besos de cariño recorren la palma de mi mano y mi mejilla. Hablar con Ishmael es la mejor de las medicinas que puedo tener. Luego hago la pregunta incómoda. La que nos separó, le pregunto cómo llevó lo de su padre.

—Aún le echo de menos —es su triste respuesta.

En esta ocasión soy yo la que tira de él y expulsa toda la amargura. Cuando terminamos de consolarnos, nos miramos, comprobamos que nuestra expresión ha cambiado desde que nos hemos encontrado. Una chispa que no puedo definir bien recorre mi cara dotándola de color. Nos besamos más y más. No tengo vergüenza y me tumbo encima de él restregándome como

nunca lo había hecho. Deseando que el roce de su miembro sea más profundo. Le agarro de la cabeza mientras movimientos perturbadores brotan de mi entrepierna. El deseo es tan grande que le desabrocho los botones con furia y beso su pecho. Ishmael toca mi cuerpo con suavidad, mis pechos, mi culo, mi entrepierna, y no me siento incómoda. Finalmente nos separamos ruborizados, sabemos que ese no es el momento. Nos podrían pillar. Como todo en nuestra relación, tenemos que actuar con cuidado. Nadie puede enterarse de nuestro secreto.

CAPÍTULO 25

El verano fue la mejor época de mi vida, sin lugar a dudas. Por supuesto, volví a trabajar en la fábrica bajo el pretexto de evadirme. El motivo real era disfrutar del máximo de horas a su lado. Era un amor diferente, oculto, a escondidas, y eso lo dotaba de una pasión mayor. Cuando dispones de todo el tiempo con tu pareja, no lo aprovechas. Cuando los segundos a su lado están contados, cada acto, conversación o gesto de cariño aumenta en proporciones inimaginables. No me disgustaba mi situación porque yo misma la había elegido. Si bien es cierto que le echaba de menos cuando no lo tenía a mi lado, me consolaba pensando que en pocas horas le volvería a ver.

Él era mi cómplice en todo. Podía contarle cualquier cosa que me rondara la cabeza, no me juzgaría, me aconsejaría y me ayudaría. A veces, cuando nos separábamos, tenía una sensación de desesperación tan grande que al verle no podía reprimir engancharle y apretarle fuerte hasta hacerle moratones. Conforme más conoces a una persona, con sus inquietudes, puedes reafirmarte o no en lo que sientes. Conocer a Ishmael en profundidad era de las mejores cosas que me habían pasado. Me encantaba su sinceridad y cómo confiaba plenamente en mis posibilidades. Había un punto anecdótico en nuestra relación. Delante de la gente debíamos actuar como ama y siervo, y eso en ocasiones nos hacía gracia. Nos reíamos del engaño que estábamos causando.

Recuerdo la vez en que unas personas de las SS vinieron a hacer una inspección. Padre exigió que yo los acompañara, la imagen era muy importante. No me apetecía, pero no tuve opción. Un día sin ver a Ishmael en el trabajo se me hacía insufrible. Cuando llegamos a la zona de contabilidad, ahí estaba él. No tenía que hablar ni nada, simplemente estar de pie con la cabeza agachada. Los demás alemanes se limitaron a mirar las instalaciones y a adular a Alger por el buen trabajo hecho. Yo, por mi parte, jugué a las miradas indiscretas, a los toques en el corazón con el dedo índice, a demostrarle que estaba de su parte pese a que me viera con los hombres que más temía.

Era una relación sin futuro, o si este existía, lo teníamos muy negro. Sin embargo, yo era feliz con las pequeñas cosas. Vivía el momento sin preocuparme del mañana. Confiando en que todo iría bien. Me bastaba con el beso antes de marcharme para tenerlo todo en la vida. No era ambiciosa. No me importaban el poder ni el dinero. Me daba igual qué ropa llevar o si ya no era bonita, porque alguien me quería por mi esencia. Alguien al que había contado mis defectos y no se asustaba por ello. Lo único que quería ahora era ayudarles a él y a los suyos como pudiera, así que poco a poco, cuando la situación fuera más favorable, volvería a mi plan de destruir el régimen desde dentro. Antes quería disfrutar un poco de la tranquilidad del primer y, en mi caso, único amor.

El día antes de mi cumpleaños decidí llegar un poco antes al despacho. Había cogido unos pastelitos de casa para celebrarlo con él. Ya estaba acostumbrada a acudir al trabajo con comida para Ishmael. Por la cristalera vi como los judíos aproximaban, como cada día, para trabajar. Iban en tropel, como un grupo de presos. Sus caras, ausentes. Sus gestos, tristes. Entre todos ellos destacaba uno y no era porque tuviera mi corazón, sino porque parecía que desprendía luz a su alrededor. Caminaba ilusionado, alegre, como si su estancia en este lugar no fuera una penitencia. Como una adolescente, me escondí detrás de la puerta para darle una sorpresa cuando llegara. Me parecía increíble disfrutar tanto en el peor lugar de la tierra. La puerta me aprisionó cuando Ishmael la abrió, pero no emití ningún sonido para que no me descubriera. En vez de acudir a su puesto de trabajo, se paró en medio de la estancia y siguió andando hacia delante para mirar por la ventana. Buscaba algo y supe que era a mí. Salí de mi escondite sigilosamente y fui hacia él para tirarme literalmente encima. Mi propósito de que no me descubriera iba viento en popa hasta que a un metro de él vio mi reflejo en el cristal. Se giró instintivamente con una sonrisa maliciosa en el rostro y yo me lancé encima cual felino. Acabé sentada encima de Ishmael con mi rostro muy cerquita del suyo.

—¿A qué se debe esta sorpresa? —me preguntó mientras me hacía cosquillas para quitarme de encima.

—Es mi último día de los diecinueve años y quería estar todo el tiempo contigo —dije mientras le mordía una oreja.

—¿Mañana es tu cumpleaños? —fingió asombro.

—¿Acaso no lo sabías? —hice como que me ponía seria.

—Por supuesto —rio—, de hecho tengo un regalo para ti.

—¿Un regalo? —pregunté un poco atónita y noté por su mirada que le hirió. Yo sabía que Ishmael no tenía manera de conseguir nada y tampoco lo esperaba, no lo necesitaba. Pero a él le debió de ofender que dudara tanto de su capacidad adquisitiva aquí dentro.

—¿Qué pasa, que un judío no puede hacerte un regalo? —preguntó irónico.

—Sí —afirmé seria. Se quedó un minuto callado y, asustada, volví a hablar—: Lo siento —titubeé—, no sabía que podías comprar cosas aquí dentro...

—¿Comprar cosas? —comenzó a desternillarse de risa—. No, claro que no podemos. Pero se te olvida algo —dijo dándome tres golpes en la nariz.

—¿Qué?

—Los mejores regalos no tienen por qué ser materiales —sonrió mientras me quitaba de encima y añadió—: Ahora, a trabajar.

—¿Y mi regalo? —dije como una niña mimada. Mi intención era seguir ahí con él.

—¿No has dicho que es mañana tu cumpleaños? —preguntó divertido con mi incertidumbre.

—Sí, pero...

—Venga, hagamos un trato. Terminamos el trabajo y te doy mi regalo si me prometes que no lo verás hasta medianoche.

—Lo prometo.

Me miró enarcando las cejas y al final me creyó.

—Tenemos un trato, pequeña —me besó de nuevo en los labios.

Trabajé muy deprisa. No prestaba demasiada atención a las cosas que hacía, solo quería terminar y volver a abrazarme a él. Cuando llevaba una hora rellenando formularios, me acerqué y le coloqué delante la bandeja de pasteles.

—¿Y esto? —me preguntó sin dejar de mirarlos.

—Un aperitivo para el fin de mis diecinueve años.

Como siempre, empezó a comer despacio pese a que yo sabía que tenía mucha hambre. No quería darme una mala impresión, por lo que lo hacía de manera refinada y me miraba de reojo. Era común que me obligara a comer algo de lo que llevaba para sentirse un igual frente a mí. Al principio yo me negaba, él lo necesitaba más que yo. Luego me di cuenta de que aquello le dolía y comencé a llevarme siempre una porción más para comérmela.

—¿Los has hecho tú? —me preguntó.

—Sí, ¿te gustan?

—Ya sé quién va a cocinar en casa —dijo con suspicacia.

—¿No eres tú el que aboga por la igualdad entre hombres y mujeres? —
repuse divertida. Me encantaba «discutir» con él.

—Sí. Pero, si no recuerdo mal, dijiste que lo de limpiar la ropa me
tocaba a mí, así que creo que tú te encargarás de la cocina.

—Trato hecho —accedí rápidamente. Odiaba lavar.

Hacer planes para el futuro era nuestro pasatiempo preferido. Nos
encantaba hablar de cuando esto terminara. Hacer predicciones de lo que nos
depararía la vida juntos. Sabíamos que era imposible, pero soñar era gratis y
gratificante. Tras muchas charlas, llegamos a la conclusión de que viviríamos
en una casita al lado de la ciudad. Él quería una casa en algún pueblo, como
en su infancia. Yo, por el contrario, deseaba vivir en una gran urbe, así me
había criado y a decir verdad echaba mucho de menos la vida en Berlín, con
sus calles y tiendas. Por lo cual la decisión fue de lo más justa: él tendría su
casita en un pueblo y yo la ciudad cerca. No llegamos a decidir qué ciudad,
aunque Estados Unidos nos parecía la mejor opción, la tierra de las
oportunidades. Decidimos que haríamos una boda judía y otra cristiana...

Las tareas de la casa fueron un poco más difíciles de asignar... Cuando
más problemas tuvimos fue a la hora de elegir el nombre de nuestros
pequeños, pero aún quedaba mucho tiempo y yo ganaría con Tamara. Eran
sueños inviables, pero que se hacían realidad cuando estábamos acurrucados
hablando.

Anocheció cuando terminaba mi último papel acerca de unas armas para
los soldados de Varsovia. Estaba muy concentrada en el trabajo y no vi que
Ishmael ya había terminado y observaba detrás de mí cómo terminaba de dar
forma a mi parte. Me dio un masaje en los hombros mientras yo tecleaba a
toda pastilla. De vez en cuando movía mi mejilla para que se rozara con sus
ásperas manos.

—Terminé —anuncié eufórica.

—Entonces es hora de que te dé mi regalo, si aún lo quieres...

—¡Claro! —contesté inmediatamente.

Cogió mi mano y me guio hacia la puerta. Yo iba emocionada esperando
ver cualquier cosa. Antes de salir me soltó la mano, toda precaución era poca
allí. Si nos veían juntos en la calle no pasaba nada, podríamos decir que nos
marchábamos. Ishmael a colocar las cajas y yo a mi casa. Caminar de la
mano ya era algo más difícil de explicar.

—Sígueme —me indicó.

Dimos una vuelta a la casa para acabar en la parte posterior, donde se encontraban las ventanas. Era una noche con una pequeña luna que apenas iluminaba el camino. Ishmael se agachó para coger algo del suelo. No quise mirar para mantener la incertidumbre. Se giró hacia mí escondiendo con una mano en la espalda lo que había recogido. La oscuridad no me dejaba ver bien su rostro, pero imaginé una sonrisa nerviosa en él.

—Toma —dijo mientras me mostraba la mano escondida con una preciosa rosa roja.

—Me encanta —confesé pinchándome con una espina que no produjo dolor.

—Este no es el regalo —se mofó de mí. No sabía lo que sería, pero una simple rosa de él me había parecido el mejor regalo en diecinueve años—. Acércate a mí —dijo agarrándome la mano y situándome delante de él.

—Nos pueden ver... —repuse asustada por él.

—Shhh..., o romperás el encanto de este momento.

Me giró ciento ochenta grados sujetándome por la cintura. Apartó una de sus manos y me tocó el mentón para que mirara hacia arriba. El cielo estrellado se extendió ante mí, una visión acogedora que ya no me impresionaba si él no estaba a mi lado.

—¿Te gustan las estrellas? —me preguntó.

—¿A quién no? —respondí.

—Como eres tan rara... —se mofó de mí—. ¿Ves esa? —dijo señalando al infinito.

—¿Cuál?

—Esa, la que más brilla, la que destaca entre todas las demás.

Había miles de estrellas pequeñas, pero entre todas ellas una llamó mi atención por la intensidad con la que transmitía su luz. Tomé su mano con cuidado para ver si su dedo señalaba en la misma dirección, y así era.

—La veo —anuncié tranquila mientras nuestros dedos se enlazaban.

—A partir de hoy es tuya. Te la regalo. Las estrellas no son de nadie, así que cualquiera se puede adueñar de ellas. Pues bien, yo, Ishmael, te regalo la estrella más brillante del firmamento. Así, cuando esté por la noche en el barracón y te eche de menos, la podré mirar y saber que observo algo que te pertenece.

Me quedé sin palabras. De entre todos los deseos que hubiera podido tener para mi cumpleaños, ese era el mejor. Solo tenía un matiz que no me

gustaba y quería aclarar:

—No es mía. Es nuestra. Así yo también la podré observar y tener algo de ti.

No objetó nada.

—Está bien. Solo quiero que esta noche a las doce en punto la estés mirando. Yo también lo haré y te felicitaré a través de ella. La usaré como mensajera.

—No lo dudes.

Intenté ver mejor su cara en la oscuridad. Lo que iba a hacer estaba en contra de nuestras normas, unas normas que nos habíamos impuesto para nuestra seguridad. El impulso quitó el miedo y, agarrando su mano, la acerqué a mi rostro.

—Quiero que me hagas tuya —dije serenamente.

—¿Qué? —preguntó sorprendido.

—Quiero ser tuya en cuerpo y alma para siempre. Hazme tuya ahora, por favor.

Le comencé a besar lentamente. Nos tumbamos en el césped y comenzamos un juego sensual. Con suavidad, guie su mano adonde empezaba mi falda y entre los dos la fuimos subiendo poco a poco. Le desabrochaba la camisa con delicadeza sin parar de besarle en ningún momento. Con un cierto temor moví mis dedos hasta su entrepierna y le toqué con cuidado, sin experiencia. Su pene reaccionó a mi tacto elevándose hasta las alturas. Mi sexualidad comenzó a derramar agua de alegría. Estaba en un estado animal que me encantaba. Su lengua recorrió mi tripa aproximándose al lugar más privado de una mujer. Yo quería que bajara más, pero necesitaba besarle, así que subí su rostro para engancharme a su boca ferozmente. Solo quedaba un obstáculo para poder continuar. Deslicé mis manos y me quité la pequeña braguita de encaje que llevaba. Todo era inminente.

—¿Estás segura? —me preguntó con la respiración entrecortada.

—Sí —afirmé con una autoridad que desconocía en mí.

Nuestras bocas estaban a punto de reencontrarse cuando oímos voces a nuestro lado. Los judíos regresaban al barracón y eso significaba que pronto vendrían a por Ishmael para llevarle a cargar cajas. Sin emitir ningún sonido, nos vestimos con rapidez antes de que nadie se percatara de nuestra ausencia. Cogí la rosa y, sulfurada con un picor que no entendía, regresé al interior de lo que yo denominaba «nuestro nido de amor».

Me despedí de Ishmael con un beso furtivo y me marché a casa mientras pensaba en lo cerca que habíamos estado de que nos pillaran. La luz del porche estaba encendida e iluminaba una pequeña mesa situada enfrente. En la cabecera estaba sentado padre y al lado había una silla vacía. Llegué a la mesa y ocupé mi trono fijándome en la cantidad de platos que había encima de ella: huevos, pollo, patatas cocidas y ensalada. Era el festín de mi cumpleaños. En mi casa era tradición celebrarlo el día antes para felicitarlos los primeros cuando llegaran las doce. Además, yo nací un 31 de agosto a las doce y dos minutos, y eso influía mucho.

—Buenas noches, hija —dijo padre mientras quitaba los plásticos para guardar el calor de los alimentos.

—Hola —me limité a responder yo.

Nos quedamos mirándonos sin saber qué decir, como dos extraños que comparten mesa. En parte para evitar estar incómodos, en parte por la buena pinta de la comida, empezamos a engullir sin dirigirnos la palabra. Padre fue el primero en hacerlo con una conversación banal, propia de desconocidos:

—¿Qué tal en el trabajo? —preguntó.

—Bien, ¿y tú? —le imité, sin querer oír su respuesta. Ya sabía lo suficiente de las cosas que supervisaba mi padre.

—Últimamente esto es un lío —agregó—, están llegando muchos prisioneros y no damos abasto.

Antes le habría hecho millones de preguntas sobre los prisioneros malignos.

—Ah —me limité a contestar mientras pinchaba un trozo de pollo.

Él esperó a que continuara, pero pronto vio que no lo haría e intentó cambiar el rumbo de la conversación.

—Mañana, ya veinte años, eres toda una mujercita —dijo orgulloso.

—Sí —contesté mientras masticaba.

—Ya sabes que tu padre siempre te hace los mejores regalos y este año no va a ser menos. Ya verás esta noche.

«Ni sueñes que me vas a hacer el mejor regalo», pensé yo, pero mi respuesta fue una sonrisa falsa.

—Sé que últimamente no te veo mucho..., pero esto es muy agobiante, estamos en guerra, Juliana, pero te prometo que te compensaré cuando ganemos.

—Eso si ganáis —susurré tan bajo que no me escuchó.

—¿Cómo dices? —preguntó.

—Que no pasa nada —respondí.

La conversación se cerró en ese mismo instante. Él cesó en sus absurdos intentos por halagarme y yo continué engullendo como si no hubiera comido en días. Cuando terminamos, volvió con una gran tarta de chocolate blanco, mi favorita. Lucía una espléndida sonrisa y me cantó el cumpleaños feliz, como siempre, gritando y emitiendo gallos. De pequeña me meaba de la risa y él forzaba aún más su mal oído para que no parara de reír. Esta vez no hice, así que poco a poco el tono bajó hasta convertirse en el cántico más soso de la historia.

Comimos la tarta en silencio y al acabar me inventé que tenía que ir al baño para poder estar a las doce observando la estrella de Ishmael.

—No tardes, que ya sabes que a las doce viene mi regalo —dijo él intentando que su ilusión se contagiara.

—Lo intentaré —repose con sequedad.

Me metí en la habitación y me agaché con las luces apagadas para que padre no me viera desde el porche. Miré el reloj, solo quedaban seis minutos para que Ishmael la mirara desde otro lugar. Me relajé y mis pensamientos vagaron hasta este mismo día, muy diferente, años atrás.

* * *

Juliana tiene ocho años. Está deseando salir del colegio para volver a casa. Hoy es el día anterior a su cumpleaños y, como siempre, es la mejor fiesta para ella. El timbre suena y corre veloz para encontrarse con Arabelle en la puerta. Su madre la espera y la coge en volandas. Lleva una gran bolsa de golosinas para la niña.

—Ve y repártelas con las amigas —dice entusiasmada.

Juliana sale corriendo y la pierde de vista. Tras un rato, Arabelle da la vuelta a las instalaciones buscándola. Está en una esquina sola, tirando muchas chucherías al suelo mientras mira hacia todos los lados para asegurarse de que nadie la ve. Arabelle regresa al sitio donde estaba y Juliana vuelve corriendo hacia ella. Trae la bolsa medio vacía y grita:

—¡Qué gorronas son mis amigas, casi me quedo sin nada!

La madre finge no haber visto lo sucedido y recrimina la actitud de las amigas, aunque por dentro siente profunda tristeza por su pequeña. «Menos mal que en cuanto llegue a casa toda la pena se le pasará», piensa. Lleva una

semana organizándole una fiesta. Arabelle no es tonta y ha llamado a las madres de otras niñas para pedirles que acudan. Habrá payasos, comida y juegos. Si sus cálculos no le salen mal, al menos diez niñas vendrán a una fiesta donde Juliana será la protagonista. Se supone que las pequeñas tienen que llegar antes para que sea una sorpresa.

Mientras tanto, Juliana y ella toman un gran helado de chocolate. La niña no para de hablar de las cosas que quiere para su cumpleaños; «demasiado mimada», es lo que piensa la madre, pero sabe que la seguirá consintiendo porque es su naturaleza. Llegan a la puerta de casa y Juliana se asombra. Los globos del patio sobresalen por los muros.

—Mamá, ¿eso es para mí? —pregunta.

—Claro —sonríe Arabelle—, *¡corre a tu fiesta!*

La niña corre emocionada y, cuando abre la puerta, un sonoro «¡felicidades!» retumba en la acera. Arabelle está orgullosa de su obra y entra. Primero, y por puro protocolo, saluda una por una a todas las madres que han acudido. Las mismas conversaciones, las mismas falsedades, los mismos intereses. Está enfrascada en una charla en la que dos madres pelean por qué hija es mejor. La de una solo saca diez en los exámenes y es muy buena en música. La otra, además de las buenas notas y la música, es muy deportista. Las madres se pican y empiezan a mentir sobre lo que saben o dejan de saber sus niñas. Arabelle aprovecha un lapsus para marcharse de allí y servirse una buena copa de vino blanco. El payaso está haciendo su actuación y los niños ríen; entonces, una pregunta:

—*¿Quién es la cumpleañera?*

Ninguna respuesta. Arabelle se acerca inquieta, esperando al ver que su hija no sale por timidez, o eso piensa, pero enseguida comprueba que no está allí. Se marcha dejando al payaso sin saber qué hacer y sube a la habitación a buscar a su pequeña. Ahí está ella, leyendo un pequeño libro de cuentos.

—*¿Qué haces aquí?* —pregunta—. La fiesta es abajo.

—Lo sé —sonríe con timidez.

—Tus amigas están ahí.

—Esas no son mis amigas —dice con pena la niña—, si ni siquiera me hablan.

La madre vuelve sola a la fiesta. Siente deseo de gritar a las invitadas que están disfrutando de la fiesta de su hija, pero no lo hace porque son pequeñas. Las demás madres cuchichean mirándola, seguramente hablando de la rara de su hija. A ella le da igual, Juliana es especial. Como sospechaba

Arabelle, en cuanto la comida y los juegos han terminado, a todos les entra la prisa. Nadie se queda a la tarta como ella esperaba. Recoge el patio y prepara el salón para la fiesta familiar.

Raymond entra por la puerta con una gran caja con agujeros. La besa en los labios y pregunta por su pequeña, que ya baja al trote por las escaleras.

—¿Es ese mi regalo? ¿Me lo das?

—Se supone que hasta las doce no lo puedes abrir.

Raymond quiere que la niña insista; en el fondo está deseando dárselo. Arabelle piensa que en ocasiones su marido es más niño que Juliana.

—Aunque creo que si tienes un buen argumento te lo daré...

—Por favor, por favor, por favor —es todo el argumento que puede dar una niña pequeña mientras abraza a su padre.

Ya está. Le ha convencido. Juliana avanza hacia la caja y la abre rompiéndola en mil pedazos. En el interior, un pequeño «guau» le da la bienvenida.

—¡Una perrita! Papá, muchas gracias.

La niña la coge y la achucha como si fuera un peluche. El perro está asustado. Raymond mira a su mujer para ver su reacción, no se lo había consultado. Una sonrisa en el rostro de ella le demuestra que no se ha enfadado. Juliana está contenta y obliga a sus padres a que le pongan un nombre entre los tres. Al final, cómo no, gana el absurdo nombre de la niña: Pinini. Arabelle se pregunta de dónde habrá sacado esa idea. Juliana, como buena anfitriona, se lleva al perro para enseñarle la habitación que van a compartir. Mientras tanto, Raymond ayuda a su mujer a hacer la cena y le cuenta la historia del perrito. Una perra del trabajo había parido e iban a sacrificar a sus cachorros. Al final, entre todos los compañeros, se los han llevado y él ha escogido uno para el cumpleaños. Arabelle se siente orgullosa de la ternura de su marido para con los seres vivos. Piensa que Raymond es incapaz de ver morir a una mosca. Nunca sabrá lo equivocada que está.

La cena empieza y comen el pollo y las patatas. La comida favorita de la niña. Después preparan un biberón de leche para el cachorro. Cuando son las once y media, Arabelle saca la gran tarta de chocolate blanco y le cantan el cumpleaños feliz. Raymond canta muy mal, hace gallos para que la niña se ría. Es maravilloso observar lo feliz que es en familia. Juliana tiene que soplar las velas, pero antes su madre le recuerda algo:

—Tienes que pedir un deseo.

Imagina mil cosas y, tras darle vueltas a su cabeza infantil, sabe que lo que anhela ya está a su lado. «Que todos mis cumpleaños sean como este con mis padres». Durante algunos años, el deseo le será concedido. Después solo queda esperar hasta las doce para que el cumpleaños sea efectivo. Lo hacen comentando pequeñas anécdotas y riendo como locos. A las doce en punto, los padres se abalanzan sobre Juliana mientras se la comen a besos...

* * *

Al fin eran las doce. Me acerqué a la ventana y miré hacia mi estrella. Le quería decir muchas cosas, pero lo único que brotó de mi garganta fue un simple «*gracias, mi amor*», en respuesta a esa felicitación que no había escuchado pero sí sentido.

Me quedé un par de minutos pasmada frente al astro, imaginando cuánto tiempo podría estar él. Cerré los ojos con fuerza e imaginé su rostro, la sonrisa en sus labios, sus ojos verdes, su pelo rapado... Este año no había soplado ninguna vela, pero, aun así, pedí mi deseo: «Estar con Ishmael para toda la vida».

Llegaron voces desde el porche. No me atreví a mirar quién era, pero imaginé que se trataría de Alger y bajé alegre para celebrar mi cumpleaños con mi amigo. Abrí la puerta con ímpetu y lo que me encontré fue algo que no podía siquiera imaginar. Me quedé con la boca abierta, alucinada, como si aquello no fuera real. ¿Qué hacía él ahí?

—¿Te dije que hago los mejores regalos? —preguntó padre, pensando que había dado en el clavo.

Tragué saliva. Pero no de emoción, sino de desesperación. La persona que tenía plantada frente a mí era un factor con el que no había contado y que complicaría mucho las cosas. Los dos rieron pensando que estaba tan impactada que no sabía cómo reaccionar. Lo que de verdad quería era gritar de terror.

—Hola, mi amor. Estaba deseando volver a verte —fueron sus primeras palabras, y yo solo quise decirle que no se atreviera a llamarme así.

—Voy a por un vaso de agua —fue mi respuesta.

Los dos se miraron sin entender nada. Oí sus risas mientras estaba en la cocina. Debían de pensar que era como una niña pequeña que acababa de recibir el mayor sueño de su vida. «Calma, Juliana. Calma. No pasará nada.

Solo tienes que explicarle que las cosas han cambiado». No paraba de repetírmelo a mí misma, pero en el fondo sabía que no iba a ser nada fácil. Bebí alrededor de tres vasos de agua de un trago. Por beber. Sin sed. Hasta que no me quedó más remedio que salir y enfrentarme.

—Buenas, Louis —saludé con un hilo de voz.

Él se adelantó y me abrazó. En los meses que no le había visto había aumentado de volumen y su rostro se había curtido. Me miró con sus ojos azules fríos como el acero y me besó. Sentí repugnancia y me aparté, aunque disimuladamente.

—No tengas vergüenza porque esté aquí el viejo de tu padre —dijo Raymond mientras también se acercaba —, sabía que te haría mucha ilusión.

Yo no contestaba. Simplemente estaba bloqueada.

—No sabes los hilos que he tenido que mover para que tu joven regrese aquí con un ascenso, pero finalmente lo he logrado, y en menudo día.

Ambos reían a carcajadas, pero todo mi pequeño mundo se venía abajo. Todo por lo que había luchado se desvanecía poco a poco.

—Te he traído un pequeño regalo que te daré mañana en la comida que he organizado —anunció Louis mientras agarraba mi mano, inerte.

—Tengo que ir a la fábrica —me excusé escudándome en lo único que me importaba.

—Ya te lo había dicho, se ha vuelto muy trabajadora —le comentó mi padre orgulloso.

—Ahora que yo estoy aquí no tendrás que trabajar más —prometió, como si eso fuera a hacerme feliz.

—Pero no he avisado a nadie de lo de mañana —intenté decirle mientras él me estrujaba hasta hacerme daño.

—Hablaré con Alger, cuando le cuente de qué trata tu regalo, no se podrá quejar, ¿verdad, Raymond? —le guiñó un ojo a mi padre; ¿desde cuándo se tuteaban?

—Creo que este año me vas a ganar. Mañana va a ser el día más feliz de tu vida, Juliana.

Dudaba de que supiera lo que era la felicidad para mí. Y así, elevando la vista a mi estrella, supliqué a Ishmael que me ayudara.

CAPÍTULO 26

Un pitido me demostró que mis esperanzas de que todo hubiera sido un mal sueño no tenían sentido. Necesitaba, sin contar la verdad, dejar claro a Louis que las cosas habían cambiado y yo ya no estaba con él. Un joven me esperaba en el coche. No le conocía, Louis no había tardado en empezar a utilizar su situación de preferencia. No tenía mucha idea de lo que había hecho, pero no dudaba de que ese día me enteraría de sus historias al menos siete veces.

No tardamos en llegar al edificio donde vivía Louis junto con Alger. Mi joven chófer me indicó que Louis estaba en la sala de los juegos, así que me dirigí hacia allí. La primera imagen que se me presentó fue de lo más graciosa. Louis estaba rodeado de decenas de compañeros, que le miraban como bobos y reían exageradamente como locos. Daba la sensación de que hablaba subido en un escenario y los demás habían acudido a ver su obra. Por supuesto, no faltaban sus fans enfebrecidas. En el lado izquierdo había una escasa decena de mujeres con una risa tonta y bastantes amagos de aplausos. No le quitaban el ojo de encima y se habían puesto sus mejores galas en un intento de conquistarle, que, por supuesto, yo deseaba fuera fructífero.

Me acerqué lentamente para no interrumpir su discurso, pero él no tardó en percatarse de mi presencia. Mostró una sonrisa ancha, aunque en el fondo creo que le molestó tener que cortar durante un minuto su protagonismo.

—Ya ha llegado mi dama. Juliana, ven conmigo.

Como si yo fuera un perrillo, me acerqué instantáneamente. Noté como los chicos silbaban en un intento de ser graciosos y me saludaban con mayor efusividad que en las pocas ocasiones en que los había visto. Hasta Hess me miró como si fuera su mejor amiga. Por otro lado, las mujeres reaccionaron de manera un tanto diferente. Me sonrieron, por supuesto, pero no pude evitar ver cómo me analizaban y mataban con la mirada. Todo se me venía encima y solo quería salir de allí. Una vez a su lado, me volvió a besar de una manera demasiado efusiva para llamar la atención de sus compañeros, que empezaron a soltar bromas de machitos.

—Si no te importa, termino de contar mi historia antes de comer —me dijo entre susurros Louis, y yo no dudé en asentir.

Todo el tiempo que estuviéramos allí no lo pasaría a solas con él. Me situó a su lado, pero no tardó en dar dos pasos hacia delante para que no pudiera eclipsarle en ningún instante. Me sentía como la primera dama que espera entre bambalinas, quieta, a su lado, sin nadie que se percate de que está allí. Invisible. Era como si Louis tuviera un foco y yo estuviera sumida en la oscuridad. Todos los ojos le miraban expectantes, ensimismados en el interesante relato que se disponía a retomar. Solo un joven me observaba a mí y pronto descubrí que se trataba de Alger. Como siempre, se le veía incómodo en compañía de sus compañeros, como si no pintara nada, como si fuera un extraño allí dentro. Pero esta vez me miraba con un dolor que me destrozó. Supuse que verme con Louis le hería profundamente y quise gritarle que yo no le quería, que quería a otro. No sabía si algún día podría confiarle a Alger mi historia con Ishmael. No podía tener la certeza de que la aceptaría. Estaba segura de que lograría que no le importara el tema de que fuera judío, me costaría, pero el resultado sería la aceptación. Sin embargo, tenía claro que él me amaba profundamente y aceptar que otro hombre compartiera su vida conmigo debía de ser muy duro.

Amar a Alger claramente habría sido la mejor opción y la más racional, pero yo le quería de una manera muy distinta. No voy a negar que en ocasiones, durante mi alejamiento con Ishmael, intenté fomentar un amor hacia su persona que no surgió; Ishmael se había adueñado demasiado de mí en todos los sentidos.

—Bueno, me había quedado explicando mi labor. Perteneecía al grupo de espías en busca de los judíos escondidos. Mi primer destino fue en un pueblo a las afueras de Berlín. Allí actuaba de uniforme con los perros. Iba con un batallón por fábricas perdidas o casas abandonadas, donde encontramos a numerosas familias viviendo juntas. —Todos esbozaron una exclamación—. Era asqueroso ver las condiciones de vida que tenían estas personas. En ocasiones, los muy pillos intentaban comprarte con las posesiones familiares que tenían, con oro y dinero. Como si me pudieran comprar, eran tan ilusos que no sabían que igualmente todas sus posesiones pasarían al régimen sin necesidad de traicionarlo. Así pasé unos meses y la verdad es que era muy intenso. No teníamos horarios, pero nos gustaba actuar de noche, era cuando menos atentos estaban. Debido a mi gran efectividad —se le hinchó el pecho

de orgullo y las mujeres suspiraron—, pronto me enviaron a unas actividades con más responsabilidades.

—¡Al final serás un jefe! —gritó una de las chicas, y los demás rompieron en un gran aplauso.

—Eso espero, no quería decirlo, pero el mismísimo Himmler me felicitó personalmente —se interrumpió dejando entrever la magnitud de sus palabras—. Mi siguiente destino fue en los Países Bajos, Ámsterdam concretamente. Tenía que localizar a los judíos escapados, pero de una manera un tanto diferente. No sé si lo sabéis, pero muchos de los nuestros ayudan a los judíos a esconderse, personas que merecen, desde mi punto de vista, más castigo si cabe que los propios judíos...

No sé por qué, pero me puse nerviosa al sentirme identificada con esas personas. Tuve miedo al observar la manera tan tajante en que sentenciaba que merecían un castigo aún peor.

—¿Cuál es el castigo para ellos? —preguntó Hess en otro intento de llamar la atención de Louis.

—Por supuesto, les mandamos a campos como a los judíos, pero con una nota para que los hagan sufrir un poquito más.

—¡Eso es justicia! —gritó una joven, a la que reconocí como Layla. No la veía desde hacía meses, pero cada vez parecía más una bestia de un cuento de terror.

—Nosotros somos muy justos —dijo Louis, que por primera vez me miró y me guiñó un ojo—. En Ámsterdam iba de paisano por el día y de oficial por la noche. Los judíos que están escondidos con ayuda son mucho más difíciles de localizar —sentenció con rabia—, por ello decidí que la mejor manera de hacerme con ellos era fingir ser un traidor y hablar con el pueblo libre. Todos los días acudía a las tabernas principales y opinaba sobre el régimen, no era muy descarado, pero dejaba entrever que era contrario a su ideología. Así, en poco tiempo, lograba averiguar quiénes eran fieles al régimen y quiénes no. Por supuesto, me alejaba de nuestros camaradas honorables e intentaba acercarme a aquellos que podía pensar que se oponían. Costaba un mes, puede que dos, ganar su confianza. Todo dependía de su inteligencia y de sus ganas de ser cómplices —hizo una pausa y dio un largo trago a su cerveza negra—; luego todo era muy sencillo. El primer día, uno me decía que tenía que dejar comida escondida en un punto de la ciudad sin llegar a informarme de dónde estaban ocultos los judíos. Yo aceptaba con

mucho orgullo, fingiendo que me sentía muy ilusionado de ser útil. Las conversaciones con los traidores eran asquerosas.

—¿Cómo aguantabas? —preguntó Layla insinuándose con miradas.

—Con mucha cerveza negra —respondió con una broma que sus compañeros celebraron con un brindis.

—¡Por nuestro mejor actor, Louis! —gritó uno.

Tras beber, Louis siguió con su historia:

—Un día, cuando ya estaba pensando que no iba a ser capaz de lograr mi misión, uno de los traidores se puso enfermo y me mandó llamar a su casa —cambió el tono de voz con un deje de burla—: «Estoy muy enfermo y necesito alguien que se haga cargo de mis protegidos. Solo confío en ti, Louis, tienes el alma limpia. Te diré dónde están y te daré nombres de otras personas en mi situación para que te ayuden... ». Todo mi trabajo tenía por fin un resultado. Puse cara de circunstancias y le pregunté sobre los judíos escondidos. «Eran amigos de la familia desde hace mucho tiempo..., dos niñas muy listas y unos padres. También hay un médico y otra familia con un chaval. A las niñas les gusta mucho leer, así que cuídalas y lleva libros». «Por supuesto », contesté yo, y el estúpido me agarró del brazo llorando de la ilusión. «Gracias, Dios lo tendrá en cuenta».

—¿No te entraron ganas de escupirle y molerle a palos? —preguntó Hess.

Yo ya empezaba a ver cómo mi vista se nublaba empatizando con ese anciano que en su último aliento había confiado en una alimaña llamada Louis.

—Claro, por eso digo que era un trabajo muy difícil. Mis compañeros habrían ido esa misma noche a por los judíos y habrían encarcelado a nuestro traidor, pero yo fui más listo. —Por un momento tuve esperanzas en que el anciano y las familias escondidas no sufrieran—. Mi plan fue más elaborado. Ayudaría a los judíos —todos le miraron con extrañeza—, fingiría ser uno de ellos y conocería al resto de las personas que les ayudaban, quería ser la persona en la que más confiaran todos y, una vez supiera los escondites de cada uno de ellos, los mandaría donde se merecían.

—Eres tan listo... —suspiró otra de las mujeres, y no pude evitar poner una cara de asco que los demás interpretaron como celos.

—Los asquerosos eran listos..., no confiaban en nadie..., no decían el escondite. Tuve que esforzarme e incluso inventar una insurrección contra mi gran Führer Hitler. Hubo momentos en los que casi tiré la toalla —pronunció

con pena, como si eso fuera una tragedia—, pero luego pensaba en mi futuro y cogía fuerzas. Bueno, en nuestro futuro —me miró, y se me revolvieron las tripas—. ¿Y qué pensáis, lo logré o no? —añadió, como si fuera un espectáculo, un mitin político en el que los votantes tenían que interactuar.

—¡Sí! —gritaron excitados al unísono y, con la fuerza que da la confianza de sus votantes, comenzó un relato.

* * *

Louis está desquiciado, siempre ha logrado lo que se ha propuesto y ya lleva meses en Ámsterdam y aún no tiene lo que busca. Todos sus compañeros o, mejor dicho, su competencia, han encontrado al menos a dos familias judías y él por ahora no ha logrado mandar a nadie. Ganarse la confianza de los protectores de los judíos no es una tarea tan fácil como esperaba. Con el anciano no tardó, porque estaba enfermo y necesitaba aferrarse a cualquier cosa, así que no tiene mérito. Los otros hablan y comparten opiniones, pero nunca revelan el gran secreto que Louis se muere por oír. Ese día va a tirar la toalla. Capturará a los judíos a los que ha estado ayudando y al viejo decrepito. Piensa que sus objetivos se han visto truncados. Menos mal que está con la hija del jefe de Auschwitz y eso le ayudará en su futuro.

Va a la taberna donde se reúne con el resto de los traidores y decide que al menos los mandará a un campo de concentración para que sufran por no haberle dado lo que él buscaba. Contempla la tortura como un medio para sacarles la información; aunque una parte de él sabe perfectamente que no cantarán, podrá calmar su frustración con ellos.

Sin embargo, como siempre, parece que la suerte se pone del lado de Louis y eso se manifiesta con la llegada sulfurada del «líder» de los traidores, Adiv.

—Han detenido a Dror —anuncia en la taberna.

Louis permanece quieto observando hacia dónde le llevará ese nuevo acontecimiento. Es como un depredador esperando a que su víctima le dé la mínima oportunidad de zampárselo. Como siempre en estos meses de actuación continua, finge preocuparse por los suyos y sus protegidos. Intenta dar con un plan que les ayude a salir de esa situación. Sin embargo, un

pensamiento ronda su cabeza. ¿Cuál de sus competidores se habrá apuntado el tanto de descubrir a Dror?

—¿*Quién era el espía?* —pregunta fingiendo estar conmocionado.

—Ademaro.

«¡*Mierda!*», *piensa en su fuero interno*. Ademaro es competencia directa y, por lo que se ve, bastante listo el cabrón. Se plantea incluso meterle un tiro algún día mientras duerma. Louis se levanta para comenzar a golpear al hombre que tiene enfrente cuando de su boca brotan las palabras que más ha querido escuchar y en las que ha puesto todo su esfuerzo.

—Ademaro nos conocía a todos menos a ti —dice Adiv mientras pasea nervioso de un lado para otro—, no tardarán en venir a detenernos y nuestros protegidos quedarán desamparados. Confío en que ninguno de mis hombres traicione a su protegido aunque sobre *él* caiga la peor de las torturas...

—Por supuesto —se muestra comprensivo Louis, afilando los dientes y casi babeando de la emoción—, yo nunca lo haría —pone cara de niño bueno y se pellizca el muslo para que una lágrima brote de sus ojos.

—Sé que juré que no se lo daría a nadie, pero tiempos desesperados merecen medidas desesperadas —sostiene Adiv temblando con el temor propio del que sabe lo que le espera—. Si no te doy las localizaciones, no podrás ayudarles cuando nos hayan capturado.

—Aceptaré tu decisión —ofrece Louis nervioso e impaciente por darle un bocado al pastel que acaba de ganar. Finge entender perfectamente a Adiv, para que este confíe en él. Es consciente que se debate entre el todo o nada.

—Louis, vas a tener una responsabilidad muy grande. Tendrás que volver a organizarte y ayudar a esos pobres. Tienes que comprometerte a morir por la causa y, como ya sabes, «solo Dios nos juzgará».

—Claro —acepta mientras su mirada empieza a tornarse como la de una serpiente.

Adiv se marcha a la habitación a por el documento más peligroso que nunca ha tenido: las localizaciones de decenas de judíos escondidos en la ciudad. Sabe que esa noche va a morir, pero por lo menos conserva la esperanza de que el joven Louis le ayudará y su muerte no habrá sido en balde cuando los judíos sobrevivan a la guerra. Louis espera abajo con nerviosismo, sabiendo que le han venido las mejores cartas para ganar la partida.

—Toma —dice Adiv entregándole el trabajo de los últimos años mientras se gira para beber un vaso de agua.

El libro desprende un halo de luz que ciega a Louis, que lo arranca sin piedad. Casi llora por el descubrimiento que tiene entre las manos. «Todo trabajo da su recompensa», piensa emocionado. Entonces se da cuenta de un detalle, ya no tiene que fingir. Odia tanto a los traidores que decide darse un premio antes de marcharse a contar a su batallón lo descubierto e ir a por los judíos. Mientras Adiv se gira, Louis le golpea con un vaso en la cabeza.

—*¿Qué haces?* —pregunta este con el terror clavado en el rostro.

—Lo que deseaba hacía mucho tiempo, machacarte. Ademaro no es el único espía —disfruta con el horror que sus palabras producen a Adiv. Le golpea pero no le mata, antes quiere que vea algo, merece un sufrimiento mayor. Llegar ante los jefes y ofrecerles ese libro es lo mejor que le ha pasado en la vida. Ve sus caras y oye sus palabras: ascenso mañana mismo.

Organizan al ejército y parten a por todos los judíos que aparecen en la lista. Casa por casa. Ninguno quedará libre. Solo hay una persona que viaja con ellos que no pertenece a las SS, Adiv, sujetado por los fuertes brazos de Louis, que quiere que sufra viendo cómo va a morir por nada. Louis siente alegría al descubrir todos los escondites y al comprobar que, sin su ayuda, pues estaban bastante bien elaborados, nunca habrían dado con ellos.

Deja un lugar para el final. Quiere hacerlo él mismo. Lo necesita. Es donde empezó todo. Una fábrica a la que ha tenido que ir mil veces a ayudar a los judíos para poder fingir ser su protector. Rememora con asco cómo las niñas le empezaban a coger cariño y esperaban contentas a que acudiera con libros. Cómo el anciano médico le tuteaba o cómo los padres le pedían que trajera más comida. Allí es donde todo tiene que terminar, pero antes quiere que el anciano enfermo sea llevado junto a él. Mientras entra con los perros y custodiado por decenas de soldados, sonrío pensando en que todo ha acabado. Va al despacho por el que ha entrado miles de veces a su escondite. Por supuesto, ninguna luz ni ningún ruido por parte de los inquilinos escondidos. Quiere subir él solo y da la orden de que pasados cinco minutos suban los demás con el anciano y Adiv. Como siempre, las dos niñas salen a su encuentro ilusionadas, pero algo frío en el rostro de Louis hace que retrocedan y tengan miedo.

—*¿Ya no me queréis?* —pregunta con una voz tan desagradable que produce temblores hasta en el padre de las jóvenes—. He esperado tanto este día que creo que voy a correr de la emoción.

Mientras todos se arremojan y se temen lo peor, algo se rompe tras ellos y decenas de soldados con armas irrumpen en la estancia sedientos de su

vida. Las familias se unen y gritan, reciben golpes y no se separan. Al final, pese a la resistencia, los soldados son más fuertes y los apartan. Niños y mayores gritan, se estremecen y se mean encima. Louis sonríe al anciano enfermo.

—Gracias, sin ti nada de esto habría sido posible. Les hemos matado a todos juntos.

El hombre llora y empieza a convulsionar. Le ha dado un ataque al corazón, mira a sus judíos y muere pronunciando una disculpa a cada uno de ellos. El último nombre que dice con todo el pesar es Anne...

* * *

—¡Qué suerte tuviste! —gritó Hess emocionado con el relato.

—No se llama suerte, se llama ser profesional —dijo Layla mientras le guiñaba un ojo a Louis.

—Por supuesto —afirmó Louis con una sonrisa—. Luego todo fue muy sencillo, recibieron su castigo junto a sus propias familias y yo recibí los agradecimientos de los altos cargos —dijo con orgullo.

—¿Qué pasó con los judíos? —pregunté yo conteniendo mis sentimientos—, con Anne... —rememoró ese último nombre y al anciano que lo pronunciaba.

—Con los judíos... —se giró mirándome extrañado, como si yo no tuviera que hablar y fuera solo una marioneta situada detrás de él—, fueron a diferentes campos, y la judía Anne...

—No sé cómo puedes recordar su nombre, Juliana —interrumpió Layla mirándome con desdén—. Además, ¿qué más da lo que ocurrió con ella?

—Si a mi chica le interesa, yo se lo digo —la cortó Louis, que se había tomado mi pregunta como interés hacia lo que había hecho en mi ausencia—. Creo que primero estuvo aquí y la trasladaron a Bergen-Belsen, tenía fiebre o algo así...

Sin mediar palabra, comencé a correr hacia los lavabos para expulsar la agonía en forma de vómito. Lloraba desconsoladamente mientras recordaba cómo Louis había hecho daño a decenas de personas y eso le había valido un ascenso. No pude evitar sentir tristeza por Anne, aunque no la conocía, imaginándola en el mismo hospital sucio donde mi Ada nos había abandonado. Intenté limpiarme la boca y la cara en el lavabo, aún con la

congoja matándome por dentro. No podía hacer nada para evitar todo lo que sucedía a mi alrededor y eso, tarde o temprano, acabaría conmigo. Solo veía la luz porque tenía a Ishmael, debía aferrarme a él e impedir que formara parte de la narración de ninguna de estas macabras historias. Cuando abrí la puerta, alguien me estaba esperando fuera. No era Louis, sino Alger. Mantenía su mirada vacía y triste, pero se acercó a mí.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con precaución.

—Ya no puedo soportar esto, ¿cómo lo haces tú? —afirmé.

Alger se disponía a abrazarme cuando un carraspeo nos interrumpió. Louis estaba detrás, con una mirada cargada de odio hacia Alger.

—Gracias por venir a ayudar a «mi dama» —puso énfasis en las dos últimas palabras—. Me han informado de que en mi ausencia has cuidado muy bien de ella, pero ahora que he vuelto no hace falta que sigas haciéndolo. Ya me encargo yo —y le dirigió una mirada de enfado.

—Está bien. Me marchó. Adiós, Louis. Adiós, Juliana —dijo mientras me pedía perdón por dejarme sola.

Mis ojos lo siguieron hasta que cruzó el umbral de la puerta.

—¿Qué te ha pasado? —me preguntó Louis mientras me abrazaba de manera fría.

—Nada, me encontraba mal. Algo de la cena, supongo.

—Espero que eso no te impida comer, y haz el favor de comportarte delante de los demás.

—Claro, lo siento —asentí sin rebelarme.

Regresamos al escenario entre miradas recriminatorias hacia mi persona, por haberle quitado el protagonismo al héroe Louis.

—Mi dama, que está un poco mala. Los nervios por mi regreso —afirmó él, y todos sonrieron con precaución.

—Propongo un brindis. ¡Por Louis, nuestro mejor espía! Es un honor tenerte entre nosotros.

Todos levantaron su cerveza y gritaron: «¡Por Louis!». Él fingió emocionarse y, tras llamar la atención, bebió un largo sorbo de su cerveza dejando tan solo un poco en el vaso.

—Ahora, sintiéndolo mucho, me tengo que marchar con Juliana a darle su regalo de cumpleaños. —Todos rieron como si fueran concedores de este y las mujeres enrojecieron con odio—. No le digáis nada, que ella aún no sabe cuál es su sorpresa —añadió con complicidad.

La comida iba a celebrarse en un salón en el mismo recinto, reservado para nosotros dos. Solo había una mesa con dos sillas en el centro. La mesa estaba coronada por tres hermosas rosas rojas y unas velas que debían dar romanticismo al momento. Louis me apartó la silla para que me sentara. Después silbó y un camarero apareció transportando dos platos cubiertos que colocó delante de cada uno de nosotros. A continuación los descubrió y vi que había dos filetes.

—Es buey. Mi comida favorita —dijo Louis—. ¿Te gusta?

—Sí —respondí sin apetito.

—Me alegra que hayas estado en la sala mientras hablaba de mi trabajo. Que sepas que en todos estos meses pensar en ti era lo que me daba fuerzas mientras estaba con los desleales.

—Gracias —pronuncié sin saber qué contestar, asqueada por el hecho de que mientras hacía el mal pensara en mi persona.

—Te noto cambiada, Juliana —observó, y yo tuve miedo de que descubriera por qué—, supongo que el trabajo te habrá alterado, pero, tranquila, ahora que he vuelto no tendrás que hacerlo más.

—A mí me gusta trabajar —hablé sin haber dado ni un bocado a mi comida. No podía permitir que me quitara lo único por lo que vivía.

—Supongo. Te habrá mantenido la cabeza despejada y te habrá ayudado a no sufrir por mi ausencia, pero ya estoy aquí y eso lo cambiará todo.

—Me gustaría seguir haciéndolo —casi supliqué.

—Pero no lo vas a hacer, y menos después de hoy. ¿Cómo crees que verían los demás que mi dama tuviera que trabajar? No quiero que parezca que no puedo hacerme cargo de ti. No, no trabajarás más —concluyó mientras yo me rompía en mil pedazos.

—Por favor, déjame trabajar en esta última campaña que ya he empezado. Solo serán dos semanas más —mentí.

—Bueno, esta última campaña y ya. Además, a partir de hoy tendrás muchas cosas que hacer fuera —sonrió.

La comida siguió en esa misma línea. Yo apenas probé bocado y me dediqué a escuchar una y otra vez su relato, que hacía que se me revolvieran las tripas. Finalmente el camarero se acercó con un gran pastel de fresa.

—Creo que es el momento de que te dé tu regalo.

No podía ni imaginarme lo que sería, pero él parecía muy seguro de sí mismo, como si me conociera y supiera qué me podía gustar y qué no. Sacó una cajita pequeña del bolsillo de su chaqueta y me la tendió. Mis manos

temblaban haciéndose a la idea de lo que podría contener. La abrí con lentitud ante la desesperación de Louis, como si el hecho de prolongar el momento pudiera eximirme de él. Mis peores temores se hicieron realidad y un llanto clamó en mi garganta. En el interior de la caja solo había un anillo con un gran diamante.

—¡Nos casamos, Juliana! —no era una petición, sino la confirmación de un hecho—. He estado organizándolo con tu padre y ya solo quedaba que lo supieras tú. —Esperó mi respuesta, pero yo solo podía llorar más y más—. Estás emocionada, ya se lo dije a tu padre. Este era el mejor regalo que te podíamos dar. Por eso te decía antes que no ibas a disponer de tiempo —empezó a darme mucha información a una velocidad vertiginosa—. Tienes que prepararlo todo. Además, hay otra sorpresa: todos los altos mandos vendrán, puede que incluso Hitler.

—Ah —fue lo único que mis fuerzas me permitieron decir.

—Todos los chicos casi se mueren cuando les he dicho esto. Bueno, todos no... —miró hacia otro lado—. ¿Sabes qué? Creo que a Alger le gustas, pero no te preocupes, que me encargaré de eso.

—Vale —asentí abandonándome a mí misma.

—En cuanto a lo de trabajar, entenderás que después de ser mi esposa vas a desempeñar otras funciones y no puedo permitir que te vean por ahí en la fábrica. ¡Bastante tendrás con las cosas de la casa y los niños! Supongo que te hará mucha ilusión criarlos como una buena esposa...

Esposa fue la última parte de su intervención que escuché. Mientras hablaba recordé la Liga de las Muchachas Alemanas, ese sitio al que acudí mientras los chicos iban a las Juventudes Hitlerianas. Fue allí donde me enseñaron que mi máxima aspiración era hacerme la señora de la casa y criar muchos niños arios. Fue ahí donde descubrí que mis esperanzas de dedicarme a algo más que limpiar y criar retoños eran contrarias al régimen y que yo estaba equivocada. Mi mayor temor se había cumplido y no tenía elección. No en esa época. Soñaba con un mundo en el que las mujeres pudieran elegir su futuro, pero ese mundo no llegaría lo suficientemente rápido para mí. Padre me había dado mi tiempo antes de buscarme un marido de su gusto. Incluso cuando llegué aquí me dejó elegir. La culpa era solo mía por haberme fijado en Louis al principio; ahora todo estaba en marcha y yo no lo podía parar. Sin embargo, debía una explicación a alguien y eso no iba a poder aguantarlo.

Llegar a escondidas al despacho donde pronto dejaría de trabajar no me costó nada. Girar el pomo y entrar fue algo más complicado. Me disponía a acabar con sus esperanzas y las mías y no tenía el valor ni las ganas para hacerlo. Solo deseaba llorar y que él me salvara de las garras de Louis, pero sabía que no era posible, y que así solo conseguiría que Ishmael se sintiera mal.

Abrir la puerta y verle tampoco me ayudó a reunir fuerzas para lo que me disponía a hacer. Ishmael me recibió con su sonrisa cálida, levantándose casi al instante para acudir a mis brazos. No debí dejar que sucediera, pero sus ojos verdes me hipnotizaron y respondí a sus besos con uno tan agresivo que me partí en dos. Tal vez fuera el último, y lo tenía que aprovechar. Me abrazó como siempre hacía mientras me preguntaba:

—¿Dónde te has metido? ¡Me has tenido todo el día preocupado por si te había pasado algo!

Yo sonreí amargamente y, sin pronunciar palabra, me dirigí al sofá y me senté. No quería desmayarme en mitad de mi discurso. Él hizo lo propio y, confundido, me siguió.

—¿Qué ocurre, Juliana? —estaba preocupado.

—Tenemos que hablar —respondí con un hilo de voz mientras escondía en mi espalda la mano con el anillo.

—Te escucho.

Ya no estaba alegre, sino a expensas de mis palabras.

—Yo... lo siento... —la voz me temblaba y, con cuidado, saqué la mano con el anillo—. Louis ha vuelto.

Ishmael escuchó mi revelación y miró mi dedo revestido con una cinta de oro. Un torrente de sentimientos cruzó su rostro.

—Entiendo —dijo al fin amargamente.

—¡No tengo elección y lo sabes! No quiero, pero debo casarme con él —intentaba justificarme.

—Y me parece bien.

—¡No mientas y dime lo que piensas! —me desesperé.

—No te miento —me aseguró con los ojos rojos—, creo que te debes casar con él.

—¡No puedes hablar en serio! —grité mientras caía un botón de mi vestido—. ¡No quiero oír eso! ¡Pídeme que no lo haga!

—No puedo —contestó abatido.

—¿Por qué? —pregunté con desesperación. El drama desbordaba ese momento.

—Porque te quiero y esto es lo mejor para ti...

—No puedes decirlo en serio. ¡Te lo prohíbo! ¡Es un monstruo! Lo mejor para mí es estar contigo. —La conversación no estaba siendo en absoluto la que yo esperaba. Pensé que suplicaría y que yo sería la racional, y lo que ocurría era totalmente lo contrario.

—Escúchame, por favor —me pidió mientras me agarraba las manos—, estar contigo aquí es lo mejor que me ha pasado. Me ha devuelto la vida —una lágrima recorría su precioso rostro inescrutable—, pero ambos sabíamos que esto no tenía futuro. No ahora, no aquí, no en este momento —sentenció.

—¿Así que te rindes? —sabía que mi pregunta era egoísta, pero no quería perderle.

—Si te lo quieres tomar así..., sí, me rindo —debió de notar que me desencajaba, porque añadió—, y no porque no quiera estar contigo, sino porque no puedo. Yo soy un prisionero y cualquier día puedo morir, y eso no depende de ti.

—No me digas eso —no concebía un universo donde Ishmael no estuviera.

—Sabes que es verdad. Además, no tengo nada que ofrecerte. Nunca tendremos un hogar, nunca tendremos hijos... Solo puedo darte encuentros furtivos en esta sala mientras el destino no se tuerza... o muera o me envíen a otro lado. Te mereces una vida real y Louis te la puede dar.

—No quiero tener una vida real o imaginaria si no es contigo.

—¿Y qué quieres que te diga? ¿Te parecería bien que te pidiera que dejaras todo de lado y tuvieras una mierda de vida por mí?

—Exactamente, eso es lo que quiero que me pidas y es lo que yo estoy dispuesta a darte —dije aferrándome a su camisa hasta arrancarle un botón.

—Pues no lo voy a hacer. Vive feliz. Deja de ser una niña y acepta la realidad que nos rodea —pidió serio mientras se alejaba de mí.

—Probablemente tú mueras en esta guerra y yo no. Supongo que viviré muchos años en mi cuerpo, pero mi alma me abandonará en el momento en que me aleje de ti. ¿Estás dispuesto? ¿Quién dijo que vivir era felicidad y no una tortura por no estar a tu lado?

—Estoy dispuesto a aceptarlo. La vida es muy larga y acabarás por aceptar la situación. Además, no hay otra opción, tú misma lo has dicho, no es una elección, es una obligación. —Se levantó y empezó a mirar por la

ventana mientras su pecho se movía arriba y abajo a una velocidad que me asustó.

Estaba destrozada, sentada en el sofá con la cara entre las manos. Tenía que encontrar una solución, pero o no había o yo no la veía. La desesperación me partía el pecho en dos. Me sentía tan cerca y a la vez tan lejos de él que me daba miedo. Si no era capaz de aguantar un instante, menos soportaría toda una vida. Las soluciones locas llegan en momentos desesperados y yo me aferré a lo que consideré obvio. Me levanté lentamente hasta ponerme a su lado y, muy despacio, me arrodillé.

—Cásate conmigo —supliqué.

—¡Levanta y deja de decir tonterías! —gritó enfadado—. ¿Te crees que es fácil para mí lo que estoy haciendo? No me lo pongas más difícil, por favor...

—No es ninguna tontería. Yo, Juliana Stiel, te pido...—balbuceé—, te suplico que te cases conmigo.

—¿Y cómo nos casamos? —dijo con ironía, pero entreví una puerta a la esperanza.

—Díselo a cualquier compañero tuyo. Nos casaremos ante tu Dios y el mío; así, aunque tenga que hacer la pantomima con Louis, no tendrá validez, a los ojos de Dios tú y yo seremos marido y mujer.

—¿Crees que un Dios que no se preocupa de estas barbaridades va a estar atento a nuestro matrimonio?

—No lo sé, pero necesito creer más que nunca. Necesito darte el sí quiero y confiar en que esta sea mi boda. Quiero unir mi destino al tuyo de una manera que nadie en la tierra pueda cambiar.

—¿Te das cuenta de que ni siquiera tengo una alianza que ofrecerte? —dijo mirando mi mano con el anillo.

—¿Crees que me importa la alianza? —me lo arranqué y lo tiré al suelo.

—Sé que no —dijo finalmente.

—¿Te casarás conmigo? —pregunté.

Ishmael se quedó pensativo. Quería introducirme en sus deliberaciones y obligarle a que la respuesta fuera un sonoro sí. Introduje las manos en mis bolsillos y palpé dos botones. Los saqué y se los mostré. Uno era precioso y dorado, el otro blanco y desgastado.

—Botones.

—¿Qué? —preguntó.

—Nos casaremos con los botones. Es algo que ambos tenemos y para mí será mejor que el diamante más caro de la historia.

—Juliana... —dijo mientras me acercaba a él—, ¿qué he hecho yo para tener esta suerte en la vida?

Me pareció irónica su frase después de todo el sufrimiento que había pasado. Me hundí en su pecho y lo abracé con fuerza para que no escapara de mí.

—¿Te casarás conmigo? —pregunté respirando de él.

—No tengo otra opción —rio.

—Organízalo para mañana. Conseguiré que os saquen de aquí a ti y a unos compañeros, y nos casaremos.

—Que Dios decida si acepta esta locura. Si no hay fe, no puede haber milagros —aseguró sonriendo.

—La aceptará, no tendrá más remedio.

Poco a poco me separé de su torso para encontrarme con sus labios. Ese sería nuestro último beso antes de convertirme en su mujer. Estaba completamente segura de la boda. ¿Qué es lo que quería Dios de las parejas que se prometían? Que hubiera amor, y eso rebosaba en nosotros. Me casaría con él y ninguna otra ceremonia tendría validez.

CAPÍTULO 27

Regresé al barracón sin poder evitar una risa tonta cada vez que me acordaba de ella. Definitivamente me había enamorado de una persona que no estaba bien de la cabeza y me encantaba su locura. Cómo se había arrodillado ante mí para pedirme matrimonio y casi me había obligado a ello. Yo deseaba casarme con ella, pero no entendía el «matrimonio» que Juliana me había ofrecido desesperada. Sabía a ciencia cierta que confiaba en que su idea era factible y real. Se había aferrado de una manera enfermiza a la idea de que Dios nos protegería y dotaría de validez nuestra aventura. No pude evitar alegrarme cuando comprendí que no se iba a quedar de brazos cruzados ante la situación que le imponían desde fuera. Pese a que las palabras que brotaban de mi boca decían lo contrario, yo deseaba con todas mis fuerzas que ella se opusiera y no dejara que mi determinación fuera nuestro final.

Ya no confiaba en Dios. No podía después de que hubiera permitido tanta desgracia. Sin embargo, sabía que si me casaba con Juliana, a su modo, no se sentiría culpable de la boda que tendría que aceptar un tiempo después y con eso me bastaba. Juliana sería feliz imaginando que era mi esposa y que estábamos engañando al sistema.

Tenía que contárselo a mis compañeros, puesto que ella quería que acudieran y nos casaran. No tenía claro cómo empezar a planteárselo y menos después de mi alejamiento las últimas semanas. Comencé por seleccionar a los elegidos de mi confianza y supe que quería que Nathan, Ivri, Eleazar e Isajar me acompañaran. Me habría gustado que viniera Alberto, pero no sabía hasta qué punto se podía confiar en un niño tan pequeño. Cuando llegué al barracón, corrí a su encuentro con una sonrisa nerviosa.

—Necesito hablar con vosotros —anuncié. Tenía miedo de que no quisieran. No les culpaba, ya que no era para menos. Había descuidado su amistad durante demasiado tiempo y no era de extrañar que las cosas se hubieran enfriado.

—Vale —contestó Ivri con precaución, y detrás de él todos asintieron.

Nos apartamos un poco de los oídos indiscretos. Notaba la curiosidad de mis amigos y no los quise hacer esperar. Mi único deseo era que me perdonaran, comprendieran y ayudaran.

—Tengo que pedirlos un favor que os pondrá en peligro. Sé que no he sido la mejor persona estas semanas, pero necesito vuestra ayuda. Por favor, escuchadme y decidid lo mejor para vosotros. Entenderé cualquier postura que toméis —dije serio.

—Te escuchamos —aseguró Eleazar con una sonrisa que me infundió confianza.

—Tiene que ver con Juliana..., la hija de Raymond Stiel.

Todos pusieron cara de no comprender nada, excepto Isajar, que me miró con renovada atención.

Quise contar la historia de la mejor manera. Así que empecé poco a poco para que comprendieran por qué sentía esto tan grande. Hubo momentos en que me quedé paralizado al recordar todas las cosas que habíamos vivido en tan poco tiempo. Al final llegué a la muerte de mi padre y muchos empezaron a atar cabos.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —me interrumpió Ivri.

—Me dolía siquiera pensar en ello...

Proseguí el relato con mis semanas en la más absoluta agonía. Les conté cómo ella me había espiado desde el fango solo para asegurarse de que yo estaba bien hasta que la confundieron con una de nosotros y le pegaron una paliza. Quise que comprendieran la doble moral que manó en mí en esos instantes.

—¿Por qué decidiste volver a hablar con ella? —preguntó Nathan, que parecía encantado con lo que oía.

—Por mí —contestó Isajar—, ella es la mujer que me llevó con mi hermana.

—¿La que tanto ayudó? —preguntó Ivri.

—Sí. Mi hermana me pidió que intercediera con Ishmael como último deseo para ayudarla y lo hice.

—Esa misma noche tuve un juicio interno y decidí que había sido injusto con ella.

—¡Pues claro! —dijo Eleazar—. No puedes culpar a una persona porque en este mundo irracional se cometan tales actos solo por una frase.

Me ruboricé. No me gustaba mostrar mis sentimientos ante nadie que no fuera Juliana, pero ahora debía hacerlo. Ellos tenían que comprender

perfectamente por qué se iban a arriesgar. Mientras hablaba me di cuenta de que es muy difícil poner determinados pensamientos en palabras. Todos escuchaban atentamente. Les relaté cómo cada día había sido un paraíso en aquella estancia impregnada de amor prohibido. Finalmente llegué a la parte de hoy y les expliqué con cuidado que Louis había vuelto y las consecuencias que ello había tenido.

—¿Quieres que matemos a Louis para que tu Juliana no se case? —preguntó con precaución Ivri.

—Por supuesto que no.

—¡Ah, creía...! Aunque tampoco me importaría morir matando, pero imagínate la Manuela...

Todos rompimos a reír.

—Juliana tiene la teoría de que, si nos casamos antes, ante Dios, su matrimonio con Louis no tendrá validez, al menos divina —dije.

—¿Casaros? —interrumpió Isajar—. Pero... ¿cómo?

—Quiere que uno de vosotros nos case mañana. Esto es lo que os quería pedir.

—¡Es una locura! —abrió mucho los ojos Ivri.

—Más que locura, yo diría que se te ha ido la cabeza. ¿Quieres que ayudemos a que la hija del mayor nazi se case con uno de nosotros? ¿Sabes lo que nos estás pidiendo? ¿Sabes lo que ocurriría si se entera cualquier capo? Es la información más valiosa que he oído desde que llegué aquí —indicó Isajar.

—Os estoy pidiendo que arriesguéis vuestra vida, por eso entiendo que os neguéis —ofrecí con sinceridad.

Todos se quedaron callados mirándose unos a otros mientras negaban con la cabeza. Estaban asustados, y no era para menos. Solo faltaba que el primero se opusiera para que uno tras otro hicieran lo mismo.

—Soy bastante mayor y la verdad es que vivir así no me merece mucho la pena. Cada día espero hacer cualquier tontería y que terminen conmigo. Si me matan por esto, al menos será por algo importante. Cuenta conmigo, Ishmael —habló Eleazar—, siempre supe que entre esa joven y tú ocurriría algo.

Los demás se quedaron más perplejos que yo. Todos esperaban una negativa por parte del que considerábamos el más sabio. Como sospechaba, no tardaron en pronunciarse:

—Te lo debo después de lo de la Manuela —dijo Ivri mientras me daba un golpe en el hombro—. Además, estoy pensando hacer lo mismo con ella. Creo que la idea de que Dios nos ayude en matrimonios furtivos cada vez me gusta más —añadió con su alegría característica, y los demás no pudimos por menos que sonreír.

Ver que Ivri me había dado también su bendición hinchó mi ego. Resulta raro comprobar que tienes amigos de verdad, de esos con los que puedes contar aunque te hayas largado por una época, porque sabes que están ahí.

—Deja de decir tonterías, Ivri —Isajar le dio un codazo y todos le miramos sabiendo que se negaría.

—Entiendo tu postura —me dirigí a Isajar.

—¡Pero si aún no me he pronunciado! —me espetó—. Digo que con celebrar mañana una boda tendremos suficiente. Que nos dejes descansar un poco, Ivri.

—¿De verdad que también me vas a ayudar? —pregunté incrédulo.

—Claro, le debo mucho a esa señorita —agregó.

Ya solo nos quedaba Nathan, que permanecía en un segundo plano.

—¿Y tú? —le preguntó Ivri.

—Pensaba que no hacía falta que lo dijera. Siempre he apoyado a Ishmael, no voy a fallarle ahora.

Ya no eran compañeros, eran familia.

—¡Ves cómo sabía que eras un ligón! —me dijo Ivri riendo—, te has ido a por lo más alto.

—La verdad es que no sé qué habrá visto en él esa chica... —dijo Isajar mientras fingía que pensaba en voz alta—, un tío feo, pobre... Algo muy bueno tienes que tener y no quiero saber el qué —añadió sacando la lengua.

—¿Qué comida habrá en el banquete? —bromeó Ivri—, porque yo he aceptado solo porque me muero de hambre.

—Creo que ternera —respondí con cachondeo.

—Mierda, no me gusta la ternera. Creo que le pediré al camarero que me cambie el menú —mientras hablaba se relamía la boca imaginando comida.

Así permanecimos hasta que nos mandaron ir a las camas, bromeando a base de codazos, riendo y pareciendo personas normales. Si alguien nos hubiera observado por un agujerito esa noche, no habría podido siquiera imaginar todo lo que llevábamos cargado a nuestras espaldas. De algo estuve

seguro: los nazis no nos habían arrebatado ni un poco de nuestra humanidad. Seguía ahí. Era nuestra. Una victoria tras tantas batallas perdidas.

* * *

Esta vez iba a ser diferente a todas las demás, pedir ayuda a Alger me hacía sentir egoísta; no solo iba a poner en peligro su cargo y su propia vida como había hecho, además le rompería el corazón. Si con Louis le dolía, con Ishmael aún más por un motivo concreto: Alger sabía que yo no estaba enamorada de Louis. No deseaba quebrar sus sentimientos con palabras. Se le puede llamar temor o ausencia de valentía, pero decidí que la mejor manera de que lo supiera todo era dejarle *Tormenta y pasión*, mi diario personal. Siempre había sabido que este día llegaría. Si en alguien iba a confiar mi secreto máspreciado era en él. Me habría gustado preparar el terreno para que su dolor fuera menos intenso. No temía que dijera nada y menos aún después de leerlo, solo me preocupaba en qué estado iba a quedar él. Deseé con todas mis fuerzas poder dividirme en dos y dejar una parte de mí a su lado para hacerle feliz. Pero no podía, yo era una y no dirigía mis sentimientos, ellos llevaban el timón. Llamé lentamente a la puerta con los nudillos.

—Adelante —contestó la voz de Alger.

Entré con lentitud en la habitación que compartía con Louis. Era extraño ver lo diferentes que eran ambos. Louis había colocado en su parte una gran bandera y decenas de fotos con personajes importantes del régimen. Alger tenía la mitad de su pared blanca, sin nada, como si esa habitación estuviera desocupada en el lado derecho. Lo hallé limpiando sus botas en calzoncillos cortos de color blanco y una camisa sin mangas. Me percaté de lo guapo que se había puesto en poco tiempo, madurar le sentaba muy bien. Cuando me vio, se tapó corriendo las piernas con la almohada, lo cual me produjo risa.

—Por favor, ¿puedes darte la vuelta mientras me cambio? Solo faltaba que Louis entrara y nos pillase así —pidió avergonzado e incómodo.

—Está bien —le hice caso entre risas. Me lo imaginaba vistiéndose a toda prisa con pudor—. Recuérdame que te dé una foto para que adornes tu parte —añadí bromeando.

—Y tú recuerda avisar de que eres mujer cuando entres en la parte del pabellón de los chicos —contestó ya más calmado—. Está bien, puedes darte

la vuelta.

Me giré con las manos apretadas en el manuscrito. Alger ya estaba de pie, totalmente recto, con unos vaqueros y la camisa sin mangas. Mientras me indicaba que podía entrar, empezó a alisar la colcha que cubría la cama, como si no estuviera todo perfecto ya.

—Si buscas a Louis, no está, como puedes ver —dijo celoso, y eso me preocupó.

—No, te buscaba a ti —cogí fuerzas una vez más—, quiero que me ayudes en algo.

—¿Cómo no! Siempre que me buscas es porque necesitas ayuda.

—Eso es mentira —respondí, aunque sabía que desde fuera se podía ver así.

—¿Qué es lo que necesitas esta vez? —preguntó cansado.

—Primero quiero que leas una cosa —con suavidad, le entregué el manuscrito.

—Son muchas páginas. ¿No me lo puedes explicar tú?

—No, es necesario que lo leas para comprender lo que te tengo que pedir. Quiero que lo leas entero y, si llega Louis, te suplico que lo escondas.

—No está bien ocultar cosas a tu futuro marido —sentenció antes de abrir el libro y ponerse a leer.

Mis memorias eran muy voluminosas, por lo que me senté en la cama de Louis mientras Alger se ponía manos a la obra. Tenía el cabello negro alborotado y la expresión de su cara denotaba un interés supremo. Aún estaba al principio, en la parte que podría soportar. Temí que llegara a las duras, mis favoritas y las que menos le gustarían. Verle con la sonrisa tonta mientras leía algún párrafo referente a él me gustaba. Cualquiera chica que le mirara como yo le veía se hubiera enamorado de él sin dudarlo siquiera un momento. En su futuro tendría que haber una gran mujer. De repente su rostro se tornó en agonía y solo salió de su voz: «*el día de las cajas*». Había llegado al momento en el que yo había sucumbido al amor que poco a poco había nacido en mí. A partir de ahí, mirarle no resultó nada agradable. Era como ver a cámara lenta a una persona que se destroza, que se parte en dos, que no comprende nada, que acaba de perder algo muy valioso... De vez en cuando me miraba de una manera que me hacía sentir fatal conmigo misma.

Cuando terminó, dejó el manuscrito sobre la cama. Y me miró con los ojos vidriosos.

—¿Qué es lo que me quieres pedir esta vez, Juliana? ¿No te basta con lo que me acabas de enseñar?

—Siento todo —intenté reducir su dolor.

—Supongo que eres consciente de que debo contarle todo esto a tu padre y a tu prometido.

—Sé que debes, pero te pido que no lo hagas. Solo confío en ti.

—¿No te das cuenta de que, de todas las tonterías, esta es la mayor? —dijo con rabia—. Te vas a casar con Louis, por el amor de Dios.

—Ese punto era el que quería tratar contigo —carraspeé antes de hablar—. No quiero casarme con Louis.

—¿Y qué es lo que quieres entonces? ¿Casarte conmigo? —le cambió el tono, noté en él cierta esperanza.

—No, quiero casarme con él —con pena, señalé el manuscrito.

—¿Pretendes que te organice una boda clandestina con Ishmael? —escupió su nombre—. Mira, lo que debería hacer es pegarle un tiro ahora mismo.

—No lo harás. Tú no eres así, no matas gente. ¡Deja de fingir delante de mí! —le grité—. No eres como los demás, por eso mismo eres mi amigo. ¿De verdad quieres que acabe con alguien como Louis?

—No —contestó inmediatamente—, pero hay otras posibilidades que podrías tener en cuenta.

—No concibo estar con ningún hombre que no sea Ishmael —puntualicé antes de que Alger añadiera nada más.

—Pues yo no te ayudaré a que selles tu futuro con él —sentenció—; además, aunque quisiera no podría organizar una boda sin que nadie se enterara.

—Lo único que has de hacer es sacarle mañana del barracón al amanecer y llevarle a la ladera detrás del pantano. Allí nos casará un compañero suyo.

—¿Y qué clase de boda es esa? —me preguntó aún herido.

—La que yo deseo. Ante Dios yo sería su mujer, lo demás no importa —contesté.

—Nunca te ayudaré en esta boda y, como puedes suponer, no vas a trabajar más en la fábrica. No te delataré, pero no le volverás a ver —sentenció con firmeza.

—Está bien, se lo contaré a mi padre y a todos y entraré en el campo si esa es la única manera de estar a su lado —le eché un pulso.

—¡Jamás te encerrarían allí! —contestó un poco nervioso.

—Sí, si intento matar a algún nazi o me convierto en traidora, cualquier cosa por estar junto a él —me puse de pie.

—¿Y si le matamos? —se situó a mi altura.

—Creo que te puedes hacer una idea de la respuesta —dije ahora de puntillas.

—No serías capaz... —habló más para sí mismo que para mí.

—No quiero amenazarte, no quiero que lo pases mal... Si no me quieres ayudar, está bien —ahora le agarraba de los brazos—, pero no me alejes de él. Lo haré sin tu ayuda, de modo que no tengas nada que ver. De verdad que ahora mismo Ishmael y tú sois lo más importante para mí.

En ese momento entró Louis, que nos miró confundido mientras yo soltaba los brazos de Alger con rapidez.

—¿Qué haces aquí? —gruñó.

—Venía a verte —respondí saliendo del paso.

—Hoy y mañana tengo mucho trabajo, Juliana —dijo sin quitar la vista de Alger, que estaba con la cabeza agachada—, ya me tendrás para ti solita después de la boda.

—Lo siento —cogí el manuscrito para marcharme.

—No lo lamente tanto y empieza a comportarte —me espetó mientras se tiraba en la cama.

Estaba claro que, ahora que por fin me tenía, ya no necesitaba seguir fingiendo que era un galán. Cómo iría la progresión del trato nefasto de Louis hacia mí en el tiempo, solo él lo sabía. Alger miraba a su compañero molesto, como si no comprendiese cómo podía tratarme así. Yo, que a sus ojos era perfecta, sufría el desprecio de Louis. Antes de que la puerta se cerrara, oí un grito en la habitación. Un grito desgarrador, como si a su emisor le doliera pronunciarlo.

—Mañana te iré a buscar para el trabajo que tenemos que hacer en la pradera...

Alger me iba a ayudar. Luego habló Louis: «*Sabes que te quedan dos semanas para trabajar*», pero no le presté atención. Mi amigo me iba a apoyar y aquella sería mi última noche de soltera.

* * *

No hubo ningún incidente. De vez en cuando me giraba y veía a Ivri, que me miraba y decía entre risas: «*Mañana te casas*», y yo fingía que me temblaban las manos. No estuve nervioso ni soñé con nada relacionado con mi boda. Lo único que diferenció esa noche de las anteriores fue la sensación de no tener sueño y que me despertaba cada veinte minutos, pero tranquilo. Antes del amanecer, el oficial al que ya reconocía como Alger entró en el barracón. Ese hombre no me solía dar miedo, pero ese día sí lo hizo.

—Ishmael, sal fuera un momento —ordenó con una voz ronca cargada de rencor. Mis cómplices me miraron y yo los tranquilicé, Juliana habría planeado este encuentro.

Una vez fuera, sentí mucho frío y miré hacia el cielo, en el que no se veía ni una estrella. La boda soñada por Juliana iba a celebrarse en un día nublado, ni la naturaleza nos daba tregua.

—¿Cuántas personas te van a acompañar a «eso»? —preguntó sin mirarme a la cara.

—Cuatro, señor —temí su reacción. No las tenía todas conmigo con que «eso» no fuera una trampa del oficial para detener a mis compañeros.

—Entra y diles que salgan. Nos vamos ahora. No tardes mucho —añadió mientras miraba al cielo.

Deprisa, llamé a mis compañeros, que con cierto miedo recogieron su cama y me acompañaron. Alger no dijo ni una palabra más, simplemente nos indicó que le siguiéramos y nosotros lo hicimos sin dudarlo.

* * *

No había dormido más de media hora en toda la noche y, cada vez que lo hacía, los sueños sobre mi boda con Ishmael no paraban de acudir. Fui tantas veces al baño que temí haberme puesto mala, aunque en ningún momento vi en ello un impedimento, iría a mi boda aunque me muriera del dolor. No podía evitar mirar el cielo cada cinco minutos con la esperanza de que las nubes se marcharan y me dejaran disfrutar de un día único en la vida de todo ser humano. Alger apareció antes de que amaneciera y yo bajé las escaleras corriendo. Tenía mala cara, y unas ojeras de un violeta enfermizo.

—Voy a por Ishmael, lo llevaré a la colina que me dijiste. Cuando amanezca, te quiero ver allí.

—Gracias.

Quise añadir algo más, pero él se marchó sin decir nada antes de que yo volviera a hablar.

* * *

Nos dirigimos a las duchas sin entender nada, no tocaba baño hasta el domingo; aun así nos metimos y disfrutamos del agua caliente. A la salida había un uniforme nuevo para mí, limpio, exactamente igual al anterior.

—Póntelo, querrás ir presentable a «eso» —pronunció Alger con amargura.

Hice lo que me decía y me coloqué el nuevo uniforme tras tirar a la basura el que había usado todos esos meses. Alger se marchó mientras me vestía y me quedé con mis compañeros.

—¡Qué lujo, vas a oler bien para la novia! —dijo Ivri alegre.

—Ese hombre la debe de querer mucho para ayudarla tanto —agregó Eleazar.

—Eso creo —por un momento tuve celos, pero desaparecieron al instante. Sabía que tanto ella como yo éramos uno.

Al rato regresó Alger y, sin hablarnos, nos volvió a indicar que le siguiéramos. Pese a que tardamos mucho tiempo en llegar, seguía siendo de noche cuando nos informó de que estábamos en el sitio apropiado. Era el alto de una colina verde. Las margaritas habían empezado a poblarla casi por completo. Un enorme roble a mi derecha era la única señal para distinguir ese lugar de cualquier otro de la colina. Nos quedamos de pie sin saber si teníamos derecho a hablar entre nosotros.

* * *

Aunque no quería, unos pequeños nervios comenzaron a correr por mi interior. Con toda la delicadeza que me permitieron, coloqué un hilo blanco en los botones para que se convirtieran en los colgantes que ambos llevaríamos. Estaba intranquila, inquieta, exaltada, alegre, feliz, eufórica... No podía definir mi estado con una palabra en concreto. Siempre había imaginado mi boda como un gran acontecimiento social al que acudirían cientos de personas, vestiría las mejores galas, comeríamos en el mejor lugar

y llevaría un vestido del diseñador perfecto. Pero mis ilusiones adolescentes no se iban a hacer realidad. En lugar de eso me iba a casar a escondidas en una colina, solo un amigo vendría a mi boda, comeríamos unos bollos que iba a robar... Sin embargo, en vez de entristecerme me alegraba hacer algo diferente. Además, había un detalle de mi boda que nunca había imaginado y ahora no la concebía sin él: el sentimiento de amor tan grande que tenía. Un sentimiento imposible de inventar o soñar si no lo has sentido. Me puse de pie y cogí el que iba a ser mi vestido. El que años atrás mi madre me había comprado, idéntico al suyo. Blanco y sencillo, perfecto para la sintonía de aquel momento. Me duché y me ondulé el pelo como si se me fuera la vida en ello. Quería que Ishmael me viera como la chica más bonita del mundo. Luego, con cuidado, me coloqué el vestido y me miré en el espejo. Al otro lado me respondía una persona preciosa que sonreía de oreja a oreja. Por un instante me apenó que mi padre no pudiera acudir a la boda real de su única hija, pero ambos habíamos elegido caminos muy diferentes que no se podían compaginar.

* * *

Durante la espera había empezado a amanecer y no había ni un rayo de sol. Mis compañeros no cesaban de mirarme a hurtadillas aguardando que expresara algún tipo de emoción que debía corresponderse con estos momentos. Sin embargo, yo estaba como cualquier otro día. Me había cansado de repetirme a mí mismo que esa boda tan solo era una manera de ayudar a que Juliana siguiera adelante con su vida sin preocuparse ni sentirse mal consigo misma. Para mí solo era un momento como otro cualquiera para estar con ella, solo que seguramente supondría el final. Después de darle el pretexto para que se entregara a otro hombre sin remordimientos, ella no tardaría en tener que marcharse, ya fuera por voluntad propia o no. Casi ardía al pensar que se casaría con otro y le daría una familia, y cómo esos vástagos la separarían irremediabilmente de mí. Respiré y puse mi mejor cara. Dios no nos iba a ayudar, igual que no lo había hecho tiempo atrás. Solo tenía que fingir que creía delante de ella. En mi interior no había expectación ante lo que iba a ocurrir, se trataba de mi mejor papel como actor para que ella fuera feliz.

* * *

Andar hacia el altar que había seleccionado al aire libre me vino bien para calmar los nervios. Recogí unas margaritas del suelo y me las puse por el pelo ondulado. Iba despacito, aprovechando cada momento previo. Sabía que allí estaría el novio esperándome, como debe ser, y que se sorprendería al ver llegar a la novia. Confiaba tan ciegamente en que el Señor nos apoyaba en mi idea que no la cuestioné ni una sola vez. Solo había mentido en algo a Ishmael: después de casarme con él nunca me entregaría a Louis, ya tendría tiempo de idear algún plan. No podía casarme con alguien por el que no sentía las emociones en la boca del estómago que tenía ahora.

* * *

Había llegado al punto en que empezaba el camino para subir la colina. En cinco minutos todo habría terminado y mi sueño sería un hecho. Seguía viendo todo lo negativo a la locura que quería Juliana. Suponiendo que Dios estuviera de nuestra parte, era una boda que ella no se merecía, no había banquete, ni música... Ella debía tener lo mejor y, viendo lo máximo que yo podía ofrecerle para su día más especial, no me sentía la persona indicada para hacerla feliz el resto de su vida.

Un sonido ahogado de mis compañeros me indicó que ella debía estar a punto de llegar. El aire me azotó como informándome de que debía erguirme para recibirla. Los pájaros comenzaron a cantar con una melodía indescriptible, hermosa. Las flores se movieron al ritmo del viento dejando un aroma delicioso. Y entonces, al otro lado de la colina surgió ella, e iba tan preciosa que no pude creer lo afortunado que era de tocarla siquiera. Ella me respondió con una amplia sonrisa al tiempo que aceleraba el paso. Me sentí por primera vez vulnerable: ella, una princesa; yo, su pordiosero. No entendía por qué, pero temblaba y reía como un tonto ante su visión.

Finalmente, hasta el cielo cedió ante ella, mostrando unos rayos que la iluminaban asemejándola a una diosa. De repente me di cuenta de que estaba llorando como siempre había imaginado que haría el día que estuviera en el altar. Es más, creía que Dios estaba con ella, ayudándola a llegar a mi lado. Esto no era una pantomima. Esto era la boda más real a la que había asistido. Todo lo que me había pasado, todo el sufrimiento, el dolor, la tragedia

merecían la pena. Ahora le encontraba el sentido, me había llevado hasta ella. Una vida normal no me habría proporcionado ni de lejos la felicidad de verla dirigirse hacia mí por su propia voluntad. Porque me amaba. Después de mucho tiempo me sentí mal por haber dejado de creer en Dios en algunos momentos. Él debía de quererme mucho si me había dado tanto.

—Ella está preciosa. Tu padre se sentiría orgulloso de ti —dijo Eleazar mientras me apretaba el hombro.

* * *

Un paso más y le vería. Eso me decía mientras subía de manera costosa la colina. El sol me cegó los ojos, pero tras poner una mano sobre mi frente para tapar los rayos que me iluminaban, le distinguí. Allí estaba él, con sus ojos verdes mirándome fijamente. No pude evitar sonreír al tiempo que necesitaba llegar antes a su lado. Nunca lo había dudado, pero esa era la mejor boda que me podía imaginar.

Tras él, el sol asomaba mostrando un amanecer precioso. No necesitaba melodía, era como si mi cabeza la produjera y él fuera capaz de oírla también. Caminé a paso lento para dirigirme a mi altar. Alrededor, los pájaros revoloteaban dándome la bienvenida. Vi cómo se llevaba la mano a los ojos para limpiarse unas lágrimas que brotaban de alegría, y el corazón bombeó con fuerza, como si quisiera salir para poder verlo también. Supe lo mal que se tenía que sentir al amar tanto a alguien a quien no podía ver. Mis manos se movían fuera de control, como si no pertenecieran a mi ser, queriendo tocarle, celosas de que él solo tuviera ojos para mí. Mi interior estaba guardando toda esa felicidad para administrarla durante tiempos peores. Un pequeño conejo nos miraba detrás del roble con curiosidad, sin miedo ante tanta actividad.

Pasé al lado de sus amigos, que me observaban con los ojos rojos, alegres. Luego otra persona que, aunque se estaba consumiendo, disfrutaba por ver una parte de mí que quería para él. Pese a todo, Alger no pudo evitar acercarse a mi oído y susurrar: «*Mereces ser feliz*». Le miré con agradecimiento y seguí para rozar la mano del que yo ya podía llamar mi hombre. Su roce suave me sacó de mi ensoñación. Su sonrisa me infundió valor y nos giramos en dirección a nuestro rabino o cura, Eleazar, que parecía tomarse su papel totalmente en serio. Detrás de él, el amanecer nos daba la

bienvenida a nuestra boda. No podía evitar agarrar su mano con mucha fuerza y esta hacía lo propio.

* * *

Eleazar comenzó diciendo algunas palabras que yo casi sabía de memoria de cuando de pequeño leíamos la Torá en casa, y también algunas que había escuchado de la Biblia. Pero mientras hablaba yo solo podía disfrutar de la presencia de Juliana. Y solo atendí cuando oí su risilla nerviosa.

—Lo que se va a unir aquí es algo más grande de lo que nos imaginamos. Dos religiones, dos mundos, dos personas. Cuando mi amigo Ishmael me contó anoche que quería que le ayudáramos con esta boda, pensé que era una locura, una tontería, algo sin trascendencia. Aun así, no dudé en darle mi apoyo. Sin embargo, mirándoos ahora mismo creo que es la boda más real a la que he asistido en toda mi vida. Muchos de nosotros hemos perdido familiares, hemos vivido la desesperación más absoluta, pero, viviendo este momento, no puedo dejar de pensar que la esperanza aún sigue ahí, solo tenemos que encontrarla. Juliana, gracias por devolvernos la ilusión por vivir —hizo una pausa emocionado—. Sé que tenéis dudas sobre la autenticidad de esta boda. Si el día del juicio final vosotros dos no figuráis como un matrimonio será porque nadie en la tierra lo es. Luchad por lo que sentís y no os dejéis derribar, por altas que sean las trabas. Vuestro camino será más complicado que en la mayoría de los casos, pero, como se suele decir, el amor vence a todo. Ahora formularé dos míseras preguntas para dejar constancia ante Dios o Yahvé de lo que nosotros ya sabemos. Ishmael —dijo mirándome, y yo me estremecí nervioso—, ¿aceptas a Juliana como tu legítima esposa, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y la pobreza, hasta que la muerte os separe?

La miré mientras ella tendía en mi mano mi botón rodeado por un hilo blanco. En esos segundos me sumergí en sus ojos azules cristalinos y temí no poder salir de ahí dentro. Las ilusiones que con tanto recelo había guardado bajo llave en mi interior salieron a flote y miles de visiones a modo de esperanza en un futuro juntos aparecieron ante mí.

—Sí, acepto —dije separando su pelo con pequeñas margaritas y colocándole el colgante.

* * *

Yo no había podido apartar mis ojos de los de Ishmael mientras me retiraba el pelo para ponerme el colgante, y tuvo que ser el rabino quien me devolviera a la realidad.

—Juliana, ahora te toca a ti —continuó—. ¿Aceptas a Ishmael como legítimo esposo, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la absoluta pobreza, hasta que la muerte os separe?

Saqué con cuidado el colgante con mi botón y lo besé antes de colocárselo en el cuello. Con tranquilidad, cogí su mano y la situé encima de él. Después, mientras apretaba su mano contra el músculo del amor, dije de una manera alegre:

—Sí, acepto.

—Yo os declaro marido y mujer. Lo que haya unido Dios, no lo separe el hombre.

* * *

Ya estaba hecho. Por fin era la mujer de Ishmael, su esposa para siempre y, como decía la última frase, lo que Dios había unido no podría separarlo el hombre. Louis ya no tenía potestad sobre mí. Nuestros ojos se miraron con el mismo entusiasmo. Ishmael también creía en mis teorías. Ojalá pudiera haber visto lo que pasaba por su mente en esos momentos. Por la mía, bajo una melodía preciosa, se sucedían las imágenes de todo nuestro amor, la primera mirada, la primera pelea, el primer beso...

—Puedes besar a la novia —agregó.

Con lentitud, me tomó de las mejillas. Sus ojos verdes estaban rojizos y su pelo caoba se mecía al son del viento. Nos besamos con sabor a victoria sobre todos los impedimentos de la tierra que ya habíamos superado, ahora solo dependíamos de lo más grande: Dios.

—Enhorabuena —me dijo un joven que me apartó de Ishmael—. Soy Ivri.

—Gracias —sonreí.

—Yo soy Nathan, enhorabuena.

—Mi hermana estaría feliz. Ella me pidió que hablara con Ishmael —reconocí a Isajar, el hermano de Ada, y le abracé como si la estrechase a ella.

Ada había sido la que había logrado que Ishmael volviera a mí. Me ayudó hasta antes de morir.

Detrás de mí, los amigos de Ishmael parecía que habían olvidado dónde se encontraban y manteaban al recién casado. A mí me quedaba hablar con la persona más importante.

—Gracias, Alger, sin ti no habría logrado nada de esto —dije; por un momento, parte de mi felicidad se marchaba al ver que él estaba destrozado.

—Cuando amas a una persona solo quieres su felicidad, ¿verdad? —expresó con amargura señalando a Ishmael.

Sin embargo, yo sabía que sus derroteros no venían por ese lado.

—Sí. Siento no poder... —me tapó la boca con una mano.

—Cuando amas a una persona también aceptas sus decisiones si ves que son lo mejor para ella. Felicidades, Juliana.

No lo pude evitar, le abracé y noté cómo temblaba. Me separé lentamente al ver que los gritos de celebración habían cesado y que Ishmael me miraba. Me hizo un gesto de comprensión, pero Alger ya se había marchado y oteaba el infinito. Le dejé y volví con mi marido, que mostraba una sonrisa pícaro que me volvió loca.

—Ahora, un pequeño banquete —anuncié mientras sacaba los pastelitos y los colocaba en el suelo—. ¡A comer! —grité.

Todos se abalanzaron sobre ellos menos Ishmael, que parecía no tener nada de hambre. Solo quería estar junto a mí.

—¿Cómo se siente una al ser la esposa de alguien tan maravilloso? —sonrió con picardía.

—Con deseo, mucho deseo —respondí con sinceridad.

Poco tardaron en terminarse los bollos y, como si Alger estuviera vigilando, apareció para decirnos que nos debíamos marchar. Yo me quedé un poco más atrás para contemplar, ya con melancolía, aquel lugar. Mirando al cielo, tuve que hablar con una persona más. «Mamá, espero que estés orgullosa con la decisión que he tomado y que te haya gustado la boda».

Puede que fuera una ilusión óptica, de esas que siempre generan las nubes, pero claramente la nube a la que estaba mirando se tornó en una preciosa sonrisa. Llegamos a nuestro trabajo después de dejar a los amigos de Ishmael en la fábrica con el estómago lleno. Teníamos prisa por quedarnos solos y disfrutar de los instantes posteriores a un matrimonio. Nuestra pequeña luna de miel. Antes de entrar, Alger se giró y me habló:

—Nadie vendrá aquí hasta que anochezca —anunció serio, con la mirada perdida en alguna parte adonde yo no podía seguirle.

—¿Y...?

—Antes de entrar golpearé cuatro veces la puerta y esperaré cinco minutos. Si alguien se acerca, oiréis que grito un impropio —dijo con dolor, y se marchó.

No entendí sus indicaciones. Siempre habíamos estado juntos allí dentro y nadie nos había visto, no comprendía a qué venía ahora tanto temor. Abrimos la puerta como dos niños impacientes y mis dudas quedaron disipadas. No teníamos trabajo encima de nuestras mesas; en lugar de eso, la estancia estaba decorada con hermosas rosas rojas y una botella de champán. Me estremecí al pensar que Alger nos había proporcionado una luna de miel que yo ni tenía en mente. Sabía lo doloroso que debió de ser para él organizar una habitación de ensueño para después de la boda. Lo imaginé colocando las rosas, fantaseando con que ese destino iba a ser el suyo.

—¿Crees que Alger...? —Ishmael dejó las palabras en el aire.

—No lo sé —dije mientras estudiaba la situación.

—No va a ocurrir nada que no quieras —me dijo para quitar hierro al asunto.

El sexo. Algo que no se me había pasado por la cabeza pese al deseo creciente que tenía de su cuerpo. No sabía absolutamente nada, aparte del término. Normalmente las amigas conversaban entre sí, pero yo no había tenido amigas en mi adolescencia, y con Ada nunca había hablado de ello, siempre hubo temas más importantes. Supongo que otras personas sabían algo sobre el sexo por charlas con sus madres, pero la mía se había ido cuando yo era muy jovencita, sin informarme de nada.

Me encontraba ante un terreno totalmente desconocido y que me daba cierto miedo. No a hacerlo con Ishmael, pues era lo que quería y era su esposa, sino a no ser lo bastante buena. Intuía que Ishmael sí había tenido experiencias previas y no quería que se desilusionara al ver lo novata que era yo en este aspecto. Por ello, de manera irracional decidí comportarme como una loba e ir a su encuentro con una pasión irrefrenable. Me lancé en sus brazos y comencé a besarle con urgencia, quitándole la ropa con rapidez. Ante todo, que no pensara que yo era una ingenua. Le arranqué ferozmente la parte de arriba y me disponía a hacer lo propio con los pantalones cuando se apartó.

—¿Qué te ocurre, Juliana? —me preguntó con los labios rojos.

—Quiero que mantengamos relaciones —respondí con tan poca seguridad que ni yo me lo creí.

—No tienes que hacerlo porque hayamos dado este paso hoy. Ocurrirá cuando estés preparada.

—¿He hecho algo mal? —dije preocupada.

—No —y se señaló la abultada entrepierna—, simplemente quiero que lo hagamos cuando tú quieras.

—Gracias —expresé dulcemente.

—No hay que darlas. No por esto. El amor es paciencia. El amor es complicidad. El amor es unidad. El amor es escalar disfrutando igual de las paradas que de la cima. El amor es besarte hasta que los labios se queden cortos y estés segura de que deseas más. —añadió riendo mientras me acunaba en sus brazos en el sofá.

—Bésame y haz que eso suceda. Bésame hasta que lo demás venga solo. Sin pensar, dejando que, por una vez, los sentimientos tomen la palabra y hablen nuestras manos —pedí con intensidad.

Ishmael se acercó a mí y me besó lentamente. Los besos fueron haciéndose más apasionados, mientras pequeños jadeos salían con intensidad de mi boca. Me tumbé encima de él, mi pasión me obligaba a acercar cada vez más mi cuerpo al suyo. Quería ese calor que manaba de sus músculos. Con tranquilidad, le acaricié lentamente hasta llegar al lugar más oculto. Él lo hacía con precaución y yo quería que rozara mi piel desnuda. Me levanté y le hice un gesto para que me quitara el vestido.

—¿Estás segura? —dijo con esa cara perfecta que adoraba.

—Sí.

Me quitó la ropa y comenzó a besarme por lugares que no sabía que tuvieran tanta sensibilidad. Deslicé mi mano hacia abajo, le quité el pantalón y observé la belleza que escondía debajo de su ropa. Solo era cuestión de segundos y mi cuerpo necesitaba que él lo dominara. Así, con el dolor de la pérdida de la virginidad y la alegría de perderla con la persona a la que se ama, hicimos el amor una vez, y otra, y otra... Solo el cansancio físico nos hizo parar, sin darnos cuenta de que el sol se empezaba a ocultar. Nos vestimos entre caricias y besos furtivos.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó con temor.

—Libre para amar y ser amada —respondí mientras notaba que en mi cuerpo se respiraba una paz hasta entonces desconocida para mí.

—¿Te he hecho daño? —estaba realmente preocupado y eso hizo que me pareciera más perfecto, si es que podía.

—Me has hecho volar —le tranquilicé.

—Vaya, así que regalo alas, ándate con ojo, si las guardias se enteran empezarán a visitarme de noche y no para pegarme como de costumbre... —bromeó él.

—¡No seas tonto! —protesté golpeándole en la espalda.

—¡Eh, que me haces daño! Los celos te hacen desarrollar una fuerza descomunal... —sonreía con picardía.

—¡En ocasiones eres de lo más infantil! —afirmé entre risas.

—Por eso te gusto, esposa.

—¡Repítelo!

—¿Que por eso te gusto? —dijo mientras sacaba la lengua.

—No, llámame esposa.

—Esposa —se deleitó en la palabra mientras posaba sus labios en los míos.

—¿Y ahora qué? —pregunté—. ¿Te parece bien que me dedique cada día de mi vida a hacerte feliz?

—Sí, creo que es un buen trabajo para ambos.

CAPÍTULO 28

Juliana e Ishmael salen fuera en una noche estrellada. Como es propio de las personas que acaban de contraer matrimonio, no desean separarse, pero su historia es diferente y cuando llega la noche se tienen que marchar. Él, con el temor de que algo la haga recuperar la razón y cambiar de opinión. Ella, sabiendo que no podrá dormir por si algo malo le ocurre mientras no está a su lado. La situación de ambos es complicada y todo gira en torno a un sustantivo: *muerte*. Mientras a él no le preocupa lo más mínimo, ella pasa las horas vacías entre pesadillas. Saben que no lo deben hacer, pero ambos observan su estrella y se ríen tontamente y, mientras miran hacia todos los rincones, se dan un beso furtivo sin pensar que alguien los ve. El beso de despedida ante unas horas de separación. Apenas lo aprovechan pensando que al día siguiente habrá cientos más. Lo que no saben es que no habrá día siguiente y que la ausencia del otro será mucho más prolongada de lo que imaginan.

En un rincón en medio de la oscuridad está la persona que provocará tal distanciamiento. Ha ido a ver a la preciosa Juliana. La observa salir con un judío y piensa: «Mi Juliana». Antes de poder añadir nada más, algo le nubla la vista y le hace arder en cólera. La joven está besando al judío. Todo empieza a encajarle como las piezas de un rompecabezas. Se marcha mientras planea la peor de las torturas para los amantes. Ambos oyen un ruido y llegan a la conclusión de que había un animal. No saben por qué, pero les cuesta separar sus manos más que de costumbre. Cuando se despegan, un torrente de aire los azota anunciándoles el principio del fin.

Juliana se despierta con Louis en la habitación.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con reservas.

—Vengo a informarte de que hoy no irás a trabajar, hay algo que debemos hacer juntos esta tarde.

Aunque intenta sonreír, Louis no es tan buen actor y una mirada felina pone a Juliana en alerta. En cuanto cree que él se ha marchado, sale corriendo en dirección a su despacho, que encuentra cerrado. «Mierda», piensa, no se ha acordado de que es domingo, día de descanso. Con una preocupación más

y varios kilos menos, regresa a su casa, donde llora inconsolable sin saber exactamente el motivo. Lejos de allí Louis clava el cuchillo de manera intermitente al filete por el que mana sangre. Se imagina que es el chico y de una cuchillada parte el plato en dos. Ya se acerca el momento de poner las cosas en su sitio.

Las horas pasan lentas para ambos. Juliana, por el temor a lo desconocido, y Louis, porque desea llevar a cabo su venganza cuanto antes. Conforme el crepúsculo se acerca, emprende el viaje hacia la casa de Juliana. Ya ha quedado con algunos compañeros para que le esperen en el barracón correcto. Ahora solo desea ver sufrir a la puta como nunca en su vida.

Tras masajearse un poco las sienes, sale del coche y llama a la puerta. Juliana abre con ojos desorbitados. Louis sabe que ella sospecha lo que va a ocurrir y no de manera infundada. Le apetece darle una patada en la cara y tumbarla. En lugar de eso, decide que el espectáculo debe continuar.

—Pareces mareada. ¿Te encuentras bien, cariño? —mientras lo dice piensa que es una cerda y que, si no fuera hija de quien es, se la follaría duro y después la mataría de un tiro.

—No me pasa nada —responde ella con un hilo de voz.

Está asustada, eso le gusta a Louis. El viaje en el coche es de lo más divertido. Ella no para de moverse nerviosa, y él va más despacio aposta. «Los buenos momentos hay que saborearlos», decide. Cuando para frente a la puerta de Auschwitz, nota que ella da un saltito de preocupación y se lleva la mano al pecho. Le cuesta respirar. Él solo espera que después del castigo deje de hacerlo para siempre.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta ella intentando mostrar indiferencia.

«Es una pésima mentirosa», piensa Louis. No sabe cómo le ha podido engañar tanto alguien tan simple. Él, un gran espía del régimen, burlado por una ramera cualquiera. La agarra de la cintura y nota cómo ella se estremece con el tacto. Siente asco y aun así la besa para provocarle dolor. Ella responde a ese contacto entre arcadas y él ríe de placer.

—Ahora lo verás, tranquila, mi amor.

El tono de su voz denota desprecio. Ha dejado de fingir. Ella intenta zafarse y quedarse en el exterior. Louis la agarra con más fuerza de la necesaria para producirle un poco de dolor físico, menos del que quería. Cuando entran, encuentra al grupo de tres alemanes honorables que le acompañarán en su hazaña. Ha elegido a pocos, ya que su situación es humillante. Hess, Layla y Serman componen el grupo. Juliana se asusta al

ver cómo la observan. Hess parece disfrutar al máximo y Layla hincha el pecho orgullosa. Si esas dos personas son tan felices, solo puede significar que lo que va a acontecer es algo fatal para ella. Cuando llegan junto a ellos, Louis se separa de Juliana tirándola al suelo.

Ella no comprende nada y desde el suelo los mira asustada. Louis da numerosas vueltas a su alrededor y los demás esperan intrigados a que comience a hablar. Él desea dar un toque dramático a la escena. Quiere que la perra continúe en el suelo temblando. Cuando empieza a hablar, hasta sus compañeros tienen miedo.

—Juliana, Juliana, mi dulce y pequeña Juliana, amor de mis amores — se le escapa un puntapié que no quiere evitar. Ha dado en el pecho de la joven, que ahora se retuerce dolorida como una cucaracha—. Todo este tiempo fuera esperando reencontrarme con mi amor, con la madre de mis futuros hijos —hace una pausa y da otra vuelta. Lo que ha dicho es totalmente falso. De hecho, en ese tiempo se ha follado a decenas de mujeres. Sin ir más lejos, la noche anterior disfrutó de un poco de sexo con la bruta y salvaje Layla, buena en la cama pero no adecuada para casarse—. Llego aquí con la propuesta más sincera de matrimonio, ¿y qué me encuentro, Hess?

—A una perra —asegura este disfrutando de humillar al ser que odia incluso más que a los judíos y a los aliados.

—Siempre he pensado que no hay que insultar a las señoritas, pero creo que ese adjetivo le viene que ni pintado a nuestro pequeño insecto.

Otra patada escapa, esta vez en la boca del estómago de Juliana, y le produce un vómito. Verla sucia y asustada hace que se sienta mejor.

—Me encuentro a una perra que ha hecho cosas muy malas en mi ausencia, ¿no es así, Juliana? —le pregunta enseñando los dientes como un perro rabioso.

—No sé a qué te refieres —contesta ella mientras intenta limpiarse la boca y con ello recuperar su dignidad.

—Mentir va contra los mandamientos y tú no querrás ofender a Dios. Venga, cuéntame cómo te divertías mientras estaba ausente.

Juliana llora mientras piensa qué es lo que sabe Louis. Supone que está enfadado por verla con Alger, es la única explicación posible.

—Yo no he tenido nada con Alger —dice creyendo que eso lo solucionará todo. No sabe cuán equivocada está.

—Por supuesto, tenías tus ojos en otro hombre, ¿no es así, pequeño amor mío?

A Juliana se le viene el mundo encima. Quiere gritar y correr. En lugar de eso, se lleva las manos a la cabeza y comienza a llorar. *Imposible* es la palabra que más repite. Louis no se ha podido enterar de nada. Nadie se lo ha dicho. Alger nunca la traicionaría.

—Veo que no quieres confesar. Todo sería más fácil si lo hicieras, al menos para ti.

—No sé de qué me hablas —repite asustada.

Louis ya está harto de tanta actuación y manda salir a su arma secreta. De detrás del barracón aparece un hombre que Juliana conoce. No puede dar crédito a lo que ve. En cuestión de minutos, la confianza de que su secreto no salga a la luz se desvanece.

—¿Qué haces aquí, Ivri? —grita al descubrir al amigo traidor de Ishmael.

—Veo que le conoces —dice Louis.

Ivri intenta mirar lo menos posible a Juliana y ella no le quita el ojo de encima.

—El señor Ivri acudió esta mañana a mí con un jugoso secreto. Si bien es cierto que te notaba rara y que sospechaba algo después de lo que me habían contado de ti, nunca pensé que llegaría a ser algo tan grave. Ivri, ¿quieres decirle a Juliana lo que me has contado a cambio de un trato mejor?

Juliana se levanta y con todas sus ganas se dirige a Ivri, a pegarle, a matarle, a silenciarle. Piensa en el joven que el día anterior parecía tan leal a Ishmael y casi no se cree que le haya traicionado por un mejor trato.

—Ivri, ¡noooooooooo! —grita mientras Hess le da un golpe por la espalda provocando que caiga de bruces contra el suelo.

Louis mira a Hess y este se encoge de hombros.

—Le he contado que la señora Juliana tiene un idilio con uno de nosotros, señor.

—¿Cómo me podía tomar yo eso? Lo primero que he pensado es matarle por tal calumnia, sin embargo, conforme me daba más datos, más le creía, y viendo tu reacción, ya no tengo ninguna duda. ¿Qué debería hacer yo ahora? —le pregunta a Juliana mientras le levanta el rostro manchado de arena—. Lo primero es lo primero —instantáneamente lo golpea de lado a lado—, y lo segundo es encargarme personalmente de «tu judío».

—¡No! ¡Por favor! ¡No le hagas nada! —ruega Juliana, que ya sabe lo que va a ocurrir.

—Es bonito ver cómo te desvives por él, le debes de querer mucho — ella asiente y eso hace que Louis se ponga enfermo—. Qué romántico, ¿verdad, chicos?

—Es asqueroso —afirma Layla—, tienes a un hombre como Louis y te vas con la escoria, eso me deja claro cuál es tu nivel.

—Jugaremos a un juego, Juliana —hace una pausa mientras escupe a su lado—. Me has dado pena, ¿a vosotros no, chicos? —Los demás le miran sin comprender sus intenciones—. A mí me da muchísima, por eso te dejaré elegir. Como supongo que entenderás, uno de vosotros debe morir, ahora elige: ¿tú o él?

Juliana no necesita pensárselo y grita con rapidez:

—¡Yo!

—¿Tú qué? —pregunta divertido Louis.

—Yo muero, él vive.

—Muy bonito, sí, señor —de la risa pasa a la ira y, estirándole del pelo hacia arriba, le dice en el oído—: Lástima que tu opinión me importe una mierda. —Ella le mira suplicante, había creído sus palabras—. Soy buen actor, nunca lo olvides —y la suelta provocando que ella se vuelva a golpear—. Ahora —habla más alto para que todos le oigan—, vamos a matar a ese impresentable.

—¡No! —grita Juliana.

—Por favor, sujetadla, no quiero que me dé problemas —se dirige a ella y añade—: Tranquila, ya no le vas a volver a ver.

Y se marcha dejando a la joven peleando contra los tres oficiales, que no dudan en emplear más fuerza de la necesaria con ella. Juliana no se rinde y golpea entrepiernas, araña, muerde..., pero son muchos contra ella sola y no puede.

Louis se dirige con Ivri al barracón y le pide que saque al traidor. Espera ansioso ver la cara del hombre que ha osado tocar lo suyo. Al instante aparece con un joven que mira a Louis asustado. El hombre es conocedor de su destino. Louis carga el arma y le dispara primero en una rodilla. El hombre grita de dolor y esos gritos llegan hasta Juliana, que se vuelve loca. Otro disparo en la rodilla le hace caer al suelo; Louis quiere que sufra, y mucho. Le quedan dos tiros y decide que uno de ellos vaya a su miembro, por haberse excitado con su Juliana. El grito parece un aullido esta vez. Juliana ha oído tres disparos y varios gritos, por lo que intuye que Ishmael sigue vivo, intenta robar sin éxito el arma de Hess para dispararle.

Louis sujeta la cabeza moribunda del joven entre sus manos, quiere sentir cómo sus sesos caen por la parte de atrás. Quiere que le salpique. Antes de disparar, se fija en el chivato, que llora en un rincón de la alambrada. Apunta entre ceja y ceja y hace varios amagos de disparar; al chico va a darle un infarto. Pero, como siempre, a Louis le hartan los juegos y pulsa el gatillo, salpicándose, como era su deseo. Juliana se queda paralizada, acaba de escuchar un disparo y después solo silencio. Espera intentando oír el grito de dolor que signifique que Ishmael sigue vivo, pero este no llega ni llegará. Louis se desplaza alrededor del cuerpo inerte. Como un predador, mira a su víctima para elegir por dónde empezar a comer. En su caso no quiere comerse al judío, solo golpearle con sus botas con la punta de acero. Decide comenzar por la cabeza, que acaba destrozando, para seguir sin ninguna lógica por todo su cuerpo. Una vez descargadas la ira y la adrenalina, algo llama su atención. Del cuello del joven cuelga algo manchado de sangre, un botón, seguramente regalo de Juliana. Se lo arranca y se marcha en busca de la segunda persona que merece castigo. Pero a esta no va a matarla ni a hacerle daño físico, es su puerta hacia un mundo nuevo y eso es algo más importante. Al llegar la encuentra sentada. Se extraña de que no esté llorando. Ella mira fijamente a un punto en la lejanía, como si se hubiera evadido.

—Tu judío ha muerto —anuncia esperando que se estremezca de dolor, pero ella ni se inmuta—. Por supuesto, nuestra boda sigue adelante.

Espera un rato a que lleguen los reproches y la desesperación, pero nunca aparecen, así que le arroja en el regazo el colgante con la sangre y se marcha. Juliana permanece horas y horas sola, sin que ningún sentimiento brote. No altera su postura, es como una estatua de cera. En su interior no siente nada, está vacía. Su cerebro ha dejado de funcionar. Su cuerpo respira y bombea sangre alimentando a ese vegetal. La lluvia hace que reaccione y mira su regazo, donde la alianza de boda está manchando de sangre su vestido. Con cuidado, la coge y la mira sin comprender aún la transcendencia de lo que ha pasado. Lejos de allí alguien se acaba de enterar de lo sucedido y sale corriendo y mojándose a su encuentro. Como si eso solucionara algo, ella eleva el dedo índice y se golpea el corazón, que no reacciona como debería. Intenta repetir el movimiento un poco más fuerte, pero el corazón sigue sin latir. Con desesperación y calada hasta los huesos, intenta pellizcarse y despertar de la pesadilla. Pero la débil Juliana pronto es consciente de que no puede escapar de la realidad.

Todo su mundo se le viene encima causándole más dolor del que había sentido en su vida. Mientras, temblando por el frío, aprieta la alianza de Ishmael; piensa que es cierto que el dolor es proporcional al amor que se siente por alguien. Se levanta con precaución mientras, como una loca, piensa que no posee nada de él. Busca en su recuerdo alguna fotografía juntos, pero no hay. Se huele intentando comprobar que el aroma de Ishmael continúa en su piel, pero la lluvia se lo ha llevado todo. Ya de pie, eleva el puño al cielo sin hablar, sin llorar, sin sentir.

Permanece así durante varios minutos. Un espectador que la viera pensaría que se trata de una mujer fuera de sus cabales. Después, mientras se balancea aún con el puño en alto, decide abrir un segundo, dos máximo, todo el tumulto de sensaciones que la recorren por dentro. Grita con una potencia que ella desconocía en sí misma, un grito que sale de las entrañas, agónico, espectacular en todos los sentidos. Mientras tiembla, llora de una manera tan desgarradora que sus ojos casi se salen de las órbitas. Todo tipo de improperios y palabras malsonantes abandonan su boca, hasta entonces pura. Han pasado más de los dos segundos que se había permitido sufrir de esa manera inhumana, irracional y asfixiante. Se despide de Ishmael y, con los ojos abiertos como platos, cierra la puerta a cualquier tipo de sentimiento y su cuerpo permanece inerte de pie, sujetando la alianza de él, sin sentir absolutamente nada, ya para siempre.

Alger acaba de aparcar en la puerta y escucha el grito de Juliana, que le produce temor; debe llegar a su encuentro cuanto antes. Ha leído su historia y sabe que encontrará a una mujer deshecha en todos los sentidos. Acelera el paso desesperado, con una lluvia torrencial golpeándole. A lo lejos la ve, de pie con el puño en alto, mojándose. En dos zancadas llega a su lado. Verla así le hace desear matar a Louis.

—¿Estás bien? —pregunta para hacerla reaccionar, pero ella sigue igual, como si ni le hubiera visto.

La abraza y Juliana permanece como un tronco con su puño en alto. La coge en volandas y corre hacia el coche para sacarla de allí. La joven ya no habla, no reacciona, no se mueve, no mira, no sufre. Se ha marchado a otro mundo, un mundo paralelo en el que nada existe.

Alger la sienta con delicadeza en el lado del conductor e intenta que vuelva en sí. Tras varios minutos, es él quien llora, llora porque sabe que ha perdido para siempre a la única mujer que ha amado. Aquella que antepuso a su propia felicidad ayudándola a casarse con Ishmael, aunque eso le

destrozara. Desearía haber muerto él y no el judío, para que ella continuara feliz. Es tanta la rabia que siente que golpea su cabeza contra el volante en repetidas ocasiones. Juliana le observa y decide que merece una despedida en condiciones, por lo que habla por última vez en semanas:

—Alger, no estés triste, estoy en un lugar mejor.

El dolor de regresar a la realidad, aunque solo sea para decir una frase, le resulta tan insoportable que se sepulta en vida de nuevo.

PARTE 4

La muerte

—*Esta por el juicio —decía mientras me golpeaba.*

—*Esta por acostarte con él —volvió a golpear.*

—*Esta por su muerte —me golpeó de nuevo.*

—*Esta por nuestra boda —golpeó con más fuerza.*

«*La vida de los muertos está en la memoria de los vivos*», CICERÓN

CAPÍTULO 29

Con el frío de diciembre, mi consciencia despertó como si hubiera estado unos meses en un sueño profundo lejos de allí. No es que no me gustara continuar evadida de la realidad, es más, eso me permitió aguantar algunos cambios trascendentales en mi vida; pero había una persona que lo había dado todo por mí y que me necesitaba. Alger no había dejado de visitarme ni un solo día.

Como yo no solía decir más que «sí», «no» o «tal vez», se sentaba a mi lado y se forzaba a contarme o leerme historias o incluso, simplemente, intentaba que volviera a permitir el contacto físico con otros seres humanos. Después de la muerte de Ishmael, yo no dejaba que nadie me tocara, me ponía como una bestia irracional e incluso quería atacar a quien lo hiciera. Poco a poco y con comprensión, Alger se fue acercando y un día llegó a rozarme un hombro; yo me zafé, pero tras diez intentos terminé por permitirle que reposara su cálida su mano en él. Así, sin juzgarme, estuvo a mi lado durante todos esos meses hasta que se convirtió en el amo de mi bestia, el único al que hacía caso.

Estar evadida por decisión propia no ha impedido que vea lo que ha ocurrido a mi alrededor, simplemente no me importa. De haberlo hecho, me hubiera costado soportar la mudanza de Louis a la habitación de invitados hace ahora una semana. Me lo tomé con indiferencia, como si no pudiera verle en mi hogar. El rubio se ha permitido el lujo de dejar de fingir que yo le importo, excepto con mi padre, con el que actúa siempre como si de verdad le preocupara mi estado de salud. Si estuviera viva, gritaría que es mentira, que él es el culpable. Sin embargo, en mi nuevo estado he dejado que siga con su representación. Yo no vivo por él y él vive en una mentira por mí.

El día 1 de diciembre decidí volver a la realidad por Alger. Fue un momento en el que mis sentimientos salieron, pese a que yo tenía muy claro que estaban encerrados bajo un candado. Llevaba una semana notando cómo cada día venía más ojeroso a intentar animarme, cómo su tono de voz había decaído y parecía años mayor. Él luchaba por todos los medios para que no me percatase y se esforzaba en parecer más alegre, pero como yo, no es buen

actor. El sentimiento que brotó de mí ese día fue la culpabilidad. ¿Cómo podía no reaccionar ante la persona que se había jugado en numerosas ocasiones el pellejo por mí?

No, Alger merecía que volviera a mi estado humano, aunque eso fuera más difícil que ser un vegetal. Solo deseaba regresar con él. No me importaban mi padre ni nadie de ese asqueroso sitio. Tenía que regresar a su lado para ayudarlo; fuera lo que fuera lo que le ocurría, solo me tuve que imponer una norma: prohibido rescatar a Ishmael. Yo siempre había pensado que, si moría, querría que la gente me recordara. En cierta manera eso me mantendría viva. Deseaba que la gente hablara de mí como si nada me hubiera ocurrido, que riera con mis historias, recordara enfados y momentos buenos. Ahora sabía que ese momento iba a llegar con Ishmael, pero primero tenía que reconstruir los cimientos de un corazón roto. Además, si me permitía recordar el rostro de Ishmael, una vez más querría marcharme con él y dejar esta tierra que ahora ya no tenía sentido ninguno para mí.

No niego que el suicidio pasó por mi vacío en numerosas ocasiones. Entre la oscuridad veía poderosas razones para abrazarlo. Por mi cobardía, la imagen que más se repetía era la de un cuchillo en mis manos y unas muñecas desgarradas que darían paso a un sueño placentero. Pero cuando me decidía, un coche aparcaba en mi puerta y Alger bajaba de él dispuesto a ayudarme. Veía su impotencia por no arrancarme palabras y un dolor similar al mío, porque para él yo estaba muerta. Así que, aunque regresar a la tierra me dolía, era hora de empezar a devolverle toda la ayuda que me había prestado. Puse la oreja en la puerta antes de salir. Padre estaba de viaje y tardaría dos días en volver, y últimamente Louis bebía demasiado, quería asegurarme de que ya no se encontraba allí. No se oían cosas rompiéndose ni gritos, así que, lentamente, salí de mi habitación. Aún quedaban dos horas para que Alger llegara, siempre a las siete, una hora después de que los judíos regresaran a los barracones. Bajé a la cocina y cogí una magdalena, a la que di tan solo un mordisco. El nuevo sirviente, con el que yo no había hablado en meses, ni me miró, supongo que era una sombra incluso para él mismo.

Tenía que hacer tiempo, ahora estaba consciente y cada minuto sin hacer nada podía provocar que mi muro cayera y los recuerdos volvieran a machacarme. Mi inconsciente mandó y me guio hasta el despacho de mi padre, de ahí fui derecha a la caja fuerte y probé el número que sabía que la abriría: la fecha de defunción de mi madre. Dentro había numerosos papeles. Algunos blancos y otros amarillos. Entre ellos llamó mi atención una carpeta

atestada de fotografías. La saqué y me senté en el sofá. ¿Y ahora qué?, pregunté a mi inconsciente, que poco a poco se había adueñado de mí. «Ábrela, lleva a cabo la lucha que querías con Ada», me contestó.

Mi cabeza detectó dos errores. El primero era la mención de otro nombre que estaba vetado, el de la dulce y también fallecida Ada. El segundo era que esa lucha no tenía sentido, yo no podía cambiar el mundo, en todas las ocasiones que había intentado hacer algo para ayudar, alguien había muerto. Ya no me creía la absurda fantasía de que desenmascararía a todo un régimen y cambiaría la realidad. Mis manos reaccionaron solas y abrieron la carpeta de la que cayó la foto de un niño huesudo y desnudo. La recogí del suelo y la observé durante minutos sin detenerme a leer ninguna anotación. El niño parecía encontrarse en una especie de consulta hospitalaria. Estaba asustado y eso me entristeció. Cerré la carpeta de golpe. Al lado había una grabadora, instintivamente apreté el *play*. La voz que salía no me era desconocida, un médico, un tal Mengele, hablaba en ella:

«Los experimentos siguen marchando de manera muy positiva —decía como quien lee un informe—. Un pequeño inconveniente es que en el último tren no ha llegado ninguna pareja de gemelos, por lo que tendré que esperar para hacer la siguiente prueba. Como siempre, tengo la absoluta confianza de los críos, les estoy empezando a mimar llevándoles algunos juguetes al barracón. Ellos me llaman “tío bondadoso”, qué ironía». Mengele rompía a reír. Pasé la cinta hacia delante para ver cómo seguía. Después volví a apretar el *play*. «Ha habido un caso que me ha llamado la atención, el de la joven Sandra. Le administré cinco inyecciones en el brazo y parecía que iba a morir. Hasta me permití el lujo de hablar delante de ella en términos como “pobrecilla, le quedan dos semanas”. Sin embargo, cuando escuchó que si ella moría mataríamos a su gemela, no sé aún cómo consiguió salir adelante. Un caso que sin duda debemos estudiar con más detenimiento».

No quise oír más y apagué la grabadora con impotencia. «Puede que no cambies el mundo, pero la información da poder. La desinformación hace que ellos ganen», decía mi inconsciente de una manera que parecía una orden. Pero yo no quería soportar más tragedias, prefería vivir en el mundo de la ignorancia y carencia de sentimientos. «Él querría que lo hicieras», dijo para chantajearme, lo cual consideré un golpe bajo. Al cabo de unos minutos la amenaza surtió efecto y comencé a leer como una loca decenas de documentos. Había perdido práctica y mi velocidad era menor, pero pese a ello no tardé en deducir el significado de lo que tenía entre manos. Era más

cruel de lo que había imaginado y sin saber por qué reí, supongo que se debía al estado de depresión en el que me encontraba. Si no era suficiente con conocer todos los castigos, con descubrir la realidad de los guetos, con perder a todos los seres queridos, ahora leía que también experimentaban con niños. En los documentos había varios tipos de experimentos que clasifiqué en dos. Unos eran enfermedades que contagiaban a niños para buscar así la cura, como si el fin justificara los medios... Los otros parecía que hablaban de una esterilización masiva. Ahora resulta que pretendían impedir que determinadas razas que no veían adecuadas procrearan.

Ver las fotos era lo que más me marcaba, imágenes que en el instante eran memorizadas y se encerraban en la misma celda que Ada, Ishmael e incluso madre. Al principio mi atención solo se detenía en los jóvenes protagonistas, pero poco a poco se dirigió hacia los actores secundarios. Doctores que posaban sonrientes con sus trofeos, médicos captados sin saberlo en la profundidad de la imagen en que estaban concentrados, como si fueran auténticos profesionales. Un pinchazo en el lado izquierdo hizo que cerrara la carpeta de golpe. ¿Qué podía hacer yo, que no había logrado mantener con vida a una única persona? Nada. Guardé la carpeta en el interior de la caja fuerte y no saqué ningún documento más, para mí la información solo traía más desesperación.

Salí al porche y me senté en una silla medio cubierta de nieve. Allí permanecí con la vista clavada en un pájaro que revoloteaba haciendo curiosas piruetas a mi alrededor. Dejé de mirarlo cuando noté que un ser humano se me acercaba. Era el judío que ayudaba en casa y traía algo en las manos. Se paró a mi lado y, sin dirigirme la palabra, depositó un abrigo en mi regazo, se agachó y me calzó unos calcetines y unos zapatos. No me había dado cuenta de que iba descalza y sin nada que me protegiera del frío. Mi cuerpo sí que lo debía de notar y estaba enfadado, ya que no paraba de temblar de manera insistente.

—Gracias —mi voz salió más débil de lo que quería y mis cuerdas vocales vibraron por la emoción de volver a ser usadas. El judío se quedó con la boca abierta, como si el hecho de que yo hablara fuera lo más raro que le había sucedido en la vida.

—Para eso estoy, señorita Juliana —contestó mientras volvía a mi hogar. Miré mi reloj de mano y observé que eran las siete menos cinco. Estaba segura de que cuando la manecilla marcara en punto aparecería Alger, y así fue. Debí de parecerle una estatua porque no se percató de que yo estaba

ahí. Simplemente fue directo a la puerta principal y llamó al timbre, que retumbó en la casa. El judío salió a atenderle y con un movimiento del brazo señaló en mi dirección. Después añadió alguna revelación que provocó que Alger saliera casi corriendo a mi encuentro.

—¿Juliana? —preguntó tanteando si yo volvía a estar presente o mis palabras hacia el judío habían sido un lapsus pasajero. Antes de contestarle me detuve a observarle, definitivamente algo le tenía que estar pasando porque su cara no estaba nada bien. Sus ojos morados me miraban impacientes y expectantes. Había perdido peso y se movía nervioso de un lado a otro, esperando mi reacción.

—Me alegro de verte, Alger —dije casi en un susurro, tardaría en controlar el volumen y potencia de mi voz.

Sus ojos se pusieron brillantes al instante, como si su mayor deseo se hubiera cumplido. Con cuidado, acercó su mano lentamente a mi cara y acarició mis mejillas como quien roza con precaución un gato salvaje. Mi primera reacción fue la de sacar las uñas y él lo notó, pero poco a poco identifiqué esa mano como la de mi amo y, levantando la mía, la acaricié.

—Has vuelto —pronunció mientras su expresión, hasta ese día sombría, se transformaba en una enorme sonrisa.

—Eso espero.

—¿Te volverás a marchar? —añadió cauto.

—Este es mi sitio mientras tú estés en él —respondí mientras intentaba ponerme de pie.

Él tomó mi mano y me ayudó. Levantarme me costó más de lo que había imaginado. Tanto tiempo sentada había acabado por atrofiar mis músculos.

—Creo que necesito dar un paseo, me cuesta moverme —fue la frase más larga que fui capaz de pronunciar.

—Lo que quieras, haremos lo que tú quieras —respondió con una rapidez que me asustó.

«Poco a poco», pensé. Me agarró por la cintura y me ayudó a llegar a la puerta del patio. Allí había dos caminos, el que llevaba a la fábrica y otro por el que nunca me había movido. Alger miró a la derecha, al de la fábrica, tanteando si era mi deseo, pero negué con rotundidad con la cabeza.

—Está bien, iremos por aquí —propuso mientras se movía hacia la izquierda.

Anduvimos un rato en silencio; yo, por costumbre, Alger, observando mi estado. No quería asustarme en mi nuevo día. Sabía que conmigo las cosas

iban despacio y supongo que imaginaba que no obtendría ninguna palabra más ese día. Quise que cambiara de opinión, yo había regresado para siempre y tenía que demostrarlo, se lo debía.

—Gracias por todo, Alger. Siento la ausencia de estos meses, pero te prometo que lo que te he dicho es cierto, estoy aquí, a tu lado, contigo, apretando los pies contra el suelo para que el viento no me vuelva a llevar —anuncié sin mirarle, observando cómo mis pies se hacían poco a poco a la idea de volver a caminar.

—Ha sido duro no tenerte con nosotros —afirmó con una pena que hizo que sentimientos encerrados brotasen—. Te prometo que no sabía nada de las intenciones de Louis, habría hecho algo, lo que fuera para protegerte. Fui en cuanto me enteré...

Pero yo ya le había dejado de escuchar y tenía la mano en el pecho, donde colgaba la alianza de Ishmael. En la lejanía, unos hombres con el mismo pijama de Ishmael permanecían de pie sin moverse. Alger siguió la dirección de mis ojos y dijo para sí mismo un «mierda» sonoro.

—Lo siento, pensaba que era un sitio seguro, que estaríamos solos. Es mejor que retrocedamos —explicó mientras se giraba para dar media vuelta.

Yo permanecía mirando al frente con curiosidad, sin darme cuenta de que me clavaba las uñas en la garganta de la presión con la que apretaba el botón.

—¿Qué hacen ahí? —pregunté sin poder evitarlo.

—La respuesta no te hará ningún bien —me dijo con suavidad.

—¿Acaso eso importa? Solo los baños de realidad evitarán que la quietud de la calma de la fantasía me tiente de nuevo —le respondí con un tono que reconocí como mío mucho tiempo atrás.

—Es una *Stral Appel*. —Le miré sin comprender nada—. Una fila de castigo —aclaró.

—¿Y qué les obligan a hacer? —pregunté sin poder evitar que mis muros se tambaleasen con una misma imagen.

—Les tienen allí varias horas de pie, en pleno diciembre, sin abrigo... Muchos pierden algún miembro porque se les congela... —respondió evitando mirar directamente al frente.

Le observé dubitativa. Mi interior comenzó a juzgar a Alger. El odio que se había desatado ante cualquier hombre que llevara ese uniforme había descartado solo su nombre. Sin embargo, había ciertas dudas que quería despejar.

—¿Por qué te metiste en las SS? —pregunté ante su mirada atónita.

—Supongo que quería hacer feliz a mi padre —esperaba que aquí terminara su respuesta, pero continuó. Alger solía ser callado, pero tantos meses hablando solo habían potenciado su capacidad de conversar conmigo—. Él había luchado en la Primera Guerra Mundial. Llegó a ser un alto cargo. Yo, su único hijo y encima varón, tenía que superarle. Desde pequeño supo cuál quería que fuera mi destino, ser un gran oficial de las SS —puso cierto énfasis en el cargo, luego su tono cambió y se volvió algo melancólico—, supongo que pronto se dio cuenta de que nunca lo lograría. No soy ambicioso, me conformo con poco... Un hijo como Louis, ese sí que habría sido un sueño para él.

—A mí me gustas más que Louis —aseguré sin expresión.

—Lo sé —repuso alegre, como si fuera algo obvio.

—¿Por qué continúas trabajando aquí? —fue mi segunda pregunta.

—Puede que por costumbre, tal vez porque no sirvo para nada más —se encogió de hombros.

—Pero... —tenía miedo de formular la siguiente cuestión por si mi juicio cambiaba con respecto a Alger— ¿trabajas como ellos? ¿Castigas a su manera?

—No, ese es el problema —respondió de una forma que no comprendí—. Yo hago el trabajo que se supone que debemos hacer. Llevo la fábrica y les regaño cuando hacen algo mal, pero como lo haría fuera, igual que actuaría si fueran alemanes. No reprendo porque sí, no me divierte la violencia física...

—Sin embargo, eres conocedor de todo y no haces nada por cambiarlo —le recriminé, volvía a poder expresar diferentes tonos de voz al hablar.

—Supongo que eso me convierte en uno de ellos..., pero no es tan fácil. Te vigilan, Juliana, siempre están encima de ti, siempre están esperando que hagas algo mal para tacharte de traidor...; no es fácil cambiar el mundo.

—Lo sé —dije sintiéndome identificada.

—Imagina que me mandan hacer algo que no quiero... Es imposible negarte porque sabes qué consecuencias tendrá para ti, y tú te aferras a la vida. Nuestro instinto nos empuja hacia la supervivencia, lo llevamos tatuado con fuego en nuestra piel —por su tono intuí que debía de ser difícil para él—. Supongo que piensas que, si tú no haces esas cosas, eximes tu responsabilidad, pero en el fondo sabes que es mentira, que saber una cosa y

permitirla te convierte en culpable como ellos. Cobarde, eso es lo que soy...
—sentenció apesadumbrado.

—No lo creo —afirmé, y aunque me costó mucho esfuerzo, intenté que mis labios se tornasen en un amago de sonrisa.

—Verlo todo y no hacer nada para evitarlo es mucho peor, Juliana. Soy peor que ellos. —Alger estaba destrozado.

—No digas eso, no puedes creerte peor que ellos. Una persona así no me habría ayudado con Ada en el hospital —y pronunciar ese nombre quebró el muro por la mitad.

—¿Y qué hice? ¿Permanecer en la puerta para no ver lo que había dentro? ¿Entrar y no mirar a nadie, como si eso hiciera que no estuvieran ahí?

—No —negué con rotundidad—, me llevaste a buscar a un médico, intentaste que ayudaran a Ada y no se pudo. No tienes la culpa de cómo acabó.

—¿Y qué hay de los demás, Juliana? ¿Qué hicimos por ellos? —preguntó con angustia.

—Nada, aquí no podemos hacer nada —respondí más para mí que para él.

—Eso no es excusa —dijo con rabia.

—Lo sé —me sentía tan culpable como él.

Pasamos un rato en silencio observando a los judíos que sufrían, como espectadores, como si estuviéramos en un cine, sabiendo que aunque estaban a unos metros de nosotros no podíamos mover un dedo para ayudarlos. Noté la cara de amargura de Alger mientras miraba al frente. No sabía lo que le había ocurrido en mi ausencia, pero tenía que ser muy duro, así que intenté que su estado de ánimo mejorase.

—No eres malo, Alger, sin ti yo no estaría aquí.

—Eso no es verdad, tú eres más fuerte que yo. Veo todo lo que has pasado, imagino lo que debió de ser para ti perder a...

—No digas su nombre —tuve que agarrarme el pecho, que prometía explotar.

—Lo siento, debí intuir que no querías hablar de ese tema.

Haciendo de tripas corazón, comencé a hablar deprisa, para que todo pasara rápido.

—Fue el sentimiento más dañino que he tenido en mi vida, un virus tóxico que te invade y provoca que tu alma enferme —ya no quería añadir

más y volví a cerrar la puerta—. No habría salido de ahí si tú no hubieras acudido cada día en mi ayuda.

—Pensaba que no te dabas cuenta —afirmó con cautela.

—Claro que lo hacía, pero no tenía fuerzas para salir. Te escuchaba todos los días. Incluso creo que una parte de mí cambiaba cuando llegaban las siete de la tarde porque sabía que vendrías. Eres el único motivo que me mantenía atada aquí. Mi ancla —noté emoción en su rostro.

Le veía tan destrozado que mis defensas se marcharon y me dejaron actuar de una forma que hasta ese momento había creído imposible. Me puse de puntillas lentamente y apoyé mis labios en su mejilla, con cariño, como se hace con un amigo. Noté el tacto de una barba que comenzaba a salir y un escalofrío recorrió mi cuerpo deseando repetir ese gesto en otro rostro. Los recuerdos de miles de besos furtivos cayeron sobre mí y tuve que apartarme de dolor.

—Está anocheciendo, debemos volver a casa, ya que pronto empezará a helar —se sonrojó.

Con tan solo una mirada atrás nos marchamos, dejando a esos judíos con su castigo mientras empezaba a congelarse nuestro alrededor. En el interior la desolación se hacía dueña de cada parcela. Cuando llegamos a la puerta, era ya de noche y empecé a sentir algo de frío. Estaba bien sentir.

—Juliana, ¿puedo pedirte algo? —dijo con vergüenza.

—Lo que sea.

—No te marches de nuevo, al menos mañana. Necesito verte y estar contigo, ¿me lo prometes?

—Sí —di mi palabra con seguridad—, pero tendremos más días juntos.

—Tú prométeme que mañana estarás conmigo, es todo lo que necesito —no pudo mirarme.

—Mañana no me iré a ninguna parte. Seré tuya —prometí esbozando mi segundo intento de sonrisa.

—Hasta mañana entonces —repuso con una mezcla de tristeza y alegría que no comprendí muy bien.

Nada más entrar en el hogar, sentí un calor que me obligó a quitarme el abrigo. El judío había encendido la chimenea. Me dirigía a mi cuarto cuando la puerta del salón se abrió de par en par recordándome que ya no estaba sola. Louis apareció en el marco con una botella de whisky en la mano, entonando viejas canciones militares. Me miró de hito en hito y dijo mientras se tambaleaba:

—Así que es verdad que la novia cadáver ha vuelto a la vida para reencontrarse con el patético de Alger —espetó con rabia.

Yo seguí andando como si nadie hablara, pero apresuré el paso por temor a la reacción de Louis, que se quedó solo en el marco de la puerta riendo como un loco. «*Va por ti*», fue lo último que le escuche y después oí un gran trago de la botella. Cerré la puerta e intenté poner una silla para que no se pudiera abrir desde fuera. No confiaba nada en Louis y en cierto aspecto le temía, ahora que padre no estaba.

Mientras me ponía el pijama, me miré en el espejo como no lo había hecho en meses y la imagen fue desoladora. Estaba tan delgada que podría pasar por cualquier judío y no tenía expresión en la cara. Intenté sonreír, pero mis labios se curvaron en la sonrisa más falsa que había visto nunca. Estaba abriendo la cama cuando mi pie rozó unas hojas que había desperdigadas debajo. Ahí se encontraba *Tormenta y pasión*. De un puntapié la escondí para no volver a verla. Con cuidado, me acerqué a cerrar las ventanas para que no penetrara el aire helado de la calle. Esperaba que el castigo hubiera terminado para los judíos. El sonido de una de las hojas golpeando contra la pared por el viento me asustó. Tuve que sacar medio cuerpo fuera para agarrarla. De repente me encontré debajo de un manto de estrellas. Casi al instante me di cuenta de que no debía mirar, eso estaba contra las normas que yo misma me había impuesto. Pero como decía alguien muy sabio: «Aprende las reglas, así sabrás cómo romperlas apropiadamente». De manera deliberada miré las estrellas, deteniéndome en una en particular que casi me hizo caer al vacío.

El sonido de alguien forcejeando con mi puerta permitió que un torrente de emociones no se abriera paso. Corrí hacia ella y me apoyé con toda mi fuerza y peso en la madera que pretendía derribar. Pero había estado tanto tiempo inactiva que caí al suelo, con todo lo que eso conllevaba. Louis tiró la puerta y partió la silla en dos. Apareció en el marco completamente borracho, rojo y con la botella en la mano. Corrí hacia la ventana, como si saltar por ella me pudiera salvar. Pero había mucha distancia hasta el suelo, me mataría, y debía mantener mi promesa con Alger.

Mientras partía la botella en dos, Louis rio de manera exagerada. Luego todo fue muy rápido. En un instante seguía en el marco de la puerta y al otro estaba agarrándome con los brazos retorcidos en la espalda y la botella rota en mi garganta, amenazándome. Me obligó a andar por los cristales rotos del suelo y a cada grito de dolor mío reía más y más. Con los pies ensangrentados fui lanzada contra la cama con tanta potencia que reboté. Él

permanecía de pie mirándome mientras se relamía la boca. Se desabrochó el cinturón con rapidez. Mientras yo pataleaba, me arrancó el camión de cuajo y me rompió las bragas. Desistí de intentar escapar y permanecí quieta mirándole directamente a los ojos mientras él observaba insistentemente mi cuerpo desnudo.

—Ahora entiendo lo que el judío quería de ti. Casi me atrevo a decir que merece la pena morir por este coño —bromeó pasándose la lengua por el labio.

Broma que solo le hizo gracia a él. Yo estaba indefensa frente a ese bicho que iba a violarme de un momento a otro. Pese a que intentaba evadirme de la realidad, no pude evitar sentir mucho temor. No demostré ese miedo, hinché el pecho de orgullo y esperé. Se quitó el calzón largo que llevaba dejando a la vista su miembro deseoso de entrar en mí. Se abalanzó y comenzó a lamirme de la manera más desagradable. Yo permanecía quieta, indiferente, no demostraba el asco que sentía al notar su tacto. Se acercó a mi cara e intentó besarme, pero mis labios no se movieron, así que cambió y empezó a chuparme el cuello.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —pronuncié con total serenidad. Una serenidad que no era propia de la situación.

—Dime lo que quieras —balbuceó con un creciente deseo.

—¿Cómo se siente uno al saber que se va a acostar con una mujer a la que hizo suya un judío? —escupí esas palabras con rabia.

Se quedó quieto un rato y luego siguió tocándome la vagina mientras decía, aún entre jadeos:

—Mientes.

—Ya lo creo que no. Me hizo suya y me encantó. Aún sueño cada noche con mis pies enroscados en su trasero mientras me embestía —comencé a decir mientras reía.

—¡Eso no puede ser! —gritó, y se puso de rodillas.

—No te lo creas, pero, mientras me hagas tuya, pensaré que es él quien me está follando —dicho esto, me elevé y le escupí en la cara. Había ido demasiado lejos y lo sabía.

Su rostro enrojeció hasta el punto de que parecía que iba a explotar. Me abofeteó. Se marchó desnudo y yo no me moví un ápice. No tardó en regresar y le miré desafiante mientras reía a carcajadas hiriendo más su orgullo.

Louis venía con una pastilla de jabón y una toalla. Envolvió en ella la pastilla de jabón y comenzó a golpearme en las piernas, el torso y los brazos,

en lugares estratégicos para que no fueran vistos. Yo reía y fingía disfrutar, enloqueciéndole aún más si podía.

—Puedes pegarme todo lo que quieras, eso no cambiará la realidad.

Los golpes eran tan rápidos y fuertes que yo ya no sabía distinguir cuál me estaba doliendo en cada momento.

—¡Eres una puta! ¡Una ramera! —gritaba mientras se ensañaba con mi barriga.

—Soy una puta que jamás será tuya, siempre amaré a otro, a un judío, que es más hombre de lo que nunca llegarás a ser tú.

Ante mi afirmación, olvidó que no debía darme en lugares que se vieran y me golpeó en la boca, arrancándome una muela del lado derecho. Me dolió muchísimo, pero no permití que lo notara. Volví a escupirle, esta vez manchándole el rostro de sangre. Se volvió a marchar corriendo como un loco por la casa y yo esperé decidida a seguir con mi orgullo y mi honor.

Esta vez volvió con una nueva botella de whisky y bebió la mitad de un trago mientras me miraba con desdén. Me agarró y me tiró al suelo con brutalidad. Como venía siendo habitual, volvió a huir a su cuarto y regresó con unas botas con la punta de acero.

—Con ellas partí en dos la cabeza de tu amado. Si miras bien, creo que aún puedes ver restos de cerebro —desveló riendo de una manera loca. Por un momento la debilidad hizo mella en mí, imaginé el rostro de mi Ishmael destrozado por esas botas asesinas y me estremecí—. Así que te duele. ¡Cómo disfruté viéndole sufrir mientras le disparaba en las rodillas! Cuando le metí un tiro entre ceja y ceja, casi me muero de la risa.

Quería herirme y lo estaba consiguiendo. Sabía que el dolor físico no me importaba, pero hablar de la muerte de Ishmael me mataba por dentro. Era imposible, el muro se había partido en mil pedazos y el dolor por Ishmael volvía a ascender hasta la superficie. Louis estaba completamente desnudo con las botas puestas y comenzó a golpearme en la entrepierna con una brutalidad desoladora.

—Esta por el judío —decía—. Esta por acostarte con él. Esta por su muerte —me golpeó de nuevo—. Esta por nuestra boda —lo hizo aún con más fuerza.

Hubo muchísimos motivos más para golpearme y al cabo de un rato ya ni escuchaba sus razones. Perdí la cuenta de su pie impactando contra diferentes partes de mi cuerpo. Al final la sangre comenzó a brotar líquida por mi entrepierna y, tras dar un último trago a la botella que casi estaba

vacía, se marchó orgulloso de su acto, cerrando con un portazo. Intenté moverme con todo el cuerpo dolorido mientras, llorando, trataba de colocar las piezas del muro para encerrar de nuevo a Ishmael. No me dolían los golpes, me dolía el recuerdo.

CAPÍTULO 30

Alger se levanta e intenta vestirse como mejor puede. Sabe que hoy será un día duro. Se plantea si será lo suficientemente valiente para hacer lo que se ha propuesto. Decide que pensar le pone nervioso y sale corriendo a coger el coche para visitar a Juliana.

* * *

El dolor en la entrepierna no me dejaba sentarme. Era como si me hubiera roto algo que antes estaba ahí. Con cuidado, fui al baño e intenté mear, y unos restos de líquido rojo se extendieron ante mi vista. Con ellos, un recuerdo amargo.

* * *

Noviembre, un mes antes. Pese a lo que todo el mundo piensa, Juliana mantiene la esperanza. No con respecto a Ishmael, sabe que ha muerto, que no volverá, y no hay nada que ella pueda hacer. Sin embargo, puede que en su interior esté engendrando un hijo de él y no puede evitar aferrarse a esa posibilidad con todas sus fuerzas. El periodo no le ha venido desde el mes de septiembre y ahora recuerda con dolor cómo al hacer el amor no usaron protección. Su mente solo piensa en ello día y noche. Si está embarazada, tendrá el niño y por lo menos no le habrá perdido del todo. Se emociona al imaginar un bebé con los mismos ojos que el padre. Rememora historias de amor que ha leído y recuerda que en ellas siempre daban a la protagonista algo de su amor fallecido. Un bebé, un niño al que criar y contar cosas de su padre. Huiría si era necesario, pero el pequeño siempre sería feliz. A la mente le viene Raymond y cree que lo acabaría aceptando, ya que también sería su sangre y, si no lo hiciera, no tendría ningún pudor en no volver a verle.

Por la noche empieza a tener dolor de tripa, no quiere reconocer los síntomas y los achaca a que se está alimentando mal. Luego nota su pequeña

braga mojada, pero no va directa al servicio a ver qué ocurre, es como si quisiera engañarse a sí misma durante un ratito más. Las ganas de ir al baño no cesan y tiene que hacer auténticos esfuerzos para no mearse encima, pero aun así se niega a acudir al servicio. No está preparada para ver determinadas cosas.

A las tres de la madrugada se pone de pie para intentar no hacérselo encima. Entonces ve la sábana manchada de sangre y su única esperanza de desvanece. Va al baño y observa cómo su ropa interior está empapada. Se asea y se coloca una compresa. Después se dice a sí misma que nunca volverá a soñar.

* * *

Antes de bajar a desayunar, decidí pasar por la nevera y coger un gran trozo de hielo. Subí a mi habitación y lo rodeé con un trapo, y lo coloqué en mi ropa interior. Por lo menos lograría calmar un poco el escozor. No pude evitar percatarme de que padre había vuelto, así que con cuidado me puse un vestido que me cubriera todos los moratones que tenía. Las heridas no eran proporcionales al dolor que había sufrido, supuse que la táctica del jabón cubierto con la toalla era buena idea para no dejar marcas. Seguro que no era la primera vez que Louis la usaba.

Bajé a desayunar como si hubiera montado a horcajadas un caballo el día anterior durante horas, con las piernas arqueadas. Debería haber fingido, cualquier persona se habría percatado de que algo me ocurría, pero no padre, él no apartó la vista de su periódico matutino. Puede que lo más normal hubiera sido preguntarle por su viaje, pero, como no me interesaba, aproveché la fama que me había ganado en estos meses y fingí seguir igual para no tener que hablar con él.

Al rato bajó Louis, que enseguida palideció al verme con mi padre. Se sentó con precaución y permaneció a la espera de los acontecimientos.

—¿Qué tal su viaje? —preguntó finalmente con muchas reservas.

—Más de lo mismo, tenía ganas de regresar —contestó mi padre con una sonrisa.

Inmediatamente Louis me miró incrédulo, sin comprender por qué no había dicho nada ni le había delatado. Intuí un intento de agarrarme la mano por debajo que deseché al instante. En su absoluta estupidez, el idiota se

había pensado que no le había delatado porque sentía algo por él. Como si todo este tiempo hubiera seguido queriéndole. Claramente el alcohol le había quitado la única neurona que algún día tuvo.

Yo no decía nada porque Louis no existía en mi concepción de la realidad y, por tanto, cualquier cosa que me hubiera hecho tampoco había ocurrido. Borraba sus miradas, sus palabras, sus golpes casi instantáneamente, aunque en esta ocasión el dolor aún no se había marchado. Con un trago de café estuve más que desayunada, cogí el abrigo y salí a la puerta para sentarme en la misma silla del día anterior. No me gustaba estar en una casa que ahora no era segura para mí, a la que no podía llamar hogar.

La nieve se había transformado en hielo en algunas parcelas y disfruté colocando mis piernas y brazos cerca de ese frescor angelical. Siempre me había encantado el invierno. Las Navidades son claramente la mejor época del año, al menos hasta que se pierde la inocencia. Normalmente la gente prefiere un día soleado a uno nublado. Para mí, los mejores días eran cuando llovía y podía ver ese manto desde la ventana. Solo eran superados por la nieve, que venía en contadas ocasiones y me hacía extremadamente feliz. El paisaje se tornaba de una belleza infinita con ella. Los árboles adquirían grandeza con los pequeños copos en sus ramas. Ahora era triste ver cómo la nieve se había convertido en un método para castigar a los judíos y cómo, quisiese yo o no, debía perder todo su encanto.

El coche de Alger aparcó mientras derrapaba. Llevaba prisa. Como siempre, se dirigió corriendo a la puerta. Miré el reloj, las ocho de la mañana, seguramente sería su día libre. Hice una bola de nieve y se la lancé; di en el blanco, en toda su cabeza.

—¡Estoy aquí! —grité mientras se giraba.

Por la ventana asomó la cabeza asombrada de padre. Había olvidado que él aún no me había visto reaccionar.

—Vamos al coche, te quiero llevar a un sitio —anunció más eufórico de lo habitual.

—Está bien —fue mi única respuesta.

Alger esperó a que fuese delante de él. Era muy galán y era una manera de demostrarlo. Quería ir detrás de mí por si me escurría o me pasaba cualquier cosa. Por primera vez odié que fuera tan educado. Andar detrás de él me permitiría ir espatarrada para no sentir dolor; si iba delante, tendría que utilizar todas mis dotes de actriz para que no se percatara de que estaba herida. Cerré las piernas, me mordí el labio inferior con fuerza y anduve sin

que nada se notase, como si el día anterior el acero no me hubiera golpeado ahí.

—¿Dónde vamos? —le pregunté mientras me recolocaba en el asiento de modo que no cargara mucho peso sobre mi vagina.

—Te voy a enseñar un lugar que nunca ha visto nadie —dijo con voz intrigante.

—Suená bien. ¿Dónde es?

—Ya lo verás. En este sitio es donde he pasado la mayor parte de mis horas libres. Antes de que llegaras, sentía que no encajaba con nadie. No podía mantener conversaciones, no podía pasármelo bien... —no lo decía con pena, lo decía como quien expone esta realidad—, y encontré este sitio que sin ningún motivo aparente me transmitía mucha tranquilidad, por lo que decidí venir aquí muy a menudo.

—¿Y ahora me traes para que me relaje yo también? —le pregunté.

—No, llevo mucho tiempo sin venir, desde... —se calló e intuí por dónde iban los tiros—. Entonces, ayer decidí que tenía que venir hoy —pese a que mantenía la mirada clavada al frente, pude ver cómo se enrojecía mientras decía—: Además, quería compartirlo contigo.

Su sitio era sencillamente fabuloso. Frente a mí había un precioso lago con el agua azul cristalina, a nuestro alrededor los pinos formaban una figura circular con la nieve cayendo de sus pequeñas ramas. Una ardilla se movió por la rama que estaba encima de mi cabeza y la nieve cayó en mi pelo. Alger se acercó y me limpió con la manga de su chaqueta mientras reía intensamente.

—¿Qué te parece? —preguntó nervioso.

—Me encanta —dije, y esta vez mis labios se tornaron en una sonrisa sin ser forzados.

—Tendrías que verlo en primavera, cuando está lleno de amapolas y margaritas. ¡Te gustará mucho! —afirmó orgulloso por conocerme tan bien.

—Ok. Estaremos aquí juntos en primavera siendo testigos de cómo las flores lo inundan de color —me animé.

—Sí —habló de una manera que se me antojó demasiado suave—. Lo mejor es acudir un día en el que el arco iris naciendo de la montaña parezca un puente por el que tal vez podrías caminar.

Se marchó al coche mientras me hacía un gesto de que le esperara allí. Al segundo volvió con muchas cosas en la mano y empezó a trabajar.

Primero colocó un plástico enorme cubriendo la nieve. Encima puso una gran manta para que no tuviéramos frío y sobre ella depositó una cesta.

—Puedes sentarte —me dijo.

En esos momentos un increíble «mierda» retumbó en las paredes de mi cabeza. Si ya era difícil sentarse en una silla normal a medio metro de altura, más lo sería en una manta a ras de suelo. Había algo positivo: mantendría fresquitas mis partes hinchadas y los moratones.

Necesitaba que se girase porque sabía que iba a hacer una mueca de dolor, no era una posibilidad, era la realidad más grande en ese momento.

—Tengo frío, ¿no tienes nada en el coche para que pueda taparme? —le pregunté fingiendo un escalofrío.

—Sí —contestó contento por haberlo previsto—, voy a por ella.

Sabía que tenía poco tiempo, así que quise hacerlo de un tirón para que no me pillara. Emitiendo pequeños ruidos, soplidos y gemidos varios, acabé por depositar mi preciado trasero en la manta. Personalmente me oí como si fuera el relincho de un caballo. Alger regresó con una manta blanca que me tendió mientras se sentaba a mi lado.

—Es fina, pero creo que te mantendrá caliente —me ayudó a colocármela por encima de los hombros.

Nos quedamos callados viendo cómo el amanecer hacía que la nieve adquiriera otro color. Alger estaba especialmente concentrado y rompió a hablar. Me extrañó cómo habían cambiado nuestros papeles y ahora era él el que siempre lo hacía.

—¿Alguna vez has hecho una locura? —me preguntó mientras con sus ojos, que eran una mezcla de gris y azul, me miraba.

—¿Una locura? —le pregunté.

—Sí, alguna tontería propia de jóvenes que haces con tus amigos y luego os reís mientras la recordáis. Como si por ejemplo yo ahora saliera corriendo y me sumergiera en el lago helado, sería una tontería pero luego nos reiríamos, ¿entiendes? —dijo apasionado.

—Supongo que he hecho más de una locura desde que he llegado aquí, pero ninguna me produjo risa —respondí apenada, recordando que todas mis aventuras habían salido mal. Noté que Alger se sentía incómodo, por lo que añadí—: Pero creo que sería muy gracioso que te metieras —y le saqué la lengua a modo de burla.

—En el fondo sabes que yo nunca lo haría. Mi expediente está libre de locuras, aventuras y derivados —dijo serio mientras partía una ramita.

—Eres un chico formal.

—Ya, pero a veces hay que dar paso a la locura. Hay que disfrutar de pequeños momentos por si no los vuelves a tener —parecía que trataba de convencerse de algo.

—¿Quieres que nos metamos? —hablé totalmente en broma.

—No, tú no. Pero ¿sabes qué? Creo que yo sí me voy a meter —se puso de pie.

—¡No digas tonterías, te helarás de frío! —le prohibí entre un poco disgustada y un poco divertida.

—Me dejarás tu manta.

Se dirigió al lago con paso decidido. Yo quería levantarme, pero aún no podía.

—Da igual la manta con toda tu ropa mojada —le informé.

—Como comprenderás, pienso quitármela —dijo como si fuera obvio.

—¿Delante de una señorita? ¿Ahora te has vuelto un exhibicionista? — fingí indignación.

—No, solo delante de ti, Juliana. Total, ¿qué más da enseñar el cuerpo a quien le has mostrado en numerosas ocasiones algo más privado, tu alma? — explicó mientras miraba a un lado y respiraba hondo. Movié la cabeza para ambos lados y, con dos crujidos de cuello, comenzó su *striptease*. Primero se quitó el abrigo y me lo arrojó a la manta, luego su camisa—. Ten cuidado, que no se moje con la nieve.

—¡Creía que eras un loco! —le grité.

—Pero con cabeza —apuntó mientras me sonreía como nunca lo había hecho.

La visión de Alger sin camiseta era mucho mejor de lo que había imaginado, cada uno de sus músculos se marcaban, estaba fuerte pero no demasiado. Su cabello había crecido y ahora se le alborotaba negro azabache en la cabeza. La expresión de euforia en su cara que hasta ahora no había visto hacía de él un hombre perfecto. Poco a poco se quitó los pantalones y se quedó con unos calzoncillos largos blancos. Dejó los calcetines y los zapatos en la orilla del lago y me miró.

—Va por ti, Juliana —salió corriendo y se zambulló en el agua. Llegó hasta lo más hondo y buceó.

Aproveché para levantarme y acercarme a la orilla. Por supuesto, no pensé en cómo me sentaría después.

—¿Está buena el agua? —grité a Alger, que disfrutaba como un niño pequeño.

—Dios sabe que no —reía y se zambullía como si fuera un delfín.

—¿Y entonces por qué no sales? —le grité más fuerte para que me escuchara, puesto que se había alejado.

—¡Me siento libre! —rio—. Siempre me había preguntado qué se sentía al actuar sin usar la lógica.

—¿Y bien?

—¡Me encanta! —gritó mientras jugaba solo en el agua.

Verle tan feliz hizo que un viejo sentimiento brotara: la alegría, y rompí a reír a carcajadas como pensaba que nunca podría hacer.

—¿Es risa eso que suena? —preguntó con las cejas enarcadas.

—Supongo —dije aún risueña.

—Por ese sonido habría empezado a poner mi vida en peligro mucho antes. Qué iluso soy, yo que pensaba que contigo pegaba más convencerte mediante la palabra y solo necesitaba estar al borde de la hipotermia para conseguirlo.

No me dio tiempo a contestar, puesto que ya estaba buceando hacia la orilla. Me entraron unas ganas locas de sumergirme con él. Conseguir su mismo estado de euforia. Verle tan divertido hacía que yo quisiera disfrutar, lo merecía después de tanto tiempo. Unos pinchazos en la vagina me recordaron la imagen que daría si me quitara la ropa y tuve que abstenerme de realizar mi deseo. Quería estar alegre junto a él. Incluso jugar como si fuéramos dos niños pequeños. Asomó de repente asustándome. Su cuerpo mojado relucía a través de los primeros rayos de sol. Sacudí la melena de un lado para otro mojándome con las gotitas de su cabello. Me quedé paralizada observando a mi amigo, recordando cómo siempre había estado conmigo, su cara el día de la boda, su ayuda con Ada, sus tardes a mi lado cuando yo me sentía vacía... No lo pude evitar y le abracé con todas mis fuerzas empapándome entera.

—Tranquila, estoy bien —dijo divertido—, pero estaría aún mejor si me trajeras algo para secarme y la ropa.

—Ya voy —no podía evitar querer estar a su lado, y es que su pecho era lo más cerca que me encontraba de casa en mucho tiempo.

Durante un buen rato estuvimos sentados en la manta sin aguantarnos las risas sin sentido. Me sentía como el día que me emborraché cuando no sabía

por qué me divertía tanto, solo que esta vez estaba borracha de alegría por estar con mi amigo.

—Si no te importa, creo que voy a comer algo —anunció abriendo la cesta.

—Espero impaciente por ver lo que has cocinado —sonreí.

—No es muy elaborado...

Volcó el contenido de la cesta en la manta. Decenas de bollos diferentes empaquetados se extendieron ante mí, unos eran de chocolate, otros de crema, otros de nata...

—No parece muy apropiado para comer. No es demasiado sano tanto azúcar —bromeé.

—¿Qué más da que no sea sano? Nos merecemos el capricho de tomar lo que más nos gusta sin pensar en las consecuencias —se comió uno de cacao de un bocado—. Te voy a proponer algo. Solo por hoy, vivamos el presente. Mañana te permito que volvamos a ser dos personas en un mundo de mierda con un cometido peor. Pero mientras estemos en este lago que congela las ideas y el tiempo, seremos solo Juliana y Alger, dos dementes dispuestos a disfrutar de cada instante como si fuera el último —me agarró la mano—, ¿aceptas?

—Sí.

—Entonces, repite conmigo: *Carpe diem* por el día de hoy —dijo en un tono majestuoso.

—*Carpe diem* por el día de hoy —repetí yo mientras cogía un bollo e intentaba engullirlo de un bocado, imitándolo.

Como yo solo pude comerme dos bollos a causa de mi reducido estómago, me dediqué a disfrutar dándole tantos pasteles que pensé que reventaría. Se los metía a la fuerza, a presión, manchándole la comisura de los labios. Cuando pensaba que se rendiría y no podría más, me miraba como nunca lo había hecho y gritaba:

—¿Qué pasa, se han acabado? Quiero más.

—¡Eres un glotón y te vas a poner malo! —le regañaba yo.

—Pero eso será mañana, hoy actuamos sin consecuencias, ¿recuerdas?

Y mientras le intentaba replicar, introdujo uno de avellana en mi boca abierta. Me pringó la nariz con la crema y yo me limpié e intenté alcanzarle con la mano manchada. Él se levantó y quise ir detrás de él. Había olvidado el dolor e intenté moverme deprisa. Un pinchazo atroz me recorrió por dentro

y tuve que sentarme con cuidado presionando con una mano en mi entrepierna.

—¿Qué te ocurre, Juliana? —Alger ya no estaba divertido, sino asustado.

—Nada —intenté mentir, pero mi cara de angustia no engañaba a nadie. Alger se situó a mi lado sin hablar, esperando que yo revelase algo, pero no pensaba contarle la verdad bajo ningún concepto.

—¿Qué es esto? —dijo sin ton ni son levantándome la falda hasta la rodilla. La herida se había abierto. Sangre.

—¡No! —grité mientras me llevaba la mano a la pierna e intentaba en vano que Alger no viera nada.

Sin mediar palabra, me alzó con cuidado en volandas y salió escopetado en dirección al coche con la cara enfurecida.

—¿Quién te ha hecho esto? —me preguntó cabreado, y yo permanecí callada—. No hace falta que pronuncies su nombre. Lo sé. Ahora mismo voy a tu casa y le mato —aseguró con una firmeza que me asustó.

—No, por favor —supliqué. No quería que nada malo le ocurriera a Alger.

Él me sentó en el lado del copiloto con delicadeza.

—No es una pregunta, te aseguro que voy a deleitarme arrancándole la vida por lo que te ha hecho —golpeó el volante con el puño.

—No, por favor, hoy no, es nuestro día, no dejes que se adueñe también de esto —supliqué.

—¿Te ha...? —preguntó con una fiereza que me dio miedo.

—No, no me ha violado. No llegó a hacerlo —respondí con sinceridad.

Alger pareció un poco más tranquilo, apenas perceptible para alguien que no le conociera tan bien como yo.

—Como te ponga la mano encima, le degüello, le meto una bala entre ceja y ceja, le corto la cabeza... —siguió con muchas más opciones de asesinato para Louis y no puedo decir que no disfrutara imaginándomelo muerto en cada una de ellas.

—Ya es suficiente. Por favor, volvamos a disfrutar como antes. Lo necesito.

—Lo siento, pero no puedo evitar estar cabreado.

—Bueno, pues como tú has hablado mucho estos meses, comenzaré yo —dije para intentar que el aura del coche mejorara—. ¿Qué es lo más ridículo que has hecho? —le pregunté.

—Ahora mismo no me acuerdo —contestó seco, seguramente seguía dándole vueltas a mis moratones y el ligero reguero de sangre que me había limpiado con el vestido nada más montar.

—Te cuento la mía, pero promete que no te reirás —añadí obligándole a interactuar conmigo.

—No será difícil. No estoy para risas —seguía con la mirada clavada en el morado de mi hombro, la marca de la violencia de sus dedos.

—Un día, en el colegio, se me olvidó bajarme la falda después de ir al baño y fui por todos los pasillos enseñando las bragas —me miró enarcando una ceja, como si mi historia no fuera graciosa—. ¡Fue muy humillante! — fingí indignarme—. ¡Todo el colegio se reía de mí! —en realidad, la historia era mentira, solo quería animarle, volver a estar como antes—. Ahora te toca preguntar a ti.

—Es una tontería de juego.

—No es que el tuyo de los bollos fuera mucho más interesante —le espeté enfadada.

—Está bien. Una muy típica. Si pudieras hacer algo ahora mismo, lo que fuera, ¿qué sería? —se volvió para mirarme.

—Yo... —yo tenía muy claro lo que haría. Pero no era posible porque la persona que aparecía en mis deseos estaba muerta. Alger debió de notar mi incomodidad y decidió hablar primero.

—Iría a la playa.

—¿A la playa? —le pregunté asombrada de lo simple de su deseo.

—Sí —en su rostro aprecié que se empezaba a calmar—, nunca he estado, uno de mis sueños es ver el mar. Siempre he oído historias de gente que ha viajado y me lo he imaginado de mil maneras. Violento. Suave. Danzando. Infinito. Me gustaría que el azul lo inundase todo y relajarme con el único sonido de sus olas, salpicado con su espuma, saboreando la sal del agua, con la bruma atizándome de frente hasta espantar los miedos, las cargas que se han adherido a mi piel... Hasta dejarme desnudo. Libre de pecado. — Se le iluminaba la cara solo de hablar del océano.

—Algún día te llevaré conmigo a que lo veas, te lo prometo.

—Sé que lo harías —rió con amargura.

Después de nombrar el mar, la tarde transcurrió con normalidad. Permanecimos en el coche, que nos abrigaba del frío, contándonos miles de cosas sobre nosotros. Descubrí que lo que más temía Alger en el mundo eran las atracciones de feria y que su segundo sueño era volar. Imaginé al pequeño

y patoso Alger en la escuela mientras el adulto me narraba sus anécdotas. No podía parar de reír y él se unía a mí. Luego pasamos al adolescente Alger y casi me da algo escuchando sus intentos por conquistar a las mujeres.

—Un día aparecí en el balcón de Irene recitándole poemas cuando el pueblo estaba de fiestas, ¿y sabes lo que me dijo ella?

—No, dímelo ya —me impacienté.

—Que cómo iba a ser ella novia de un hombre que ni siquiera sabía recitar bien un poema. «*Antes quería ser tu novia, pero ahora que veo cómo lees, mejor que vayas de vuelta a tu casa*» —Alger imitaba a la chica—. La había conseguido y la cagué por intentar que todo fuera más bonito. Por transformarme en una imitación barata y dejar de ser yo.

—¡Pobre Shakespeare frustrado!

Yo también conté historias, menos, pero alguna tenía. Alger se interesaba por el más mínimo detalle, le divertía saber que adoraba el pollo, que no me gustaban nada las legumbres en general y que siempre me reía cuando recordaba lo catetos que fuimos los alemanes con las patatas.

—¿Qué ocurrió con las patatas?

—Mi madre me contó que después de la peste, los españoles nos mandaron patatas para que no muriéramos de hambre. Por si no lo sabes, la patata es una hortaliza que crece bajo tierra. Encima de ella crece una planta que, cuando florece, indica que las patatas están listas y se pueden sacar de la tierra.

—¿Y bien? —se impacientó.

—Pues que nosotros éramos tan burros que nos comíamos la planta pensando que eso era la patata. Como nos sentaba mal, creíamos que había una conspiración secreta de los españoles para envenenarnos —reí. Me habría quedado toda la tarde allí. Incluso toda la vida, a su lado, hablando con mi amigo y siendo feliz, pero el crepúsculo había llegado y teníamos que volver a casa.

El viaje de vuelta fue extraño, porque noté a Alger muy alterado dentro de su apariencia serena habitual. En ocasiones le temblaba el cuerpo y no paraba de girarse hacia mí para decirme algo. Una vez que llegamos, me acompañó hasta la puerta. No había ningún coche, por lo que estaría sola en la casa.

—Hasta mañana, Alger.

—Por favor, no te vayas aún —su voz sonaba acongojada, como quien va a llorar.

—¿Qué te ocurre? —dije acercándome a él. Estaba realmente preocupada al volver a ver en su rostro la tristeza, que había hecho que saliera de mi trance.

—Nada, déjame que te vea un rato, sin hablar, sin preguntas, hazlo por mí. Es inspirador saber que mirarte siempre ha sido suficiente.

Yo permanecí quieta observándole sin comprender nada. De sus ojos comenzaron a brotar lágrimas y una tristeza que hizo que le agarrara el rostro para darle fuerzas. No soportaba verle así y no hacer nada para poder evitarlo. El contacto de mi mano con su mejilla debió de gustarle, porque sonrió aún con amargura. Me agarró la cara con sus manos y yo sonreí, me gustaba el tacto de mi amo. Alger estaba reflexionando consigo mismo, lo notaba. Cuando resopló, supe que había tomado una decisión y me preparé para ver cuál era, qué le preocupaba.

Lentamente se acercó a mí y, sin dejar de mirarme, posó sus labios encima de los míos. Yo me quedé quieta, sin saber cómo reaccionar ante lo que acababa de ocurrir. Sus lágrimas empezaban a humedecer mi cara. Yo necesitaba cariño, él me necesitaba a mí, yo le quería y le debía algo, así que entreabrí mis labios y, agarrándole con fuerza del pelo, le besé insistentemente durante un largo rato. Alger se sorprendió al principio, pero finalmente me agarró de la cintura y me apretó contra su torso. Su respiración se hizo más profunda y su berrinche más grande. No me disgustaba el beso, es más, me sentía a gusto en sus brazos, era algo extraño ver cómo esa caricia podía aportar tanto a dos personas tan necesitadas de cariño. No quería separarme de él, me gustaba estar protegida por su cuerpo y su piel. Me di cuenta de que las lágrimas ya no eran de Alger, sino mías, pero fue en ese instante cuando noté que mi mano se aferraba con fuerza a un botón situado en mi corazón. La imagen de Ishmael vino con toda su dureza a mi mente y me tuve que separar.

—¿Qué ocurre? —me preguntó asustado, y yo tuve que confesar:

—Lo siento, Alger. Te quiero muchísimo, pero no como tú a mí. Nunca olvidaré a Ishmael, esté con quien esté, solo te podría dar la cuarta parte de lo que se supone que es el amor. Puedo hacer infeliz a cualquier hombre menos a ti, te mereces a alguien que te dé el cien por cien, una entrega total.

—Lo sé —me dijo feliz—, solo necesitaba eso. ¿Ahora me puedes hacer un último favor?

—Lo que me digas.

—Bésame de nuevo, dime que me quieres, que estás orgullosa de mí y, sin mediar palabra, espera en el marco de la puerta mientras me marcho.

Yo asentí. Él me agarró de nuevo y me besó de manera más intensa que en la ocasión anterior, como si quisiera saborear cada instante.

—Te quiero —le dije de verdad—, y estoy muy orgullosa de ti, eres el mejor amigo que se puede tener.

—Yo también te quiero, Juliana, nunca lo olvides.

Dicho esto, me besó la mano y se largó sin quitarme ojo de encima. Veía el dolor a cada paso que se alejaba de mí y, sin saber por qué, me preocupé por él, como temiendo que pudiera desaparecer en cualquier momento. Cuando se montó en el coche, la agonía me dominó y corrí hacia él. Golpeé la ventanilla y le obligué a salir, le abracé con fuerza y lloré en su regazo.

—Siento no cumplir tu deseo, pero necesitaba abrazarte. No me dejes nunca.

—No lo haré —dijo mientras me besaba en la cabeza—, nunca.

CAPÍTULO 31

El judío que atendía en mi casa me despertó con cautela.

—Señorita Juliana, lamento molestarla mientras está descansando, pero es una orden.

—Dime, dime —pronuncié aún medio adormilada.

—Esta mañana ha venido el señor Alger y me ha pedido que le dé esto a las ocho en punto, me ha dicho que no me podía retrasar ni un minuto —me entregó un abultado sobre de color amarillo desgastado.

—Gracias —asentí mientras me incorporaba y lo cogía.

Una vez me hubo dado su mensaje, se marchó con rapidez de mi habitación. Abrí el sobre sin cuidado, destrozándolo por todos los lados. Dentro había un retrato de Alger en el que posaba muy sonriente y una grabadora con un papel pegado en el que se podía leer: «Escúchalo, por favor». Le di al *play* y sonaron las primeras palabras: «*Querida Juliana, lo siento mucho...*». Un ruido ensordecedor de coches me hizo parar la grabación por un instante. Las personas que habían llegado a mi casa gritaban sin parar y yo salí para cotillear qué era lo que había ocurrido. Me coloqué en una esquina de la escalera, detrás de la pared, para que no me vieran. Padre salió cabreado y gritó:

—¡Se puede saber qué narices hacéis irrumpiendo así en mi casa! —estaba enfadado, lo notaba.

—¡Se ha vuelto loco! —gritó un joven cuya voz no reconocí.

—¿Quién? ¿De qué narices me hablas?

—¡Alger se ha vuelto loco! Ha matado de un tiro a Louis y luego se ha suicidado.

Ya no escuché más. Me dirigí a mi habitación, cerré la puerta y le di al *play* sin poder creer que la voz que escuchaba era la de una persona muerta, la misma cuyo corazón yo pensaba que latiría para siempre.

* * *

Noche anterior. Después de dejar a Juliana, Alger llega a su habitación, que tras la partida de Louis ya ocupa solo él. Lleva mucho tiempo reflexionando y tiene muy claro lo que va a hacer. Pero hay alguien de quien quiere despedirse, por lo que saca la vieja grabadora que su padre le regaló. Poner en palabras todo va a ser muy difícil, pero no puede marcharse sin darle una explicación, no sería justo. Hablar a un aparato es frío, no deja que exprese sentimientos. Finalmente imagina que ella está ahí y comienza con lo que serán sus últimas palabras:

«Amada Juliana»

Rebobina y lo borra, no es un inicio ideal. Nada de lo que diga es bueno para comenzar.

«Querida Juliana: Imagino que ya entenderás el significado de esta cinta. No sé cómo te habrás enterado, pero es cierto, ya no estoy vivo. Por favor, no llores, no tengas pena por mí, es una decisión madurada y reflexionada que nada tiene que ver contigo. Antes de seguir te pido que no te vuelvas a evadir de la realidad, sé fuerte y lucha, por favor».

Para de grabar, el miedo va a hacer que llore y no quiere que Juliana lo pase mal. Tras un cuarto de hora, recupera la calma, pone en orden lo que quiere expresar y retoma la grabación.

«Esto viene de mucho tiempo atrás, como te dije, no aguantaba más y un acontecimiento me ha hecho decidirme a dar este paso tan difícil. Te explicaré después a qué me refiero. Antes de empezar, quiero mencionarte algunas cosas que nunca me habría atrevido a decirte.

»Desde hace una semana sabía que tenía que ser este día y no otro en el que yo llegara a mi final. Un final que no quería pero tenía que ocurrir. Debía ser hoy porque de otro modo no podría soportar en lo que me he convertido. Lo único que no me dejaba dormir era el temor a no poder despedirme de ti. Lo necesitaba con todas mis fuerzas, quería que volvieras y no lo hacías...».

Otra parada a la cinta porque Alger no puede seguir, cinco minutos de descanso y vuelve a empezar.

«¿Sabes lo alegre que me puse cuando vi que, gracias a Dios, habías reaccionado antes de que me fuera? ¿Sabes lo agradecido que estoy de haber pasado dos maravillosos días contigo? No alcanzas a imaginar cómo lo valoro yo. Con un simple “estoy aquí” me diste la felicidad que quería antes de abandonar este mundo. Cuando hoy he estado contigo en mi lugar secreto,

ha sido como volver a nacer y eso me ha dado la fuerza para hacer lo que he hecho, porque quiero ser mejor persona, en cierta parte por ti».

No lo evita y llora, y esto no lo elimina de la grabación.

«No pienses que lloro de tristeza, ni mucho menos. Lloro de alegría. Tú me has dado hoy mi mayor deseo en forma de beso. Lamento haberte pedido otro, pero cuando me he dado cuenta de que era la última vez que te veía, lo he necesitado, quería el sabor de tus labios y las palabras que me has dicho: “Te quiero y estoy orgullosa de ti”, para marcharme tranquilo. Por favor, si tienes que sentir algo, siéntete feliz por haberme dado todo lo que quería. En ocasiones merece la pena morir por vivir un instante. Para mí ha merecido la pena morir llevándome conmigo ese recuerdo, espero que sea lo último que vea antes de que me marche al cielo, si aún puedo disponer de una plaza.

»Casi cambio de opinión cuando te has abalanzado contra mi coche, como si supieras que algo nos iba a separar. Me habría quedado todo el día abrazado a ti, pero me tenía que marchar. Sin ti nunca me habría revelado, me has cambiado para bien, me has hecho ver que la integridad y el honor priman por encima de todo, incluso de la vida.

»Ahora te contaré qué es lo que para mí no tenía solución, por favor, compréndeme y ten por seguro que gracias a tu persona no soy un monstruo. Me he liberado.

»Dejo de andarme por las ramas y te cuento el motivo...».

* * *

Una semana antes Alger está visitando a Juliana. Ella está como siempre, evadida. Él lleva ya más de tres horas hablando sin parar sobre temas insustanciales, de vez en cuando introduce alguna historia emocionante que ha inventado, pero, como en los meses anteriores, ella no reacciona. Otra persona se habría cansado, pero Alger sigue ahí, a su lado, y sabe que continuará hasta que ella mejore. La necesita tanto como el aire para respirar y tiene que ayudarla como sea.

Louis pasa por su lado; como siempre, le mira con cara de pocos amigos. A Alger le da igual su opinión. Sabe que él no la quiere y más que ayudarla, como poco podrá dañarla. Ya ha intentado en numerosas ocasiones echarle o asustarle con sus comentarios malintencionados, pero Alger no se aplaca, seguirá, diga lo que diga su compañero. Ese día, sin embargo, Louis

está muy muy contento. El motivo sencillamente es un nuevo plan que ha ideado, en esta ocasión contra Alger. Aunque deteste con toda su alma a Juliana, nadie juega con lo que es suyo.

—Esta tarde tenemos una reunión en el despacho de Raymond — anuncia saboreando la victoria.

—Nadie me había informado —dice Alger con sinceridad mientras mantiene agarrada la mano de Juliana.

—Es para un cambio de trabajo.

—¿Dónde?

—Ya te enterarás.

Louis está feliz, sabe que Alger nunca soportará su nuevo destino. Es demasiado débil, es su único pensamiento. Se marcha cerrando con un portazo y Alger se queda pensativo. Le quitan la fábrica, eso le entristece. Era el mejor trabajo que podía soñar dentro de ese lugar. Hace ya tiempo que se dio cuenta de que no piensa como la mayoría de sus compañeros. Él se limita a hacer trabajar a los judíos como si estuvieran fuera, sin agresiones, sin asesinatos, simplemente como cualquier jefe en tiempos normales. El hecho de que le cambien tendrá su trascendencia dependiendo de dónde le toque ir.

Una vez en la reunión, todas las dudas quedan disipadas.

—Ayer vino el joven Louis a hablarme de ti —comienza Raymond Stiel, que no es consciente de que está siendo utilizado—. Me contó sobre tu buena labor en la fábrica.

—Gracias —le dice Alger a Louis, pero, al ver su cara, no duda de que se trata de una trampa.

—Me dijo que era un tanto injusto mantenerte en un puesto de tan poca trascendencia para el régimen.

—Y sugerí un ascenso —apunta Louis con una inocencia fingida.

—Sí, eso mismo me dijo y yo, por supuesto, lo secundé —añade Raymond.

—También le sugerí el puesto. Casi todos los trabajadores lo querían, pero he pensado que tú eres el más indicado —hace una pausa dramática y continúa, para hacer daño— para trabajar supervisando las cámaras de gas, en el programa de eutanasia para adultos.

Alger entiende por qué le divierte tanto a Louis. Todo el mundo ha escuchado historias sobre las cámaras de gas, pero nadie sabe a ciencia cierta lo que son. Al ver la satisfacción dibujada en el rostro de Louis, entiende que es incluso más duro de lo que ha oído y se prepara para lo peor.

—Mañana irás con un trabajador para ver el funcionamiento y la semana que viene empezarás —indica Raymond mientras le ofrece su mano pensando que de verdad le ha dado una alegría a ese hombre.

A la mañana siguiente empieza el motivo por el que Alger se acabará quitando la vida solo siete días después. A las seis, cuando los judíos hacen filas y marchan a la fábrica, Alger se tiene que ir a otro pabellón guiado por Layla. Esa chica nunca le ha caído bien.

—Primero iremos a los trenes que llegan hoy —explica con esa voz que tanto repelús le da.

—Está bien —contesta él fingiendo indiferencia.

En la estación del tren, las mismas imágenes de todos los días. La gente llega desesperada por las historias que han oído de Auschwitz. Tienen hambre y sed, pero no se les da nada. Primero pasan la cola de selección, y a aquellos no aptos se los obliga en esta ocasión a subir a la parte de atrás de un camión. Se ayudan entre ellos porque es muy alto. Se defienden hasta su último aliento, muerden, arañan e intentan saltar. Los que recurren a la última opción acaban con un brazo partido y tirados de nuevo en el remolque. Una vez que los vehículos están llenos, Layla le indica que tienen que echar un vistazo y Alger se acerca. En el interior la mayoría de las personas son mujeres y niños muy pequeños, Layla parece contenta. Los perros pastores alemanes ladran a los últimos rezagados, que se montan corriendo con algún mordisco en el culo.

—Tú y yo iremos delante —le indica Layla a Alger mientras le lleva a la cabina del primer camión.

Alger actúa como siempre, sin decir ni una palabra y haciendo caso a las indicaciones de su compañera. Se empieza a poner nervioso, pero lo disimula muy bien.

El camino es abrupto y con numerosos baches. Alger se da golpes en la cabeza y escucha pequeños gritos y lloros que llegan de la parte trasera. Su nuevo trabajo está más o menos a un kilómetro y medio de Auschwitz. Cuando lo ve por primera vez, le parece una ciudad en miniatura, con casas de madera y ladrillo.

—*¿A cuánta gente alberga?* —pregunta a Layla.

—Tiene capacidad para cien mil personas —afirma ella sin darle más importancia.

Llegan al pabellón donde está la cámara y Layla le indica que la siga. Los niños, las mujeres, los ancianos y los hombres no aptos esperan en una

sala sin saber qué les depara el futuro. En el otro lado, judías con cara de amargadas aguardan en una cinta para empezar su trabajo.

—Primero se tienen que quitar aquí toda la ropa y objetos personales — indica Layla a Alger mientras otro oficial hace que pasen los judíos y les dice lo mismo.

Los judíos se colocan frente a la cinta y dejan en un lado sus maletas y en otro la ropa, se quedan completamente desnudos. Las mujeres parecen avergonzadas y algunos niños se ríen divertidos. El trabajo de las personas de las cintas comienza. Destrozan cada prenda depositada encontrando objetos escondidos en los lugares más remotos, hombreras, dobladillos, suela de los zapatos...

Layla pasa a la siguiente estancia y Alger la sigue; comienza a marearse sabiendo lo que toca a continuación. Una sala de espera con una puerta enfrente. La puerta tiene una mirilla y en su interior hay grifos de duchas.

—Cuando todos estén desnudos, tienen que pasar aquí —Layla señala la sala de los grifos.

—*¿Por qué se empezó a usar este método?* —pregunta Alger en un intento de retrasar lo que sabe que vendrá a continuación.

—Los fusilamientos son muy costosos y lentos, por desgaste natural muere mucha gente, pero no la suficiente... Creo que se comenzó eliminando los piojos de la ropa con este gas hasta que se descubrió que en una mayor cantidad podía servirnos para otros parásitos —concluye tajante sin darle pie a que continúe la conversación.

Alger desearía tener potestad para parar el tiempo, pero las agujas giran y pronto todos los judíos se encuentran como su madre los trajo al mundo. Un oficial indica que pasen a las duchas y poco a poco la gente penetra en su interior. Algunos están asustados, seguramente hayan oído historias. Otros confían ciegamente en su suerte, piensan que nada malo les podrá ocurrir yendo con mujeres y niños. Están muy equivocados. Alger se asoma a la antesala y observa a dos niñas pequeñas que están jugando sentadas en el suelo. La madre intenta convencerlas de que se muevan, pero ellas permanecen quietas, inmersas en su juego de palmas. Un oficial intenta convencerlas de manera afectuosa:

—Venid rápido, que el agua se está enfriando.

Pero las niñas le ignoran. Los oficiales esperan, pero al final, el más nervioso se acerca y las coge con delicadeza para llevarlas a las duchas. La más pequeña confía en ese hombre grandullón y se abraza a su cuello

cerrando sus pequeños ojos, tiene sueño. Son las últimas; cuando ya están junto a su madre, Layla cierra la puerta por fuera a cal y canto. Nadie se puede librar ya.

—Ahora, en cuanto estemos preparados, soltaremos el gas Zyklon B — anuncia Layla.

Alger no conoce ese gas pero sí su efecto. Sale fuera un momento para intentar tomar aire, no puede respirar. Se encuentra con las cintas limpias y las judías esperando. Intuye que el trabajo que tendrán que hacer a continuación será mucho más difícil para ellas.

—Entra —le grita Layla a Alger—, ya está todo preparado.

Alger penetra de nuevo con ganas de que se lo trague la tierra. En pocos segundos todo el engranaje de ese mecanismo se pone a funcionar. Escucha gritos de auxilio y de dolor. Quiere taparse los oídos, pero no puede darse el lujo de demostrar la mínima emoción.

—Asómate a la ventana —le insta Layla señalando la mirilla.

—No hace falta —responde él disimulando una arcada.

—*¡Asómate!* —repite. No es una petición. Es una orden.

Alger se acerca lentamente y contempla un panorama desolador. La gente se ahoga. Las madres abrazan a sus hijos. Intentan correr. Intentan golpear las paredes. Escalan la torre de cadáveres para llegar a lo que creen es un respiradero. Piden una clemencia que nunca les llegará. Poco a poco, uno tras otro caen en un sueño profundo. Alger se pierde entre cada una de esas caras. Una mujer aguanta un poco más y asusta a Alger. Está frente a la ventanilla gritando, mostrando un bebé y clavando los ojos en los de él. Él intenta pedir unas disculpas silenciosas, pero la mujer no las oye. Ya ha caído. El joven se separa de la mirilla, no puede aguantar más.

—Tenemos que esperar un rato —dice Layla—, algunos tienen mucho aguante.

Alger asiente y se marcha a la esquina más alejada de la mirilla. Su interior está llorando en agonía. No hay nada que más desee que desaparecer de la escena.

—Ahora hay que transportar los cadáveres a la cinta para quitar los dientes de oro —anuncia la mujer.

Unos judíos fuertes entran en la estancia y, sin mirar a nadie, van llevándose los cuerpos a la misma cinta donde minutos antes estaban sus pertenencias. Las mujeres judías les arrancan los dientes de oro y los

depositan en un plato. Aunque todas parecen acostumbradas a ese macabro trabajo, algunas lloran en silencio mientras miran a sus compatriotas.

—Ahora queda lo más fácil —le anima Layla.

—*¿Cuántas personas en un día?* —pregunta Alger, que no se atreve a pensarlo.

—Depende, últimamente llegan muchos judíos. Ahora mismo estamos en torno a las ochocientas personas.

Layla pronuncia esta frase con despreocupación, igual que Alger hablaba de la cantidad de cajas producidas. El horror que siente en esos instantes no se puede describir. Salen del pabellón y se dirigen de nuevo a los camiones. Esta vez los judíos están cargando los cadáveres. Unos lo hacen con delicadeza, otros no.

—Ahora iremos a un sitio asqueroso, te aconsejo que te tapes la nariz —anuncia Layla haciendo una mueca de asco.

Alger se limita a ver, oír, callar y memorizar. Avanzan por un camino de tierra hasta que llegan a unos descampados que no conocía.

—Ya hemos llegado. ¡Bajemos! —ordena Layla, que de un salto está fuera del camión.

Lo que se extiende ante la vista de Alger es inhumano. El olor a podrido es lo de menos. Cientos de personas, puede que incluso miles, están en una gran zanja abierta en mitad de la nada. Parecen esqueletos que ya no tienen rostro.

—Hoy esta parte del trabajo será un poco más larga. La fosa está repleta y hay que cavar otra al lado.

Alger asiente y se sienta en una roca que ve en mitad del camino. Durante horas su único cometido es estar allí supervisando mientras los judíos no paran de cavar. Si mira enfrente, ve cadáveres descompuestos; si mira a los lados, las personas que acaban de fallecer en la cámara de gas. Decide mirarse los zapatos y así está las seis horas que tardan en cavar la nueva fosa común. Sus compañeros se le acercan en varias ocasiones para ofrecerle comida, bebida o un cigarrillo. Alger no acepta ningún ofrecimiento y ellos se marchan ratificando que las habladurías son ciertas: ese chico es muy pero que muy raro.

—Ya está terminado —dice Layla, obligando a Alger a desviar la vista de sus zapatos.

—*¿Y ahora qué?* —pregunta él asustado.

—El domingo incinerarán los cuerpos.

—*¿Qué se hace con las cenizas?*

—Depende, me parece que las usaremos como abono —Layla se encoge de hombros. Lo que se haga no le incumbe ni le importa.

Otra vez se monta en el camión y emprende el camino de vuelta a casa. Cuando llegan, pregunta algo antes de marcharse:

—*¿Te ha quedado todo claro?*

—Sí —responde Alger ya cabizbajo.

—Si tienes alguna duda, puedes venir mañana.

—No, he pillado el concepto —responde corriendo, no cree poder aguantar otra vez una experiencia como esa.

—Ten en cuenta que la semana que viene te encargarás de dirigir todo esto, jefe —Layla le sonríe.

—Lo haré a la perfección.

Cuando llega a su habitación, se pone a llorar como no hacía desde que era un niño. En las horas muertas en ese lugar solo le ha dado tiempo a tomar una decisión: nunca será el jefe de esa barbarie y eso solo le deja una posibilidad: la muerte. Sabe que ha sido cobarde, que no ha evitado todo lo que ha ocurrido; sin embargo, no se siente capacitado para cargar con todas esas muertes. Le parece algo mezquino, despiadado, bestia. Visita todos los días a Juliana, esperando que vuelva en sí antes de tener que marcharse. Cada día va más destrozado, las pesadillas le reconcomen por las noches.

Cuando ya no le queda ninguna esperanza y decide quitarse la vida esa misma noche, ella ha despertado. Cree que algo divino tiene que ver en su suerte, como una especie de regalo por lo que va a hacer. Se permite el lujo de disfrutar de su último día junto a ella. Haciendo todo lo que siempre ha querido, comer su comida favorita, cometer una locura y besarla. La despedida no es tan fácil como parece. Ella puede leer dentro de él e intuye que algo va mal. Le pide que nunca le deje y Alger se lo promete, sabiendo que no lo cumplirá.

Él desearía quedarse con ella más que nada en el mundo, pero eso supondría vivir como un monstruo y perder el alma; no está dispuesto a dar tanto por ella aunque lo lamente mucho. Solo decide hacerle un último favor. Ha visto sus heridas y no quiere dejarla sola con el hombre que se las causa. Por ello escoge que se irá llevándose consigo a alguien que también lo merece. Él nunca ha sido quién para juzgar a nadie, a excepción de esta ocasión. Graba la cinta lo mejor que puede y, tras asegurarse de que llegará a manos de Juliana, se marcha a cumplir con su deber. Es el día en el que se

supone que entra de jefe en la cámara. A nadie le extraña que no vaya y que se dirija al puesto de Louis. Nadie sospecharía nunca del secundario y cobarde Alger. Incluso Louis, cuando le ve, no se asusta; es más, comienza a reírse.

—*¿No has sido capaz? Ya sabía yo que eras un traidor.*

Alger le enseña el arma y Louis estalla en carcajadas.

—No tienes cojones —le desafía.

Antes de que añada nada más, Alger dispara y le alcanza en el centro de la cabeza, matándole. Louis cae con la boca abierta. Alger no tiene tiempo de pensar, no quiere que le capturen, tiene que marcharse. Recordando la sensación del beso y oyendo las palabras de Juliana, se pone el arma en la sien y dispara como buen soldado que es. Un último pensamiento mientras aprieta el gatillo: «Por favor, que Dios me perdone por haber tardado tanto en dar este paso». Teme dos cosas: la primera es que no se le perdone por haber participado en tanta brutalidad; la segunda es que al suicidarse no entre en la tierra prometida por Dios, pero mientras vaga por el mundo de los muertos, se da cuenta de que sus temores eran infundados.

* * *

«*Espero que me entiendas* —continúa la cinta, y Juliana le comprende perfectamente—. Tenía que separarme de ellos y esta era la única manera. No podía hacerlo, no podía... Acabo de mirar el reloj y veo que llevo más de una hora sin parar de hablar a la grabadora. Creo que quiero alargar la despedida porque así alargo también el momento que ha de llegar. Te mentiría si te dijera que no tengo miedo. Tengo mucho. Al final lo que más me importa es si dolerá. Soy un cobarde», ríe mientras tiembla en su habitación.

«*Me tengo que despedir. Creo que por fin encontré la diferencia y me alejé antes de convertirme en un asesino. Estoy orgulloso de lo que voy a hacer y espero que, como me dijiste, tú también lo estés. Solo quiero decirte una última cosa: nunca te he fallado en ninguna promesa. ¿Recuerdas que hoy te dije que jamás te dejaré sola? No pienses que por matarme falto a mi palabra ni mucho menos, no te dejo, esté donde esté, cuidaré de ti con Ishmael*». Se ríe mientras derrama lágrimas amargas. «Intentaré ser su amigo —bromea—. Y te esperaremos juntos. Te quiero, Juliana Stiel, como nunca he querido a nadie».

Alger da al *stop* antes de caer en la cama llorando de miedo.

Juliana se levanta y coge la máquina de escribir para redactar la despedida que le gustaría leer ante los restos de Alger. Mientras las manos le tiemblan en el teclado, las palabras salen directamente del corazón. *«Oremos todos por Alger, la mejor persona que ha existido, el mejor amigo que he tenido y el único héroe que he conocido. Por no hacer daño a nadie, se lo hizo a sí mismo. Él dice que es un cobarde, para mí es todo lo contrario. Un cobarde busca su beneficio y él nunca lo hizo. Siempre estuvo atento a los demás y los que le juzgaron y no le aprovecharon se arrepentirán de por vida. No tengo palabras para definir a la persona que me apoyó en todo, aunque ello le partiese el corazón. El día que me casé, además de ayudarme, organizó para mí la mejor luna de miel. El día que perdí a Ishmael, vino a recoger mis pedazos sin esperar nada a cambio. Durante meses estuvo conmigo todos los días...»*.

No puede seguir escribiendo. Con una última frase, termina.

«Me salvó en este mundo y ahora pertenece a los recuerdos, como tantos otros».

Juliana se pone en pie, coge el retrato, la alianza y la grabadora, y se tumba en la cama rebobinando una y otra vez la cinta para escuchar una misma frase: *«Te quiero, Juliana Stiel, como nunca he querido a nadie»*.

CAPÍTULO 32

Recibí decenas de visitas ese día. La mayoría de compañeros de Louis, que querían expresarme sus condolencias y de paso decir algún impropio sobre Alger. No era extraño escucharlos exagerando lo mucho que sentían que mi futuro marido hubiera muerto y ensalzarlo como a un héroe para acabar con la coletilla: «Una tragedia, siempre noté que había algo raro en Alger, pero nunca pensé que fuera un asesino». Yo asentía compungida, pero no por la muerte que ellos suponían. En alguna ocasión tuve deseos de escupirles en la cara, de gritar a los cuatro vientos que me alegraba de que Louis hubiera muerto, que adoraba a Alger, que era su muerte la que me tenía tan apenada. Suena a tópico y probablemente lo es, pero no supe lo muchísimo que me importaba Alger hasta que le perdí. Era de esas personas con las que cuentas y piensas que nunca se marcharán, y me acababa de dar cuenta de que nunca se puede confiar al cien por cien en nada. Ya no era solo el dolor físico y mental, tenía un sentimiento de culpabilidad que me hundía en la miseria. Culpabilidad por no haberle ayudado, por no ser un apoyo para él como él lo había sido para mí. No valoré hasta qué punto necesitaba que Alger estuviera a mi lado, no para hablar, ni para que me ayudara, sino simplemente por la amistad que nos unía. Solo lloré cuando escuché la cinta, no tuve que aislarme ni tampoco necesité llamar la atención. Sufrí en silencio y entonces recordé una frase de mi madre cuando era pequeña.

* * *

Una vez, tiempo atrás, Juliana asiste con su madre y su padre al tanatorio. Amber, una amiga íntima de la familia, ha muerto y allí están su marido, sus dos hermanos y sus hijos. El marido y un hermano lloran a moco tendido y desatan la ternura en las visitas. Sin embargo, su madre acude al otro, al que no llora y está solo.

—*¿Por qué vamos con él, mamá?* —pregunta tímidamente Juliana.

—Era el hermano de Amber —contesta la madre, que no está muy segura de que ese sea sitio para una niña.

—Ya lo sé, pero ¿por qué no vamos con el marido y el otro hermano, que están llorando?

—¿Y eso qué más da? —su madre enarca las cejas—. Allí hay mucha gente y él está solo.

—Ya, pero no llora —insiste Juliana, pensando que ha dado la mejor respuesta posible.

—Juliana, no por llorar se quiere más a una persona. No es necesario llamar la atención ante una muerte. No digo que esté mal llorar, pero nunca debes suponer que alguien no siente una pérdida por no demostrarlo de esa manera. Las pérdidas más importantes se traducen en una procesión de sentimientos que transcurren en nuestro interior.

* * *

Al recordar ese instante con mi madre me avergoncé, pues entonces no la creí. Asentí y le di la razón, pero en mi interior juzgaba al hermano que no lloraba y pensaba que actuaba mal al no mostrar la pena en público. Ahora que me veía en la misma situación, sabía que ese hombre podía estar destrozado de la misma manera que lo estaba yo y no demostrarlo. Las palabras de madre se convirtieron automáticamente en una realidad para mí al vivirlas en mi propia carne.

Al día siguiente se preparó un funeral por todo lo alto. La mayoría de los oficiales y los vigilantes de Auschwitz asistieron con caras largas y apenadas. Exteriormente yo era todo lo que una «viuda» debe mostrar. Me puse la ropa a conciencia: medias, zapatos, vestido, abrigo..., todo negro. Mi rostro debía reflejar en cierta medida mi tristeza, ya que la gente se paraba y mientras me abrazaban, lloraban; cuando se marchaban, un «pobrecilla» sonaba en la lejanía. Durante todo el funeral pensé en Ada, Alger y, aunque no debía, en Ishmael, porque ese era el funeral que ellos se merecían y nunca tendrían. Su cuerpo fue enterrado con una gran bandera con la esvástica y medallas de reconocimiento. Hubo disparos al aire por parte de algunos militares bien vestidos que le dieron de ese modo su último adiós. Cuando todo acabó, me invitaron a un cóctel para comer algo, pero dije que prefería marcharme a casa y todos asintieron con pena. Una de las cosas buenas es que parecía que

nadie me podía negar absolutamente nada. Me extrañó que padre dijera que me acompañaba, pero no puse ninguna pega, en realidad me daba igual lo que hiciera Raymond con su vida. Una vez en casa, me quité el abrigo y subí directa a la habitación, a tocar sin miedo mi botón y a mirar el rostro de mi amigo y, por qué no decirlo, a rebobinar la cinta hasta escuchar el fragmento que ansiaba y me obsesionaba.

Iba a darle al *play* cuando alguien llamó suavemente a la puerta.

—Adelante —dije mientras ocultaba la grabadora debajo de la cama junto a *Tormenta y pasión*.

—Hola, hija —Raymond entró y se sentó a mi lado en la cama—. ¿Qué tal te encuentras? —me preguntó interesado de verdad.

—Estoy bien —afirmé. No me apetecía tener una conversación acerca de mis sentimientos con mi padre. No ahora. Era demasiado tarde. Yo estaba al otro lado del océano y el barco que podía traerle a mi lado se había quebrado y yacía en el interior mecido por las mareas.

—Imagino lo que será esto para ti —intentó darme un abrazo de padre a hija, del que me zafé sin disimular—. Supongo que querrás estar sola —dijo apenado, y esperó una respuesta mía que nunca llegó—. Solo quería darte una cosa...

Salió y agarró algo que había dejado apoyado en el marco de la puerta. Una urna.

—¿Qué es? —le pregunté incorporándome.

—Las cenizas de Alger. Le hemos incinerado, supongo que, al ser el asesino de Louis, tienes derecho a hacer con ellas lo que quieras.

—Sí —afirmé intentando parecer impasible.

Me las entregó y salió del cuarto. Apoyé la urna de color marrón encima de la mesa. No pesaba nada, me parecía increíble que Alger hubiera quedado reducido a eso. Como él decía en la cinta, yo tampoco me consideraba valiente. Tener su cuerpo frente a mí en un mísero recipiente fue más de lo que pude soportar y, con toda la tranquilidad del mundo, decidí que quería dejar de ser osada. Con el máximo cuidado me arrodillé, sintiendo aún los efectos de una paliza que ahora se me antojaba muy lejana. Cogí *Tormenta y pasión* y comencé a leer. Sabía que me hacía daño, pero quería recordarlo todo antes del paso que iba a tomar. Cada frase escrita en ese manuscrito me volvía loca, pero aun así no dejé de leer, consciente de que debía hacerlo. Terminé en varias horas, disfrutando de los momentos buenos, cabreándome en los malos, y amando. Después volví a oír de nuevo la despedida de Alger

y me encaminé a hacer efectiva mi decisión. Con cuidado, agarré un cuchillo en la cocina, grande, carnicero. Me miré en el reflejo de la plata del metal y sonreí. Subí de nuevo a mi habitación y cogí cinco objetos personales, el retrato de madre, el de Alger, el botón de Ishmael, el manuscrito y las cenizas de mi amigo. Una vez que lo tuve todo, salí con paso decidido hacia mi final, hacia el baño.

Coloqué los objetos encima del lavabo y comencé a llenar la bañera con agua caliente. Sabía que la Iglesia no aceptaba el suicidio, así que como persona religiosa que era necesitaba creer en una vida más allá con los míos, recé y pedí perdón e imploré a la misericordia de Dios. Después me desnudé lentamente y coloqué los objetos cerca de la bañera. Necesitaba coger algunos mientras llevaba a cabo mi acto. El dolor me daba miedo, pero no el suficiente. Cuando no tienes nada, te conviertes en alguien capaz de hacer cualquier cosa. Con cariño, desgarré la primera muñeca sintiendo cómo el cuchillo atravesaba mi piel. La sangre brotó a borbotones y, antes de que me quisiera dar cuenta, la bañera estaba completamente inundada. Cortar la muñeca izquierda fue algo más complicado, ya que no tenía fuerzas en la otra, pero tras cuatro intentos fallidos, lo logré.

Agarré con fuerza la alianza con la mano derecha. Di al *play* de nuevo para escuchar a Alger y miré fijamente el retrato de mi madre. Lo peor de intentar suicidarme fue ver que me hacía tan feliz. No encontraba nada malo en ello. Vería a todos mis seres queridos y estaría con ellos, ¿qué podía haber de negativo en eso? Me sentía tranquila, como si tuviera mucho sueño y poco a poco me durmiera. No me dolía, o al menos, no lo sentía. Solo quería que mis fuerzas no aflojasen y poder irme con el símbolo de mi historia con Ishmael. No veía una sucesión de los mejores momentos de mi vida. No veía absolutamente nada. La esperanza era algo que fluía dentro de mí, esperanza al pensar que en unos minutos, tal vez segundos, vería el rostro de Ishmael ante mí. Cerré los ojos intentando que la muerte se diera prisa, quería irme ya.

Un portazo y dos brazos sacándome del agua, así acabó el sueño. Padre estaba frente a mí colocando toallas en mis muñecas y gritando a alguien que estaba abajo.

—Déjame morir, por favor, papá —imploré, pero no me hizo caso.

Antes de que me diera tiempo a suplicar de nuevo, un hombre con un botiquín cerraba las heridas que tanto significaban para mi felicidad.

—Tranquilo, no ha perdido mucha sangre —decía el médico a mi padre, que se movía de un lado a otro.

—Cúrela, por favor —suplicaba él, y su voz se me antojó la de un anciano.

Unos puntos más tarde, me encontraba en mi cama, tumbada, llorando de impotencia.

—Juliana, baja conmigo ahora mismo —fue la frase de padre nada más entrar.

—Déjame aquí, estoy cansada —le pedí sin mirarle siquiera.

—Pues te llevaré yo.

Me cogió en volandas. Bajamos las escaleras y me sentó cuidadosamente en la silla de su despacho.

—Tenemos que hablar —estaba serio.

—Tranquilo, no lo volveré a hacer —prometí para poder volver a mi habitación.

—No es eso —respondió con dolor en la voz.

—Entonces, ¿qué es? —pregunté con la voz cansada. No era libre ni para morir en paz.

—Tienes que hacer la maleta.

—¿Cómo? ¿Dónde me mandas? —recordé los hospitales y psicólogos de la vez anterior.

—Te vas esta noche a Inglaterra.

—¿Cómo? —pregunté asombrada, sin entender nada.

Dio vueltas por el despacho mientras pensaba cómo explicarme lo que me tenía que decir. Por mi parte no comprendía nada. No sabía cómo iba la guerra, pero si me mandaba fuera debía ir muy mal, o al menos eso intuía yo. Raymond metió la mano cuidadosamente en la caja de seguridad y sacó una carpeta. De reojo vi que el informe con los niños ya no estaba en su interior.

—Aquí tienes todo lo necesario, dinero, pasaporte falso... —siguió enumerando cosas, pero mi cabeza no era capaz de procesar tanta información.

—¿Por qué haces esto? —le pregunté finalmente.

—No tengo por qué desvelarte el motivo, te basta con saber que en menos de una hora te marchas y punto.

—¿Una hora? —todo era demasiado para mí.

—Sí, una hora. Llegarás a Southampton, allí un amigo mío te recogerá, es muy importante que le entregues este sobre —dijo mientras me dejaba un

sobre cerrado a cal y canto—, no debes abrirlo hasta que no estés con él — insistió amenazante.

—Sí —contesté yo, aún intentando asimilar lo que ocurría.

—Cuando llegues al puerto debes ponerte este abrigo —tendió en mi regazo un abrigo rojo—, será la manera de que la persona que te espera allí te reconozca.

Agarré el abrigo con las manos, era muy suave. Aunque no paraba de asentir atónita a todo lo que mi padre me decía, era consciente de que no me pondría el abrigo rojo, no quería ir con nadie que fuera amigo suyo.

—Debes hacerlo, si no lo haces por ti, hazlo por tu acompañante —dijo como si me leyera el pensamiento.

—¿Quién me acompañará? —pregunté asustada, imaginando a cualquier oficial chiflado.

—Un niño —se movía nervioso mientras revisaba todo el papeleo.

—¿Un niño? —pregunté.

—Sí, un judío.

—¿Un judío?

—Un judío, sí, ¿acaso estás sorda? —elevó el tono enfadado.

—No —respondí intentando no fulminarle con la mirada.

—Si alguien te pregunta, has sido presa política, te oponías al régimen, ayudabas a judíos, ¿está claro? —subrayó autoritario.

—Sí —respondí con firmeza pensando que eso no era tan mentira como él creía.

—En tal caso, ahora empezaremos tu transformación, como mucho puedes llevar un baúl que te preparará el judío.

Miré hacia atrás y vi que el hombre que ayudaba en la casa estaba esperando a que le dijera lo que debía guardar.

—Necesito las cosas que me llevé al baño, están en el suelo y en el lavabo, y el vestido blanco.

—¿Nada más, señora? —preguntó él.

—No —negué, y se marchó.

—Ahora quiero una transformación, ponte estas ropas —me tiró una falda y una blusa antiguas, como las que llevaban las judías cuando llegaron al campo de concentración. Se giró y yo me vestí.

—Ya está.

Raymond me miró y no pudo evitar hacer una mueca de asco al verme vestida así.

—Tenemos que ponerte un tatuaje falso en la muñeca —miró mis muñecas cosidas.

—No —me opuse con seriedad—, lo quiero de verdad y sé qué número tengo que ponerme —recordé la muñeca de Ishmael, donde siempre rezaba A-8888—. A-8888.

—De acuerdo —cedió Raymond.

Se notaba que tenía mucha prisa. Sacó una aguja del maletín y comenzó a tatuármelo. Aunque lo quiera negar, sé que sufría, no paraba de mirar por si me hacía daño. Yo me mantenía firme, orgullosa de llevar una señal de por vida que me recordara a él. Las agujas dolían y la sangre manaba sin parar por encima de mis cortes.

—He terminado —anunció apartándose de mí.

Me miré la muñeca, los números estaban mal hechos, con trazos movidos debido a los nervios de Raymond. Un pitido me interrumpió.

—Has de marcharte, te están esperando —dijo con angustia en su voz.

—Vale —me levanté y caminé hacia la puerta.

—Juliana —me llamó con amargura—, sabes que no volveremos a vernos.

—Sí —afirmé.

—¿Sabes qué consecuencias tendrá lo que acabo de hacer? —me preguntó por primera vez impotente. Descompuesto. Destrozado.

—Supongo que la muerte —repose con frialdad.

—¿Y no piensas despedirte de mí? —le brillaban los ojos brillando.

Era la primera vez en años que le veía llorar. Mentiría si dijera que no fue el momento más duro y tal vez del que más me arrepentiré. Alguien me dijo una vez: *«A los amigos los eliges y a la familia no, por ello no es raro que no quieras a alguien de tu familia»*. Puede que llevara razón, pero no en mi caso. Siempre había querido a mi padre con locura, era la persona más importante para mí, los mejores momentos de mi niñez los recordaba con él, había sido mi compañero durante todos los años de mi vida, siempre juntos. Sin embargo, todo había cambiado...

—No —contesté intentando hacerme la fuerte.

—¿Te da igual saber que me vas a perder? —insistió mientras, tembloroso, se apoyaba en la mesa.

—Te perdí hace muchos años —fue mi respuesta.

Sin mirar atrás, me encaminé a la puerta escuchando los sollozos de mi progenitor, al que se veía solo. No mentí al responder, aquel no era mi padre,

no, mi padre se había marchado años antes, cuando mi madre murió. Ahora solo era un hombre cruel y despiadado. En la puerta me esperaba una furgoneta y me subí temblando. Dentro encontré la sonrisa cálida de un niño al que ya conocía, Alberto.

—¿Juliana? —preguntó con su vocecita indefensa.

—¿Alberto? —respondí feliz al saber que él se marchaba de allí conmigo.

—¿Dónde vamos? —se lanzó a mi regazo y me abrazó.

—Tranquilo, estarás seguro, cuidaré de ti —una promesa que llevaría a cabo.

El coche arrancó con un conductor que ni siquiera nos saludó. No debía hacerlo, pero no pude evitar mirar atrás para ver por última vez a mi padre. Estaba desconsolado en la puerta, quise gritarle que le quería, pero no pude. Raymond se cayó al suelo y, aunque nunca se lo diré, su mirada se transformó por un instante y volvió a ser el hombre amable y bueno al que adoraba cuando tenía doce años.

El viaje hasta el puerto fue tranquilo. Hicimos unas cuantas paradas para comer y yo di toda mi ración a mi desnutrido compañero. El niño se dedicó a dormir en mi regazo, cansado de todo lo que había trabajado en Auschwitz. La única variación se produjo minutos antes de llegar al barco. Nuestro conductor nos habló por primera vez para indicarnos que nos teníamos que ocultar en unas grandes cajas de metal. Nos introducirían en el barco en esas cajas y luego, cuando el barco zarpara, nos sacarían. Sin despedirnos del hombre, nos subimos a las cajas por la parte superior, que estaba abierta. La primera sorpresa llegó cuando comprobamos que no viajábamos solos. En el interior, un hombre, una mujer y dos niñas pequeñas nos esperaban.

—Me llamo Jadash y esta es mi mujer, Nisim.

Intenté vislumbrar sus rostros, pero la tapa se cerró y todo se quedó en la absoluta oscuridad.

—Yo soy Juliana y él es Alberto —anuncié mientras buscaba a tientas la mano de mi niño.

—Tengo miedo, Juliana —confesó Alberto.

—No temas —contestó Jadash con un tono paternal—, tenemos agujeros para respirar y me han dicho que no estaremos aquí más que unas horas.

—Todo está muy oscuro —gimió él.

—No pasará nada, yo cuidaré de ti —le prometí mientras le cogía en brazos para que no temiera.

—¡Callaos! —nos gritó alguien desde el exterior—. ¡Vamos a moveros y nadie os puede oír!

—Oni, Oshiahu, ya habéis oído, debéis estar en silencio —dijo la madre con una voz que desprendía ternura. Me recordó a Ada.

Nos mantuvimos todas las horas en el más riguroso silencio. Era increíble ver como los niños de tan poca edad respetaban la situación y no abrían la boca.

Para estar más cómodos, acabamos sentándonos en la plataforma del suelo encajados como las piezas de un puzle, sin mediar palabra. De vez en cuando necesitaba acercarme a esos pequeños círculos que me proporcionaban oxígeno. Aunque no lo decía en voz alta, tenía mucho miedo de asfixiarme allí dentro. Solo hubo un pequeño comentario cuando notábamos que una especie de grúa nos movía por las alturas para meternos en el buque. Alberto no paraba de temblar y, sin querer, se orinó encima y nos empapó a todos.

—Lo siento, tengo mucho miedo —susurró.

—No pasa nada, cariño —respondió Nisim por mí tranquilizándolo.

Una vez en el interior oímos cómo las turbinas se movían y sentimos una pequeña vibración que nos indicó que la huida había resultado un éxito. Pese a que sabíamos que podíamos hablar, no lo hicimos hasta que un hombre nos sacó de la caja. Nos indicó que le siguiéramos hasta una especie de camarote con una pequeña ventana circular. Había dos camas y en ellas nos teníamos que acoplar los seis. No fue ningún problema.

—Yo dormiré con mis hijos y tú con el pequeño Alberto —propuso Jadash. Ahora que podía verle, calculé que tendría treinta años, era moreno con ojos marrones, algo rellenito.

Asentí mientras depositaba con cuidado mi baúl.

—¿Cómo llegaste al campo? —preguntó Nisim mientras me miraba de arriba abajo. Ella también era regordeta, con el pelo moreno recogido en un moño y unos preciosos ojos color caramelo.

—¿Perdón?

—Es decir, no eres judía...—afirmó mientras me escrutaba con su mirada.

—Preso político —mentí temiendo que Alberto dijera la verdad.

—¿Qué hiciste? —me preguntó el hombre sin ningún tipo de mala intención.

—Ayudar a judíos —respondí sabiendo que era lo que más se aproximaba a la verdad.

—A nosotros también nos ayudaron. Un buen hombre, amigo de toda la vida, guardó todos nuestros bienes y nos tuvo escondidos hasta que encontró una manera de sacarnos de allí —sonrió con amargura—; siempre lo tendré presente.

—Está triste porque le echará de menos —aclaró la mujer, Nisim.

—¿Te puedes creer que no gastó nada de lo nuestro? Nos lo ha dado todo para que podamos tener una buena vida en Inglaterra —dijo hinchando el pecho de orgullo.

—Los héroes anónimos siempre son los mejores —no sé por qué, recordé a Alger.

—Toma —Nisim me ofreció comida—, estás muy delgada y el chico también.

—Gracias —le di un mordisco a la magdalena que me había pasado. Alberto devoró la suya de un bocado y yo le pasé el resto de la mía pese a que me crujían las tripas.

—¿Queréis subir a ver el barco? —preguntó Jadash a las niñas, que contestaron a la vez con un unísono «síiiii».

—¿Puedo subir yo también? —me preguntó tímidamente Alberto.

—Claro —contesté mientras le sonreía, aunque no me gustaba la idea de que se apartara de mí.

—¿Te unes a nosotros? —dijo Oni, la más pequeña de las dos niñas.

—Más tarde, primero quiero descansar —le acaricié la mejilla.

—¡No digas tonterías! ¡Hay mucho tiempo para descansar, pero ahora tenemos que celebrar que hemos escapado! —indicó Jadash con entusiasmo.

No quise hacerles un feo y subí; además, sabía que eso pondría contento a Alberto, que también dependía mucho de mí. Arriba el ambiente era de júbilo y celebración, la gente corría de un lado a otro y reía a carcajadas. Puede que incluso hablaran a gritos, pero no les culpaba después de tantos meses de silencio. Los niños correteaban y jugaban por la pequeña cubierta, actuando acorde a su edad, como siempre debió ser. Nos ofrecieron comida, carne, no sé de qué tipo, y la gente se abalanzó. Todo el mundo hablaba entre sí, contándose sus tragedias y felicitándose por la suerte que habían tenido.

Cuando acabaron, rezaron todos en uno por las almas de los fallecidos y la suerte de los que aún estaban vivos en los campos.

Era un atardecer muy bonito con un sol impactante que sobresalía en el horizonte y se enfrentaba al cielo rojizo cubierto de nubes. Me aparté un poco y me puse a mirar el mar. Era relajante ver cómo las olas chocaban contra el barco, los pequeños delfines saltaban a nuestro alrededor y sentía el aire atizando mi cara con todo su frescor. El sonido de fondo eran risas. Aquel parecía otro mundo totalmente diferente, como si en ese barco no existieran la guerra ni el dolor. Permanecimos dos días allí y en el crepúsculo de la tercera noche nos avisaron de que nos preparáramos, pues en unos minutos llegaríamos a nuestro destino, Southampton. Las reacciones de la gente fueron de lo más diversas. Pese a que el aura era de alegría, todos estaban nerviosos y asustados por temor a lo desconocido, y como cada persona es un mundo, unos temblaban, otros se movían nerviosos de un lado a otro, otros besaban... Mi reacción fue agarrar con fuerza a Alberto y esperar.

—¿Alguien os espera? —me preguntó Nisim, que jugaba nerviosa con una pulsera.

—Sí, una persona aguarda en el puerto —respondí mientras sacaba mi abrigo rojo.

—Si necesitáis algo, pedidlo —ofreció Jadash.

—Gracias, ya tenemos todo organizado —contesté mientras sonreía amablemente.

El barco atracó y las personas comenzaron a bajar casi corriendo. Nosotros nos mantuvimos un poco al margen, esperando a que la marea humana se despejara un poco.

—Nos marchamos. Os deseamos lo mejor —dijo Nisim con una gran sonrisa.

—Nosotros también —sentí tristeza por la separación de nuestros amigos en el barco y, aunque no era propio en mí, abracé a los cuatro miembros de la familia.

Alberto y yo fuimos los últimos en descender la rampa que nos daba la bienvenida a Inglaterra.

—¿Y ahora qué nos espera? —preguntó el niño impaciente.

—Un hombre nos recogerá, un amigo de mi padre.

—¿Y ese hombre es bueno? —se asustó al saber que estaba relacionada con Raymond.

—Claro —dije sin estar muy segura de que mis palabras eran ciertas.

Miles de personas estaban en el puerto, recogiendo a viejos amigos o ayudando a las personas que habían huido. Observé a la gente que esperaba y supe que entre ellos alguien me buscaba a mí; sin embargo, había algo que debía hacer primero, así que me dirigí hacia el final del puerto, donde solo el mar se extendía ante mi vista.

—¿Por qué venimos aquí? Las personas que buscan están al otro lado — intervino Alberto, que seguía agarrado a mi mano.

—Debo hacer algo —le expliqué.

Me detuve ante el mar y respiré hondo. Abrí lentamente el baúl que me acompañaba y saqué una urna. Las cenizas de Alger reposaban en su interior. El viento me azotaba la cara, Inglaterra era un país muy frío. Antes de hacer lo que quería, besé la urna como si ese beso pudiera llegar a Alger allá donde estuviera. Quité la tapa con un escalofrío y arrojé sus cenizas al mar.

—Te dije que vendría contigo, que algún día verías el mar, siempre cumplo mis promesas.

Hablé en voz alta pese a que quería que fuera un momento íntimo. Las cenizas sobrevolaron las aguas y finalmente se fundieron con el mar. Ahora sabía que Alger descansaba en paz. Una certeza se cernió sobre mí. Nunca olvidaría a la gente que me había guiado y por la que yo era así en estos momentos. Sin embargo, tenía que seguir adelante y ser fuerte ya no solamente por mí, sino por un niño pequeño que estaba a mi lado y me miraba sin comprender nada. Necesitaba coger aire y fuerzas para una nueva etapa en la que nunca demostraría debilidad.

—¿Puedes dejarme un momento sola? —le dije a Alberto, aunque añadí rápidamente—: Pero no te vayas muy lejos.

No podía creer que hacía unos días había estado en el infierno y ahora tenía ante mí una tierra repleta de posibilidades. En cuanto el sol se escondiera, todo quedaría atrás como las cenizas que se habían fundido con la espuma de las olas y que nunca más vería. Me sequé el sudor de la frente y, aunque supe que no serviría de nada, dirigí mi vista al cielo, que poco a poco se tornaba negro, y golpeé mi corazón cuatro veces con la mano entera, despidiéndome a mi manera del muchacho de ojos verdes.

—¡Juliana! ¡Juliana! —Alberto me interrumpió gritando mientras me agarraba del abrigo insistentemente.

—Espera un momento, por favor.

—¡Mira! —me señaló algo en la lejanía. Me giré y vi algo que me hizo zozobrar, un ángel.

Puede que en ese puerto hubiera miles de personas, pero mis ojos captaron el espejismo antes de que mi atención se centrara en otra cosa. Quería avanzar, gritar, correr hacia él, pero mis pies no se movían del sitio. No podía ser cierto, era una fantasía, una alucinación tan nítida que parecía real. Me tambaleaba hacia los lados como si mis pies se hubieran quedado incrustados en la madera del puerto. Estiraba los brazos hacia delante para poder agarrarle, como si fuera de goma. El ángel parecía tan sorprendido como yo, pero a él sí le funcionaban los pies, corría hacia mí a toda velocidad, pero no lo suficientemente rápido. Tenía miedo de que llegara por si se desvanecía. La gente a mi alrededor me miraba y me hablaba con cara de preocupación, pero eran secuencias de imágenes mudas y a cámara lenta, no les hacía caso, no podía. El ángel se acercaba y pude ver cómo de sus hermosos ojos caían lágrimas de dolor. Yo no lo sabía, no lo notaba, pero estaba temblando, llorando, tambaleándome, sufriendo, gritando sin oírme, moviéndome mientras la vista se me nublaba. Mi cuerpo empezó a sentir pinchazos por todos los lados, sobre todo en un músculo situado en el lado izquierdo, no podía desvanecerme. No antes que mi ilusión, que mi fantasía, antes de que mi ángel llegara a mi lado. Sería demasiado doloroso para soportarlo si solo se trataba de una jugada de mi mente. Caí al suelo cuando él ya estaba a escasos centímetros de mí. Un hombre a mi derecha se acercó corriendo para ayudarme, pero mi ángel fue más rápido y me agarró y, sintiendo su tacto y cómo los latidos empezaban a llevar el mismo compás, me desmayé.

CAPÍTULO 33

Septiembre de ese mismo año. Raymond acude a ver a su hija. Louis le ha confirmado que ya ha pedido a Juliana en matrimonio y tiene que felicitarla. Es su única hija y está muy orgulloso de que se haya decantado por un joven tan prometedor. Va a su lugar de trabajo, ahora que lo piensa, nunca ha ido a verla y cree que debe felicitarla por su labor. Cuando está llegando, observa cómo Juliana sale con el hombre con el que trabaja. Piensa en lo afortunado que es al tener a una mujercita tan especial como único descendiente. Aunque de un momento a otro, con un acto tan simple como un beso, todo su pensamiento cambia. Se queda blanco, no puede creer lo que ve, está estupefacto, anonadado. En un arranque de furia, piensa en sacar el fusil que siempre le acompaña y disparar desde allí al judío, directamente, sin tapujos. Sin embargo, cree que es mejor hacer entrar en razón a su hija. Irá a su dormitorio y la esperará. Hablará con ella, Juliana siempre le escucha, y la convencerá de que lo que está haciendo está mal, es inmoral. Sabe que es muy persuasivo y que, si emplea unas horas con la muchacha, acabará convenciéndola de que lo mejor es que ese judío muera y acudirá a matarle de la mano de su hija.

Una vez en la habitación de Juliana, sigue dando vueltas a lo que ha visto. Reflexiona sobre qué ha podido hacer para que su hija se descarríe. La conclusión es que tenía que haberle hecho más caso en aquel lugar. De ahora en adelante estará más con ella. Intenta cotillear en sus cosas para encontrar una explicación, algo que le ayude a entender, y lo ve. Un manuscrito con el título *Tormenta y pasión* y una inscripción a lápiz: «No quiero saber nada de ti. No me vuelvas a escribir». Se relaja y lo lee de principio a fin. Muy contento al inicio y muy desilusionado al final. Cuando lo cierra, llega el momento más confuso en toda su existencia. Ha leído todo el libro y no le cabe ninguna duda de que su hija está enamorada de ese hombre. Se odia a sí mismo por haber permitido que tal cosa ocurriera. Su idea de convencerla después de leer *Tormenta y pasión* queda invalidada por inviable. Odia aún más si cabe a ese judío que trabaja con ella, en la vida ha deseado con mayor fervor que una persona muera. Pero conoce a su hija, sabe cómo reacciona

ante la muerte. Recuerda la etapa en que Juliana tomaba pastillas y su intento de suicidio. No, ella no es fuerte, ella no es como él, que decide enfrentarse a los problemas, ella huye e intenta apartarse. Sabe lo que ocurrirá si pierde a ese joven, lo ha leído, ha visto cómo actuó cuando simplemente él la dejó. Lo más probable es que pase mucho tiempo, pero tarde o temprano se quitará la vida, eso es tan cierto como que la Tierra es redonda. Por otro lado piensa en Louis, es muy listo, de hecho ya ha empezado a indagar sobre los cambios de Juliana y, con lo mal que ella disimula, no tardará en averiguar lo que ocurre.

Raymond ha reflexionado sobre millones de cosas, temas importantes, temas que influían en miles de vidas, pero este le parece el más difícil. Por un lado está su ideología, en la que ahora cree más firmemente que nunca; en el otro, la vida del único ser que le queda de su familia. No traicionar a ninguna de las dos partes es imposible. Debe elegir y rápido. Aunque ni él mismo se lo cree, se decanta por su hija. Es una decisión firme e inamovible, y por ello debe empezar a llevar a cabo su idea lo más rápidamente posible.

Organizarlo todo no le lleva mucho tiempo, tiene muchos contactos, todo el mundo conoce a determinado tipo de gente por si las cosas se ponen feas. Además, su fortuna se ha incrementado notablemente desde que llegó allí, tras dejarse corromper y robar unas posesiones judías que no le pertenecen. Con dinero, poder y contactos puede hacer lo que quiera. Está a una llamada de traicionar a toda su gente. Sabe que las consecuencias serán fatales para él y, sin embargo, descuelga el teléfono.

—Necesito que saques a unas personas del país —al otro lado alguien responde—. En dos grupos, uno ahora y otro en diciembre —su interlocutor le pide más datos y Raymond se los proporciona, la conversación termina con una última frase—. El primer grupo debe partir pasado mañana.

Esa misma noche acude al barracón donde sabe que estará la persona a quien le gustaría partir el cuello, Ishmael. Va escoltado por un vigilante, al que pide que se quede atrás.

—Ishmael —ordena mientras entra por la noche en el barracón—, sal.

Ishmael sale confundido y asustado al ver quién es la persona que le llama. Sabe que ese día se ha casado con su hija y le ha hecho el amor, solo espera que, si ese hombre se ha enterado, lo mate de una manera rápida.

—Dime ahora mismo quiénes son las personas que estaban contigo en la boda.

Mientras habla parece que la vena del cuello le va a estallar.

—No sé de qué me habla —responde Ishmael, que no quiere traicionar a sus amigos.

—Lo sé todo, ¿entiendes? Así que o mandas salir ahora mismo a las personas que lo saben, o mato a todo tu barracón —amenaza Raymond.

—No sé de qué me habla —le desafía Ishmael.

Raymond hace un gesto de asco y vuelve a entrar al barracón.

—O salen las personas que se han marchado esta mañana con Ishmael o morís todos, ¿entendido? —mientras, estudia a cada una de las que están dentro. Pronto tres jóvenes y un anciano dan un paso adelante con temor. Vuelven a salir y Raymond retoma la palabra—: ¿Se lo habéis contado a alguien más? —pregunta enfadado.

—No —responden ellos al unísono.

—Está bien. Me dais asco. ¿Cómo habéis sido cómplices de una aberración contra la naturaleza? —pregunta rabioso, pero nadie contesta—. Tú —dice señalando a Ishmael—, *¿te crees digno de mirar a mi hija?* —ahora no cabe ninguna duda, todos son conscientes de que Raymond lo sabe y se asustan muchísimo.

—Sí —dice Ishmael sacando el orgullo antes de morir.

—No pienses que llevas razón ni por un momento —contesta Raymond mientras se acerca a su cara—. Ahora, por tu culpa, otro ocupará tu lugar.

—*¿Mi lugar para qué?* —pregunta Ishmael, que cada vez comprende menos la situación.

—Para morir —responde Raymond—; me tienes que decir quién morirá por ti, ya que tú abandonas Auschwitz.

—No entiendo nada.

—Tú y tus amigos abandonáis Auschwitz —habla como si Ishmael fuera lelo—, así no podrás volver a ver a mi hija, pero necesito que ella crea que has muerto, por lo que Louis deberá matar a alguien creyendo que eres tú.

—*¿Y por qué no me mata a mí?* —pregunta Ishmael dando un paso.

—*¿Acaso quieres morir?*

—Si vivir significa alejarme de su hija, prefiero la muerte.

Aunque Raymond nunca lo admitiría, si esas palabras provinieran de otro joven le habría dado la mano de su hija sin pensarlo.

—Pero como no te dejo elegir, quiero que me digas un nombre o lo elegiré yo.

—Yo, señor, moriré yo —habla Isajar.

—*¿Pero qué dices?* —responde Ivri muy nervioso—, no te doy permiso para ofrecerte a morir.

—Lleva razón, no puedes morir por mí —interviene Ishmael.

—Estoy enfermo, me muero, hace semanas que lo sé. No —contesta a una pregunta que Ivri aún no ha formulado—, no hay cura, créeme, soy médico, lo sé.

—Da igual, no lo permitiré, no —dice Ishmael nervioso.

—Por favor, voy a morir igualmente —suplica Isajar—, al menos déjame hacerlo por algo, que mi vida tenga un sentido.

Ivri está blanco como la pared.

—No, no puedo —repite sin cesar Ishmael.

Raymond mira la escena desde fuera; de haber sido otro tipo de personas le habría parecido un gesto admirable, un gesto de camaradería. Sin embargo, lo que siente en ese momento es asco y piensa que ese judío es un estúpido.

—*¿Todos de acuerdo?* —interrumpe.

—Por favor —dice Isajar mientras mira a Eleazar, que asiente—, te lo suplico —ahora sus ojos se posan en Nathan, que hace lo propio—: Amigo, aquí no me puedes fallar. —Ivri asiente; por primera vez desde que está allí, muestra una tristeza profunda—. Ishmael, no me lo hagas más difícil.

—Lo siento pero no, no puedo permitirlo —Ishmael es el único que se opone.

—Pero como tu opinión ya he dicho que me da igual... —Raymond pronuncia estas palabras y golpea a Ishmael en la cabeza dejándole inconsciente—, así es más fácil —explica al resto—: le meteré con una mordaza en las celdas de castigo, nadie le oirá y le sacaré cuando os marchéis —hace una pausa meditando lo próximo que va a decir—. Ahora necesito a alguien que haga de traidor. Alguien que acuda mañana a Louis y le diga que Isajar ha estado liado con Juliana, para que Louis le mate —Raymond sabe que cuando esto suceda, Louis dejará de investigar y él podrá alegar que manda a unos presos a otro campo, sin dar explicaciones—. *¿Quién lo hará?*

—*¿Puedo hablar?* —dice Isajar.

—Sí —responde tajante Raymond.

—Me gustaría elegir al «traidor». Será la última persona a la que veré con vida y quiero que sea uno de vosotros. Todos sois ahora como mi familia, pero solo uno es mi hermano —su mirada se clava en Ivri, que ha comenzado a llorar—. Por favor, hazlo tú, necesito que estés a mi lado, necesito que me sonrías mientras llego a mi fin —Ivri niega con la cabeza mientras se

tambalea—. Es el último favor que te pido, venga, será como siempre, tú y yo juntos hasta el final.

Aunque parecía imposible, Ivri acaba por asentir y el mecanismo del plan se pone en marcha. Ivri acude por la mañana al despacho de Louis, le ha dicho a un oficial que tiene una información muy importante. Está nervioso, pero no por su labor de actor, sino porque sabe que en pocas horas se separará de su mejor amigo.

—Me han dicho que tienes información. Soy una persona muy ocupada, así que solo espero que sea importante o te castigaré —dice Louis con su lengua de serpiente.

—Es sobre Juliana —habla Ivri tímidamente.

—*¿Qué tienes que decirme tú sobre mi prometida?* —Louis se muestra muy interesado.

—Está con uno de los judíos —escupe Ivri.

—*¿Cómo te atreves a insinuar eso de ella?* Sabes que, como sea mentira, te mataré sin ningún pudor.

—Lo sé. Pero es cierto —afirma Ivri.

Después, lentamente le relata la historia que ha ensayado con Raymond la noche anterior, se la sabe de memoria. Nota cómo el oficial que tiene enfrente se envenena con cada palabra. Al final de su discurso es consciente de que el plan marcha según lo previsto. Por la tarde Ivri permanece quieto sin hacer ningún ruido, tal y como Louis le ha indicado. Está escondido detrás de un muro esperando a que este le llame para hacer su aparición estelar. Oye cómo golpean a Juliana y cómo esta se rebela hasta que Louis indica que debe salir. La muchacha le mira con temor, pidiéndole que no diga nada. Él querría explicarle que no es un traidor, que todo está organizado, pero no puede para que todo siga su curso. La chica acaba levantándose en su contra e Ivri retrocede instintivamente, aunque un matón no tarda en derribarla. La deja tirada en el suelo desolada. Como estaba planeado, se marcha con Louis al barracón y señala a Isajar como culpable de estar con Juliana. Louis lo saca fuera en medio de puntapiés y diversos golpes. Ivri sabe que ahora comienza la parte más complicada. Se va hasta un extremo del patio y desde allí se convierte en el espectador de la tortura de su amigo.

En cierto modo todos eran conscientes de que no le iba a matar sin más. Isajar mira a Ivri para que este cumpla su promesa y, aunque le cuesta, Ivri sonrío y levanta el pulgar indicándole que todo va bien. Isajar respira tranquilo. Luego, un tiro en una rodilla, en la otra, en la entrepierna... Ivri

tiene que taparse la boca para no proferir un grito que destape toda la farsa. Cumple su promesa y no cesa de sonreír a Isajar, aunque las lágrimas caigan por su rostro. Una última mirada de camaradería con su amigo antes de los amagos de tiro final. Nota cómo Isajar tiembla ante cada uno de ellos. Cree que la espera será más larga, pero Louis está rabioso y finalmente deja de jugar para matar de verdad. Un tiro en la sien se lleva a su compañero de tantas fatigas. Luego Louis se ensaña con su cabeza e Ivri deja de mirar para no vomitar. Esa misma noche Raymond acude al barracón y los manda salir. Los lleva a una sala donde está Ishmael con una mordaza en la boca. Raymond se la quita.

—No lo habéis hecho, decidme que no lo habéis hecho —grita Ishmael.

—Todo ha ocurrido según lo previsto —contesta Raymond—. Ahora os marcharéis a Inglaterra. Un último detalle, todos los días debéis acudir al puerto.

—*¿Por qué crees que vamos a hacerte caso?* —le interrumpe un rabioso Ishmael.

—Porque he visto a un niño en vuestro barracón y le mandaré a Inglaterra. Supongo que acudiréis a su encuentro. —Ishmael no contesta, Raymond le ha ganado, incluso desde Inglaterra deberá seguir cumpliendo sus órdenes—. Ahora os deseo buen viaje —finaliza Raymond con una ironía. Lo que está haciendo provoca que se desprecie a sí mismo.

—Aunque me vaya, volveré a por tu hija —le desafía Ishmael.

Raymond decide no contestar y se marcha dejándoles rumbo a la nueva vida que él les ha comprado. Ishmael se monta en el tren, desamparado, no solo por la muerte de su amigo, sino por una separación que no puede ni quiere soportar. A su lado, un Ivri derrumbado sufre en silencio acordándose de Isajar y temiendo por Manuela. Durante los meses siguientes, Raymond no puede ni ver a su hija. Está peor de lo que se temía. Se atreve a afirmar que incluso peor que cuando sucedió lo de su madre. Reflexiona sobre por qué no le ha contado la verdad y pronto lo descubre. No puede. Si su plan se estropea, él será el único que cargue con las culpas. Su hija no podrá ser acusada de nada, ya que lo desconocía todo.

Todos los días la vigila para protegerla en el caso de que ella tire la toalla antes de tiempo. Además, le ha salido un aliado con el que no contaba, Alger, ese chico cuida mucho de ella y le permite marcharse sin preocuparse de si al llegar su hija seguirá viva. La fuga de Juliana está siendo más elaborada que la de los judíos. En este caso no se puede permitir que nada, ni

el mínimo detalle, salga mal. Al final opta por marcharse una semana a Berlín a recoger unos bienes que servirán para comprar a un aliado mejor que el anterior. A su regreso, Juliana vuelve a tener una chispa de vida. Lo nota mientras la mira por la ventana y la ve levantarse y tirarle una bola de nieve a Alger. Tal vez llegue a enamorarse de él, tal vez no tenga que mandarla con los judíos para que ella rehaga su vida. Se fuma incluso un puro de la victoria imaginando ese final. Victoria que, pronto sabrá, no tenía sentido.

Mientras duerme con el sabor amargo de los whiskys con los que celebró su suerte la noche anterior, llega la noticia que lo apresura todo. Alger ha muerto. Ha sido un traidor. Su hija debe de tener un imán para ellos. Durante el funeral está muy pendiente de ella y ve esos destellos que tanto le recuerdan a la última vez. Tiene que correr. Juliana tiene que marcharse al día siguiente. Ella decide irse a casa antes y Raymond, preocupado, la sigue. Incluso intenta hablar con ella como siempre, pero no lo consigue, ella ya no es la persona que confiaba ciegamente en él. Le da las cenizas de Alger con la esperanza de que velarle la tranquilice un poco, pero consigue el efecto contrario y, mientras está en el despacho, la ve entrar en la cocina y coger un cuchillo. Intenta pensar que no, que no será para quitarse la vida, pero la encuentra en el baño desangrándose. Como tenía previsto, pone todo en funcionamiento. Llama a su cómplice. Manda traer al niño que utilizará para que su hija no se mate, para que se vea en la obligación de cuidar de alguien y aguante el viaje hasta Inglaterra y, por último, se lo comunica a ella. Todo está listo y Juliana se debe marchar. Lo que Raymond nunca ha imaginado es que ella ya no le quiere, ni siquiera se despide de él. Se queda en el marco de la puerta. Solo. Triste. Destruído. Él, que todo lo ha hecho por ella. Él, que la quiere con toda su alma.

—*¿Qué he hecho mal?* —vuelve a gritar a la nada sin obtener respuesta.

Solo un consuelo le queda: su hija será feliz aunque Raymond odie al hombre que le regalará el sentimiento. En algún momento verá que lo más importante para él era ella. Juliana tendrá la certeza de que él lo antepuso todo y vivirá feliz. Ahora solo le queda esperar con amargura a que alguien le descubra y llegue su final, porque él se enfrenta a sus problemas, porque él acepta las consecuencias, porque él es valiente.

CAPÍTULO 34

Juliana distingue a un Ishmael borroso entre la neblina de su desmayo. Siente cómo su cuerpo está acoplado al de él y las convulsiones de ambos. Como si tuvieran temor de que el momento fuera falso, se miran a los ojos con cautela, tratando de averiguar si todo lo que está ocurriendo puede ser verdad. Ambos han llorado ya suficiente, así que, como si se pusieran de acuerdo, los dos rompen a reír con unas sonoras carcajadas mientras la gente de alrededor se para a cotillear lo que pueda ser que está ocurriendo allí. Con las manos temblorosas, Juliana toca su rostro con cuidado, y al ver que es tangible, que es real, se pone tan nerviosa que no sabe cómo actuar, solo lo agarra con fuerza para que no se escape, aunque lo que menos quiere Ishmael en esos momentos es marcharse de su lado. Ishmael la abraza fuerte, sonriendo después de los meses de calvario pensando que no la volvería a ver en su vida. Una de las cosas que ha aprendido es que en ocasiones la vida no es lo más importante. Desde que se marchó, supo que ya no corría peligro y, sin embargo, se sentía más desgraciado que nunca.

Ishmael se sienta en el suelo con Juliana encima, incapaz de mantenerse de pie ni un minuto más. La agarra de las manos y observa sus heridas y las besa sin parar, ahora sabe que ella se quiso marchar con él pensando que estaba muerto, sin sospechar que al otro lado del mar alguien esperaba ansioso regresar a Alemania, Polonia o cualquier parte del mundo a su encuentro.

Los amigos de Ishmael llegan a su lado y cogen al niño mientras miran asombrados la imagen y, aunque nunca hayan amado, desean hacerlo. Todos intentan mantenerse serenos, pero cuando el primero rompe a llorar, uno tras otro van detrás. Han visto a su amigo tan mal que temían que se muriera de tristeza y se alegran de corazón al ver que se ha cumplido su único deseo en la vida: tener de vuelta a su Juliana.

—Ishmael... —dice entre jadeos Juliana.

—Juliana... —es lo único que consigue responder él.

Están nerviosos y no pueden dejar de temblar. Acercan sus labios el uno al otro y es en ese pequeño beso cuando la explosión de sentimientos hace

que estalle una bomba. Una bomba potente pero no peligrosa, de esas que solo se consiguen con el auténtico amor. Cuando se separan, logran incorporarse, despacio, eso sí, sin dejar de tocarse, sin perder el contacto de sus pieles.

—Creí que estabas muerto —dice ella, que aún no se sostiene bien en pie.

Ishmael narra la historia y no le quita el ojo de encima. Juliana no puede creer nada de lo que escucha y abre el baúl para sacar el sobre de su padre. Allí encuentra una carta dirigida a ella en la que le explica todo. Palabras escritas con el corazón y dos pequeños anillos que caen en su mano. Reconoce los objetos, las alianzas de sus padres. Al final, el amor paterno pudo con el odio y el rencor. Pero aunque su padre piensa que ese gesto hará que recobre el amor de su hija, Juliana nunca le perdona.

Los compañeros de Ishmael acuden a saludarla y ella lo hace demasiado eufórica para ser personas que apenas conoce. Eso sí, no sabe por qué, pero no suelta la mano de Ishmael. Una mano que tampoco quiere ser soltada. Aunque ninguno de los dos lo dice, desean estar solos, necesitan un tiempo por todo el que les han robado las circunstancias y las personas.

—Nos vamos a ir un rato con Alberto, a enseñarle nuestro hogar — anuncia Ivri, consciente de la situación. Afligido, imagina lo que él querría si fuera Manuela la mujer que estuviera ahí.

Ishmael y Juliana asienten y ven a los demás partir mientras se abrazan acurrucados cada uno en el calor que desprende el otro.

—Quiero enseñarte un sitio —dice excitado Ishmael.

—Te acompañaré adonde tú quieras —contesta Juliana, que se empieza a hacer a la idea de que su Ishmael nunca se marchó.

Caminan por las calles de Inglaterra como una pareja normal, sin esconderse, sin reprimirse. En ocasiones miran a los lados preocupados, como hacían en el campo, luego se dan cuenta de que allí nadie los va a juzgar, que son libres de gritar su amor a los cuatro vientos. La guerra sigue presente en ellos, el dolor por todo lo acontecido también, es algo por lo que están marcados. Sin embargo, por una noche quieren disfrutar, olvidarlo todo, actuar como personas comunes, disfrutar de ese amor que les ha sido negado por tanto tiempo. En esos momentos no les importa el calvario que han pasado por amarse, por fin son conscientes de que vivir no tiene sentido si no están juntos. Sin el otro, nada tiene valor; son esclavos el uno del otro.

Ishmael la guía hacia una pequeña roca situada en primera línea de mar y se sientan juntos.

—Cada noche he venido aquí.

—¿Y eso? —pregunta Juliana mientras se coloca la palma de la mano de Ishmael en la mejilla derecha.

—Para verla —dice él riendo, como si su respuesta fuera obvia.

—¿Ver el qué? —pregunta Juliana mientras sus miradas profundas conducen a otro beso.

—¡Nuestra estrella! —confirma Ishmael fingiendo indignación—. Sabía que en algún lugar ella cubría tus noches igual que las mías.

Juliana se pone de pie para observar mejor su luz en el firmamento e Ishmael no puede evitar levantarse corriendo y situarse en su espalda, para acunarla mientras su luz los baña.

—No me puedo creer que esto sea cierto —comienza Juliana—, lo he deseado tanto que temo que sea un sueño y en cualquier momento se acabe.

—Mírame.

Ishmael se separa un poco y Juliana no puede soportarlo, se gira rápido para que no desaparezca de su vista ni de su lado. Está de pie alumbrado por la pequeña luz de la luna y es asombroso. Juliana cree que no hay nadie tan bello en todo el universo.

—Ahora que tengo tu atención, escúchame —dice poniéndose serio—: jamás me alejaré de ti.

—Lo sé —Juliana quiere verle más de cerca. Y por primera vez en mucho tiempo, repite su primer beso. Le toca cada fragmento de rostro, le huele, le mira, oye el sonido de su risa nerviosa, toca su corazón que late a cien por hora y, con cuidado, posa sus labios en los de él, sumergiéndose en una fantasía de la que nunca querría escapar. En los momentos grandes no queda lugar para muchas palabras. Saben que disponen de tiempo para hablar todo y que lo harán, pues en sus cabezas no se concibe ni se concebirá la posibilidad de separarse, nunca. Sin embargo, Ishmael decide decir unas simples palabras que rememoran otro momento. Se agacha hasta su oído y le susurra:

—¿Y ahora qué? —no puede evitar morderle la oreja.

—¿Te parece bien que dedique cada día de mi vida a hacerte feliz? —contesta Juliana sintiendo una mezcla de diversión y nostalgia de su boda.

—No me podrías haber dado una respuesta mejor —añade Ishmael, consciente de que ella también recuerda.

Los dos se miran y miran el mar y, sin saber cómo lo hacen, piensan lo mismo. Se agarran de la mano y bajan a la arena. Salen corriendo hacia el agua helada, eufóricos, alegres, riendo, gritando. Necesitan descargar toda la tensión y agonía que han soportado, y la felicidad desbordante que sienten ahora. Él se sumerge primero y la salpica mientras ella finge que eso le molesta. Lo finge porque nada puede enturbiar su estado de ánimo. Ishmael la agarra y la sube hasta las alturas y Juliana se siente como si estuviera nadando entre un manto de miles de estrellas luminosas. Una imagen preciosa, pero que, como en una ocasión anterior, carece de belleza si Ishmael no está a su lado. Él no tarda en bajarla y ella se moja entera y juega a ahogarle a él. Es increíble, pero ninguno de los dos siente el agua helada. Él la mira jugando, sonriente, y se detiene un minuto deseando que esa imagen se conserve en su memoria toda la vida. Ella deja de jugar, sintiéndose observada, y corre a sus brazos poniéndole su botón.

—¿Aún quieres ser mi esposa? —pregunta Ishmael acercándose más.

—Nunca dejé de serlo —añade ella, que también se aproxima.

La luna los ilumina con su luz mientras esos labios que se pertenecen se besan y, por raro que parezca, no se dan cuenta de que su estrella está encima de sus cabezas y de que los latidos vuelven a sonar de cuatro en cuatro. Porque el amor no termina, no tiene fecha de caducidad y, en el caso de Ishmael y Juliana, aumenta con el paso del tiempo.

EPÍLOGO

La guerra terminó y con ello emprendimos el viaje en busca de nuestros seres queridos. Eleazar encontró a su hija y pudo brindarle la vida para la que tanto había ahorrado. Ishmael también supo de su hermana y de su madre, pero no estaban vivas. Y en cuanto a Ivri..., regresó para buscar a su Manuela, pero eso se merece otra historia.

Ahora estoy en mi despacho, mejor dicho, en el escritorio de mi casa, dando las últimas pinceladas a mi novela, en la que llevo enfrascada ya dos años. La novela que significa todo en mi vida, simplemente porque es mi vida. Han pasado ya veintidós años, pero aún lo recuerdo todo como si fuera ayer, lo siento, lo vivo, lo huelo, lo disfruto. Miro a mi derecha y ahí está él. Viendo un programa de televisión, supongo que será entretenido porque de vez en cuando le oigo reír. Le observo, los años han pasado por nosotros, su rostro empieza a estar surcado por algunas arrugas, su cuerpo ya no es tan firme y rígido. Sin embargo, hay algo que no ha cambiado: sigue con su misma sonrisa, esa que me enamoró, y la misma mirada, sí, de eso no hay duda, cuando mis ojos se encuentran con los suyos siguen perdiéndose en su profundidad, todavía me ruborizo y siento que es algo único en la tierra, lo más bonito que ha salido de la mano de Dios.

Él me observa, sabe que estoy mirando y se acerca a mi lado, coge una silla y se sienta frente a mí, es consciente de que no le dejaré leer la novela; lo ha intentado muchas veces y todas ha fracasado. Sonríe, me sonrío esa versión de Ishmael madura, que hace que mi vello aún se ponga de punta. Entonces lo recuerdo todo, cómo después de ese encuentro alquilamos un piso de una habitación, treinta metros cuadrados en los que apenas podíamos vivir, pero que para nosotros fue el mejor hogar que habíamos tenido en nuestra vida. Cómo comenzó a trabajar en la obra mientras estudiaba la carrera de sus sueños, medicina, y cómo me animó a mí a estudiar periodismo, cómo siempre confió en que lo conseguiría e influyó para que fuera escritora. Al cabo de un tiempo conseguí un trabajo en una biblioteca que compaginé con mis estudios. Recuerdo cómo, cada vez que suspendía alguna asignatura, él me alentaba a continuar diciendo que podía, que

confiaba en mí. Quién me iba a decir que unos años después acabaríamos siendo una pareja con éxito, Ishmael uno de los mejores cirujanos de Inglaterra, y yo una escritora de prestigio. Llevo escritas más de diez novelas, todas con cierto éxito, de una incluso hicieron una película. Dicen que cuando una escritora tiene una trayectoria como la mía ya no se pone nerviosa, hay un público fijo que siempre compra mis obras porque les gusta mi estilo, pero en esta ocasión con mi libro, nuestro libro, nuestra historia de amor, estoy más nerviosa que nunca. Por supuesto que me ha tenido que ayudar, las sesiones de interrogatorios para saber qué pensaba en cada momento de nuestro amor eran divertidas, a veces me sonrojaba, otras me avergonzaba de mi comportamiento, de lo que hacía sentir a la gente de mi alrededor, pero el sentimiento más habitual fue la alegría, alegría por haber cambiado su opinión, alegría por haber logrado que me amase.

Me levanto, estoy nerviosa, quiero hacer este libro tan bien, tan real, quiero transmitir tanto, quiero que la gente crea estar en el campo, quiero que sienta, que huela, que le duela, que ame, que llore, que le vea como yo le vi la primera vez, que experimente la felicidad de la primera vez que hicimos el amor, que vea cómo es estar sin vida cuando piensas que has perdido a lo más importante... Quiero tanto que me da miedo no hacerlo bien. Él lo nota:

—Juliana, ¿qué ocurre? ¿Piensas que no será bastante bueno?

Cómo puede ser que siempre lea mi pensamiento...

—Me da miedo, tengo pavor a que no guste, a no haberlo reflejado todo, a hacerlo mal... —Me empieza a temblar la voz, estoy muy alterada, mañana tengo que entregar el borrador definitivo y no sé si está bien, no paro de ver fallos por todas partes, en ocasiones me planteo que desecharán la idea.

—Les va a encantar, va a superar a todas las historias de amor que se han escrito o se han llevado a la gran pantalla —lo dice sereno, con seguridad, eso me calma. Aun así, necesito que lo repita, necesito volver a oír esa frase de su boca.

—Eso lo dices porque confías en mí, porque eres mi marido y me quieres, pero sabes tan bien como yo que tal vez no guste. A lo mejor piensan que es una tontería, más de lo mismo, hay mil escritores que escriben romances y yo escribo novelas de otro estilo, históricas. La gente lo va a notar, será el gran fiasco en mi carrera y tiene que ser precisamente en la historia que más me importa. No es precisa, la narrativa es mala, el estilo es pésimo...

Entonces me interrumpo, coge mi cara entre sus manos, su rostro está muy cerca del mío, ahora ya no sonrío, está serio, empieza a hablar con los ojos muy abiertos, mirada firme y decidida, vocalizando más de lo habitual y subiendo el tono:

—Estoy completamente seguro.

—¿Sí?, ¿y eso por qué? —pregunto como una niña pequeña; en ocasiones creo que con la edad no he madurado...

—Por lo que estoy viendo ahora mismo.

—No entiendo esa respuesta, supongo que te refieres a que ves a una escritora famosa, pero te aseguro que eso no tiene absolutamente nada que ver... —sé que no piensa eso, pero es lo primero que sale de mi boca.

—No, no me refería a eso —me suelta la cara y me mira, pone esa sonrisa burlona que tanto me gusta—. No hay, ha habido ni habrá nadie en el mundo que pueda querer tanto a una mujer como yo te he querido, te quiero y te querré a ti —hace una pausa, a él no le gusta decir este tipo de cosas. No lo ha notado, pero mi vello está de punta, me empiezan a picar los ojos, hay una lágrima que quiere salir. Sigue hablando, ahora casi en un susurro—. ¿No lo entiendes? Si transmites solo una cuarta parte de este amor, lograrás que Julieta pase a un segundo plano, todas las grandes damas de las historias de amor te cederán el puesto y la gente solo podrá decir en el futuro, cuando lean un libro, vean una película o una amiga les relate la mejor de sus historias de amor: ¡Madre mía, casi es mejor que la historia de Juliana! Todo el mundo soñará con vivir una historia así, algunas personas imitarán nuestro gesto de amor del botón —no lo puedo evitar y dejo escapar la risa—, pero no podrán porque estoy seguro de que lo nuestro, lo nuestro es tan grande que si alguien osa tener la mitad le explotará el corazón.

Me quedo en silencio, llevamos tantos años juntos y sigue sorprendiéndome diciendo cosas como estas que me dejan sin sentido.

—Y cariño —me coge de la mano, la aprieta fuerte—, si a nadie le gusta, no importa nada; cuando seamos unos ancianos pediremos a nuestros hijos que nos lo lean y recordaremos todo, lo recordaremos desde la perspectiva de lo felices que hemos sido toda la vida, de nuestros momentos buenos, malos, regulares, y será la mejor historia jamás contada al menos para los dos, y con eso me basta.

—Y a mí. Pensándolo bien, tampoco va a ser bueno que este libro tenga éxito, seré la culpable de que se rompan miles de matrimonios.

—¿Y eso por qué? —me mira divertido, la conversación empezaba a ser demasiado melosa para él.

—Porque todas las mujeres querrán a uno como tú, y tú, cariño, eres único y mío, eres de mi propiedad para siempre.

—No lo dudes, nunca he pertenecido a nadie más.

Le creo, sé que es sincero. En ese instante no lo puedo evitar, escribo la última línea de mi relato y me levanto y le beso, puede que nos hayamos dado más de un millón de besos en toda nuestra vida, pero para mí ese se convierte instantáneamente en el número uno, me hace ver hasta fuegos artificiales.

Algo que odio de leer un libro es que cuando acaba no puedes evitar pensar qué pasó después. Tienes la duda de saber si a los protagonistas les fue bien, si se cumplieron sus sueños o acabaron en esa monotonía, si la pasión se fue y la historia tan intensa que has leído al final es como cualquier otra. Por eso a vosotros, las personas que hayáis disfrutado con mi vida, con mi relación, os debo una última explicación, no quiero que os quedéis mal. Si escribiera el resto de mi vida junto a él, sería una historia interminable de la cual os acabaríais aburriendo. Aun así creo que os debo algo y espero disipar todas vuestras dudas en una breve frase: «Mi vida real ha superado con creces todas mis mejores fantasías, sueños y expectativas».

Gracias por estar ahí, os deseo que seáis felices tanto o más de lo que lo he sido yo.

Notas

- * Recuento.



Alexandra Roma (Madrid, 1987) es licenciada en Periodismo, con un máster en guion de ficción y dirección cinematográfica. Escritora de novelas románticas, periodista de cultura y emprendedora, hace un par de años fundó una agencia de comunicación y dos periódicos con tres amigas periodistas. Además, ha participado en el departamento de dirección de algunas series televisivas españolas.

Ha publicado en el Grupo Planeta *Un océano entre tú y yo* (Esencia) y *Aura cambia las zapatillas por zapatos de tacón*, primera parte de *Aura tira los tacones y echa a volar* (Click Ediciones).

Encontrarás más información de la autora y su obra en
www.facebook.com/alexandra.manzanaresperez@AlexandraManza

Sangre y corazón
Alexandra Roma

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Roman Suslenko / Shutterstock

© Alexandra Roma, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2018

ISBN: 978-84-08-17740-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Aura cambia las zapatillas por zapatos de tacón

Alexandra Roma

Aura tira los tacones y echa a volar

Alexandra Roma

La madre de los carabineros

Alessio Puleo

La historia soñada

Silvia Ibáñez Cambra

Pétalos de luna

Maria Pilar Clau

Cristales en el cielo de Manhattan

Yolanda Cruz

Cartas de la madame inglesa

Rebeca Tabales

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA
CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!

